INCA GARCILASO
DE LA VEGA

COMENTARIOS REALES



LIBRO SEXTO

de los Comentarios Reales de los Incas

Contiene el ornamento y servicio de la casa real de los Incas, las exequias reales, las cacerías de los Reyes, los correos y el contar por nudos, las conquistas, leyes y gobierno del Inca Pachacútec, noveno Rey, la fiesta principal que hacían, las conquistas de muchos valles de la costa, el aumento de las escuelas del Cuzco y los dichos sentenciosos del Inca Pachacútec

Contiene treinta y seis capítulos

CAPITULO I

LA FABRICA Y ORNAMENTO DE LAS CASAS REALES

El servicio y ornamento de las casas reales de los Incas Reyes que fueron del Perú no era de menos grandeza, riqueza y majestad que todas las demás cosas magníficas que para su servicio tenían; antes parece que en algunas de ellas, como se podrá notar, excedieron a todas las cosas de los Reyes y Emperadores, que hasta hoy se sabe que hayan sido en el mundo. Cuanto a lo primero, los edificios de sus casas, templos, jardines y baños fueron en extremo pulidos, de cantería maravillosamente labrada, tan ajustadas las piedras unas con otras que no admitían mezcla, y aunque es verdad que se la echaban, era de un barro colorado (que en su lengua le llaman *lláncac allpa,* que es barro pegajoso) hecho leche, del cual barro no quedaba señal ninguna entre las piedras, por lo cual dicen los españoles que labraban sin mezcla; otros dicen que echaban cal, y engáñanse, porque los indios del Perú no supieron hacer cal ni yeso, teja ni ladrillo.

En muchas casas reales y templos del Sol echaron plomo derretido y plata y oro por mezcla. Pedro de Cieza, capítulo noventa y cuatro, lo dice también, que huelgo alegar los historiadores españoles para mi abono. Echábanlo para mayor majestad, lo cual fue la principal causa de la total destrucción de aquellos edificios, porque, por haber hallado estos metales en algunos de ellos, los han derribado todos, buscando oro y plata, que los edificios eran de suyo tan bien labrados y de tan buena piedra que duraran muchos siglos si los dejaran vivir. Pedro de Cieza, capítulo cuarenta y dos, y sesenta, y noventa y cuatro, dice lo mismo de los edificios, que duraran mucho si no los derribaran. Con planchas de oro chaparon los templos del Sol y los aposentos reales, dondequiera que los había; pusieron muchas figuras de hom-

bres y mujeres, y de aves del aire y del agua, y de animales bravos, como tigres, osos, leones, zorras, perros y gatos cervales, venados, huanacus y vicuñas, y de las ovejas domésticas, todo de oro y plata, vaciado al natural en su figura y tamaño, y los ponían por las paredes, en los vacíos y concavidades que, yendo labrando, les dejaban para aquel efecto. Pedro de Cieza, capítulo cuarenta y cuatro, lo dice largamente.

Contrahacían yerbas y plantas, de las que nacen por los muros, y las ponían por las paredes, que parecía haberse nacido en ellas. Sembraban las paredes de lagartijas y mariposas, ratones y culebras grandes y chicas, que parecían andar subiendo y bajando por ellas. El Inca se sentaba de ordinario en un asiento de oro macizo, que llaman *tiana*: era de una tercia en alto, sin braceras ni espaldar, con algún cóncavo para el asiento; poníanla sobre un gran tablón cuadrado, de oro. Las vasijas de todo el servicio de la casa, así de la mesa como de la botillería y cocina, chicas y grandes, todas eran de oro y plata, y las había en cada casa de depósito para cuando el Rey caminase, que no las llevaban de unas partes a otras sino que cada casa de las del Inca, así las que había por los caminos reales como las que había por las provincias, todas tenían lo necesario para cuando el Inca llegase a ellas, caminando con su ejército o visitando sus reinos. Había también en estas casas reales muchos graneros y orones, que los indios llaman *pirua,* hechos de oro y plata, no para encerrar grano, sino para grandeza y majestad de la casa y del señor de ella.

Juntamente tenían mucha ropa de cama y de vestir, siempre nueva porque el Inca no se ponía un vestido dos veces, que luego los daba a sus parientes. La ropa de la casa toda era de mantas y frazadas de lana de vicuña, que es tan fina y tan regalada, que, entre otras cosas preciadas de aquellas tierras, se las han traído para la cama del Rey Don Felipe Segundo: echábanlas debajo y encima. No supieron o no quisieron la invención de los colchones, y puédese afirmar que no la quisieron, pues, con haberlos visto en las camas de los españoles, nunca los han querido admitir en las suyas, por parecerles demasiado regalo y curiosidad para la vida natural que ellos profesaban.

Tapices por las paredes no los usaban, porque, como se ha dicho, las entapizaban con oro y plata. La comida era abundantísima, porque se aderezaba para todos los Incas parientes que quisiesen ir a comer con el Rey y para los criados de la casa real, que eran muchos. La hora de la comida principal de los Incas y de toda la gente común era por la mañana, de las ocho a las nueve; a la noche cenaban con luz del día, livianamente, y no hacían más comidas que estas dos. Fueron generalmente malos comedores, quiero decir de poco comer; en el beber fueron más viciosos; no bebían mientras comían, pero después de la comida se vengaban, porque duraba el beber hasta la noche. Esto se usaba entre los ricos, que los pobres, que era

la gente común, en toda cosa tenían escasez, pero no necesidad. Acostábanse temprano, y madrugaban mucho a hacer sus haciendas.

CAPITULO II

CONTRAHACIAN DE ORO Y PLATA CUANTO HABIA, PARA ADORNAR LAS CASAS REALES

En todas las casas reales tenían hechos jardines y huertos, donde el Inca se recreaba. Plantaban en ellos todos los árboles hermosos y vistosos, posturas de flores y plantas olorosas y hermosas que en el reino había, a cuya semejanza contrahacían de oro y plata muchos árboles y otras matas menores, al natural, con sus hojas, flores y frutas: unas que empezaban a brotar, otras a medio sazonar, otras del todo perfeccionadas en su tamaño. Entre estas y otras grandezas hacían maizales, contrahechos al natural con sus hojas, mazorcas y caña, con sus raíces y flor. Y los cabellos que echa la mazorca eran de oro, y todo lo demás de plata, soldado lo uno con lo otro. Y la misma diferencia hacían en las demás plantas, que la flor, o cualquiera otra cosa que amarilleaba, la contrahacían de oro y lo demás de plata.

También había animales chicos y grandes, contrahechos y vaciados de oro y plata, como eran conejos, ratones, lagartijas, culebras, mariposas, zorras, gatos monteses, que domésticos no los tuvieron. Había pájaros de todas suertes, unos puestos por los árboles, como que cantaban, otros como que estaban volando y chupando la miel de las flores. Había venados y gamos, leones y tigres y todos los demás animales y aves que en la tierra se criaban, cada cosa puesta en su lugar, como mejor contrahiciese a lo natural.

En muchas casas, o en todas, tenían baños con grandes tinajones de oro y plata en que se lavaban, y caños de plata y oro, por los cuales venía el agua a los tinajones. Y donde había fuentes de agua caliente natural, también tenían baños, hechos de gran majestad y riqueza. Entre otras grandezas, tenían montones y rimeros de rajas de leña, contrahechos al natural, de oro y plata, como que estuviesen de depósito para gastar en el servicio de las casas.

La mayor parte de estas riquezas hundieron los indios luego que vieron los españoles deseosos de oro y plata, y de tal manera la escondieron, que nunca más ha aparecido ni se espera que parezca, si no es que se hallen acaso, porque se entiende que los indios que hoy viven no saben los sitios do quedaron aquellos tesoros, y que sus padres y abuelos no quisieron dejarles noticia de ellos, porque las cosas que habían sido dedicadas para el servicio

de sus Reyes no querían que sirviesen a otros. Todo lo que hemos dicho del tesoro y riqueza de los Incas lo refieren generalmente todos los historiadores del Perú, encareciéndolas cada uno conforme a la relación que de ellas tuvo. Y los que más a la larga lo escriben son Pedro de Cieza de León, capítulo veintiuno, treinta y siete, cuarenta y uno, cuarenta y cuatro y noventa y cuatro, sin otros muchos lugares de su historia, y el contador general Agustín de Zárate, Libro primero, capítulo catorce, donde dice estas palabras: "Tenían en gran estima el oro, porque de ello hacía el Rey y sus principales sus vasijas para su servicio, y de ello hacían joyas para su atavío, y lo ofrecían en los templos, y traía el Rey un tablón en que se sentaba, de oro de diez y seis quilates, que valió de buen oro más de veinte y cinco mil ducados, que es el que Don Francisco Pizarro escogió por su joya al tiempo de la conquista, porque, conforme a su capitulación, le habían de dar una joya que él escogiese, fuera de la cuenta común.

"Al tiempo que le nació un hijo, el primero, mandó hacer Guainacava una maroma de oro tan gruesa (según hay muchos indios vivos que lo dicen) que, asidos a ella mas de doscientos indios, orejones, no la levantaban muy fácilmente. Y en memoria de esta tan señalada joya, llamaron al hijo Guasca, que en su lengua quiere decir soga, con el sobrenombre de Inga, que era de todos los Reyes, como los emperadores romanos se llamaban Augustos. Esto he traído aquí por desarraigar una opinión que comúnmente se ha tenido en Castilla, entre la gente que no tiene práctica en las cosas de las Indias, de que los indios no tenían en nada el oro ni conocían su valor. También tenían muchos graneros y trojes, hechas de oro y plata, y grandes figuras de hombres y mujeres y de ovejas y de todos los otros animales y todos los géneros de yerbas que nacían en aquella tierra, con sus espigas y vástigas y nudos, hechos al natural, y gran suma de mantas y hondas, entretejidas con oro tirado, y aun cierto número de leños, como los que había de quemar, hechos de oro y plata". Todas son palabras de aquel autor, con las cuales acaba el capítulo catorce de su *Historia del Perú*.

La joya que dice que Don Francisco Pizarro escogió, fue de aquel gran rescate que Atahualpa dio por sí, y Pizarro, como general, podía según ley militar, tomar del montón la joya que quisiese, y aunque había otras de más precio, como tinajas y tinajones, tomó aquella porque era singular y era asiento del Rey (que sobre aquel tablón le ponían la silla), como pronosticando que el Rey de España se había de sentar en ella. De la maroma de oro diremos en la vida de Huaina Cápac, último de los Incas, que fue una cosa increíble.

Lo que Pedro de Cieza escribe de la gran riqueza del Perú, y que lo demás de ella escondieron los indios, es lo que se sigue, y es del capítulo veintiuno, sin lo que dice en los otros capítulos alegados: "Si lo que hay en el Perú y en estas tierras enterrado se sacase, no se podría numerar el valor, según es grande; y en tanto lo pondero, que es poco lo que los españoles han ha-

bido para compararlo con ello. Estando yo allí, en el Cuzco, tomando de los principales de allí la relación de los Ingas, oí decir que Paulo y otros principales decían que si todo el tesoro que había en las provincias y guacas, que son sus templos, y en los enterramientos se juntase, que haría tan poca mella lo que los españoles habían sacado cuan poca se haría sacando de una gran vasija de agua una gota de ella. Y que haciendo más clara y patente la comparación, tomaban una medida de maíz, de la cual, sacando un puñado, decían: "Los cristianos han habido esto, lo demás está en tales partes que nosotros mismos no sabemos de ello". Así que grandes son los tesoros que en estas partes están perdidos, y lo que ha habido, si los españoles no lo hubieran habido, ciertamente todo ello o lo más estuviera ofrecido al diablo y a sus templos y sepulturas, donde enterraban sus difuntos; porque estos indios no lo quieren ni lo buscan para otra cosa, pues no pagan sueldo con ello a la gente de guerra ni mercan ciudades ni reinos ni quieren más que enjaezarse con ello siendo vivos, y después que son muertos llevárselo consigo. Aunque me parece a mí que todas estas cosas éramos obligados a los amonestar, que viniesen a conocimiento de nuestra Santa Fe Católica, sin pretender solamente henchir las bolsas", etc. Todo esto es de Pedro de Cieza, del capítulo veintiuno, sacado a la letra sucesivamente. El Inca que llama Paulo se decía Paullu, de quien hacen mención todos los historiadores españoles: fue uno de los muchos hijos de Huaina Cápac; salió valeroso, sirvió al Rey de España en las guerras de los españoles; llamóse en el bautismo Don Cristóbal Paullu; fue su padrino de pila Garcilaso de la Vega, mi señor, y de un hermano suyo, de los legítimos en sangre, llamado Titu Auqui, el cual tomó por nombre en el bautismo don Felipe, a devoción de Don Felipe Segundo, que era entonces Príncipe de España. Yo los conocí ambos; murieron poco después. También conocí a la madre de Paullu: llamábase Añas.

Lo que Francisco López de Gómara escribe en su *Historia* de la riqueza de aquellos Reyes es lo que se sigue, sacado a la letra del capítulo ciento y veintiuno: "Todo el servicio de su casa, mesa y cocina era de oro y de plata, y cuando menos de plata y cobre, por más recio. Tenía en su recámara estatuas huecas de oro, que parecían gigantes, y las figuras al propio tamaño de cuantos animales, aves y árboles y yerbas produce la tierra, y de cuantos peces cría la mar y aguas de sus reinos. Tenía asimismo sogas, costales, cestas y trojes de oro y plata, rimeros de palos de oro, que pareciese leña rajada para quemar. En fin, no había cosa en su tierra que no la tuviese de oro contrahecha, y aun dicen que tenían los Incas un vergel, en una isla cerca de Puna, donde se iban a holgar cuando querían mar, que tenía la hortaliza, los árboles y flores de oro y plata, invención y grandeza hasta entonces nunca vista. Allende de todo esto tenía infinitísima cantidad de oro y plata por labrar en el Cuzco, que se perdió por la muerte de Guáscar: que los indios lo escondieron, viendo que los españoles se lo tomaban y en-

viaban a España. Muchos lo han buscado después acá, y no lo hallan", etc.

Hasta aquí es de Francisco López de Gómara, y el vergel que dice que los Reyes Incas tenían cerca de Puna, lo tenían en cada casa de todas las reales que había en el reino, con toda la demás riqueza que de ellas escribe, sino que, como los españoles no vieron otro vergel en pie, sino aquel que estaba por donde ellos entraron en aquel reino, no pudieron dar relación de otro. Porque luego que ellos entraron, lo descompusieron los indios y escondieron la riqueza donde nunca más ha parecido, como lo dice el mismo autor y todos los otros historiadores. La infinita cantidad de plata y oro que dice que tenían por labrar en el Cuzco, allende de aquella grandeza y majestad que ha dicho de las casas reales, era lo que sobraba del ornato de ellas, que, no teniendo en qué lo ocupar, lo tenían amontonado. No se hace esto duro de creer a los que después acá han visto traer de mi tierra tanto oro y plata como se ha traído, pues sólo en el año de mil y quinientos y noventa y cinco, en espacio de ocho meses, en tres partidas entraron por la barra de San Lúcar treinta y cinco millones de plata y oro.

CAPITULO III

LOS CRIADOS DE LA CASA REAL Y LOS QUE TRAIAN LAS ANDAS DEL REY

Los criados para el servicio de la casa real, como barrenderos, aguadores, leñadores, cocineros para la mesa de estado (que para la del Inca guisaban sus mujeres concubinas), botilleros, porteros, guardarropa y guardajoya, jardineros, caseros y todos los demás oficios personales que hay en las casas de los Reyes y Emperadores, en la de estos Incas no eran personas particulares los que servían en estos ministerios, sino que para cada oficio había un pueblo o dos o tres, señalados conforme al oficio, los cuales tenían cuidado de dar hombres hábiles y fieles, que en número bastante sirviesen aquellos oficios, remudándose de tantos a tantos días, semanas o meses; y éste era el tributo de aquellos pueblos, y el descuido o negligencia de cualquiera de estos sirvientes era delito de todo su pueblo, y por el singular castigaban a todos sus moradores más o menos rigurosamente, según era el delito; y si era contra la majestad real, asolaban el pueblo. Y porque decimos de leñadores, no se entienda que éstos fuesen por leña al monte, sino que metían en la casa real la que todo el vasallaje traía para el gasto y servicio de ella; y así se puede entender en los demás ministerios, los cuales oficios eran muy preciados entre los indios, porque servían la persona real

de más cerca, y fiaban de ellos, no solamente la casa del Inca mas también su persona que era lo que más estimaban.

Estos pueblos que así servían de oficiales en la casa real eran los que más cerca estaban de la ciudad del Cuzco, cinco o seis o siete leguas en contorno de ella, y eran los primeros que el primer Inca Manco Cápac mandó poblar de los salvajes que redujo a su servicio. Y por particular privilegio y merced suya se llamaron Incas y recibieron las insignias y el traje de vestidos y tocado de la misma persona real, como se dijo al principio de esta historia.

Para traer en hombros la persona real, en las andas de oro en que andaban continuamente, tenían escogidas dos provincias, ambas de un nombre, que confina la una con la otra, y por diferenciarlas las llamaban a la una Rucana y a la otra Hatun Rucana, que es Rucana la grande. Tenían más de quince mil vecinos, gente granada, bien dispuesta a pareja. Los cuales en llegando a edad de veinte años se ensayaban a traer las andas sesgas, sin golpes ni vaivenes, sin caer ni dar tropezones, que era grande afrenta para el desdichado que tal le acaecía, porque su capitán, que era el andero mayor, lo castigaba con afrenta pública, como en España sacar a la vergüenza. Un historiador dice que tenía pena de muerte el que caía. Los cuales vasallos servían al Inca por su rueda en aquel ministerio, y era su principal tributo, por el cual eran reservados de otros y ellos en sí muy favorecidos, porque los hacían dignos de traer a su Rey en sus hombros; iban siempre asidos a las andas veinte y cinco hombres y más, porque, si alguno tropezase o cayese, no se echase de ver.

El gasto de la comida de la casa real era muy grande, principalmente el gasto de la carne, porque de la casa del Inca la llevaban para todos los de la sangre real que residían en la corte, y lo mismo se hacía dondequiera que estaba la persona del Rey. Del maíz, que era el pan que comían, no se gastaba tanto, si no era con los criados de dentro en la casa real; porque los de fuera todos cogían bastantemente para el sustento de sus casas. Caza de venados, gamos o corzos, huanucu o vicuña, no mataban ninguna para el gasto de la casa real ni para la de otro ningún señor de vasallos, si no era de aves, porque la de los animales la reservaban para hacer la cacería que hacían a sus tiempos, como diremos en el capítulo de la caza, que llamaban *chacu;* y entonces repartían la carne y la lana por todos los pobres y ricos. La bebida que se gastaba en casa del Inca era tanta, que casi no había cuenta ni medida, porque, como el principal favor que se hacía era dar de beber a todos los que venían a servir al Inca, curacas y no curacas, como venir a visitarle o a traer otros recados de paz o de guerra, era cosa increíble lo que se gastaba.

CAPITULO IV

SALAS QUE SERVIAN DE PLAZA Y OTRAS COSAS DE LAS CASAS REALES

En muchas casas de las del Inca había galpones muy grandes, de a doscientos pasos de largo y de cincuenta y sesenta de ancho, todo de una pieza, que servían de plaza, en los cuales hacían sus fiestas y bailes cuando el tiempo con aguas no les permitía estar en la plaza al descubierto. En la ciudad del Cuzco alcancé a ver cuatro galpones de éstos, que aún estaban en pie en mi niñez. El uno estaba en Amarucancha, casas que fueron de Hernando Pizarro, donde hoy es el colegio de la Santa Compañía de Jesús, y el otro estaba en Casana, donde ahora son las tiendas de mi condiscípulo Juan de Cillorico, y el otro estaba en Collcampata, en las casas que fueron del Inca Paullu y de su hijo Don Carlos, que también fue mi condiscípulo. Este galpón era el menor de todos cuatro, y el mayor era el de Casana, que era capaz de tres mil personas. Cosa increíble que hubiese madera que alcanzase a cubrir tan grandes piezas. El cuarto galpón es el que ahora sirve de iglesia catedral. Advertimos que nunca los indios del Perú labraron soberados en sus casas, sino que todas eran piezas bajas, y no trababan unas piezas con otras, sino que todas las hacían sueltas cada una de por sí; cuando mucho, de una muy gran sala o cuadra sacaban a un lado y otro sendos aposentos pequeños, que servían de recámaras. Dividían las oficinas con cercas largas o cortas, para que no se comunicasen unas con otras.

También se advierte que todas las cuatro paredes de cantería o de adobes, de cualquiera casa o aposento, grande o chico, las hacían aviadas adentro porque no supieron trabar una pieza con otra ni echar tirantes de una pared a otra, ni supieron usar de la clavazón. Echaban suelta sobre las paredes toda la madera que servía de tijeras; por lo alto de ella, en lugar de clavos, la ataban con fuertes sogas que hacen de una paja larga y suave, que asemeja al esparto. Sobre esta primera madera echaban la que servía de costaneras y cabios, atada asimismo una a otra y otra a otra; sobre ella echaban la cobija de paja, en tanta cantidad que los edificios reales de que vamos hablando tenían de grueso casi una braza, si ya no tenían más. La misma cobija servía de cornisa a la pared para que no se mojase. Salía más de una vara afuera de la pared, a verter las aguas; toda la paja que salía fuera de las paredes la cercenaban muy pareja. Una cuadra alcancé en el valle de Yúcay, labrada de la manera que hemos dicho, de más de setenta pies en cuadro, cubierta en forma de pirámide; las paredes eran de tres estados en alto y el techo tenía más de doce estados; tenía dos aposentos pequeños a los lados. Esta pieza no quemaron los indios en el general levantamiento que hicieron contra los españoles, porque sus Reyes Incas se ponían en ella para ver las fiestas más principales que, en una grandísima plaza cuadrada (mejor

se dijera campo) que ante ella había, se le hacían. Quemaron otros muchos edificios hermosísimos que en aquel valle había, cuyas paredes yo alcancé.

Sin la cantería de piedra, labraban paredes de adobes, los cuales hacían en sus moldes, como hacen acá los ladrillos: eran de barro pisado con paja; hacían los adobes tan largos como querían que fuese el grueso de la pared, que los más cortos venían a ser de una vara de medir; tenían una sesma, poco más o menos, de ancho, y casi otro tanto de grueso; enjugábanlos al sol, y después los amontonaban por su orden y los dejaban al sol y al agua debajo de techado dos y tres años, por que se enjugasen del todo. Asentábanlos en el edificio como asientan los ladrillos: echábanles por mezcla el mismo barro de los adobes, pisado con paja.

No supieron hacer tapias, ni los españoles usan de ellas por el material de los adobes. Si a los indios se les quemaba alguna casa, de estas soberbias que hemos dicho, no volvían a labrar sobre las paredes quemadas, porque decían que, habiendo quemado el fuego la paja de los adobes, quedaban las paredes flacas, como de tierra suelta, y no podían sufrir el peso de la techumbre. Debíanlo de hacer por alguna otra abusión, porque yo alcancé de aquellos edificios muchas paredes que habían sido quemadas y estaban muy buenas. Luego que fallecía el Rey poseedor, cerraban el aposento donde solía dormir, con todo el ornato de oro y plata que tenía dentro, como lugar sagrado, para que nadie entrase jamás en él, y esto se hacía en todas las casas reales del reino en la cuales hubiese el Inca hecho noche o noches, aunque no fuese sino caminando. Y para el Inca sucesor labraban luego otro aposento en que durmiese, y reparaban con gran cuidado por de fuera el aposento cerrado, por que no viniese a menos. Todas las vasijas de oro y plata que manualmente habían servido al Rey, como jarros, cántaros, tinajas y todo el servicio de la cocina, con todo lo demás que suele servir en las casas reales y todas las joyas y ropas de su persona, lo enterraban con el Rey muerto cuyo había sido, y en todas las casas del reino donde tenía semejante servicio también lo enterraban, como que se lo enviaban para que en la otra vida se sirviese de ello. Las demás riquezas, que eran ornamento y majestad de las casas reales, como jardines, baños, la leña contrahecha y otras grandezas, se quedaban para los sucesores.

La leña y el agua y otras cosas que se gastaban en la casa real, cuando el Inca estaba en la ciudad del Cuzco, la traían por su vez y repartimiento los indios de los cuatro distritos que llamaron Tauantinsuyu, quiero decir los pueblos más cercanos a la ciudad de aquellas cuatro partes, en espacio de quince o veinte leguas a la redonda. En ausencia del Inca también servían los mismos, mas no en tanta cantidad. El agua que gastaban en el brebaje que hacen para beber (que llaman *aca,* pronunciada la última sílaba en lo más interior de la garganta), la quieren gruesa y algo salobre, porque la dulce y delgada dicen que se les ahila y corrompe, sin dar sazón ni gusto al brebaje. Por esta causa no fueron curiosos los indios en tener fuentes de buenas aguas, que antes las querían gruesas que delgadas. Siendo mi padre

corregidor en aquella ciudad, después de la guerra de Francisco Hernández Girón, por los años de mil y quinientos y cincuenta y cinco y cincuenta y seis, llevaron el agua que llaman de Ticatica, que nace un cuarto de legua fuera de la ciudad, que es muy buena, y la pusieron en la Plaza Mayor de ella; después acá la han pasado (según me han dicho) a la Plaza de San Francisco, y para la Plaza Mayor han llevado otra fuente más caudalosa y de muy linda agua.

CAPITULO V

COMO ENTERRABAN LOS REYES. DURABAN LAS EXEQUIAS UN AÑO

Las exequias que hacían a los Reyes Incas eran muy solemnes, aunque prolijas. El cuerpo difunto embalsamaban, que no se sabe cómo; quedaban tan enteros que parecían estar vivos, como atrás dijimos de cinco cuerpos de los Incas que se hallaron año de mil y quinientos y cincuenta y nueve. Todo lo interior de ellos enterraban en el templo que tenían en el pueblo que llamaron Tampu, que está el río abajo de Yúcay, menos de cinco leguas de la ciudad del Cuzco, donde hubo edificios muy grandes y soberbios de cantería, de los cuales Pedro de Cieza, capítulo noventa y cuatro, dice que le dijeron por muy cierto que "se halló en cierta parte del palacio real o del templo del Sol oro derretido en lugar de mezcla, con que, juntamente con el betún que ellos ponen, quedaban las piedras asentadas unas con otras". Palabras son suyas sacadas a la letra.

Cuando moría el Inca o algún curaca de los principales, se mataban y se dejaban enterrar vivos los criados más favorecidos y las mujeres más queridas diciendo que querían ir a servir a sus Reyes y señores a la otra vida; porque, como ya lo hemos dicho, tuvieron en su gentilidad que después de esta vida había otra semejante a ella, corporal y no espiritual. Ofrecíanse ellos mismos a la muerte o se la tomaban con sus manos, por el amor que a sus señores tenían. Y lo que dicen algunos historiadores, que los mataban para enterrarlos con sus amos o maridos, es falso; porque fuera gran inhumanidad, tiranía y escándalo que dijeran que, en achaque de enviarlos con sus señores, mataban a los que tenían por odiosos. Lo cierto es que ellos mismos se ofrecían a la muerte, y muchas veces eran tantos que los atajaban los superiores, diciéndoles que de presente bastaban los que iban, que adelante, poco a poco, como fuesen muriendo, irían a servir a sus señores.

Los cuerpos de los Reyes, después de embalsamados, ponían delante de la figura del Sol en el templo del Cuzco, donde les ofrecían muchos sa-

crificios como a hombres divinos, que decían ser hijos de ese Sol. El primer mes de la muerte del Rey le lloraban cada día, con gran sentimiento y muchos alaridos, todos los de la ciudad. Salía a los campos cada barrio de por sí; llevaban las insignias del Inca, sus banderas, sus armas y ropa de su vestir, las que dejaban de enterrar para hacer las exequias. En sus llantos, a grandes voces, recitaban sus hazañas hechas en la guerra y las mercedes y beneficios que habían hecho a las provincias de donde eran naturales los que vivían en aquel tal barrio. Pasado el primer mes hacían lo mismo de quince a quince días, a cada llena y conjunción de la luna; y esto duraba todo el año. Al fin de él hacían su cabo de año, con toda la mayor solemnidad que podían y con los mismos llantos, para los cuales había hombres y mujeres señaladas y aventajadas en habilidad, como endechaderas, que, cantando en tonos tristes y funerales, decían las grandezas y virtudes del Rey muerto. Lo que hemos dicho hacía la gente común de aquella ciudad; lo mismo hacían los Incas de la parentela real, pero con mucha más solemnidad y ventajas, como de príncipes a plebeyos.

Lo mismo se hacía en cada provincia de las del Imperio, procurando cada señor de ella que por la muerte de su Inca se hiciese el mayor sentimiento que fuese posible. Con estos llantos iban a visitar los lugares donde aquel Rey había parado, en aquella tal provincia, en el campo caminando o en el pueblo, para hacerles alguna merced; los cuales puestos, como se ha dicho, tenían gran veneración; allí eran mayores los llantos y alaridos, y en particular recitaban la gracia, merced o beneficio que en aquel tal lugar les había hecho. Y esto baste de las exequias reales, a cuya semejanza hacían parte de ellas en las provincias por sus caciques, que yo me acuerdo haber visto en mis niñeces algo de ello. En una provincia de las que llaman Quechua, vi que salía una gran cuadrilla al campo a llorar su curaca; llevaban sus vestidos hechos pendones. Y los gritos que daban me despertaron a que preguntase qué era aquello, y me dijeron que eran las exequias del cacique Huamanpallpa, que así se llamaba el difunto.

CAPITULO VI

CACERIA SOLEMNE QUE LOS REYES HACIAN EN TODO EL REINO

Los Incas Reyes del Perú, entre otras muchas grandezas reales que tuvieron, fue una de ellas hacer a sus tiempos una cacería solemne, que en su lenguaje llaman *chacu*, que quiere decir atajar, porque atajaban la caza. Para lo cual es de saber que en todos sus reinos era vedado el cazar ningún

género de caza, si no eran perdices, palomas, tórtolas y otras aves menores para la comida de los gobernadores Incas y para los curacas, y esto en poca cantidad, y no sin orden y mandado de la justicia. En todo lo demás era prohibido el cazar, porque los indios, con el deleite de la caza, no se hiciesen holgazanes y dejasen de acudir a lo necesario de sus casas y hacienda; y así no osaba nadie matar un pájaro, porque lo habían de matar a él, por quebrantador de la ley del Inca, que sus leyes no las hacían para que burlasen de ellas.

Con esta observancia en toda cosa, y en particular en la caza, había tanta, así de animales como de aves, que se entraban por las casas. Empero, no les quitaba la ley que no echasen de sus heredades y sementeras los venados, si en ellas los hallasen, porque decían que el Inca quería el venado y toda la caza para el vasallo, y no el vasallo para la caza.

A cierto tiempo del año, pasada la cría, salía el Inca a la provincia que le parecía conforme a su gusto y según que las cosas de la paz o de la guerra daban lugar. Mandaba que saliesen veinte o treinta mil indios, o más o menos, los que eran menester para el espacio de tierra que habían de atajar. Los indios se dividían en dos partes: los unos iban hacia la mano derecha y los otros a la izquierda, a la hila, haciendo un gran cerco de veinte o treinta leguas de tierra, más o menos, según el distrito que habían de cercar; tomaban los ríos, arroyos o quebradas que estaban señalados por términos y padrones de la tierra que cazaban aquel año, y no entraban en el distrito que estaba señalado para el año siguiente. Iban dando voces y ojeando cuantos animales topaban por delante, y ya sabían dónde habían de ir a parar y juntarse las dos mangas de gente para abrazar el cerco que llevaban hecho y acorralar el ganado que habían recogido; y sabían también dónde habían de ir a parar con el ojeo, que fuese tierra limpia de montes, riscos y peñas, porque no estorbasen la cacería; llegados allí, apretaban la caza con tres y cuatro paredes de indios, hasta llegar a tomar el ganado a manos.

Con la caza traían antecogidos leones y osos y muchas zorras, gatos cervales, que llaman *ozcollo,* que los hay de dos o tres especies, jinetas y otras sabandijas semejantes, que hacen daño en la caza. Todas las mataban luego, por limpiar el campo de aquella mala canalla. De tigres no hacemos mención, porque no los hay sino en las bravas montañas de los Antis. El número de los venados, corzos y gamos, y del ganado mayor, que llaman *vicuña,* que es menor de cuerpo y de lana finísima, era muy grande; que muchas veces, y según que las tierras eran unas de más caza que otras, pasaban de veinte, treinta y cuarenta mil cabezas, cosa hermosa de ver y de mucho regocijo. Esto había entonces; ahora, digan los presentes el número de las que se han escapado del estrago y desperdicio de los arcabuces, pues apenas se hallan ya huanacus y vicuñas, sino donde ellos no han podido llegar.

Todo este ganado tomaban a manos. Las hembras del ganado cervuno, como venados, gamos y corzos, soltaban luego, porque no tenían lana que les

quitar: las muy viejas, que ya no eran para criar, mataban. También soltaban los machos que les parecían necesarios para padres, y soltaban los mejores y más crecidos;: todos los demás mataban, y repartían la carne a la gente común; también soltaban los huanacus y vicuñas, luego que las habían trasquilado. Tenían cuenta del número de todo este ganado bravo como si fuera manso, y en los *quipus,* que eran los libros anales, lo asentaban por sus especies, dividiendo los machos de las hembras. También asentaban el número de animales que habían muerto, así de las salvajinas dañosas como de las provechosas, para saber las cabezas que habían muerto y las que quedaban vivas, para ver en la cacería venidera lo que se había multiplicado.

La lana de los huanacus, porque es lana basta, se repartía a la gente común; y la de la vicuña, por ser tan estimada por su fineza, era toda para el Inca, de la cual mandaba repartir con los de su sangre real que otros no podían vestir de aquella lana so pena de la vida. También daban de ella por privilegio y merced particular a los curacas, que de otra manera tampoco podían vestir de ella. La carne de los huanacus y vicuñas que mataban se repartía toda a la gente común, y a los curacas daban su parte, y también de la de los corzos, conforme a sus familias, no por necesidad, sino por regocijo y fiesta de la cacería, por que todos alcanzasen de ella.

Estas cacerías se hacían en cada distrito de cuatro en cuatro años, dejando pasar tres años de la una a la otra, porque dicen los indios que en este espacio de tiempo cría la lana de la vicuña todo lo que ha de criar, y no la querían trasquilar antes porque no perdiese de su ser, y también lo hacían por que todo aquel ganado bravo tuviese tiempo de multiplicar y no anduviese tan asombrado como anduviera si cada año lo corrieran, con menos provecho de los indios y más daño del ganado. Y por que no se dejase de hacer la cacería cada año (que parece que la habían hecho cosecha anal), tenían repartidas las provincias en tres o cuatro partes u hojas, como dicen los labradores, de manera que cada año cazaban la tierra que había holgado tres años.

Con este concierto cazaban los Incas sus tierras conservando la caza y mejorándola para adelante, y deleitándose él y su corte, y aprovechando sus vasallos con toda ella, y tenían dada la misma orden por todos sus reinos. Porque decían que se había de tratar al ganado bravo de manera que fuese tan de provecho como el manso, que no lo había criado el Pachacámac o el Sol para que fuese inútil. Y que también se habían de cazar los animales dañosos y malos para matarlos y quitarlos de entre los buenos, como escardan la mala yerba de los panes. Estas razones y otras semejantes daban los Incas de esta su cacería real llamada *chacu,* por las cuales se podrá ver el orden y buen gobierno que estos Reyes tenían en las cosas de más importancia, pues en la caza pasaba lo que hemos dicho. De este ganado bravo se saca la piedra bezar que traen de aquella tierra, aunque dicen que hay diferencia en la bondad de ella, que la de tal especie es mejor que toda la otra.

Por la misma orden cazaban los visorreyes y gobernadores Incas, cada uno en su provincia asistiendo ellos personalmente a la cacería, así por recrearse como por que no hubiese agravio en el repartir la carne y lana a la gente común y pobres, que eran los impedidos por vejez o larga enfermedad.

La gente plebeya en general era pobre de ganado (si no eran los Collas, que tenían mucho), y por tanto padecía necesidad de carne, que no la comían sino de merced de los curacas o de algún conejo que por mucha fiesta mataban, de los caseros que en sus casas criaban, que llaman *coy*. Para socorrer esta general necesidad, mandaba el Inca hacer aquellas cacerías y repartir la carne en toda la gente común, de la cual hacían tasajos que llaman *charqui,* que les duraba todo el año hasta otra cacería, porque los indios fueron muy escasos en su comer, y muy avaros en guardar los tasajos.

En sus guisados comen cuantas yerbas nacen en el campo, dulces y amargas, como no sean ponzoñosas; las amargas cuecen en dos o tres aguas y las pasan al sol y las guardan para cuando no las hay verdes. No perdonan las ovas que se crían en los arroyos, que también las guardan lavadas y preparadas para sus tiempos. También comían yerbas verdes crudas, como se comen las lechugas y los rábanos, mas nunca hicieron ensalada de ellas.

CAPITULO VII

POSTAS Y CORREOS, Y LOS DESPACHOS QUE LLEVABAN

CHASQUI LLAMABAN a los correos que había puestos por los caminos, para llevar con brevedad los mandatos del Rey y traer las nuevas y los avisos que por sus reinos y provincias, lejos o cerca, hubiese de importancia. Para lo cual tenían a cada cuarto de legua cuatro o seis indios mozos y ligeros, los cuales estaban en dos chozas para repararse de las inclemencias del cielo. Llevaban los recados por su vez, ya los de una choza, ya los de la otra; los unos miraban a la una parte del camino y los otros a la otra, para descubrir los mensajeros antes que llegasen a ellos, y apercibirse para tomar el recado, por que no se perdiese tiempo alguno. Y para esto ponían siempre las chozas en alto, y también las ponían de manera que se viesen las unas a las otras. Estaban a cuarto de legua, porque decían que aquello era lo que un indio podía correr con ligereza y aliento, sin cansarse.

Llamáronlos *chasqui,* que quiere decir trocar, o dar y tomar, que es lo mismo, porque trocaban, daban y tomaban de uno en otro, y de otro en otro, los recados que llevaban. No les llamaron *cacha,* que quiere decir mensajero, porque este nombre lo daban al embajador o mensajero propio que

personalmente iba del un príncipe al otro o del señor al súbdito. El recado o mensaje que los *chasquis* llevaban era de palabra, porque los indios del Perú no supieron escribir. Las palabras eran pocas y muy concertadas y corrientes, por que no se trocasen y por ser muchas no se olvidasen. El que venía con el mensaje daba voces llegando a vista de la choza, para que se apercibiese el que había de ir, como hace el correo en tocar su bocina para que le tengan ensillada la posta, y, en llegando donde le podían entender, daba su recado, repitiéndolo dos y tres y cuatro veces, hasta que lo entendía el que lo había de llevar, y si no lo entendía, aguardaba a que llegase y diese muy en forma su recado, y de esta manera pasaba de uno en otro hasta donde había de llegar.

Otros recados llevaban, no de palabra sino por escrito, digámoslo así, aunque hemos dicho que no tuvieron letras. Las cuales eran nudos dados en diferentes hilos de diversos colores, que iban puestos por su orden, mas no siempre de una misma manera, sino unas veces antepuesto el un color al otro y otras veces trocados al revés, y esta manera de recados eran cifras por las cuales se entendían el Inca y sus gobernadores para lo que había de hacer, y los nudos y las colores de los hilos significaban el número de gente, armas o vestidos o bastimento o cualquiera otra cosa que se hubiese de hacer, enviar o aprestar. A estos hilos anudados llamaban *quipu* (que quiere decir anudar y nudo, que sirve de nombre y verbo), por los cuales se entendían en sus cuentas. En otra parte, capítulo de por sí, diremos largamente cómo eran y de qué servían. Cuando había prisa de mensajes añadían correos, y ponían en cada posta ocho y diez y doce indios chasquis.

Tenían otra manera de dar aviso por estos correos, y era haciendo ahumadas de día, de uno en otro, y llamaradas de noche. Para lo cual tenían siempre los chasquis apercibido el fuego y los hachos, y velaban perpetuamente, de noche y de día, por su rueda, para estar apercibidos para cualquiera suceso que se ofreciese. Esta manera de aviso por los fuegos era solamente cuando había algún levantamiento y rebelión de reino o provincia grande, y hacíase para que el Inca lo supiese dentro de dos o tres horas cuando mucho (aunque fuese de quinientas o seiscientas leguas de la corte), y mandase apercibir lo necesario para cuando llegase la nueva cierta de cuál provincia o reino era el levantamiento. Este era el oficio de los chasquis y los recados que llevaban.

CAPITULO VIII

CONTABAN POR HILOS Y NUDOS; HABIA GRAN FIDELIDAD EN LOS CONTADORES

QUIPU QUIERE decir anudar y nudo, y también se toma por la cuenta, porque los nudos la daban de toda cosa. Hacían los indios hilos de diversos colores: unos eran de un solo color, otros de dos colores, otros de tres y otros de más, porque las colores simples, y las mezcladas, todas tenían su significación de por sí; los hilos eran muy torcidos, de tres o cuatro liñuelos, y gruesos como un huso de hierro y largos de a tres cuartas de vara, los cuales ensartaban en otro hilo por su orden a la larga, a manera de rapacejos. Por los colores sacaban lo que se contenía en aquel tal hilo, como el oro por el amarillo y la plata por el blanco, y por el colorado la gente de guerra.

Las cosas que no tenían colores iban puestas por su orden, empezando de las de más calidad y procediendo hasta las de menos, cada cosa en su género como en las mieses y legumbres. Pongamos por comparación las de España: primero el trigo, luego la cebada, luego el garbanzo, haba, mijo, etc. Y también cuando daban cuenta de las armas, primero ponían las que tenían por más nobles, como lanzas, y luego dardos, arcos y flechas, porras y hachas, hondas y las demás armas que tenían. Y hablando de los vasallos, daban cuenta de los vecinos de cada pueblo, y luego en junto los de cada provincia: en el primer hilo ponían los viejos de sesenta años arriba; en el segundo los hombres maduros de cincuenta arriba y el tercero contenía los de cuarenta, y así de diez a diez años, hasta los niños de teta. Por la misma orden contaban las mujeres por las edades.

Algunos de estos hilos tenían otros hilitos delgados del mismo color, como hijuelas o excepciones de aquellas reglas generales; como digamos en el hilo de los hombres o mujeres de tal edad, que se entendían ser casados, los hilitos significaban el número de los viudos o viudas que de aquella edad había aquel año, porque estas cuentas eran anales y no daban razón más que de un año solo.

Los nudos se daban por su orden de unidad, decena, centena, millar, decena de millar, y pocas veces o nunca pasaban a la centena de millar; porque, como cada pueblo tenía su cuenta de por sí y cada metrópoli la de su distrito, nunca llegaba el número de éstos o de aquéllos a tanta cantidad que pasase la centena de millar, que en los números que hay de allí abajo tenían harto. Mas si se ofreciera haber de contar por el número de centena de millar, también lo contaran; porque en su lenguaje pueden dar todos los números del guarismo, como él los tiene, mas porque no había para qué usar de los números mayores, no pasaban de la decena de millar. Estos nú-

meros contaban por nudos dados en aquellos hilos, cada número dividido del otro; empero, los nudos de cada número estaban dados todos juntos, debajo de una vuelta, a manera de los nudos que se dan en el cordón del bienaventurado patriarca San Francisco, y podíase hacer bien, porque nunca pasaban de nueve como pasan de nueve las unidades y decenas, etc.

En lo más alto de los hilos ponían el número mayor, que era la decena de millar, y más abajo el millar, y así hasta la unidad. Los nudos de cada número y de cada hilo iban parejos unos con otros, ni más ni menos que los pone un buen contador para hacer una suma grande. Estos nudos o quipus los tenían los indios de por sí a cargo, los cuales llamaban *quipucamayu:* quiere decir, el que tiene cargo de las cuentas, y aunque en aquel tiempo había poca diferencia en los indios de buenos a malos, que, según su poca malicia y el buen gobierno que tenían todos se podían llamar buenos, con todo eso elegían para este oficio y para otro cualquiera los más aprobados y los que hubiesen dado más larga experiencia de su bondad. No se los daban por favor, porque entre aquellos indios jamás se usó favor ajeno, sino el de su propia virtud. Tampoco se daban vendidos ni arrendados, porque ni supieron arrendar ni comprar ni vender, porque no tuvieron moneda. Trocaban unas cosas por otras, esto es las cosas del comer, y no más, que no vendían los vestidos ni las casas ni heredades.

Con ser los quipucamayus tan fieles y legales como hemos dicho, habían de ser en cada pueblo conforme a los vecinos de él, que, por muy pequeño que fuese el pueblo, había de haber cuatro, y de allí arriba hasta veinte y treinta, y todos tenían unos mismos registros, y aunque por ser los registros todos unos mismos, bastaba que hubiera un contador o escribano, querían los Incas que hubiese muchos en cada pueblo y en cada facultad, por excusar la falsedad que podía haber entre los pocos, y decían que habiendo muchos, habían de ser todos en la maldad o ninguno.

CAPITULO IX

LO QUE ASENTABAN EN SUS CUENTAS, Y COMO SE ENTENDIAN

ESTOS ASENTABAN por sus nudos todo el tributo que daban cada año al Inca, poniendo cada cosa por sus géneros, especies y calidades. Asentaban la gente que iba a la guerra, la que moría en ella, los que nacían y fallecían cada año, por sus meses. En suma, decimos que escribían en aquellos nudos todas las cosas que consistían en cuenta de números, hasta poner

las batallas y reencuentros que se daban, hasta decir cuántas embajadas habían traído al Inca y cuántas pláticas y razonamientos había hecho el Rey. Pero lo que contenía la embajada, ni las palabras del razonamiento ni otro suceso historial, no podían decirlo por los nudos, porque consiste en oración ordenada de viva voz, o por escrito, la cual no se puede referir por nudos, porque el nudo dice el número, mas no la palabra.

Para remedio de esta falta, tenían señales que mostraban los hechos historiales hazañosos o haber habido embajada, razonamiento o plática, hecha en paz o en guerra. Las cuales pláticas tomaban los indios quipucamayus de memoria, en suma, en breves palabras, y las encomendaban a la memoria, y por tradición las enseñaban a los sucesores, de padres a hijos y descendientes principales y particularmente en los pueblos o provincias donde habían pasado, y allí se conservaban más que en otra parte, porque los naturales se preciaban de ellas. También usaban de otro remedio para que sus hazañas y las embajadas que traían al Inca y las respuestas que el Inca daba se conservasen en la memoria de las gentes, y es que los *amautas*, que eran los filósofos y sabios, tenían cuidado de ponerlas en prosa, en cuentos historiales, breves como fábulas, para que por sus edades los contasen a los niños y a los mozos y a la gente rústica del campo, para que, pasando de mano en mano y de edad en edad, se conservasen en la memoria de todos. También ponían las historias en modo fabuloso con su alegoría, como hemos dicho de algunas y adelante diremos de otras. Asimismo los *harauicus,* que eran los poetas, componían versos breves y compendiosos, en los cuales encerraban la historia o la embajada o la respuesta del Rey; en suma, decían en los versos todo lo que no podían poner en los nudos, y aquellos versos cantaban en sus triunfos y en sus fiestas mayores, y los recitaban a los Incas noveles cuando los armaban caballeros, y de esta manera guardaban la memoria de sus historias. Empero, como la experiencia lo muestra, todos eran remedios perecederos, porque las letras son las que perpetúan los hechos; mas como aquellos Incas no las alcanzaron, valiéronse de lo que pudieron inventar, y, como si los nudos fueran letras, eligieron historiadores y contadores que llamaron *quipucamayu,* que es el que tiene cargo de los nudos, para que por ellos y por los hilos y por los colores de los hilos, y con el favor de los cuentos y de la poesía, escribiesen y retuviesen la tradición de sus hechos. Esta fue la manera del escribir que los Incas tuvieron en su república.

A estos quipucamayus acudían los curacas y los hombres nobles en sus provincias a saber las cosas historiales que de sus antepasados deseaban saber o cualquier otro acaecimiento notable que hubiese pasado en aquella tal provincia; porque éstos, como escribanos y como historiadores, guardaban los registros, que eran los quipus anales que de los sucesos dignos de memoria se hacían, y, como obligados por el oficio, estudiaban perpetuamente en las señales y cifras que en los nudos había, para conservar en la memoria la tradición que de aquellos hechos famosos tenían, porque, como historiadores, habían de dar cuenta de ellos cuando se la pidiesen, por el cual oficio

eran reservados de tributos y de cualquiera otro servicio, y así nunca jamás soltaban los nudos de las manos.

Por la misma orden daban cuenta de sus leyes y ordenanzas, ritos y ceremonias, que, por el color del hilo y por el número de los nudos, sacaban la ley que prohibía tal o tal delito y la pena que se daba al quebrantador de ella. Decían el sacrificio y ceremonia que en tales y tales fiestas se hacían al Sol. Declaraban la ordenanza y fuero que hablaba en favor de las viudas o de los pobres o pasajeros; y así daban cuenta de todas las demás cosas, tomadas de memoria por tradición. De manera que cada hilo y nudo les traía a la memoria lo que en sí contenía, a semejanza de los mandamientos o artículos de nuestra Santa Fe Católica y obras de misericordia, que por el número sacamos lo que debajo de él se nos manda. Así se acordaban los indios, por los nudos, de las cosas que sus padres y abuelos les habían enseñado por tradición, la cual tomaban con grandísima atención y veneración, como cosas sagradas de su idolatría y leyes de sus Incas, y procuraban conservarlas en la memoria por la falta que tenían de escritura; y el indio que no había tomado de memoria por tradición las cuentas, o cualquiera otra historia que hubiese pasado entre ellos, era tan ignorante en lo uno y en lo otro como el español o cualquier otro extranjero. Yo traté los quipus y nudos con los indios de mi padre, y con otros curacas, cuando por San Juan y Navidad venían a la ciudad a pagar sus tributos. Los curacas ajenos rogaban a mi madre que me mandase les cotejase sus cuentas porque, como gente sospechosa, no se fiaban de los españoles que les tratasen verdad en aquel particular, hasta que yo les certificaba de ella, leyéndoles los traslados que de sus tributos me traían y cotejándolos con sus nudos, y de esta manera supe de ellos tanto como los indios.

CAPITULO X

EL INCA PACHACUTEC VISITA SU IMPERIO; CONQUISTA LA NACION HUANCA

MUERTO EL Inca Viracocha, sucedió en su imperio Pachacútec Inca, su hijo legítimo. El cual, habiendo cumplido solemnísimamente con las exequias del padre, se ocupó tres años en el gobierno de sus reinos sin salir de su corte. Luego los visitó personalmente; anduvo todas las provincias una a una, y aunque no halló qué castigar, porque los gobernadores y los ministros regios procuraban vivir ajustados, so pena de la vida, holgaban aquellos Reyes hacer estas visitas generales a sus tiempos, por que los mi-

nistros no se descuidasen y tiranizasen, por la ausencia larga y mucha negligencia del Príncipe. Y también lo hacían porque los vasallos pudiesen dar las quejas de sus agravios al mismo Inca, vista a vista, porque no consentían que les hablasen por terceras personas, porque el tercero, por amistad o por cohechos del acusado, no disminuyese su culpa ni el agravio del quejoso; que cierto, en esto de administrar justicia igualmente al chico y al grande, al pobre y al rico, conforme a la ley natural, tuvieron estos Reyes Incas muy grande cuidado, de manera que nadie recibiese agravio. Y por esta rectitud que guardaron fueron tan amados como lo fueron, y lo serán en la memoria de sus indios muchos siglos. Gastó en la visita otros tres años; vuelto a su corte, le pareció que era razón dar parte del tiempo al ejercicio militar y no gastarlo todo en la ociosidad de la paz, con achaque de administrar justicia, que parece cobardía; mandó juntar treinta mil hombres de guerra, con los cuales fue por el distrito de Chinchasuyu, acompañado de su hermano Cápac Yupanqui, que fue un valeroso príncipe, digno de tal nombre; fueron hasta llegar a Uillca, que era lo último que por aquella banda tenían conquistado.

De allí envió al hermano a la conquista, bien proveído de todo lo necesario para la guerra. El cual entró por la provincia llamada Sausa, que los españoles corrompiendo dos letras llaman Jauja, hermosísima provincia que tenía más de treinta mil vecinos, todos debajo de un nombre y de una misma generación y apellido que es Huanca. Précianse descender de un hombre y de una mujer que dicen que salieron de una fuente; fueron belicosos; a los que prendían en las guerras desollaban; unos pellejos henchían de ceniza y los ponían en un templo, por trofeos de sus hazañas; y otros pellejos ponían en sus tambores diciendo que sus enemigos se acobardaban viendo que eran de los suyos y huían en oyéndolos. Tenían sus pueblos, aunque pequeños, muy fortalecidos, a manera de las fortalezas que entre ellos usaban; porque, con ser todos de una nación, tenían bandos y pendencias sobre las tierras de labor y sobre los términos de cada pueblo.

En su antigua gentilidad, antes de ser conquistados por los Incas, adoraban por dios la figura de un perro, y así lo tenían en sus templos por ídolo y comían la carne de los perros sabrosísimamente, que se perdían por ella. Sospéchase que adoraban al perro por lo mucho que les sabía la carne; en suma, era la mayor fiesta que celebraban el convite de un perro, y para mayor ostentación de la devoción que tenían a los perros, hacían de sus cabezas una manera de bocinas que tocaban en sus fiestas y bailes por música muy suave a sus oídos; y en la guerra los tocaban para terror y asombro de sus enemigos, y decían que la virtud de su dios causaba aquellos dos efectos contrarios: que a ellos, porque lo honraban, les sonase bien y a sus enemigos los asombrase e hiciese huir. Todas estas abusiones y crueldades les quitaron los Incas, aunque para memoria de su antigüedad les permitieron que, como eran las bocinas de cabezas de perros, lo fuesen de allí ade-

lante de cabezas de corzos, gamos o venados, como ellos más quisiesen; y así las tocan ahora en sus fiestas y bailes; y por la afición o pasión con que esta nación comía los perros, les dijeron un sobrenombre que vive hasta hoy, que nombrando el nombre Huanca añaden "comeperros". También tuvieron un ídolo en figura de hombre; hablaba el demonio en él, mandaba lo que quería y respondía a lo que le preguntaban, con el cual se quedaron los Huancas después de ser conquistados, porque era oráculo hablador y no contradecía la idolatría de los Incas, y desecharon el perro porque no consintieron adorar figuras de animales.

Esta nación, tan poderosa y tan amiga de perros, conquistó el Inca Cápac Yupanqui con regalos y halagos más que no con fuerza de arma, porque pretendían ser señores de los ánimos antes que de los cuerpos. Después de sosegados los Huancas, mandó dividirlos en tres parcialidades, por quitarles de las pendencias que traían, y que les partiesen las tierras y señalasen los términos. La una parte llamaron Sausa y la otra Marcauillca y la tercera Llacsapallanca. Y el tocado que todos traían en la cabeza, que era de una misma manera, mandó que, sin mudar la forma, lo diferenciasen en los colores. Esta provincia se llama Huanca, como hemos dicho. Los españoles, en estos tiempos, no sé con qué razón, le llamaron Huancauillca, sin advertir que la provincia Huancauillca está cerca de Túmpiz, casi trescientas leguas de esta otra que está cerca de la ciudad de Huamanca, la una en la costa de la mar y la otra muy adentro en tierra. Decimos esto para que no se confunda el que leyere esta historia, y adelante, en su lugar, diremos de Huancauillca, donde pasaron cosas extrañas.

CAPITULO XI

DE OTRAS PROVINCIAS QUE GANO EL INCA, Y DE LAS COSTUMBRES DE ELLAS Y CASTIGO DE LA SODOMIA

Con la misma buena orden y maña conquistó el Inca Cápac Yupanqui otras muchas provincias que hay en aquel distrito, a una mano y a otra del camino real. Entre las cuales se cuentan por más principales las provincias Tarma y Pumpu, que los españoles llaman Bombón, provincias fertilísimas, y las sujetó el Inca Cápac Yupanqui con toda facilidad, mediante su buena industria y maña, con dádivas y promesas, aunque por ser la gente valiente y guerrera, no faltaron algunas peleas en que hubo muertes, mas al fin se rindieron con poca defensa, según la que se temió que hicieran. Los naturales de estas provincias Tarma y Pumpu, y de otras muchas circunve-

cinas, tuvieron por señal de matrimonio un beso que el novio daba a la novia en la frente o en el carrillo. Las viudas se trasquilaban por luto y no podían casar dentro del año. Los varones, en los ayunos, no comían carne ni sal ni pimiento, ni dormían con sus mujeres. Los que se daban más a la religión, que eran como sacerdotes, ayunaban todo el año por los suyos.

Habiendo ganado el Inca Cápac Yupanqui a Tarma y a Pumpu, pasó adelante, reduciendo otras muchas provincias que hay al oriente, hacia los Antis, las cuales eran como behetrías, sin orden ni gobierno: ni tenían pueblos ni adoraban dioses ni tenían cosas de hombres; vivían como bestias, derramados por los campos, sierras y valles, matándose unos a otros, sin saber por qué; no reconocían señor, y así no tuvieron nombre sus provincias, y esto fue por espacio de más de treinta leguas norte sur y otras tantas este oeste. Los cuales se redujeron y obedecieron al Inca Pachacútec, atraídos por bien, y, como gente simple, se iban donde les mandaban; poblaron pueblos y aprendieron la doctrina de los Incas; y no se ofrece otra cosa que contar hasta la provincia llamada Chucurpu, la cual era poblada de gente belicosa, bárbara y áspera de condición y de malas costumbres, y conforme a ellas adoraban a un tigre por su ferocidad y braveza.

Con esta nación, por ser tan feroz, y que como bárbaros se preciaban de no admitir razón alguna, tuvo el Inca Cápac Yupanqui algunos reencuentros, en que murieron de ambas partes más de cuatro mil indios, mas al cabo se rindieron, habiendo experimentado la pujanza del Inca y su mansedumbre y piedad: porque vieron que muchas veces pudo destruirlos y no quiso, y que, cuanto más apretados y necesitados los tenía, entonces los convidaba con la paz con mayor mansedumbre y clemencia. Por lo cual tuvieron por bien de rendirse y sujetarse al señorío del Inca Pachacútec y abrazar sus leyes y costumbres y adorar al Sol, dejando al tigre que tenían por dios y la idolatría y manera de vivir de sus pasados.

El Inca Cápac Yupanqui tuvo a buena dicha que aquella nación se le sujetase, porque, según se habían mostrado ásperos e indomables, temía destruirlos del todo habiéndolos de conquistar o dejarlos libres como los había hallado, por no los matar, que lo uno o lo otro fuera pérdida de la reputación de los Incas, y así, con buena maña y muchos halagos y regalos, asentó la paz con la provincia Chucurpu, donde dejó los gobernadores y ministros necesarios para la enseñanza de los indios y para la administración de la hacienda del Sol y del Inca; dejó asimismo gente de guarnición para asegurar lo que había conquistado.

Luego pasó a mano derecha del camino real, y con la misma industria y maña (que vamos abreviando, por no repetir los mismos hechos), redujo otras dos provincias muy grandes y de mucha gente, la una llamada Ancara y la otra Huaillas; dejó en ellas, como en las demás, los ministros del gobierno y de la hacienda y la guarnición necesaria. Y en la provincia de Huaillas castigó severísimamente algunos sométicos, que en mucho secreto usaban

el abominable vicio de la sodomía. Y porque hasta entonces no se había hallado ni sentido tal pecado en los indios de la sierra, aunque en los llanos sí, como ya lo dejamos dicho, escandalizó mucho el haberlos entre los Huaillas, del cual escándalo nació un refrán entre los indios de aquel tiempo, y vive hasta hoy en oprobio de aquella nación, que dice: *Astaya Huaillas,* que quiere decir "Apártate allá, Huaillas", como que hiedan por su antiguo pecado, aunque usado entre pocos y en mucho secreto, y bien castigado por el Inca Cápac Yupanqui.

El cual, habiendo proveído lo que se ha dicho, pareciéndole que por entonces bastaba lo que había ganado, que eran sesenta leguas de largo, norte sur, y de ancho lo que hay de los llanos a la gran cordillera de la Sierra Nevada, se volvió al Cuzco, al fin de tres años que había salido de aquella ciudad, donde halló al Inca Pachacútec, su hermano. El cual lo recibió con gran fiesta y triunfo de sus victorias, que duraron una lunación, que así cuentan el tiempo los indios por lunas.

CAPITULO XII

EDIFICIOS Y LEYES Y NUEVAS CONQUISTAS QUE EL INCA PACHACUTEC HIZO

ACABADAS LAS fiestas y hechas muchas mercedes a los maeses de campo y capitanes y curacas particulares que se hallaron en la conquista, y también a los soldados que se señalaron y aventajaron de los demás, que de todos había singular cuidado y noticia, acordó el Inca, pasados algunos meses, volver a visitar sus reinos, porque era el mayor favor y beneficio que les podía hacer. En la visita mandó edificar en las provincias más nobles y ricas templos a honor y reverencia del Sol, donde los indios le adorasen; y también se fundaron casas de las vírgenes escogidas, porque nunca fundaron la una sin la otra. Las cuales eran de mucho favor para los naturales de las provincias donde se edificaban, porque era hacerlos vecinos y naturales del Cuzco. Sin los templos, mandó hacer muchas fortalezas en las fronteras de lo que estaba por ganar, y casas reales en los valles y sitios más amenos y deleitosos y también en los caminos, donde se alojasen los Incas cuando se ofreciese caminar con sus ejércitos. Mandó asimismo hacer pósitos en los pueblos particulares, donde se guardasen los bastimentos para los años de necesidad, con que socorrer los naturales.

Ordenó muchas leyes y fueros particulares, arrimándose a las costumbres antiguas de aquellas provincias donde se había de guardar, porque todo

lo que no era contra su idolatría ni contra las leyes comunes tuvieron por bien aquellos Reyes Incas dejarlo usar a cada nación como lo tenían en su antigüedad, por que no pareciese que los tiranizaban, sino que los sacaban de la vida ferina y los pasaban a la humana, dejándoles todo lo que no fuese contra ley natural, que era la que estos Incas más desearon guardar.

Hecha la visita, en la cual gastó tres años, se volvió a su corte, donde gastó algunos meses en fiestas y regocijos, mas luego trató con el hermano, que era su segunda persona, y con los de su Consejo, de volver a la conquista de las provincias de Chinchasuyu, que por aquella parte sola había tierras de provecho que conquistar, que por las de Antisuyu, arrimadas a la cordillera nevada, eran montañas bravas las que se descubrían. Acordaron que el Inca Cápac Yupanqui volviese a la conquista, pues en la jornada pasada había dado tan buena muestra de su prudencia y valor y de las demás partes de gran capitán; mandaron que llevase consigo al príncipe heredero, su sobrino, llamado Inca Yupanqui, muchacho de diez y seis años (que aquel mismo año le habían armado caballero, conforme a la solemnidad del Huaracu, que largamente diremos adelante), para que se ejercitase en el arte militar, que tanto estimaban los Incas. Apercibieron cincuenta mil hombres de guerra. Los Incas, tío y sobrino, salieron con el primer tercio; caminaron hasta la gran provincia llamada Chucurpu, que era la última del Imperio por aquel paraje.

De allí enviaron los apercibimientos acostumbrados a los naturales de una provincia llamada Pincu, los cuales, viendo que no podían resistir al poder del Inca, y también porque habían sabido cuán bien les iba a todos sus vasallos con sus leyes y gobierno, respondieron que holgaban mucho recibir el imperio del Inca y sus leyes. Con esta respuesta entraron los Incas en la provincia, y de allí enviaron el mismo recado a las demás provincias cercanas a ella, que, entre otras que hay, las más principales son Huaras, Piscopampa, Cunchucu. Las cuales, habiendo de seguir el ejemplo de Pincu, hicieron lo contrario, que se amotinaron y convocaron unas a otras, deponiendo sus pasiones particulares para acudir a la común defensa; y así se juntaron y respondieron diciendo que antes querían morir todos que recibir nuevas leyes y costumbres y adorar nuevos dioses; que no los querían, que muy bien se hallaban con los suyos antiguos, que eran de sus antepasados, conocidos de muchos siglos atrás; y que el Inca se contentase con lo que había tiranizado, pues con celo de religión había usurpado el señorío de tantos curacas como había sujetado.

Dada esta respuesta, viendo que no podían resistir la pujanza del Inca en campaña abierta, acordaron retirarse a sus fortalezas y alzar los bastimentos y quebrar los caminos y defender los malos pasos que hubiese, lo cual todo apercibieron con gran diligencia y presteza.

CAPITULO XIII

GANA EL INCA LAS PROVINCIAS REBELDES, CON HAMBRE Y ASTUCIA MILITAR

El General Cápac Yupanqui no recibió alteración alguna con la soberbia y desvergonzada respuesta de los enemigos, porque, como magnánimo, iba apercibido para recibir con un mismo ánimo las buenas y malas palabras y también los sucesos; mas no por eso dejó de apercibir su gente, y, sabiendo que los contrarios se retiraban a sus plazas fuertes, dividió su ejército en cuatro tercios de a diez mil hombres y a cada tercio encaminó a las fortalezas que más cerca les caían, con apercibimiento que no llegasen con los enemigos a rompimiento, sino que les apretasen con el cerco y con la hambre, hasta que se rindiesen. Y él se quedó a la mira, con el príncipe su sobrino, para socorrer donde fuese menester. Y por que no faltasen los bastimentos, por haberlos alzado los enemigos para si durase mucho la guerra, envió a mandar a las provincias comarcanas del Inca su hermano le acudiesen con doblada provisión de la ordinaria.

Con estas prevenciones esperó el Inca Cápac Yupanqui la guerra. La cual se encendió cruelísima, con mucha mortandad de ambas partes, porque los enemigos, con gran pertinacia, defendían los caminos y lugares fuertes, de donde viendo que los Incas no los acometían salían a ellos y peleaban con rabia de desesperados, metiéndose por las armas de sus contrarios; y cada provincia de las tres, en competencia de las otras, hacía cuanto podía por mostrar mayor ánimo y valor que las demás, por aventajarse de ellas.

Los Incas no hacían más que resistirles y esperar a que la hambre y las demás incomodidades de la guerra los rindiesen; y cuando por los campos y por los pueblos desamparados hallaban las mujeres e hijos de los enemigos, que los habían dejado por no haber podido llevarlos todos consigo, los regalaban y acariciaban y les daban de comer; y recogiendo los más que podían, los encaminaban a que se fuesen con sus padres y con sus maridos, para que viesen que no iban a cautivarlos, sino a mejorarlos de ley y costumbres. También lo hacían con astucia militar, por que tuviesen los enemigos más que mantener, más que guardar y cuidar, y que no estuviesen tan libres como lo estaban, sin mujeres e hijos, para hacer la guerra sin estorbos. Y también para que la hambre y la aflicción de los hijos los afligiese más que la propia, y el llanto de las mujeres enterneciese a los varones y les hiciese perder el ánimo y la ferocidad, para que se rindiesen más aína.

Los contrarios no dejaban de reconocer los beneficios que se hacían a sus mujeres e hijos, mas la obstinación y pertinacia que tenían era tanta, que no daba lugar al agradecimiento; antes parecía que los mismos beneficios los endurecían más.

Así porfiaron en la guerra los unos y los otros cinco o seis meses, hasta que se empezó a sentir la hambre y la mortandad de la gente más flaca, que eran los niños y las mujeres más delicadas, y, creciendo más y más estos males, forzaron a los varones a lo que pensaban, que no los forzara la propia muerte; y así, de común consentimiento de capitanes y soldados, cada cual en las fortalezas donde estaban, eligieron embajadores que con toda humildad fuesen a los Incas y les pidiesen perdón de lo pasado y ofreciesen la obediencia y vasallaje en lo por venir.

Los Incas los recibieron con la clemencia acostumbrada, y con las más blandas palabras que supieron decir les amonestaron que se volviesen a sus pueblos y casas y procurasen ser buenos vasallos para merecer los beneficios del Inca y tenerle por señor, y que todo lo pasado se les perdonaba, sin acordarse más de ello.

Los embajadores volvieron muy contentos a los suyos, de la buena negociación de su embajada, y sabida la respuesta de los Incas, hubieron mucho regocijo, y conforme al mandato de ellos se volveron a sus pueblos, en los cuales los acariciaron y proveyeron de lo necesario; y fue bien menester el doblado bastimento que al principio de esta guerra el Inca Cápac Yupanqui mandó pedir a los suyos, para con él proveer a los enemigos rendidos, que lo pasaran mal aquel primer año, porque por causa de la guerra se habían perdido todos los sembrados; con la comida les proveyeron los ministros necesarios para el gobierno de la justicia y de la hacienda y para la enseñanza de su idolatría.

CAPITULO XIV

DEL BUEN CURACA HUAMACHUCU Y COMO SE REDUJO

El Inca pasó adelante en su conquista; llegó a los confines de la gran provincia llamada Huamachucu, donde había un gran señor del mismo nombre tenido por hombre de mucho juicio y prudencia; al cual envió los requerimientos y protestaciones acostumbradas; ofreciéndole paz y amistad y mejoría de religión, leyes y costumbres; porque es verdad que aquella nación las tenía bárbaras y crueles; y en su idolatría y sacrificios eran barbarísimos, porque adoraban piedras, las que hallaban por los ríos o arroyos, de diversas colores como el jaspe, que les parecía que no podían juntarse diferentes colores en una piedra sino por gran deidad que en ella hubiese, y, con esta bobería las tenían en sus casas por ídolos, honrándolas como a

dioses; sus sacrificios eran de carne y sangre humana. No tenían pueblos poblados; vivían por los campos, en chozas derramadas, sin orden ni concierto; andaban como bestias. Todo lo cual deseaba remediar el buen Huamachucu, mas no osaba intentarlo por que no le matasen los suyos, diciendo que, pues alteraba su vida, menospreciaba la religión y la manera de vivir de sus antepasados, y este miedo le tenía reprimido en sus buenos deseos y así recibió mucho contento con el mensaje del Inca.

Y usando de su buen juicio, respondió que holgaba mucho que el Imperio del Inca y sus banderas hubiesen llegado a los confines de su tierra, que por las buenas nuevas que había oído de su religión y buen gobierno había años que lo deseaba por su Rey y señor; que por las provincias de enemigos que había en medio y por no desamparar sus tierras, no había salido de ellas a buscarle para darle la obediencia y adorarle por hijo del Sol, y que, ahora que sus deseos se habían cumplido, lo recibía con todo el buen ánimo y deseo que había tenido de ser su vasallo; que le suplicaba lo recibiese con el mismo ánimo que él se ofrecía, y en él y en sus vasallos hiciese los beneficios que en los demás indios había hecho.

Con la buena respuesta del gran Huamachucu, entró el príncipe Inca Yupanqui, y el general, su tío, en sus tierras. El curaca salió a recibirlos con dádivas y presentes de todo lo que había en su estado, y, puesto delante de ellos, los adoró con toda reverencia. El general lo recibió con mucha afabilidad, y en nombre del Inca su hermano le rindió las gracias de su amor y buena voluntad, y el príncipe le mandó dar mucha ropa de vestir de la de su padre, así para el curaca como para sus deudos y los principales y nobles de su tierra. Sin esta merced, que los indios estimaron en mucho, les dieron gracias y privilegios de mucho favor y honra, por el amor que mostraron al servicio del Inca. Y es así que el Inca Pachacútec, y después los que le sucedieron, hicieron siempre mucho caudal y estima desde Huamachucu y de sus descendientes y ennoblecieron grandemente su provincia, por haberse sujetado a su Imperio de la manera que se ha dicho.

Acabadas las fiestas que se hicieron por haber recibido al Inca por señor, el gran curaca Huamachucu habló al capitán general diciendo que le suplicaba mandase reducir con brevedad aquella manera de pueblos de su estado a otra mejor forma y mejorase su idolatría, leyes y costumbres, que bien entedía que las que sus antepasados les habían dejado eran bestiales, dignas de risa, por lo cual él había deseado mejorarlas, mas que no había osado porque los suyos no lo matasen por menospreciador de la ley de sus antecesores; que, como brutos, se contentaban con lo que sus mayores les dejaron. Empero que, ya que su buena dicha le había llevado Incas, hijos del Sol, a su tierra, le suplicaba se la mejorase en todo, pues eran sus vasallos.

El Inca holgó de haberle oído y mandó que las caserías y chozas derramadas por los campos se redujesen a pueblos de calles y vecindad, en los mejores sitios que para ello se hallasen. Mandó pregonar que no tuviesen

otro dios sino al Sol, y que echasen en la calle las piedras pintadas que en sus casas tenían por ídolos, que más eran para que los muchachos jugasen con ellas que no para que los hombres las adorasen; y que guardasen y cumpliesen las leyes y ordenanzas de los Incas, para cuya enseñanza mandó señalar hombres que asistiesen en cada pueblo como maestros en su ley.

CAPITULO XV

RESISTEN LOS DE CASAMARCA Y AL FIN SE RINDEN

Todo lo cual proveído con mucho contento del buen Huamachucu, pasaron adelante los Incas, tío y sobrino, en su conquista, y en llegando a los términos de Casamarca, famosa por la prisión de Atahualpa, en ella, la cual era una gran provincia, rica, fértil, poblada de mucha gente belicosa, enviaron un mensaje con los requerimientos y protestaciones acostumbradas de paz o de guerra, por que después no alegasen que los habían cogido descuidados.

Los de Casamarca se alteraron grandemente, aunque de atrás, como gente valiente y belicosa, por haber visto la guerra cerca de sus tierras, tenían apercibidas las armas y los bastimentos y estaban fortalecidos en sus plazas fuertes y tenían tomados los malos pasos de los caminos, y así respondieron con mucha soberbia diciendo que ellos no tenían necesidad de nuevos dioses ni de señor extranjero que les diese nuevas leyes y fueros extraños, que ellos tenían los que habían menester, ordenados y establecidos por sus antepasados, y no querían novedades; que los Incas se contentasen con los que quisiesen obedecerles y buscasen otros, que ellos no querían su amistad y menos su señorío, y que protestaban de morir todos por defender su libertad.

Con esta respuesta entró el Inca Cápac Yupanqui en los confines de Casamarca, donde los naturales, como bravos y animosos, se le ponían delante en los pasos dificultosos, ganosos de pelear por vencer o morir; y aunque el Inca deseaba excusar la pelea, no le era posible, porque, para haber de pasar adelante, le convenía ganar los pasos fuertes a fuerza de armas; en los cuales, peleando obstinadamente los unos y los otros, murieron muchos; lo mismo pasó en algunas batallas que se dieron en campo abierto; mas como la potencia de los Incas fuese tanta no pudiendo resistirla sus contrarios, se acogieron a las fortalezas y riscos y peñas fuertes, donde pensaban defenderse. De allí salían a hacer sus saltos; mataban mucha gente a los Incas, y también morían muchos de ellos. Así duró la guerra cuatro meses, por querer los Incas ir enteteniéndola por no destruir los enemigos, más que

no por la pujanza de ellos, aunque no dejaban de resistir con todo ánimo y esfuerzo; empero, ya disminuido de su primera bizarría.

Durante la guerra hacían los Incas todo el beneficio que podían a sus enemigos, por vencerlos por bien; los que prendían en las batallas soltaban libremente con muy buenas palabras que enviaban a decir a su curaca, ofreciéndole paz y amistad; los heridos curaban, y después de sanos los enviaban con los mismos recados y les decían que volviesen a pelear contra ellos, que cuantas veces los hiriesen y prendiesen tantas veces los volverían a curar y soltar, porque habían de vencer como Incas y no como tiranos, enemigos crueles; las mujeres y niños que hallaban en los montes y cuevas, después de haberlos regalado, los enviaban a sus padres y maridos con persuasiones que no porfiasen en su obstinación, pues no podían vencer a los hijos del Sol.

Con estas y otras semejantes caricias, porfiadas en tan largo tiempo, empezaron los de Casamarca a ablandar y amansar la ferocidad y dureza de sus ánimos y volver en sí poco a poco, para considerar que no les estaba mal sujetarse a gente que, pudiéndolos matar, usaba con ellos de aquellos beneficios. Sin lo cual, veían por experiencia que el poder del Inca crecía cada día y el suyo menguaba de hora en hora, y que la hambre los apretaba ya de manera que a poco más no podían dejar de perecer, cuanto más vencer o resistir a los Incas. Por estas dificultades, habiéndolas consultado el curaca con los más principales de su estado, les pareció aceptar los partidos que los Incas les ofrecían, antes que por obstinación e ingratitud se los negasen, y así enviaron luego sus embajadores diciendo que, por haber experimentado la piedad, clemencia y mansedumbre de los Incas y la potencia de sus armas, confesaban que merecían ser señores del mundo, y que con mucha razón publicaban ser hijos del Sol los que tales beneficios hacían a sus enemigos; en los cuales se certificaba que serían mayores las mercedes cuando fuesen sus vasallos. Por lo cual, arrepentidos de su dureza y avergonzados de su ingratitud, de no haber correspondido antes a tantos beneficios recibidos, suplicaban al príncipe y a su tío el general tuviesen por bien de perdonarles su rebeldía y ser sus padrinos y abogados, para que la majestad del Inca los recibiese por sus vasallos.

Apenas pudieron haber llegado los embajadores ante los Incas, cuando el curaca Casamarca y sus nobles acordaron ir ellos mismos a pedir el perdón de sus delitos, por mover a mayor compasión a los Incas, y así fueron con la mayor sumisión que pudieron, y, puestos ante el Príncipe y el Inca General, los adoraron a la usanza de ellos y repitieron las mismas palabras que sus embajadores habían dicho. El Inca Cápac Yupanqui, en lugar del príncipe su sobrino, los recibió con mucha afabilidad, y con muy dulces palabras les dijo que, en nombre del Inca, su hermano, y del príncipe, su sobrino, los perdonaba y recibía en su servicio, como a cualquiera de sus vasallos, y que de lo pasado no se acordarían jamás; que procurasen hacer lo que debían

de su parte para merecer los beneficios del Inca, que Su Majestad no faltaría de les hacer las mercedes acostumbradas y los trataría como su padre el Sol se lo tenía mandado; que se fuesen en paz y se redujesen a sus pueblos y casas y pidiesen cualquier merced que bien les estuviese.

El curaca, juntamente con los suyos, volvió a adorar a los Incas y en nombre de todos dijo que bien mostraban ser hijos del Sol, y que ellos se tenían por dichosos de haber alcanzado tales señores y que servirían al Inca como buenos vasallos. Dicho esto, se despidieron y volvieron a sus casas.

CAPITULO XVI

LA CONQUISTA DE YAUYU Y EL TRIUNFO DE LOS INCAS TIO Y SOBRINO

El Inca General tuvo en mucho haber ganado esta provincia, porque era una de las buenas que había en todo el Imperio de su hermano. Procuró ilustrarla luego; mandó reducir las caserías derramadas a pueblos recogidos; mandó trazar una casa o templo para el Sol y otra para las vírgenes escogidas. Estas casas crecieron después en tanta grandeza de ornamento y servicio que fueron de las principales que hubo en todo el Perú. Dióseles maestros para su idolatría y los ministros para el gobierno común y para la hacienda del Sol y del Rey, y grandes ingenieros para sacar acequias de agua y aumentar las tierras de labor. Dejó guarnición de gente, para asegurar lo ganado.

Lo cual proveído, acordó volverse al Cuzco y de camino conquistar un rincón de tierra que había dejado atrás, que por estar lejos del camino que llevó a la ida, no la dejó ganada. Esta provincia, que llaman Yauyu, es áspera de sitio y de gente belicosa, mas con todo eso le pareció que le bastarían doce mil soldados; mandó que se escogiesen y despidió los demás, por no fatigarlos donde no eran menester. Llegando a los términos de aquella provincia le envió los requerimientos acostumbrados de paz o de guerra.

Los Yauyus se juntaron y platicaron sobre el caso; tuvieron contrarios pareceres. Unos decían que muriesen todos defendiendo la patria y la libertad y sus dioses antiguos. Otros, más cuerdos, dijeron que no había para qué proponer temeridades y locuras manifiestas, que bien veían que no se podía defender la patria ni la libertad contra el poder del Inca, que los tenía rodeados por todas partes, y sabían que había sujetado otras provincias mayores y que sus dioses no se ofenderían, pues los dejaban por fuerza, a más no poder, y que no hacían ellos mayor delito que todas las demás na-

ciones, que habían hecho lo mismo; que mirasen que los Incas, según habían oído decir, trataban a sus vasallos de manera que antes se debía desear y amar que aborrecer el imperio de ellos. Por todo lo cual les parecía que llanamente le obedeciesen, porque lo contrario era manifiesto desatino y total destrucción de lo que pretendían conservar, porque podían los Incas, si quisiesen, echarles encima las sierras que en derredor tenían.

Este consejo prevaleció, y así, de común consentimiento, recibieron a los Incas con toda la fiesta y solemnidad que pudieron hacer. El general hizo muchas mercedes al curaca, y a sus deudos, capitanes y gente noble, mandó dar mucha ropa de la fina, que llaman *compi;* y a los plebeyos otra mucha, de la común, que llaman *auasca;* y todos quedaron muy contentos de haber cobrado tal Rey y señor.

Los Incas, tío y sobrino, se fueron al Cuzco, dejando en Yauyu los ministros acostumbrados para el gobierno de los vasallos y de la hacienda real. El Inca Pachacútec salió a recibir al hermano y al príncipe su hijo con solemne triunfo y mucha fiesta, que les tenía apercibida; mandó que entrasen en andas, que llevaron sobre sus hombros los indios naturales de las provincias que de aquella jornada conquistaron.

Todas las naciones que vivían en la ciudad, y los curacas que vinieron a hallarse en la fiesta, entraron por sus cuadrillas, cada una de por sí, con diferentes instrumentos de tambores, trompetas, bocinas y caracoles, conforme a la usanza de sus tierras, con nuevos y diversos cantares, compuestos en su propia lengua en loor de las hazañas y excelencias del capitán general Cápac Yupanqui y del príncipe su sobrino, Inca Yupanqui, de cuyos buenos principios recibieron grandísimo contento su padre, parientes y vasallos. En pos de los vecinos y cortesanos entraron los soldados de guerra con sus armas en las manos, cada nación de por sí, cantando también ellos las hazañas que sus Incas habían hecho en la guerra; hacían de ambos una persona. Decían las grandezas y excelencias de ellos; el esfuerzo, ánimo y valentía en las batallas; la industria, diligencia y buena maña en los ardides de la guerra; la paciencia, cordura y mansedumbre para sufrir los ignorantes y atrevidos; la clemencia, piedad y caridad con los rendidos; la afabilidad, liberalidad y magnificencia con sus capitanes y soldados y con los extraños; la prudencia y buen consejo en todos sus hechos. Repetían muchas veces los nombres de los Incas, tío y sobrino; decían que dignamente merecían por sus virtudes renombres de tanta majestad y alteza. En pos de la gente de guerra iban los Incas de la sangre real, con sus armas en las manos, así los que salieron de la ciudad como los que venían de la guerra, todos igualmente compuestos, sin diferencia alguna, porque cualesquiera hazañas que pocos o muchos Incas hiciesen las hacían comunes de todos ellos, como si todos se hubieran hallado en ellas.

En medio de los Incas iba el general, y el príncipe a su lado derecho; tras ellos iba el Inca Pachacútec en su andas de oro. Con esta orden fueron

hasta los límites de la casa del Sol, donde se apearon los Incas y se descalzaron todos, si no fue el Rey, y así fueron todos hasta la puerta del templo, donde se descalzó el Inca y entró dentro con todos los de su sangre real, y no otros; y habiéndole adorado y rendido las gracias de las victorias que les había dado, se volvieron a la plaza principal de la ciudad, donde se solemnizó la fiesta con cantares y bailes y mucha comida y bebida, que era lo más principal de sus fiestas.

Cada nación, según su antigüedad, se levantaba de su asiento e iba a bailar y cantar delante del Inca, conforme al uso de su tierra; llevaban consigo sus criados, que tocaban los tambores y otros instrumentos y respondían a los cantares; y acabando de bailar aquéllos, se brindaban unos con otros, y luego se levantaban otros a bailar, y luego otros y otros, y de esta manera duraba el baile todo el día. Por esta orden regocijaron la solemnidad de aquel triunfo por espacio de una lunación; y así lo hicieron en todos los triunfos pasados, mas no hemos dado cuenta de ellos porque éste de Cápac Yupanqui fue el más solemne de los que hasta entonces se hicieron.

CAPITULO XVII

REDUCENSE DOS VALLES, Y CHINCHA RESPONDE CON SOBERBIA

PASADAS LAS fiestas, descansaron los Incas tres o cuatro años sin hacer guerra; solamente atendían a ilustrar y engrandecer con edificios y beneficios las provincias y reinos ganados. Tras este largo tiempo que los pueblos hubieron descansado, trataron los Incas de hacer la conquista de los llanos, que por aquella parte no tenían ganado más de hasta Nanasca, y habiéndose consultado en el consejo de guerra, mandó apercibir treinta mil soldados que fuesen luego a la conquista, y quedasen apercibiéndose otros treinta mil para remudar los ejércitos de dos a dos meses, que convenía hacerlo así porque la tierra de los llanos es enferma y peligrosa para los nacidos y criados en la sierra.

Aprestada la gente, mandó el Inca Pachacútec que los treinta mil hombres quedasen en los pueblos comarcanos, apercbidos para cuando los llamasen, y los otros treinta mil salieron para la conquista. Con los cuales salieron los tres Incas, que son el Rey y el príncipe Inca Yupanqui y el general Cápac Yupanqui, y caminaron por sus jornadas hasta las provincias llamadas Rucana y Hatunrucana, donde el Inca quiso quedarse, por estar en comarca que pudiese dar calor a la guerra y acudir al gobierno de la paz.

Los Incas, tío y sobrino, pasaron adelante hasta Nanasca; de allí enviaron mensajeros al valle de Ica que está al norte de Nanasca, con los requerimientos acostumbrados. Los naturales pidieron plazo para comunicar la respuesta, y al fin de algunas diferencias acordaron recibir al Inca por señor, porque, por el largo tiempo de la vecindad de Nanasca habían sabido y visto el suave gobierno de los Incas. Lo mismo hicieron los del valle de Pisco, aunque con alguna dificultad por la vecindad del gran valle de Chincha, cuyo favor y socorro quisieron pedir, y lo dejaron de intentar por parecerles que no podía ser el socorro tan grande que bastase a defenderlos del Inca, por lo cual tomaron el consejo más seguro y saludable y aceptaron las leyes y costumbres del Inca y prometieron de adorar al Sol por su Dios y repudiar y abominar los dioses que tenían.

Al valle de Ica, que es fértil, como lo son todos aquellos valles, ennoblecieron todos aquellos Reyes Incas con una hermosísima acequia que mandaron sacar de lo alto de las sierras, muy caudalosa de agua, cuyas corrientes trocaron en contra con admirable artificio, que, yendo naturalmente encaminadas al levante, las hicieron volver al poniente, porque un río que pasa por aquel valle traía muy poca agua de verano y padecían los indios mucha esterilidad en sus sembrados, que muchos años que en la sierra llovía poco, los perdían por falta de riego. Y con el socorro del acequia, que era mayor que el río, ensancharon las tierras de labor en más que otro tanto, y de allí adelante vivieron en grande abundancia y prosperidad. Todo lo cual causaba que los indios conquistados y no conquistados deseasen y amasen el Imperio de los Incas, cuya vigilancia y cuidado notaban que se empleaba siempre en semejantes beneficios de los valles.

Es de saber que generalmente los indios de aquella costa, en casi quinientas leguas dende Trujillo hasta Tarapaca, que es lo último del Perú, norte sur, adoraban en común a la mar (sin los ídolos que en particular cada provincia tenía); adorábanla por el beneficio que con su pescado les hacía para comer y para estercolar sus tierras, que en algunas partes de aquella costa las estercolan con cabezas de sardinas; y así le llamaban Mamacocha, que quiere decir madre mar, como que hacía oficio de madre en darles de comer. Adoraban también comúnmente a la ballena, por su grandeza y monstruosidad, y en particular unas provincias adoraban a unos peces y otras a otros, según que les eran más provechosos, porque los mataban en más cantidad. Esta era, en suma, la idolatría de los yuncas de aquella costa, antes del Imperio de los Incas.

Habiendo ganado los dos valles, Ica y Pisco, enviaron los Incas sus mensajeros al grande y poderoso valle llamado Chincha (por quien se llamó Chinchasuyu todo aquel distrito, que es una de las cuatro partes en que dividieron los Incas su Imperio), diciendo que tomasen las armas o diesen la obediencia al Inca Pachacútec, hijo del Sol.

Los de Chincha, confiados en la mucha gente de guerra que tenían,

quisieron bravear; dijeron que ni querían al Inca por su Rey ni al Sol por su dios; que ellos tenían dios a quien adorar y Rey a quien servir; que su dios en común era la mar, que, como todos los veían, era mayor cosa que el Sol y tenía mucho pescado que les dar, y que el Sol no les hacía beneficio alguno, antes los ofendía con su demasiado calor; que su tierra era caliente y no habían menester al Sol; que los de la sierra, que vivían en tierras frías, le adorasen, pues tenían necesidad de él. Y cuanto al Rey, dijeron que ellos le tenían natural, de su mismo linaje, que no lo querían extranjero, aunque fuese hijo del Sol, que ni habían menester al Sol ni a sus hijos tampoco; y que no tenían necesidad de que los apercibiesen para las armas, que quien los buscase los hallaría siempre bien apercibidos para defender su tierra, su libertad y sus dioses, particularmente a su dios llamado Chincha Cámac, que era sustentador y hacedor de Chincha; que los Incas harían mejor en volverse a sus casas que no en tener guerra con el señor y Rey de Chincha, que era poderosísimo Príncipe. Los naturales de Chincha se preciaban haber venido sus antepasados de lejas tierras (aunque no dicen de dónde), con capitán general tan religioso como valiente, según ellos dicen; y que ganaron aquel valle a fuerza de armas, destruyendo los que hallaron en él, y que no hicieron mucho porque era una gente vil y apocada, los cuales perecieron todos sin quedar alguno, y que hicieron otras mayores valentías que se dirán adelante.

CAPITULO XVIII

LA PERTINACIA DE CHINCHA Y COMO AL FIN SE REDUCE

HABIDA LA respuesta, caminaron los Incas hacia Chincha. El curaca, que se llamaba del mismo nombre, salió con una buena banda de gente fuera del mismo valle a escaramuzar con los Incas, mas por la mucha arena no pudieron pelear los unos ni los otros y los yuncas se fueron retirando hasta meterse en el valle, donde resistieron la entrada a los Incas, mas no pudieron hacer tanto que no perdiesen sitio bastante donde se alojasen los enemigos. La guerra se trabó entre ellos muy cruel, con muertes y heridas de ambas partes. Los yuncas peleaban por defender su patria y los Incas por aumentar su Imperio, honra y fama.

Así estuvieron muchos días en su porfía; los Incas los convidaron muchas veces con la paz y amistad; los yuncas, obstinados en su pertinacia y confiados en el calor de su tierra, que forzaría a los serranos que se salie-

sen de ella, no quisieron aceptar partido alguno, antes se mostraban cada día más rebeldes, porfiando en su vana esperanza. Los Incas, guardando su antigua costumbre de no destruir los enemigos por guerra, sino conquistarlos por bien, dejaron correr el tiempo hasta que los yuncas se cansasen y se entregasen de su grado, y porque habían pasado ya dos meses, mandaron los Incas renovar su ejército antes que el calor de aquella tierra les hiciese mal; para lo cual enviaron a mandar que la gente que había quedado aprestada para aquel efecto caminase a toda prisa, para que los que asistían en la guerra saliesen antes que enfermasen por el mucho calor de la tierra.

Los maeses de campo del nuevo ejércto se dieron prisa a caminar, y en pocos días llegaron a Chincha; el general Cápac Yupanqui los recibió y despidió el ejército viejo; mandó que estuviesen aprestados otros tantos soldados, para renovar otra vez el ejército si fuese menester. Mandó asimismo que el príncipe, su sobrino, se saliese a la sierra con los soldados viejos por que su salud y vida no corriese tanto riesgo en los llanos.

Despachadas estas cosas, apretó el general la guerra contra los de Chincha, sitiándolos más estrechamente y talando las mieses y los frutos del campo, para que la hambre los rindiese. Mandó quebrar las acequias, para que no pudiesen regar lo que no alcanzaron a talar, que fue lo que más sintieron los yuncas; porque, como la tierra es tan caliente y el Sol arde mucho en ella, tiene necesidad de que la rieguen cada tres o cuatro días para poder dar fruto.

Pues como los yuncas se viesen por una parte apretados con el sitio más estrecho y quebradas las acequias, y por otra perdida la esperanza que tenían de que los Incas se habían de salir a la sierra de temor de las enfermedades de los llanos, viendo ahora nuevo ejército y sabiendo que lo habían de renovar cada tres meses, perdieron parte del orgullo, mas no la pertinacia, y en ella se estuvieron otros dos meses, que no quisieron aceptar la paz y amistad que los Incas les ofrecían cada ocho días. Por una parte resistían a sus enemigos con las armas, haciendo lo que podían y sufriendo con mucha paciencia los trabajos de la guerra. Por otra acudían con gran devoción y promesas a su dios Chincha Cámac; particularmente las mujeres, con muchas lágrimas y sacrificios le pedían los librase del poder de los Incas.

Es de saber que los indios de este hermoso valle Chincha tenían un ídolo famoso que adoraban por dios y le llamaban Chincha Cámac. Levantaron este dios a semejanza del Pachacámac, dios no conocido que los Incas adoraban mentalmente como se ha dicho atrás; porque supieron que los naturales de otro gran valle que está adelante de Chincha (del cual hablaremos presto) habían levantado al Pachacámac por su dios y héchole un templo famoso. Pues como supiesen que Pachacámac quería decir sustentador del universo, les pareció que, teniendo tanto que sustentar, se descuidaría o no podría sustentar a Chincha tan bastantemente como sus moradores quisieran. Por lo cual les pareció inventar un dios que fuese particular sus-

tentador de su tierra, y así le llamaron Chincha Cámac, en cuya confianza estaban obstinados a no rendirse a los enemigos, esperando que, siendo su dios casero, los libraría presto de ellos.

Los Incas sufrían con mucha paciencia el hastío de la guerra y la porfía de los yuncas, por no destruirlos, mas no por eso dejaban de apretarles en todo lo que podían, como no fuese matarlos.

El Inca Cápac Yupanqui, viendo la rebeldía de los yuncas y que se perdía tiempo y reputación en esperarlos tanto, y que para cumplir con la piedad del Inca, su hermano, bastaba lo esperado y que podría ser que la mansedumbre que se usaba con los enemigos se convirtiese en crueldad contra los suyos, si enfermasen, como se temía del mucho calor de aquella tierra para indios no hechos a ella, les envió un mensaje diciendo que ya él había cumplido con el mandato del Inca, su hermano, que era que atrajese los indios a su imperio por bien y no por mal, y que ellos cuanta más piedad habían sentido en los Incas tanto más rebeldes se mostraban, atribuyéndolo a cobardía; por tanto, les enviaba a amonestar que se rindiesen al servicio del Inca dentro de ocho días, los cuales pasados, les prometía pasarlos todos a cuchillo y poblar sus tierras de nuevas gentes que a ellas traería. Mandó a los mensajeros que, dado el recado, se volviesen sin esperar respuesta.

Los yuncas temieron el recado, porque vieron que el Inca tenía demasiada razón, que les había sufrido y esperado mucho, y que, pudiendo haberles hecho la guerra a fuego y a sangre, la había hecho con mucha mansedumbre, que había usado así con ellos como sus heredades, no las talando del todo, por lo cual, habiéndolo platicado, les pareció no irritarlo a mayor saña sino hacer lo que les mandaba, pues ya la hambre y los trabajos los forzaban a que se rindiesen. Con este acuerdo enviaron sus embajadores suplicando al Inca los perdonase y recibiese por súbditos, que la rebeldía que hasta allí habían tenido la trocarían de allí adelante en lealtad, para le servir como buenos vasallos. Otro día fue el curaca, acompañado de sus deudos y otros nobles, a besar las manos al Inca y a darle la obediencia personalmente.

CAPITULO XIX

CONQUISTAS ANTIGUAS Y JACTANCIAS FALSAS DE LOS CHINCHAS

El Inca holgó mucho con el curaca Chincha por ver acabada aquella guerra, que le había dado hastío y pesadumbre, y así recibió con mucha afabilidad al gran yunca y le dijo muy buenas palabras acerca del per-

dón y de la rebeldía pasada, porque el curaca se mostraba muy penado y afligido de su delito. El Inca le mandó que no hablase más en ello ni se le acordase, que ya el Rey su hermano lo tenía borrado de la memoria; y para que viese que estaba perdonado, le hizo mercedes en nombre del Inca a él y a los suyos y les dio de vestir y preseas de las muy estimadas del Inca, con que todos quedaron muy contentos.

Estos indios de Chincha se jactan mucho en este tiempo diciendo la mucha resistencia que hicieron a los Incas, y que no los pudieron sujetar de una vez, sino que fueron sobre ellos dos veces, que de la primera vez se retiraron y volvieron a sus tierras; y lo dicen por los dos ejércitos que fueron sobre su provincia, trocándose el uno por el otro, como se ha dicho. Dicen también que tardaron los Incas muchos años en conquistarlos, y que más los rindieron con las promesas, dádivas y presentes que no con las armas, haciendo valentía suya la masendumbre de los Incas, cuya potencia en aquellos tiempos era ya tanta que si quisieran ganarlos por fuerza, pudieran hacerlo con mucha facilidad. Mas esto del blasonar, pasada la tormenta, quienquiera lo sabe hacer bien.

También dicen que antes que los Incas los sujetaran se vieron tan poderosos y fueron tan belicosos que muchas veces salían a correr la tierra y traían muchos despojos de ella, y que los serranos les temían y les desamparaban los pueblos, y que de esta manera llegaron muchas veces hasta la provincia Colla. Todo lo cual es falso, porque aquellos yuncas por la mayor parte son gente regalada y de poco trabajo y para llegar a los Collas habían de caminar casi doscientas leguas y atravesar provincias mayores y más pobladas que la suya. Y lo que más les contradice es que los yuncas, como en su tierra hace mucho calor y no oyen jamás truenos, porque no llueve en ella, en subiendo a la sierra y oyendo tronar se mueren de miedo, y no saben dónde se meter y se vuelven huyendo a sus tierras. Por lo cual se ve que los yuncas levantan grandes testimonios en su favor contra los de la sierra.

El Inca Cápac Yupanqui, entre tanto que se daba orden y asiento en el gobierno de Chincha, avisó al Inca su hermano de todo lo hasta allí sucedido, y le suplicó le enviase nuevo ejército para trocar el que tenía y pasar adelante en la conquista de los yuncas; y tratando en Chincha de las nuevas leyes y costumbres que habían de tener, supo que había algunos sométicos, y no pocos, los cuales mandó prender, y en un día los quemaron vivos todos juntos y mandaron derribar sus casas y talar sus heredades y sacar los árboles de raíz, porque no quedase memoria de cosa que los sodomitas hubiesen plantado con sus manos, y las mujeres e hijos quemaran por el pecado de sus padres, si no pareciere inhumanidad, porque fue un vicio éste que los Incas abominaron fuera de todo encarecimiento.

El tiempo adelante los Reyes Incas ennoblecieron mucho este valle de Chincha; hicieron solemnísimo templo para el Sol y casa de escogidas;

tuvo más de treinta mil vecinos; es uno de los más hermosos valles que hay en el Perú. Y porque las hazañas y conquistas de este Rey Pachacútec fueron muchas, y porque hablar siempre en una materia suele enfadar, me pareció dividir su vida y hechos en dos partes y poner en medio dos fiestas principales que aquellos Reyes en su gentilidad tuvieron: hecho esto, volveremos a la vida de este Rey.

CAPITULO XX

LA FIESTA PRINCIPAL DEL SOL Y COMO SE PREPARABAN PARA ELLA

Este nombre *Raimi* suena tanto como Pascua o fiesta solemne. Entre cuatro fiestas que solemnizaban los Reyes Incas en la ciudad del Cuzco, que fue otra Roma, la solemnísima era la que hacían al Sol por el mes de junio, que llamaban Intip Raïmi, que quiere decir la Pascua solemne del Sol, y absolutamente le llamaban Raimi, que significa lo mismo, y si a otras fiestas llamaban con este nombre era por participación de esta fiesta, a la cual pertenecía derechamente el nombre Raimi; celebrábanla pasado el solsticio de junio.

Hacían esta fiesta al Sol en reconocimiento de tenerle y adorarle por sumo, solo y universal Dios, que con su luz y virtud criaba y sustentaba todas las cosas de la tierra.

Y en reconocimiento de que era padre natural del primer Inca Manco Cápac y de la Coya Mama Ocllo Huaco y de todos los Reyes y de sus hijos y descendientes, enviados a la tierra para el beneficio universal de las gentes, por estas causas, como ellos dicen, era solemnísima esta fiesta.

Hallábanse a ella todos los capitanes principales de guerra ya jubilados y los que no estaban ocupados en la milicia, y todos los curacas, señores de vasallos, de todo el Imperio; no por precepto que les obligase a ir a ella, sino porque ellos holgaban de hallarse en la solemnidad de tan gran fiesta; que, como contenía en sí la adoración de su Dios, el Sol, y la veneración del Inca, su Rey, no quedaba nadie que no acudiese a ella. Y cuando los curacas no podían ir por estar impedidos de vejez o de enfermedad o con negocios graves en servicio del Rey o por la mucha distancia del camino, enviaban a ella los hijos y hermanos, acompañados de los más nobles de su parentela, para que se hallasen a la fiesta en nombre de ellos. Hallábase a ella el Inca en persona, no siendo impedido en guerra forzosa o en visita del reino.

Hacía el Rey las primeras ceremonias como Sumo Sacerdote, que, aunque siempre había Sumo Sacerdote de la misma sangre, porque lo había de ser hermano o tío del Inca, de los legítimos de padre y madre, en esta fiesta, por ser particular del Sol, hacía las ceremonias el mismo Rey, como hijo primogénito de ese Sol a quien primero y principalmente tocaba solemnizar su fiesta.

Los curacas venían con todas sus mayores galas e invenciones que podían haber: unos traían los vestidos chapados de oro y plata, y guirnaldas de lo mismo en las cabezas, sobre sus tocados.

Otros venían ni más ni menos que pintan a Hércules, vestida la piel de león y la cabeza encajada en la del indio, porque se precian los tales descender de un león.

Otros venían de la manera que pintan los ángeles, con grandes alas de un ave que llaman *cúntur*. Son blancas y negras, y tan grandes que muchas han muerto los españoles de catorce y quince pies de punta a punta de los vuelos; porque se jactan descender y haber sido su origen de un cúntur.

Otros traían máscaras hechas aposta de las más abominables figuras que pueden hacer, y éstos son los yuncas. Entraban en las fiestas haciendo ademanes y visajes de locos, tontos y simples. Para lo cual traían en las manos instrumentos apropiados, como flautas, tamboriles mal concertados, pedazos de pellejos, con que se ayudaban para hacer sus tonterías.

Otros curacas venían con otras diferentes invenciones de sus blasones. Traía cada nación sus armas con que peleaban en las guerras: unos traían arcos y flechas, otros lanzas, dardos, tiraderas, porras, hondas y hachas de asta corta para pelear con una mano, y otras de asta larga, para combatir a dos manos.

Traían pintadas las hazañas que en servicio del Sol y de los Incas habían hecho; traían grandes atabales y trompetas, y muchos ministros que los tocaban; en suma, cada nación venía lo mejor arreada y más bien acompañada que podía, procurando cada uno en su tanto aventajarse de sus vecinos y comarcanos, o de todos, si pudiese.

Preparábanse todos generalmente para el Raimi del Sol con ayuno riguroso, que en tres días no comían sino un poco de maíz blanco, crudo y unas pocas de yerbas que llaman *chúcam* y agua simple. En todo este tiempo no encendían fuego en toda la ciudad, y se abstenían de dormir con sus mujeres.

Pasado el ayuno, la noche antes de la fiesta, los sacerdotes Incas diputados para el sacrificio entendían en apercibir los carneros y corderos que se habían de sacrificar y las demás ofrendas de comida y bebida que al Sol se había de ofrecer. Todo lo cual se prevenía sabida la gente que a la fiesta había venido, porque de las ofrendas habían de alcanzar todas las naciones, no solamente los curacas y los embajadores sino también los parientes, vasallos y criados de todos ellos.

Las mujeres del Sol entendían aquella noche en hacer grandísima cantidad de una masa de maíz que llaman *zancu;* hacían panecillos redondos del tamaño de una manzana común, y es de advertir que estos indios no comían nunca su trigo amasado y hecho pan sino en esta fiesta y en otra que llamaban Citua, y no comían este pan a toda la comida, sino dos o tres bocados al principio; que su comida ordinaria, en lugar de pan, es la zara tostada o cocida en grano.

La harina para este pan, principalmente lo que el Inca y los de su sangre real habían de comer, la molían y amasaban las vírgenes escogidas, mujeres del Sol, y estas mismas guisaban toda la demás vianda de aquella fiesta; porque el banquete más parecía que lo hacía el Sol a sus hijos que sus hijos a él; y por tanto guisaban las vírgenes, como mujeres que eran del Sol.

Para la demás gente común amasaban el pan y guisaban la comida otra infinidad de mujeres diputadas para esto. Empero, el pan, aunque era para la comunidad, se hacía con atención y cuidado de que a lo menos la harina la tuviesen hecha doncellas porque este pan lo tenían por cosa sagrada, no permitido comerse entre año, sino en solo esta festividad, que era fiesta de sus fiestas.

CAPITULO XXI

ADORABAN AL SOL, IBAN A SU CASA, SACRIFICABAN UN CORDERO

PREVENIDO LO necesario, el día siguiente, que era el de la fiesta, al amanecer, salía el Inca acompañado de toda su parentela, la cual iba por su orden, conforme a la edad y dignidad de cada uno, a la plaza mayor de la ciudad, que llaman Haucaipata. Allí esperaban a que saliese el Sol y estaban todos descalzos y con grande atención, mirando al oriente, y en asomando el Sol se ponían todos de cuclillas (que entre estos indios es tanto como ponerse de rodillas) para le adorar, y con los brazos abiertos y las manos alzadas y puestas en derecho del rostro, dando besos al aire (que es lo mismo que en España besar su propia mano o la ropa del Príncipe, cuando le reverencian) le adoraban con grandísimo afecto y reconocimiento de tenerle por su Dios y padre natural.

Los curacas, porque no eran de la sangre real, se ponían en otra plaza, pegada a la principal, que llaman Cusipata; hacían al Sol la misma adoración que los Incas. Luego el Rey se ponía en pie, quedando los demás de cucli-

llas, y tomaba dos grandes vasos de oro, que llaman *aquilla,* llenos del brebaje que ellos beben. Hacía esta ceremonia (como primogénito) en nombre de su padre el Sol, y con el vaso de la mano derecha le convidaba a beber, que era lo que el Sol había de hacer, convidando el Inca a todos sus parientes, porque eso del darse a beber unos a otros era la mayor y más ordinaria demostración que ellos tenían del beneplácito del superior para con el inferior y de la amistad de un amigo con el otro.

Hecho el convite del beber, derramaba el vaso de la mano derecha, que era dedicada al Sol, en un tinajón de oro, y del tinajón salía a un caño de muy hermosa cantería, que desde la plaza mayor iba hasta la casa del Sol, como que él se lo tuviese debido. Y del más vaso de la mano izquierda, tomaba el Inca un trago, que era su parte, y luego se repartía lo demás por los demás Incas, dando a cada uno un poco en un vaso pequeño de oro o plata que para lo recibir tenía apercibido, y de poco en poco recebaban el vaso principal que el Inca había tenido, para que aquel licor primero, santificado por mano del Sol o del Inca, o de ambos a dos, comunicase su virtud al que le fuesen echando. De esta bebida bebían todos los de la sangre real, cada uno un trago. A los demás curacas, que estaban en la otra plaza, daban a beber del mismo brebaje que las mujeres del Sol habían hecho, pero no de la santificada, que era solamente para los Incas.

Hecha esta ceremonia, que era como salva de lo que después se había de beber, iban todos por su orden a la casa del Sol, y doscientos pasos antes de llegar a la puerta se descalzaban todos, salvo el Rey, que no se descalzaba hasta la misma puerta del templo. El Inca y los de su sangre entraban dentro, como hijos naturales, y hacían su adoración a la imagen del Sol. Los curacas, como indignos de tan alto lugar porque no eran hijos, quedaban fuera, en una gran plaza que hoy está ante la puerta del templo.

El Inca ofrecía de su propia mano los vasos de oro en que había hecho la ceremonia; los demás Incas daban sus vasos a los sacerdotes Incas que para servicio del Sol estaban nombrados y dedicados, porque a los no sacerdotes, aunque de la misma sangre del Sol (como a seglares), no les era permitido hacer oficio de sacerdotes. Los sacerdotes, habiendo ofrecido los vasos de los Incas, salían a la puerta a recibir los vasos de los curacas, los cuales llegaban por su antigüedad, como habían sido reducidos al Imperio, y que daban sus vasos, y otras cosas de oro y plata que para presentar al Sol habían traído de sus tierras, como ovejas, corderos, lagartijas, sapos, culebras, zorras, tigres y leones y mucha variedad de aves; en fin, de lo que más abundancia había en sus provincias, todo contrahecho al natural en plata y oro, aunque en pequeña cantidad cada cosa.

Acabada la ofrenda, se volvían a sus plazas por su orden; luego venían los sacerdotes Incas, con gran suma de corderos, ovejas machorras y carneros de todos colores, porque el ganado natural de aquella tierra es de todos colores, como los caballos de España. Todo este ganado era del Sol Tomaban

un cordero negro, que este color fue entre estos indios antepuesto a los demás colores para los sacrificios, porque lo tenían por de mayor deidad, porque decían que la res prieta era en todo prieta, y que la blanca, aunque lo fuese en todo su cuerpo, siempre tenía el hocico prieto, lo cual era defecto, y por tanto era tenida en menos que la prieta. Y por esta razón los Reyes lo más del tiempo vestían de negro, y el de luto de ellos era el vellorí, color pardo que llaman.

Este primer sacrificio del cordero prieto era para catar los agüeros y pronósticos de su fiesta. Porque todas las cosas que hacían de importancia, así para la paz como para la guerra, casi siempre sacrificaban un cordero, para mirar y certificarse por el corazón y pulmones si era acepto al Sol, esto es, si había de ser feliz o no aquella jornada de guerra, si habían de tener buena cosecha de frutos aquel año. Para unas cosas tomaban su agüeros en un cordero, para otras en un carnero, para otras en una oveja estéril, que, cuando se dijere oveja siempre se ha de entender estéril, porque las parideras nunca las mataban, ni aun para su comer, sino cuando eran ya inútiles para criar.

Tomaban el cordero o carnero y poníanle la cabeza hacia el oriente; no les ataban las manos ni los pies, sino que lo tenían asido tres o cuatro indios, abríanle vivo por el costado izquierdo, por do metían la mano y sacaban el corazón, con los pulmones y todo el gazgorro arrancándolo con la mano y no cortándolo, y había de salir entero desde el paladar.

CAPITULO XXII

LOS AGÜEROS DE SUS SACRIFICIOS, Y FUEGO PARA ELLOS

TENÍAN POR felicísimo agüero si los pulmones salían palpitando, no acabados de morir, como ellos decían, y habiendo este buen agüero, aunque hubiese otros en contrario, no hacían caso de ellos. Porque decían que la bondad de este dichoso agüero vencía a la maldad y desdicha de todos los malos. Sacada la asadura, lo hinchaban de un soplo y guardaban el aire dentro, atando el cañón de la asadura o apretando con las manos, y luego miraban las vías por donde el aire entra en los pulmones y las venillas que hay por ellos, a ver si estaban muy hinchados, o poco llenos de aire, porque cuanto más hinchados, tanto más feliz era el agüero. Otras cosas miraban, que no sabré decir cuáles, porque no las noté; de las dichas me acuerdo, que miré en ellos dos veces, que como niño acerté a entrar en ciertos corra-

les donde indios viejos, aún no bautizados, estaban haciendo este sacrificio, no del Raimi, que cuando yo nací ya era acabado, sino en otros casos particulares en que miraban sus agüeros, y para los mirar sacrificaban los corderos y carneros, como hemos dicho del sacrificio del Raimi; porque cuanto hacían en sus sacrificios particulares era semejanza de lo que hacían en sus fiestas principales.

Tenían por infelicísimo agüero si la res, mientras le abrían el costado, se levantaba en pie, venciendo de fuerza a los que le tenían asida. Asimismo era mala señal si al arrancar del cañón del asadura se quebraba y no salía todo entero. También era mal pronóstico que los pulmones saliesen rotos o el corazón lastimado; y otras cosas, que, como he dicho, ni las pregunté ni las noté. De éstas me acuerdo porque las oí hablar a los indios que hallé haciendo el sacrificio, preguntándose unos a otros por los buenos o malos agueros y no se recataban de mí por mi poca edad.

Volviendo a la solemnidad de la fiesta Raimi, decimos que si del sacrificio del cordero no salía próspero el agüero, hacían otro del carnero, y si tampoco salía dichoso, hacían otro de la oveja machorra, y cuando éste salía infeliz, no dejaban de hacer la fiesta, mas era con tristeza y llanto interior, diciendo que el Sol, su padre, estaba enojado contra ellos por alguna falta o descuido, que, sin lo advertir, hubiesen cometido en su servicio.

Temían crueles guerras, esterilidad en los frutos, muerte de sus ganados y otros males semejantes. Empero, cuando los agüeros pronosticaban felicidad, era grandísimo el regocijo que en festejar su Pascua traían, por las esperanzas de los bienes venideros.

Hecho el sacrificio del cordero, traían gran cantidad de corderos, ovejas y carneros para el sacrificio común; y no lo hacían como el pasado, abriéndolos vivos, sino que llanamente los degollaban y desollaban; guardaban la sangre y el corazón de todos ellos y lo ofrecían al Sol, como el del primer cordero: quemábanlo todo hasta que se convertía en ceniza.

El fuego para aquel sacrificio había de ser nuevo, dado de mano del Sol, como ellos decían. Para el cual tomaban un brazalete grande, que llaman *chipana* (a semejanza de otros que comúnmente traían los Incas en la muñeca izquierda), el cual tenía el Sumo Sacerdote; era grande, más que los comunes; tenía por medalla un vaso cóncavo, como media naranja, muy bruñido; poníanlo contra el Sol, y a un cierto punto, donde los rayos que del vaso salían daban en junto, ponían un poco de algodón muy carmenado, que no supieron hacer yesca, el cual se encendía en breve espacio, porque es cosa natural. Con este fuego dado así, de mano del Sol, se quemaba el sacrificio y se asaba toda la carne de aquel día. Y del fuego llevaban al templo del Sol y a la casa de las vírgenes, donde lo conservaban todo el año, y era mal agüero apagárseles, como quiera que fuese. Si la víspera de la fiesta que era cuando se apercibía lo necesario para el sacrificio del día siguiente, no hacía Sol para sacar el fuego nuevo, lo sacaban con dos palillos

rollizos, delgados como el dedo merguerite y largos de media vara, barrenando uno con otro; los palillos son de color de canela; llaman *uyaca* así a los palillos como al sacar del fuego, que una misma dicción sirve de nombre y verbo. Los indios se sirven de ellos en lugar de eslabón y pedernal, y de camino los llevan para sacar fuego en las dormidas que han de hacer en despoblados, como yo lo vi muchas veces caminando con ellos, y los pastores se valen de ellos para lo mismo.

Tenían por mal agüero sacar el fuego para el sacrificio de la fiesta con aquel instrumento; decían que pues se lo negaba el Sol de su mano, estaba enojado de ellos. Toda la carne de aquel sacrificio asaban en público en las dos plazas, y la repartían por todos los que se habían hallado en la fiesta, así Incas como curacas y la demás gente común, por sus grados. Y a los unos y a los otros se la daban con el pan llamado *zancu;* y éste era el primer plato de su gran fiesta y banquete solemne. Luego traían otra gran variedad de manjares, que comían sin beber entre comida, porque fue costumbre universal de los indios del Perú no beber mientras comían.

De lo que hemos dicho puede haber nacido lo que algunos españoles han querido afirmar, que comulgaban estos Incas y sus vasallos como los cristianos. Lo que entre ellos había hemos contado llanamente: aseméjalo cada uno a su gusto.

Pasada la comida, les traían de beber en grandísima abundancia, que éste era uno de los vicios más notables que estos indios tenían, aunque ya el día de hoy, por la misericordia de Dios y por el buen ejemplo que los españoles en este particular les han dado, no hay indio que se emborrache, sino que lo vituperan y abominan por grande infamia, que si en todo vicio hubiera sido el ejemplo tal, hubieran sido apostólicos predicadores del Evangelio.

CAPITULO XXIII

BRINDANSE UNOS A OTROS, Y CON QUE ORDEN

El Inca, sentado en su silla de oro macizo, puesta sobre un tablón de lo mismo, enviaba a los parientes llamados Hanan Cuzco y Hurin Cuzco a que en su nombre fuesen a brindar a los indios más señalados que de las otras naciones había. Convidaban primero a los capitanes que habían sido valerosos en la guerra, que estos tales, aunque no fuesen señores de vasallos, eran por su valerosidad preferidos a los curacas; pero si el curaca, juntamente con ser señor de vasallos, había sido capitán en la guerra, le hacían honra

por el un título y por el otro. Luego, en segundo lugar, mandaba el Inca convidar a beber a los curacas de la redondez del Cuzco, que eran todos los que el primer Inca Manco Cápac redujo a su servicio; los cuales, por el privilegio tan favorable que aquel Príncipe les dio del nombre Inca, eran tenidos por tales y estimados en el primer grado, después de los Incas de la sangre real, y preferidos a todas las demás naciones; porque aquellos Reyes nunca jamás imaginaron disminuir, en todo ni en parte, privilegio o merced alguna que en común o en particular sus pasados hubiesen hecho a sus vasallos; antes las iban confirmando y aumentando de más en más.

Para este brindarse que unos a otros se hacían, es de saber que todos estos indios generalmente (cada uno en su tanto) tuvieron y hoy tienen los vasos para beber todos hermanados, de dos en dos: o sean grandes o chicos, han de ser de un tamaño, de una misma hechura, de un mismo metal, de oro o plata o de madera. Y esto hacían por que hubiese igualdad en lo que se bebiese. El que convidaba a beber llevaba sus dos vasos en las manos, y si el convidado era de menor calidad la daba el vaso de la mano izquierda, y si de mayor o igual, el de la derecha, con más o menos comedimiento conforme al grado o calidad del uno y del otro, y luego bebían ambos a la par, y habiendo vuelto a recibir su vaso, se volvían a su lugar y siempre en semejantes fiestas el primer convite era del mayor al menor, en señal de merced y favor que el superior hacía al inferior. Dende a poco iba el inferior a convidar al superior, en reconocimiento de su vasallaje y servitud.

Guardando esta común costumbre, enviaba el Inca a convidar primero a sus vasallos por la orden que hemos dicho, prefiriendo en cada nación a los capitanes de los que no lo eran. Los Incas que llevaban la bebida decían al convidado: "El Zapa Inca te envía a convidar a beber, y yo vengo en su nombre a beber contigo". El capitán o curaca tomaba el vaso con gran reverencia y alzaba los ojos al Sol, como dándole gracias por aquella no merecida merced que su hijo le hacía, y habiendo bebido volvía el vaso al Inca, sin hablar palabra más de con ademanes y muestras de adoración con las manos y los labios, dando besos al aire.

Y es de advertir que el Inca no enviaba a convidar a beber a todos los curacas en general (aunque a los capitanes sí), sino a algunos en particular, que eran más bienquistos de sus vasallos, más amigos del bien común; porque éste fué el blanco a que ellos tiraban, así el Inca como los curacas y los ministros de paz y de guerra. A los demás curacas convidaban a beber los mismos Incas, que llevaban los vasos en su propio nombre, y no en nombre del Inca, que les bastaba y lo tenían a muy buena dicha porque era Inca, hijo del Sol, también como su Rey.

Hecho el primer convite del beber, dende a poco espacio los capitanes y curacas de todas naciones volvían a convidar por la misma orden que habían sido convidados los unos al mismo Inca y los otros a los otros Incas, cada uno al que le había bebido. Al Inca llegaban sin hablar, no más de

con la adoración que hemos dicho. El los recibía con grande afabilidad y tomaba los vasos que le daban, y porque no podía ni le era lícito beberlos todos, acometía llegarlos a la boca: de algunos bebía un poco, tomando de unos más y de otros menos, conforme a la merced y favor que a sus dueños les quería hacer, según el mérito y calidad de ellos. Y a los criados que cabe sí tenía, que eran todos Incas del privilegio, mandaba bebiesen por él con aquellos capitanes y curacas; los cuales, habiendo bebido, les volvían sus vasos.

Estos vasos, porque el Zapa Inca los había tocado con la mano y con los labios, los tenían los curacas en grandísima veneración, como a cosa sagrada; no bebían en ellos ni los tocaban, sino que los ponían como a ídolos, donde los adoraban en memoria y reverencia de su Inca, que les había tocado; que cierto, llegando a este punto, ningún encarecimiento basta a poder decir suficientemente el amor y veneración interior y exterior que estos indios a sus Reyes tenían.

Hecho el retorno y cambio de la bebida, se volvían todos a sus puestos. Luego salían las danzas, cantares y bailes de diversas maneras, con las divisas, blasones, máscaras e invenciones que cada nación traía. Y entre tanto que cantaban y bailaban, no cesaba el beber, convidándose unos Incas a otros, unos capitanes y curacas a otros, conforme a sus particulares amistades y a la vecindad de sus tierras y otros respectos que entre ellos hubiese.

Nueve días duraba el celebrar la fiesta Raimi, con la abundancia del comer y beber que se ha dicho y con la fiesta y regocijo que cada uno podía mostrar; pero los sacrificios para tomar los agüeros no los hacían más del primer día. Pasados los nueve, se volvían los curacas a sus tierras, con licencia de su Rey, muy alegres y contentos de haber celebrado la fiesta principal de su Dios el Sol. Cuando el Rey andaba ocupado en las guerras o visitando sus reinos, hacía la fiesta donde le tomaba el día de la fiesta, mas no era con la solemnidad que en el Cuzco; en la cual tenía cuidado de hacerla el gobernador Inca y el Sumo Sacerdote y los demás Incas de la sangre real, y entonces acudían los curacas o los embajadores de las provincias, cada cual a la fiesta que más cerca les caía.

CAPITULO XXIV

ARMABAN CABALLEROS A LOS INCAS, Y COMO LOS EXAMINABAN

Este nombre *huaracu* es de la lengua general del Perú: suena tanto como en castellano armar caballero, porque era dar insignias de varón a los mozos de la sangre real y habilitarlos, así para ir a la guerra como para

tomar estado. Sin las cuales insignias no eran capaces ni para lo uno ni para lo otro, que, como dicen los libros de caballerías, eran donceles que no podían vestir armas. Para darles estas insignias, que las diremos adelante, pasaban los mozos que se disponían a recibirlas por un noviciado rigurosísimo, que era ser examinados en todos los trabajos y necesidades que en la guerra se les podía ofrecer, así en próspera como en adversa fortuna, y para que nos demos mejor a entender, será bien vamos desmembrando esta fiesta v solemnidad, recitándola a pedazos, que, cierto, para gente tan bárbara tiene muchas cosas de policía y admiración, encaminadas a la milicia. Es de saber que era fiesta de mucho regocijo para la gente común y de gran honra y majestad para los Incas, así viejos como mozos, para los ya aprobados y para los que entonces se aprobaban. Porque la honra o infamia que de esta aprobación los novicios sacaban, participaba toda la parentela, y como la de los Incas fuese toda una familia, principalmente la de los legítimos y limpios en sangre real, corría por todos ellos el bien o mal que cada uno pasaba, aunque más en particular por los más propincuos.

Cada año o cada dos años, o más o menos, como había la disposición, admitían los mozos Incas (que siempre se ha de entender de ellos y no de otros, aunque fuesen hijos de grandes señores) a la aprobación militar: habían de ser de diez y seis años arriba. Metíanlos en una casa que para estos ejercicios tenían hecha en el barrio llamado Collcampata, que aún yo la alcancé en pie y vi en ella alguna parte de estas fiestas, que más propiamente se pudieran decir sombras de las pasadas que realidad y grandeza de ellas. En esta casa había Incas viejos, experimentados en paz y en guerra, que eran maestros de los novicios, que los examinaban en las cosas que diremos y en otras que la memoria ha perdido. Hacíanles ayunar seis días un ayuno muy riguroso, porque no les daban más de sendos puñados de *zara* cruda, que es su trigo, y un jarro de agua simple, sin otra cosa alguna, ni sal, ni *uchu,* que es lo que en Españan llaman pimiento de las Indias, cuyo condimento enriquece y saborea cualquiera pobre y mala comida que sea, aunque no sea sino de yerbas, y por esto se lo quitaban a los novicios.

No se permitía ayunar más de tres días este ayuno riguroso; empero, doblábanselo a los noveles, por que era aprobación y querían ver si eran hombres para sufrir cualquiera sed o hambre que en la guerra se les ofreciese. Otro ayuno menos riguroso ayunaban los padres y hermanos y los parientes más cercanos de los noveles, con grandísima observancia, rogando todos a su padre el Sol diese fuerzas y ánimo a aquellos sus hijos para que saliesen con honra aprobados de aquellos ejercicios. Al que en este ayuno se mostraba flaco y debilitado o pedía más comida, lo reprobaban y echaban del noviciado. Pasado el ayuno, habiéndolos confortado con alguna más vianda, los examinaban en la ligereza de sus personas, para lo cual les hacían correr desde el cerro llamado Huanacauri (que ellos tenían por sagrado) hasta la fortaleza de la misma ciudad, que debe de haber casi legua y media, donde

les tenían puesta una señal, como pendón o bandera, y el primero que llegaba quedaba elegido por capitán de todos los demás. También quedaban con grande honra el segundo, tercero y cuarto, hasta el décimo de los primeros y más ligeros; y por el semejante quedaban notados de infamia y reprobados los que se desalentaban y desmayaban en la carrera. En la cual se ponían a trechos los padres y parientes a esforzar los que corrían, poniéndoles delante la honra y la infamia, diciéndoles que eligiesen por menos mal reventar, antes que desmayar en la carrera.

Otro día los dividían en dos números iguales: a los unos mandaban quedar en la fortaleza y a los otros salir fuera, y que peleasen unos contra otros, unos para ganar el fuerte y otro por defenderle. Y habiendo combatido de esta manera todo aquel día, los trocaban el siguiente, que los que habían sido defensores fuesen ofensores, para que de todas maneras mostrasen la agilidad y habilidad que en ofender o defender las plazas fuertes les convenía tener. En estas peleas, aunque les templaban las armas para que no fuesen tan rigurosas como en las veras, había muy buenas heridas, y algunas veces muertes, porque la codicia de la victoria los encendía hasta matarse.

CAPITULO XXV[1]

HABIAN DE SABER HACER SUS ARMAS Y EL CALZADO

PASADOS ESTOS ejercicios en común, les hacían luchar unos con otros, los más iguales en edad, y que saltasen y tirasen una piedra chica o grande y una lanza y un dardo y cualquiera otra arma arrojadiza. Hacíanles tirar al terrero con arcos y flechas, para ver la destreza que tenían en la puntería y uso de estas armas. También les hacían tirar a tira más tira, para prueba de la fortaleza y ejercicio de sus brazos. Lo mismo les hacían hacer con las hondas, mandándoles tirar a puntería y a lo largo. Sin estas armas, los examinaban en todas las demás que ellos usaban en la guerra, para ver la destreza que en ellas tenían. Hacíanles velar en veces diez o doce noches puestos como centinelas, para experimentar si eran hombres que resistían la fuerza del sueño: requeríanlos a sus horas inciertas, y al que hallaban durmiendo reprobaban con grande ignominia, diciéndole que era niño para recibir insignias militares de honra y majestad. Heríanlos ásperamente con varas de mimbre y otros renuevos en los brazos y piernas, que los indios del Perú en su habito común traen descubiertas, para ver qué semblante mostraban

1 La edición de 1609 dice por errata: "Cap. XXIX.

a los golpes; y si hacían sentimiento de dolor con el rostro o con encoger tanto cuanto las piernas o brazos, lo repudiaban diciendo que quien no era para sufrir golpes de varas tan tiernas, menos sufrirían los golpes y heridas de las armas duras de sus enemigos. Habían de estar como insensibles.

Otras veces los ponían hechos calle,[2] y en ella entraba un capitán maestro de armas con una arma a manera de montante, o digamos porra, porque le es más semejante, que se juega a dos manos, que los indios llaman *macana;* otras veces con una pica, que llaman *chuqui,* y con cualquiera de estas armas jugaba diestrísimamente entre los noveles y les pasaba los botes por delante de los ojos, como que se los quisiese sacar, o por las piernas, como para las quebrar, y si por desgracia hacían algún semblante de temor, palpitando los ojos o retrayendo la pierna, los echaban de la aprobación, diciendo que quien temía los ademanes de las armas que sabían que no les habían de herir, mucho más temerían las de los enemigos, pues eran ciertos que se los tiraban para matarlos; por lo cual les convenía estar sin moverse, como rocas combatidas del mar y del viento.

Sin lo dicho, habían de saber hacer de su mano todas las armas ofensivas que en la guerra hubiesen menester, a lo menos las más comunes y las que no tienen necesidad de herrería, como un arco y flechas; una tiradera que se podrá llamar bohordo, porque se tira con amiento de palo o de cordel; una lanza, la punta aguzada en lugar de hierro; una honda de cáñamo o esparto, que a necesidad se sirven y aprovechan de todo. De armas defensivas no usaron de ningunas, sino fueron rodelas o paveses, que ellos llaman *huallcanca.* Estas rodelas habían de saber hacer también de lo que pudiesen haber. Habían de saber hacer el calzado que ellos traen, que llaman *usuta,* que es de una suela de cuero o de esparto o de cáñamo, como las suelas de las alpargatas que en España hacen; no les supieron dar capellada, empero atan las suelas al pie con unos cordeles del mismo cáñamo o lana, que por abreviar diremos que son a semejanza de los zapatos abiertos que los religiosos de San Francisco traen.

Los cordeles para este calzado hacen de lana torcida con un palillo; la lana tienen al torcer en la una mano y el palillo en la otra, y con media braza de cordel tienen harto para el un pie. Es grueso como el dedo mergarite porque, cuanto más grueso, menos ofende el pie. A esta manera de torcer un cordel, y para el efecto que vamos contando, dce un historiador de las Indias, hablando de los Incas, que hilaban, sin decir cómo ni para qué. Podrásele perdonar esta falsa relación que le hicieron, con otras muchas que así en perjuicio de los indios como de los españoles recibió sin culpa suya, porque escribió de lejos y por relaciones varias y diversas, compuestas con-

2 La edición de 1609 dice: "trechos calle" y así se ha venido repitiendo. Pero una anotación manuscrita, al parecer de letra del propio Inca Garcilaso, en uno de los ejemplares de la edición princeps, corrige: "hechos calle". La corrección parece lógica y por eso la utilizamos.

forme al interés y pretensión de los que las daban. Por lo cual sea regla general que en toda la gentilidad no ha habido gente más varonil, que tanto se haya preciado de cosas de hombres, como los Incas, ni que tanto aborreciesen las cosas mujeriles; porque, cierto, todos ellos generalmente fueron magnánimos y aspiraron a las cosas más altas de las que manejaron; porque se preciaban de hijos del Sol, y este blasón levantaba a ser heroicos.

Llaman a esta manera de torcer lana *milluy*. Es verbo que solo, sin más dicciones, significa torcer lana con palillo para cordel de calzado o para sogas de cargar, que también las hacían de lana, y porque este oficio era de hombres no usaban de este verbo las mujeres en su lenguaje, porque era hacerse hombres. Al hilar de las mujeres dicen *buhca:* es verbo; quiere decir hilar con huso para tejer; también significa el huso. Y porque este oficio era propio de las mujeres, no usaban del verbo *buhca* los hombres, porque era hacerse mujeres. Y esta manera de hablar usan mucho en aquel lenguaje, como adelante notaremos en otros verbos y nombres que los curiosos holgarán ver. De manera que los españoles que escriben en España historias del Perú, no alcanzando estas propiedades del lenguaje, y los que las escriben en el Perú, no dándoseles nada por ellas, no es mucho que las interpreten conforme a su lengua española y que levanten falsos testimonios a los Incas sin quererlo hacer. Volviendo a nuestro cuento, decimos que los noveles habían de saber hacer las armas y el calzado que en la guerra, en tiempo de necesidad, hubiesen menester. Todo lo cual les pedían para que en la necesidad forzosa de cualquiera acaecimiento no se hallasen desamparados, sino que tuviesen habilidad y maña para poderse valer por sí.

CAPITULO XXVI

ENTRABA EL PRINCIPE EN LA APROBACION; TRATABANLE CON MAS RIGOR QUE A LOS DEMAS

HACÍALES UN parlamento cada día uno de los capitanes y maestros de aquellas ceremonias. Traíales a la memoria la descendencia del Sol, las hazañas hechas así en paz como en guerra por sus Reyes pasados y por otros famosos varones de la misma sangre real; el ánimo y esfuerzo que debían tener en las guerras para aumentar su Imperio; la paciencia y sufrimiento en los trabajos, para mostrar su ánimo y generosidad; la clemencia, piedad y mansedumbre con los pobres y súbditos; la rectitud en la justicia, el no consentir que se hiciese agravio a nadie; la liberalidad y magnificencia para con todos, como hijos que eran del Sol. En suma, les persuadía a

todos lo que en su moral filosofía alcanzaron que convenía a gente que se preciaba ser divina y haber descendido del cielo. Hacíanles dormir en el suelo, comer poco y mal, andar descalzos y todo lo demás perteneciente a la guerra para ser buenos soldados en ella.

En esta aprobación entraba también el primogénito Inca, legítimo heredero del Imperio, cuando era de edad para poder hacer los ejercicios, y es de saber que en todos ellos lo examinaban con el mismo rigor que a los demás, sin que la alteza de tan gran principado le eximiese de trabajo alguno, si no era del pendón que ganaba el más ligero en la carrera para ser capitán; que se lo daban al príncipe, porque decían que era suyo, juntamente con la herencia del reino. En todos los demás ejercicios, así de ayuno como de las disciplinas militares y saber hacer las armas necesarias y el calzado para sí y dormir en el suelo y comer mal y andar descalzo, en ninguna cosa de éstas era privilegiado; antes, si podía ser, lo llevaban por más rigor que a los demás, y decían a esto que, habiendo de ser Rey, era justo que, en cualquiera cosa que hubiese de hacer, hiciese ventaja a todos los demás, como la hacía en el estado y alteza de señorío; porque si viniesen a igual fortuna, no era decente a la persona real ser para menos que otro, sino que en la prosperidad y adversidad se aventajase de todos, así en los dotes del ánimo como en las cosas agibles, principalmente en las de la guerra.

Por las cuales excelencias, decían ellos, merecía reinar mejor que por ser primogénito de su padre. Decían también que era muy necesario que los Reyes y príncipes experimentasen los trabajos de la guerra para que supiesen estimar, honrar y gratificar a los que en ella los sirviesen. Todo el tiempo que duraba el noviciado, que era de una luna nueva a otra, andaba el príncipe vestido del más pobre y vil hábito que se podía imaginar, hecho de andrajos vilísimos, y con él parecía en público todas las veces que era menester. Afirmaba a esto que le ponían aquel hábito para que adelante, cuando se viese poderoso Rey, no menospreciase los pobres, sino que se acordase haber sido uno de ellos y traído su divisa, y por ende fuese amigo de ellos y les hiciese caridad, para merecer el nombre Huachacúyac que a sus Reyes daban, que quiere decir amador y bienhechor de pobres. Hecho el examen, los calificaban y daban por dignos de las insignias de Inca y los nombraban verdaderos Incas, hijos del Sol. Luego venían las madres y hermanas de los donceles y les calzaban usutas de esparto crudo, en testimonio de que habían hollado y pasado por la aspereza de los ejercicios militares.

CAPITULO XXVII

EL INCA DABA LA PRINCIPAL INSIGNIA Y UN PARIENTE LAS DEMAS

HECHA ESTA ceremonia, daban aviso al Rey, el cual venía acompañado de los más ancianos de su real sangre, y, puesto delante de los noveles, les hacía una breve plática, diciéndoles que no se contentasen con las insignias de caballeros de la sangre real para las traer solamente y ser honrados, sino que con ellas, usando de las virtudes que sus antepasados habían tenido, particularmente de la justicia para con todos y de la misericordia para con los pobres y flacos, se mostrasen verdaderos hijos del Sol, a quien, como a su padre, debían asemejar en el resplandor de sus obras, en el beneficio común de los vasallos, pues para les hacer bien los había enviado del cielo a la tierra. Pasada la plática, llegaban los noveles uno a uno ante el Rey, y, puestos de rodillas, recibían de su mano la primera y principal insignia, que era el horadar las orejas, insignia real y de suprema alteza. Horadábaselas el mismo Inca, por el lugar donde se traen comúnmente los zarcillos, y era con alfileres gruesos de oro, y dejábaselos puestos para que mediante ellos las curasen como las agrandan, en increíble grandeza.

El novel besaba la mano al Inca, en testimonio de (como ellos decían) mano que tal merced hacía merecía ser besada. Luego pasaba adelante y se ponía en pie delante de otro Inca, hermano o tío del Rey, segundo en autoridad a la persona real. El cual le descalzaba las usutas de esparto crudo, en testimonio de que ya era pasado el rigor de examen, y le calzaba otras de lana, muy galanas como las que el Rey y los demás Incas traían. La cual ceremonia era como el calzar las espuelas en España cuando les dan el hábito a los caballeros de las órdenes militares. Y después de habérselas calzado, le besaba en el hombro derecho, diciendo: "El hijo del Sol, que tal prueba ha dado de sí, merece ser adorado", que el verbo besar significa también adorar, reverenciar y hacer cortesía. Hecha esta ceremonia, entraba el novel en un cercado de paramentos, donde otros Incas ancianos le ponían los pañetes, insignia de varón, que hasta entonces les era prohibido el traerlos. Los pañetes eran hechos a manera de un paño de cabeza, de tres puntas; las dos de ellas iban a la larga, cosidas a un cordón, grueso como el dedo, que ceñían al cuerpo y lo ataban atrás, en derecho de los riñones, y quedaba el paño delante de las vergüenzas. La otra punta del paño ataban atrás al mismo cordón, pasándola por entre los muslos, de manera que, aunque se quitasen los vestidos, quedaban bastante y honestamente cubiertos.

La insignia principal era el horadar las orejas, porque era insignia real, y la segunda era poner los pañetes, que era insignia de varón. El calzado más era ceremonia que por vía de regalo se les hacía como a gente trabajada, que no cosa esencial de honra ni calidad. Este nombre *huaracu,* que en

sí significa y contiene todo lo que de esta solemne fiesta hemos dicho, se deduce de este nombre *huara,* que es pañete, porque al varón que merecía ponérselo le pertenecían todas las demás insignias, honras y dignidades que entonces y después, en paz y en guerra, se le podían dar. Sin las insignias dichas, ponían en las cabezas, a los noveles, ramilletes de dos maneras de flores, unas que llaman *cântut,* que son hermosísimas de forma y color, que unas son amarillas, otras moradas y otras coloradas, y cada color de por sí en extremo fino. La otra manera de flor llaman *chihuaihua;* es amarilla: asemeja en el talle a las clavellinas de España. Estas dos maneras de flores no las podían traer la gente común, ni los curacas, por grandes señores que fuesen, sino solamente los de la sangre real. También les ponían en la cabeza una hoja de yerba que llaman *uíñay huaina,* que quiere decir siempre mozo; es verde, asemeja a la hoja del lirio; conserva mucho tiempo su verdor, y, aunque se seque, nunca lo pierde, y por esto le llaman así.

Al príncipe heredero daban las mismas flores y hojas de yerba y todas las demás insignias que a los demás Incas noveles porque, como hemos dicho, en ninguna cosa se diferenciaba de ellos, salvo en una borla que le ponían sobre la frente, que le tomaba de una sien a otra, la cual tenía como cuatro dedos de caída. No era redonda, como entienden los españoles por este nombre borla, sino prolongada a manera de rapacejo. Era de lana, porque estos indios no tuvieron seda, y de color amarillo. Esta divisa era solamente del príncipe heredero, y no la podía traer otro alguno aunque fuese hermano suyo, ni el mismo príncipe hasta haber pasado por el examen y aprobación.

Por última divisa real daban al príncipe una hacha de armas, que llaman *champi,* con una asta de más de una braza en largo. El hierro tenía una cuchilla de la una parte y una punta de diamante de la otra, que para ser partesana no le faltaba más de la punta que la partesana tiene por delante. Al ponérsela en la mano, le decían: *Aucacunápac.* Es dativo del número plural; quiere decir: para los tiranos, para los traidores, crueles, alevosos, fementidos, etc., que todo esto y mucho más significa el nombre *auca.* Querían decirle en sola esta palabra, conforme al frasis de aquel lenguaje, que le daban aquella arma en señal y divisa de que había de tener mucho cuidado de castigar a los tales; porque las demás divisas, de las flores lindas y olorosas, le decían que significaban su clemencia, piedad y mansedumbre y los demás ornamentos reales que debía tener para con los buenos y leales. Que como su padre el Sol criaba aquellas flores por los campos, para el contento y regalo de los hombres, así criase el príncipe aquellas virtudes en su ánimo y corazón, para hacer bien a todos, para que dignamente le llamasen amador y bienhechor de pobres. Y su nombre y fama viviesen para siempre en el mundo.

Habiéndole dicho estas razones, delante de su padre, los ministros de la caballería, venían los tíos y hermanos del príncipe y todos los de su san-

gre real, y puestos de rodillas, a la usanza de ellos, le adoraban por primogénito de su Inca. La cual ceremonia era como jurarle por príncipe heredero y sucesor del Imperio, y entonces le ponían la borla amarilla. Con esto acababan los Incas su fiesta solemne del armar caballeros a sus noveles.

CAPITULO XXVIII

DIVISAS DE LOS REYES Y DE LOS DEMAS INCAS, Y LOS MAESTROS DE LOS NOVELES

El Rey traía esta misma borla; empero, era colorada. Sin la borla colorada, traía el Inca en la cabeza otra divisa más particular suya, y eran dos plumas de los cuchillos de las alas de una ave que llaman *corequenque*. Es nombre propio; en la lengua general no tiene significación de cosa alguna; en la particular de los Incas, que se ha perdido, la debía de tener. Las plumas son blancas y negras, a pedazos; son del tamaño de las de un halcón baharí prima; y habían de ser hermanas, una de la una ala y otra de la otra. Yo se las vi puestas al Inca Sairi Túpac. Las aves que tienen estas plumas se hallan en el despoblado de Uillcanuta, treinta y dos leguas de la ciudad del Cuzco, en una laguna pequeña que allí hay, al pie de aquella inaccesible sierra nevada; los que las han visto afirman que no se ven más de dos, macho y hembra; que sean siempre unas, ni de dónde vengan ni dónde críen, no se sabe, ni se han visto otras en todo el Perú más de aquéllas, según dicen los indios, con haber en aquella tierra otras muchas sierras nevadas y despoblados y lagunas grandes y chicas como la de Uillcanuta. Parece que semeja esto a lo del ave fénix, aunque no sé quién la haya visto como han visto estas otras.

Por no haberse hallado más de estas dos ni haber noticia, según dicen, que haya otras en el mundo, traían los Reyes Incas sus plumas y las estimaban en tanto, que no las podía traer otro en ninguna manera, ni aun el príncipe heredero; porque decían que estas aves, por su singularidad, semejaban a los primeros Incas, sus padres, que no fueron más de dos, hombre y mujer venidos del cielo, como ellos decían, y por conservar la memoria de sus primeros padres traían por principal divisa las plumas de estas aves, teniéndolas por cosa sagrada. Tengo para mí que hay otras muchas aves de aquéllas, que no es posible tanta singularidad; baste la del fénix, sino que ellas deben de andar apareadas a solas; como se ha dicho, y los indios, por la semejanza de sus primeros Reyes, dirán lo que dicen. Basta que las plumas del corequenque fueran tan estimadas como se ha visto. Dícenme que

ahora, en estos tiempos, las traen muchos indios diciendo que son descendientes de la sangre real de los Incas; y los más burlan, que ya aquella sangre se ha consumido casi del todo. Mas el ejemplo extranjero con el cual han confundido las divisas que en las cabezas traían, por las cuales eran conocidos, les ha dado atrevimiento a esto y a mucho más, que todos se hacen ya Incas y Pallas.

Traían las plumas sobre la borla colorada, las puntas hacia arriba, algo apartadas la una de la otra y juntas del nacimiento. Para haber estas plumas cazaban las aves con la mayor suavidad que podían, y, quitadas las dos plumas, las volvían a soltar, y para cada nuevo Inca que heredaba el reino las volvían a prender y quitar las plumas, porque nunca el heredero tomaba las mismas insignias reales del padre sino otras semejantes; porque al Rey difunto lo embalsamaban y ponían donde hubiese de estar, con las mismas insignias imperiales que en vida traía. Esta es la majestad del ave corequenque y la veneración y estima en que los Reyes Incas a sus plumas tenían. Esta noticia, aunque es de poca o ninguna importancia a los de España, me pareció ponerla por haber sido cosas de los Reyes pasados.

Volviendo a nuestros noveles, decimos que, recibidas las insignias, los sacaban con ellas a la plaza principal de la ciudad, donde, en general por muchos días, con cantos y bailes, solemnizaban su victoria, lo mismo se hacía en particular en las casas de sus padres, donde se juntaban los parientes más cercanos a festejar el triunfo de sus noveles. Cuyos maestros, para los ejercicios y saber hacer las armas y el calzado, habían sido sus mismos padres. Los cuales, pasada la tierna edad del niño, los industriaban y ejercitaban en todas las cosas necesarias para ser aprobados, quitándoles el regalo y trocándoselo en trabajo y ejercicio militar, para que, cuando llegasen a ser hombres, fuesen los que debían ser, en paz y en guerra.

CAPITULO XXIX

RINDESE CHUQUIMANCU, SEÑOR DE CUATRO VALLES

VOLVIENDO A la vida y conquistas del Inca Pachacútec, es de saber que su hermano, el general Cápac Yupanqui, habiendo hecho la conquista y sujetado al gran curaca Chincha, envió a pedir, como atrás dijimos, nuevo ejército al Rey su hermano, para conquistar los valles que adelante había. El cual se lo envió con grandes ministros y mucha munición de armas y bastimento, conforme a la calidad y grandeza de la empresa que se había de hacer. Llegado el nuevo ejército, con el cual volvió el príncipe Inca Yupan-

qui, que gustaba mucho de ejercitarse en la guerra, salió el general de Chincha y fue al hermoso valle de Runahuánac, que quiere decir escarmienta gentes; llamáronle así por un río que pasa por el valle, el cual, por ser muy raudo y caudaloso y haberse ahogado en él mucha gente, cobró este bravo nombre. Hanse ahogado allí muchos, que, por no rodear una legua que hay hasta una puente que está encima del vado, se atreven al río, confiados que, como lo pasan de verano, así lo pasarán de invierno, y perecen miserablemente. El nombre del río es compuesto de este nombre *runa,* que quiere decir gente, y de este verbo *huana,* que significa escarmentar, y con la *c* final hace participio de presente, y quiere decir el que hace escarmentar, y ambas dicciones juntas dicen el que hace escarmentar las gentes.

Los historiadores españoles llaman a este valle y a su río Lunaguana, corrompiendo el nombre en tres letras, como se ve; uno de ellos dice que se dedujo este nombre de *guano,* que es estiércol, porque dice que en aquel valle se aprovechan mucho de él para sus sembrados. El nombre *guano* se ha de escribir *huano,* porque, como al principio dijimos, no tiene letra *g* aquella lengua general del Perú: quiere decir estiércol y *huana* es verbo y quiere decir escarmentar. De este paso y de otros muchos que apuntaremos, se puede sacar lo mal que entienden los españoles aquel lenguaje; y aun los mestizos, mis compatriotas, se van ya tras ellos en la pronunciación y en el escribir, que casi todas las dicciones que me escriben de esta mi lengua y suya vienen españolizadas como las escriben y hablan los españoles, y yo les he reñido sobre ello, y no me aprovecha, por el común uso de corromperse las lenguas con el imperio y comunicación de diversas naciones.

En aquellos tiempos fue muy poblado aquel valle Runahuánac y otro que está al norte de él, llamado Huarcu, el cual tuvo más de treinta mil vecinos, y lo mismo fue Chincha, y otros que están al norte y al sur de ellos; ahora, en estos tiempos, el que más tiene no tiene dos mil vecinos, y alguno hay tan desierto que no tiene ninguno, y está poblado de españoles.

Diciendo de la conquista de los yuncas es de saber que el valle de Runahuánac y otros tres que están al norte de él, llamados Huarcu, Malla, Chillca, eran todos cuatro de un señor llamado Chuquimancu, el cual se trataba como Rey y presumía que todos los de su comarca le temiesen y reconociesen ventaja, aunque no fuesen sus vasallos. El cual, sabiendo que los Incas iban a su reino, que así llamaremos por la presunción de su curaca, juntó la más gente que pudo y salió a defenderles el paso del río; hubo algunos reencuentros, en que murieron muchos de ambas partes, mas al fin los Incas, por ir apercibidos de muchas balsas chicas y grandes, ganaron el paso del río, en el cual los yuncas no hicieron toda la defensa que pudieran, porque el Rey Chuquimancu pretendía hacer la guerra en el valle Huarcu, por parecerle que era sitio más fuerte y porque no sabía del arte militar lo que le convenía; por ende, no hizo la resistencia que pudo hacer en Runahuánac, en lo cual se engañó, como adelante veremos. Los Incas alojaron su

ejército, y en menos de un mes ganaron todo aquel hermoso valle por el mal consejo de Chuquimancu.

El Inca dejó gente de guarnición en Runahuánac que recibiese el bastimento que le trajesen y le asegurase las espaldas. Y pasó adelante, al Huarcu, donde fue la guerra muy cruel, porque Chuquimancu, habiendo recogido todo su poder en aquel valle, tenía veinte mil hombres de guerra y pretendía no perder su reputación y así ejercitaba todas sus fuerzas, con mañas y astucias, cuantas podía usar contra sus enemigos. Por otra parte, los Incas hacían por resistir y vencer, sin matarlos. En esta porfía anduvieron más de ocho meses y se dieron batallas sangrientas, y duraron los yuncas tanto en su obstinación, que el Inca remudó el ejército tres veces, y aun otros dicen que cuatro; y para dar a entender a los yuncas que no se había de ir de aquel puesto hasta vencerlos, y que sus soldados estaban tan a su placer como si estuvieran en la corte, llamaron Cuzco al sitio donde tenían el real, y a los cuarteles del ejército pusieron los nombres de los barrios más principales de la ciudad. Por este nombre que los Incas dieron al sitio de su real, dice Pedro de Cieza de León, capítulo setenta y tres, que, viendo los Incas la pertinacia de los enemigos, fundaron otra ciudad como el Cuzco, y que duró la guerra más de cuatro años. Dícelo de relación de los mismos yuncas, como él afirma, los cuales se la dieron aumentada, por engrandecer las hazañas que en su defensa hicieron, que no fueron pocas. Pero los cuatro años fueron los cuatro ejércitos que los Incas remudaron, y la ciudad fue nombre que dieron al sitio donde estaban, y de lo uno ni de lo otro no hubo más de lo que se ha dicho.

Los yuncas, al cabo de este largo tiempo, empezaron a sentir hambre muy cruel, que es la que doma y ablanda los más valientes, duros y obstinados. Sin la hambre, había días que los naturales de Runahuánac importunaban a su Rey Chuquimancu se rindiese a los Incas, pues no podía resistirles, y que fuese antes que los Incas, por su pertinacia, enajenasen sus casas y heredades, y se las diesen a los vecinos naturales de Chincha, sus enemigos antiguos. Y con este miedo, cuando vieron que su Rey no acudió a su petición, dieron en huirse y volverse a sus casas, llevando nuevas al Inca del estado en que estaban las fuerzas y poder de sus enemigos y cómo padecían mucha hambre.

Todo lo cual visto y sabido por Chuquimancu, temiendo no le desamparasen todos los suyos y se fuesen al Inca, se inclinó a hacer lo que le pedían (habiendo mostrado ánimo de buen capitán); y consultándolo con los más principales, acordaron entre todos de irse al Inca, sin enviarle embajada, sino ser ellos mismos los embajadores. Con esta determinación salieron todos como habían estado en su consulta y fueron al real de los Incas, y, puestos de rodillas ante ellos, pidieron misericordia y perdón de sus delitos y dijeron que holgaban ser vasallos del Inca, pues el Sol, su padre, mandaba que fuese señor de todo el mundo.

Los Incas, tío y sobrino, los recibieron con mansedumbre y les dijeron que los perdonaban, y con ropa y otras preseas que (según lo acostumbrado) les dieron, los enviaron muy contentos a sus casas.

Los naturales de aquellas cuatro provincias también se jactan, como los de Chincha, que los Incas, con todo su poder, no pudieron sujetarlos en más de cuatro años de guerra; y que fundaron una ciudad y que los vencieron con dádivas y promesas y no con las armas, y lo dicen por los tres o cuatro ejércitos que remudaron, por domarlos con la hambre y hastío de la guerra, y no con el hierro. Otras muchas cosas cuentan acerca de sus hazañas y valentías, mas porque no importan a la historia las dejaremos.

Los Incas tuvieron en mucho haber sujetado al Rey Chuquimancu, y estimaron tanto aquella victoria que, por trofeo de ella y porque quedase perpetua memoria de las hazañas que en aquella guerra hicieron los suyos, y también los yuncas, que se mostraron valerosos, mandaron hacer en el valle llamado Huarcu una fortaleza, pequeña de sitio, empero grande y maravillosa en la obra. La cual, así por su edificio como por el lugar donde estaba, que la mar batía en ella, merecía que la dejaran vivir lo que pudiera, que, según estaba obrada, viviera por sí muchos siglos sin que la separaran. Cuando yo pasé por allí, el año de sesenta, todavía mostraba lo que fue, para más lastimar a los que la miraban.

CAPITULO XXX

LOS VALLES DE PACHACAMAC Y RIMAC Y SUS IDOLOS

SUJETADO EL Rey Chuquimancu y dada orden en el gobierno, leyes y costumbres que él y los suyos habían de guardar, pasaron los Incas a conquistar los valles de Pachacámac, Rímac, Cháncay y Huaman, que los españoles llaman la Barranca, que todos estos seis valles[1] poseía un señor poderoso llamado Cuismancu que también, como el pasado, presumía llamarse Rey, aunque entre los indios no hay este nombre Rey, sino otro semejante, que es Hatun Apu, que quiere decir el gran señor. Por que no sea menester repetirlo muchas veces, diremos aquí lo que en particular hay que decir del valle de Pachacámac y de otro valle llamado Rímac, al cual los españoles, corrompiendo el nombre, llaman Lima.

Es de saber que, como en otra parte hemos dicho y adelante diremos, y como lo escriben todos los historiadores, los Incas Reyes del Perú, con

1 El Inca Garcilaso habla de "estos seis valles", pero sólo menciona los nombres de cuatro.

la lumbre natural que Dios les dio, alcanzaron que había un Hacedor de todas las cosas, al cual llamaron Pachacámac, que quiere decir el hacedor y sustentador del universo. Esta doctrina salió primero de los Incas y se derramó por todos sus reinos, antes y después de conquistados.

Decían que era invisible y que no se dejaba ver y por esto no le hicieron templos ni sacrificios como al Sol, mas de adorarle interiormente con grandísima veneración, según las demostraciones exteriores que con la cabeza, ojos, brazos y cuerpo hacían cuando le nombraban. Esta doctrina, habiéndose derramado por fama, la admitieron todas aquellas naciones, unas después de conquistadas y otras antes; los que más en particular la admitieron antes que los Incas los sujetaran fueron los antecesores de este Rey Cuismancu, los cuales hicieron templo al Pachacámac y dieron el mismo nombre al valle donde lo fundaron, que en aquellos tiempos fue uno de los más principales que hubo en toda aquella costa. En el templo pusieron los yuncas sus ídolos, que eran figuras de peces, entre las cuales tenían también la figura de la zorra.

Este templo del Pachacámac fue solemnísimo en edificios y servicio, y uno solo en todo el Perú, donde los yuncas hacían muchos sacrificios de animales y de otras cosas, y algunos eran con sangre humana de hombres, mujeres y niños que mataban en sus mayores fiestas, como lo hacían otras muchas provincias antes que los Incas las conquistaran; y de Pachacámac no diremos aquí más, porque en el discurso de la historia, en su propio lugar, se añadirá lo que resta por decir.

El valle de Rímac está cuatro leguas al norte de Pachacámac. El nombre Rímac es participio de presente: quiere decir el que habla.[2] Llamaron así al valle por un ídolo que en él hubo en figura de hombre, que hablaba y respondía a lo que le preguntaban, como el oráculo de Apolo Délfico y otros muchos que hubo en la gentilidad antigua; y porque hablaba, le llamaban el que habla, y también al valle donde estaba.

Este ídolo tuvieron los yuncas en mucha veneración, y también los Incas después que ganaron aquel hermoso valle, donde fundaron los españoles la ciudad que llaman de los Reyes, por haberse fundado día de la aparición del Señor, cuando se mostró a la gentilidad. De manera que

2 En sus anotaciones manuscritas al ejemplar que poseyó de la *Historia* de Gómara, el Inca Garcilaso anticipa, casi con las mismas palabras, su explicación sobre el significado y la pronunciación del nombre *Rímac*: "Este n(ombr)e *Lima,* con q' en lengua de indios nombran a la ciudad de los Reyes, le corrompen lo(s es)pañoles en pronunciarle assí: que no se ha de pronunciar sino *Rímac,* con *r.* senzilla co(mo de)be pronunciarse la *r.* en m(edi)o de la dición, y no con *rr* duplicada, como pronuncian los españole(s; es) participio de pr(esen)te, y significa, el q' habla; porq' en este valle de Rímac o de los Reyes, como... de estaua. el ql. ydolo era, como el oraculo de Apolo en Delphos, que daba respuestas a todo lo que le preguntauan, y porq' hablaua el idolo o el demonio en él le llamauan Rímac". (Las notas marginales están desgraciadamente cortadas por la encuadernación).

Rímac o Lima o la Ciudad de Los Reyes, todo es una misma cosa; tiene por armas tres coronas y una estrella.

Tenían el ídolo en un templo suntuoso, aunque no tanto como el de Pachacámac, donde iban y enviaban sus embajadores los señores del Perú a consultar las cosas que se les ofrecían de importancia. Los historiadores españoles confunden el templo de Rímac con el de Pachacámac y dicen que Pachacámac era el que hablaba, y no hacen mención de Rímac; y este error, con otros muchos que en sus historias hay semejantes, nacen de no saber la propiedad de la lengua y de no dárseles mucho por la averiguación de las cosas, y también lo pudo causar la cercanía de los valles, que no hay más de cuatro leguas pequeñas del uno al otro, y ser ambos de un mismo señor. Y esto baste para noticia de lo que hubo en aquellos valles, y que el ídolo estuvo en Rímac y no en Pachacámac, con lo cual volveremos a tratar de la conquista de ellos.

Antes que el general Cápac Yupanqui llegase con su ejército al valle Pachacámac, envió, como lo había de costumbre, sus mensajeros al Rey Cuismancu, diciendo que obedeciese al Inca Pachacútec y lo tuviese por supremo señor, y guardase sus leyes y costumbres y adorase al Sol por principal dios y echase de sus templos y casas los ídolos que tenían; donde no, que se aprestase para la guerra, porque el Inca le había de sujetar por bien o por mal, de grado o por fuerza.

CAPITULO XXXI[1]

REQUIEREN A CUISMANCU; SU RESPUESTA Y CAPITULACIONES

EL GRAN señor Cuismancu estaba apercibido de guerra, porque, como la hubiese visto en su vecindad, temiendo que los Incas habían de ir sobre sus tierras, se había apercibido para las defender. Y así, rodeado de sus capitanes, y soldados, oyó los mensajeros del Inca y respondió diciendo que no tenían sus vasallos necesidad de otro señor, que para ellos y sus tierras bastaba él solo, y que las leyes y costumbres que guardaban eran las que sus antepasados les habían dejado; que se hallaban bien con ellas; que no tenían necesidad de otras leyes, y que no querían repudiar sus dioses, que eran muy principales, porque entre otros adoraban al Pachacámac, que, según habían oído decir, era el hacedor y sustentador del universo; que si

1 La edición de 1609 dice por errata: "Cap. XIII".

era verdad, de fuerza había de ser mayor dios que el Sol, y que le tenían hecho templo donde le ofrecían todo lo mejor que tenían, hasta sacrficarle hombres, mujeres y niños por más le honrar, y que era tanta la veneración que le tenían, que no osaban mirarle, y así los sacerdotes y el Rey entraban en su templo a le adorar, las espaldas al ídolo, y también al salir, para quitar la ocasión de alzar los ojos a él, y que también adoraban al Rímac, que era un dios que les hablaba y daba las respuestas que le pedían y les decía cosas por venir. Y asimismo adoraban la zorra, por su cautela y astucia, y que al Sol no le habían oído hablar ni sabían que hablase como su dios Rímac; y que también adoraban la Mamacocha, que era la mar, porque los mantenía con su pescado; que les bastaban los dioses que tenían; que no querían otros, y al Sol menos, porque no había menester más calor del que su tierra les daba; que suplicaban al Inca o le requerían los dejase libres, pues no tenían necesidad de su imperio.

Los Incas holgaron mucho saber que los yuncas tuviesen en tanta veneración al Pachacámac, que ellos adorasen interiormente por sumo dios. Por lo cual propusieron de no les hacer guerra, sino reducirlos por bien, con buenas razones, halagos y promesas, dejando las armas por último remedio, para cuando los regalos no aprovechasen.

Con esta determinación fueron los Incas al valle de Pachacámac. El Rey Cuismancu salió con una muy buena banda de gente, a defender su tierra. El general Cápac Yupanqui le envió a decir que tuviese por bien que no peleasen hasta que hubiesen hablado más largo acerca de sus dioses; porque le hacía saber que los Incas, demás de adorar al Sol, adoraban también al Pachacámac, y que no le hacían templos ni ofrecían sacrificios por no le haber visto ni conocerle ni saber qué cosa fuese. Pero que interiormente, en su corazón, le acataban y tenían en suma veneración, tanto que no osaban tomar su nombre en la boca sino con grandísima adoración y humildad, y que, pues los unos y los otros adoraban a un mismo Dios, no era razón que riñesen ni tuviesen guerra, sino que fuesen amigos y hermanos. Y que los Reyes Incas, demás de adorar al Pachacámac y tenerle por hacedor y sustentador del universo, tendrían de allí adelante por oráculo y cosa sagrada al Rímac, que los yuncas adoraban, y que pues los Incas se ofrecían a venerar su ídolo Rímac, que los yuncas, en correspondencia, por vía de hermandad, adorasen y tuviesen por dios al Sol, pues por sus beneficios, hermosura y resplandor, merecía ser adorado, y no la zorra ni otros animales de la tierra ni de la mar. Y que también, por vía de paz y amistad, les pedía que obedeciesen al Inca, su hermano y señor, porque era hijo del Sol, tenido por dios en la tierra. El cual, por su justicia, piedad, clemencia y mansedumbre, y por sus leyes y gobierno tan suave, era amado y querido de tantas naciones, y que muchas de ellas, por las buenas nuevas que de sus virtudes y majestad habían oído, se habían venido a sujetársele de su grado y voluntad, y que no era razón que ellos, viniendo el Inca a buscarles a sus

tierras para hacerles bien, lo repudiasen. Que les encargaba mirasen todas estas cosas desapasionadamente y acudiesen a lo que la razón les dictaba, y no permitiesen hacer por fuerza, perdiendo la gracia del Inca, lo que al presente podían hacer con mucho aplauso de Su Majestad, a cuyo poder y fuerza de armas no había resistencia en la tierra.

El Rey Cuismancu y los suyos oyeron los partidos del Inca, y habiendo asentado treguas, dieron y tomaron, acerca de ellos muchos días; al fin de ellos, por la buena maña e industria de los Incas, concluyeron las paces, con las condiciones siguientes:

Que adorasen los yuncas al Sol, como los Incas. Que le hiciesen templo aparte, como al Pachacámac, donde le sacrificasen y ofreciesen sus dones, con que no fuesen de sangre humana, porque era contra ley natural matar un hombre a otro para ofrecerlo en sacrificio, lo cual se quitase totalmente. Que echasen los ídolos que había en el templo de Pachacámac, porque, siendo el hacedor y sustentador del universo, no era decente que ídolos de menos majestad estuviesen en su templo y altar, y que al Pachacámac le adorasen en el corazón y no le pusiesen estatua alguna porque, no habiendo dejado verse, no sabían qué figura tenía, y así no podían ponerle retrato como al Sol. Que para mayor ornato y grandeza del valle Pachacámac, se fundase en él casa de las vírgenes escogidas; que eran dos cosas muy estimadas de las provincias que las alcanzaban a tener, esto es, la casa del Sol y la de las vírgenes, porque en ellas semejaban al Cuzco, y era lo más preciado que aquella ciudad tenía. Que el Rey Cuismancu se quedase en su señorío, como todos los demás curacas, teniendo al Inca por supremo señor; guardase y obedeciese sus leyes y costumbres. Y que los Incas tuviesen mucha estima y veneración al oráculo Rímac y mandasen a todos sus reinos hiciesen lo mismo.

Con las condiciones referidas, se asentaron las paces entre el general Cápac Yupanqui y el Rey Cuismancu, al cual se le dio noticia de las leyes y costumbres que el Inca mandaba guardar. Las cuales aceptó con mucha prontitud, porque le parecieron justas y honestas, y lo mismo las ordenanzas de los tributos que habían de pertenecer al Sol y al Inca. Las cuales cosas asentadas y puestas en orden, y dejados los ministros necesarios y la gente de guarnición para seguridad de todo lo ganado, le pareció al Inca Cápac Yupanqui volverse al Cuzco, juntamente con el príncipe su sobrino, a dar cuenta al Inca su hermano de todo lo sucedido con los yuncas en sus dos conquistas, y llevar consigo al Rey Cuismancu para que el Inca le conociese e hiciese merced de su mano, porque era amigo confederado y no rendido. Y Cuismancu holgó mucho de ir a besar las manos al Inca y ver la corte y aquella famosa ciudad del Cuzco.

El Inca Pachacútec, que a los principios de aquella jornada había quedado en la provincia Rucana, habiendo sabido lo bien que a su hermano le iba en la conquista de aquellas provincias de los llanos, se había vuelto a

su imperial ciudad; salía de ella a recibir al hermano y al hijo con el mismo aparato de fiestas y triunfo que la vez pasada, y mayor, si mayor se pudo hacer, y habiéndolos recibido, regaló con muy buenas palabras a Cuismancu, y mandó que en el triunfo entrase entre los Incas de la sangre real, porque juntamente con ellos adoraba al Pachacámac, del cual favor quedó Cuismancu tan ufano como envidiado de todos los demás curacas.

Pasado el triunfo, hizo el Inca muchas mercedes a Cuismancu, y lo envió a su tierra lleno de favores y honra, y lo mismo a todos los que con él habían ido. Los cuales volvieron a sus tierras muy contentos, pregonando que el Inca era verdadero hijo del Sol, digno de ser adorado y servido de todo el mundo. Es de saber que luego que el Demonio vio que los Incas señoreaban el valle de Pachacámac, y que su templo estaba desembarazado de los muchos ídolos que tenía, quiso hacerse particular señor de él, pretendiendo que lo tuviesen por dios no conocido, que los indios tanto honraban, para hacerse adorar de muchas maneras y vender sus mentiras más caro en unas partes que en otras. Para lo cual dio en hablar desde los rincones del templo a los sacerdotes de mayor dignidad y crédito, y les dijo que ahora que estaba solo, quería hacer merced de responder a sus demandas y preguntas; no a todas en común, sino a las de más importancia, porque a su grandeza y señorío no era decente hablar con hombres bajos y viles, sino con Reyes y grandes señores, y que al ídolo Rímac, que era su criado, mandaría que hablase a la gente común y respondiese a todo lo que le preguntasen; y así, desde entonces, quedó asentado que en el templo de Pachacámac se consultasen los negocios reales y señoriles y en el de Rímac los comunes y plebeyos; y así le confirmó aquel ídolo el nombre hablador, porque habiendo de responder a todos, le era forzoso hablar mucho. El Padre Blas Valera refiere también este paso, aunque brevemente.

Al Inca Pachacútec le pareció desistir por algunos años de las conquistas de nuevas provincias y dejar descansar las suyas, porque, con el trocar de los ejércitos, habían recibido alguna molestia. Solamente se ejercitaba en el gobierno común de sus reinos y en ilustrarlos con edificios y con leyes y ordenanzas, ritos y ceremonias que de nuevo compuso para su idolatría, reformando lo antiguo, para que cuadrase bien la significación de su nombre Pachacútec y su fama quedase eternizada de haber sido gran Rey para gobernar sus reinos y gran sacerdote para su religión y gran capitán para sus conquistas, pues ganó más provincias que ninguno de sus antepasados. Particularmente enriqueció el templo del Sol; mandó chapar las paredes con planchas de oro, no solamente las del templo, mas también las de otros aposentos y las de un claustro que en él había, que hoy vive más rico de verdadera riqueza y bienes espirituales que entonces lo estaba de oro y piedras preciosas. Porque en el mismo lugar del templo donde tenían la figura del Sol está hoy el Santísimo Sacramento, y el claustro sirve de andar por él las procesiones y fiestas que por año se le hacen. Su Eterna Majestad sea loada por todas sus misericordias. Es el convento de Santo Domingo.

CAPITULO XXXII

VAN A CONQUISTAR AL REY CHIMU, Y LA GUERRA CRUEL QUE SE HACEN

En los ejercicios que hemos dicho, gastó el Inca Pachacútec seis años, los cuales pasados, viendo sus reinos prósperos y descansados, mandó apercibir un ejército de treinta mil hombres de guerra para conquistar los valles que hubiese en la costa, hasta el paraje de Casamarca, donde quedaban los términos de su Imperio por el camino de la sierra.

Aprestada la gente, nombró seis Incas, de los más experimentados, que fuesen coroneles o maeses de campo del ejército y consejeros del príncipe Inca Yupanqui, su hijo. Al cual mandó que fuese general de aquella conquista, porque, como discípulo de tan buen maestro y soldado de tan gran capitán como su tío Cápac Yupanqui, había salido tan práctico en la milicia que se le podía fiar cualquiera empresa, por grande que fuese; y a su hermano, a quien por sus hazañas llamaba mi brazo derecho, mandó que se quedase con él a descansar de los trabajos pasados. En remuneración de los cuales, y en testimonio de sus reales virtudes, le nombró por su lugarteniente, segunda persona suya en la paz y en la guerra, y le dio absoluto poder y mando en todo su Imperio.

Apercibido el ejército, caminó con el primer tercio el príncipe Inca Yupanqui por el camino de la sierra, hasta ponerse en la provincia Yauyu, que está en el paraje de la Ciudad de Los Reyes, y allí esperó a que se juntase todo su ejército y, habiéndolo juntado, caminó hasta Rímac, donde estaba el oráculo hablador. A este príncipe heredero Inca Yupanqui dan los indios la honra y fama de haber sido el primero de los Reyes Incas que vio la Mar del Sur y que fue el que más provincias ganó en aquella costa, como se verá en el discurso de su vida. El curaca de Pachacámac, llamado Cuismancu, y el de Runahuánac, que había por nombre Chuquimancu, salieron a recibir al Príncipe con gente de guerra, para le servir en aquella conquista. El Príncipe les agradeció su buen ánimo, y les hizo mercedes y grandes favores. Del valle de Rímac fue a visitar el templo de Pachacámac; entró en él, sin murmullos de oraciones ni sacrificios más de con las ostentaciones que hemos dicho hacían los Incas al Pachacámac en su adoración mental. Luego visitó el templo del Sol, donde hubo muchos sacrificios y grandes ofrendas de oro y plata; visitó asimismo al ídolo Rímac, por favorecer a los yuncas; y por cumplir con las capitulaciones pasadas, mandó ofrecerle sacrificio y que los sacerdotes le consultasen el suceso de aquella jornada; y habiendo tenido respuesta que sería próspera, caminó hasta el valle que llaman los indios Huaman y los españoles la Barranca, y de allí envió los recados acostumbrados, de paz o de guerra, a un gran señor lla-

mado Chimu, que era señor de los valles que hay pasada la Barranca hasta la ciudad que llaman Trujillo, que los más principales son cinco y han por nombre Parmunca, Huallmi, Santa, Huanapu y Chimu, que es donde está ahora Trujillo, todos cinco hermosísimos valles, muy fértiles y poblados de mucha gente, y el curaca principal se llamaba el poderoso Chimu, del nombre de la provincia donde tenía su corte. Este se trataba como Rey, y era temido de todos los que por las tres partes confinaban con sus tierras, es a saber, al levante, al norte y al sur, porque al poniente de ellas está la mar.

El grande y poderoso Chimu, habiendo oído el requerimiento del Inca, respondió diciendo que estaba aprestado, con las armas en las manos, para morir en defensa de su patria, leyes y costumbres, y que no quería nuevos dioses; que el Inca se enterase de esta respuesta, que no daría otra jamás. Oída la determinación de Chimu, caminó el príncipe Inca Yupanqui hasta el valle de Parmunca, donde el enemigo le esperaba. El cual salió con un buen escuadrón de gente a escaramuzar y tentar las fuerzas de los Incas; peleó con ellos mucho espacio de tiempo, por les defender la entrada del valle, mas no pudo hacer tanto que los enemigos no le ganasen la entrada y el sitio donde se alojaron, aunque con muchas muertes y heridas de ambas partes. El príncipe, viendo la resistencia de los yuncas, por que no tomasen ánimo por ver poca gente en su ejército, envió mensajes al Inca, su padre, dándole cuenta de lo hasta allí sucedido y suplicándole mandase enviarle veinte mil hombres de guerra, no para los trocar con los del ejército, como se había hecho en las conquistas pasadas, sino para abreviar la guerra con todos ellos, porque no pensaba dar tanto espacio a los enemigos como se había hecho con los pasados, y menos con aquéllos, porque se mostraban más soberbios.

Despachados los mensajeros, apretó la guerra por todas partes el Inca, en la cual se mostraban muy enemigos del poderoso Chimu los dos curacas, el de Pachacámac y el de Runahuánac, porque en tiempos atrás, antes de los Incas, tuvo guerra cruel con ellos sobre los términos y los pastos y sobre hacerse esclavos unos a otros, y los traía avasallados. Y al presente, con el poder del Inca, querían vengarse de los agravios y ventajas recibidas, lo cual sentía el gran Chimu más que otra cosa alguna, y hacía por defenderse todo lo que podía.

La guerra anduvo muy sangrienta entre los yuncas, que por la enemistad antigua hacían en servicio de los Incas más que otra nación de las otras; de manera que en pocos días ganaron todo el valle de Parmunca y echaron los naturales de él al de Huallmi, donde también hubo reencuentros y peleas, mas tampoco pudieron defenderlo y se retiraron al valle que llaman Santa, hermosísimo en aquel tiempo entre todos los de la costa, aunque en éste casi desierto, por haberse consumido sus naturales como en todos los demás valles.

Los de Santa se mostraron más belicosos que los de Huallmi y Parmunca; salieron a defender su tierra; pelearon con mucho ánimo y esfuerzo

todas las veces que se ofreció pelea; resistieron muchos días la pujanza de los contrarios, sin reconocerles ventajas; hicieron tan buenos hechos, que ganaron honra y fama con sus propios enemigos; esforzaron y aumentaron las esperanzas de su curaca, el gran Chimu. El cual, confiado en la valentía que los suyos mostraban y en ciertas imaginaciones que publicaba, diciendo que el Príncipe, como hombre regalado y delicado, se cansaría presto de los trabajos de la guerra y que los deseos de amores de su corte le volvieran aína a los regalos de ella, y que lo mismo haría de la gente de guerra el deseo de ver sus casas, mujeres e hijos; cuando ellos no quisiesen irse, el calor de su tierra los echaría de ella, o los consumiría, si porfiasen a estarse quedos. Con estas vanas imaginaciones porfiaba obstinadamente el soberbio Chimu en seguir la guerra, sin aceptar ni oír los partidos que el Inca le enviaba a sus tiempos. Antes, para descubrir por entero su pertinacia, hizo llamamiento de la gente que tenían los otros valles de su estado, y como iban llegando los suyos, así iba esforzando la guerra, más y más cruel de día en día. Hubo muchos muertos y heridos de ambas partes; cada cual de ellos hacía por salir con la victoria; fue la guerra más reñida que los Incas tuvieron hasta entonces. Mas con todo eso, los capitanes y la gente principal de Chimu, mirándolo desapasionadamente, holgaron que su curaca abrazara los ofrecimientos de paz y amistad que hacía el Inca, cuya pujanza entendían que a la corta o a la larga no se podía resistir. Empero, por acudir a la voluntad de su señor, sufrían con esfuerzo y paciencia los trabajos de la guerra, hasta ver llevar por esclavos sus parientes, hijos, mujeres, y no osaban decirle lo que sentían de ella.

CAPITULO XXXIII

PERTINACIA Y AFLICCIONES DEL GRAN CHIMU, Y COMO SE RINDE

ENTRE TANTO que la guerra se hacía tan cruel y porfiada, llegaron los veinte mil soldados que el Príncipe pidió de socorro; con los cuales reforzó su ejército y reprimió la soberbia y altivez de Chimu, trocada ya en tristeza y melancolía por ver trocadas en contra sus imaginadas esperanzas; porque vio, por una parte, doblado el poder de los Incas, cuando pensaba que iba faltando; por otra, sintió la flaqueza de ánimo que los suyos mostraron de ver el nuevo ejército del enemigo, que como mantenían la guerra días había más por condescender con la pertinacia de su señor que por esperanza que hubiesen tenido de resistir al Inca, viendo ahora sus fuerzas

tan aumentadas desmayaron de golpe, y los más principales de sus parientes se fueron a Chimu y le dijeron que no durase la obstinación hasta la total destrucción de los suyos, sino que mirase que era ya razón aceptar los ofrecimientos del Inca, siquiera porque sus émulos y enemigos antiguos no enriqueciesen tanto con los despojos que cada día les ganaban, llevándose sus mujeres e hijos para hacerlos esclavos; lo cual se debía remediar con toda brevedad, antes que el daño fuese mayor y antes que el Príncipe, por su dureza y rebeldía, cerrase las puertas de su clemencia y mansedumbre y los llevase a fuego y a sangre.

Con esta plática de los suyos (que más le apareció amenaza y represión que buen consejo ni aviso) quedó del todo perdido el bravo Chimu, sin saber dónde acudir a buscar remedio ni a quién pedir socorro; porque sus vecinos antes estaban ofendidos de su altivez y soberbia que no obligados a ayudarle, su gente acobardada y el enemigo pujante. Viéndose, pues, tan alcanzado de todas partes, propuso en sí de admitir los primeros partidos que el Príncipe le enviase a ofrecer, mas no pedirlos él, que no mostrar tanta flaqueza de ánimo y falta de fuerzas. Así, encubriendo a los suyos esta intención, les dijo que no le faltaban esperanzas y poder para resistir al Inca y salir con honra y fama de aquella guerra mediante el valor de los suyos. Que se animasen para defender su patria, por cuya salud y libertad estaban obligados a morir peleando, y no mostrasen pusilanimidad, que las guerras tenían de suyo ganar unos días y perder otros; que si al presente les llevaban algunas de sus mujeres por esclavas, se acordasen cuántas más habían traído ellos de las de sus enemigos, y que él esperaba ponerlas presto en libertad; que tuviesen ánimo y no mostrasen flaqueza, pues nunca sus enemigos en lo pasado se la habían sentido, ni era razón que al presente la sintiesen; que se fuesen en paz y estuviesen satisfechos, que cuidaba más de la salud de los suyos que de la suya propia.

Con estos flacos consuelos y esperanzas tristes, que consistían más en las palabras que en el hecho, despidió el gran Chimu a los suyos, quedando harto afligido por verles caídos de ánimo; mas con todo el mejor semblante que pudo mostrar entretuvo la guerra hasta que llevaron los recados acostumbrados del Inca, ofreciéndole perdón, paz y amistad, según que otras muchas veces se había hecho con él. Oído el recado, por mostrarse todavía entero en su dureza, aunque ya la tenía trocada en blandura, respondió que él no tenía propósito de aceptar partido alguno; mas que por mirar por la salud de los suyos, se aconsejaría con ellos y haría lo que bien les estuviese. Luego mandó llamar sus capitanes y parientes y les refirió el ofrecimiento del Inca y les dijo mirasen en aquel caso lo que a todos ellos conviniese, que, aunque fuese contra su voluntad, obedecería al Inca por la salud de ellos.

Los capitanes holgaron mucho de sentir a su curaca en alguna manera apartado de la dureza y pertinacia pasada, por lo cual, con más ánimo y libertad, le osaron decir resueltamente que era muy justo obedecer y tener

por señor a un Príncipe tan piadoso y clemente como el Inca, que, aun teniéndolos casi rendidos, los convidaba con su amistad.

Con este resuelto parecer, dado más con atrevimiento y osadía de hombres libres que con humildad de vasallos, se dio el poderoso Chimu por convencido en su rebeldía, y mostrando estar ya fuera de ella, envió sus embajadores al príncipe Inca Yupanqui, diciendo suplicaba a Su Alteza no faltase para los suyos y para él la misericordia y clemencia que los Incas, hijos del Sol, habían usado en todas las cuatro partes del mundo que habían sujetado, pues a todos los culpados y pertinaces como él los había perdonado; que se conocía en su delito y pedía perdón, confiado en la experiencia larga que de la clemencia de todos los Incas, sus antepasados, se tenía; que Su Alteza no se lo negaría, pues se preciaba tanto del renombre amador y bienhechor de pobres, y que suplicaba por el mismo perdón para todos los suyos, que tenían menos culpa que no él, porque habían resistido a Su Alteza más por obstinación de su curaca que por voluntad propia.

Con la embajada holgó mucho el Príncipe, por haber acabado aquella conquista sin derramar la sangre que se temía; recibió con mucha afabilidad los embajadores; mandólos regalar y decir que volviesen por su curaca y lo llevasen consigo para que oyese el perdón del Inca de su misma boca y recibiese las mercedes de su propia mano, para mayor satisfacción suya.

El bravo Chimu, domado ya de su altivez y soberbia, pareció ante el Príncipe con otra tanta humildad y sumisión, y, derribándose por tierra, le adoró y repitió la misma súplica que con su embajador había enviado. El Príncipe, por sacarle de la aflicción que mostraba, lo recibió amorosamente; mandó a dos capitanes que lo levantasen del suelo, y, habiéndolo oído, le dijo que le perdonaba todo lo pasado y mucho más que hubiera hecho; que no había ido a su tierra a quitarle su estado y señorío, sino a mejorarle en su idolatría, leyes y costumbres, y, que en confirmación de lo que decía, si Chimu temía haber perdido su estado, le hacía merced y gracia de él, para que lo poseyese con toda la seguridad, con que echados por tierra sus ídolos, figuras de peces y animales, adorasen al Sol y sirviesen al Inca, su padre.

Chimu, alentado y esforzado con la afabilidad y buen semblante que el Príncipe le mostró y con las palabras tan favorables que le dijo, le adoró de nuevo y respondió diciendo que el mayor dolor que tenía era no haber obedecido la palabra de tal señor luego que la oyó. Que esta maldad, aunque ya Su Alteza se la tenía perdonada, la lloraría en su corazón toda su vida, y en lo demás cumpliría con mucho amor y voluntad lo que el Inca le mandase, así en la religión como en las costumbres.

Con esto se asentaron las paces y el vasallaje de Chimu, a quien el Inca hizo mercedes de ropa de vestir para él y para sus nobles; visitó los valles de su estado, mandólos ampliar e ilustrar con edificios reales y grandes acequias que de nuevo se sacaron, para regar y ensanchar las tierras de labor, en mucha más cantidad que las tenía antes, y se hicieron pósitos, así para las

rentas del Sol y del Inca como para socorrer a los naturales en años de esterilidad, todo lo cual era costumbre antigua mandarlo hacer los Incas. Particularmente en el valle de Parmunca, mandó el Príncipe se hiciese una fortaleza en memoria y trofeo de la victoria que tuvo contra el Rey Chimu, que la estimó en mucho, por haber sido la guerra muy reñida de ambas partes; y porque la guerra empezó en aquel valle, mandó se hiciese la fortaleza en él. Hiciéronla fuerte y admirable en el edificio y muy galana en pinturas y otras curiosidades reales. Mas los extranjeros no respetaron lo uno ni lo otro, para no derribarla por el suelo; todavía quedaron algunos pedazos que sobrepujaron a la ignorancia de los que la derribaron, para muestra de cuán grande fue.

Dada orden y traza en lo que se ha dicho, y dejando los ministros necesarios para el gobierno de la justicia y de la hacienda y la gente de guarnición ordinaria, dejó el Príncipe a Chimu muy favorecido y contento en su estado, y él se volvió al Cuzco, donde fue recibido con la solemnidad de triunfo y fiestas que de otras jornadas hemos dicho, las cuales duraron un mes.

CAPITULO XXXIV

ILUSTRA EL INCA SU IMPERIO, Y SUS EJERCICIOS HASTA SU MUERTE

El Inca Pachacútec, viéndose ya viejo, le pareció descansar y no hacer más conquistas, pues había aumentado a su Imperio más de ciento y treinta leguas de largo, norte sur, y de ancho todo lo que hay de la gran cordillera de la Sierra Nevada hasta la mar, que por aquel paraje hay por partes sesenta leguas este oeste, y por otras setenta, y más y menos. Entendió en lo que siempre había entendido, en confirmar las leyes de sus pasados y hacer otras de nuevo para el beneficio común.

Fundó muchos pueblos de advenedizos, en las tierras que, por su industria, de estériles e incultas, se hicieron fértiles y abundantes mediante las muchas acequias que mandó sacar.

Edificó muchos templos al Sol, a imitación del que había en el Cuzco, y muchas casas de las vírgenes que llamaban escogidas. Ordenó que se renovasen y labrasen muchos pósitos de nuevo, por los caminos reales, donde se pusiesen los bastimentos, armas y munición para los ejércitos que por ellos pasasen, y mandó se hiciesen casas reales donde los Incas se alojasen cuando caminasen.

Mandó que también se hiciesen pósitos en todos los pueblos grandes o chicos, donde no los hubiese, para guardar mantenimiento con que socorrer los moradores en años de necesidad, los cuales pósitos mandó que se basteciesen de sus rentas reales y de las del Sol.

En suma, se puede decir que renovó su Imperio en todo, así en su religión, con nuevos ritos y ceremonias, quitando muchos ídolos a sus vasallos, como en las costumbres y vida moral, con nuevas leyes y pragmáticas, prohibiendo muchos abusos y costumbres bárbaras que los indios tenían antes de su reinado.

También reformó la milicia en lo que le pareció que convenía, por mostrarse tan gran capitán como Rey y sacerdote, y la amplió en favores y honras y mercedes, para los que en ella se aventajasen. Y particularmente ilustró y amplió la gran ciudad del Cuzco con edificios y moradores. Mandó labrar una casa para sí, cerca de las escuelas que su bisabuelo, Inca Roca, fundó. Por estas cosas y por su afable condición y suave gobierno, fue amado y adorado como otro Júpiter. Reinó, según dicen, más de cincuenta años; otros dicen que más de sesenta. Vivía en suma paz y tranquilidad, tan obedecido como amado y tan servido como su bondad lo merecía, y al fin de este largo tiempo falleció. Fue llorado universalmente de todos sus vasallos y puesto en el número de sus dioses, como los demás Reyes Incas sus antepasados. Fue embalsamado conforme a las costumbres de ellos y los llantos, sacrificios y ceremonias del entierro, según la misma costumbre, duraron un año.

Dejó por su universal heredero a Inca Yupanqui, su hijo y de la Coya Anahuarque, su legítima mujer y hermana; dejó otros, más de trescientos hijos e hijas, y aun quieren decir, según su larga vida y multitud de mujeres, que más de cuatrocientos legítimos en sangre y no legítimos; que, con ser tantos, dicen los indios que eran pocos para hijos de tal padre.

A estos dos Reyes, padre e hijo, confunden los historiadores españoles, dando los nombres de ambos a uno solo. El padre se llamó Pachacútec: fue su nombre propio: el nombre Inca fue común a todos ellos, porque fue apellido desde el primer Inca, llamado Manco Cápac, cuyo nieto se llamó Lloque Yupanqui, en cuya vida dijimos lo que significaba la dicción Yupanqui, la cual dicción también se hizo apellido después de aquel Rey, y juntando ambos apellidos, que son Inca Yupanqui, se lo dicen a todos los Reyes Incas, como no tengan por nombre propio el Yupanqui, y estánles bien estos renombres, porque es como decir César Augusto a todos los Emperadores. Pues como los indios, contando las hazañas de sus Reyes y nombrando sus nombres, dicen Pachacútec Inca Yupanqui, entienden los españoles que es nombre de un Rey solo, y no admiten al hijo sucesor de Pachacútec, que se llamó Inca Yupanqui, el cual tomó ambos apellidos por nombre propio y dio el mismo nombre Inca Yupanqui a su hijo heredero. A quien los indios, por excelencia y por diferencia de su padre, llamaron Túpac (quiere

decir el que resplandece) Inca Yupanqui, padre de Huaina Cápac Inca Yupanqui, y abuelo de Huáscar Inca Yupanqui, y así se puede decir a todos los demás Incas, por apellido. Esto he dicho para que no se confundan los que leyeren las historias.

CAPITULO XXXV

AUMENTO LAS ESCUELAS, HIZO LEYES PARA EL BUEN GOBIERNO

HABLANDO DE este Inca, el Padre Blas Valera dice en suma lo que sigue: "Muerto Viracocha Inca, y adorado por los indios entre sus dioses, sucedió a su hijo el Gran Titu, por sobrenombre Manco Cápac; llamóse así hasta que su padre le dio el nombre Pachacútec, que es reformador del mundo. El cual nombre confirmó él después con sus esclarecidos hechos y dichos, de tal manera que de todo punto se olvidaron los nombres primeros para llamarle por ellos. Este gobernó su Imperio con tanta industria, prudencia y fortaleza, así en paz como en guerra, que no solamente lo aumentó en las cuatro partes del reino que llamaran Tauantinsuyu, mas también hizo muchos estatutos y leyes, las cuales todas confirmaron muy de grado nuestros católicos Reyes, sacando las que pertenecían a la honra de los ídolos y a los matrimonios no lícitos. Este Inca, ante todas cosas, ennobleció y amplió con grandes honras y favores las escuelas que el Rey Inca Roca fundó en el Cuzco; aumentó el número de los preceptores y maestros: mandó que todos los señores de vasallos, los capitanes y sus hijos, y universalmente todos los indios, de cualquiera oficio que fuesen, los soldados y los inferiores a ellos, usasen la lengua del Cuzco, y que no se diese gobierno, dignidad ni señorío sino al que la supiese muy bien. Y por que ley tan provechosa no se hubiese hecho de balde, señaló maestros muy sabios de las cosas de los indios, para los hijos de los príncipes y de la gente noble, no solamente para los del Cuzco, mas también para todas las provincias de su reino, en las cuales puso maestros que a todos los hombres de provecho para la república enseñasen aquel lenguaje del Cuzco, de lo cual sucedió que todo el reino del Perú hablaba una lengua, aunque hoy, por la negligencia (no sé de quién), muchas provincias que la sabían la han perdido del todo, no sin gran daño de la predicación evangélica. Todos los indios que, obedeciendo esta ley, retienen hasta ahora la lengua del Cuzco, son más urbanos y de ingenios más capaces; los demás no lo son tanto.

"Este Pachacútec prohibió que ninguno, sino los príncipes y sus hijos, pudiesen traer oro ni plata ni piedras preciosas ni plumas de aves de diversas

colores, ni vestir lana de vicuña, que se teje con admirable artificio. Concedió que los primeros días de la Luna, y otros de sus fiestas y solemnidades, se adornasen moderadamente; la cual ley guardan hasta ahora los indios tributarios, que contentan con el vestido común y ordinario, y así excusan mucha corruptela que los vestidos galanos y soberbios suelen causar. Pero los indios criados de los españoles y los que habitan en las ciudades de los españoles son muy desperdiciados en esto, y causan mucho daño y mengua en sus haciendas y conciencias. Mandó este Inca que usasen mucha escasez en el comer, aunque en el beber tuvieron más libertad, así los príncipes como los plebeyos. Constituyó que hubiese jueces particulares contra los ociosos, holgazanes; quiso que todos anduviesen ocupados en sus oficios o en servir a sus padres o a sus amos o en el beneficio de la república, tanto que a los muchachos y muchachas de cinco, seis, siete años, les hacían ocuparse en alguna cosa, conforme a su edad. A los ciegos, cojos y mudos, que podían trabajar con las manos, los ocupaban en diversas cosas; a los viejos y viejas les mandaban que ojeasen los pájaros de los sembrados, a los cuales todos daban cumplidamente de comer y de vestir, de los pósitos públicos. Y por que el continuo trabajo no les fatigase tanto que los oprimiese, estableció ley que en cada mes (que era por lunas) hubiese tres días de fiesta, en las cuales se holgasen con diversos juegos de poco interés. Ordenó que en cada mes hubiese tres ferias, de nueve en nueve días, para que los aldeanos y trabajadores del campo, habiendo cada cual gastado ocho días en sus oficios, viniesen a la ciudad, al mercado, y entonces viesen y oyesen las cosas que el Inca o su Consejo hubiesen ordenado, aunque después este mismo Rey quiso que los mercados fuesen cotidianos, como hoy los vemos, los cuales ellos llaman *catutilo;* y las ferias ordenó que fuesen en día de fiesta, por que fuesen más famosas. Hizo ley que cualquiera provincia o ciudad tuviese término señalado, que encerrase en sí los montes, pastos, bosques, ríos y lagos y las tierras de labor; las cuales cosas fuesen de aquella tal ciudad o provincia, en término y jurisdicción perpetua, y que ningún gobernador ni curaca fuese osado a las disminuir, dividir o aplicar alguna parte para sí ni para otro, sino que aquellos campos se repartiesen por medida igual, señalada por la misma ley, en beneficio común y particular de los vecinos y habitadores de la tal provincia o ciudad, señalando su parte para las rentas reales y para el Sol, y que los indios arasen, sembrasen y cogiesen los frutos, así los suyos como los de los erarios, de la manera que les dividían las tierras; y ellos eran obligados a labrarlas en particular y en común. De aquí se averigua ser falso lo que muchos falsamente afirman, que los indios no tuvieron derecho de propiedad en sus heredades y tierras, no entendiendo que aquella división se hacía no por cuenta ni razón de las posesiones, sino por el trabajo común y particular que habían de poner en labrarlas; porque fue antiquísima costumbre de los indios que no solamente las obras públicas, mas también las particulares, las hacían y acababan trabajando todos en

ellas, y por esto medían las tierras, para que cada uno trabajase en la parte que le cupiese. Juntábase toda la multitud, y labraban primeramente sus tierras particulares en común, ayudándose unos a otros, y luego labraban las del Rey; lo mismo hacían al sembrar y coger los frutos y encerrarlos en los pósitos reales y comunes. Casi de esta misma manera labraban sus casas; que el indio que tenía necesidad de labrar la suya, iba al Concejo para que señalase el día que se hubiese de hacer; los del pueblo acudían con igual consentimiento a socorrer la necesidad de su vecino y brevemente le hacían la casa. La cual costumbre aprobaron los Incas y la confirmaron con ley que sobre ella hicieron. Y el día de hoy muchos pueblos de indios que guardan aquel estatuto ayudan grandemente a la cristiana caridad; pero los indios avaros, que no son más de para sí, dañan a sí propios y no aprovechan a los otros; antes los tienen ofendidos".

CAPITULO XXXVI

OTRAS MUCHAS LEYES DEL INCA PACHACUTEC, Y SUS DICHOS SENTENCIOSOS

"En suma, este Rey, con parecer de sus Consejos, aprobó muchas leyes, derechos y estatutos, fueros y costumbres de muchas provincias y regiones, porque eran en provecho de los naturales; otras muchas quitó, que eran contrarias a la paz común y al señorío y majestad real; otras muchas instituyó de nuevo, contra los blasfemos, patricidas, fratricidas, homicidas, contra los traidores al Inca, contra los adúlteros, así hombres como mujeres, contra los que sacaban las hijas de casa de sus padres, contra los que violaban las doncellas, contra los que se atrevían a tocar las escogidas, contra los ladrones, de cualquiera cosa que fuese el hurto, contra el nefando y contra los incendiarios, contra los incestuosos en línea recta; hizo otros muchos decretos para las buenas costumbres y para las ceremonias de sus templos y sacrificios; confirmó otros muchos que halló hechos por los Incas sus antecesores, que son éstos: que los hijos obedeciesen y sirviesen a sus padres hasta los veinte y cinco años; ninguno se casase sin licencia de sus padres y de los padres de la moza; casándose sin licencia, no valiese el contrato y los hijos fuesen no legítimos; pero si después de habidos los hijos y vividos juntos los casados, alcanzasen el consentimiento y aprobación de sus padres y suegros, entonces fuese lícito el casamiento y los hijos se hiciesen legítimos. Aprobó las herencias de los estados y señoríos, conforme a la antigua costumbre de cada provincia o reino; que los jueces no pudiesen recibir

cohechos de los pleiteantes. Otras muchas leyes hizo este Inca, de menos cuenta, que las dejo por excusar prolijidad. Adelante diremos las que hizo para el gobierno de los jueces, para contraer los matrimonios, para hacer los testamentos y para la milicia y para la cuenta de los años. En estos nuestros días, el visorrey Don Francisco de Toledo trocó, mudó y revocó muchas leyes y estatutos de los que este Inca estableció; los indios, admirados de su poder absoluto, le llamaron segundo Pachacútec, por decir que era reformador del primer reformador. Era tan grande la reverencia y acatamiento que tenían a aquel Inca, que hasta hoy no pueden olvidarle".

Hasta aquí es del Padre Blas Valera, que lo hallé en sus papeles rotos; lo que promete decir adelante de las leyes para los jueces, para los matrimonios y testamentos, para la milicia y la cuenta del año, se perdió, que es gran lástima. En otra hoja hallé parte de los dichos sentenciosos de este Inca Pachacútec; son los que siguen:

"Cuando los súbditos y sus capitanes y curacas obedecen de buen ánimo al Rey, entonces goza el reino de toda paz y quietud.

"La envidia es una carcoma que roe y consume las entrañas de los envidiosos.

"El que tiene envidia y es envidiado, tiene doblado tormento.

"Mejor es que otros, por ser tú bueno, te hayan envidia, que no que la hayas tú a otros por ser tú malo.

"Quien tiene envidia de otro, a sí propio se daña.

"El que tiene envidia de los buenos saca de ellos mal para sí, como hace la araña en sacar de las flores ponzoña.

"La embriaguez, la ira y locura corren igualmente; sino que las dos primeras son voluntarias y mudables y la tercera es perpetua.

"El que mata a otro sin autoridad o causa justa, a él propio se condena a muerte.

"El que mata a su semejante, necesario es que muera; por lo cual los Reyes antiguos, progenitores nuestros, instituyeron que cualquiera homiciano fuese castigado con muerte violenta, y Nos los confirmamos de nuevo.

"En ninguna manera se deben permitir ladrones; los cuales, pudiendo ganar hacienda con honesto trabajo y poseerla con buen derecho, quieren más haberla hurtando o robando; por lo cual es muy justo que sea ahorcado el que fuere ladrón.

"Los adúlteros que afean la fama y la calidad ajena y quitan la paz y la quietud a otros deben ser declarados por ladrones, y por ende condenados a muerte, sin remisión alguna.

"El varón noble y animoso es conocido por la paciencia que muestra en las adversidades.

"La impaciencia es señal de ánimo vil y bajo, mal enseñado y peor acostumbrado.

"Cuando los súbditos obedecen lo que pueden, sin contradicción alguna, deben los Reyes y gobernadores usar con ellos de liberalidad y clemencia; mas, de otra manera, de rigor y justicia, pero siempre con prudencia.

"Los jueces que reciben a escondidillas las dádivas de los negociantes y pleiteantes deben ser tenidos por ladrones y castigados con muerte, como tales.

"Los gobernadores deben advertir y mirar dos cosas con mucha atención. La primera, que ellos y sus súbditos guarden y cumplan perfectamente las leyes de sus Reyes. La segunda, que se aconsejen con mucha vigilancia y cuidado para las comodidades comunes y particulares de su provincia. El indio que no sabe gobernar su casa y familia, menos sabrá gobernar la república; este tal no debe ser preferido a otros.

"El médico o herbolario que ignora las virtudes de las yerbas, o que sabiendo las de algunas no procura saber las de todas, sabe poco o nada. Conviénele trabajar hasta conocerlas todas, así las provechosas como las dañosas, para merecer el nombre que pretende.

"El que procura contar las estrellas, no sabiendo aún contar los tantos y nudos de las cuentas, digno es de risa".

Estas son las sentencias del Inca Pachacútec; decir los tantos y nudos de las cuentas fue porque, como no tuvieron letras para escribir ni cifras para contar, hacían su cuentas con nudos y tantos.

FIN DEL LIBRO SEXTO

LIBRO SEPTIMO

de los Comentarios Reales de los Incas,

en el cual se da noticia de las colonias que hacían los Incas, de la crianza de los hijos de los señores, de la tercera y cuarta fiesta principal que tenían, de la descripción de la ciudad del Cuzco, de las conquistas que Inca Yupanqui, décimo Rey, hizo en el Perú y en el reino de Chili, de la rebelión de los Araucos contra los españoles, de la muerte de Valdivia, de la fortaleza del Cuzco y de sus grandezas

Contiene veinte y nueve capítulos

CAPITULO I

LOS INCAS HACIAN COLONIAS; TUVIERON DOS LENGUAJES

LOS REYES Incas trasplantaban indios de unas provincias a otras para que habitasen en ellas; hacíanlo por causas que les movían, unas en provecho de sus vasallos, otras en beneficio propio, para asegurar sus reinos de levantamientos y rebeliones. Los Incas, yendo conquistando, hallaban algunas provincias fértiles y abundantes de suyo, pero mal pobladas y mal cultivadas por falta de moradores; a estas tales provincias, porque no estuviesen perdidas, llevaban indios de otras de la misma calidad y temple, fría o caliente, porque no se les hiciese de mal la diferencia del temperamento. Otras veces los trasplantaban cuando multiplicaban mucho de manera que no cabían en sus provincias; buscábanles otras semejantes en que viviesen; sacaban la mitad de la gente de la tal provincia, más o menos, la que convenía. También sacaban indios de provincias flacas y estériles para poblar tierras fértiles y abundantes. Esto hacían para beneficio así de los que iban como de los que quedaban, porque, como parientes, se ayudasen con sus cosechas los unos a los otros, como fue en todo el Collao, que es una provincia de más de ciento y veinte leguas de largo y que contiene en sí otras muchas provincias de diferentes naciones, donde, por ser la tierra muy fría, no se da el maíz, ni el *uchu,* que los españoles llaman pimiento, y se dan en grande abundancia otras semillas y legumbres que no se dan en las tierras calientes como la[s] que llaman *papa* y *quinua,* y se cría infinito ganado.

De todas aquellas provincias frías sacaron por su cuenta y razón muchos indios y los llevaron al oriente de ellas, que es a los Antis, y al poniente, que

es a la costa de la mar, en las cuales regiones había grandes valles fertilísimos de llevar maíz y pimiento y frutas, las cuales tierras y valles antes de los Incas no se habitaban; estaban desamparados, como desiertos, porque los indios no habían sabido ni tenido maña para sacar acequias para regar los campos. Todo lo cual bien considerado por los Reyes Incas, poblaron muchos valles de aquellos incultos con los indios que, a una mano y a otra, más cerca les caían; diéronles riego, allanando las tierras para que gozasen del agua, y les mandaron por ley que se socorriesen como parientes, trocando los bastimentos que sobraban a los unos y faltaban a los otros. También hicieron esto los Incas por su provecho, por tener renta de maíz para sus ejércitos, porque, como ya se ha dicho, eran suyas las dos tercias partes de las tierras que sembraban; esto es, la una tercia parte del Sol y la otra del Inca. De esta manera tuvieron los Reyes abundancia de maíz en aquella tierra, tan fría y estéril, y los Collas llevaban en su ganado, para trocar con los parientes trasplantados, grandísima cantidad de *quinua* y *chuñu,* que son papas pasadas, y mucho tasajo, que llaman *charqui,* y volvían cargados de maíz y pimientos y frutas, que no las había en sus tierras; y éste fue un aviso y prevención que los indios estimaron en mucho.

Pedro de Cieza de León, hablando en este mismo propósito, capítulo noventa y nueve, dice: "Siendo el año abundante, todos los moradores de este Collao viven contentos y sin necesidad; mas si es estéril y falto de agua, pasan grandísima necesidad. Aunque a la verdad, como los Reyes Incas que mandaron este Imperio fueron tan sabios y de tan buena gobernación y tan bien proveídos, establecieron cosas y ordenaron leyes a su usanza, que, verdaderamente, si no fuera mediante ello, las más de las gentes de su señorío pasaran con gran trabajo y vivieran con gran necesidad, como antes que por ellos fueran señoreados. Y esto helo dicho porque en estos Collas y en todos los más valles del Perú, que por ser fríos no eran tan fértiles y abundantes como los pueblos cálidos y bien proveídos, mandaron que, pues la gran serranía de los Andes comarcaba con la mayor parte de los pueblos, que de cada uno saliese cierta cantidad de indios con sus mujeres, y estos tales, puestos en las partes que sus caciques les mandaban y señalaban, labraban los campos en donde sembraban lo que faltaba en sus naturalezas, proveyendo con el fruto que cogían a sus señores o capitanes, y eran llamados mitimaes. Hoy día sirven y están debajo de la encomienda principal, y crían y curan la preciada coca. Por manera que, aunque en todo el Collao no se coge ni siembra maíz, no les falta a los señores naturales de él y a los que quieren procurar con la orden ya dicha; porque nunca dejan de traer cargas de maíz, coca y frutas de todo género y cantidad de miel". Hasta aquí es de Pedro de Cieza, sacado a la letra.

Trasplantábanlos por otro respecto, y era cuando habían conquistado alguna provincia belicosa, de quien se temía que, por estar lejos del Cuzco y por ser de gente feroz y brava, no había de ser leal ni había de querer

servir en buena paz. Entonces sacaban parte de la gente de aquella tal provincia, y muchas veces la sacaban toda, y la pasaban a otra provincia de las domésticas, donde, viéndose por todas partes rodeados de vasallos leales y pacíficos, procurasen ellos también ser leales, bajando la cerviz al yugo que ya no podían desechar. Y en estas maneras de mudar indios siempre llevaban Incas de los que lo eran por privilegio del primer Rey Manco Cápac, y enviábanlos para que gobernasen y doctrinasen a los demás. Con el nombre de estos Incas honraban a todos los demás que con ellos iban, porque fuesen más respetados de los comarcanos. A todos estos indios, trocados de esta manera, llamaban *mítmac,* así a los que llevaban como a los que traían: quiere decir: trasplantados o advenedizos, que todo es uno.

Entre otras cosas que los Reyes Incas inventaron para buen gobierno de su Imperio, fue mandar que todos sus vasallos aprendiesen la lengua de su corte, que es la que hoy llaman lengua general, para cuya enseñanza pusieron en cada provincia maestros Incas de los de privilegio; y es de saber que los Incas tuvieron otra lengua particular, que hablaban entre ellos, que no la entendían los demás indios ni les era lícito aprenderla, como lenguaje divino. Esta, me escriben del Perú que se ha perdido totalmente, porque, como pereció la república particular de los Incas, pereció también el lenguaje de ellos. Mandaron aquellos Reyes aprender la lengua general por dos respectos principales. El uno fue por no tener delante de sí tanta muchedumbre de intérpretes como fuera menester para entender y responder a tanta variedad de lenguas y naciones como había en su Imperio. Querían los Incas que sus vasallos les hablasen boca a boca (a lo menos personalmente, y no por terceros) y oyesen de la suya el despacho de sus negocios, porque alcanzaron cuánta más satisfacción y consuelo da una misma palabra dicha por el Príncipe, que no por el ministro. El otro respecto y más principal fue porque las naciones extrañas (las cuales, como atrás dijimos, por no entenderse unas a otras se tenían por enemigas y se hacían cruel guerra), hablándose y comunicándose lo interior de sus corazones, se amasen unos a otros como si fuesen de una familia y parentela y perdiesen la esquiveza que les causaba el no entenderse.

Con este artificio domesticaron y unieron los Incas tanta variedad de naciones diversas y contrarias en idolatría y costumbres como las que hallaron y sujetaron a su Imperio, y los trajeron mediante la lengua a tanta unión y amistad que se amaban como hermanos, por lo cual muchas provincias que no alcanzaron el Imperio de los Incas, aficionados y convencidos de este beneficio, han aprendido después acá la lengua general del Cuzco y la hablan y se entienden con ella muchas naciones de diferentes lenguas, y por sola ella se han hecho amigos y confederados donde solían ser enemigos capitales. Y al contrario, con el nuevo gobierno la han olvidado muchas naciones que la sabían, como lo testifica el Padre Blas Valera, hablando de los Incas, por estas palabras: "Mandaron que todos hablasen

una lengua, aunque el día de hoy, por la negligencia (no sé de quién), la han perdido del todo muchas provincias, no sin gran daño de la predicación evangélica, porque todos los indios que, obedeciendo esta ley, retienen hasta ahora la lengua del Cuzco, son más urbanos y de ingenios más capaces, lo cual no tienen los demás". Hasta aquí es del Padre Blas Valera; quizá adelante pondremos un capítulo suyo donde dice que no se debe permitir que se pierda la lengua general del Perú, porque, olvidada aquélla, es necesario que los predicadores aprendan muchas lenguas para predicar el Evangelio, lo cual es imposible.

CAPITULO II

LOS HEREDEROS DE LOS SEÑORES SE CRIABAN EN LA CORTE, Y LAS CAUSAS POR QUE

MANDARON TAMBIÉN aquellos Reyes que los herederos de los señores de vasallos se criasen en la corte y residiesen en ella mientras no heredasen sus estados, para que fuesen bien doctrinados y se hiciesen a la condición y costumbres de los Incas, tratando con ellos amigablemente, para que después, por la comunicación y familiaridad pasada, los amasen y sirviesen con afición: llamábanles *mitmac,* porque eran advenedizos. También lo hacían por ennoblecer y honrar su corte con la presencia y compañía de tantos herederos de reinos, estados y señoríos como en aquel Imperio había. Este mandato facilitó que la lengua general se aprendiese con más gusto y menos trabajo y pesadumbre; porque, como los criados y vasallos de los herederos iban por su rueda a la corte a servir a sus señores, siempre que volvían a sus tierras llevaban algo aprendido de la lengua cortesana, y la hablaban con gran vanagloria entre los suyos, por ser lengua de gente que ellos tenían por divina, y causaban grande envidia para que los demás la deseasen y procurasen saber, y los que así sabían algo, por pasar adelante en el lenguaje, trataban más a menudo y más familiarmente con los gobernadores y ministros de la justicia y de la hacienda real, que asistían en sus tierras. De esta manera, con suavidad y facilidad, sin la particular industria de los maestros, aprendieron y hablaron la lengua general del Cuzco en pocas menos de mil y trescientas leguas de largo que ganaron aquellos Reyes.

Sin la intención de ilustrar su corte con la asistencia de tantos príncipes, tuvieron otra aquellos Reyes Incas para mandarlo, y fue por asegurar sus reinos y provincias de levantamientos y rebeliones, que, como tenían su Imperio tan extendido que había muchas provincias que estaban a cuatro-

cientas y a quinientas y a seiscientas leguas de su corte, y eran las mayores y más belicosas, como eran las del reino de Quitu y Chili, y otras sus vecinas, de las cuales se recelaban que por la distancia del lugar y ferocidad de la gente se levantarían en algún tiempo y procurarían desechar el yugo del Imperio, y aunque cada una de por sí no era parte, podrían convocarse y hacer liga entre muchas provincias y en diversas partes y acometer el Reino por todos cabos, que fuera un gran peligro para que se perdiera el señorío de los Incas. Para asegurarse de todos estos inconvenientes y otros que suceden en imperios tan grandes, tomaron por remedio mandar que todos los herederos asistiesen en su corte, donde, en presencia y ausencia del Inca, se tenía cuidado de tratarlos con regalo y favores, acariciando a cada uno conforme a sus méritos, calidad y estado. De los cuales favores particulares y generales daban los príncipes cuenta a sus padres a menudo, enviándoles los vestidos y preseas que el Inca les daba de su propio traer y vestir, que era tan estimado entre ellos que no se puede encarecer. Con lo cual pretendían los Reyes Incas obligar a sus vasallos a que en agradecimiento de sus beneficios les fuesen leales, y cuando fuesen tan ingratos que no los reconociesen, a lo menos temiesen y reprimiesen sus malos deseos, viendo que estaban sus hijos y herederos en la corte como en rehenes y prendas de la fidelidad de ellos.

Con esta industria y sagacidad y otras semejantes, y con la rectitud de su justicia, tuvieron los Incas su Imperio en tanta paz y quietud, que en todo el tiempo que imperaron casi apenas hubo rebelión ni levantamiento que aplacar o castigar. El Padre Joseph de Acosta, hablando del gobierno de los Reyes Incas, Libro seis, capítulo doce, dice: "Sin duda era grande la reverencia y afición que esta gente tenía a sus Incas, sin que se halle jamás haberles hecho ninguno de ellos traición; porque en su gobierno procedían, no sólo con gran poder, sino también con mucha rectitud y justicia, no consintiendo que nadie fuese agraviado. Ponía el Inca sus gobernadores por diversas provincias, y había unos supremos e inmediatos a él, otros más moderados y otros particulares, con extraña subordinación, en tanto grado que ni emborracharse ni tomar una mazorca de maíz de su vecino se atrevían". Hasta aquí es del Padre Maestro Acosta.

CAPITULO III

DE LA LENGUA CORTESANA

EL CAPÍTULO del Padre Blas Valera que trata de la lengua general del Perú, que atrás propusimos decir, era el capítulo nono del Libro segundo de su *Historia,* que así lo muestran sus papeles rotos, el cual, con su título al principio, como Su Paternidad lo escribía, dice así:

"Capítulo nono. De la lengua general y de su facilidad y utilidad.

"Resta que digamos algo de la lengua general de los naturales del Perú, que aunque es verdad que cada provincia tiene su lengua particular diferente de las otras, una es y general la que llaman Cuzco, la cual en tiempo de los Reyes Incas se usaba desde Quitu hasta el reino de Chili y hasta el reino Tucma, y ahora la usan los caciques y los indios que los españoles tienen para su servicio y para ministros de los negocios. Los Reyes Incas, desde su antigüedad, luego que sujetaban cualquiera reino o provincia, entre otras cosas que para la utilidad de los vasallos se les ordenaba, era mandarles que aprendiesen la lengua cortesana del Cuzco y que la enseñasen a sus hijos. Y porque no saliese vano lo que mandaban, les daban indios naturales del Cuzco que les enseñasen la lengua y las costumbres de la corte. A los cuales, en las tales provincias y pueblos, daban casas, tierras y heredades para que, naturalizándose en ellas, fuesen maestros perpetuos ellos y sus hijos. Y los gobernadores Incas anteponían en los oficios de la república, así en la paz como en la guerra, a los que mejor hablaban la lengua general. Con este concierto regían y gobernaban los Incas en paz y quietud todo su imperio, y los vasallos de diversas naciones se habían como hermanos, porque todos hablaban una lengua. Los hijos de aquellos maestros naturales del Cuzco viven todavía derramados en diversos lugares, donde sus padres solían enseñar; mas porque les falta la autoridad que a sus mayores antiguamente se les daba, no pueden enseñar a los indios ni compelerles a que aprendan. De donde ha nacido que muchas provincias, que cuando los españoles entraron en Cassamarca sabían esta lengua común los demás indios, ahora la tienen olvidada del todo, porque, acabándose el mundo y el Imperio de los Incas, no hubo quien se acordase de cosa tan acomodada y necesaria para la predicación del Santo Evangelio, por el mucho olvido que causaron las guerras que entre los españoles se levantaron, y después de ellas por otras causas, que el malvado Satanás ha sembrado para que aquel estatuto tan provechoso no se pusiese en ejecución. Por lo cual, todo el término de la ciudad de Trujillo y otras muchas provincias de la jurisdicción de Quitu ignoran del todo la lengua general que hablaban; y todos los Collas y los Puquinas, contentos con sus lenguajes particulares y propios, despre-

cian la del Cuzco. Demás de esto, en muchos lugares donde todavía vive la lengua cortesana, está ya tan corrupta que casi parece otra lengua diferente. También es de notar que aquella confusión y multitud de lenguas que los Incas, con tanto cuidado, procuraron quitar, ha vuelto a nacer de nuevo, de tal manera que el día de hoy se hallan entre los indios más diferencias de lenguaje que había en tiempo de Huayna Cápac, último Emperador de ellos. De donde ha nacido que la concordia de los ánimos que los Incas pretendían que hubiera en aquellos gentiles por la conformidad de un lenguaje, ahora, en estos tiempos, casi no la hay, con ser ya fieles, porque la semejanza y conformidad de las palabras casi siempre suelen reconciliar y traer a verdadera unión y amistad a los hombres. Lo cual advirtieron poco o nada los ministros que por mandato de un visorrey entendieron en reducir muchos pueblos pequeños de los indios en otros mayores, juntando en un lugar muchas diversas naciones por el impedimento que antes había para la predicación de los indios, por la distancia de los lugares, el cual ahora se ha hecho mucho mayor por la variedad de las naciones y lenguajes que se juntaron, por lo cual (humanamente hablando) es imposible que los indios del Perú, mientras durare esta confusión de lenguas, puedan ser bien instruidos en la fe y en las buenas costumbres, si no es que los sacerdotes sepan todas las lenguas de aquel Imperio, que es imposible; y con saber sola la del Cuzco, como quiera que la sepan, pueden aprovechar mucho. No faltan algunos que les parece sería muy acertado que obligasen a todos los indios a que aprendiesen la lengua española, porque los sacerdotes no trabajasen tan en vano en aprender la indiana. La cual opinión ninguno que la oye deja de entender que nació antes de flaqueza de ánimo que torpeza de entendimiento. porque si es único remedio que los indios aprendan la lengua castellana, tan dificultosa, ¿por qué no lo será que aprendan la suya cortesana, tan fácil, y para ellos casi natural? Y al contrario, si los españoles, que son de ingenio muy agudo y muy sabios en ciencias, no pueden, como ellos dicen, aprender la lengua general del Cuzco, ¿cómo se podrá hacer que los indios, no cultivados ni enseñados en letras, aprendan la lengua castellana? Lo cierto es que aunque se hallasen muchos maestros que quisiesen enseñar de gracia la lengua castellana a los indios, ellos, no habiendo sido enseñados, particularmente la gente común, aprenderían tan mal que cualquiera sacerdote, si quisiese, aprendería y hablaría despiertamente diez diversos lenguajes de los del Perú antes que ellos hablasen ni aprendiesen el lenguaje castellano. Luego no hay para qué impongamos a los indios dos cargas tan pesadas como mandarles olvidar su lengua y aprender la ajena, por librarnos de una molestia tan pequeña como aprender la lengua cortesana de ellos. Bastará que se les enseñe la Fe Católica por el general lenguaje del Cuzco, el cual no se diferencia mucho de los más lenguajes de aquel Imperio. Esta mala confusión que se ha levantado de las lenguas, podrían los visorreyes y los demás gobernadores atajar fácilmente con que a los demás cuidados añadiesen éste, y que a los hijos de aquellos preceptores que los Incas ponían

por maestros, les mandasen que volviesen a enseñar la lengua general a los demás indios, como antes solían, que es fácil de aprender, tanto que un sacerdote que yo conocí, docto en el derecho canónico, y piadoso, que deseaba la salud de los indios del repartimiento que le cupo doctrinar, para enseñarles mejor procuró aprender con gran cuidado la lengua general, y rogó e importunó muchas veces a sus indios que la aprendiesen, los cuales, por agradarle, trabajaron tanto, que en poco más de un año la aprendieron y hablaron como si fuera la suya materna, y así se les quedó por tal, y el sacerdote halló por experiencia cuánto más dispuestos y dóciles estaban para la doctrina cristiana con aquel lenguaje que con el suyo. Pues si este buen sacerdote, con una mediana diligencia, pudo alcanzar de los indios lo que deseaba, ¿por qué no podrán lo mismo los obispos y visorreyes? Cierto, con mandarles que sepan la lengua general pueden los indios del Perú, dende Quitu hasta los Chichas, ser gobernados y enseñados con mucha suavidad. Y es cosa muy digna de ser notada que los indios, que el Inca gobierna con muy pocos jueces, ahora no basten trecientos corregidores a regirles, con mucha dificultad y casi perdido el trabajo. La causa principal de esto es la confusión de las lenguas, por la cual no se comunican unos con otros. La facilidad de aprenderse en breve tiempo y con poco trabajo la lengua general del Perú la testifican muchos que la han procurado saber, y yo conocí muchos sacerdotes que con mediana diligencia se hicieron diestros en ella. En Chuquiapu hubo un sacerdote teólogo que, de relación de otros, no aficionados a esta lengua general de los indios, la aborreció de manera que aun de oírla nombrar se enfadaba, entendiendo que de ninguna manera la aprendería por la mucha dificultad que le habían dicho que tenía. Acaeció que antes que en aquel pueblo se fundara el Colegio de la Compañía, acertó a venir un sacerdote de ella, y paró allí algunos días a doctrinar los indios y les predicaba en público en la lengua general. Aquel sacerdote, por la novedad del hecho, fue a oír un sermón, y como viese que declaraba en indio muchos lugares de la Santa Escritura, y que los indios, oyéndolos, se admiraban y se aficionaban a la doctrina, cobró alguna devoción a la lengua. Y después del sermón habló el sacerdote, diciendo: "¿Es posible que en una lengua tan bárbara se puedan declarar y hablar las palabras divinas, tan dulces y misteriosas?" Fuéle respondido que sí, y que si él quería trabajar con algún cuidado en la lengua general, podría hacer lo mismo dentro en cuatro o cinco meses. El sacerdote, con el deseo que tenía de aprovechar las ánimas de los indios, prometió de aprenderla con todo cuidado y diligencia, y habiendo recibido del religioso algunas reglas y avisos para estudiarla, trabajó de manera que, pasados seis meses, pudo oír las confesiones de los indios y predicarles con suma alegría suya y gran provecho de los indios".

CAPITULO IV

DE LA UTILIDAD DE LA LENGUA CORTESANA

Pues hemos dicho y probado cuán fácil es de aprender la lengua cortesana, aun a los españoles que van de acá, necesario es decir y conceder cuánto más fácil será aprenderla los mismos indios del Perú, aunque sean de diversos lenguajes; porque aquélla parece que es de su nación y propia suya. Lo cual se prueba fácilmente, porque vemos que los indios vulgares, que vienen a la Ciudad de los Reyes o al Cuzco o a la Ciudad de la Plata o las minas de Potocchi, que tienen necesidad de ganar la comida y el vestido por sus manos y trabajo, con sola la continuación, costumbre y familiaridad de tratar con los demás indios, sin que les den reglas ni manera de hablar, en pocos meses hablan muy despiertamente la lengua del Cuzco, y cuando se vuelven a sus tierras, con el nuevo y más noble lenguaje que aprendieron, parecen más nobles, más adornados y más capaces en sus entendimientos; y lo que más estiman es que los demás indios de su pueblo los honran y tienen en más, por esta lengua real que aprendieron. Lo cual advirtieron y notaron los Padres de la Compañía de Jesús en el pueblo llamado Sulli, cuyo habitadores son todos Aimaraes, y lo mismo dicen y afirman otros muchos sacerdotes y los jueces y corregidores de aquellas provincias, que la lengua cortesana tiene este don particular, digno de ser celebrado, que a los indios del Perú les es de tanto provecho como a nosotros la lengua latina; porque demás del provecho que les causa en sus comercios, tratos y contratos y en otros aprovechamientos temporales y bienes espirituales, les hace más agudos de entendimiento y más dóciles y más ingeniosos para lo que quisieren aprender, y de bárbaros los trueca en hombres políticos y más urbanos. Y así los indios Puquinas, Collas, Urus, Yuncas y otras naciones, que son rudos y torpes, y por su rudeza aun sus propias lenguas las hablan mal, cuando alcanzan a saber la lengua del Cuzco parece que echan de sí la rudeza y torpeza que tenían y que aspiran a cosas políticas y cortesanas y sus ingenios pretenden subir a cosas más altas; finalmente, se hacen más capaces y suficientes para recibir la doctrina de la Fe Católica, y cierto, los predicadores que saben bien esta lengua cortesana se huelgan de levantarse a tratar cosas altas y declararlas a su oyentes sin temor alguno; porque así como los indios que hablan esta lengua tienen los ingenios más aptos y capaces, así aquel lenguaje tiene más campo y mucha variedad de flores y elegancias para hablar por ellas, y de esto nace que los Incas del Cuzco, que la hablan más elegante y más cortesanamente, reciben la doctrina evangélica, en el entendimiento y en el corazón, con más eficacia y más utilidad. Y aunque en muchas partes y entre los rudísimos indios Uriquillas y los fierísimos Chirihuanas, la divina gracia, muchas veces sin estas ayudas, ha obrado grandezas y maravillas, como adelante diremos; pero también se ve que por

la mayor parte corresponde y se acomoda a estos nuestros humanos medios. Y cierto que entre otros muchos de que la Divina Majestad quiso usar para llamar y disponer esta gente bárbara y ferina a la predicación de su Evangelio, fue el cuidado y diligencia que los Reyes Incas tuvieron de doctrinar estos sus vasallos con la lumbre de la ley natural y con que todos hablasen un lenguaje, lo cual fue uno de los principales medios para lo que se ha dicho. Lo cual todos aquellos Reyes Incas (no sin divina providencia) procuraron, con gran diligencia y cuidado, que se introdujese y guardase en todo aquel su Imperio. Pero es lástima que lo que aquellos gentiles bárbaros trabajaron para desterrar la confusión de las lenguas, y con su buena maña e industria salieron con ello, nosotros nos hayamos mostrado negligentes y descuidados en cosa tan acomodada para enseñar a los indios la doctrina de Cristo, Nuestro Señor. Pero los gobernadores que acaban y ponen en efecto, cualquiera cosa dificultosa, hasta la muy dificultosa de la reducción de los pueblos, podrían también mandar y poner en ejecución ésta tan fácil, para que se quite aquella maldad de idolatrías y bárbaras tinieblas entre los indios ya fieles cristianos".

Hasta aquí es del Padre Blas Valera, que, por parecerme cosa tan necesaria para la enseñanza de la doctrina cristiana, lo puse aquí; lo que más dice de aquella lengua general es decir (como hombre docto en muchas lenguas) en qué cosas se asemeja la del Perú a la latina y en qué a la griega y en qué a la hebrea; que, por ser cosas no necesarias para la dicha enseñanza, no las puse aquí. Y porque no salimos del propósito de lenguas, diré lo que el Padre Blas Valera en otra parte dice, hablando contra los que tienen que los indios del Nuevo Orbe descienden de los judíos descendientes de Abraham, y que para comprobación de esto traen algunos vocablos de la lengua general del Perú que semejan a las dicciones hebreas, no en la significación sino en el sonido de la voz. Reprobando esto el Padre Blas Valera dice, entre otras cosas curiosas, que a la lengua general del Perú le faltan las letras que en las Advertencias dijimos, que son *b, d, f, g, j* jota, *x,* y que siendo los judíos tan amigos de su padre Abraham, que nunca se les cae su nombre de la boca, no habían de tener lengua con falta de la letra *b,* tan principal para la pronunciación de este nombre *Abraham.* A esta razón añadiremos otra, y es que tampoco tiene aquella lengua sílaba de dos consonantes, que llaman *muta cum liquida,* como *bra, cra, cro, pla, pri, clla, cllo,* ni otros semejantes. De manera que para nombrar el nombre *Abraham,* le falta a aquella lengua general no solamente la letra *b,* pero también la sílaba *bra,* de donde se infiere que no tienen razón los que quieren afirmar por conjeturas lo que no se sabe por razón evidente; y aunque es verdad que aquella mi lengua general del Perú tiene algunos vocablos con letras *muta cum liquida,* como *papri, huacra, rocro, pocra, chacra, llaclla, chocllo,* es de saber que para el deletrear de las sílabas y pronunciar las dicciones, se ha de apartar la *muta* de la *liquida,* como *pap-ri, huac-ra, roc-ro, poc-ra, chac-ra, llac-lla, choc-llo* y todos los demás que hubiere semejantes, en lo cual no advierten los españoles, sino que los pronuncian con la corrup-

ción de letras y sílabas que se les antoja, que donde los indios dicen *pampa,* que es plaza, dicen los españoles *bamba,* y por *Inca* dicen *Inga,* y por *rocro* dicen *locro,* y otros semejantes, que casi no dejan vocablo sin corrupción como largamente lo hemos dicho y diremos adelante. Y con esto será bien volvamos a nuestra historia.

CAPITULO V

TERCERA FIESTA SOLEMNE QUE HACIAN AL SOL

CUATRO FIESTAS solemnes celebraban por año los Incas en su corte. La principal y solemnísima era la fiesta del Sol llamada Raimi, de la cual hemos hecho larga relación; la segunda y no menos principal era la que hacían cuando armaban caballeros a los noveles de la sangre real; también hemos hecho mención de ésta. Resta decir de las otras dos que quedan, con las cuales daremos fin a las fiestas, porque contar las ordinarias, que se hacían cada Luna, y las particulares, que se celebraban en hacimiento de gracias de grandes victorias que ganaban o cuando alguna provincia o reino venía de su voluntad a sujetarse al imperio del Inca, sería cosa muy prolija y aun penosa; baste saber que todas se hacían dentro en el templo del Sol, a semejanza de su fiesta principal, aunque con muchas menos ceremonias y menos solemnidad, sin salir a las plazas.

La tercera fiesta solemne se llamaba Cusquieraimi; hacíase cuando ya la sementera estaba hecha y nacido el maíz. Ofrecían al Sol muchos corderos, ovejas machorras y carneros, suplicándole mandase al hielo no les quemase el maíz, porque en aquel valle del Cuzco y en el de Sacsahuana y otros comarcanos, y en cualesquiera otros que sean del temple de aquéllos, es muy riguroso el hielo, por ser tierra fría, y daña más al maíz que a otra mies o legumbre, y es de saber que en aquellos valles hiela todo el año, así de verano como de invierno, como anochezca raso, y más hiela por San Juan que por Navidad, porque entonces anda el Sol más apartado de ellos. Viendo los indios a prima noche el cielo raso, sin nubes, temiendo el hielo, pegaban fuego a los muladares para que hiciesen humo, y cada uno en particular procuraba hacer humo en su corral; porque decían que con el humo se escusaba el hielo, porque servía de cubija, como las nubes, para que no helase. Yo vi esto que digo en el Cuzco; si lo hacen hoy, no lo sé, ni supe si era verdad o no que el humo escusase el hielo, que, como muchacho, no curaba saber tan por extenso las cosas que veía hacer a los indios.

Pues como el maíz fuese el principal sustento de los indios y el hielo le fuese tan dañoso, temíanle mucho, y así, cuando era tiempo de poderles ofender, suplicaban al Sol, con sacrificios, fiestas y bailes y con gran bebida,

mandase al hielo no les hiciese daño. La carne de los animales que en estos sacrificios mataban, toda se gastaba en la gente que acudía a la fiesta, porque era sacrificio hecho por todos, salvo el cordero principal que ofrecían al Sol y la sangre y asaduras de todas las demás reses que mataban, todo lo cual consumían en el fuego y lo ofrecían a su Dios el Sol, a semejanza de la fiesta Raimi.

CAPITULO VI

CUARTA FIESTA; SUS AYUNOS Y EL LIMPIARSE DE SUS MALES

La cuarta y última fiesta solemne que los Reyes Incas celebraban en su corte llamaban Citua; era de mucho regocijo para todos, porque la hacían cuando desterraban de la ciudad y su comarca las enfermedades y cualesquiera otras penas y trabajos que los hombres pueden padecer: era como la expiación de la antigua gentilidad, que se purificaban y limpiaban de sus males. Preparábanse para esta fiesta con ayuno y abstinencia de sus mujeres; el ayuno hacían el primer día de la luna del mes de septiembre, después del equinoccio; tuvieron los Incas dos ayunos rigurosos, uno más que otro: el más riguroso era de sólo maíz y agua, y el maíz había de ser crudo y en poca cantidad; este ayuno, por ser tan riguroso, no pasaba de tres días; en el otro, más suave, podían comer el maíz tostado y en alguna más cantidad, y yerbas crudas, como se comen las lechugas y rábanos, etc., y ají, que los indios llaman *uchu,* y sal, y bebían de su brebaje, mas no comían vianda de carne ni pescado ni yerbas guisadas, y en el [un] ayuno y en el otro no podían comer más de una vez al día. Llaman al ayuno *caci,* y al más riguroso *hatuncaci,* que quiere decir: el ayuno grande.

Preparados todos en general, hombres y mujeres, hasta los niños, con un día del ayuno riguroso, amasaban la noche siguiente el pan llamado *zancu;* cogíanlo hecho pelotas en ollas, en seco, porque no supieron qué cosa era hacer hornos; dejábanlo a medio cocer, hecho masa. Hacían dos maneras de pan; en el uno echaban sangre humana de muchachos y niños de cinco años arriba y diez abajo, sacada por sangría y no con muerte. Sacábanla de la junta de las cejas, encima de las narices, y esta sangría también la usaban en sus enfermedades; yo las vi hacer. Cocían cada manera de pan aparte, porque era para diversos efectos; juntábanse a hacer estas ceremonias por sus parentelas; iban a casa del hermano mayor los demás hermanos; y los que no los tenían, a casa del pariente más cercano mayor de edad.

La misma noche del amasijo, poco antes del amanecer, todos los que habían ayunado se lavaban los cuerpos y tomaban un poco de la masa mezclada con sangre y la pasaban por la cabeza y rostro, pecho y espalda, brazos y piernas, como que se limpiaban con ella para echar de sus cuerpos todas sus enfermedades. Hecho esto, el pariente mayor, señor de la casa, untaba con la masa los umbrales de la puerta de la calle y la dejaba pegada a ellos, en señal que en aquella casa se había hecho el lavatorio y limpiado los cuerpos. Las mismas ceremonias hacía el Sumo Sacerdote en la casa y templo del Sol, y enviaba otros sacerdotes que hiciesen lo mismo en la casa de las mujeres del Sol y en Huanacauri, que era un templo una legua de la ciudad, que tenían en gran veneración por ser el primer lugar donde paró el Inca Manco Cápac cuando vino al Cuzco, como en su lugar dijimos. Enviaban también sacerdotes a los demás lugares que tenían por sagrados, que era donde el demonio les hablaba haciéndose dios. En la casa real hacía las ceremonias un tío del Rey, el más antiguo de ellos; había de ser de los legítimos.

Luego, en saliendo el Sol, habiéndole adorado y suplicado mandase desterrar todos los males interiores y exteriores que tenían, se desayunaban con el otro pan, amasado sin sangre. Hecha la adoración y el desayuno, que se hacía a hora señalada, porque todos a una adorasen al Sol, salía de la fortaleza un Inca de la sangre real, como mensajero del Sol, ricamente vestido, ceñida su manta al cuerpo, con una lanza en la mano, guarnecida con un listón hecho de plumas de diversos colores, de una tercia en ancho, que bajaba desde la punta de la lanza hasta el regatón, pegada a trechos con anillos de oro (la cual insignia también servía de bandera en las guerras); salía de la fortaleza y no del templo del Sol, porque decían que era mensajero de guerra y no de paz; que la fortaleza era casa del Sol para tratar en ella cosas de guerra y armas, y el templo era su morada para tratar en ella de paz y amistad. Bajaba corriendo por la cuesta abajo del cerro llamado Sacsahuaman, blandiendo la lanza hasta llegar en medio de la plaza principal, donde estaban otros cuatro Incas de la sangre real, con sendas lanzas en las manos como la que traía el primero, y sus mantas ceñidas como se las ciñen todos los indios siempre que han de correr o hacer alguna cosa de importancia, porque no les estorbe. El mensajero que venía tocaba con su lanza las de los cuatro indios y les decía que el Sol mandaba que, como mensajeros suyos, desterrasen de la ciudad y de su comarca las enfermedades y otros males que en ella hubiese.

Los cuatro Incas partían corriendo hacia los cuatro caminos reales que salen de la ciudad y van a las cuatro partes del mundo, que llamaron Tauantinsuyu; los vecinos y moradores, hombres y mujeres, viejos y niños, mientras los cuatro iban corriendo, salían a las puertas de sus casas y, con grandes voces y alaridos de fiesta y regocijo, sacudían la ropa que en las manos sacaban de su vestir y la que tenían vestida, como cuando sacuden el polvo; luego pasaban las manos por la cabeza y rostro, brazos y piernas y por todo el cuerpo, como cuando se lavan, todo lo cual era echar los males

de sus casas para que los mensajeros del Sol los desterrasen de la ciudad. Esto hacían no solamente en las calles por donde pasaban los cuatro Incas, mas también en toda la ciudad generalmente; los mensajeros corrían con las lanzas un cuarto de legua fuera de la ciudad, donde hallaban apercibidos otros cuatro Incas, no de la sangre real, sino de los de privilegio, los cuales, tomando las lanzas, corrían otro cuarto de legua, y así otros y otros, hasta alejarse de la ciudad cinco y seis leguas, donde hincaban las lanzas, como poniendo término a los males desterrados, para que no volviesen de allí a dentro.

CAPITULO VII

FIESTA NOCTURNA PARA DESTERRAR LOS MALES DE LA CIUDAD

La noche siguiente salían con grandes hachos de paja, tejida como los capachos del aceite, en forma redonda como bolsas: llámanles *pancuncu;* duran mucho en quemarse. Atábanles sendos cordeles de una braza en largo; con los-hachos corrían todas las calles, hondeándolas hasta salir fuera de la ciudad, como que desterraban con los hachos los males nocturnos, habiendo desterrado con las lanzas los diurnos; y en los arroyos que por ella pasan echaban los hachos quemados y el agua en que el día antes se habían lavado, para que las aguas corrientes llevasen a la mar los males que con lo uno y lo otro habían echado de sus casas y de la ciudad. Si otro día después cualquier indio, de cualquier edad que fuese, topaba en los arroyos algún hacho de éstos, huía de él más que del fuego, porque no se le pegasen los males que con ellos habían ahuyentado.

Hecha la guerra y desterrados los males a hierro y a fuego, hacían por todo aquel cuarto de la luna grande fiestas y regocijos, dando gracias al Sol porque les había desterrado sus males; sacrificábanle muchos corderos y carneros, cuya sangre y asaduras quemaban en sacrificio, y la carne asaban en la plaza y la repartían por todos los que se hallaban en la fiesta. Había aquellos días, y también las noches, muchos bailes y cantares y cualquiera otra manera de contento y regocijo, así en las casas como en las plazas, porque el beneficio y la salud que habían recibido era común.

Yo me acuerdo haber visto en mis niñeces parte de esta fiesta. Vi salir el primer Inca con la lanza, no de la fortaleza, que ya estaba desierta, sino de una de las casas de los Incas que está en la falda del mismo cerro de la fortaleza; llaman al sitio de la casa Collcampata; vi correr los cuatro indios con sus lanzas; vi sacudir la ropa a toda la demás gente común y hacer

los demás ademanes; viles comer el pan llamado *zancu;* vi los hachos llamados *pancuncu;* no vi la fiesta que con ellos hicieron de noche, porque fue a deshora y yo estaba ya dormido. Acuérdome que otro día vi un *pancuncu* en el arroyo que corre por medio de la plaza; estaba junto a las casas de mi condiscípulo en gramática Juan de Cellorico; acuérdome que huían de él los muchachos indios que pasaban por la calle; yo no huí, porque no sabía la causa, que si me la dijeran también huyera, que era niño de seis a siete años.

Aquel hacho echaron dentro en la ciudad donde digo, porque ya no se hacía la fiesta con la solemnidad, observancia y veneración que en tiempo de sus Reyes; no se hacía por desterrar los males, que ya se iban desengañando, sino en recordación de los tiempos pasados, porque todavía vivían muchos viejos, antiguos en su gentilidad, que no se habían bautizado. En tiempo de los Incas no paraban con los hachos hasta salir fuera de la ciudad y allá los dejaban. El agua en que se habían lavado los cuerpos derramaban en los arroyos que pasaban por ella, aunque saliesen lejos de sus casas a buscarlos; que no les era lícito derramarla fuera de los arroyos, porque los males que con ella se habían lavado no se quedasen entre ellos, sino que el agua corriente los llevase a la mar, como se ha dicho arriba.

Otra fiesta hacían los indios en particular, cada uno en su casa, y era después de haber encerrado sus mieses en sus orones, que llaman *pirua;* quemaban cerca de los orones un poco de sebo, en sacrificio al Sol; la gente noble y más rica quemaban conejos caseros, que llaman *coy,* dándole gracias por haberles proveído de pan para comer aquel año; rogábanle mandase a los orones guardasen bien y conservasen el pan que había dado para sustento de los hombres, y no hacían más peticiones que éstas.

Otras fiestas hacían los sacerdotes entre año, dentro en la casa del Sol, mas no salían con ellas a plaza ni se tenían en cuenta para las cotejar con las cuatro principales que hemos referido, las cuales eran como pascuas del año, y las fiestas comunes eran sacrificios ordinarios que hacían al Sol cada luna.

CAPITULO VIII

LA DESCRIPCION DE LA IMPERIAL CIUDAD DEL CUZCO

El Inca Manco Cápac fue el fundador de la ciudad del Cuzco, la cual los españoles honraron con renombre largo y honroso, sin quitarle su propio nombre: dijeron la Gran Ciudad del Cuzco, cabeza de los reinos y provincias del Perú. También le llamaron la Nueva Toledo, mas luego se les cayó de la memoria este segundo nombre, por la impropiedad de él, porque

el Cuzco no tiene río que la ciña como a Toledo, ni le asemeja en el sitio, que su población empieza de las laderas y faldas de un cerro alto y se tiende a todas partes por un llano grande y espacioso; tiene calles anchas y largas y plazas muy grandes, por lo cual los españoles todos en general, y los escribanos reales y los notarios en sus escrituras públicas, usan del primer título; porque el Cuzco, en su Imperio, fue otra Roma en el suyo, y así se puede cotejar la una con la otra porque se asemejan en las cosas más generosas que tuvieron. La primera y principal, en haber sido fundadas por sus primeros Reyes. La segunda, en las muchas y diversas naciones que conquistaron y sujetaron a su Imperio. La tercera, en las leyes tantas y tan buenas y bonísimas que ordenaron para el gobierno de sus repúblicas. La cuarta, en los varones tantos y tan excelentes que engendraron y con su buena doctrina urbana y militar criaron. En los cuales Roma hizo ventaja al Cuzco, no por haberlos criado mejores, sino por haber sido más venturosa en haber alcanzado letras y eternizado con ellas a sus hijos, que los tuvo no menos ilustres por las ciencias que excelentes por las armas; los cuales se honraron al trocado unos a otros; éstos, haciendo hazañas en la guerra y en la paz, y aquéllos escribiendo las unas y las otras, para honra de su patria y perpetua memoria de todos ellos, y no sé cuáles de ellos hicieron más, si los de las armas o los de las plumas, que, por ser estas facultades tan heroicas, corren lanzas, parejas, como se ve en el muchas veces grande Julio César, que las ejerció ambas con tantas ventajas que no se determina en cuál de ellas fue más grande.

También se duda cuál de estas dos partes de varones famosos debe más a la otra, si los guerreadores a los escritores, porque escribieron sus hazañas y las eternizaron para siempre, o si los de las letras a los de las armas, porque les dieron tan grandes hechos como los que cada día hacían, para que tuvieran qué escribir toda su vida. Ambas partes tienen mucho que alegar, cada una en su favor; dejarlas hemos, por decir la desdicha de nuestra patria, que, aunque tuvo hijos esclarecidos en armas y de gran juicio y entendimiento, y muy hábiles y capaces para las ciencias, porque no tuvieron letras no dejaron memoria de sus grandes hazañas y agudas sentencias, y así perecieron ellas y ellos juntamente con su república. Sólo quedaron algunos de sus hechos y dichos, encomendados a una tradición flaca y miserable enseñanza de palabra, de padres a hijos, la cual también se ha perdido con la entrada de la nueva gente y trueque de señorío y gobierno ajeno, como suele acaecer siempre que se pierden y truecan los imperios.

Yo, incitado del deseo de la conservación de las antigualias de mi patria, esas pocas que han quedado, porque no se pierdan del todo, me dispuse al trabajo tan excesivo como hasta aquí me ha sido y delante me ha de ser, el escribir su antigua república hasta acabarla, y porque la ciudad del Cuzco, madre y señora de ella, no quede olvidada en su particular, determiné dibujar en este capítulo la descripción de ella, sacada de la misma tradición que como a hijo natural me cupo y de lo que yo con propios ojos vi; diré los nombres antiguos que sus barrios tenían, que hasta el año de mil y quinientos

y sesenta, que yo salí de ella, se conservaban en su antigüedad. Después acá se han trocado algunos nombres de aquéllos, por las iglesias parroquiales que en algunos barrios se han labrado.

El Rey Manco Cápac, considerando bien las comodidades que aquel hermoso valle del Cuzco tiene, el sitio llano, cercado por todas partes de sierras altas, con cuatro arroyos de agua, aunque pequeños, que riegan todo el valle, y que en medio de él había una hermosísima fuente de agua salobre para hacer sal, y que la tierra era fértil y el aire sano, acordó fundar su ciudad imperial en aquel sitio, conformándose, como decían los indios, con la voluntad de su padre el Sol, que, según la seña que le dio de la barrilla de oro, quería que asentase allí su corte, porque había de ser cabeza de su Imperio. El temple de aquella ciudad antes es frío que caliente, mas no tanto que obligue a que busquen fuego para calentarse; basta entrar en un aposento donde no corra aire para perder el frío que traen de la calle, mas si hay brasero encendido sabe muy bien, y si no lo hay, se pasan sin él; lo mismo es en la ropa del vestir, que, si se hacen a andar como de verano, les basta; y si como de invierno, se hallan bien. En la ropa de la cama es lo mismo; que si no quieren más de una frazada, tienen harto, y si quieren tres, no congojan, y esto es todo el año, sin diferencia del invierno al verano, y lo mismo es en cualquier otra región fría, templada o caliente de aquella tierra, que siempre es de una misma manera. En el Cuzco, por participar como decimos más de frío y seco que de calor y húmedo, no se corrompe la carne; que si cuelgan un cuarto de ella en un aposento que tenga ventanas abiertas, se conserva ocho días y quince y treinta y ciento, hasta que se seca como un tasajo. Esto vi en la carne del ganado de aquella tierra; no sé qué será en la del ganado que han llevado de España, si por ser la del carnero de acá más caliente que la de allá habrá lo mismo o no sufrirá tanto; que esto no lo vi, porque en mis tiempos, como adelante diremos, aún no se mataban carneros de Castilla por la poca cría que había de ellos. Por ser el temple frío no hay moscas en aquella ciudad, sino muy pocas, y ésas se hallan al Sol, que en los aposentos no entra ninguna. Mosquitos de los que pican no hay ninguno, ni otras sabandijas enfadosas: de todas es limpia aquella ciudad.

Las primeras casas y moradas de ellas se hicieron en las laderas y faldas del cerro llamado Sacsahuaman, que está entre el oriente y el septentrión de la ciudad. En la cumbre de aquel cerro edificaron después los sucesores de este Inca aquella soberbia fortaleza, poco estimada, antes aborrecida de los mismos que la ganaron, pues la derribaron en brevísimo tiempo. La ciudad estaba dividida en las dos partes que al principio se dijo: Hanan Cuzco, que es Cuzco el alto, y Hurim Cuzco, que es Cuzco el bajo. Dividíales el camino de Antisuyu, que es el que va al oriente: la parte septentrional se llamaba Hanan Cuzco y la meridional Hurin Cuzco. El primer barrio, que era el más principal, se llamaba Collcampata: *cóllcam* debe ser de dicción de la lengua particular de los Incas, no sé qué signifique; *pata* quiere decir andén; tam-

bién significa grada de escalera, y porque los andenes se hacen en forma de escalera, les dieron este nombre; también quiere decir poyo, cualquiera que sea.

En aquel andén fundó el Inca Manco Cápac su casa real, que después fue de Paullu, hijo de Huaina Cápac. Yo alcancé de ella un galpón muy grande y espacioso, que servía de plaza, en días lluviosos, para solemnizar en él sus fiestas principales; sólo aquel galpón quedaba en pie cuando salí del Cuzco, que otros semejantes, de que diremos, los dejé todos caídos. Luego se sigue, yendo en cerco hacia el oriente, otro barrio llamado Cantutpata; quiere decir: andén de clavellinas. Llaman *cántut* a unas flores muy lindas, que semejan en parte las clavellinas de España. Antes de los españoles no había clavellinas en aquella tierra. Seméjase el cántur, en rama y hoja y espinas, a las cambroneras del Andalucía; son matas muy grandes, porque en aquel barrio las había grandísimas (que aún yo las alcancé), le llamaron así. Siguiendo el mismo viaje en cerco al levante, se sigue otro barrio llamado Pumacurcu; quiere decir: viga de leones. *Puma* es león; *curcu,* viga, porque en unas grandes vigas que había en el barrio ataban los leones que presentaban al Inca, hasta domesticarlos y ponerlos donde habían de estar. Luego se sigue otro barrio grandísimo, llamado Tococachi: no sé qué signifique la compostura de este nombre, porque *toco* quiere decir ventana; *cachi* es la sal que se come. En buena compostura de aquel lenguaje dirá sal de ventana, que no sé qué quisiesen decir por él, si no es que sea nombre propio y tenga otra significación que yo no sepa. En este barrio estuvo edificado primero el convento del divino San Francisco. Torciendo un poco al mediodía, yendo en cerco, se sigue el barrio que llaman Munaicenca; quiere decir: ama la nariz, porque *muna* es amar o querer, y *cenca* es nariz. A qué fin pusiesen tal nombre, no lo sé; debió ser con alguna ocasión o superstición, que nunca los ponían acaso. Yendo todavía con el cerco al mediodía, se sigue otro gran barrio, que llaman Rimacpampa: quiere decir: la plaza que habla, porque en ella se pregonaban algunas ordenanzas, de las que para el gobierno de la república tenían hechas. Pregonábanlas a sus tiempos para que los vecinos las supiesen y acudiesen a cumplir lo que por ellas se les mandaba, y porque la plaza estaba en aquel barrio, le pusieron el nombre de ella; por esta plaza sale el camino real que va a Collasuyu. Pasado el barrio de Rimacpampa está otro, al mediodía de la ciudad, que se dice Pumapchupan; quiere decir: cola de león, porque aquel barrio fenece en punta, por dos arroyos que al fin de él se juntan, haciendo punta de escuadra. También le dieron este nombre por decir que era aquel barrio lo último de la ciudad: quisieron honrarle con llamarle cola y cabo del león. Sin esto, tenían leones en él, y otros animales fieros. Lejos de este barrio, al poniente de él, había un pueblo de más de trescientos vecinos llamado Cayaucachi. Estaba aquel pueblo más de mil pasos de las últimas casas de la ciudad; esto era el año de mil quinientos y sesenta; ahora, que es el año de mil y seiscientos y dos, que escribo esto, está ya (según me han dicho) dentro, en el Cuzco, cuya población se ha estendido tanto que lo ha abrazado en sí por todas partes.

Al poniente de la ciudad, otros mil pasos de ella, había otro barrio llamado Chaquillchaca, que también es nombre impertinente para compuesto, si ya no es propio. Por allí sale el camino real que va a Cuntisuyu; cerca de aquel camino están dos caños de muy linda agua, que va encañada por debajo de tierra; no saben decir los indios de dónde la llevaron, porque es obra muy antigua, y también porque van faltando las tradiciones de cosas tan particulares. Llaman *collquemachác-huay* a aquellos caños; quiere decir: culebras de plata, porque el agua se asemeja en lo blanco a la plata y los caños a las culebras, en las vueltas que van dando por la tierra. También me han dicho que llega ya la población de la ciudad hasta Chaquillchaca. Yendo con el mismo cerco, volviendo del poniente hacia el norte, había otro barrio, llamado Pichu. También estaba fuera de la ciudad. Adelante de éste, siguiendo el mismo cerco, había otro barrio, llamado Quillipata. El cual también estaba fuera de lo poblado. Más adelante, al norte de la ciudad, yendo con el mismo cerco, está el gran barrio llamado Carmenca, nombre propio y no de la lengua general. Por él sale el camino real que va a Chinchasuyu. Volviendo con el cerco, hacia el oriente, está luego el barrio llamado Huacapuncu; quiere decir: la puerta del santuario, porque *huaca,* como en su lugar declaramos, entre otras muchas significaciones que tiene, quiere decir templo o santuario; *puncu* es puerta. Llamáronle así porque por aquel barrio entra el arroyo que pasa por medio de la plaza principal del Cuzco, y con el arroyo baja una calle muy ancha y larga, y ambos atraviesan toda la ciudad, y legua y media de ella van a juntarse con el camino real de Collasuyu. Llamaron aquella entrada puerta del santuario o del templo, porque demás de los barrios dedicados para templo del Sol y para la casa de las vírgenes escogidas, que eran sus principales santuarios, tuvieron toda aquella ciudad por cosa sagrada y fue uno de sus mayores ídolos; y por este respecto llamaron a esta entrada del arroyo y de la calle: puerta del santuario, y a la salida del mismo arroyo y calle dijeron: cola de león, por decir que su ciudad era santa en sus leyes y religión y un león en sus armas y milicia. Este barrio Huacapuncu llega a juntarse con el de Collcampacta, de donde empezaron a hacer el cerco de los barrios de la ciudad; y así queda hecho el cerco entero.

CAPITULO IX

LA CIUDAD CONTENIA LA DESCRIPCION DE TODO EL IMPERIO

Los incas dividieron aquellos barrios conforme a las cuatro partes de su Imperio, que llamaron Tahuantinsuyu, y esto tuvo principio desde el primer Inca Manco Cápac, que dio orden que los salvajes que redu-

cía a su servicio fuesen poblando conforme a los lugares de donde venían: los del oriente al oriente y los del poniente al poniente, y así a los demás. Conforme a esto estaban las casas de aquellos primeros vasallos en la redondez de la parte de adentro de aquel gran cerco, y los que se iban conquistando iban poblando conforme a los sitios de sus provincias. Los curacas hacían sus casas para cuando viniesen a la corte, y cabe las de uno hacía otro las suyas, y luego otro y otro, guardando cada uno de ellos el sitio de su provincia; que si estaba a mano derecha de su vecina, labraba sus casas a su mano derecha, y si a la izquierda a la izquierda, y si a las espaldas a las espaldas, por tal orden y concierto, que, bien mirados aquellos barrios y las casas de tantas y tan diversas naciones como en ellas vivían, se veía y comprehendía todo el Imperio junto, como en el espejo o en una pintura de cosmografía. Pedro de Cieza, escribiendo el sitio del Cuzco, dice al mismo propósito lo que se sigue, capítulo noventa y tres: "Y como esta ciudad estuviese llena de naciones extranjeras y tan peregrinas, pues había indios de Chile, Pasto, Cañares, Chachapoyas, Guancas, Collas y de los demás linajes que hay en las provincias ya dichas, cada linaje de ellos estaba por sí, en el lugar y parte que les era señalado por los gobernadores de la misma ciudad. Estos guardaban las costumbres de sus padres, andaban al uso de sus tierras, y, aunque hubiese juntos cien mil hombres, fácilmente se conocían con las señales que en las cabezas se ponían", etc. Hasta aquí es de Pedro de Cieza.

Las señales que traían en las cabezas eran maneras de tocados que cada nación y cada provincia traía, diferente de la otra para ser conocida. No fue invención de los Incas, sino uso de aquellas gentes; los Reyes mandaron que se conservase, porque no se confundiesen las naciones y linajes de Pasto a Chile; según el mismo autor, capítulo treinta y ocho, hay más de mil y trecientas leguas. De manera que en aquel gran cerco de barrios y casas vivían solamente los vasallos de todo el Imperio, y no los Incas ni los de su sangre real; eran arrabales de la ciudad, la cual iremos ahora pintando por sus calles, de septentrión al mediodía, y los barrios y casas que hay entre calle y calle como ellas van; diremos las casas de los Reyes y a quién cupieron en el repartimiento que los españoles hicieron de ellas cuando las ganaron.

Del cerro llamado Sacsahuaman desciende un arroyo de poca agua, y corre norte sur hasta el postrer barrio, llamado Pumapchupan. Va dividiendo la ciudad de los arrabales. Más adentro de la ciudad hay una calle que ahora llaman la de San Agustín, que sigue el mismo viaje norte sur, descendiendo desde las casas del primer Inca Manco Cápac hasta en derecho de la plaza Rimacpampa. Otras tres o cuatro calles atraviesan de oriente a poniente aquel largo sitio que hay entre aquella calle y el arroyo. En aquel espacio largo y ancho vivían los Incas de la sangre real, divididos por sus *aillus,* que es linajes, que aunque todos ellos eran de una sangre y de un linaje, descendientes del Rey Manco Cápac, con todo eso hacían sus divisiones de descendencia de tal o tal Rey, por todos los Reyes que fueron, diciendo:

éstos descienden del Inca fulano y aquéllos del Inca zutano; y así por todos los demás. Y esto es lo que los historiadores españoles dicen en confuso, que tal Inca hizo tal linaje y tal Inca otro linaje llamado tal, dando a entender que eran diferentes linajes, siendo todo uno, como lo dan a entender los indios con llamar en común a todos aquellos linajes divididos: Cápac Aillu, que es linaje augusto, de sangre real. También llamaron Inca, sin división alguna, a los varones de aquel linaje, que quiere decir varón de la sangre real, y a las mujeres llamaron Palla, que es mujer de la misma sangre real.

En mis tiempos vivían en aquel sitio, descendiendo de lo alto de la calle, Rodrigo de Pineda, Juan de Saavedra, Diego Ortiz de Guzmán, Pedro de los Ríos y su hermano Diego de los Ríos, Jerónimo Costillas, Gaspar Jara —cúyas eran las casas que ahora son conventos del Divino Augustino—, Miguel Sánchez, Juan de Santa Cruz, Alonso de Soto, Gabriel Carrera, Diego de Trujillo, conquistador de los primeros y uno de los trece compañeros que perseveraron con Don Francisco Pizarro, como en su lugar diremos; Antón Ruiz de Guevara, Juan de Salas, hermano del Arzobispo de Sevilla e Inquisidor general Valdés de Salas, sin otros de que no me acuerdo; todos eran señores de vasallos, que tenían repartimiento de indios, de los segundos conquistadores del Perú. Sin éstos, vivían en aquel sitio otros muchos españoles que no tenían indios. En una de aquellas casas se fundó el convento del Divino Augustino, después que yo salí de aquella ciudad. Llamamos conquistador de los primeros a cualquiera de los ciento y sesenta españoles que se hallaron con Don Francisco Pizarro en la prisión de Atahuallpa; y los que fueron con Don Pedro de Alvarado, que todos entraron casi juntos; a todos éstos dieron nombre de conquistadores del Perú, y no a más, y los segundos honraban mucho a los primeros, aunque algunos fuesen de menos cantidad y de menos calidad que no ellos, porque fueron primeros.

Volviendo a lo alto de la calle de San Agustín, para entrar más adentro de la ciudad, decimos que en lo alto de ella está el convento de Santa Clara; aquellas casas fueron primero de Alonso Díaz, yerno del gobernador Pedro Arias de Avila; a mano derecha del convento hay muchas casas de españoles: entre ellas estaban las de Francisco de Barrientos, que después fueron de Juan Alvarez Maldonado. A mano derecha de ellas están las que fueron de Hernando Bachicao y después de Juan Alonso Palomino; de frente de ellas, al mediodía, están las casas episcopales, las cuales fueron antes de Juan Balsa y luego fueron de Francisco de Villacastín. Luego está la iglesia Catedral, que sale a la plaza principal. Aquella plaza, en tiempo de los Incas, era un hermoso galpón, que en días lluviosos les servía de plaza para sus fiestas. Fueron casas del Inca Viracocha, octavo Rey; yo no alcancé de ellas más del galpón; los españoles, cuando entraron en aquella ciudad, se alojaron todos en él, por estar juntos para lo que se les ofreciese. Yo la conocí cubierta de paja y la vi cubrir de tejas. Al norte de la Iglesia Mayor, calle en medio, hay muchas casas con sus portales, que salen a la plaza

principal; servían de tiendas para oficiales. Al mediodía de la Iglesia Mayor, calle en medio, están las tiendas principales de los mercaderes más caudalosos.

A las espaldas de la iglesia están las casas que fueron de Juan de Berrio, y otras de cuyos dueños no me acuerdo.

A las espaldas de las tiendas principales están las casas que fueron de Diego Maldonado, llamado el Rico, porque lo fue más que otro alguno de los del Perú: fue de los primeros conquistadores. En tiempo de los Incas se llamaba aquel sitio Hatuncancha; quiere decir: barrio grande. Fueron casas de uno de los Reyes, llamado Inca Yupanqui; al mediodía de las de Diego Maldonado, calle en medio, están las que fueron de Francisco Hernández Girón. Adelante de aquéllas, al mediodía, están las casas que fueron de Antonio Altamirano, conquistador de los primeros, y Francisco de Frías y Sebastián de Cazalla, con otras muchas que hay a sus lados y espaldas; llámase aquel barrio Puca Marca; quiere decir: barrio colorado. Fueron casas del Rey Túpac Inca Yupanqui. Adelante de aquel barrio, al mediodía, está otro grandísimo barrio, que no me acuerdo de su nombre; en él están las casas que fueron de Alonso de Loaysa, Martín de Meneses, Juan de Figueroa, Don Pedro Puertocarrero, García de Melo, Francisco Delgado, sin otras muchas de señores de vasallos cuyos nombres se me han ido de la memoria. Más adelante de aquel barrio, yendo todavía al sur, está la plaza llamada Intipampa; quiere decir: plaza del Sol, porque estaba delante de la casa y templo del Sol, donde llegaban los que no eran Incas con las ofrendas que le llevaban, porque no podían entrar dentro en la casa. Allí las recibían los sacerdotes y las presentaban a la imagen del Sol, que adoraban por Dios. El barrio donde estaba el templo del Sol se llamaba Coricancha, que es: barrio de oro, plata y piedras preciosas, que, como en otra parte dijimos, había en aquel templo y en aquel barrio. Al cual se sigue el que llaman Pumapchupan, que son ya arrabales de la ciudad.

CAPITULO X

EL SITIO DE LAS ESCUELAS Y EL DE TRES CASAS REALES Y EL DE LAS ESCOGIDAS

PARA DECIR los barrios que quedan, me conviene volver al barrio Huacapuncu, que es puerta del santuario, que estaba al norte de la plaza principal de la ciudad, al cual se le seguía, yendo al mediodía, otro barrio grandísimo, cuyo nombre se me ha olvidado; podrémosle llamar el barrio de las escuelas, porque en él estaban las que fundó el Rey Inca Roca, como en su vida dijimos. En indio dicen *Yacha Huaci,* que es casa de enseñanza.

Vivían en él los sabios y maestros de aquella república, llamados *amauta,* que es filósofo, y *haráuec,* que es poeta, los cuales eran muy estimados de los Incas y de todo su Imperio. Tenían consigo muchos de sus discípulos, principalmente los que eran de la sangre real. Yendo del barrio de las escuelas al mediodía, están dos barrios, donde había dos casas reales que salían a la plaza principal. Tomaban todo el lienzo de la plaza; la una de ellas, que estaba al levante de la otra, se decía Coracora; quiere decir: herbazales, porque aquel sitio era un gran herbazal y la plaza que está delante era un tremendal o cenegal, y los Incas mandaron ponerla como está. Lo mismo dice Pedro de Cieza, capítulo noventa y dos. En aquel herbazal fundó el Rey Inca Roca su casa real, por favorecer las escuelas, yendo muchas veces a ellas a oír los maestros. De la casa Coracora no alcancé nada, porque ya en mis tiempos estaba toda por el suelo; cupo en suerte, cuando se repartió la ciudad, a Gonzalo Pizarro, hermano del marqués Don Francisco Pizarro, que fue uno de los que la ganaron. A este caballero conocí en el Cuzco después de la batalla de Huarina y antes de la de Sacsahuana; tratábame como a propio hijo: era yo de ocho a nueve años. La casa real, que estaba al poniente de Coracora, se llamaba Casana, que quiere decir: cosa para helar. Pusiéronle este nombre por admiración, dando a entender que tenía tan grandes y tan hermosos edificios que habían de helar y pasmar al que los mirase con atención. Eran casas del gran Inca Pachacútec, bisnieto de Inca Roca, que, por favorecer las escuelas que su bisabuelo fundó, mandó labrar su casa cerca de ellas. Aquellas dos casas reales tenían a sus espaldas las escuelas. Estaban las unas y las otras todas juntas, sin división. Las escuelas tenían sus puertas principales a la calle y al arroyo; los Reyes pasaban por los postigos a oir las lecciones de sus filósofos, y el Inca Pachacútec las leía muchas veces, declarando sus leyes y estatutos, que fue gran legislador.

En mi tiempo abrieron los españoles una calle, que dividió las escuelas de las casas reales; de la que llamaban Casana alcancé mucha parte de las paredes, que eran de cantería ricamente labrada, que mostraban haber sido aposentos reales, y un hermosísimo galpón, que en tiempo de los Incas, en días lluviosos, servía de plaza para sus fiestas y bailes. Era tan grande que muy holgadamente pudieran sesenta de a caballo jugar cañas dentro en él. Al convento de San Francisco vi en aquel galpón, que porque estaba lejos de lo poblado de los españoles se pasó a él desde el barrio Tococachi, donde antes estaba. En el galpón tenían apartado para iglesia un gran pedazo, capaz de mucha gente; luego estaban las celdas, dormitorio y refectorio y las demás oficinas del convento, y, si estuviera descubierto, dentro pudieran hacer claustro. Dio el galpón y todo aquel sitio a los frailes Juan de Pancorvo, conquistador de los primeros, a quien cupo aquella casa real en el repartimiento que se hizo de las casas; otros muchos españoles tuvieron parte en ellas, mas Juan de Pancorvo las compró todas a los principios, cuando se daban de balde. Pocos años después

se pasó el convento donde ahora está, como en otro lugar diremos, tratando de la limosna que los de la ciudad hicieron a los religiosos para comprar el sitio y la obra de la iglesia. También vi derribar el galpón y hacer en el barrio Casana las tiendas con sus portales, como hoy están, para morada de mercaderes y oficiales.

Delante de aquellas casas, que fueron casas reales, está la plaza principal de la ciudad, llamada Haucaypata, que es andén o plaza de fiestas y regocijos. Tendrá, norte sur, doscientos pasos de largo, poco más o menos, que son cuatrocientos pies; y este oeste, ciento y cincuenta pasos de ancho hasta el arroyo. Al cabo de la plaza, al mediodía de ella, había otras dos casas reales; la que estaba cerca del arroyo, calle en medio, se llamaba Amarucancha, que es: barrio de las culebras grandes; estaba de frente de Casana; fueron casas de Huaina Cápac; ahora son de la Santa Compañía de Jesús. Yo alcancé de ellas un galpón grande, aunque no tan grande como el de Casana. Alcancé también un hermosísimo cubo redondo, que estaba en la plaza, delante de la casa. En otra parte diremos de aquel cubo, que, por haber sido el primer aposento que los españoles tuvieron en aquella ciudad (demás de su gran hermosura), fuera bien que lo sustentaran los ganadores de ella; no alcancé otra cosa de aquella casa real: toda la demás estaba por el suelo. En el primer repartimiento cupo lo principal de esta casa real, que era lo que salía a la plaza, [a] Hernando Pizarro, hermano del marqués Don Francisco Pizarro, que también fue de los primeros ganadores de aquella ciudad. A este caballero vi en la corte de Madrid, año de mil y quinientos y sesenta y dos. Otra parte cupo a Mancio Serra de Leguizamo, de los primeros conquistadores. Otra parte a Antonio Altamirano, al cual conocí dos casas: debió de comprar la una de ellas. Otra parte se señaló para cárcel de españoles. Otra parte cupo a Alonso Mazuela, de los primeros conquistadores; después fue de Martín de Olmos. Otras partes cupieron a otros, de los cuales no tengo memoria. Al oriente de Amarucancha, la calle del Sol en medio, está el barrio llamado Acllahuací, que es casa de escogidas, donde estaba el convento de las doncellas dedicadas al Sol, de las cuales dimos larga cuenta en su lugar, y de lo que yo alcancé de sus edificios resta decir que en el repartimiento cupo parte de aquella casa a Francisco Mejía, y fue lo que sale al lienzo de la plaza, que también se ha poblado de tiendas de mercaderes. Otra parte cupo a Pedro del Barco y otra parte al Licenciado de la Gama, y otras a otros, de que no me acuerdo.

Toda la población que hemos dicho de barrios y casas reales estaba al oriente del arroyo que pasa por la plaza principal, donde es de advertir que los Incas tenían aquellos tres galpones a los lados y frente de la plaza, para hacer en ellos sus fiestas principales aunque lloviese, los días en que cayesen las tales fiestas, que eran por las lunas nuevas de tales o tales meses y por los solsticios. En el levantamiento general que los indios hicieron contra los españoles, cuando quemaron toda aquella ciudad, reservaron del fuego los tres galpones de los cuatro que hemos dicho, que

son el de Collcampata, Casana y Amarucancha, y sobre el cuarto, que era alojamiento de los españoles, que ahora es iglesia Catedral, echaron innumerables flechas con fuego, y la paja se encendió en más de veinte partes y se volvió [a] apagar, como en su lugar diremos, que no permitió Dios que aquel galpón se quemase aquella noche ni otras muchas noches y días que procuraron quemarlo, que por estas maravillas y otras semejantes que el Señor hizo para que su Fe Católica entrara en aquel Imperio, lo ganaron los españoles. También reservaron el templo del Sol y la casa de las vírgenes escogidas; todo lo demás quemaron, por quemar a los españoles.

CAPITULO XI

LOS BARRIOS Y CASAS QUE HAY AL PONIENTE DEL ARROYO

TODO LO QUE hemos dicho de las casas reales y población de aquella ciudad estaba al oriente del arroyo que pasa por medio de ella. Al poniente del arroyo está la plaza que llaman Cusipata, que es andén de alegría y regocijo. En tiempo de los Incas aquellas dos plazas estaban hechas una; todo el arroyo estaba cubierto con vigas gruesas y encima de ellas losas grandes para hacer suelo, porque acudían tantos señores de vasallos a las fiestas principales que hacían al Sol, que no cabían en la plaza que llamamos principal; por esto la ensancharon con otra, poco menos grande que ella. El arroyo cubrieron con vigas, porque no supieron hacer bóveda. Los españoles gastaron la madera y dejaron cuatro puentes a trechos, que yo alcancé, y eran también de madera. Después hicieron tres de bóveda, que yo dejé. Aquellas dos plazas en mis tiempos no estaban divididas, ni tenían casas a una parte y a otra del arroyo, como ahora las tienen. El año de mil quinientos y cincuenta y cinco, siendo corregidor Garcilaso de la Vega, mi señor, se labraron y adjudicaron para propios de la ciudad; que la triste, aunque había sido señora y emperatriz de aquel grande Imperio, no tenía entonces un maravedí de renta; no sé lo que tiene ahora. Al poniente del arroyo no habían hecho edificios los Reyes Incas; sólo había el cerco de los arrabales, que hemos dicho. Tenían guardado aquel sitio para que los Reyes sucesores hicieran sus casas, como habían hecho los pasados, que, aunque es verdad que las casas de los antecesores también eran de los sucesores, ellos mandaban labrar, por grandeza y majestad, otras para sí, por que retuviesen el nombre del que las mandó labrar, como todas las demás cosas que hacían, que no perdían el nombre de los Incas sus dueños; lo cual no deja de ser particular grandeza de

aquellos Reyes. Los españoles labraron sus casas en aquel sitio; las cuales iremos diciendo, siguiendo el viaje norte sur, como ellas están y cúyas eran cuando yo las dejé.

Bajando con el arroyo desde la puerta Huacapuncu, las primeras casas eran de Pedro de Orué; luego seguían las de Juan de Pancorvo, y en ella vivía Alonso de Marchena, que aunque tenía indios no quería Juan de Pancorvo que viviese en otra casa, por la mucha y antigua amistad que siempre tuvieron. Siguiendo el mismo viaje, calle en medio, están las casas que fueron de Hernán Bravo de Laguna y Lope Martín, de los primeros conquistadores; otras había pegadas a ésta, que, por ser españoles que no tenían indios, no los nombramos, y lo mismo se entienda de los barrios que hemos dicho y dijéremos, porque hacer otra cosa fuera prolijidad insufrible. A las casas de Hernán Bravo sucedían las que fueron de Alonso de Hinojosa, que antes fueron del licenciado Carvajal, hermano del factor Illén Suárez de Carvajal, de quien hacen mención las historias del Perú. Siguiendo el mismo viaje norte sur, sucede la plaza Cusipata, que hoy llaman de Nuestra Señora de las Mercedes; en ella están los indios e indias que con sus miserias hacían en mis tiempos oficios de mercaderes, trocando unas cosas por otras; porque en aquel tiempo no había uso de moneda labrada, ni se labró en los veinte años después; era como feria o mercado, que los indios llaman *catu*. Pasada la plaza, al mediodía de ella, está el convento de Nuestra Señora de las Mercedes, que abraza todo un barrio de cuatro calles; a sus espaldas, calle en medio, había otras casas de vecinos que tenían indios, que por no acordarme de los nombres de sus dueños, no las nombro; no pasaba entonces la población de aquel puesto.

Volviendo al barrio Carmenca, para bajar con otra calle de casas, decimos que las más cercanas a Carmenca son las que fueron de Diego de Silva, que fue mi padrino de confirmación, hijo del famoso Feliciano de Silva. Al mediodía de éstas, calle en medio, estaban las de Pedro López de Cazalla, secretario que fue del Presidente Gasca, y las de Juan de Betanzos y otras muchas que hay a un lado y a otro y a las espaldas de aquéllas, cuyos dueños no tenían indios. Pasando adelante al mediodía, calle en medio, están las casas que fueron de Alonso de Mesa, conquistador de los primeros, las cuales salen a la plaza de Nuestra Señora; a sus lados y espaldas hay otras muchas colaterales, de que no se hace mención. Las casas que están al mediodía de las de Alonso de Mesa, calle en medio, fueron de Garcilaso de la Vega, mi señor; tenía encima de la puerta principal un corredorcillo largo y angosto, donde acudían los señores principales de la ciudad a ver las fiestas de sortija, toros y juegos de cañas que en aquella plaza se hacían; y antes de mi padre, fueron de un hombre noble conquistador de los primeros, llamado Francisco de Oñate,[1] que

1 El verdadero nombre era Pedro de Oñate. En el reparto de solares, efectuado en el Cuzco el 29 de octubre de 1534, se asignó ese lugar para su casa. Partidario constante de los Almagro en las guerras civiles del Perú, fue ajusticiado después de la derrota que sufrieron las fuerzas de Almagro "el Mozo" en la batalla de

murió en la batalla de Chupas. De aquel corredorcillo y de otras partes de la ciudad se ve una punta de sierra nevada en forma de pirámide; tan alta, que, con estar veinte y cinco leguas de ella y haber otras sierras en medio, se descubre mucha altura de aquella punta; no se ven peñas ni riscos, sino nieve pura y perpetua, sin menguar jamás. Llámanle Uillcanuta: quiere decir cosa sagrada o maravillosa más que las comunes, porque este nombre *Uillca* nunca lo dieron sino a cosas dignas de admiración; y cierto, aquella pirámide lo es, sobre todo encarecimiento que de ella se pueda hacer. Remítome a los que la han visto o la vieren.

Al poniente de las casas de mi padre estaban las de Vasco de Guevara, conquistador de los segundos, que después fueron de la Coya Doña Beatriz, hija de Huaina Cápac. Al mediodía estaban las de Antonio de Quiñones, que también salían a la plaza de Nuestra Señora, calle en medio. Al mediodía de las de Antonio de Quiñones estaban las de Tomás Vázquez, conquistador de los primeros. Antes de él fueron de Alonso de Toro, teniente general que fue de Gonzalo Pizarro. Matóle su suegro Diego González, de puro miedo que de él hubo en ciertos enojos caseros. Al poniente de las de Tomás Vázquez estaban las que fueron de Don Pedro Luis de Cabrera, y después fueron de Rodrigo de Esquivel. Al mediodía de las de Tomás Vázquez estaban las de Don Antonio Pereira, hijo de Lope Martín, portugués. Luego se seguían las casas de Pedro Alonso Carrasco, conquistador de los primeros. Al mediodía de las casas de Pedro Alonso de Carrasco había otras de poco momento, y eran las últimas de aquel barrio, el cual se iba poblando por los años de mil y quinientos y cincuenta y siete y cincuenta y ocho.

Volviendo a las faldas del cerro Carmenca, decimos que al poniente de las casas de Diego de Silva están las que fueron de Francisco de Villafuerte, conquistador de los primeros y uno de los trece compañeros de Don Francisco Pizarro. Al mediodía de ellas, calle en medio, había un andén muy largo y ancho; no tenía casas. Al mediodía de aquel andén había otro hermosísimo, donde ahora está el convento del divino San Francisco; adelante del convento está una muy grande plaza; al mediodía de ella, calle en medio, están las casas de Juan Julio de Hojeda, de los primeros conquistadores, padre de Don Gómez de Tordoya, que hoy vive. Al poniente de las casas de Don Gómez estaban las que fueron de Martín de Arbieto, y por aquel paraje, el año de mil y quinientos y sesenta, no había más población. Al poniente de las casas de Martín de Arbieto está un llano muy grande, que en mis tiempos servía de ejercitar los caballos en él; al cabo del llano labraron aquel rico y famoso hospital de indios que está en él; fundóse año de mil y quinientos y cincuenta y cinco o cincuenta y seis;

Chupas en 1542. Fue entonces, al parecer, cuando se dio la casa al Capitán Garcilaso de la Vega, cuyo hijo Gómez Suárez tenía ya tres años. Modificada varias veces en el transcurso de los siglos, quedó dañada gravemente en el terremoto de 1950, pero ha sido después adquirida y restaurada por el Estado peruano.

como luego diremos. La población que entonces había era la que hemos dicho. La que ahora hay más, se ha poblado de aquel año acá. Los caballeros que he nombrado en este discurso, todos eran muy nobles en sangre y famosos en armas, pues ganaron aquel riquísimo Imperio; los más de ellos conocí, que de los nombrados no me faltaron diez por conocer.

CAPITULO XII

DOS LIMOSNAS QUE LA CIUDAD HIZO PARA OBRAS PIAS

PARA TRATAR de la fundación de aquel hospital y de la limosna primera que para ella se juntó, me conviene decir primero de otra limosna que los vecinos de aquella ciudad hicieron a los religiosos del divino San Francisco, para pagar el sitio y el cuerpo de la iglesia que hallaron labrado; porque lo uno sucedió a lo otro y todo pasó siendo corregidor del Cuzco Garcilaso de la Vega, mi señor. Es así que estando el convento en Casana, como hemos dicho, los frailes, no sé con qué causa, pusieron demanda a Juan Rodríguez de Villalobos, cúyo era el sitio y lo que en él estaba labrado, y llevaron carta y sobrecarta de la Chancillería de los Reyes para que les diesen la posesión del sitio, pagando a Villalobos lo que se apreciase que valían aquellos dos andenes y lo labrado de la iglesia. Todo ello apreció en veinte y dos mil y doscientos ducados. Era entonces guardián un religioso de los recoletos, llamado Fray Juan Gallegos, hombre de santa vida y de mucho ejemplo, el cual hizo la paga dentro en casa de mi padre, que fue el que le dio la posesión; y llevó aquella cantidad en barras de plata. Admirándose los presentes de que unos religiosos tan pobres hiciesen una paga tan cumplida y rica y en tan breve tiempo, porque vino mandado que se hiciese dentro de tiempo limitado, dijo el guardián: "Señores, no os admiréis, que son obras del cielo y de la mucha caridad de esta ciudad, que Dios guarde, y para que sepáis cuán grande es, os certifico que el lunes de esta semana en que estamos no tenía trescientos ducados para esta paga, y hoy jueves por la mañana, me hallé con la cantidad que veis presente, porque acudieron estas dos noches, en secreto, así vecinos que tienen indios como caballeros soldados que no los tienen, con sus limosnas, en tanta cantidad, que despedí muchas de ellas cuando vi que tenía recaudo; y más os digo que estas dos noches pasadas no nos dejaron dormir, llamando a la portería con su caridad y limosnas". Todo esto dijo aquel buen religioso de la liberalidad.

Para decir ahora de la fundación de aquel hospital, es de saber que a este guardián sucedió otro llamado Fray Antonio de San Miguel, de la muy noble familia que de este apellido hay en Salamanca, gran teólogo, y en su vida y doctrina hijo verdadero de San Francisco, que por ser tal fue después Obispo de Chili, donde vivió con la santidad que siempre, como lo pregonan aquellos reinos de Chili y del Perú. Este santo varón, el segundo año de su trienio, predicando los miércoles, viernes y domingos de la cuaresma en la iglesia Catedral del Cuzco, un domingo de aquéllos propuso sería bien que la ciudad hiciese un hospital de indios y que el Cabildo de ella fuese patrón de él, como lo era el de la iglesia del hospital de los españoles que había, y que se fundase aquella casa para que hubiese a quién restituir las obligaciones que los españoles, conquistadores y no conquistadores, tenían, porque dijo que en poco o en mucho ninguno escapaba de esta deuda. Prosiguió con esta persuasión los sermones de aquella semana, y el domingo siguiente concluyó apercibiendo la ciudad para la limosna, y les dijo: "Señores, el corregidor y yo saldremos esta tarde a la una a pedir por amor de Dios para esta obra; mostraos tan largos y dadivosos para ella como os mostrasteis fuertes y animosos para ganar este Imperio". Aquella tarde salieron los dos y la pidieron, y por escrito asentaron lo que cada uno mandó; anduvieron de casa en casa de los vecinos que tenían indios, que aquel día no pidieron a otros; y a la noche volvió mi padre a la suya, y me mandó sumar las partidas que en el papel traía, para ver la cantidad de la limosna; hallé por la suma veinte y ocho mil y quinientos pesos, que son treinta y cuatro mil y doscientos ducados; la manda menos fue de quinientos pesos, que son seiscientos ducados, y algunas llegaron a mil pesos. Esta fue la cantidad de aquella tarde, que se juntó en espacio de cinco horas; otros días pidieron en común a vecinos y no vecinos, y todos mandaron muy largamente, tanto, que en pocos meses pasaron de cien mil ducados, y luego que por el reino se supo la fundación del hospital de los naturales, acudieron dentro del mismo año muchas limosnas, así hechas en salud como mandas de testamentos, con que se empezó la obra, a la cual acudieron los indios de la jurisdicción de aquella ciudad con gran prontitud, sabiendo que era para ellos.

Debajo de la primera piedra que asentaron en el edificio puso Garcilaso de la Vega, mi señor, como Corregidor, un doblón de oro de los que llaman de dos caras, que son de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel; puso aquel doblón por cosa rara y admirable que en aquella tierra se hallase entonces moneda de oro ni de otro metal, porque no se labraba moneda, y la costumbre de los mercaderes españoles era llevar mercaderías por la ganancia que en ellas había, y no moneda de oro ni de plata. Algún curioso debió de llevar aquel doblón, por ser moneda de España, como han llevado las demás cosas que allá no había, y se lo daría a mi padre en aquella ocasión por cosa nueva (que yo no supe cómo lo hubo), y así lo fue para todos los que aquel día lo vieron, que de mano

en mano anduvo por todos los del Cabildo de la ciudad y de otros muchos caballeros que se hallaron presentes a la solemnidad de las primeras piedras; dijeron todos que era la primera moneda labrada que en aquella tierra se había visto, y que por su novedad se empleaba muy bien en aquella obra. Diego Maldonado, llamado el Rico por su mucha riqueza, natural de Salamanca, como regidor más antiguo puso una plancha de plata, y en ella esculpidas sus armas. Esta pobreza se puso por fundamento de aquel rico edificio.

Después acá han concedido los Sumos Pontífices muchas indulgencias y perdones a los que fallecieren en aquella casa. Lo cual sabido por una india de la sangre real que yo conocí, viéndose a la muerte, pidió que para su remedio la llevasen al hospital. Sus parientes le dijeron que no los afrentase con irse al hospital, pues tenía hacienda para curarse en su casa. Respondió que no pretendía curar el cuerpo, que ya no lo había menester, sino el alma, con las gracias e indulgencias que los príncipes de la Iglesia habían concedido a los que morían en aquel hospital, y así se hizo llevar, y no quiso entrar en la enfermería; hizo poner su camilla a un rincón de la iglesia del hospital. Pidió que le abriesen la sepultura cerca de su cama; pidió el hábito de San Francisco para enterrarse con él; tendiólo sobre su cama; mandó traer la cera que se había de gastar a su entierro, púsola cerca de sí, recibió el Santísimo Sacramento y la extremaunción, y así estuvo cuatro días llamando a Dios y a la Virgen María y a toda la Corte celestial, hasta que falleció. La ciudad, viendo que una india había muerto tan cristianamente, quiso favorecer el hecho con honrar su entierro, por que los demás indios se animasen a hacer otro tanto, y así fueron a sus exequias ambos cabildos, eclesiástico y seglar, sin la demás gente noble, y la enterraron con solemne caridad, de que su parentela y los demás indios se dieron por muy favorecidos, regalados y estimados. Y con esto será bien nos pasemos a contar la vida y hechos del Rey décimo, donde se verán cosas de grande admiración.

CAPITULO XIII

NUEVA CONQUISTA QUE EL REY INCA YUPANQUI PRETENDE HACER

EL BUEN Inca Yupanqui, habiendo tomado la borla colorada y cumplido así con la solemnidad de la posesión del Imperio, como con las exequias de sus padres, por mostrarse benigno y afable quiso que lo primero que hiciese fuese visitar todos sus reinos y provincias, que, como ya se

ha dicho, era lo más favorable y agradable que los Incas hacían con sus vasallos, que como una de sus creencias era creer que aquellos sus Reyes eran dioses hijos del Sol y no hombres humanos, tenían en tanto el verlo en sus tierras y casas que ningún encarecimiento basta a ponerlo en su punto. Por esta causa salió el Inca a visitar sus reinos, en los cuales fue recibido y adorado conforme a su gentileza. Gastó el Inca Yupanqui en esta visita más de tres años, y habiéndose vuelto a su ciudad y descansado de tan largo camino, consultó con los de su Consejo sobre hacer una brava y dificultosa jornada, que era hacia los Antis, al oriente del Cuzco, porque, como por aquella parte atajaba los términos de su Imperio la gran cordillera de la Sierra Nevada, deseaba atravesarla y pasar de la otra parte por alguno de los ríos que de la parte del poniente pasan por ella al levante, que por lo alto de la sierra es imposible atravesarla por la mucha nieve que tiene y por la que perpetuamente le cae.

Tenía este deseo Inca Yupanqui, por conquistar las naciones que hubiese de aquella parte, para reducirlas a su Imperio y sacarlas de las bárbaras e inhumanas costumbres que tuviesen y darles el conocimiento de su padre el Sol, para que lo tuviesen y adorasen por su Dios, como habían hecho las demás naciones que los Incas habían conquistado. Tuvo el Inca este deseo por cierta relación que sus pasados y él habían tenido, de que en aquellas anchas y largas regiones había muchas tierras, de ellas pobladas y de ellas inhabitables, por las grandes montañas, lagos, ciénagas y pantanos que tenían, por las cuales dificultades no se podían habitar.

Tuvo nueva que, entre aquellas provincias pobladas, una de las mejores era la que llaman Musu y los españoles llaman los Mojos, a la cual se podría entrar por un río grande que en los Antis, al oriente de la ciudad, se hace de muchos ríos que en aquel paraje se juntan en uno, que los principales son cinco, cada uno con nombre propio, sin otra infinidad de arroyos, los cuales todos hacen un grandísimo río llamado Amarumayu. Dónde vaya a salir este río a la Mar del Norte, no la sabré decir, mas de que por su grandeza y por el viaje que lleva corriendo hacia levante sospecho que sea uno de los grandes que, juntándose con otros muchos, se llaman el Río de la Plata, llamado así porque preguntando los españoles (que lo descubrieron) a los naturales de aquella costa si había plata en aquella provincia, le dijeron que en aquella tierra no la había; empero, que en los nacimientos de aquel gran río había mucha. De estas palabras se le dedujo el nombre que hoy tiene, y se llama Río de [la] Plata sin tener ninguna, famoso y tan famoso en el mundo que de los que hasta hoy se conocen tiene el segundo lugar, permitiendo que el Río de Orellana tenga el primero.

El Río de la Plata se llama en lengua de los indios Parahuay; si esta dicción es del general lenguaje del Perú quiere decir llovedme, y podríase interpretar, en frasis de la misma lengua, que el río, como que jactándose de sus admirables crecientes, diga: "llovedme y verás maravillas"; porque

como otras veces hemos dicho, es frasis de aquel lenguaje decir en una palabra significativa la razón que se puede contener en ella. Si la dicción Parahuay es de otro lenguaje, y no del Perú, no sé qué signifique.

Juntándose aquellos cinco ríos grandes, pierde cada uno su nombre propio, y todos juntos, hecho uno, se llaman Amarumayu. *Mayu* quiere decir río y *amaru* llaman a las culebras grandísimas que hay en las montañas de aquella tierra, que son como atrás las hemos pintado, y por la grandeza del río le dieron este nombre por excelencia, dando a entender que es tan grande entre los ríos como el amaru entre las culebras.

CAPITULO XIV

LOS SUCESOS DE LA JORNADA DE MUSU, HASTA EL FIN DE ELLA

POR ESTE RIO, aunque tan grande y hasta ahora mal conocido, le pareció al Rey Inca Yupanqui hacer su entrada a la provincia Musu, que por tierra era imposible poder entrar a ella, por las bravísimas montañas y muchos lagos, ciénagas y pantanos que hay en aquellas partes. Con esta determinación mandó cortar grandísima cantidad de una madera que hay en aquella región, que no sé cómo se llame en indio; los españoles la llaman higuera, no porque lleve higos, que no los lleva, sino por ser tan liviana y más que la higuera.

Tardaron en cortar la madera y aderezarla, y hacer de ella muy grandes balsas, casi dos años. Hiciéronse tantas, que cupieron en ellas diez mil hombres de guerra y el bastimento que llevaron. Lo cual todo proveído y aprestaba la gente y comida y nombrado el general y maeses de campo y los demás ministros del ejército, que todos eran Incas de la sangre real, se embarcaron en las balsas, que eran capaces de treinta, cuarenta, cincuenta indios cada una, y más y menos. La comida llevaban en medio de las balsas, en unos tablados o tarimas de media vara en alto, por que no se les mojase. Con este aparato se echaron los Incas el río abajo, donde tuvieron grandes encuentros y batallas con los naturales, llamados Chunchu, que vivían en las riberas, a una mano y a otra del río. Los cuales salieron en gran número por agua y por tierra, así a defenderles que no saltasen en tierra como a pelear con ellos por el río abajo; sacaron por armas ofensivas arcos y flechas, que son las que más en común usan todas las naciones de los Antis. Salieron almagrados los rostros, brazos y piernas, y todo el cuerpo de diversos colores, que, por ser la región de aquella

tierra muy caliente, andaban desnudos, no más de con pañetes; sacaron sobre sus cabezas grandes plumajes, compuestos de muchas plumas de papagayos y guacamayas.

Es así que al fin de muchos trances en armas y de muchas pláticas que los unos y los otros tuvieron, se redujeron a la obediencia y servicio del Inca todas las naciones de la ribera y otra de aquel gran río, y enviaron en reconocimiento de vasallaje muchos presentes al Rey Inca Yupanqui de papagayos, micos y guacamayas, miel y cera y otras cosas que se crían en aquella tierra. Estos presentes duraron hasta la muerte de Túpac Amaru, que fue el último de los Incas, como lo veremos en el discurso de la vida y sucesión de ellos, al cual cortó la cabeza el visorrey Don Francisco de Toledo. De estos indios Chunchus, que salieron con la embajada, y otros que después vinieron, se pobló un pueblo cerca de Tono, veinte y seis leguas del Cuzco, los cuales pidieron al Inca los permitiese poblar allí para servirle de más cerca, y así ha permanecido hasta hoy. Reducidas al servicio del Inca las naciones de las riberas de aquel río, que comúnmente se llama Chunchu, por la provincia Chunchu, pasaron adelante y sujetaron otras muchas naciones, hasta llegar a la provincia que llaman Musu, tierra poblada de mucha gente belicosa, y ella fértil de suyo; quieren decir que está doscientas leguas de la ciudad del Cuzco.

Dicen los Incas que cuando llegaron allí los suyos, por las muchas guerras que atrás habían tenido, llegaron ya pocos. Mas con todo eso se atrevieron a persuadir a los Musus se redujesen al servicio de su Inca, que era hijo del Sol, al cual había enviado su padre dende el cielo para que enseñase a los hombres a vivir como hombres y no como bestias; y que adorasen al Sol por Dios y dejasen de adorar animales, piedras y palos y otras cosas viles. Y que viendo que los Musus les oían de buena gana, les dieron los Incas más larga noticia de sus leyes, fueros y costumbres, y les contaron las grandes hazañas que sus Reyes, en las conquistas pasadas, habían hecho y cuántas provincias tenían sujetas, y que muchas de ellas habían ido a someterse de su grado, suplicando a los Incas los recibiese[n] por sus vasallos y que ellos los adoraban por dioses. Particularmente dicen que les contaron el sueño del Inca Viracocha y sus hazañas. Con estas cosas se admiraron tanto los Musus, que holgaron de recibir la amistad de los Incas y de abrazar su idolatría, sus leyes y costumbres, porque les parecían buenas, y que prometían gobernarse por ellas y adorar al Sol por su principal Dios. Mas que no querían reconocer vasallaje al Inca, pues que no los había vencido y sujetado con las armas. Empero, que holgaban de ser sus amigos y confederados, y que por vía de amistad harían todo lo que conviniese al servicio del Inca, mas no por vasallaje, que ellos querían ser libres como lo habían sido sus pasados. Debajo de esta amistad dejaron los Musus a los Incas poblar en la tierra, que eran poco más de mil cuando llegaron a ella; porque con las guerras y largos caminos se habían gastado los demás, y los Musus les dieron sus hijas por mujeres y hol-

garon con su parentesco, y hoy los tienen en mucha veneración y se gobiernan por ellos en paz y en guerra, y luego que entre ellos se asentó la amistad y parentela, eligieron embajadores de los más nobles para que fuesen al Cuzco a adorar por hijo del Sol al Inca y confirmar la amistad y parentesco que con los suyos habían celebrado; y por la aspereza y maleza del camino, de montañas bravísimas, ciénagas y pantanos, hicieron un grandísimo cerco para salir al Cuzco, donde el Inca los recibió con mucha afabilidad y les hizo grandes favores y mercedes. Mandó que les diesen larga noticia de la corte, de sus leyes y costumbres y de su idolatría, con las cuales cosas volvieron los Musus muy contentos a su tierra, y esta amistad y confederación duró hasta que los españoles entraron en la tierra y la ganaron.

Particularmente dicen los Incas que en tiempo de Huaina Cápac quisieron los descendientes de los Incas que poblaron en los Musus volverse al Cuzco, porque les parecía que, no habiendo de hacer más servicio al Inca que estarse quedos, estaban mejor en su patria que fuera de ella, y que, teniendo ya concertada su partida para venirse todos al Cuzco con sus mujeres y hijos, tuvieron nueva cómo el Inca Huaina Cápac era muerto, y que los españoles habían ganado la tierra y que el Imperio y señorío de los Incas se había perdido, con lo cual acordaron de quedarse de hecho, y que los Musus los tienen, como dijimos, en mucha veneración, y que se gobiernan por ellos en paz y en guerra. Y dicen que por aquel paraje lleva ya el río seis leguas de ancho y que tardan en pasarlo en sus canoas dos días.

CAPITULO XV

RASTROS QUE DE AQUELLA JORNADA SE HAN HALLADO

Todo lo que en suma hemos dicho de esta conquista y descubrimiento que el Rey Inca Yupanqui mandó hacer por aquel río abajo, lo cuentan los Incas muy largamente, jactándose de las proezas de sus antepasados, y dicen muy grandes batallas que en el río y fuera de él tuvieron, y muchas provincias que sujetaron con grandes hazañas que hicieron. Mas yo, por parecerme algunas de ellas increíbles para la poca gente que fue, y también porque como hasta ahora no poseen los españoles aquella parte de tierra que los Incas conquistaron en los Antis, no pudiendo mostrarla con el dedo, como se ha hecho de toda la demás que hasta aquí se ha referido, me pareció no mezclar cosas fabulosas, o que lo parecen, con historia ver-

dadera, porque de aquella parte de tierra no se tiene hoy tan entera y distinta noticia como de la que los nuestros poseen. Aunque es verdad que de aquellos hechos han hallado los españoles en estos tiempos grandes rastros, como luego veremos.

El año de mil y quinientos y sesenta y cuatro un español, llamado Diego Alemán, natural de la villa de San Juan del Condado de Niebla, vecino de la ciudad de La Paz por otro nombre llamado el Pueblo Nuevo, donde tenía un repartimiento pequeño de indios, por persuasión de un curaca suyo juntó otros doce españoles consigo, y llevando por guía al mismo curaca, el cual les había dicho que en la provincia Musu había mucho oro, fueron en demanda de ella a pie, porque no era camino para caballos y también por ir más encubiertos, que el intento que llevaban no era sino descubrir la provincia y notar los caminos, para pedir la conquista y volver después con más pujanza, para ganar y poblar la tierra. Entraron por Cochapampa, que está más cerca de los Mojos.

Caminaron veinte y ocho días por montes y breñales, y al fin de ellos llegaron a dar vista al primer pueblo de la provincia, y aunque su cacique les dijo que aguardasen a que saliese algún indio que pudiesen prender en silencio, para tomar lengua, no lo quisieron hacer; antes, luego que cerró la noche, con demasiada locura, entendiendo que bastaba la voz española para que todo el pueblo se le rindiese, entraron dentro haciendo ruido de más gente de la que iba, porque los indios temiesen, pensando que eran muchos españoles. Mas sucedióles en contra, porque los indios salieron dando arma a la grita que les dieron, y reconociendo que eran pocos, se apellidaron y dieron sobre ellos, y mataron los diez y prendieron a Diego Alemán, y los otros dos se escaparon por la oscuridad de la noche, y fueron a dar donde su guía les había dicho que les esperaría, el cual, con mejor consejo, viendo la temeridad de los españoles, no había querido ir con ellos. Uno de los que se escaparon se decía Francisco Moreno, mestizo, hijo de español y de india, nacido en Cochapampa, el cual sacó una manta de algodón que colgada en el aire servía de hamaca o cuna a un niño; traía seis campanillas de oro; la manta era tejida de diversas colores, que hacían diversas labores. Luego que amaneció vieron los dos españoles y el curaca, de un cerro alto donde se habían escondido, un escuadrón de indios fuera del pueblo, con lanzas y picas y petos, que relumbraban con el sol hermosamente, y la guía les dijo que todo aquello que veían relumbrar era todo oro, y que aquellos indios no tenían plata, sino era la que podían haber contratando con los del Perú. Y para dar a entender la grandeza de aquella tierra, tomó la guía su manta, que era tejida de listas, y dijo: "En comparación de esta tierra es tan grande el Perú como una lista de éstas es respecto de toda la manta". Mas el indio, como mal cosmógrafo, se engañó, aunque es verdad que aquella provincia es muy grande.

De Diego Alemán se supo después, por los indios que salen aunque de tarde en tarde a contratar con los del Perú, que los que le habían preso,

habiendo sabido que tenía repartimiento de indios en el Perú y que era capitán y caudillo de los pocos y desatinados compañeros que llevó, le habían hecho su capitán general para la guerra que con los indios de la otra ribera del río Amarumayu tienen, y que le hacían mucha honra y lo estimaban mucho, por la autoridad y provecho que se les seguía de tener un capitán general español. El compañero que salió con Francisco Moreno el mestizo, luego que llegaron a tierra de paz, falleció de los trabajos del camino pasado, que uno de los mayores fue haber atravesado grandísimos pantanales, que era imposible poderlos andar a caballo. El mestizo Francisco Moreno contaba largamente lo que en este descubrimiento había visto, por cuya relación se movieron algunos deseos de la empresa y la pidieron, y el primero fue Gómez de Tordoya, un caballero mozo al cual se la dio el Conde de Nieva, visorrey que fue del Perú; y porque se juntaba mucha gente para ir con él, temiendo no hubiese algún motín, le suspendieron la jornada y le notificaron que no hiciese gente, que despidiese la que tenía hecha.

CAPITULO XVI

DE OTROS SUCESOS INFELICES QUE EN AQUELLA PROVINCIA HAN PASADO

Dos años después dio la misma provisión el Licenciado Castro, gobernador que fue del Perú, a otro caballero vecino del Cuzco, llamado Gaspar de Sotelo, el cual se aprestó para la jornada con mucha y muy lucida gente que se ofreció a ir con él; y el mayor y mejor apercibimiento que había hecho era haberse concertado con el Inca Túpac Amaru, que estaba retirado en Uillcapampa, que hiciesen ambos la conquista, y el Inca se había ofrecido a ir con él y darle todas las balsas que fuesen menester, y habían de entrar por el río de Uillcapampa, que es al nordeste del Cuzco. Mas como en semejantes cosas no falten émulos, negociaron con el gobernador, que, derogando y anulando la provisión a Gaspar de Sotelo, se la diese a otro vecino del Cuzco, llamado Juan Alvarez Maldonado, y así se hizo. El cual juntó consigo doscientos y cincuenta y tantos soldados y más de cien caballos y yeguas, y entró en grandes balsas que hizo, en el río Amarumayu, que es al levante del Cuzco. Gómez de Tordoya, habiendo visto que la conquista que le quitaron se la habían dado a Gaspar de Sotelo y últimamente a Juan Alvarez Maldonado, para la cual él había gastado su hacienda y la de sus amigos, desdeñado del agravio, publicó que también él tenía provisión para hacer aquella jornada, porque fue verdad que,

aunque le habían notificado que le derogaban la provisión, no le habían quitado la cédula; con la cual convocó gente, y por ser contra la voluntad del Gobernador le acudieron pocos, que apenas llegaron a sesenta, con los cuales, aunque con muchas contradicciones, entró por la provincia que llaman Camata, que es al sudeste del Cuzco, y habiendo pasado grandes montañas y cenagales, llegó al río Amarumayu, donde tuvo nueva que Juan Alvarez no había pasado; y como a enemigo capital, le esperó con sus trincheras hechas en las riberas del río, de donde pensaba ofenderle y ser superior, que, aunque llevaba pocos compañeros, fiaba en el valor de ellos, que era gente escogida y le eran amigos, y llevaba cada uno de ellos dos arcabuces muy bien aderezados.

Juan Alvarez Maldonado, bajando por el río abajo, llegó donde Gómez de Tordoya le esperaba, y como fuesen émulos de una misma empresa, sin hablarse ni tratar de amistad o treguas (que pudieran hacer compañía y ganar para ambos, pues había para todos), pelearon los unos con los otros, porque esta ambición de mandar no quiere igual, ni aun segundo. El primero que acometió fue Juan Alvarez Maldonado, confiado en la ventaja que a su contrario hacía de gente. Gómez de Tordoya le esperó, asegurado de su fuerte y de las armas dobles que los suyos tenían; pelearon todo el día. Hubo muchos muertos de ambas partes; pelearon también el segundo y tercero día, tan cruelmente y tan sin consideración que se mataron casi todos y los que quedaron, quedaron tales que no eran de provecho. Los indios Chunchus, cúya era la provincia donde estaban, viéndolos tales y sabiendo que iban a los conquistar, apellidándose unos a otros, dieron en ellos y los mataron todos, y entre ellos a Gómez de Tordoya. Yo conocí a estos tres caballeros, y los dejé en el Cuzco cuando salí de ella. Los indios prendieron tres españoles: el uno de ellos fue Juan Alvarez Maldonado, y un fraile mercedario llamado Fray Diego Martín, portugués, y un herrero que se decía maestro Simón López, gran oficial de arcabuces. Al Maldonado, sabiendo que había sido caudillo de un bando, le hicieron cortesía, y por verle ya inútil, que era hombre de días, le dieron libertad para que se volviese al Cuzco a sus indios, y le guiaron hasta ponerlo en la provincia de Callauaya, donde se saca el oro finísimo de veinte y cuatro quilates. Al fraile y al herrero detuvieron más de dos años. Y a maestro Simón, sabiendo que era herrero, le trujeron mucho cobre y le mandaron hacer hachas y azuelas, y no le ocuparon en otra cosa todo aquel tiempo. A fray Diego Martín tuvieron en veneración, sabiendo que era sacerdote y ministro del Dios de los cristianos, y aun cuando les dieron licencia para que se fuesen al Perú, rogaban al fraile que se quedase con ellos para que les enseñase la doctrina cristiana, y él no lo quiso hacer. Muchas semejantes ocasiones se han perdido con los indios para haberles predicado el Santo Evangelio sin armas.

Pasados los dos años y más tiempo, dieron los Chunchus licencia a estos dos españoles para que se volviesen al Perú, y ellos mismos los guia-

ron y sacaron hasta el valle de Callauya. Los cuales contaban el suceso de su desventurada jornada. Y contaban también lo que los Incas habían hecho por aquel río abajo y cómo se quedaron entre los Musus y cómo los Musus desde entonces reconocían al Inca por señor y acudían a le servir y le llevaban cada año muchos presentes de lo que en su tierra tenían. Los cuales presentes duraron hasta la muerte del Inca Túpac Amaru, que fue pocos años después de aquella desdichada entrada que Gómez de Tordoya y Juan Alvarez Maldonado hicieron. La cual hemos antepuesto sacándola de su lugar y de su tiempo, por atestiguar la conquista que el Rey Inca Yupanqui mandó hacer por el gran río Amarumayu, y de cómo se quedaron entre los Musus los Incas que entraron a hacer la conquista. De todo lo cual traían larga relación Fray Diego Martín y maestro Simón, y la daban a los que se la querían oír. Y particularmente decía el fraile de sí que le había pesado muy mucho de no haberse quedado entre los indios Chunchus, como se lo habían rogado, y que por no tener recaudo para decir misa no se había quedado con ellos, que, si lo tuviera, sin duda se quedara; y que estaba muchas veces por volverse solo, porque no podía desechar la pena que consigo traía, acusado de su conciencia de no haber concedido una demanda que con tanta ansia le habían hecho aquellos indios, y ella de suyo tan justa. También decía este fraile que los Incas que habían quedado entre los Musus serían de gran provecho para la conquista que los españoles quisiesen hacer en aquella tierra. Y con esto será bien volvamos a las hazañas del buen Inca Yupanqui y digamos de la conquista de Chili, que fue una de las suyas y de las mayores.

CAPITULO XVII

LA NACION CHIRIHUANA Y SU VIDA Y COSTUMBRES

Como el principal cuidado de los Incas fuese conquistar nuevos reinos y provincias, así por la gloria de ensanchar su Imperio como por acudir a la ambición y codicia de reinar, que tan natural es en los hombres poderosos, determinó el Inca Yapanqui, pasados cuatro años después de haber enviado el ejército por el río abajo, como se ha dicho, hacer otra conquista, y fue la de una grande provincia llamada Chirihuana, que está en los Antis, al levante de los Charcas. A la cual, por ser hasta entonces tierra incógnita, envió espías que con todo cuidado y diligencia acechasen la tierra y los naturales de ella, para que se proveyese con más aviso lo que para la jornada conviniese. Las espías fueron como se les mandó, y vol-

vieron diciendo que la tierra era malísima, de montañas bravas, ciénagas, lagos y pantanos, y muy poca de ella de provecho para sembrar y cultivar, y que los naturales eran brutísimos, peores que bestias fieras; que no tenían religión ni adoraban cosa alguna; que vivían sin ley ni buena costumbre, sino como animales por las montañas, sin pueblos ni casas, y que comían carne humana, y, para la haber, salían a saltear las provincias comarcanas y comían todos los que prendían, sin respetar sexo ni edad, y bebían la sangre cuando los degollaban, porque no se les perdiese nada de la presa. Y que no solamente comían la carne de los comarcanos que prendían, sino también la de los suyos propios cuando se morían; y que después de habérselos comido, les volvían a juntar los huesos por sus coyunturas, y los lloraban y los enterraban en resquicios de peñas o huecos de árboles, y que andaban en cueros y que para juntarse en el coito no se tenía cuenta con las hermanas, hijas ni madres. Y que ésta era la común manera de vivir de la nación Chirihuana.

El buen Inca Yupanqui (damos este título a este Príncipe porque los suyos le llaman así muy de ordinario, y Pedro de Cieza de León también se lo da siempre que habla de él), habiéndola oído, volviendo el rostro a los de su sangre real, que eran sus tíos, hermanos y sobrinos y otros más alejados, que asistían en su presencia, dijo: "Ahora es mayor y más forzosa la obligación que tenemos de conquistar los Chirihuanas, para sacarlos de las torpezas y bestialidades en que viven y reducirlos a vida de hombres, pues para eso nos envía nuestro padre el Sol". Dichas estas palabras, mandó que se apercibiesen diez mil hombres de guerra, los cuales envió con maeses de campo y capitanes de su linaje, hombres experimentados en paz y en guerra, bien industriados en lo que debían hacer. Estos Incas fueron, y habiendo reconocido parte de la maleza y esterilidad de la tierra y provincia Chirihuana, dieron aviso al Inca, suplicándole mandase proveerles de bastimento por que no les faltase, porque no lo había en aquella tierra, lo cual se les proveyó bastantísimamente, y los capitanes y su gente hicieron todo lo posible, y al fin de dos años salieron de su conquista sin haberla hecho, por la mucha maleza de la provincia, de muchos pantanos y ciénagas, lagos y montañas bravas. Y así dieron al Inca la relación de todo lo que les había sucedido. El cual los mandó descansar para otras jornadas y conquistas que pensaba hacer, de más provecho que la pasada.

El visorrey Don Francisco de Toledo, gobernando aquellos reinos el año de mil y quinientos y setenta y dos, quiso hacer la conquista de los Chirihuanas, como lo toca muy de paso el Padre Maestro Acosta, Libro séptimo, capítulo veinte y ocho, para la cual apercibió muchos españoles y todo lo demás necesario para la jornada. Llevó muchos caballos, vacas y yeguas para criar, y entró en la provincia, y a pocas jornadas vio por experiencia las dificultades de ella, las cuales no había querido creer a los que se las habían propuesto, aconsejándole no intentase lo que los Incas, por no haber podido salir con la empresa, habían desamparado. Salió el Visorrey

huyendo, y desamparó todo lo que llevaba, para que los indios se contentasen con presa que les dejaba y lo dejasen a él. Salió por tan malos caminos, que, por no poder llevar las acémilas una literilla en que caminaba, la sacaron en hombros indios y españoles; y los Chirihuanas que los seguían, dándoles grita, entre otros vituperios les decían: "Soltad esa vieja que lleváis en esa *petaca* (que es canasta cerrada), que aquí nos la comeremos viva".

Son los Chirihuanas, como se ha dicho, muy ansiosos por comer carne, porque no la tienen de ninguna suerte, doméstica ni salvajina, por la mucha maleza de la tierra. Y si hubiesen conservado las vacas que el visorrey les dejó, se puede esperar que hayan criado muchas, haciéndose montaraces, como en las islas de Santo Domingo y de Cuba, porque la tierra es dispuesta para ellas. De la poca conversación y doctrina que de la jornada pasada de los Incas pudieron haber los Chirihuanas, perdieron parte de su inhumanidad, porque se sabe que desde entonces no comen a sus difuntos como solían, mas de los comarcanos no perdonan alguno, y son tan golosos y apasionados por comer carne humana, que, cuando salen a saltear, sin temor de la muerte, como insensibles, se entran por las armas de los enemigos a trueque de prender uno de ellos, y, si hallan pastores guardando ganado, más quieren uno de los pastores que todo el hato de las ovejas o vacas. Por esta fiereza e inhumanidad son tan temidos de todos sus comarcanos que ciento ni mil de ellos no esperan diez Chirihuanas, y a los niños y muchachos los amedrentan y acallan con sólo el nombre. También aprendieron los Chirihuanas de los Incas a hacer casas para su morada, no particulares sino en común; porque hacen un galpón grandísimo, y dentro tantos apartadijos cuantos son los vecinos, y tan pequeños que no caben más de las personas, y les basta, porque no tienen ajuar ni ropa de vestir, que andan en cueros. Y de esta manera se podrá llamar pueblo cada galpón de aquéllos. Esto es lo que hay que decir acerca de la bruta condición y vida de los Chirihuanas, que será gran maravilla poderlos sacar de ella.

CAPITULO XVIII

PREVENCIONES PARA LA CONQUISTA DE CHILI

El buen Rey Inca Yupanqui, aunque vio el poco o ningún fruto que sacó de la conquista de los Chirihuanas, no por eso perdió el ánimo de hacer otras mayores. Porque como el principal intento y blasón de los Incas fuese reducir nuevas gentes a su Imperio y a sus costumbres y leyes,

y como entonces se hallasen ya tan poderosos, no podían estar ociosos sin hacer nuevas conquistas, que les era forzoso así para ocupar los vasallos en aumento de su corona como para gastar sus rentas, que eran los bastimentos, armas, vestido y calzado que cada provincia y reino, conforme a sus frutos y cosecha, contribuía cada año. Porque del oro y plata ya hemos dicho que no lo daban los vasallos en tributo al Rey, sino que lo presentaban (sin que se lo pidiesen) para servicio y ornato de las casas reales y de las del Sol. Pues como el Rey Inca Yupanqui se viese amado y obedecido, y tan poderoso de gente y hacienda, acordó emprender una gran empresa, que fue la conquista del reino de Chili. Para la cual, habiéndolo consultado con los de su Consejo, mandó prevenir las cosas necesarias. Y dejando en su corte los ministros acostumbrados para el gobierno y administración de la justicia, fue hasta Atacama, que hacia Chili es la última provincia que había poblada y sujeta a su Imperio, para dar calor de más cerca a la conquista, porque de allí adelante hay un gran despoblado que atravesar hasta llegar a Chili.

Desde Atacama envió el Inca corredores y espías que fuesen por aquel despoblado y descubriesen paso para Chili y notasen las dificultades del camino, para llevarlas prevenidas. Los descubridores fueron Incas, porque las cosas de tanta importancia no las fiaban aquellos Reyes sino de los de su linaje, a los cuales dieron indios de los de Atacama y de los de Tucma (por los cuales, como atrás dijimos, había alguna noticia del reino de Chili), para que los guiasen, y de dos a dos leguas fuesen y viniesen con los avisos de lo que descubriesen, porque era así menester para que les proveyesen de lo necesario. Con esta prevención fueron los descubridores, y en su camino pasaron grandes trabajos y dificultades por aquellos desiertos, dejando señales por donde pasaban para no perder el camino cuando volviesen. Y también porque los que los siguiesen supiesen por dónde iban. Así fueron yendo y viniendo como hormigas, trayendo relación de lo descubierto y llevando bastimento, que era lo que más habían menester. Con esta diligencia y trabajo horadaron ochenta leguas de despoblado, que hay desde Atacama a Copayapu, que es una provincia pequeña, aunque bien poblada, rodeada de largos y anchos desiertos, porque para pasar adelante hasta Cuquimpu hay otras ochenta leguas de despoblado. Habiendo llegado los descubridores a Copayapu y alcanzado la noticia que pudieron haber de la provincia por vista de ojos, volvieron con toda diligencia a dar cuenta al Inca de lo que habían visto. Conforme a la relación, mandó el Inca apercibir diez mil hombres de guerra, los cuales envió por la orden acostumbrada con un general llamado Sinchiruca y dos maeses de campo de su linaje, que no saben los indios decir cómo se llamaban. Mandó que les llevasen mucho bastimento en los carneros de carga, los cuales también sirviesen de bastimento en lugar de carnaje, porque es muy buena carne de comer.

Luego que Inca Yupanqui hubo despachado los diez mil hombres de guerra, mandó apercibir otros tantos, y por la misma orden los envió en pos de los primeros, para que a los amigos fuesen de socorro y a los enemigos de terror y asombro. Los primeros, habiendo llegado cerca de Copayapu, enviaron mensajeros, según la antigua costumbre de los Incas, diciendo se rindiesen y sujetasen al hijo del Sol, que iba a darles nueva religión, nuevas leyes y costumbres en que viviesen como hombres y no como brutos. Donde no, que se apercibiesen a las armas, porque por fuerza o de grado habían de obedecer al Inca, señor de las cuatro partes del mundo. Los de Copayapu se alteraron con el mensaje y tomaron las armas y se pusieron a resistir la entrada de su tierra, donde hubo algunos recuentros de escaramuzas y peleas ligeras, porque los unos y los otros andaban tentando las fuerzas y el ánimo ajeno. Y los Incas, en cumplimiento de lo que su Rey les había mandado, no querían romper la guerra a fuego y a sangre, sino contemporizar con los enemigos a que se rindiesen por bien. Los cuales estaban perplejos en defenderse: por una parte los atemorizaba la deidad del hijo del Sol, pareciéndoles que habían de caer en alguna gran maldición suya si no recibían por señor a su hijo; por otra parte los animaba el deseo de mantener su libertad antigua y el amor de sus dioses, que no quisieran novedades, sino vivir como sus pasados.

CAPITULO XIX

GANAN LOS INCAS HASTA EL VALLE QUE LLAMAN CHILI, Y LOS MENSAJES Y RESPUESTAS QUE TIENEN CON OTRAS NUEVAS NACIONES

En estas confusiones los halló el segundo ejército, que iba en socorro del primero, con cuya vista se rindieron los de Copayapu, pareciéndoles que no podrían resistir a tanta gente, y así capitularon con los Incas lo mejor que supieron las cosas que habían de recibir y dejar en su idolatría. De todo lo cual dieron aviso al Inca. El cual holgó mucho de tener camino abierto y tan buen principio hecho en la conquista de Chili, que, por ser un reino tan grande y tan apartado de su Imperio, temía el Inca el poderlo sujetar. Y así estimó en mucho que la provincia Copayapu quedase por suya por vía de paz y concierto, y no de guerra y sangre. Y siguiendo su buena fortuna, habiéndose informado de la disposición de aquel reino, mandó apercibir luego otros diez mil hombres de guerra y, proveídos de todo lo necesario, los envió en socorro de los ejércitos pasados, mandándoles que pasasen adelante en la conquista y con toda diligencia pidiesen

lo que hubiesen menester. Los Incas, con el nuevo socorro y mandato de su Rey, pasaron adelante otras ochenta leguas, y después de haber vencido muchos trabajos en aquel largo camino, llegaron a otro valle o provincia que llaman Cuquimpu, la cual sujetaron. Y no sabemos decir si tuvieron batallas o recuentros, porque los indios del Perú, por haber sido la conquista en reino extraño y tan lejos de los suyos, no saben en particular los trances que pasaron, mas de que sujetaron los Incas aquel valle de Cuquimpu. De allí pasaron adelante, conquistando todas las naciones que hay hasta el valle de Chili, del cual toma nombre todo el reino llamado Chili. En todo el tiempo que duró aquella conquista, que según dicen fueron más de seis años, el Inca siempre tuvo particular cuidado de socorrer los suyos con gente, armas y bastimento, vestido y calzado, que no les faltase cosa alguna; porque bien entendía cuánto importaba a su honra y majestad que los suyos no volviesen un pie atrás. Por lo cual vino a tener en Chili más de cincuenta mil hombres de guerra, tan bien bastecidos de todo lo necesario como si estuvieran en la ciudad del Cuzco.

Los Incas, habiendo reducido a su Imperio el valle de Chili, dieron aviso al Inca de lo que habían hecho, y cada día se lo daban de lo que iban haciendo por horas, y habiendo puesto orden y asiento en lo que hasta allí habían conquistado, pasaron adelante hacia el sur, que siempre llevaron aquel viaje, y llegaron conquistando los valles y naciones que hay hasta el río de Maulli, que son casi cincuenta leguas del valle Chili. No se sabe qué batallas o recuentros tuviesen; antes se tiene que se hubiesen reducido por vía de paz y de amistad, por ser éste el primer intento de los Incas en sus conquistas, atraer los indios por bien y no por mal. No se contentaron los Incas con haber alargado su Imperio más de doscientas y sesenta leguas de camino que hay desde Atacama hasta el río Maulli, entre poblado y despoblado; porque de Atacama a Copayapu ponen ochenta leguas y de Copayapu a Cuquimpu dan otras ochenta; de Cuquimpu a Chili cincuenta y cinco y de Chili al río Maulli casi cincuenta, sino que con la misma ambición y codicia de ganar nuevos estados quisieron pasar adelante, para lo cual, con la buena orden y maña acostumbrada, dieron asiento en el gobierno de lo hasta allí ganado y dejaron la guarnición necesaria, previniendo siempre cualquiera desgracia que en la guerra les pudiese acaecer. Con esta determinación pasaron los Incas el río Maulli con veinte mil hombres de guerra, y, guardando su antigua costumbre, enviaron a requerir a los de la provincia Purumauca, que los españoles llaman Promaucaes, recibiesen al Inca por señor o se apercibiesen a las ramas. Los Purumaucas, que ya tenían noticia de los Incas y estaban apercibidos y aliados con otros sus comarcanos, como son los Antalli, Pincu, Cauqui, y entre todos determinados a morir antes de perder su libertad antigua, respondieron que los vencedores serían señores de los vencidos y que muy presto verían los Incas de qué manera los obedecían los Purumaucas.

Tres o cuatro días después de la respuesta, asomaron los Purumaucas

con otros vecinos suyos aliados, en número de diez y ocho o veinte mil hombres de guerra, y aquel día no entendieron sino en hacer su alojamiento a vista de los Incas, los cuales volvieron a enviar nuevos requerimientos de paz y amistad, con grandes protestaciones que hicieron, llamando al Sol y a la Luna, de que no iban a quitarles sus tierras y haciendas, sino a darles manera de vivir de hombres, y a que reconociesen al Sol por su Dios y a su hijo el Inca por su Rey y señor. Los Purumaucas respondieron diciendo que venían resueltos de no gastar el tiempo en palabras y razonamientos vanos, sino en pelear hasta vencer o morir. Por tanto, que los Incas se apercibiesen a la batalla para el día venidero, y que no les enviasen más recados, que no los querían oír.

CAPITULO XX

BATALLA CRUEL ENTRE LOS INCAS Y OTRAS DIVERSAS NACIONES, Y EL PRIMER ESPAÑOL QUE DESCUBRIO A CHILI

El dia siguiente salieron ambos ejércitos de sus alojamientos, y arremetiendo unos con otros, pelearon con grande ánimo y valor y mayor obstinación, porque duró la batalla todo el día sin reconocerse ventaja, en que hubo muchos muertos y heridos; a la noche se retiraron a sus puestos. El segundo y tercero día pelearon con la misma crueldad y pertinacia, los unos por la libertad y los otros por la honra. Al fin de la tercera batalla vieron que de una parte y otra faltaban más que los medios que eran muertos, y los vivos estaban heridos casi todos. El cuarto día, aunque los unos y los otros se pusieron en sus escuadrones, no salieron de sus alojamientos, donde se estuvieron fortalecidos, esperando defenderse del contrario si le acometiese. Así estuvieron todo aquel día y otros dos siguientes. Al fin de ellos se retiraron a sus distritos, temiendo cada una de las partes no hubiese enviado el enemigo por socorro a los suyos, avisándoles de lo que pasaba, para que se lo diesen con brevedad. A los Purumaucas y a sus aliados les pareció que habían hecho demasiado en haber resistido las armas de los Incas, que tan poderosas e invencibles se habían mostrado hasta entonces; y con esta presunción se volvieron a sus tierras, cantando victoria y publicando haberla alcanzado enteramente.

A los Incas les pareció que era más conforme a la orden de sus Reyes, los pasados y del presente, dar lugar al bestial furor de los enemigos que destruirlos para sujetarlos, pidiendo socorro, que pudieran los suyos dárselo en breve tiempo. Y así, habiéndolo consultado entre los capitanes,

aunque hubo pareceres contrarios que dijeron se siguiese la guerra hasta sujetar los enemigos, al fin se resolvieron en volverse a lo que tenían ganado y señalar el río Maulli por término de su Imperio y no pasar adelante en su conquista hasta tener nueva orden de su Rey Inca Yupanqui, al cual dieron aviso de todo lo sucedido. El Inca les envió a mandar que no conquistasen más nuevas tierras, sino que atendiesen con mucho cuidado en cultivar y beneficiar las que habían ganado, procurando siempre el regalo y provecho de los vasallos, para que, viendo los comarcanos cuán mejorados estaban en todo con el señorío de los Incas, se redujesen también ellos a su Imperio, como lo habían hecho otras naciones, y que cuando no lo hiciesen, perdían ellos más que los Incas. Con este mandato, cesaron los Incas de Chili de sus conquistas, fortalecieron sus fronteras, pusieron sus términos y mojones, que a la parte del sur fue el último término de su Imperio el río Maulli. Atendieron a la administración de su justicia y a la hacienda real y del Sol con particular beneficio de los vasallos, los cuales, con mucho amor, abrazaron el dominio de los Incas, sus fueros, leyes y costumbres, y en ellas vivieron hasta que los españoles fueron a aquella tierra.

El primer español que descubrió a Chili fue Don Diego de Almagro, pero no hizo más que darle vista y volverse al Perú, con innumerables trabajos que a ida y vuelta pasó. La cual jornada fue causa de la general rebelión de los indios del Perú y de la discordia que entre los dos gobernadores después hubo y de las guerras civiles que tuvieron y de la muerte del mismo Don Diego de Almagro, preso en la batalla que llamaron de las Salinas, y la del Marqués Don Francisco Pizarro y la de Don Diego de Almagro, el mestizo, que dio la batalla que llamaron de Chupas. Todo lo cual diremos más largamente si Dios Nuestro Señor nos dejare llegar allá. El segundo que entró en el reino de Chili fue el gobernador Pedro de Valdivia; llevó pujanza de gente y caballos; pasó adelante de lo que los Incas habían ganado y lo conquistó y pobló felicísimamente, si la misma felicidad no le causara la muerte por mano de sus mismos vasallos, los de la provincia llamada Araucu, que él propio escogió para sí en el repartimiento que de aquel reino se hizo entre los conquistadores que lo ganaron. Este caballero fundó y pobló muchas ciudades de españoles, y entre ellas la que de su nombre llamaron Valdivia; hizo grandísimas hazañas en la conquista de aquel reino; gobernólo con mucha prudencia y consejo, y en gran prosperidad suya y de los suyos y con esperanzas de mayores felicidades, si el ardid y buena milicia de un indio no lo atajara todo, cortándole el hilo de la vida. Y porque la muerte de este Gobernador y Capitán general fue un caso de los más notables y famosos que los indios han hecho en todo el Imperio de los Incas ni en todas las Indias después que los españoles entraron en ellas, y más de llorar para ellos, me pareció ponerlo aquí, no más de para que se sepa llana y certificadamente la primera y segunda nueva que del suceso de aquella desdichada batalla vino al Perú

luego que sucedió, y para la contar será menester decir el origen y principio de la causa.

CAPITULO XXI

REBELION DE CHILI CONTRA EL GOBERNADOR VALDIVIA

Es así que la conquista y repartimiento de aquel reino de Chili cupo a este caballero, digno de imperios, un repartimiento rico, de mucho oro y de muchos vasallos, que le daban por año más de cien mil pesos de oro de tributo y cômo la hambre de este metal sea tan insaciable, crecía tanto más cuanto más daban los indios. Los cuales, como no estuviesen hechos a tanto trabajo como pasaban en sacar el oro ni pudiesen sufrir la molestia que les hacían por él, y como de suyo no hubiesen sido sujetos a otros señores, no pudiendo llevar el yugo presente, determinaron los de Araucu, que eran los de Valdivia, y otros aliados con ellos, rebelarse; y así lo pusieron por obra, haciendo grandes insolencias en todo lo que pudieran ofender a los españoles. El gobernador Pedro de Valdivia, que las supo, salió al castigo con ciento y cincuenta de a caballo, no haciendo caso de los indios, como nunca lo han hecho los españoles en semejantes revueltas y levantamiento; por esta soberbia han perecido muchos, como pereció Pedro de Valdivia y los que con él fueron, a manos de los que habían menospreciado.

De esta muerte, la primera nueva que vino al Perú fue a la Ciudad de la Plata, y la trujo un indio de Chili, escrita en dos dedos de papel, sin firma ni fecha de lugar ni tiempo, en que decía: "A Pedro de Valdivia y a ciento y cincuenta lanzas que con él iban se los tragó la tierra". El traslado de estas palabras, con testimonio de que las había traído un indio de Chili, corrió luego por todo el Perú con gran escándalo de los españoles, no pudiendo atinar qué fuese aquel tragárselos la tierra, porque no podían creer que hubiese en indios pujanza para matar ciento y cincuenta españoles de a caballo, como nunca la había habido hasta entonces, y decían (por ser aquel reino, también como [el] Perú, de tierra áspera, llena de sierras, valles y honduras, y ser la región sujeta a terremotos) que podría ser que caminando aquellos españoles por alguna quebrada honda, se hubiese caído algún pedazo de sierra y los hubiese cogido debajo, y en esto se afirmaban todos, porque de la fuerza de los indios ni de su ánimo (según la experiencia de tantos años atrás) no podían imaginar que los hubiesen muerto en batalla. Estando en esta confusión los del Perú, les llegó al fin

de más de sesenta días otra relación muy larga de la muerte de Valdivia y de los suyos, y de la manera como había sido la última batalla que con los indios habían tenido. La cual referiré como la contaba entonces la relación que de Chili enviaron, que habiendo dicho el levantamiento de los indios y las desvergüenzas y maldades que habían hecho, procedía diciendo así:

Cuando Valdivia llegó donde andaban los Araucos rebelados, halló doce o trece mil de ellos, con los cuales hubo muchas batallas muy reñidas, en que siempre vencían los españoles; y los indios andaban ya tan amedrentados del tropel y furia de los caballos, que no osaban salir a campaña rasa, porque diez caballos rompían a mil indios. Solamente se entretenían en las sierras y montes, donde los caballos no podían ser señores de ellos, y de allí hacían el mal y daño que podían, sin querer oír partido alguno de los que les ofrecían, sino obstinados a morir por no ser vasallos ni sujetos de españoles. Así anduvieron muchos días los unos y los otros. Estas malas nuevas iban cada día la tierra adentro de los Araucos, y habiéndolas oído un capitán viejo que había sido famoso en su milicia y estaba ya retirado en su casa, salió a ver qué maravilla era aquélla que ciento y cincuenta hombres trujesen tan avasallados a doce o trece mil hombres de guerra, y que no pudiesen valerse con ellos, lo cual no podía creer si aquellos españoles no eran demonios u hombres inmortales, como a los principios lo creyeron los indios. Para desengañarse de estas cosas quiso hallarse en la guerra y ver por sus ojos lo que en ella pasaba. Llegado a un alto, de donde descubría los dos ejércitos, viendo el alojamiento de los suyos tan largo y extendido y el de los españoles tan pequeño y recogido, estuvo mucho rato considerando qué fuese la causa de que tan pocos venciesen a tantos, y habiendo mirado bien el sitio del campo, se había ido a los suyos y llamado a consejo, y después de largos razonamientos de todo lo hasta allí sucedido, entre otras muchas preguntas les había hecho éstas:

Si aquellos españoles eran hombres mortales como ellos o si eran inmortales como el Sol y la Luna; si sentían hambre, sed y cansancio; si tenían necesidad de dormir y descansar. En suma, preguntó si eran de carne y hueso o de hierro y acero; y de los caballos hizo las mismas preguntas. Y siéndole respondido a todas que eran hombres como ellos y de la misma compostura y naturaleza, les había dicho: "Pues idos todos a descansar, y mañana veremos en la batalla quiénes son más hombres, ellos o nosotros". Con esto se apartaron de su consejo, y al romper del alba del día siguiente mandó tocar arma, la cual dieron los indios con mucha mayor vocería y ruido de trompetas y atambores y otros muchos instrumentos semejantes que otras veces, y en un punto armó el capitán viejo trece escuadrones, cada uno de a mil hombres, y los puso a la hila, uno en pos de otro.

CAPITULO XXII

BATALLA CON NUEVA ORDEN Y ARDID DE GUERRA DE UN INDIO, CAPITAN VIEJO

Los españoles salieron, a la grita de los indios, hermosamente armados con grandes penachos en sus cabezas y en las de sus caballos y con muchos pretales de cascabeles, y cuando vieron los escuadrones divididos, tuvieron en menos los enemigos, por parecerles que más fácilmente romperían muchos pequeños escuadrones que uno muy grande. El capitán indio, viendo los españoles en el campo, dijo a los del primer escuadrón: "Id vosotros, hermanos, a pelear con aquellos españoles, y no digo que los venzáis sino que hagáis lo que pudiéredes en favor de vuestra patria. Y cuando no podáis más, huid, que yo os socorreré a tiempo, y los que hubiéredes peleado en el primer escuadrón, volviendo rotos, no os mezcléis con los del segundo, ni los del segundo con los del tercero, sino que os retiréis detrás de todos los escuadrones, que yo daré orden de lo que hayáis de hacer". Con este aviso envió el capitán viejo a pelear los suyos con los españoles, los cuales arremetieron con el primer escuadrón, y aunque los indios hicieron lo que pudieron en su defensa, los rompieron; también rompieron el segundo escuadrón, y el tercero, cuarto y quinto, con facilidad; mas no con tanta que no les costase muchas heridas y muertes de algunos de ellos y de sus caballos.

El indio capitán, así como se iban desbaratando los primeros escuadrones, enviaba poco a poco que fuesen a pelear por su orden los que sucedían. Y detrás de toda su gente tenía un capitán, el cual, de los indios huidos que habían peleado, volvía a hacer nuevos escuadrones de a mil indios y les mandaba dar de comer y de beber y que descansasen para volver a pelear cuando les llegase la vez. Los españoles, habiendo roto cinco escuadrones, alzaron los ojos a ver los que les quedaban y vieron otros once o doce delante de sí. Y aunque había más de tres horas que peleaban, se esforzaron de nuevo y, apellidándose unos a otros, arremetieron al sexto escuadrón, que iba en socorro del quinto, y lo rompieron, y también al seteno, octavo, noveno y décimo. Mas ellos ni sus caballos no andaban ya con la pujanza que a los principios, porque había grandes siete horas que peleaban sin haber cesado un momento; que los indios no los dejaban descansar en común ni en particular, que apenas habían deshecho un escuadrón cuando entraba otro a pelear, y los desbaratados se salían de la batalla a descansar y ponerse en nuevos escuadrones. Aquella hora miraron los españoles por los enemigos y vieron que todavía tenían diez escuadrones en pie, mas con sus ánimos invencibles se esforzaron a pelear; empero, las fuerzas estaban ya flacas y los caballos desalentados, y con todo eso peleaban como mejor podían, por no mostrar flaqueza a los indios. Los cuales, de hora en

hora, cobraban las fuerzas que los españoles iban perdiendo, porque sentían que ya no peleaban como al principio ni al medio de la batalla. Así anduvieron los unos y los otros hasta las dos de la tarde.

Entonces el gobernador Pedro de Valdivia, viendo que todavía tenían ocho o nueve escuadrones que romper, y que, aunque rompiesen aquéllos, irían los indios haciendo otros de nuevo, considerando la nueva manera de pelear y que según lo pasado del día tampoco les había de dejar descansar la noche, como el día, le pareció ser[í]a bien recogerse antes que los caballos les faltasen del todo, y su intención era irse retirando hasta un paso estrecho que legua y media atrás habían dejado, donde, si llegasen, pensaban ser libres. Porque dos españoles a pie podían defender el paso a todo el ejército contrario.

Con este acuerdo, aunque tarde, apellidó los suyos, como los iba topando en la batalla, y les decía: "A recoger, caballeros, y retirar poco a poco hasta el paso estrecho, y pase la palabra de unos a otros". Así lo hicieron, y juntándose todos se fueron retirando, haciendo siempre rostro a los enemigos, más para defenderse que no para ofenderles.

CAPITULO XXIII

VENCEN LOS INDIOS POR EL AVISO Y TRAICION DE UNO DE ELLOS

A esta hora un indio, que desde muchacho se había criado con el gobernador Pedro de Valdivia, llamado Felipe y en nombre de Indio Lautaru, hijo de uno de sus caciques (en quien pudo más la infidelidad y el amor de la patria que la fe que a Dios y a su amo debía), oyendo apellidarse los españoles para retirarse, cuyo lenguaje entendía por haberse criado entre ellos, temiendo no se contentasen sus parientes con verlos huir y los dejasen ir libres, salió a ellos dando voces, diciendo: "No desmayéis, hermanos, que ya huyen estos ladrones y ponen su esperanza en llegar hasta el paso estrecho. Por tanto, mirad lo que conviene a la libertad de nuestra patria y a la muerte y destrucción de estos traidores". Diciendo estas palabras, por animar los suyos con el ejemplo, tomó una lanza del suelo y se puso delante de ellos a pelear contra los españoles.

El indio capitán viejo, cúyo fue aquel nuevo ardid de guerra, viendo el camino que los españoles tomaban y el aviso de Lautaru, entendió lo que pensaban hacer los enemigos, y luego mandó a dos escuadrones de los que no habían peleado que, con buena orden y mucha diligencia, tomando atajos, fuesen a ocupar el paso estrecho que los españoles iban a tomar y que

se estuviesen quedos hasta que llegasen todos. Dada esta orden caminó, con los escuadrones que le habían quedado, en seguimiento de los españoles, y de cuando en cuando enviaba compañías y gente de refresco que reforzasen la batalla y no dejasen descansar los enemigos, y también para que los indios que iban cansados de pelear se saliesen de la pelea a tomar aliento para volver de nuevo a la batalla. De esta manera los siguieron y fueron apretando y matando algunos, hasta el paso estrecho, sin dejar de pelear un momento. Y cuando llegaron al paso era ya cerca del Sol puesto. Los españoles, viendo ocupado el paso que esperaban les fuera defensa y guarida, desconfiaron del todo de escapar de la muerte; antes, certificados en ella para morir como cristianos, llamaban el nombre de Cristo Nuestro Señor y de la Virgen su madre y de los Santos a quien más devoción tenían.

Los indios, viéndolos ya tan cansados que ni ellos ni sus caballos no podían tenerse, arremetieron todos a una, así los que les habían seguido como los que guardaban el paso, y asiendo cada caballo quince o veinte gandules cuál por la cola, piernas, brazos, crines, y otros, que acudían con las porras, herían los caballos y caballeros por doquiera que le alcanzaban, y los derribaban por tierra y los mataban con la mayor crueldad y rabia que podían mostrar. Al gobernador Pedro de Valdivia y a un clérigo que iba con él, tomaron vivos y los ataron a sendos palos hasta que se acabase la pelea, para ver de espacio lo que harían de ellos. Hasta aquí es la segunda nueva que, como he dicho, vino de Chili al Perú, del desbarate y pérdida de Valdivia, luego que sucedió, y enviáronla por relación de los indios amigos que en la batalla se hallaron; que fueron tres los que escaparon de ella, metidos en unas matas, con la oscuridad de la noche. Y cuando los indios se hubieron recogido a celebrar su victoria, salieron de las matas, y como hombres que sabían el camino y eran leales a sus amos, más que Lautaru, fueron a dar a los españoles la nueva de la rota y destrucción del famoso Pedro de Valdivia y de todos los que con él fueron.

CAPITULO XXIV

MATAN A VALDIVIA; HA CINCUENTA AÑOS QUE SUSTENTAN LA GUERRA

LA MANERA como mataron los Araucus al gobernador Pedro de Valdivia la contaron, después de esta segunda nueva, de diversas formas, porque los tres indios que escaparon de la batalla no pudieron dar razón de ella, porque no la vieron. Unos dijeron que lo había muerto Lautaru, su propio criado, hallándose atado a un palo, diciendo a los suyos: "¿Para qué guar-

dáis este traidor?" y que el Gobernador había rogado y alcanzado de los indios que no lo matasen hasta que su criado Lautaru viniese, entendiendo que, por haberle criado, procuraría salvarle la vida. Otros dijeron, y esto fue lo más cierto, que un capitán viejo lo había muerto con una porra; pudo ser que fuese el mismo capitán que dio el ardid para vencerlo. Matólo arrebatadamente, porque los suyos no aceptasen los partidos que el triste Gobernador ofrecía, atado como estaba en el palo y lo soltasen y dejasen ir libre. Porque los demás capitanes indios, fiados en las promesas de Pedro de Valdivia, estaban inclinados a le dar libertad, porque les prometía salirse de Chili y sacar todos los españoles que en el reino había y no volver más a él. Y como aquel capitán reconociese el ánimo de los suyos y viese que daban crédito al Gobernador, se levantó de entre los demás capitanes que oían los partidos, y, con una porra que tenía en las manos, mató apriesa al pobre caballero, y atajó la plática de los suyos diciendo: "Habed vergüenza de ser tan torpes e imprudentes que fiéis en las palabras de un esclavo rendido y atado. Decidme qué no prometerá un hombre que está como éste se ve, y qué cumplirá después que se vea libre".

Otros dijeron de esta muerte, y uno de ellos fue un español natural de Trujillo que se decía Francisco de Rieros, que estaba entonces en Chili y era capitán y tuvo indios en aquel reino, el cual vino al Perú poco después de aquella rota y dijo que la noche siguiente a la victoria la habían gastado los indios en grandes fiestas de danzas y bailes, solemnizando su hazaña, y que a cada baile cortaban un pedazo de Pedro de Valdivia y otro del clérigo que tenían atado cabe él, y que los asaban delante de ellos mismos y se los comían; y que el buen Gobernador, mientras hacían en ellos esta crueldad, se confesaba de sus pecados con el clérigo, y que así acabaron ambos en aquel tormento. Pudo ser que después de haberle muerto con la porra aquel capitán se lo comiesen los indios, no porque acostumbraban a comer carne humana, que nunca la comieron aquellos indios, sino por mostrar la rabia que contra él tenían, por los grandes trabajos y muchas batallas y muertes que les había causado.

Desde entonces tomaron por costumbre de formar muchos escuadrones divididos, para pelear con los españoles en batalla, como lo dice Don Alonso de Ercilla en el primer canto de su *Araucana,* y ha cuarenta y nueve años que sustentan la guerra que causó aquella rebelión, la cual se levantó a los últimos días del año de mil y quinientos y cincuenta y tres, y en aquel mismo año fue en el Perú la rebelión de Don Sebastián de Castilla, en la Villa de la Plata y Potosí, y la de Francisco Hernández Girón en el Cuzco.

Yo he referido llanamente lo que de la batalla y muerte del gobernador Pedro de Valdivia escribieron y dijeron entonces en el Perú los mismos de Chili. Tomen lo que más les agradare, y hela antepuesto de su tiempo y lugar, y por haber sido un caso de los más notables que en todas las Indias han acaecido; y también lo hice porque no sé si se ofrecerá ocasión de volver a hablar más en Chili, y también porque temo no poder llegar al

fin de carrera tan larga como sería contar la conquista que los españoles hicieron de aquel reino.

CAPITULO XXV

NUEVOS SUCESOS DESGRACIADOS DEL REINO DE CHILI

Hasta aquí tenía escrito cuando me dieron nuevas relaciones de sucesos desgraciados y lastimeros que pasaron en Chili el año de mil y quinientos y noventa y nueve, y en el Perú el año de mil y seiscientos. Entre otras calamidades contaban las de Arequepa de grandes temblores de tierra y llover arena como ceniza, cerca de veinte días, de un volcán que reventó, y que fue tanta la ceniza, que en partes cayó más de una vara de medir en alto, y en partes más de dos, y donde menos más de una cuarta. De que se causó que las viñas y sembrados de trigos y maizales quedaron enterrados, y los árboles mayores, frutíferos y no frutíferos, desgajados y sin fruto alguno, y que todo el ganado mayor y menor pereció por falta de pasto. Porque la arena que llovió cubrió los campos por unas partes más de treinta leguas y por otras más de cuarenta, en contorno de Arequepa. Hallaban las vacas muertas de quinientas en quinientas, y los hatos de ovejas, cabras y puercos, enterrados. Las casas, con el peso del arena, se cayeron, y las que quedaron fue por la diligencia que sus dueños hicieron en derribar el arena que encima tenían. Hubo tan grandes relámpagos y truenos que se oían treinta leguas en contorno de Arequepa. El Sol, muchos días de aquéllos, por la arena y neblina que sobre la tierra caía, se oscurecía de tal manera que en medio del día encendían lumbre para hacer lo que les convenía. Estas cosas y otras semejantes escribieron que habían sucedido en aquella ciudad y su comarca, las cuales hemos dicho en suma, abreviando la relación que enviaron del Perú, que basta, porque los historiadores que escribieron los sucesos de estos tiempos están obligados a decirlos más largamente como pasaron.

Las desdichas de Chili diremos como vinieron escritas de allá, porque son a propósito de lo que se ha dicho de aquellos indios Araucos y sus hazañas, nacidas de aquel levantamiento del año de mil y quinientos y cincuenta y tres, que dura hasta hoy, que entra ya el año de mil y seiscientos y tres; y no sabemos cuándo tendrá fin; antes parece que de año en año va tomando fuerzas y ánimo para pasar adelante, pues el fin de cuarenta y nueve años de su rebelión, y después de haber sustentado guerra perpetua a fuego y a sangre, todo este largo tiempo hicieron lo que veremos, que es sacado a la letra de una carta que escribió un vecino de la ciudad de

Santiago de Chili, la cual vino juntamente con la relación de las calamidades de Arequepa. Estas relaciones me dio un caballero, señor y amigo mío, que estuvo en el Perú y fue capitán contra los amotinados que hubo en el reino de Quitu sobre la imposición de las alcabalas y sirvió mucho en ellas a la corona de España; dícese Martín Zuazo. El título de las desventuras de Chili dice: "Avisos de Chili". Y luego entra diciendo: "Cuando se acababan de escribir los avisos arriba dichos de Arequepa, llegaron de Chili otros, de grandísimo dolor y sentimiento, que son los que se siguen, puestos de la misma manera que de allá vinieron.

"Relación de la pérdida y destrucción de la ciudad de Valdivia, en Chili, que sucedió miércoles veinte y cuatro de noviembre de mil quinientos y noventa y nueve. Al amanecer de aquel día vino sobre aquella ciudad hasta cantidad de cinco mil indios de los comarcanos y de los distritos de la Imperial, Pica y Purem, los tres mil de a caballo y los demás de a pie; dijeron traían más de setenta arcabuceros y más de doscientas cotas. Los cuales llegaron al amanecer sin ser sentidos, por haberlos traído espías dobles de la dicha ciudad. Trajeron ordenadas cuadrillas, porque supieron que dormían los españoles en sus casas y que no tenían en el cuerpo de guardia más de cuatro hombres y dos que velaban de ronda; que los tenía la fortuna ciegos con dos *malocas* (que es lo mismo que correrías) que hicieron veinte días antes, y desbarataron un fuerte que tenían los indios hecho en la vega y ciénaga de Paparlen, con muerte de muchos de ellos; tantos, que se entendía que en ocho leguas a la redonda no podía venir indio porque habían recibido muy gran daño. Mas cohechando las espías dobles, salieron con el más bravo hecho que jamás bárbaros hicieron, que pusieron con gran secreto cerco a cada casa, con la gente que bastaba para la que ya sabían los indios que había dentro; y tomando las bocas de las calles, entraron en ellas, tomando arma a la ciudad desdichada, poniendo fuego a las casas y tomando las puertas para que no se escapase nadie ni se pudiesen juntar unos con otros; y dentro de dos horas asolaron el pueblo a fuego y a sangre, ganaron los indios el fuerte y artillería, por no haber gente dentro. La gente rendida y muerta fue en número de cuatrocientos españoles, hombres y mujeres y criaturas. Saquearon trescientos mil pesos de despojos y no quedó cosa sin ser derribada y quemada. Los navíos de Vallano, Villarroel y otro de Diego de Rojas, se hicieron a lo largo por el río. Allí con canoas, se escapó alguna gente, que si no fuera por esto no escapara quien trujera la nueva; hubo este rigor en los bárbaros por los muertos que en las dos correrías arriba se dijo hicieron en ellos y por haber dado y vendido los más de sus mujeres y hijos que habían preso, a los mercaderes, para sacarlos fuera de su natural. Hicieron esto, habiendo tenido servidumbre de más de cincuenta años, siendo todos bautizados y habiendo tenido todo este tiempo sacerdotes que les administraban doctrina. Fue lo primero que quemaron los templos, haciendo gran destrozo en las imágenes y santos, haciéndolos pedazos con sacrílegas manos. Diez días después de este suceso llegó al puerto de aquella

ciudad el buen coronel Francisco del Campo con socorro de trescientos hombres que Su Excelencia enviaba del Perú para el socorro de aquellas ciudades. Rescató allí un hijo y una hija suya, niños de poca edad, los cuales había dejado en poder de una cuñada suya, y en este rebato los habían cautivado con los demás; luego, como vio la lastimosa pérdida de la ciudad, con grande ánimo y valor desembarcó su gente, para ir a socorro [de] las ciudades de Osorno y Villarrica y la triste Imperial, de la cual no se sabía más de que había un año que estaba cercada de los enemigos; y entendían que eran todos muertos de hambre, porque no comían sino los caballos muertos, y después perros y gatos y cueros de animales. Lo cual se supo por lo que avisaron los de aquella ciudad, que por el río abajo vino un mensajero a suplicar y a pedir socorros, con lastimosos quejidos, de aquella miserable gente. Luego que el dicho coronel se desembarcó, determinó lo primero socorrer la ciudad de Osorno, porque supo que los enemigos, habiendo asolado la ciudad de Valdivia, victoriosos con este hecho, iban a dar cabo a la dicha ciudad de Osorno, la cual socorrió el coronel y hizo otros buenos efectos. A la hora que escribo ésta, ha venido nueva que los de la Imperial perecieron de hambre todos, después de un año de cerco. Sólo se escaparon veinte hombres, cuya suerte fue muy más trabajosa que la de los muertos, porque, necesitados de la hambre, se pasaron al bando de los indios. En Angol mataron cuatro soldados; no se sabe quiénes son. Nuestro Señor se apiade de nosotros, amén. De Santigo de Chili y de marzo de mil y seiscientos años".

Todo esto, como se ha dicho, venía en las relaciones referidas del Perú y del reino de Chili, que ha sido gran plaga para toda aquella tierra, sin lo cual el Padre Diego de Alcobaza, ya otras veces por mí nombrado, en una carta que me escribió, año de mil y seiscientos y uno, entre otras cosas me escribe de aquel Imperio, dice del reino de Chili estas palabras: "Chili está muy malo, y los indios tan diestros y resabiados en la guerra, que no hay indio que con una lanza y a caballo no salga a cualquiera soldado español, por valiente que sea, y cada año se hace gente en el Perú para ir allá, y van muchos y no vuelve ninguno; han saqueado dos pueblos de españoles y muerto todos los que hallaron en ellos y llevádose las pobres hijas y mujeres, habiendo primero muerto los padres e hijos y todo género de servicio, y últimamente mataron en una emboscada al gobernador Loyola, casado con una hija de Don Diego Sayritúpac, el Inca que salió de Uillcapampa antes que vuestra merced se fuera a esas partes. Dios haya misericordia de los muertos y ponga remedio en los vivos". Hasta aquí es del Padre Alcobaza, sin otras nuevas de mucha lástima que me escribe, que por ser odiosas no las digo, entre las cuales refiere las plagas de Arequepa, que una de ellas fue que valió el trigo en ella aquel año a diez y a once ducados, y el maíz a trece.

Con todo lo que se ha dicho de Arequepa, viven todavía sus trabajos con las inclemencias de todos los cuatro elementos que la persiguen, como consta por las relaciones que los Padres de la Santa Compañía de Jesús

enviaron a su Generalísimo de los sucesos notables del Perú, el año de mil y seiscientos y dos. En las cuales dicen aún no se han acabado las desventuras de aquella ciudad. Pero en las mismas relaciones dicen cuánto mayores son las del reino de Chili, que sucedieron a las que atrás hemos dicho, las cuales me dio el Padre Maestro Francisco de Castro, natural de Granada, que este año de seiscientos y cuatro es prefecto de las escuelas de este santo colegio de Córdoba y lee Retórica en ella; la relación del particular de Chili, sacado a la letra, con su título, dice así:

"De la rebelión de los Araucos

"De trece ciudades que había en este reino de Chili, destruyeron los indios las seis que son: Valdivia, la Imperial, Angol, Santa Cruz, Chillán y la Concepción. Derribaron, consumieron y talaron en ellas la habitación de sus casas, la honra de sus templos, la devoción y fe que resplandecía en ellos, la hermosura de sus campos, y el mayor que se padeció fue que con estas victorias crecieron los ánimos de los indios y tomaron avilantez para mayores robos e incendios, asolamientos, sacos y destrucciones de ciudades y monasterios. Hicieron estudio en sus malas mañas, artificiosos engaños; cercaron la ciudad de Osorno y, gastando las fuerzas a los españoles, los fueron retirando a un fuerte, adonde los han tenido casi con un continuo cerco, sustentándose los asediados con unas semillas de yerbas y con solas hojas de nabos, y éstos no lo alcanzaban todos, sino a muy buenas lanzadas; en uno de los cercos que ha tenido esta ciudad quebraron las imágenes de Nuestro Señor y Nuestra Señora y de los santos, con infinita paciencia de Dios por su invencible clemencia, pues no faltó poder para castigo, sino sobró bondad para tolerarlo y sufrirlo. En el último cerco que hicieron los indios a este fuerte, sin ser sentidos de los españoles, mataron las centinelas, y a su salvo le entraron y apoderándose de él con inhumanidad de bárbaros. Pasaban a cuchillo todas las criaturas, maniatando todas las mujeres y monjas, queriéndolas llevar por sus cautivas. Pero estando codiciosos con sus despojos, ocupados en ellos y desordenados, dándose priesa a recogerlos y guardarlos, tuvieron lugar de reforzarse los ánimos de los españoles, y, revolviendo sobre los enemigos, fue Dios servido de dar a los nuestros buena mano, que, quitándoles la presa de las mujeres y religiosas, aunque con pérdida de algunas pocas que llevaron consigo, los retiraron y ahuyentaron. La última victoria que los indios han tenido ha sido tomar a la Villarrica, asolándola, con mucha sangre de españoles derramada. Los enemigos le pegaron fuego por cuatro partes; mataron todos los religiosos de Santo Domingo, San Francisco y Nuestra Señora de las Mercedes y a los clérigos que allí estaban; llevaron cautivas todas las mujeres, que eran muchas y muy principales, con que se dio remate a una ciudad tan rica y un fin tal, con tan infelice suerte, a un lugar por su conocida nobleza tan ilustre".

Hasta aquí es la relación de Chili, que vino al principio de este año de seiscientos y cuatro. A todo lo cual no sé qué decir, más de que son secretos juicios de Dios, que sabe por qué lo permite. Y con esto volveremos al buen Inca Yupanqui, y diremos lo poco que de su vida resta por decir.

CAPITULO XXVI

VIDA QUIETA Y EJERCICIOS DEL REY INCA YUPANQUI HASTA SU MUERTE

El rey Inca Yupanqui, habiendo dado orden y asiento en las provincias que sus capitanes conquistaron en el reino de Chili, así en su idolatría como en el gobierno de los vasallos y en la hacienda real y del Sol, determinó dejar del todo las conquistas de nuevas tierras, por parecerle que eran muchas las que por su persona y por sus capitanes había ganado, que pasaba ya su Imperio de mil leguas de largo, por lo cual quiso atender lo que de la vida le quedaba en ilustrar y ennoblecer sus reinos y señoríos, y así mandó, para memoria de sus hazañas, labrar muchas fortalezas y nuevos y grandes edificios de templos para el Sol y casas para las escogidas, y para los reyes hizo pósitos reales y comunes; mandó sacar grandes acequias y hacer muchos andenes. Añadió riquezas a las que había en el templo del Sol en el Cuzco, que, aunque la casa no las había menester, le pareció adornarla todo lo que pudiese por mostrarse hijo del que tenía por padre. En suma, no dejó cosa, de las buenas que sus pasados habían hecho para ennoblecer su Imperio, que él no hiciese. Particularmente se ocupó en la obra de la fortaleza del Cuzco, que su padre le dejó trazada y recogida grandísima cantidad de piedras o peñas para aquel bravo edificio, que luego veremos. Visitó sus reinos por ver por sus ojos las necesidades de los vasallos, para que se remediasen. Las cuales socorría con tanto cuidado que mereció el renombre de pío. En estos ejercicios vivió este Príncipe algunos años en suma paz y quietud, servido y amado de los suyos. Al cabo de ellos enfermó, y, sintiéndose cercano a la muerte, llamó al príncipe heredero y a los demás sus hijos, y en lugar de testamento les encomendó la guarda de su idolatría, sus leyes y costumbres, la justicia y rectitud con los vasallos y el beneficio de ellos; díjoles quedasen en paz, que su padre el Sol le llamaba para que fuese a descansar con él. Así falleció lleno de hazañas y trofeos, habiendo alargado su Imperio más de quinientas leguas de largo a la parte del sur, desde Atacama hasta el río Maulli. Y por la parte del norte más de ciento y cuarenta leguas por la costa, desde Chincha hasta Chimu.

Fue llorado con gran sentimiento; celebraron sus exequias un año, según la costumbre de los Incas; pusiéronle en el décimo número de sus dioses, hijos del Sol, porque fue el décimo Rey. Ofreciéronle muchos sacrificios. Dejó por sucesor y universal heredero a Túpac Inca Yupanqui, su hijo primogénito y de la Coya Chimpu Ocllo, su mujer y hermana. El nombre propio de esta Reina fue Chimpu; el nombre Ocllo era apellido sagrado entre ellos, y no propio.[1] Dejó otros muchos hijos e hijas legítimas en sangre y no legítimos, que pasaron de doscientos y cincuenta, que son muchos considerada la multitud de mujeres escogidas que en cada provincia tenían aquellos Reyes. Y porque este Inca dio principio a la obra de la fortaleza del Cuzco, será bien la pongamos luego en pos de su autor, para que sea trofeo de sus trofeos, no solamente de los suyos, mas también de todos sus antepasados y sucesores; porque la obra era tan grande que podía servir de dar fama a todos sus Reyes.

CAPITULO XXVII

LA FORTALEZA DEL CUZCO; EL GRANDOR DE SUS PIEDRAS

MARAVILLOSOS EDIFICIOS hicieron los Incas Reyes del Perú en fortalezas, en templos, en casas reales, en jardines, en pósitos y en caminos y otras fábricas de grande excelencia, como se muestran hoy por las ruinas que de ellas han quedado, aunque mal se puede ver por los cimientos lo que fue todo el edificio.

La obra mayor y más soberbia que mandaron hacer para mostrar su poder y majestad fue la fortaleza del Cuzco, cuyas grandezas son increíbles a quien no las ha visto, y al que las ha visto y mirado con atención le hacen imaginar y aun creer que son hechas por vía de encantamiento y que las hicieron demonios y no hombres; porque la multitud de las piedras, tantas y tan grandes, como las que hay puestas en las tres cercas (que más son peñas que piedras), causa admiración imaginar cómo las pudieron cortar de las canteras de donde se sacaron; porque los indios no tuvieron bueyes,

1 Chimpu Ocllo era también el nombre de la madre del Inca Garcilaso. Como se ve, Chimpu era nombre propio y Ocllo un patronímico, no exactamente "sagrado" sino prestigioso y restringido. En un pasaje anterior (*Com.* Libro IV, cap. 7), el Inca aclara que había mujeres de sangre real "que en sus casas vivían en recogimiento y honestidad, con voto de virginidad, aunque no de clausura... Estas eran tenidas en grandísima veneración por su castidad y limpieza, y por excelencia y deidad las llamaban *Ocllo,* que era como nombre consagrado en su idolatría". Así hubo de ocurrir con la madre del Inca hasta la llegada de los españoles; pero después se hizo más lato el uso del apellido, como lo demuestran muchos documentos en los archivos.

ni supieron hacer carros, ni hay carros que las puedan sufrir ni bueyes que basten a tirarlas; llevábanlas arrastrando a fuerza de brazos con gruesas maromas; ni los caminos por do las llevaban eran llanos, sino sierras muy ásperas, con grandes cuestas, por do las subían y bajaban a pura fuerza de hombres. Muchas de ellas llevaron de diez, doce, quince leguas, particularmente la piedra o, por decir mejor, la peña que los indios llaman Saycusca, que quiere decir cansada (porque no llegó al edificio); se sabe que la trujeron de quince leguas de la ciudad y que pasó el río de Yúcay, que es poco menor que [el] Guadalquivir por Córdoba. Las que llevaron de más cerca fueron de Muina, que está cinco leguas del Cuzco. Pues pasar adelante con la imaginación y pensar cómo pudieron ajustar tanto unas piedras tan grandes que apenas pueden meter la punta de un cuchillo por ellas, es nunca acabar. Muchas de ellas están tan ajustadas que apenas se aparece la juntura; para ajustarlas tanto era menester levantar y asentar la una piedra sobre la otra muchas veces, porque no tuvieron escuadra ni supieron valerse siquiera de una regla para asentarla encima de una piedra y ver por ella si estaba ajustada con la otra.

Tampoco supieron hacer grúas ni garruchas ni otro ingenio alguno que les ayudara a subir y bajar las piedras, siendo ellas tan grandes que espantan, como lo dice el muy reverendo Padre Joseph de Acosta hablando de esta misma fortaleza; que yo, por [no] tener la precisa medida del grandor de muchas de ellas, me quiero valer de la autoridad de este gran varón, que, aunque la he pedido a los condiscípulos y me la han enviado, no ha sido la relación tan clara y distinta como yo la pedía de los tamaños de las piedras mayores, que quisiera la medida por varas y ochavas, y no por brazas como me la enviaron; quisiérala con testimonios de escribanos, porque lo más maravilloso de aquel edificio es la increíble grandeza de las piedras, por el incomportable trabajo que era menester para las alzar y bajar hasta ajustarlas y ponerlas como están; porque no se alcanza cómo se pudo hacer con no más ayuda de costa de la de los brazos. Dice, pues, el Padre Acosta, Libro seis, capítulo catorce: "Los edificios y fábricas que los Incas hicieron en fortalezas, en templos, en caminos, en casas de campo y otras, fueron muchos y de excesivo trabajo, como lo manifiestan el día de hoy las ruinas y pedazos que han quedado, como se ven en el Cuzco y en Tiaguanaco y en Tambo y en otras partes, donde hay piedras de inmensa grandeza, que no se puede pensar cómo se cortaron y trajeron y asentaron donde están; para todos estos edificios y fortalezas que el Inca mandaba hacer en el Cuzco y en diversas partes de su reino, acudía grandísimo número de todas las provincias; porque la labor es extraña y para espantar, y no usaban de mezcla ni tenían hierro ni acero para cortar y labrar las piedras, ni máquinas ni instrumentos para traerlas; y con todo eso están tan pulidamente labradas que en muchas partes apenas se ve la juntura de unas con otras. Y son tan grandes muchas piedras de éstas como está dicho, que sería cosa increíble si no se viese. En Tiaguanaco medí yo una piedra de treinta y ocho pies de largo y de diez y ocho de ancho, y el grueso sería de seis pies; y en la muralla de

la fortaleza del Cuzco, que es de mampostería, hay muchas piedras de mucho mayor grandeza, y lo que más admira es que, no siendo cortadas éstas que digo de la muralla por regla, sino entre sí muy desiguales en el tamaño y en la facción, encajan unas con otras con increíble juntura, sin mezcla. Todo esto se hacía a poder de mucha gente y con gran sufrimiento en el labrar, porque para encajar una piedra con otra era forzoso probarla muchas veces, no estando las más de ellas iguales ni llanas", etc. Todas son palabras del Padre Maestro Acosta, sacadas a la letra, por las cuales se verá la dificultad y el trabajo con que hicieron aquella fortaleza, porque no tuvieron instrumentos ni máquinas de qué ayudarse.

Los Incas, según lo manifiesta aquella su fábrica, parece que quisieron mostrar por ella la grandeza de su poder, como se ve en la inmensidad y majestad de la obra; la cual se hizo más para admirar que no para otro fin. También quisieron hacer muestra del ingenio de sus maestros y artífices, no sólo en la labor de la cantería pulida (que los españoles no acaban de encarecer), mas también en la obra de la cantería tosca, en la cual no mostraron menos primor que en la otra. Pretendieron asimismo mostrarse hombres de guerra en la traza del edificio, dando a cada lugar lo necesario para defensa contra los enemigos.

La fortaleza edificaron en un cerro alto que está al setentrión de la ciudad, llamado Sacsahuaman, de cuyas faldas empieza la población del Cuzco y se tiende a todas partes por gran espacio. Aquel cerro (a la parte de la ciudad) está derecho, casi perpendicular, de manera que está segura la fortaleza de que por aquella banda la acometan los enemigos en escuadrón formado ni de otra manera, ni hay sitio por allí donde puedan plantar artillería, aunque los indios no tuvieron noticia de ella hasta que fueron los españoles; por la seguridad que por aquella banda tenía, les pareció que bastaba cualquiera defensa, y así echaron solamente un muro grueso de cantería de piedra, ricamente labrada por todas cinco partes, si no era por el trasdós, como dicen los albañís; tenía aquel muro más de doscientas brazas de largo: cada hilada de piedra era de diferente altor, y todas las piedras de cada hilada muy iguales y asentadas por hilo, con muy buena trabazón; y tan ajustadas unas con otras por todas cuatro partes, que no admitían mezcla. Verdad es que no se la echaban de cal y arena, porque no supieron hacer cal; empero, echaban por mezcla una lechada de un barro colorado que hay, muy pegajoso, para que hinchase y llenase las picaduras que al labrar la piedra se hacían. En esta cerca mostraron fortaleza y policía, porque el muro es grueso y la labor muy pulida a ambas partes.

CAPITULO XXVIII

TRES MUROS DE LA CERCA, LO MAS ADMIRABLE DE LA OBRA

En contra de este muro, por la otra parte, tiene el cerro un llano grande; por aquella banda suben a lo alto del cerro con muy poca cuesta, por donde los enemigos podían arremeter en escuadrón formado. Allí hicieron tres muros, uno delante de otro, como va subiendo el cerro; tendrá cada muro más de doscientas brazas de largo. Van hechos en forma de media luna, porque van a cerrar y juntarse con el otro muro pulido, que está a la parte de la ciudad. En el primer muro de aquellos tres quisieron mostrar la pujanza de su poder, que, aunque todos tres son de una misma obra, aquél tiene la grandeza de ella, donde pusieron las piedras mayores, que hacen increíble el edificio a quien no lo ha visto y espantable a quien lo mira con atención, si considera bien la grandeza y la multitud de las piedras y el poco aliño que tenían para las cortar, labrar y asentar en la obra.

Tengo para mí que no son sacadas de canteras, porque no tienen muestra de haber sido cortadas, sino que llevaban las pequeñas sueltas y desasidas (que los canteros llaman tormos) que por aquellas sierras hallaban, acomodadas para la obra; y como las hallaban, así las asentaban, porque unas son cóncavas de un cabo y convexas de otro y sesgas de otro, unas con puntas a las esquinas y otras sin ellas; las cuales faltas o demasías no las procuraban quitar ni emparejar ni añadir, sino que el vacío y cóncavo de una peña grandísima lo henchían con el lleno y convexo de otra peña tan grande y mayor, si mayor la podían hallar; y por el semejante el sesgo o derecho de una peña igualaban con el derecho o sesgo de otra; y la esquina que faltaba a una peña la suplían sacándola de otra, no en pieza chica que solamente hinchiese aquella falta, sino arrimando otra peña con una punta sacada de ella, que cumpliese la falta de la otra; de manera que la intención de aquellos indios parece que fue no poner en aquel muro piedras chicas, aunque fuese para suplir las faltas de las grandes, sino que todas fuesen de admirable grandeza, y que unas a otras se abrazasen, favoreciéndose todas, supliendo cada cual la falta de la otra, para mayor majestad del edificio, y esto es lo que el Padre Acosta quiso encarecer diciendo: "lo que más admira es que no siendo cortadas éstas de la muralla por regla, sino entre sí muy desiguales en el tamaño y en la facción, encajan unas con otras con increíble juntura, sin mezcla". Con ir asentadas tan sin orden, regla ni compás, están las peñas por todas partes tan ajustadas unas con otras como la cantería pulida; la haz de aquellas peñas labraron toscamente; casi les dejaron como se estaban en su nacimiento; solamente para las junturas labraron de caña cuatro dedos, y aquello muy bien labrado; de manera que de lo tosco de la haz y de lo pulido de las junturas y del desorden del asiento de aquellas peñas y peñascos, vinieron a hacer una galana y vistosa labor.

Un sacerdote natural de Montilla, que fue al Perú después que yo estoy en España y volvió en breve tiempo, hablando de esta fortaleza, particularmente de la monstruosidad de sus piedras, me dijo que antes de verlas nunca jamás imaginó creer que fuesen tan grandes como le habían dicho, y que después que las vió le parecieron mayores que la fama; y que entonces le nació otra duda más dificultosa, que fue imaginar que no pudieron asentarlas en la obra sino por arte del demonio. Cierto tuvo razón de dificultar el cómo se asentaron en el edificio, aunque fuera con el ayuda de todas las máquinas que los ingenieros y maestros mayores de por acá tienen; cuanto más tan sin ellas, porque en esto excede aquella obra a las siete que escriben por maravillas del mundo; porque hacer una muralla tan larga y ancha como la de Babilonia y un coloso de Rodas y las pirámides de Egipto y las demás obras, bien se ve cómo se pudieron hacer, que fue acudiendo gente innumerable y añadiendo de día en día y de año en año material a material y más material; eso me da que sea de ladrillo y betún, como la muralla de Babilonia, o de bronce y cobre, como el coloso de Rodas, o de piedra y mezcla, que la pujanza de la gente, mediante el largo tiempo, lo venció todo. Mas imaginar cómo pudieron aquellos indios tan sin máquinas, ingenios ni instrumentos, cortar, labrar, levantar y bajar peñas tan grandes (que más son pedazos de sierra que piedras de edificio), y ponerlas tan ajustadas como están, no se alcanza; y por esto lo atribuyen a encantam[i]ento, por la familiaridad tan grande que con los demonios tenían.

En cada cerca, casi en medio de ella, había una puerta, y cada puerta tenía una piedra levadiza del ancho y alto de la puerta con que la cerraban. A la primera llamaron Tiupuncu, que quiere decir: puerta del arenal, porque aquel llano es algo arenoso, de arena de hormigón: llaman *tiu* al arenal y a la arena, y *puncu* quiere decir puerta. A la segunda llamaron Acahuana Puncu, porque el maestro mayor que la hizo se llamaba Acahuana, pronunciada la sílaba *ca* en lo interior de la garganta. La tercera se llamó Viracocha Puncu, consagrada a su dios Viracocha, aquella fantasma de quien hablamos largo, que se apareció al príncipe Viracocha Inca y le dio aviso del levantamiento de los Chancas, por lo cual lo tuvieron por defensor y nuevo fundador de la ciudad del Cuzco, y como a tal le dieron aquella puerta, pidiéndole fuese guarda de ella y defensor de la fortaleza, como ya en tiempos pasados lo había sido de toda la ciudad y de todo su Imperio. Entre un muro y otro de aquellos tres, por todo el largo de ellos, hay un espacio de veinte y cinco o treinta pies; está terraplenado hasta lo alto de cada muro; no sabré decir si el terraplén es del mismo cerro que va subiendo o si es hecho a mano: debe ser de lo uno y de lo otro. Tenía cada cerca su antepecho de más de una vara en alto, de donde podían pelear con más defensa que al descubierto.

CAPITULO XXIX

TRES TORREONES, LOS MAESTROS MAYORES Y LA PIEDRA CANSADA

PASADAS AQUELLAS tres cercas, hay una plaza larga y angosta, donde había tres torreones fuertes, en triángulo prolongado, conforme al sitio. Al principal de ellos, que estaba en medio, llamaron Móyoc Marca; quiere decir: fortaleza redonda, porque estaba hecho en redondo. En ella había una fuente de mucha y muy buena agua, traída de lejos, por debajo de tierra. Los indios no saben decir de dónde ni por dónde. Entre el Inca y los del Supremo Consejo, andaba secreta la tradición de semejantes cosas. En aquel torreón se aposentaban los Reyes cuando subían a la fortaleza a recrearse, donde todas las paredes estaban adornadas de oro y plata, con animales y aves y plantas contrahechas al natural y encajadas en ellas, que servían de tapicería. Había asimismo mucha vajilla y todo el demás servicio que hemos dicho que tenían las casas reales.

Al segundo torreón llamaron Páucar Marca, y al tercero Sácllac Marca; ambos eran cuadrados; tenían muchos aposentos para los soldados que había de guarda, los cuales se remudaban por su orden; habían de ser de los Incas del privilegio, que los de otras naciones no podían entrar en aquella fortaleza; porque era casa del Sol, de armas y guerra, como lo era el templo de oración y sacrificios. Tenía su capitán general como alcaide; había de ser de la sangre real y de los legítimos; el cual tenía sus tenientes y ministros, para cada ministerio el suyo: para la milicia de los soldados, para la provisión de los bastimentos, para la limpieza y policía de las armas, para el vestido y calzado que había de depósito para la gente de guarnición que en la fortaleza había.

Debajo de los torreones había labrado, debajo de tierra, otro tanto como encima; pasaban las bóvedas de un torreón a otro, por las cuales se comunicaban los torreones, también como por cima. En aquellos soterraños mostraron grande artificio; estaban labrados con tantas calles y callejas, que cruzaban de una parte a otra con vueltas y revueltas, y tantas puertas, unas en contra de otras y todas de un tamaño que, a poco trecho que entraban en el laberinto, perdían el tino y no acertaban a salir; y aun los muy prácticos no osaban entrar sin guía; la cual había de ser un ovillo de hilo grueso que al entrar dejaban atado a la puerta, para salir guiándose por él. Bien muchacho, con otros de mi edad, subí muchas veces a la fortaleza, y con estar ya arruinado todo el edificio pulido —digo lo que estaba sobre la tierra y aun mucho de lo que estaba debajo—, no osábamos entrar en algunos pedazos de aquellas bóvedas que habían quedado, sino hasta donde alcanzaba la luz del Sol, por no perdernos dentro, según el miedo que los indios nos ponían.

No supieron hacer bóveda de arco; yendo labrando las paredes, dejaban para los soterraños unos canecillos de piedra, sobre los cuales echaban, en lugar de vigas, piedras largas, labradas a todas seis haces, muy ajustadas, que alcanzaban de una pared a otra. Todo aquel gran edificio de la fortaleza fue de cantería pulida y cantería tosca, ricamente labrada, con mucho primor, donde mostraron los Incas lo que supieron y pudieron, con deseo que la obra se aventajase en artificio y grandeza a todas las demás que hasta allí habían hecho, para que fuese trofeo de sus trofeos, y así fue el último de ellos, porque pocos años después que se acabó entraron los españoles en aquel Imperio y atajaron otros tan grandes que se iban haciendo.

Entendieron cuatro maestros mayores en la fábrica de aquella fortaleza. El primero y principal, a quien atribuyen la traza de la obra, fue Hualpa Rimachi Inca, y para decir que era el principal le añadieron el nombre *Apu,* que es capitán o superior en cualquier ministerio, y así le llaman Apu Huallpa Rimachi; al que le sucedió le llaman Inca Maricanchi. El tercero fue Acahuana Inca; a éste atribuyen mucha parte de los grandes edificios de Tiahuanacu, de los cuales hemos dicho atrás. El cuarto y último de los maestros se llamó Calla Cúnchuy; en tiempo de éste trajeron la piedra cansada, a la cual puso el maestro mayor su nombre porque en ella se conservase su memoria, cuya grandeza también, como de las demás sus iguales, es increíble. Holgara poner aquí la medida cierta del grueso y alto de ella; no he merecido haberla precisa; remítome a los que la han visto. Está en el llano antes de la fortaleza; dicen los indios que del mucho trabajo que pasó por el camino, hasta llegar allí, se cansó y lloró sangre, y que no pudo llegar al edificio. La piedra no está labrada sino tosca, como la arrancaron de donde estaba escuadrada. Mucha parte de ella está debajo de tierra; dícenme que ahora está más metida debajo de tierra que yo la dejé, porque imaginaron que debajo de ella había gran tesoro y cavaron como pudieron para sacarlo; mas antes que llegasen al tesoro maginado, se les hundió aquella gran peña y escondió la mayor parte de su grandor, y así lo más de ella está debajo de tierra. A una de sus esquinas altas tiene un agujero o dos, que, si no me acuerdo mal, pasan la esquina de una parte a otra. Dicen los indios que aquellos agujeros son los ojos de la piedra, por do lloró la sangre; del polvo que en los agujeros se recoge y del agua que llueve y corre por la piedra abajo, se hace una mancha o señal algo bermeja, porque la tierra es bermeja en aquel sitio: dicen los indios que aquella señal quedó de la sangre que derramó cuando lloró. Tanto como esto afirmaban esta fábula, y yo se la oí mucha veces.

La verdad historial, como la contaban los Incas amautas, que eran los sabios, filósofos y doctores en toda cosa de su gentilidad, es que traían la piedra más de veinte mil indios, arrastrándola con grandes maromas; iban con gran tiento; el camino por do la llevaban es áspero, con muchas cuestas agias que subir y bajar; la mitad de la gente tiraba de las maromas por delante, la otra mitad iba sosteniendo la peña con otras maromas que lle-

vaba asidas atrás, porque no rodase por las cuestas abajo y fuese a parar donde no pudiesen sacarla.

En una de aquellas cuestas (por descuido que hubo entre los que iban sosteniendo, que no tiraron todos a la par), venció el peso de la peña a la fuerza de los que la sostenían, y se soltó por la cuesta abajo y mató tres o cuatro mil indios de los que la iban guiando; mas con toda esta desgracia la subieron y pusieron en el llano donde ahora está. La sangre que derramó dicen que es la que lloró, porque la lloraron ellos y porque no llegó a ser puesta en el edificio. Decían que se cansó y que no pudo llegar allá porque ellos se cansaron de llevarla; de manera que lo que por ellos pasó atribuyen a la peña; de esta suerte tenían otras muchas fábulas que enseñaban por tradición a sus hijos y descendientes, para que quedase memoria de los acaecimientos más notables que entre ellos pasaban.

Los españoles, como envidiosos de sus admirables victorias, debiendo sustentar aquella fortaleza aunque fuera reparándola a su costa, para que por ella vieran en siglos venideros cuán grandes habían sido las fuerzas y el ánimo de lo que la ganaron y fuera eterna memoria de sus hazañas, no solamente no la sustentaron, mas ellos propios la derribaron para edificar las casas particulares que hoy tienen en la ciudad del Cuzco, que, por ahorrar la costa y la tardanza y pesadumbre con que los indios labraban las piedras para los edificios, derribaron todo lo que de cantería pulida estaba edificado dentro de las cercas, que hoy no hay casa en la ciudad que no haya sido labrada con aquella piedra, a lo menos las que han labrado los españoles.

Las piedras mayores, que servían de vigas en los soterraños, sacaron para umbrales y portadas, y las piedras menores para los cimientos y paredes; y para las gradas de las escaleras buscaban las hiladas de piedra del altor que les convenía, y, habiéndola hallado, derribaban todas las hiladas que había encima de la que habían menester, aunque fuesen diez o doce hiladas o muchas más. De esta manera echaron por tierra aquella gran majestad, indigna de tal estrago, que eternamente hará lástima a los que la miraren con atención de lo que fue; derribáronla con tanta prisa que aun yo no alcancé de ella sino las pocas reliquias que he dicho. Las tres murallas de peñas dejé en pie, porque no las pueden derribar por la grandeza de ellas; y aun con todo eso, según me han dicho, han derribado parte de ellas, buscando la cadena o maroma de oro que Huaina Cápac hizo; porque tuvieron conjeturas o rastros que la habían enterrado por allí.

Dio principio a la fábrica de aquella no bien encarecida y mal dibujada fortaleza el buen Rey Inca Yupanqui, décimo de los Incas, aunque otros quieren decir que fue su padre Pachacútec Inca; dícenlo porque dejó la traza y el modelo hecho y recogida grandísima cantidad de piedra y peñas, que no hubo otro material en aquella obra. Tardó en acabarse más de cincuenta años, hasta los tiempos de Huaina Cápac, y aun dicen los indios que no estaba acabada, porque la piedra cansada la habían traído para otra gran

fábrica que pensaban hacer, la cual, con otras muchas que por todo aquel Imperio se hacían, atajaron las guerras civiles que poco después entre los dos hermanos Huáscar Inca y Atahuallpa se levantaron, en cuyo tiempo entraron los españoles, que las atajaron y derribaron del todo, como hoy están.

FIN DEL LIBRO SEPTIMO

LIBRO OCTAVO

de los Comentarios Reales de los Incas,

donde se verán las muchas conquistas que Túpac Inca Yupanqui, undécimo Rey, hizo, y tres casamientos que su hijo Huaina Cápac celebró; el testamento y muerte del dicho Túpac Inca; los animales mansos y bravos, mieses y legumbres, frutas y aves y cuatro ríos famosos, piedras preciosas, oro y plata, y, en suma, todo lo que había en aquel Imperio antes que los españoles fueran a él

Contiene veinte y cinco capítulos

CAPITULO I

LA CONQUISTA DE LA PROVINCIA HUACRACHUCU, Y SU NOMBRE

EL GRAN Túpac Inca Yupanqui (cuyo apellido Túpac quiere decir: el que relumbra o resplandece, porque las grandezas de este Príncipe merecieron tal renombre), luego que murió su padre se puso la borla colorada y, habiendo cumplido con sus exequias y con las demás ceremonias y sacrificios que a los Reyes muertos les hacían, en que gastó el primer año de su reinado, salió a visitar sus reinos y provincias, que era lo primero que los Incas hacían heredando para conocer y ser conocidos y amados de sus vasallos, y para que así los concejos y pueblos en común, como los vecinos en particular, le pidiesen de más cerca lo que bien les estuviese; y también para que los gobernadores y jueces y los demás ministros de la justicia no se descuidasen o tiranizasen con la ausencia del Inca. En la visita gastó largos cuatro años, y, habiéndola acabado y dejado los vasallos muy satisfechos y contentos de sus grandezas y buena condición, mandó por el año venidero levantar cuarenta mil hombres de guerra para pasar adelante en la conquista que sus pasados le dejaron instruido, porque el principal blasón de que aquellos Incas se preciaban, y el velo con que cubrían su ambición por aumentar su Imperio, era decir que les movía celo de sacar los indios de las inhumanidades y bestialidades en que vivían y reducirlos a vida moral y política y al conocimiento y adoración de su padre el Sol, que ellos predicaban por Dios.

Levantada la gente, habiendo puesto orden quién quedase en la ciudad por su lugarteniente, fue el Inca hasta Casamarca, para de allí hacer su entrada a la provincia llamada Chachapuya, que según el Padre Blas Valera quiere decir: lugar de varones fuertes. Está al oriente de Casamarca; era poblada de mucha gente muy valiente, los hombres muy bien dispuestos y las mujeres hermosas en extremo. Estos Chachapuyas adoraban culebras y tenían al ave cúntur por su principal Dios; deseaba Túpac Inca Yupanqui reducir aquella provincia a su Imperio por ser muy famosa, la cual entonces tenía más de cuarenta mil vecinos; es asperísima de sitio.

Traen estos indios Chachapuyas por tocado y divisa en la cabeza una honda, por la cual son conocidos y se diferencian de las otras naciones; y la honda es de diferente hechura que lo que usan otros indios, y es la principal arma que en la guerra usaban, como los antiguos mallorquines.

Antes de la provincia Chachapuya hay otra que llaman Huacrachucu; es grande y asperísima de sitio, y de gente en extremo feroz y belicosa Traen por divisa en la cabeza, o traían (que ya todo está confundido), un cordón negro de lana con moscas blancas a trechos, y por plumaje una punta de cuerna de venado o de corzo o de gamo, por do le llamaron Huacrachucu, que es tocado o sombrero de cuerno: llaman *chucu* al tocado de la cabeza, y *huacra* al cuerno. Los Huacrachucus adoraban culebras, antes que fuesen señoreados de los Incas, y las tenían pintadas por ídolos en sus templos y casas.

Al Inca le era necesario conquistar primero aquella provincia Huacrachucu para pasar a la Chachapuya; y así mandó enderezar su ejército a ella. Los naturales se pusieron en defensa, atrevidos en la mucha aspereza de su tierra y aun confiados de la victoria, porque les parecía inexpugnable. Con esta confianza salieron a defender los pasos, donde hubo grandes recuentros y muchas muertes de ambas partes. Lo cual visto por el Inca y por su Consejo, les pareció que si la guerra se llevaba a fuego y sangre, sería con mucho daño de los suyos y total destrucción de los enemigos. Por lo cual, habiendo ganado algunos pasos fuertes, les envió a requerir con la paz y amistad, como lo habían de costumbre los Incas; díjoles que mirasen que más andaba el Inca por hacerles bien (como lo habían hecho sus pasados con todos los demás indios que habían reducido a su Imperio) que no por señorearlos ni por el provecho que de ellos podía esperar. Advirtiesen que no les quitaban nada de sus tierras y posesiones, antes se las aumentaban con nuevas acequias y otros beneficios; y que a los curacas los dejaban con el mismo señorío que antes se tenían, que no querían más de que adorasen al Sol y quitasen las inhumanidades que tuviesen. Sobre lo cual platicaron los Huacrachucus, y, aunque hubo muchos de parecer que recibiesen al Inca por señor, no se concertaron, porque la gente moza, como menos experimentada y más en número, lo contradijeron, y salieron con su porfía y siguieron la guerra con mucho furor, pareciéndoles que estaban obligados a vencer o morir todos, pues habían contradicho a los viejos.

El Inca, porque los enemigos viesen que el haberles convidado con la paz no había sido flaqueza de ánimo ni faltas de fuerzas, sino piedad y mansedumbre tan acostumbrada por sus pasados, mandó reforzar la guerra de veras y que los acometiesen por muchas partes, repartiendo el ejército por sus tercios para que los divirtiesen y enflaqueciesen las fuerzas y el ánimo. Con el segundo acometimiento que los Incas hicieron, ganaron otras plazas y pasos fuertes, apretaron a los enemigos de manera que les convino pedir misericordia. El Inca los recibió con mucha clemencia, por la común costumbre de aquellos Reyes, que siempre se preciaron de ella, y por convidar con ella a los comarcanos; y así mandó a sus ministros que tratasen a los Huacrachucus como si fueran hermanos; mandó que a los curacas se les diese mucha ropa de vestir de la fina, que llaman *compi,* y a la gente común de la que llaman *ausca;* mandó proveerles de mucho bastimento, porque con la guerra se les había desperdiciado lo que tenían para su año, con lo cual quedaron muy contentos los nuevamente conquistados y perdieron el temor del castigo que por su rebeldía y pertinacia habían temido.

El Inca no quiso pasar adelante en su conquista, por parecerle que se había hecho harto en aquel verano en haber conquistado una provincia como aquélla, tan áspera de sitio y tan belicosa de gente; y también porque aquella tierra es muy lluviosa; mandó alojar su ejército en la comarca de aquella frontera. Mandó asimismo que para el verano siguiente se aprestasen otros veinte mil hombres más; porque no pensaba dilatar tanto sus conquistas como la pasada.

A los nuevamente reducidos mandó instruir en su religión y en sus leyes y costumbres morales, para que las supiesen guardar y cumplir. Mandó que se les diese traza y orden para sacar acequias de agua y hacer andenes, allanando cerros y laderas que podían sembrarse y eran de tierra fértil, y por falta de aquella industria la tenían perdida, sin aprovecharse de ella. Todo lo cual reconocieron aquellos indios que era en mucho beneficio de ellos.

CAPITULO II

LA CONQUISTA DE LOS PRIMEROS PUEBLOS DE LA PROVINCIA CHACHAPUYA

VENIDO EL verano y la gente de socorro, mandó el gran Túpac Inca Yupanqui sacar su ejército en campaña y caminar hacia la provincia Chachapuya. Envió un mensajero delante, según la costumbre antigua de los Incas, a protestarles la paz o la guerra. Los Chachapuyas respondieron resueltamente que ellos estaban apercibidos para las armas y para morir en

la libertad; que el Inca hiciese lo que quisiese, que ellos no querían ser sus vasallos.

Oída la respuesta, se empezó la guerra cruel de ambas partes, con muchas muertes y heridas. Los Incas iban determinados a no volver atrás. Los Chachas (que también admite este nombre aquella nación) estaban resueltos de morir antes que dar la ventaja a sus enemigos; por esta obstinación de ambas partes hubo mucha mortandad en aquella conquista y también los Chachas, viendo que el Imperio de los Incas se acercaba a su provincia (la cual pudiéramos llamar reino porque tiene más de cincuenta leguas de largo y veinte de ancho, sin lo que entra hasta Muyupampa, que son otras treinta leguas de largo), se habían apercibido de algunos años atrás para defenderse, y habían hecho muchas fortalezas en sitios muy fuertes, como hoy se muestran, que todavía viven las reliquias; y habían cerrado muchos pasos estrechos que hay, demás de la aspereza que aquella tierra tiene en sí, que es tan dificultosa de andar que por algunos caminos se desguindan los indios ocho y diez estados de alto; porque no hay otros pasos para pasar adelante.

Por estas dificultades ganaron los Incas, a mucha costa de su gente, algunos pasos fortificados y algunas fortalezas que estimaron en mucho; y las primeras fueron en una cuesta que tiene dos leguas y media de subida, que llaman la cuesta de Pías porque pasada la cuesta está un pueblo que llaman así. Es uno de los principales de aquella provincia; está diez y ocho leguas la tierra adentro, por la parte que entraron los Incas; todo aquel espacio ganaron con mucha dificultad. El pueblo hallaron desamparado, que, aunque el sitio era fuerte, tenían fortificados otros lugares más fuertes.

En Pías hallaron los Incas algunos viejos y viejas inútiles, que no pudieron subir a las sierras con los mozos; tenían consigo muchos niños que sus padres no habían podido llevar a las fortalezas; a todos éstos mandó el gran Túpac Inca Yupanqui que los tratasen con mucha piedad y regalo.

Del pueblo Pías pasó adelante con su ejército, y en una abra o puerto de sierra nevada que ha por nombre Chírmac Casa, que quiere decir puerto dañoso, por ser de mucho daño a la gente que por él pasa, se helaron trescientos soldados escogidos del Inca que iban delante del ejército descubriendo la tierra, que repentinamente les cogió un gran golpe de nieve que cayó y los ahogó y heló a todos, sin escapar alguno. Por esta desgracia no pudo el Inca pasar el puerto por algunos días, y los Chachapuyas, entendiendo que lo hacía de temor, publicaron por toda su provincia que se había retirado y huido de ellos.

Pasada la furia de la nieve, prosiguió el Inca en su conquista, y con grandes dificultades fue ganando palmo a palmo lo que hay hasta Cúntur Marca, que es otro pueblo principal, sin otros muchos menores que a una mano y a otra del camino real dejó ganados con gran trabajo, por la aspereza de los sitios y porque sus moradores los habían fortificado más de lo que de suyo lo eran. En el pueblo Cúntur Marca hicieron gran resistencia los

naturales, que eran muchos; pelearon valerosamente y entretuvieron la guerra muchos días; mas como ya en aquellos tiempos la pujanza de los Incas era tanta que no había resistencia contra ella, ni los Chachas tenían otro socorro sino el de su valor y esfuerzo, los ahogaron con la inundación de gente que sobre ellos cargaron; de tal manera que les fue forzoso rendirse a la voluntad del Inca. El cual los recibió con la clemencia acostumbrada y les hizo mercedes y regalos para aquietarles los ánimos y también para convidar a los no rendidos hiciesen lo mismo.

Habiendo dejado en Cúntur Marca ministros que asentasen lo ganado hasta allí, pasó el Inca adelante y fue ganando los pueblos y fortalezas que halló por delante, aunque ya con menos trabajo y menos sangre; porque a ejemplo de Cúntur Marca se rindieron los más; y los que peleaban no era con la obstinación que los pasados. De esta manera llegó a otro pueblo de los principales, llamado Casamarquilla, que está ocho leguas de Cúntur Marca, de camino muy áspero, de sierras y montañas bravas. En Casamarquilla hubo mucha pelea por la mucha y muy belicosa gente que el pueblo tenía; mas pasados algunos recuentros en que los Chachas conocieron la pujanza de los Incas, considerando que la mayor parte de su provincia estaba ya sujeta al Inca, tuvieron por bien sujetarse ellos también.

CAPITULO III

LA CONQUISTA DE OTROS PUEBLOS Y OTRAS NACIONES BARBARAS

De casamarquilla pasó a otro pueblo principal, llamado Papamarca, que quiere decir: pueblo de papas, porque son muy grandes las que allí se dan. El Inca ganó aquel pueblo como los pasados. De allí pasó ocho leguas, conquistando todos los pueblos que halló, hasta un pueblo de los principales que llaman Raimipampa, que quiere decir: campo de la fiesta y pascua principal del Sol, llamada Raimi, de la cual hemos dado larga cuenta en su capítulo de por sí; y porque Túpac Inca Yupanqui, habiendo ganado aquel pueblo, que está en un hermosísimo valle, celebró en el campo aquella fiesta del Sol, le llamaron así, quitándole el nombre antiguo que tenía, porque es de saber, como se ha dicho, que era costumbre de los Incas celebrarla como quiera que pudiesen, dondequiera que les tomase el tiempo de la fiesta, puesto que el Sumo Sacerdote y los demás Incas que en el Cuzco se hallaban la celebraban allá con toda solemnidad.

Ganado el pueblo Raimipampa, pasó a otro llamado Suta, que está tres leguas adelante, y también lo ganó con facilidad, porque ya no hacían resis-

tencia los naturales, viendo la mayor parte de la provincia en poder del Inca. De Suta fue el ejército a otro puebo grande que se dice Llauantu, que es el postrer pueblo principal de la provincia Chachapuya, el cual se dio como los demás de su nación, viendo que no se podían defender, y así quedó el Inca por señor de toda aquella gran provincia cuyos pueblos son los principales los que se han nombrado, sin los cuales tenía entonces una gran multitud de pueblos pequeños. Fue muy trabajosa de ganar esta gran provincia, y costó mucha gente al Inca, así por la aspereza y dificultades de la tierra como por ser la gente animosa y valiente.

Desde Llauantu envió el gran Túpac Inca Yupanqui parte de su ejército a la conquista y reducción de una provincia llamada Muyupampa, por donde entró el valeroso Ancohualla cuando desamparó sus estados por no reconocer superioridad a los Incas, como se dijo en la vida del Inca Viracocha; la cual provincia está dentro en los Antis, y por confederación amigable o por sujeción de vasallaje, que no concuerdan en esto aquellos indios, reconocía superioridad a los Chachas, y está casi treinta leguas de Llauantu, al levante.

Los naturales de Muyupampa, habiendo sabido que toda la provincia Chachapuya quedaba sujeta al Inca, se rindieron con facilidad y protestaron de abrazar su idolatría y sus leyes y costumbres. Lo mismo hicieron los de la provincia llamada Cascayunca, y otras que hay en aquel distrito, de menor cuenta y nombre, todas las cuales se rindieron al Inca con poca o ninguna resistencia. El cual proveyó lo necesario para la creencia y adoración del Sol y para el beneficio de los vasallos; mandó sacar acequias y romper nuevas tierras, para que la provincia fuese más abundante, y a los curacas dio mucha ropa, que ellos estimaron en mucho, y por entonces mandó parar la guerra hasta el verano venidero, y que alojasen el ejército y trajesen de las provincias comarcanas mucho bastimento para la gente de guerra y para los vasallos nuevamente conquistados, que por la guerra pasada padecían necesidad de comida. Venido el verano, fue Túpac Inca Yupanqui con ejército de cuarenta mil hombres a la provincia Huancapampa, grande y poblada de mucha gente, empero de diversas naciones y lenguas; vivían divididas, cada nación de por sí, ajenos de paz y amistad unos con otros, sin señor ni república ni pueblos poblados; hacíanse guerra unos a otros bestialmente, porque ni reñían sobre el señorío, porque no lo había, ni sabían qué era ser señor. Tampoco lo hacían por quitarse las haciendas, porque no las tenían, que los más de ellos andaban desnudos, que no supieron hacer de vestir. Tenían por premio de los vencedores las mujeres e hijas de los vencidos, que les quitaban todas las que podían haber, y los varones se comían unos a otros muy bestialmente.

En su religión fueron tan bestiales o más que en su vida moral; adoraban muchos dioses; cada nación, cada capitanía o cuadrilla y cada casa tenía el suyo. Unos adoraban animales, otros aves, otros yerbas y plantas, otros cerros, fuentes y ríos, cada uno lo que se le antojaba; sobre lo cual también había grandes batallas y pendencias en común y particular, sobre cuál de sus

dioses era el mejor. Por esta behetría en que vivían, sin conformidad alguna, fueron facilísimos de conquistar, porque la defensa que hicieron fue huir como bestias a los montes y sierras ásperas, a las cuevas y resquicios de peñas, donde pudiesen esconderse; de donde a los más de ellos sacó la hambre y redujo a la obediencia y servicio del Inca; otros, que fueron más fieros y brutos, se dejaron morir de hambre en los desiertos.

El Rey Túpac Inca Yupanqui los hizo recoger con gran diligencia, y mandó darles maestros que les enseñasen a poblar pueblos, labrar las tierras y cubrir sus carnes, haciéndoles de vestir de lana y algodón; sacaron muchas y grandes acequias para regar los campos; cultivaron la provincia de manera que fue una de las mejores que hubo en el Perú. El tiempo adelante, para más la ilustrar, hicieron en ella templo para el Sol y casa de escogidas y otros muchos edificios; mandáronles echar por tierra sus dioses, y que adorasen al Sol por solo y universal Dios, y que no comiesen carne humana, so pena de la vida y de su total destrucción; diéronles sacerdotes y hombres enseñados en sus leyes y costumbres, para que los industriasen en todo; y ellos se mostraron tan dóciles, que en breve tiempo fueron muy políticos, y fueron aquellas dos provincias, Casayunca y Huancapampa, de las mejores que hubo en el Imperio de los Incas.

CAPITULO IV

LA CONQUISTA DE TRES GRANDES PROVINCIAS BELICOSAS Y MUY PERTINACES

Hecha la conquista de la gran provincia Huancapampa, no saben decir cuántos años después pasaron los Incas adelante a conquistar otras tres provincias, que también contienen en sí muchas diversas naciones; empero al contrario de las pasadas, que vivían como gente política, tenían sus pueblos y fortalezas y manera de gobierno, juntábanse a sus tiempos para tratar del provecho de todos. No reconocían señor, pero de común consentimiento elegían gobernadores para la paz y capitanes para la guerra, a los cuales respetaban y obedecían con mucha veneración mientras ejercitaban los oficios. Llámanse estas tres provincias, que eran las principales, Casa, Ayahuaca y Callua. El Inca, luego que llegó a los términos de ellas, envió a requerir los naturales le recibiesen por señor o se apercibiesen para la guerra. Respondieron que estaban apercibidos para morir en defensa de su libertad, que ellos nunca habían tenido señor ni lo deseaban. Con esto se encendió la guerra, cruelísima de ambas partes, que no aprovechaban cosa alguna los ofrecimientos que el Inca les hacía con la paz y clemencia;

a lo cual respondían los indios que no querían recibirla de quien pretendía hacerlos súbditos, quitándoles su antigua libertad; que le requerían los dejase en ella y se fuese en paz, que era la mayor merced que les podía hacer. Las provincias, unas a otras, se acudían con gran prontitud en todas sus necesidades; pelearon varonilmente, mataron mucha gente de los Incas, que pasaron de ocho mil hombres, lo cual visto por ellos los apretaron malamente a fuego y a sangre con todas las persecuciones de la guerra; mas los contrarios las sufrían con grande ánimo por sustentar su libertad, y cuando les ganaban algunas plazas fuertes, los que escapaban se recogían a otras, y de allí a otras y a otras, desamparando sus propias tierras y casas, sin atender a mujer ni hijos, que más querían morir peleando que verse súbditos de otro.

Los Incas les fueron ganando la tierra poco a poco, hasta arrinconarlos en lo último de ella, donde se fortalecieron para morir en su pertinacia. Allí estuvieron tan apretados que llegaron a lo último de la vida, pero siempre firmes en no sujetarse al Inca; lo cual visto por algunos capitanes que entre ellos hubo, más bien considerados, viendo que habían de perecer todos sin haber para qué, y que otras naciones tan libres como ellos se habían rendido al Inca y que antes se habían aumentado en bienes que menoscabado de los que tenían, tratándolo entre sí unos con otros acordaron todos los capitanes rendirse al Inca y entregar la gente, lo cual se hizo, aunque no sin alboroto de los soldados, que algunos se amotinaron; mas viendo el ejemplo de los capitanes y los requerimientos que les hacían por la obediencia debida, se rindieron todos.

Túpac Inca Yupanqui los recibió con mucha afabilidad y lástima de que se hubiesen dejado llegar a la extrema necesidad; mandó que los regalasen como a propios hijos, y porque faltaban muchos de ellos, que habían perecido en la guerra, y quedaban las tierras muy despobladas, mandó que de otras provincias trajesen gente que las poblasen y cultivasen; y habiendo dejado todo lo necesario para el gobierno y para su idolatría, se volvió al Cuzco, cansado y enfadado de aquella guerra, más por la obstinación y disminución de aquellos indios que no por las molestias de ella; y así lo decía muchas veces, que si las provincias que había adelante por conquistar no tomaran mal ejemplo con la pertinacia de aquellas naciones, dejara de sujetarlas por entonces y aguardara tiempo que estuvieran más dispuestas para recibir el imperio de los Incas.

Algunos años se ocupó el gran Túpac Inca Yupanqui en visitar sus reinos y en ilustrarlos con edificios particulares en cada pueblo o provincia, como casas reales, fortalezas y pósitos y acequias y templos para el Sol y [casas] para las escogidas, y en otras obras generales para todo el Reino, como fueron los caminos reales que mandó hacer, de los cuales hablaremos más largo en otra parte; particularmente tuvo gran cuidado de la obra de la fortaleza del Cuzco, que su padre, Inca Yupanqui, dejó empezada.

Pasados algunos años en estos ejercicios de paz, volvió el Inca a la

conquista de las provincias que había al norte, que llaman Chinchasuyu, por reducirla[s] a su Imperio; fue a la que llaman Huánucu, la cual contiene en sí muchas naciones desunidas y que se hacían guerra cruel unos a otros; vivían derramados por los campos, sin pueblos ni república; tenían algunas fortalezas en los altos, donde se acogían los vencidos; las cuales naciones el Inca conquistó con facilidad, por su acostumbrada clemencia, aunque al principio de la conquista, en algunos recuentros, se mostraron los de Huánucu belicosos y desvergonzados; por lo cual los capitanes del Inca hicieron en ellos gran castigo, que los pasaban a cuchillo con mucho rigor, mas el Inca los aplacó diciéndoles que no olvidasen la ley del primer Inca Manco Cápac, que mandaba sujetasen los indios a su Imperio con halagos y regalos, y no con armas y sangre.

Los indios, escarmentados por una parte con el castigo y por otra movidos por los beneficios y promesas del Inca, se redujeron con facilidad y poblaron pueblos y recibieron la idolatría y el gobierno de los Incas, los cuales, en breve tiempo, ennoblecieron mucho esta hermosa provincia de Huánucu por su fertilidad y buen temple; hiciéronla metrópoli y cabeza de otras muchas provincias que hay en su comarca. Edificaron en ella templo para el Sol, que no se hacía sino en las famosas provincias y por mucho favor; fundaron también casa de escogidas. Acudían al servicio de estas dos casas veinte mil indios por año, por su rueda, y aun quieren decir que treinta mil, según la muchedumbre de los que había en su distrito. Pedro de Cieza, capítulo ochenta, dice de Huánucu lo que se sigue, sacado a la letra, sin otras cosas que hay que notar en aquel capítulo: "En lo que llaman Guánuco había una casa real de admirable edificio, porque las piedras eran grandes y estaban muy pulidamente asentadas. Este palacio o aposento era cabeza de las provincias comarcanas a los Andes, y junto a él había templo del Sol, con número de vírgenes y ministros; y fue tan gran cosa en tiempo de los Incas, que había a la continua, para solamente servicio de él, más de treinta mil indios. Los mayordomos de los Incas tenían cuidado de cobrar los tributos ordinarios, y las comarcas acudían con sus servicios a este palacio". Hasta aquí es de Cieza de León.

Hecha la conquista de Huánucu, que la hemos contado brevemente (y así contaremos todo lo que se sigue si no se ofreciese cosa notable, que deseo llegar ya al fin de las conquistas que aquellos Reyes hicieron, por tratar de las guerra que Huáscar y Atahuallpa, nietos de este Inca Túpac Yupanqui, tuvieron), decimos que para el año venidero mandó el Inca apercibir un poderoso ejército, porque propuso conquistar la gran provincia llamada Cañari, cabeza de otras muchas, poblada de mucha gente crecida, belicosa y valiente. Criaban por divisa los cabellos largos; recogíanlos todos en lo alto de la corona, donde los revolvían y los dejaban hechos un ñudo; en la cabeza traían por tocado, los más nobles y curiosos, un aro de cedazo, de tres dedos en alto por medio del aro; echaban unas trenzas de diversos colores; los plebeyos, y más aína los no curiosos y flojos, hacían en lugar

del aro del cedazo otro semejante de una calabaza; y por esto a toda la nación Cañari llamaban los demás indios, para afrenta, *matiuma,* que quiere decir: cabeza de calabaza. Por estas divisas y otras semejantes que en tiempo de los Incas traían en las cabezas, era conocido cada indio de qué provincia y nación era. En mi tiempo también andaban todos con sus divisas; ahora me dicen que está ya todo confundido. Andaban los Cañaris, antes de los Incas, mal vestidos o casi desnudos, ellos y sus mujeres, aunque todos procuraban traer cubiertas siquiera las vergüenzas; había muchos señores de vasallos, algunos de ellos aliados entre sí. Estos eran los más pequeños, que se unían para defenderse de los mayores, que, como más poderosos, querían tiranizar y sujetar a los más flacos.

CAPITULO V

LA CONQUISTA DE LA PROVINCIA CAÑARI, SUS RIQUEZAS Y TEMPLO

TÚPAC INCA YUPANQUI fue a la provincia Cañari, y de camino conquistó la que hay antes, que llaman Palta, de donde llevaron al Cuzco o a sus valles calientes la fruta sabrosa y regalada que llaman *palta;* la cual provincia ganó el Inca con mucha facilidad, con regalos y caricias más que no con las armas, aunque es gente belicosa, pero puede mucho la mansedumbre de los Príncipes. Esta nación traía por divisa la cabeza tableada, que, en naciendo la criatura, le ponían una tablilla en la frente y otra en el colodrillo y las ataban ambas, y cada día las iban apretando y juntando más y más, y siempre tenían la criatura echada de espaldas y no les quitaban las tablillas hasta los tres años; sacaban las cabezas feísimas; y así, por oprobio, a cualquiera indio que tenía la frente más ancha que lo ordinario o el cogote llano le decía[n] *Palta uma,* que es: cabeza de Palta. Pasó el Inca adelante, dejando ministros para el gobierno espiritual y temporal de aquella provincia, y, llegando a los términos de los Cañaris, les envió los requerimientos acostumbrados, que se rindesen o tomasen las armas. Los Cañaris estuvieron con alguna variedad en sus pareceres, mas al fin se conformaron en obedecer al Inca y recibirle por señor, porque vieron que por sus bandos y discordias no podían resistirle, y así salieron con mucha fiesta a darle la obediencia. El ejemplo de aquellos primeros imitaron todos los demás curacas, y se rindieron con facilidad. El Inca los recibió con mucho aplauso y les hizo mercedes; mandóles dar de vestir, que lo habían bien menester; ordenó que los doctrinasen en adorar al Sol y en la vida política que los Incas tenían. Antes de los Incas adoraban los Cañaris por principal

Dios a la Luna y secundariamente a los árboles grandes y a las piedras que se diferenciaban de las comunes, particularmente si eran jaspeadas; con la doctrina de los Incas adoraron al Sol, al cual hicieron templo y casa de escogidas y muchos palacios para los Reyes.

Hicieron pósitos para la hacienda real y para los vasallos aumentaron las tierras de labor, sacaron acequias para regar; en suma, hicieron en aquella provincia todo lo que acostumbran hacer en todas las que ganaban los Incas, y en aquélla se hicieron más aventajadamente, porque la disposición de la tierra admitía muy bien cualquiera beneficio que se le hacía, de que los Cañaris holgaron mucho y fueron muy buenos vasallos, como lo mostraron en las guerras de Huáscar y Atahualpa, aunque después, cuando los españoles entraron, uno de los Cañaris, que se les pasó, bastó con su ejemplo a que los suyos amasen a los españoles y aborreciesen a los Incas, como diremos lo uno y lo otro en sus lugares. Usanza es del mundo decir: "¡viva, que vence!". Hecha la conquista de los Cañaris, tuvo el gran Túpac Inca Yupanqui bien en qué entender y ordenar y dar asiento a las muchas y diversas naciones que se contienen debajo del apellido Cañari; y, por favorecerlas más, quiso asistir personalmente a la doctrina y enseñanza de su idolatría y leyes. En lo cual gastó mucho tiempo, por dejarlo bien asentado, pacífico y quieto; de manera que las demás provincias no sujetas se aficionasen al Imperio del Inca y holgasen recibirle por señor. Entre aquellas naciones hay una que llaman Quillacu; es gente vilísima, tan mísera y apocada que temen les ha de faltar la tierra y el agua y aun el aire; de donde nació un refrán entre los indios, y los españoles lo admitieron en su lenguaje: decir *es un Quillacu,* para motejar a uno de avaro o de cualquiera otra bajeza. A los cuales particularmente mandó el Inca imponer el tributo que los tan desastrados pagaban de sus piojos, por obligarles a que se limpiasen y no se dejasen comer de ellos.

Túpac Inca Yupanqui, y después su hijo Huaina Cápac, ennoblecieron mucho estas provincias de los Cañaris y la que llaman Tumipampa, con edificios y casas reales, entapizados los aposentos con yerbas, plantas y animales contrahechos al natural de oro y plata; las portadas estaban chapadas de oro con engastes de piedras finas, esmeraldas y turquesas; hicieron un famoso templo al Sol, asimismo chapado de oro y plata, porque aquellos indios se esforzaban en hacer grandes ostentaciones en el servicio de sus Reyes, y por lisonjearles empleaban en los templos y palacios reales cuanto tesoro podían hallar.

Pedro de Cieza, capítulo cuarenta y cuatro, dice largamente de la riqueza que había en aquellos templos y aposentos reales de las provincias de los Cañaris hasta Tumipampa, que los españoles llaman Tomebamba, sin necesidad de trocar las letras, que truecan unas por otras; sin la cual riqueza dice que había grandísima suma de tesoro en cántaros y ollas y otras vasijas de servicio, y mucha ropa de vestir riquísima, llena de argentería y chaquira. Toca en su historia muchos pasos de las conquistas que hemos dicho.

Chaquira llaman los españoles a unas cuentas de oro muy menudas, más que el aljófar muy menudo, que las hacen los indios con tanto primor y sutileza, que los mejores plateros que en Sevilla conocí me preguntaban cómo las hacían porque, con ser tan menudas, son soldadas las junturas; yo traje una poca a España y la miraban por gran maravilla. Habiendo hablado Pedro de Cieza muy largo del tesoro de las provincias de los Cañaris, dice estas palabras: "En fin, no puedo decir tanto que no quede corto en querer engrandecer la riqueza que los Incas tenían en estos palacios reales". Y hablando en particular de los aposentos y templo de Tumipampa, dice: "Algunos indios quisieron decir que la mayor parte de las piedras con que estaban hechos estos aposentos y templo del Sol las habían traído de la gran ciudad del Cuzco por mandado del Rey Huaina Cápac y del gran Tupa Inca, su padre, con crecidas maromas, que no es pequeña admiración (si así fue), por la grandeza y muy gran número de piedras y la gran longura del camino".

Todas son, a la letra, palabras de aquel historiador, y aunque por ellas muestra poner duda en la relación de los indios, por la grandeza del hecho, yo, como indio que conocí la condición de los indios, osaré afirmar que pasó así; porque los Reyes Incas mandarían llevar las piedras del Cuzco por hacer mayor favor y merced a aquella provincia, porque, como muchas veces hemos dicho, las piedras y cualquiera otra cosa de aquella imperial ciudad tenían los indios por cosa sagrada. Pues como fuese gran favor permitir y dar licencia para hacer templo del Sol en cualquiera principal provincia, porque era hacer a los naturales de ella ciudadanos del Cuzco, y siendo tan estimada esta merced como los indios la estimaban, era mucho mayor favor y merced, sin encarecimiento alguno, mandar el Inca que llevasen las piedras del Cuzco, porque aquel templo y palacios no solamente semejasen a los del Cuzco, sino que fuesen los mismos, pues eran hechos de las mismas piedras y materiales. Y los indios, por gozar de esta grandeza, que la tenían por cosa divina, se les haría descansoso cualquier trabajo que pasasen en llevar las piedras por camino tan largo y tan fragoso como el que hay desde el Cuzco a Tumipampa, que deben ser pocas menos de cuatrocientas leguas de largo, y la aspereza de ellas no la creerán sino los que las hubieren caminado, por lo cual dejaré yo de decirlo aquí. Y el dar cuenta los indios a Pedro de Cieza, diciendo que la mayor parte de las piedras con que estaban hechos aquellos palacios y aquel su templo del Sol las habían traído del Cuzco, más fue por jactarse de la gran merced y favor que sus Reyes les habían hecho en mandárselas traer que por encarecer el trabajo de haberlas traído de tan lejos. Y vese esto claro, porque en ninguna otra parte de su historia hace el autor mención de semejante relación en cosa de edificios; y esto baste para ver la grandeza y riqueza de los palacios reales y templos del Sol que hubo en Tumipampa y en todo el Perú.

CAPITULO VI

LA CONQUISTA DE OTRAS MUCHAS Y GRANDES PROVINCIAS, HASTA LOS TERMINOS DE QUITU

DADA LA orden para todo lo que se ha dicho acerca de las provincias de los Cañaris, se volvió el Inca al Cuzco, donde gastó algunos años en los ejercicios del gobierno de sus reinos, haciendo oficio de gran príncipe. Mas como los Incas, por la natural costumbre de los poderosos, estuviesen tan ambiciosos por aumentar su Imperio, hacíaseles de mal perder mucho tiempo de sus conquistas, por lo cual mandó levantar un famoso ejército, y con él caminó hasta ponerse en los confines de Tumipampa, y de allí empezó su conquista y ganó muchas provincias que hay hasta los confines del reino de Quitu, en espacio de pocas menos de cincuenta leguas, que las más nombradas son: Chanchan Moca, Quesna, Pumallacta —que quiere decir tierra de leones, porque se crían en ella más que en sus comarcanas y los adoraban por dioses—, Ticzampi, Tiucasa, Cayampi, Urcollasu y Tincuracu, sin otras muchas que hay en aquella comarca, de menos cuenta; las cuales fueron fáciles de ganar, que las más son mal pobladas y de tierra estéril, de gente muy rústica, sin señores ni gobierno ni otra policía alguna, sin ley ni religión; cada uno adoraba por dios lo que se le antojaba; otros muchos no sabían qué era adorar, y así vivían como bestias sueltas y derramadas por los campos; con los cuales se trabajó más en doctrinarlos y reducirlos a urbanidad y policía que en sujetarlos. Enseñáronles a hacer de vestir y calzar, y a cultivar la tierra, sacando acequias y haciendo andenes para fertilizarla. En todas aquellas provincias hicieron los Incas, por los caminos reales, pósitos para la gente de guerra y aposentos para los Reyes; mas no hicieron templos para el Sol ni casas para su vírgenes escogidas, por la incapacidad y vileza de sus moradores; impusiéronles el tributo de los piojos en particular.

Andando el Inca Túpac Yupanqui ocupado en la conquista y enseñanza de las provincias arriba nombradas, otras naciones que están al poniente de aquéllas, en los confines de la provincia que los españoles llaman Puerto Viejo, le enviaron sus embajadores con presentes, suplicándole quisiese recibirlos por sus vasallos y súbditos, y les enviase capitanes y maestros que les enseñasen [a] hacer pueblos y a cultivar los campos, para que viviesen como hombres, que ellos le prometían ser leales vasallos. Los principales autores de esta embajada fueron los de la nación llamada Huancavillca. El Inca los recibió con mucha afabilidad y les hizo mercedes, y mandó les diesen recaudo de todo lo que venían a pedir. Llevaron maestros para su idolatría y para las buenas costumbres, e ingenieros para sacar acequias, cultivar los campos y poblar sus pueblos; a los cuales todos mataron después con mucha ingratitud de los beneficios recibidos y menosprecio de las pro-

mesas que hicieron al Inca, como lo refiere también Pedro de Cieza de León en su *Demarcación*, que, por ser a propósito de lo que en muchas partes de nuestra historia hemos repetido de la mansedumbre y afabilidad de los Reyes Incas y de las cosas que enseñaron a los indios que a su imperio reducían, me pareció poner aquí sus mismas palabras sacadas a la letra, las que en este paso escribe, para que se vea que lo que decimos de los Incas lo dicen también los historiadores españoles. En el capítulo cuarenta y siete, hablando de aquellas provincias, dice lo que se sigue:

"Volviendo, pues a[l] propósito digo que (según yo tengo entendido de indios viejos, capitanes que fueron de Guaina Capa) que en tiempo del gran Topa Inga Yupangue vinieron ciertos capitanes suyos con alguna copia de gente, sacada de las guarniciones ordinarias que estaban en muchas provincias del reino; y con mañas y maneras que tuvieron los atrajeron a la amistad y servicio de Topa Inga Yupangue; y muchos de los principales fueron con presentes a la provincia de los Paltas, a le hacer reverencia, y él los recibió benignamente y con mucho amor, dando a algunos de los que le vinieron a ver piezas ricas de lana, hechas en el Cuzco. Y como le conviniese volver a las provincias de arriba, adonde por su gran valor era tan estimado que le llamaban padre y le honraban con nombres preminentes, y fue tanta su benevolencia y amor para con todos, que adquirió entre ellos fama perpetua; y por dar asiento en cosas tocantes al buen gobierno del reino, partió, sin poder por su persona visitar las provincias de estos indios. En las cuales dejó algunos gobernadores y naturales del Cuzco, para que les hiciesen entender la manera con que habían de vivir para no ser tan rústicos y para otros efectos provechosos. Pero ellos no solamente no quisieron admitir el buen deseo de éstos, que por mandado de Toga Inga quedaron en estas provincias para que los encaminasen en buen uso de vivir y en la policía y costumbres suyas, y les hiciesen entender lo tocante al agricultura y les diesen manera de vivir con más acertada orden de la que ellos usaban; mas antes, en pago del beneficio que recibieran (si no fueran tan mal conocidos), los mataron todos, que no quedó ninguno en los términos de esta comarca sin que les hiciesen mal ni les fuesen tiranos, para que lo mereciesen.

"Esta grande crueldad afirman que entendió Topa Inga, y por otras causas muy importantes la disimuló, no pudiendo entender en castigar a los que tan malamente habían muerto estos sus capitanes y vasallos". Hasta aquí es de Pedro de Cieza, con que acaba el capítulo referido. El Inca, hecha la conquista de aquellas provincias, se volvió al Cuzco a descansar de los trabajos y pesadumbres de la guerra.

CAPITULO VII

HACE EL INCA LA CONQUISTA DE QUITU; HALLASE EN ELLA EL PRINCIPE HUAIÑA CAPAC

Habiendo gastado Túpac Yupanqui algunos años en la conquista de la paz, determinó hacer la conquista del reino de Quitu, por ser famoso y grande, que tiene setenta leguas de largo y treinta de ancho, tierra fértil y abundante, dispuesta para cualquier beneficio de los que se hacían para la agricultura y provecho de los naturales. Para la cual mandó apercibir cuarenta mil hombres de guerra, y con ellos se puso en Tumi Pampa, que está a los términos de aquel reino, de donde envió los requerimientos acostumbrados al rey Quitu, que había el mismo nombre de su tierra. El cual de su condición era bárbaro, de mucha rusticidad, y conforme a ella era áspero y belicoso, temido de todos sus comarcanos por su mucho poder, por el gran señorío que tenía. El cual, confiado en sus fuerzas, respondió con mucha soberbia diciendo que él era señor, y no quería reconocer otro ni quería leyes ajenas, que él daba a sus vasallos las que se le antojaban, ni quería dejar sus dioses, que eran de sus pasados y se hallaba bien con ellos, que eran venados y árboles grandes que les daban leña y carne para el sustento de la vida. El Inca, oída la respuesta, fue contemporizando la guerra, sin romperla de hecho, por atraerlos con caricias y afabilidad, conforme a la costumbre de sus antepasados, mas los de Quitu se mostraban tanto más soberbios cuanto más afable sentían al Inca, de lo cual se causó durar la guerra muchos meses y años, con escaramuzas, recuentros y batallas ligeras, en las cuales hubo muertos y heridos de ambas partes.

Viendo Túpac Inca Yupanqui que la conquista iba muy a la larga, envió por su hijo primogénito, llamado Huaina Cápac, que era el príncipe heredero, para que se ejercitase en la milicia. Mandó que llevase consigo doce mil hombres de guerra. Su madre, la Reina, se llamó Mama Ocllo; era hermana de su padre, según la costumbre de aquellos Reyes. Llamaron a este príncipe Huaina Cápac, que según la común interpretación de los historiadores españoles y según el sonido de la letra, quieren que diga Mozo Rico, y parece que es así, según el lenguaje común. Mas aquellos indios, en la imposición de los nombres y renombres que daban a sus Reyes, tenían (como ya hemos dicho) otro intento, otro frasis y elegancia, diferente del común lenguaje, que era mirar con atención las muestras y señales que los príncipes, cuando mozos, daban de las virtudes reales que prometían para adelante; miraban también los beneficios y grandezas que hacían cuando hombres, para darles el nombre y renombre conforme a ellas; y porque este príncipe mostró desde muy mozo las realezas y magnanimidad de su ánimo, le llamaron Huaina Cápac, que en los nombres reales quiere decir: desde mozo rico de hazañas magnánimas; que por las que hizo el primer Inca

Manco Cápac con sus primeros vasallos le dieron este nombre Cápac, que quiere decir rico, no de bienes de fortuna, sino de excelencia y grandezas de ánimo; y de allí quedó aplicarse este nombre solamente a las casas reales, que dicen Cápac Aillu, que es la generación y parentela real; Cápac Raimi llamaban a la fiesta principal del Sol, y, bajando más abajo, decían Cápac Runa, que es vasallos del rico, que se entendía por el Inca y no por otro señor de vasallos, por muchos que tuviese ni por muy rico que fuese; y así otras muchas cosas semejantes que querían engrandecer con este apellido Cápac.

Entre otras grandezas que este príncipe tuvo, con las cuales obligó a sus vasallos a que le diesen tan temprano el nombre Cápac, fue una que guardó siempre, así cuando era príncipe como después cuando fue monarca, la cual los indios estimaron sobre todas las que tuvo, y fue que jamás negó petición que mujer alguna le hiciese, de cualquiera edad, calidad y condición que fuese; y a cada una respondía conforme a la edad que tenía. A la que era mayor de días que el Inca, le decía: "Madre, hágase lo que mandas"; y a la que era igual en edad, poco más o menos, decía: "Hermana, hacerse ha lo que quieres"; y a la que era menor decía: Hija, cumplirse ha lo que pides". Y a todas igualmente les ponía la mano derecha sobre el hombro izquierdo, en señal de favor y testimonio de la merced que les hacía. Y esta magnanimidad la tuvo tan constante, que aun en negocios de grandísima importancia, contra su propia majestad, la sustentó, como adelante veremos.

Este príncipe, que era ya de cerca de veinte años, reforzó la guerra y fue ganando el reino poco a poco, ofreciendo siempre la paz y amistad que los Incas ofrecían en sus conquistas; mas los contrarios, que eran gente rústica, mal vestida y nada política, nunca la quisieron admitir.

Túpac Inca Yupanqui, viendo la buena maña que el príncipe daba a la guerra, se volvió al Cuzco, para atender al gobierno de su Imperio, dejando a Huaina Cápac absoluto poder para lo de la milicia. El cual, mediante sus buenos capitanes, ganó todo el reino en espacio de tres años, aunque los de Quitu dicen que fueron cinco; deben contar dos años o poco menos que Túpac Inca Yupanqui gastó en la conquista antes que llamase al hijo; y así dicen los indios que ambos ganaron aquel reino. Duró tanto la conquista de Quitu porque los Reyes Incas, padre e hijo, no quisieron hacer la guerra a fuego y sangre, sino que iban ganando la tierra como los naturales la iban dejando y retirándose poco a poco. Y aun dicen que durara más si al cabo de los cinco años no muriera el Rey de Quitu. El cual murió de aflicción de ver perdida la mayor parte de su principado y que no podía defender lo que quedaba ni osaba fiar de la clemencia del Príncipe ni aceptar los partidos que le ofrecía, por parecerle que su rebeldía pasada no merecía perdón ninguno. Metido en estas aflicciones y fatigado de ellas, murió aquel pobre Rey; sus capitanes se entregaron luego a merced del Inca Huaina Cápac, el cual los recibió con mucha afabilidad y les hizo merced de mucha ropa de su vestir, que era lo más estimado de los indios, y

otras dádivas muy favorables; y a la gente común mandó que tratasen con mucho regalo y amistad. En suma, hizo con los de aquel reino todas las generosidades que pudo, para mostrar su clemencia y mansedumbre; y a la misma tierra mostró también el amor que le tenía por ser la primera que ganaba; que luego, como se aquietó la guerra, sin las acequias de agua y los demás beneficios ordinarios que se hacían para fertilizar el campo, mandó hacer templo para el Sol y casa de escogidas, con todo el ornamento y riqueza que las demás casas y templos tenían. En todo lo cual se aventajaron mucho aquellos indios, porque la tierra tenía mucho oro sacado para el servicio de su Rey y mucho más que después sacaron para servir al príncipe Huaina Cápac, porque le sintieron la afición que les había cobrado; la cual creció adelante en tanto grado, que le hizo hacer extremos nunca usados por los Reyes Incas, que fueron causa que su Imperio se perdiese y su sangre real se apagase y consumiese.

Huaina Cápac pasó adelante de Quitu y llegó a otra provincia llamada Quillacenca; quiere decir: nariz de hierro, porque se horadaban la ternilla que hay entre las ventanas de las narices, y traían colgando sobre los labios un joyelito de cobre o de oro o de plata, como un zarcillo; hallólos el Inca muy viles y sucios, mal vestidos y llenos de piojos que no eran para quitárselos, sin idolatría alguna, que no sabían qué cosa era adorar, si ya no dijésemos que adoraban la carne, porque son tan golosos por ella que hurtan cualquier ganado que hallan; y el caballo o yegua o cualquiera otra res que hoy hallen muerta, por muy podrida que esté, se la comen con grandísimo gusto; fueron fáciles de reducir, como gente vil, poco menos que bestias. De allí pasó el Inca a otra provincia, llamada Pastu, de gente no menos vil que la pasada, y tan contraria en el comer de la carne que de ninguna manera la comían; y apretándoles que la comiesen, decían que no eran perros. Atrajéronlos al servicio del Inca con facilidad, diéronles maestros que les enseñasen a vivir, y entre los demás beneficios que les hicieron para la vida natural, fue imponerles el tributo de los piojos, porque no se dejasen morir comidos de ellos.

De Pastu fue a otra provincia llamada Otauallu, de gente más política y más belicosa que la pasada; hicieron alguna resistencia al Inca, mas luego se rindieron, porque vieron que no podían defenderse de un príncipe tan poderoso. Dejando allí la orden que convenía, pasó a otra gran provincia que ha por nombre Caranque, de gente barbarísima en vida y costumbres: adoraban tigres y leones y culebras grandes, ofrecían en sus sacrificios corazones y sangre humana, la que podían haber de sus comarcanos, que con todos ellos tenían guerra solamente por el gusto y codicia de tener enemigos que prender y matar, para comérselos. A los principios resistieron al Inca con gran ferocidad, mas en pocos días se desengañaron y se rindieron. Huaina Cápac les dio maestros para su idolatría y vida moral; mandóles quitar los ídolos y el sacrificar sangre y comer carne humana, que fue lo que ellos más sintieron, porque eran golosísimos de ella. Esta fue la última conquista de las provincias que por aquella banda confinaban con el reino de Quitu.

CAPITULO VIII

TRES CASAMIENTOS DE HUAINA CAPAC; LA MUERTE DE SU PADRE Y SUS DICHOS

TUPAC Inca Yupanqui, del todo apartado de la guerra, entendía en gobernar su Imperio; visitábalo a sus tiempos, por regalar los vasallos, que sentían grandísimo favor de ver al Inca en sus tierras; ocupóse muy de veras en la obra de la fortaleza del Cuzco, que su padre dejó trazada y empezada. Había muchos años que duraba esta obra, en la cual trabajaban más de veinte mil indios con tanta orden y concierto que cada nación, cada provincia, acudía al trabajo y al oficio que le estaba señalado, que parecía una casa muy puesta en orden. Visitaba por sus gobernadores el reino de Chili cada dos, tres años; enviaba mucha ropa fina y preseas de su persona para los curacas y sus deudos, y otra mucha ropa de la común para los vasallos. De allá le enviaban los caciques mucho oro y mucha plumería y otros frutos de la tierra; y esto duró hasta que Don Diego de Almagro entró en aquel reino, como adelante veremos.

El príncipe Huaina Cápac, hecha la conquista del reino de Quitu y de las provincias Quillacenca, Pastu, Otauallu y Caranque, y dada orden de lo que convenía a toda aquella frontera, se volvió al Cuzco a dar cuenta a su padre de lo que en su servicio había hecho; fue recibido con grandísimo triunfo; de esta venida casó segunda vez con la segunda hermana, llamada Raua Ocllo, porque de la primera mujer y hermana mayor, que había por nombre Pillcu Huaco, no tuvo hijos, y porque el heredero del reino fuese heredero legítimo por el padre y por la madre, como aquellos Reyes lo tenían de ley y costumbre, casó con la segunda hermana; también casó legítimamente, según sus leyes y fueros, con Mama Runtu, su prima hermana, hija de su tío Auqui Amaru Túpac Inca, hermano segundo de su padre. Auqui es nombre apelativo: quiere decir infante; daban este apellido a los hijos segundos del Rey, y por participación a todos los de la sangre real, y no a la gente común, por grandes señores que fuesen. *Amaru* es nombre de las muy grandes culebras que hay en los Antis. Los Incas tomaban semejantes nombres de animales o flores o yerbas, dando a entender que, como aquellas cosas se extremaban entre las de su especie, así lo habían de hacer ellos entre los hombres.

El Rey Túpac Inca Yupanqui y todos los de su Consejo ordenaron que aquellas dos mujeres fuesen legítimas mujeres, tenidas por Reinas como la primera, y no por concubinas; cuyos hijos sucediesen por su orden en la herencia del Reino; hicieron esta prevención por la esterilidad de la primera, que los escandalizó mucho; y el tercer casamiento fue con la prima hermana, porque no tuvo Huaina Cápac hermana tercera legítima de padre y madre; y por falta de ella le dieron por mujer la prima hermana, que después de sus

hermanas era la más propincua al árbol real. De Raua Ocllo, su hermana, hubo Huaina Cápac a Huáscar Inca. Huáscar es nombre apelativo; adelante, en su lugar, diremos cómo y por qué le pusieron este nombre, siendo el suyo propio Inti Cusi Huallpa. De la tercera mujer, que fue su prima hermana, hubo a Manco Inca, que también sucedió en el reino, aunque no más de en el nombre, porque estaba ya enajenado, como adelante veremos.

Pasados algunos años de la quietud y sosiego en que Túpac Inca Yupanqui vivía, adoleció de manera que sintió morirse; llamó al príncipe Huaina Cápac y a los demás hijos que tenía, que fueron muchos, que entre varones y hembras pasaron de doscientos. Hízoles el parlamento que los Reyes acostumbraban por vía de testamento; encomendóles la paz y justicia y el beneficio de los vasallos; encargóles que en todo se mostrasen verdaderos hijos del Sol. Al príncipe heredero le encomendó en particular la reducción y conquista de los bárbaros, que los atrajese a la adoración y servicio del Sol y a la vida política, y que en todo presumiese parecer a sus antepasados. A lo último le encargó el castigo de la alevosía y traición que los de Puerto Viejo y su comarca, principalmente los Huancauillcas, hicieron en matar los capitanes y los demás ministros que a pedimento de ellos mismos les habían enviado para que los doctrinasen y sacasen de la vida ferina que tenían, que aun no sabían labrar los campos ni cubrir sus carnes; que no era lícito aquella ingratitud pasase sin castigo, porque los demás vasallos no imitasen el mal ejemplo. Díjoles se quedasen en paz, que él se iba a la otra vida porque su padre el Sol le llamaba para que descansase con él. Así murió el gran Túpac Inca Yupanqui, dejando perpetua memoria entre los suyos de su piedad, clemencia y mansedumbre y de los muchos beneficios que a todo su Imperio hizo; por los cuales, sin los demás renombres que a los demás Reyes habían puesto, le llamaron Túpac Yaya, que quiere decir: el padre que resplandece. Dejó de su legítima mujer Mama Ocllo, sin el príncipe heredero, otros cinco hijos varones; al segundo llamaron Auqui Amaru Túpac Inca, como a su padre, por tener delante siempre su nombre; el tercero se llamó Quéhuar Túpac; el cuatro fue Huallpa Túpac Inca Yupanqui: éste fue mi abuelo materno;[1] el quinto, Titu Inca Rimachi; el sexto, Auqui Maita. Embalsamaron su cuerpo, como yo lo alcancé a ver después, el año de mil y quinientos y cincuenta y nueve, que parecía que estaba vivo.

El Padre Blas Valera dice de este Inca lo que se sigue, sacado a la letra, de su latín en romance: "Tópac Inca Yupanqui dijo: "Muchos dicen que el Sol vive y que es el hacedor de todas las cosas; conviene que el que hace

1 En el testamento de la madre del Inca Garcilaso (Cuzco, 22 de noviembre de 1571), la Palla Chimpu Ocllo, que aparece con el nombre cristiano de "Isabel Suárez", se dice efectivamente hija de Huallpa Túpac y de su mujer Cusi Chimpu. Sobre el hallazgo de ese importante documento (el único de Chimpu Ocllo que se ha encontrado en cuatro siglos), véase: A(urelio) M(iró) Q(uesada) S., "El testamento de la madre del *Inca Garcilaso*", en *El Comercio*, Lima, 10, 11 y 12 de mayo de 1945; reproducido en *El Inca Garcilaso y otros estudios garcilasistas*, Madrid 1971, pps. 293-301.

alguna cosa asista a la cosa que hace, pero muchas cosas se hacen estando el Sol ausente; luego, no es el hacedor de todas las cosas; y que no vive se colige de que dando siempre vueltas no se cansa: si fuera cosa viva se cansara como nosotros, o si fuera libre llegara a visitar otras partes del cielo, a donde nunca jamás llega. Es como una res atada, que siempre hace un mismo cerco; o es como la saeta que va donde la envían y no donde ella querría". Dice también que repetía muchas veces un dicho de los de Inca Roca, sexto Rey, por parecerle muy importante para la república. Decía: "No es lícito que enseñen a los hijos de los plebeyos las ciencias que pertenecen a los generosos y no más; porque como gente baja no se eleven y ensorberbezcan y menoscaben y apoquen la república; bástales que aprendan los oficios de sus padres, que el mandar y gobernar no es de plebeyos, que es hacer agravio al oficio y a la república encomendársela a la gente común". También dijo: "La avaricia y la ambición hacen que el hombre no sepa moderarse a sí propio ni a otros, porque la avaricia divierte el ánimo del bien público y común y de su familia; y la ambición acorta el entendimiento para que no pueda tomar los buenos consejos de los sabios y virtuosos sino que siga su antojo". Hasta aquí es del Padre Blas Valera, de los dichos sentenciosos del gran Túpac Inca Yupanqui.

Y porque andamos ya cerca de los tiempos que los españoles fueron a ganar aquel Imperio, será bien decir en el capítulo siguiente las cosas que había en aquella tierra para el sustento humano; y adelante, después de la vida y hechos del gran Huaina Cápac, diremos las cosas que no había, que después acá han llevado los españoles, para que no se confundan las unas con las otras.

CAPITULO IX

DEL MAIZ Y LO QUE LLAMAN ARROZ, Y DE OTRAS SEMILLAS

LOS FRUTOS que el Perú tenía, de que se mantenía antes de los españoles, eran de diversas maneras, unos que se crían sobre la tierra y otros debajo de ella. De los frutos que se crían encima de la tierra tiene el primer lugar el grano que los mexicanos y los barloventanos llaman *maíz,* y los del Perú *zara,* porque es el pan que ellos tenían. Es de dos maneras: el uno es duro, que llaman *muruchu,* y el otro tierno y de mucho regalo, que llaman *capia;* cómenlo en lugar de pan, tostado o cocido en agua simple; la semilla del maíz duro es el que se ha traído a España; la del tierno no ha llegado acá. En unas provincias se cría tierno y más delicado que en otras, particu-

larmente en la que llaman Rucana. Para sus sacrificios solemnes, como ya se ha dicho, hacían pan de maíz, que llaman *zancu,* y para su comer, no de ordinario sino de cuando en cuando, por vía de regalo, hacían el mismo pan que llaman *huminta;* diferenciábase en los nombres, no porque el pan fuese diferente, sino porque el uno era para sacrificios y el otro para su comer simple; la harina la molían las mujeres en unas losas anchas donde echaban el grano, y encima de él traían otra losa, hecha a manera de media luna, no redonda sino algo prolongada, de tres dedos de canto. En los cornejales de la piedra hecha media luna ponían las manos, y así la traían de canto de una parte a otra, sobre el maíz; con esta dificultad molían su grano y cualquiera otra cosa que hubiesen de moler; por la cual dejaban de comer pan de ordinario.

No molían en morteros, aunque los alcanzaron, porque en ellos se muele a fuerza de brazos por los golpes que dan, y la piedra como media luna, con el peso que tiene, muele lo que toma debajo, y la india la trae con facilidad por la forma que tiene, subiéndola y bajándola de una parte a otra y de cuando en cuando recoge en medio de la losa con la una mano lo que está moliendo para remolerlo, y con la otra tiene la piedra, la cual con alguna semejanza podríamos llamar batán, por los golpes que le hacen dar a una mano y a otra. Todavía se están con esta manera de moler para lo que han menester. También hacían gachas, que llaman *api,* y las comían con grandísimo regocijo, diciéndoles mil donaires; porque era muy raras veces. La harina, porque se diga todo, la apartaban del afrecho, echándola sobre una manta de algodón limpia, en la cual la traían con la mano, asentándola por toda ella; la flor de la harina, como cosa tan delicada, se pega a la manta; el afrecho, como más grueso, se aparta de ella, y con facilidad lo quitan; y vuelven a recoger en medio de la manta la harina que estaba pegada a ella; y quitada aquélla, echaban otra tanta, y así iban cerniendo toda la que habían menester; y el cerner la harina más era para el pan que hacían para los españoles que no para el que los indios comían; porque no eran tan regalados que les ofendiese el afrecho, ni el afrecho es tan áspero, principalmente el del maíz tierno, que sea menester quitarlo. Cernían de la manera que hemos dicho, por falta de cedazos, que no llegaron allá de España mientras no hubo trigo. Todo lo cual vi por mis ojos, y me sustenté hasta los nueve o diez años con la *zara,* que es el maíz, cuyo pan tiene tres nombres: *zancu* era el de los sacrificios; *huminta* el de sus fiestas y regalo; *tanta,* pronunciada la primera sílaba en el paladar, es el pan común; la zara tostada llaman *camcha*: quiere decir maíz tostado; incluye en sí el nombre adjetivo y el sustantivo; hase de pronunciar con *m,* porque con la *n* significa barrio de vecindad o un gran cercado. A la zara cocida llaman *muti* (y los españoles *mote*): quiere decir maíz cocido, incluyendo en sí ambos nombres. De la harina del maíz hacen las españolas los bizcochillos y fruta de sartén y cualquiera otro regalo, así para sanos como para enfermos, para cuyo medicamento, en cualquiera género de cura que sea, los médicos experimentados han desterrado la harina del trigo y usan de la del maíz.

De la misma harina y agua simple hacen el brebaje que beben, y del brebaje, acedándolo como los indios lo saben hacer, se hace muy lindo vinagre; de las cañas, antes que madure el grano, se hace muy linda miel, porque las cañas son dulces; las cañas secas y sus hojas son de mucho mantenimiento y muy agradables para las bestias; de las hojas de la mazorca y del mastelillo se sirven los que hacen estatuas, para que salgan muy livianas. Algunos indios, más apasionados de la embriaguez que la demás comunidad, echan la zara en remojo, y la tienen así hasta que echa sus raíces; entonces la muelen toda como está y la cuecen en la misma agua con otras cosas, y colada, la guardan hasta que se sazona; hácese un brebaje fortísimo, que embriaga repentinamente; llamánle *uiñapu,* y en otro lenguaje *sora.* Los Incas lo prohibieron por ser tan violento para la embriaguez; después acá, me dicen se ha vuelto a usar por algunos viciosos. De manera que de la zara y de sus partes sacan los provechos que hemos dicho, sin otros muchos que han hallado para la salud por vía de medicina, así en bebida como en emplastos, según que en otra parte dijimos.

El segundo lugar de las mieses que se crían sobre la haz de la tierra dan a la que llaman *quinua,* y en español *mijo,* o arroz pequeño; porque en el grano y en el color se le asemeja algo. La planta en que se cría se asemeja mucho al bledo, así en el tallo como en la hoja y en la flor, que es donde se cría la *quinua;* las hojas tiernas comen los indios y los españoles en sus guisados, porque son sabrosas y muy sanas; también comen el grano en sus potajes, hechos de muchas maneras. De la *quinua* hacen los indios brebaje para beber, como del maíz, pero es en tierras donde hay falta del maíz. Los indios herbolarios usan de la harina y de la *quinua* para algunas enfermedades. El año de mil y quinientos y noventa me enviaron del Perú esta semilla, pero llegó muerta, que, aunque se sembró en diversos tiempos, no nació.

Sin estas semillas, tienen los indios del Perú tres o cuatro maneras de frijoles, del talle de las habas, aunque menores; son de comer; en sus guisados usan de ellos; llámanles *purutu;* tienen chochos como los de España, algo mayores y más blandos; llámanlos *tarui.* Sin los frijoles de comer tienen otros frijoles que no son de comer; son redondos, como hechos con turquesa; son de muchos colores y del tamaño de los garbanzos; en común les llaman *chuy,* y, diferenciándolos por los colores, les dan muchos nombres, de ellos ridiculosos, de ellos bien apropiados, que por excusar prolijidad los dejamos de decir; usaban de ellos en muchas maneras de juegos que había, así de muchachos como de hombres mayores; yo me acuerdo haber jugado los unos y los otros.

CAPITULO X

DE LAS LEGUMBRES QUE SE CRIAN DEBAJO DE LA TIERRA

OTRAS MUCHAS legumbres se críen debajo de la tierra, que los indios siembran y les sirven de mantenimiento, principalmente en las provincias estériles de zara. Tiene el primer lugar la que llaman *papa,* que les sirve de pan; cómenla cocida y asada, y también la echan en los guisados; pasada al hielo y al Sol para que se conserve, como en otra parte dijimos, se llama *chuñu.* Hay otra que llaman *oca;* es de mucho regalo; es larga y gruesa, como el dedo mayor de la mano; cómenla cruda porque es dulce, y cocida y en sus guisados, y la pasan al Sol para conservarla y sin echarle miel ni azúcar parece conserva, porque tiene mucho de dulce; entonces se llama *caui.* Otra hay semejante a ésta en el talle, mas no en el gusto; antes contraria, porque toca en amargo y no se puede comer sino cocida, llamada *añus;* dicen los indios que comida es contraria a la potencia generativa; para que no les hiciese daño, los que se preciaban de galanes tomaban en la una mano una varilla o un palillo mientras la comían, y comida así decían que perdía su virtud y no dañaba. Yo les oí la razón y algunas veces vi el hecho, aunque daban a entender que lo hacían más por vía de donaire que no por dar crédito a la burlería de sus mayores.

Las que los españoles llaman *batatas,* y los indios del Perú *apichu,* las hay de cuatro o cinco colores, que unas son coloradas, otras blancas y otras amarillas y otras moradas, pero en el gusto difieren poco unas de otras; las menos buenas son las que han traído a España. También hay las calabazas o melones que acá llaman calabazas romanas y en el Perú *zapallu;* críanse como los melones; cómenlas cocidas o guisadas; crudas no se pueden comer. Calabazas de que hacen vasos, las hay muchas y muy buenas; llámanlas *mati;* de las de comer, como las de España, no las había antes de los españoles. Hay otra fruta que nace debajo de la tierra, que los indios llaman *ínchic* y los españoles *maní* (todos los nombres que los españoles ponen a las frutas y legumbres del Perú son del lenguaje de las islas de Barlovento, que los han introducido ya en su lengua española, y por eso damos cuenta de ellos); el *ínchic* semeja mucho, en la médula y en el gusto, a las almendras; si se come crudo ofende a la cabeza, y si tostado, es sabroso y provechoso; con miel hacen de él muy buen turrón; también sacan del *inchic* muy lindo aceite para muchas enfermedades. Demás de estas frutas nace otra de suyo debajo de tierra, que los indios llaman *cuchuchu;* hasta ahora no sé que los españoles le hayan dado nombre, y es porque no hay de esta fruta en las islas de Barlovento, que son tierras muy calientes, sino en el Collao, que es tierra muy fría; es sabrosa y dulce; cómese cruda y es provechosa para los estómagos de no buena digestión; son como raíces, mucho más largos que el anís. No echa hojas, sino que la haz de la tierra

donde ella nace verdeguea por cima, y en esto conocen los indios que hay cuchuchu debajo; y cuando se pierde aquel verdor, ven que está sazonado, y entonces lo sacan. Esta fruta y *el inchic* más son regalos de la gente curiosa y regalada que no mantenimiento de la gente común y pobre, aunque ellos las cogen y las presentan a los ricos y poderosos.

CAPITULO XI

DE LAS FRUTAS DE ARBOLES MAYORES

HAY OTRA fruta muy buena, que los españoles llaman *pepino,* porque se le parece algo en el talle, pero no en el gusto ni en lo saludable que son para los enfermos de calenturas, ni en la buena digestión que tienen; antes son contrarios a los de España; el nombre que los indios les dan se me ha ido de la memoria; aunque fatigándola yo en este paso muchas veces y muchos días, y reprendiéndola por la mala guarda que ha hecho y hace de muchos vocablos de nuestro lenguaje, me ofreció, por disculparse, este nombre: *cácham,* por pepino; no sé si me engaña, confiada de que por la distancia del lugar y ausencia de los míos no podré averiguar tan aína el engaño; mis parientes, los indios y mestizos del Cuzco y todo el Perú, serán jueces de esta mi ignorancia y de otras muchas que hallarán en esta mi obra; perdónenmelas, pues soy suyo, y que sólo por servirles tomé un trabajo tan incomportable como esto lo es para mis pocas fuerzas (sin ninguna esperanza de galardón suyo ni ajeno); los pepinos son de tres tamaños, y los más pequeños, que tienen forma de corazón, son los mejores; nacen en matas pequeñas. Otra fruta, que llaman *chili,* llegó al Cuzco año de mil y quinientos y cincuenta y siete; es de muy buen gusto y de mucho regalo; nace en unas plantas bajas, casi tendidas por el suelo; tienen un granujado por cima, como el madroño, y es del mismo tamaño, no redondo sino algún tanto prolongada en forma de corazón.

Otras muchas frutas hay que nacen en árboles altos (que las dichas más parecen legumbres); unas se dan en tierras muy calientes, como las marítimas y los Antis; otras se crían en tierras más templadas, como son los valles calientes del Perú; mas porque las unas y las otras se alcanzan todas y se gozan en todas partes, no será necesario hacer división entre ellas, sino que se digan como salieren; y haciendo principio de la que los españoles llaman *guayabas* y los indios *sauintu,* decimos que son redondas, del tamaño de manzanas medianas, y como ellas con hollejo y sin corteza; dentro, en la médula, tienen muchas pepitas o granillos redondos, menores que los de la uva. Unas son amarillas por de fuera y coloradas por de dentro;

éstas son de dos suertes: unas tan agrias que no se pueden comer, otras son dulces, de muy buen gusto. Otras hay verdes por de fuera y blancas por de dentro; son mejores que las coloradas, con muchas ventajas; y al contrario, en muchas regiones marítimas tienen las coloradas por mejores que las blancas. Los españoles hacen conserva de ella y de otras frutas después que yo salí del Perú, que antes no se usaba. En Sevilla vi la del sauintu, que la trujo del Nombre de Dios un pasajero amigo mío, y por ser fruta de mi tierra me convidó a ella.

Otra fruta llaman los indios *pácay* y los españoles *guabas;* críase en unas vainas verdes de una cuarta, más y menos, de largo y dos dedos de ancho; abierta la vaina se hallan una vedijitas blancas, ni más ni menos que algodón, tan parecidas a él, que ha habido españoles bisoños que, no conociendo la fruta, han reñido con los indios que se la daban, entendiendo que por burlar de ellos les daban a comer algodón. Son muy dulces; pasados al Sol, se guardan largo tiempo; dentro en la vedijitas o capullos tienen una pepita negra, como habas pequeñas; no son de comer.

La fruta que los españoles llaman *peras,* por parecerse a las de España en el color verde y en el talle, llaman los indios *palta;* porque de una provincia de este nombre se comunicó a las demás. Son dos y tres veces mayores que las peras grandes de España; tiene una vaina tierna y delgada; debajo de ella tiene la médula, que será de un dedo en grueso; dentro de ella se cría un cuesco, o hueso, como quieren los muy mirlados; es de la misma forma de la pera, y tan grueso como una pera de las comunes de acá; no se ha experimentado que sea de provecho para cosa alguna; la fruta es muy sabrosa, muy saludable para los enfermos; comida con azúcar es comer una conserva muy regalada.

Hay otra fruta grosera, que los indios llaman *rucma* y los españoles *lucma,* porque no quede sin la corrupción que a todos los nombres les dan. Es fruta basta, no nada delicada ni regalada, aunque toca antes en dulce que en agrio ni amargo, ni se sabe que sea dañosa para la salud, mas de que es manjar bronco y grosero; son del talle y tamaño de las naranjas comunes; tienen dentro en la médula un cuesco muy semejante a la castaña en el color de la cáscara y en el grueso de ella y en el color blanco de la médula, aunque es amarga y no de comer. Tuvieron una suerte de ciruelas, que los indios llaman *ussun;* son coloradas y dulces; comidas hoy, hacen echar otro día la orina tan colorada que parece que tiene mezcla de sangre.

CAPITULO XII

DEL ARBOL MULLI Y DEL PIMIENTO

Entre estas frutas podemos poner la del árbol llamado *mulli;* nace de suyo por los campos; da su fruto en racimos largos y angostos; el fruto son unos granillos redondos, del tamaño del culantro seco; las hojas son menudas y siempre verdes. El grano, estando sazonado, tiene en la superficie un poco de dulce muy sabroso y muy suave; pasado de allí, lo demás es muy amargo. Hacen brebaje de aquel grano para beber; tráenlo blandamente entre las manos en agua caliente, hasta que ha dado todo el dulzor que tenía, y no han de llegar a lo amargo porque se pierde todo. Cuelan aquella agua y la guardan tres o cuatro días, hasta que llega a sazón; es muy linda de beber, muy sabrosa y muy sana para males de orina, ijada, riñones y vejiga; y mezclada con el brebaje del maíz lo mejora y lo hace más sabroso. La misma agua, cocida hasta que se espese, se convierte en miel muy linda; la misma agua, puesta al Sol, con no sé qué que le añaden, se aceda y se hace muy lindo vinagre. De la leche y resina del *mulli* dijimos en otra parte cuán provechosa era para heridas. El cocimiento de sus hojas en agua es saludable para lavarse las piernas y el cuerpo y para echar de sí la sarna y curar las llagas viejas; palillos hechos de las ramas tiernas son muy buenos para limpiar los dientes. Conocí el valle del Cuzco adornado de innumerables árboles de estos tan provechosos, y en pocos años le vi casi sin ninguno; la causa fue que se hace de ellos muy lindo carbón para los braseros, y aunque al encender chispea mucho, después de encendido guarda el fuego hasta convertirse en ceniza.

Con estas frutas, y aun por la principal de ellas, conforme al gusto de los indios, pudiéramos poner el condimento que echan en todo lo que comen —sea guisado, sea cocido o asado, no lo han de comer sin él—, que llaman *uchu* y los españoles *pimiento de las Indias,* aunque allá le llaman *ají,* que es nombre del lenguaje de las islas de Barlovento; los de mi tierra son tan amigos del uchu que no comerán sin él aunque no sea sino unas yerbas crudas. Por el gusto que con él reciben en lo que comen, prohibían el comerlo en su ayuno riguroso, porque lo fuese más riguroso, como en otra parte dijimos. Es el pimiento de tres o cuatro maneras. El común es grueso, algo prolongado y sin punta: llámanle *rócot uchu;* quiere decir: pimiento grueso, a diferencia del que se sigue; cómenlo sazonado o verde, antes que acabe de tomar su color perfecto, que es colorado. Otros hay amarillos y otros morados, aunque en España no he visto más de los colorados. Hay otros pimientos largos, de un jeme, poco más, poco menos, delgados como el dedo meñique o merguerite; éstos tenían por más hidalgos que los pasados, y así se gastaba en la casa real y en toda la parentela; la diferencia de su nombre se me ha ido de la memoria; también le llaman *uchu* como al pasado, pero

el adjetivo es el que me falta. Otro pimiento hay menudo y redondo, ni más ni menos que una guinda, con su pezón o palillo; llámanle *chinchi uchu;* quema mucho más que los otros, sin comparación; críase en poca cantidad, y por ende es más estimado. Las sabandijas ponzoñosas huyen del pimiento y de su planta. A un español venido de México oí decir que era muy bueno para la vista, y así comía por postre a todas sus comidas dos pimientos asados. Generalmente todos los españoles que de Indias vienen a España lo comen de ordinario, y lo quieren más que las especias de la India Oriental. Los indios lo estiman tanto que lo tienen en más que todas las frutas que hemos dicho.

CAPITULO XIII

DEL ARBOL MAGUEY Y DE SUS PROVECHOS

Entre estas frutas podremos poner el árbol que los españoles llaman *maguey* y los indios *chuchau*, por los muchos provechos que de él se sacan, de los cuales hemos hecho mención en otra parte. Pero el Padre Blas Valera dice otras muchas más virtudes del *chuchau,* y no es razón que se callen, aunque las diremos más brevemente que Su Paternidad. Dice que es feo a la vista y que el madero es liviano; que tiene una corteza y que son largos de a veinte pies y gruesos como el brazo y como la pierna, el meollo esponjoso y muy liviano, del cual usan los pintores y escultores de imágenes. Las hojas son gruesas y largas de media braza; nacen todas al pie, como las del cardo hortense, y por ende lo llaman los españoles *cardón,* y las hojas con más propiedad podríamos llamar pencas, tienen espinas también como las hojas del cardo. El zumo de ellas es muy amargo; sirve de quitar las manchas de la ropa y de curar las llagas canceradas o inflamadas y de extirpar los gusanos de las llagas. El mismo zumo, cocido con sus propias raíces en agua llovediza, es muy bueno para quitar el cansancio al que se lavare con ella y para hacer diversos lavatorios medicinales. De las hojas que se sazonan y secan al pie del tronco, sacan cáñamo fortísimo, de que hacen las suelas del calzado y las sogas, jáquimas y cabestros y otras cosas groseras; de las que cortan antes que se sequen (majadas las ponen a las corrientes de los arroyos para que se laven y pierdan la viscosidad que tienen) sacan otro cáñamo menos grosero que el pasado, de que hacían hondas que traían en la cabeza y hacían ropa de vestir donde había falta de lana o de algodón; parecía al anjeo que traen de Flandes o a la estopa más basta que tejen en España; otro cáñamo sacan más sutil que los que hemos dicho, de que hacen muy lindo hilo para redes, con que cazan los pájaros;

pónenlas en algunas quebradas angostas, entre cerro y cerro, asidas de un árbol a otro, y ojean por la parte baja los pájaros que hallan; los cuales, huyendo de la gente, caen en las redes, que son muy sutiles y teñidas de verde, para que con el verdor del campo y de los árboles no se parezcan las redes y caigan los pájaros en ellas con más facilidad; hacen las redes largas, de seis, ocho, doce, quince y veinte brazas y más de largo; las hojas del maguey son acanaladas y en ellas se recoge agua llovediza; es provechosa para diversas enfermedades; los indios la cogen y de ella hacen brebaje fortísimo, mezclándola con el maíz o con la quinua o con la semilla del árbol mulli; también hacen de ella miel y vinagre; las raíces del *chuchau* muelen, y hacen de ellas panecillos de jabón, con que las indias se lavan las cabezas, quitan el dolor de ellas y las manchas de la cara, crían los cabellos y los ponen muy negros. Hasta aquí es del Padre Blas Valera; sólo añadí yo el largo de las redes, por ser cosa notable y porque él no lo dice. Ahora diremos cómo crían los cabellos y cómo los ennegrecen, que es cosa bárbara y espantable.

Las indias del Perú todas traen el cabello largo y suelto, sin tocado alguno; cuando mucho, traen una cinta ancha como el dedo pulgar con que ciñen la cabeza; si no son las Collas, que, por el mucho frío que en la tierra de ellas hace, la traen cubierta. Son las indias naturalmente amicísimas del cabello muy negro y muy largo, porque lo traen al descubierto; cuando se les pone de color castaño o se les ahorquilla o se les cae al peinar, los cuecen al fuego en una caldera de agua con yerbas dentro; la una de las yerbas debía ser la raíz del *chuchau* que el Padre Blas Valera dice, que, según yo lo vi hacer algunas veces, más de una echaban; empero, como muchacho y niño, ni pedía cuenta de cuántas eran las yerbas ni cuáles eran. Para meter los cabellos dentro en la caldera, que con los menjurges hervía al fuego, se echaba la india de espaldas; al pescuezo le ponían algún reparo porque el fuego no le ofendiese. Tenían cuenta con que el agua que hervía no llegase a la cabeza, porque no cociese las carnes; para los cabellos que quedaban fuera del agua también los mojaban con ella, para que gozasen de la virtud de las yerbas del cocimiento. De esta manera estaban en aquel tormento voluntario, estoy por decir casi dos horas, aunque como muchacho no lo noté entonces con cuidado para poderlo decir ahora ajustadamente; mas no dejé de admirarme del hecho, por parecerme rigoroso contra las mismas que lo hacían. Pero en España he perdido la admiración, viendo lo que muchas damas hacen para enrubiar sus cabellos, que los perfuman con azufre y los mojan con agua fuerte de dorar y los ponen al Sol en medio del día, por los caniculares, y hacen otros condumios que ellas se saben, que no sé cuál es peor y más dañoso para salud, si esto o aquello. Las indias, habiendo hecho otros lavatorios para quitar las horruras del cocimiento, sacaban sus cabellos más negros y más lustrosos que las plumas del cuervo recién mudado. Tanto como esto y mucho más puede el deseo de la hermosura.

CAPITULO XIV

DEL PLATANO, PIÑA Y OTRAS FRUTAS

Volviendo a las frutas, diremos de algunas más notables que se crían en los Antis del Perú, que son tierras más calientes y más húmedas que no las provincias del Perú; no las diremos todas, por excusar prolijidad. El primer lugar se debe dar al árbol y a su fruto que los españoles llaman *plátano;* semejase a la palma en el talle y en tener las hojas en lo alto, las cuales son muy anchas y muy verdes; estos árboles se crían de suyo; quieren tierra muy lluviosa, como son los Antis; dan su fruto en racimos tan grandes, que ha habido algunos, como dice el Padre Acosta, Libro cuarto, capítulo veinte y uno, que le han contado trescientos plátanos; críase dentro de una cáscara, que ni es hollejo ni corteza, fácil de quitar; son de una cuarta, poco más o menos, en largo y como tres dedos en grueso.

El Padre Blas Valera, que también escribía de ellos, dice que les cortan los racimos cuando empiezan a madurar, porque con el peso no derriben el árbol, que es fofo y tierno, inútil para madera y aun para el fuego; maduran los racimos en tinajas; cúbrenlos con cierta yerba que les ayuda a madurar; la médula es tierna, suave y dulce; pasada al Sol parece conserva; cómenla cruda y asada, cocida y guisada en potajes, y de todas maneras sabe bien; con poca miel o azúcar (que ha menester poca), hacen del plátano diversas conservas; los racimos que maduran en el árbol son más dulces y más sabrosos; los árboles son de dos varas en alto, unos más y otros menos. Hay otros plátanos menores, que a diferencia de los mayores les llaman *dominicos;* porque aquella cáscara, cuando nace el racimo, está blanca, y cuando la fruta está sazonada participa de blanco y negro a remiendos; son la mitad menores que los otros, y en todo les hacen mucha ventaja, y por ende no hay tanta cantidad de éstos como de aquéllos.

Otra fruta, que los españoles llaman *piña,* por la semejanza que en la vista y en la hechura tiene con las piñas de España, que llevan piñones, pero en lo demás no tienen que ver las unas con las otras; porque aquéllas, quitada la cáscara con un cuchillo, descubren una médula blanca, toda de comer, muy sabrosa; toca un poco, y muy poco, en agro, que la hace más apetitosa; en el tamaño son dos tanto mayores que las piñas de acá. También se da en los Antis otra fruta que los españoles llaman *manjar blanco,* porque, partida por medio, parecen los escudillos de manjar blanco en el color y en el sabor; tiene dentro una pepitas negras, como pequeñas almendras; no son de comer; esta fruta es del tamaño de un melón pequeño; tiene una corteza dura, como una calabaza seca, y casi de aquel grueso; dentro de ella se cría la médula, tan estimada; es dulce y toca en tantito de agrio, que la hace más golosa o golosina.

Muchas otras frutas se crían de suyo en los Antis, como son las que los españoles llaman almendras y nueces, por alguna semejanza que tengan

a las de acá, en quequiera que sea; que esta rotura tuvieron los primeros españoles que pasaron a Indias, que con poca semejanza y ninguna propiedad llamaron a las frutas de allá con los nombres de las de acá, que cotejadas las unas con las otras, son muy diferentes, que es muy ancho más en lo que difieren que no en lo que se asemejan, y aun algunas son contrarias, no sólo en el gusto mas también en los efectos; y así son estas nueces y almendras, las cuales dejaremos con otras frutas y legumbres que en los Antis se crían, que son de poco momento, por dar cuenta de otras de más nombre y fama.

CAPITULO XV

DE LA PRECIADA HOJA LLAMADA CUCA Y DEL TABACO

No será razón dejar en olvido la yerba que los indios llaman *cuca* y los españoles *coca,* que ha sido y es la principal riqueza del Perú para los que la han manejado en tratos y contratos; antes será justo se haga larga mención de ella, según lo mucho que los indios la estiman, por las muchas y grandes virtudes que de ella conocían antes y muchas más que después acá los españoles han experimentado en cosas medicinales. El Padre Blas Valera, como más curioso y que residió muchos años en el Perú y salió de él más de treinta años después que yo, escribe de las unas y de las otras como quien vio la prueba de ellas; diré llanamente lo que Su Paternidad dice, y adelante añadiré lo poco que dejó de decir, por no escribir largo, desmenuzando mucho cada cosa. Dice, pues: "La cuca es un cierto arbolillo de altor y grosor de la vid; tiene pocos ramos, y en ellos muchas hojas delicadas, del anchor del dedo pulgar y el largo como la mitad del mismo dedo, y de buen olor, pero poco suave; las cuales hojas llaman *cuca* indios y españoles. Es tan agradable la cuca a los indios, que por ella posponen el oro y la plata y las piedras preciosas; plántanla con gran cuidado y diligencia y cógenla con mayor; porque cogen las hojas de por sí, con la mano, y las secan al Sol, y así seca la comen los indios, pero no la tragan; solamente gustan del olor y pasan el jugo. De cuánta utilidad y fuerza sea la cuca para los trabajadores, se colige de que los indios que la comen se muestran más fuertes y más dispuestos para el trabajo; y muchas veces, contentos con ella, trabajan todo el día sin comer. La cuca preserva el cuerpo de muchas enfermedades, y nuestros médicos usan de ella hecha polvos, para atajar y aplacar la hinchazón de las llagas; para fortalecer los huesos quebrados; para sacar el frío del cuerpo o para impedirle que no entre; para sanar las

llagas podridas, llenas de gusanos. Pues si a las enfermedades de afuera hace tantos beneficios, con virtud tan singular, en las entrañas de los que la comen ¿no tendrá más virtud y fuerza? Tiene también otro gran provecho, y es que la mayor parte de la renta del Obispo y de los canónigos y de los demás ministros de la Iglesia Catedral del Cuzco es de los diezmos de las hojas de la cuca; y muchos españoles han enriquecido y enriquecen con el trato y contrato de esta yerba; empero algunos, ignorando todas estas cosas, han dicho y escrito mucho contra este arbolillo, movidos solamente de que en tiempos antiguos los gentiles, y ahora algunos hechiceros y adivinos, ofrecen y ofrecieron la cuca a los ídolos; por lo cual, dicen, se debía quitar y prohibir del todo. Ciertamente fuera muy buen consejo si los indios hubieran acostumbrado a ofrecer al demonio solamente esta yerba. Pero si los antiguos gentiles y los modernos idólatras sacrificaron y sacrifican las mieses, las legumbres y frutos que encima y debajo de la tierra se crían, y ofrecen su brebaje y el agua fría y la lana y los vestidos y el ganado y otras muchas cosas, en suma, todo cuanto tienen, y como todas no se les deben quitar, tampoco aquélla. Deben doctrinarles que, aborreciendo las supersticiones, sirvan de veras a un solo Dios y usen cristianamente de todas aquellas cosas". Hasta aquí es del Padre Blas Valera.

Añadiendo lo que falta, para mayor abundancia, decimos que aquellos arbolillos son del altor de un hombre; para plantarlos echan la semilla en almácigo, como las verduras; hácenles hoyos, como para las vides; echan la planta acodada, como la vid; tienen gran cuenta con que ninguna raíz, por pequeña que sea, quede doblada, porque basta para que la planta se seque. Cogen la hoja, tomando cada rama de por sí entre los dedos de la mano, la cual corren con tiento hasta llegar al pimpollo: no han de llegar a él porque se seca toda la rama; la hoja de la haz y del envés, en verdor y hechura, es ni más ni menos que la del madroño, salvo que tres o cuatro hojas de aquéllas, por ser muy delicadas, hacen tanto grueso como una de las del madroño. Huelgo mucho de hallar en España cosas tan apropiadas a que comparar las de mi tierra, y que no las haya en ella, para que allá y acá se entiendan y conozcan las unas por las otras. Cogida la hoja, la sacan al sol; no ha de quedar del todo seca porque pierde mucho del verdor, que es muy estimado, y se convierte en polvo, por ser tan delicada, ni ha de quedar con mucha humedad, porque en los cestos donde la echan para llevarla de unas partes a otras, se enmohece y se pudre; han de dejarla en un cierto punto, que participe de uno y de otro; los cestos hacen de cañas hendidas, que las hay muchas y muy buenas, gruesas y delgadas, en aquellas provincias de los Antis; y con las hojas de las cañas gruesas, que son anchas de más de una tercia y largas de más de media vara, cubren por de fuera los cestos, porque no se moje la cuca, que la ofende mucho el agua; y con un cierto género de cáñamo, que también lo hay en aquel distrito, entredan los cestos. Considerar la cantidad que de cada cosa de éstas se gasta para el beneficio de la cuca es más para dar gracias a Dios, que así lo provee todo, dondequiera que es menester, que para lo escribir, por ser increíble.

Si todas estas cosas o cualquiera de ellas se hubiera de llevar de otra parte, fuera más el trabajo y la costa que el provecho. Cógese aquella yerba de cuatro meses, tres veces al año, y si escardan bien y a menudo la mucha yerba que con ella se cría de continuo, porque la tierra en aquella región es muy húmeda y muy caliente, se anticipa más de quince días cada cosecha; de manera que viene a ser casi cuatro cosechas al año; por lo cual, un diezmero codicioso, de los de mi tiempo, cohechó a los capataces de las heredades más ricas y principales que había en el término del Cuzco porque tuviesen cuidado de mandar que las escardasen a menudo; con esta diligencia quitó al diezmero del año siguiente las dos tercias partes del diezmo de la primera cosecha; por lo cual nació entre ellos un pleito muy reñido, que yo, como muchacho, no supe en qué paró. Entre otras virtudes de la cuca se dice que es buena para los dientes.

De la fuerza que pone al que la trae en la boca, se me acuerda un cuento que oí en mi tierra a un caballero en sangre y virtud que se decía Rodrigo Pantoja, y fue que caminando del Cuzco a Rímac topó a un pobre español (que también los hay allá pobres como acá), que iba a pie y llevaba a cuestas una hijuela suya de dos años; era conocido del Pantoja, y así se hablaron ambos. Díjole el caballero: "¿Cómo vais así cargado?" Respondió el peón: "No tengo posibilidad para alquilar un indio que me lleve esta muchacha, y por eso la llevo yo". Al hablar del soldado, le miró Pantoja la boca y se la vió llena de cuca; y como entonces abominaban los españoles todo cuanto los indios comían y bebían, como si fueran idolatrías, particularmente el comer la cuca, por parecerles cosa vil y baja, le dijo: "Puesto que sea así lo que decís de vuestra necesidad ¿por qué coméis *cuca,* como hacen los indios, cosa tan asquerosa y aborrecida de los españoles?" Respondió el soldado: "En verdad, señor, que no la abominaba yo menos que todos ellos, mas la necesidad me forzó a imitar los indios y traerla en la boca; porque os hago saber que si no la llevara, no pudiera llevar la carga; que mediante ella siento tanta fuerza y vigor que puedo vencer este trabajo que llevo". Pantoja se admiró de oírle, y contó el cuento en muchas partes, y de allí adelante daban algún crédito a los indios, que la comían por necesidad y no por golosinas y así es de creer, porque la yerba no es de buen gusto. Adelante diremos cómo la llevan a Potosí y tratan y contratan con ella.

Del arbolillo que los españoles llaman *tabaco* y los indios *sairi,* dijimos en otra parte. El doctor Monardes escribe maravillas de él. La zarzaparrilla no tiene necesidad que nadie la loe, pues bastan para su loor las hazañas que en el mundo nuevo y viejo ha hecho y hace contra las bubas y otras graves enfermedades. Otras muchas yerbas hay en el Perú de tanta virtud para cosas medicinales, que, como dice el Padre Blas Valera, si las conocieran todas no hubiese necesidad de llevarlas de España ni de otras partes; mas los médicos españoles se dan tan poco por ellas, que aun de las que antes conocían los indios se ha perdido la noticia de la mayor parte de ellas. De las yerbas, por su multitud y menudencia, será dificultoso dar

cuenta; baste decir que los indios las comen todas, las dulces y las amargas, de ellas crudas, como acá las lechugas y los rábanos, de ellas en sus guisados y potajes, porque son el caudal de la gente común, que no tenían abundancia de carne y pescado como los poderosos; las yerbas amargas, como son las hojas de las matas que llaman *sunchu* y de otras semejantes, las cuecen en dos, tres aguas y las secan al sol y guardan para el invierno, cuando no las hay; y es tanta la diligencia que ponen en buscar y guardar las yerbas para comer, que no perdonan ninguna, que hasta las ovas y los gusarapillos que se crían en los ríos y arroyos sacan y aliñan para su comida.

CAPITULO XVI

DEL GANADO MANSO Y LAS RECUAS QUE DE EL HABIA

Los animales domésticos que Dios dio a los indios del Perú, dice el Padre Blas Valera que fueron conforme a la condición blanda de los mismos indios, porque son mansos, que cualquiera niño los lleva donde quiere, principalmente a los que sirven de llevar cargas. Son de dos maneras, unos mayores que otros. En común les nombran los indios con este nombre: *llama*, que es ganado; al pastor dicen *llama michec;* quiere decir: el que apacienta el ganado. Para diferenciarlo llaman al ganado mayor *huanacullama,* por la semejanza que en todo tiene con el animal bravo que llaman *huanacu,* que no difieren en nada sino en los colores; que el manso es de todos colores, como los caballos de España, según se ha dicho en otras partes, y el *huanacu* bravo no tiene más de un color, que es castaño deslavado, bragado de castaño más claro. Este ganado es del altor de los ciervos de España; a ningún animal semeja tanto como al camello, quitado la corcova y la tercia parte de la corpulencia; tiene el pescuezo largo y parejo, cuyo pellejo desollaban los indios cerrado, y lo sobaban con sebo hasta ablandarlo y ponerlo como curtido, y de ello hacían las suelas del calzado que traían; y porque no era curtido, se descalzaban al pasar de los arroyos y en tiempos de muchas aguas, porque se les hace como tripa en mojándose. Los españoles hacían de ello riendas muy lindas para sus caballos, que parecen mucho a las que traen de Berbería; hacían asimismo correones y guruperas para las sillas de camino, y látigos y aciones para la cinchas y sillas jinetas. Demás de esto sirve aquel ganado a indios y a españoles de llevarles sus mercaderías dondequiera que las quieren llevar, pero donde más comúnmente andan y mejor se hallan, por ser la tierra llana, es desde el Cuzco a Potocchi, que son cerca de doscientas leguas, y de otras muchas partes van y vienen a aquellas minas con todo el bastimento, ropa de indios, mercaderías de

España, vino y aceite, conservas y todo lo demás que en ellas se gastan; principalmente llevan del Cuzco la yerba llamada cuca.

En mis tiempos había en aquella ciudad, para este acarreto, recuas de seiscientas, de a ochocientas, de a mil y más cabezas de aquel ganado. Las recuas de a quinientas cabezas abajo no se estimaban. El peso que lleva es de tres a cuatro arrobas; las jornadas que caminan son de a tres leguas, porque no es ganado de mucho trabajo; no le han de sacar de su paso porque se cansa, y luego se echa en el suelo y no hay como levantarlo, por cosas que le hagan, ni le quiten la carga; pueden luego desollarlo, que no hay otro remedio. Cuando porfían a levantarlos y llegan a ellos para alzarles, entonces se defienden con el estiércol que tienen en el buche, que lo traen a la boca y lo escupen al que más cerca hallan, y procuran echárselo en el rostro antes que en otra parte. No tienen otras armas con qué defenderse, ni cuernos como los ciervos; con todo esto les llaman los españoles *carneros y ovejas,* habiendo tanta diferencia del un ganado a otro como lo que hemos dicho. Para que no lleguen a cansarse, llevan en las recuas cuarenta o cincuenta carneros vacíos, y en sintiendo enflaquecer alguno con la carga, se la quitan luego y la pasan a otro, antes que se eche; porque, en echándose, no hay otro remedio sino matarlo. La carne de este ganado mayor es la mejor de cuantas hoy se comen en el mundo; es tierna, sana y sabrosa; la de sus corderos de cuatro, cinco meses mandan los médicos dar a los enfermos, antes que gallinas ni pollos.

En tiempo del visorrey Blasco Núñez Vela, año de mil y quinientos y cuarenta y cuatro y cuarenta y cinco, entre otras plagas que entonces hubo en el Perú, remaneció en este ganado la que los indios llaman *carache,* que es sarna; fue crudelísima enfermedad, hasta entonces nunca vista; dábales en la bragada y en el vientre; de allí cundía por todo el cuerpo, haciendo costras de dos, tres dedos en alto; particularmente en la barriga, donde siempre cargaba más el mal, hacíansele grietas de dos y tres dedos en hondo, como era el grueso de las costras hasta llegar a las carnes; corría de ellas sangre y materia, de tal manera que en muy pocos días se secaba y consumía la res. Fue mal muy contagioso; despachó, con grandísimo asombro y horror de indios y españoles, las dos tercias partes del ganado mayor y menor, *paco* y *huanacu.* De ellas se les pegó al ganado bravo, llamado *huanacu* y *vicuña,* pero no se mostró tan cruel con ellos por la región más fría en que andan, y porque no andan tan juntos como el ganado manso. No perdonó las zorras; antes las trató crudelísimamente, que yo vi el año de mil y quinientos y cuarenta y ocho, estando Gonzalo Pizarro en el Cuzco, victorioso de la batalla de Huarina, muchas zorras que, heridas de aquella peste, entraban en la ciudad, y las hallaban en las calles y en las plazas, vivas y muertas, los cuerpos con dos, tres y más horados, que les pasaban de un cabo a otro, que la sarna les había hecho, y me acuerdo que los indios, como tan agoreros, pronosticaban por las zorras la destrucción y muerte de Gonzalo Pizarro, que sucedió poco después.

A los principios de esta plaga, entre otros remedios desesperados que le hacían, era matar o enterrar viva la res que la tenía, como también lo dice el Padre Acosta, Libro cuarto, capítulo cuarenta y uno, mas, como luego cundió tanto, no sabiendo los indios ni los españoles qué hacer para atajarla, dieron en curarla con fuego artificial, hacían cocimientos de solimán y piedra azufre y de otras cosas violentas, que imaginaban serían a propósito, y tanto más aína moría la res; echábanles manteca de puerco hirviendo: también las mataban muy aína. Hacían otras muchas cosas de que no me acuerdo, mas todas les salían a mal, hasta que poco a poco, probando una cosa y otra, hallaron por experiencia que el mejor remedio era untar las partes donde había sarna con manteca de puerco tibia y tener cuidado de mirar si se rascan en la bragada, que es donde primero les da el mal, para curarlo antes que cunda más; con esto se remedió mucho aquella plaga, y con que la mala influencia se debió de ir aplacando; porque después acá no se ha mostrado tan cruel como a los principios. Por este beneficio que hallan en la manteca tienen precios los puercos, que, según lo mucho que multiplican, valdrían de balde; es de notar que, con ser la plaga tan general, no dio en los venados, corzos ni gamos; deben de ser de otra complexión. Acuérdome también que en el Cuzco tomaron por abogado y defensor contra esta plaga a Santo Antonino, que les cupo en suerte, y cada año le hacían gran fiesta; lo mismo será ahora.

Con ser las recuas tan grandes como se ha dicho y los caminos tan largos, no hacen costa alguna a sus dueños, ni en la comida ni en la posada ni en herraje ni aparejos de albarda, jalma ni albardoncillo, pretal, cincha ni gurupera, ni otra cosa alguna de tantas como los arrieros han menester para sus bestias. En llegando a la dormida, los descargan y los echan al campo, donde pacen la yerba que hallan; y de esta manera los mantienen todo el camino, sin darles grano ni paja; bien comen la zara si se la dan; mas el ganado es tan noble, que, aun trabajando, se pasa sin grano; herraje no lo gastan, porque, demás de ser patihendido, tienen pulpejo en pies y manos, y no casco. Albarda ni otro aparejo alguno no lo han menester, porque tienen lana gruesa bastante para sufrir la carga que les echan, y los trajineros tienen cuidado de acomodar y juntar los tercios de un lado y de otro, de manera que la sobrecarga no toque en el espinazo, que es donde le podría matar. Los tercios no van asidos con el cordel que los arrieros llaman lazo; porque, no llevando el carnero jalma ni albarda, podría entrársele el cordel en las carnes, con el peso de la carga. Los tercios van cosidos uno con otro por las arpilleras, y aunque las costura asiente sobre el espinazo, no les hace mal, como no llegue la sobrecarga. Entre dos indios llevan a cargo veinte y cinco carneros para cargar y descargar, por ayudarse el uno al otro, que uno solo no podría valerse, yendo los tercios juntos, como se ha dicho.

Los mercaderes llevan sus toldos y los arman en los campos, dondequiera que quieren parar a dormir, y echan dentro de ellos la mercadería; no

entran en los pueblos a dormir, porque sería cosa muy prolija llevar y traer el ganado del campo. Tardan en el viaje del Cuzco a Potocchi cuatro meses, dos en ir y dos en volver, sin lo que se detienen para el despacho de la mercadería. Valía en el Cuzco un carnero escogido diez y ocho ducados, y los desechados a doce y a trece. La principal mercancía que de aquella ciudad llevaban era la yerba cuca y ropa de vestir de los indios. Todo lo que hemos dicho pasaba en mi tiempo, que yo lo vi por mis ojos; no sé ahora cómo pasa; traté con muchos de los que iban y venían; hubo algunos caminos que vendieron a más de treinta pesos ensayados el cesto de la cuca.

Con llevar mercancías de tanto valor y volver cargados de plata con treinta, cuarenta, cincuenta y cien mil pesos, no recelaban los españoles, ni los indios que las llevaban, dormir en el campo, sin otra compañía ni más seguridad que la de su cuadrilla; porque no tenían ladrones ni salteadores. La misma seguridad había en los tratos y contratos de mercaderías fiadas, o las cosechas que los vecinos tenían de sus rentas o empréstitos de dineros, que, por grandes que fuesen las partidas de la venta o del préstamo, no había más escritura ni más conocimiento ni cédula por escrito que sus palabras, y éstas se guardaban inviolablemente. Acaeció muchas veces jugar un español la deuda que otro, que estaba ausente y lejos, le debía, y decir al que se la ganaba: "Diréis a fulano que la deuda que me debe, que os la pague a vos, que me la ganasteis". Y bastaba esto para que el ganador fuese creído y cobrase la deuda, por grande que fuese; tanto como esto se estimaba entonces la palabra de cada uno para creer y ser creído, fuese mercader, fuese vecino señor de indios, fuese soldado, que en todos había este crédito y fidelidad y la seguridad de los caminos, que podía llamarse el siglo dorado; lo mismo entiendo que habrá ahora.

En tiempo de paz, que no había guerra, muchos soldados, muy caballeros y nobles, por no estar ociosos, entendían en este contrato de ir y venir a Potocchi con la yerba cuca y ropa de indios, y la vendían en junto y no por menudo; de esta manera era permitido a los hombres, por nobles que fuesen, el tratar y contratar con su hacienda; no había de ser en ropa de España, que se vende por varas y en tienda de asiento. Muchos de ellos holgaban de ir con su hacienda, y, por no caminar al paso de los carneros, llevaban un par de halcones y perros perdigueros y galgos y su arcabuz, y mientras caminaba la recua a su paso corto, se apartaban ellos a una mano o a otra del camino e iban cazando; cuando llegaban a la dormida, llevaban muertas una docena de perdices o un huanacu o vicuña o venado; que la tierra es ancha y larga y tiene de todo. De esta manera se iban holgando y entreteniendo a ida y a vuelta, y así era más tomar ocasión de cazar y holgarse que de mercadear; y los vecinos poderosos y ricos se lo tenían a mucho a los soldados nobles que tal hacían. El Padre Joseph de Acosta, Libro cuarto, capítulo cuarenta y uno, dice mucho en loor de este ganado mayor y de sus provechos.

Del ganado menor, que llaman *pacollama,* no hay tanto que decir, porque no son para carga ni para otro servicio alguno, sino para carne, que

es poco menos buena que la del ganado mayor, y para lana, que es bonísima y muy larga, de que hacen su ropa de vestir de las tres estofas que hemos dicho, con colores finísimos, que los indios las saben dar muy bien, que nunca desdicen. De la leche del un ganado ni del otro no se aprovechaban los indios, ni para hacer queso ni para comerla fresca; verdad es que la leche que tienen es poca, no más de la que han menester para criar sus hijos. En mis tiempos llevaban quesos de Mallorca al Perú, y no otros; y eran muy estimados. A la leche llaman *ñuñu,* y a la teta llaman *ñuñu* y al mamar dicen *ñuñu,* así al mamar de la criatura como al dar a mamar de la madre. De los perros que los indios tenían, decimos que no tuvieron las diferencias de perros castizos que hay en Europa; solamente tuvieron de los que acá llaman gozques; había los grandes y chicos: en común les llaman *allco,* que quiere decir perro.

CAPITULO XVII

DEL GANADO BRAVO Y DE OTRAS SABANDIJAS

No tuvieron los indios del Perú, antes de los españoles, más diferencias de doméstico ganado que las dos que hemos dicho, *paco y huanacu;* de ganado bravo tuvieron más, pero usaban de él como del manso, según dijimos en las cacerías que hacían a sus tiempos. A una especie de las bravas llaman *huanacu,* por cuya semejanza llamaron al ganado mayor manso con el mismo nombre; porque es de su tamaño y de la misma forma y lana. La carne es buena, aunque no tan buena como la del manso; en fin, en todo se asemejan; los machos están siempre atalayando en los collados altos, mientras las hembras pacen en lo bajo, y cuando ven gente dan relinchos a semejanza de los caballos, para advertirlas; y cuando la gente va hacia ellos, huyen antecogiendo las hembras por delante: la lana de estos huanacus es corta y áspera; pero también la aprovechaban los indios para su vestir; con galgos los corrían en mis tiempos y mataban muchos.

A semejanza del ganado menor, que llaman *paco,* hay otro ganado bravo que llaman *vicuña;* es animal delicado, de pocas carnes; tienen mucha lana y muy fina; de cuyas virtudes medicinales escribe el Padre Acosta muchas y muy buenas; lo mismo hace de otros muchos animales y aves que se hallan en las Indias; mas como Su Paternidad escribe de todo el Nuevo Orbe, es menester mirar con advertencia lo que en particular dice de las cosas del Perú, a quien me remito en muchas de las que vamos diciendo. La vicuña es más alta de cuerpo que una cabra, por grande que sea: el color de su lana tira a castaño muy claro, que por otro nombre

llaman leonado; son ligerísimas, no hay galgo que las alcance; mátanlas con arcabuces y con atajarlas, como hacían en tiempo de los Incas, apaciéntanse en los desiertos más altos, cerca de la nieve; la carne es de comer, aunque no tan buena como la del huanacu; los indios la estimaban porque eran pobres de carne.

Venados o ciervos hubo en el Perú, aunque mucho menores que los de España; los indios les llaman *taruca;* en tiempo de los Reyes Incas había tanta cantidad de ellos, que se les entraban por los pueblos. También hay corzos y gamos. De todos estos animales bravos sacan la piedra bezar en estos tiempos; en los míos no se imaginaban tal. Hay gatos cervales que llaman *ozcollo;* son de dos o tres diferencias. Hay zorras mucho menores de las de España: llámanles *átoc.* Otros animalejos hay pequeños, menores que gatos caseros; los indios les llaman *añas* y los españoles *zorrina;* son tan hediondos, que si como hieden olieran fueran más estimados que el ámbar y el almizcle, andan de noche por los pueblos, y no basta que estén las puertas y ventanas cerradas para que deje de sentirse su hedor, aunque estén lejos cien pasos y más; hay muy pocos, que si hubiera muchos, atosigaran al mundo. Hay conejos caseros y campestres, diferentes los unos de los otros en color y sabor. Llámanles *coy;* también se diferencian de los de España. De los caseros han traído a España, pero danse poco por ellos; los indios, como gente pobre de carne, los tienen en mucho y los comen por gran fiesta. Otra diferencia de conejos hay, que llaman *vizcacha;* tienen cola larga, como gato; críanse en los desiertos donde haya nieve, y no les vale, que allá van a matarlos. En tiempo de los Reyes Incas y muchos años después (que aun yo lo alcancé), aprovechaban el pelo de la vizcacha y lo hilaban de por sí, para variar de colores la ropa fina que tejían. El color que tiene es pardo claro, color de ceniza, y él es de suyo blando y suave; era cosa muy estimada entre los indios; no se echaba sino en la ropa de los nobles.

CAPITULO XVIII

LEONES, OSOS, TIGRES, MICOS Y MONAS

LEONES se hallan, aunque pocos; no son tan grandes ni tan fieros como los de Africa; llámanles *puma.* También se hallan osos y muy pocos; porque como toda la tierra del Perú es limpia de montañas bravas, no se crían estos animales fieros en ella; y también porque los Incas, como dijimos, en sus cacerías reales mandaban que los matasen. Al oso llaman *ucumari.* Tigres no los hay sino en los Antis, donde son las montañas bravas,

donde también se crían las culebras grandes que llaman *amaru,* que son de a veinticinco y de a treinta pies de largo y más gruesas que el muslo; donde también hay gran multitud de otras culebras menores que llaman *machác-huay,* y víboras ponzoñosas y otras muchas sabandijas malas; de todas las cuales está libre el Perú. Un español que yo conocí mató en los Antis, término del Cuzco, una leona grande que se encaramó en un árbol muy alto; de allí la derribó de cuatro jarazos que le tiró; halláronle en el vientre dos cachorillos, hijos de tigre, porque tenían las manchas del padre. Cómo se llame el tigre en la lengua general del Perú, se me ha olvidado, con ser nombre del animal más fiero que hay en mi tierra. Reprendiendo yo mi memoria por estos descuidos, me responde que por qué le riño de lo que yo mismo tengo la culpa; que advierta yo que ha cuarenta y dos años que no hablo ni leo en aquella lengua. Válgame este descargo para el que quisiere culparme de haber olvidado mi lenguaje. Creo que el tigre se llama *uturuncu,* aunque el Padre Maestro Acosta da este nombre al oso, diciendo *otoroncos,* conforme a la corrutela española; no sé cuál de los dos se engaña; creo que Su Paternidad. Hay otros animales en los Antis que semejan a las vacas; son del tamaño de una vaca muy pequeña; no tienen cuernos. El pellejo es muy extremado para cueras fuertes, por la fortaleza que tiene, que algunos, encareciéndola, dicen que resiste más que una cota. Hay jabalís que en parte semejan a los puercos caseros; de todos estos animales y de otros se hallan pocos en aquellos Antis que confinan con el Perú; que yo no me alejo a tratar de otros Antis que hay más lejos. Monas y micos hay muchos, grandes y chicos; unos tienen cola, otros hay sin ella.

De la naturaleza de ellas pudiéramos decir mucho; empero, porque el Padre Maestro Acosta lo escribe largamente, Libro cuatro, capítulo treinta y nueve, que es lo mismo que yo oí a indios y españoles y parte de ello vi, me pareció ponerlo aquí como Su Paternidad lo dice, que es lo que se sigue: "Micos hay innumerables por todas esas montañas de islas y tierra firme y Andes. Son de la casta de monas, pero diferentes en tener cola y muy larga y haber entre ellas algunos linajes de tres tanto y cuatro tanto más cuerpo que monas ordinarias; unos son negros del todo, otros bayos, otros pardos, otros manchados y varios. La ligereza y maña de éstos admira porque parece que tienen discurso y razón; y el andar por árboles parece que quieren casi imitar las aves. En Capira, pasando de Nombre de Dios a Panamá, vi saltar un mico de éstos de un árbol a otro que estaba a la otra banda del río, que me admiró. Asense con la cola a un ramo, y arrójanse donde quieren, y cuando el espacio es muy grande, que no pueden con un salto alcanzarle, usan una maña graciosa, de asirse uno a la cola del otro, y hacer de esta suerte una como cadena de muchos; después, ondeándose todos o columpiándose, el primero, ayudado por la fuerza de los otros, salta y alcanza y se ase al ramo, y sustenta a los demás hasta que llegan asidos, como dije, a la cola de otro. Las burlas y embustes y travesuras que éstos hacen es negocio de mucho espacio; las habilidades

que alcanzan cuando los imponen, no parecen de animales brutos, sino de entendimiento humano. Uno vi en Cartagena en casa del Gobernador, que las cosas que de él me referían apenas parecían creíbles, como enviarle a la taberna por vino, y poniendo en la una mano el dinero y en la otra el pichel, no haber orden de sacarle el dinero hasta que le daban el pichel con vino. Si los muchachos en el camino le daban grita o le tiraban, poner el pichel a un lado y apañar piedras y tirarlas a los muchachos hasta que dejaba el camino seguro, y así volvía a llevar su pichel. Y lo que es más, con ser muy buen bebedor de vino (como yo se lo vi beber echándoselo su amo de alto), sin dárselo o darle licencia no había tocar al jarro. Dijéronme también que si veía mujeres afeitadas iba y les tiraba del tocado y las descomponía y trataba mal. Podrá ser algo de esto encarecimiento, que yo no lo vi, mas en efecto no pienso que hay animal que así perciba y se acomode a la conversación humana como esta casta de micos. Cuentan tantas cosas que yo, por no parecer que doy crédito a fábulas, o por que otros no las tengan por tales, tengo por mejor dejar esta materia con sólo bendecir al autor de toda criatura, pues para sola recreación de los hombres y entretenimiento donoso, parece haber hecho un género de animal que todo es de reír o para mover a risa. Algunos han escrito que a Salomón se le llevaban estos micos de Indias Occidentales; yo tengo para mí que iban de la India Oriental". Hasta aquí es del Padre Maestro Acosta, donde pudiera añadir que las monas y micos traen los hijuelos a cuestas, hasta que son para soltarse y vivir por sí; andan abrazados, con los brazos a los pescuezos de las madres, y con las piernas las abrazan por el cuerpo. El encadenarse unos con otros, que el Padre Maestro dice, lo hacen para pasar ríos o arroyos grandes que no pueden pasar de un salto. Asense, como se ha dicho, de un árbol que esté en frente de otro, y colúmpianse hasta que el último, que anda abajo, alcanza a asir alguna rama del otro árbol, y por ella se sube hasta ponerse a nivel en derecho del que está asido de la otra parte; y entonces da voces y manda que suelte; luego es obedecido, y así dan todos del otro cabo y pasan el río, aprovechándose de sus fuerzas y maña en sus necesidades, a fuer de soldados prácticos; y porque se entienden con sus gritos (como tengo para mí que lo hacen todos los animales y aves con los de su especie), dicen los indios que saben hablar y que encubren la habla a los españoles, porque no les hagan sacar oro y plata; también dicen que por remedar a las indias traen sus hijos a cuestas; otras muchas burlerías dicen de ellos, pero de micos y monas baste.

CAPITULO XIX

DE LAS AVES MANSAS Y BRAVAS DE TIERRA Y DE AGUA

Los indios del Perú no tuvieron aves caseras, sino sola una casta de patos, que, por semejar mucho a los de acá, les llaman así los españoles; son medianos, no tan grandes ni tan altos como los gansos de España, ni tan bajos ni tan chicos como los patos de por acá. Los indios les llaman *ñuñuma,* deduciendo el nombre de *ñuñu,* que es mamar porque comen mamullando, como si mamasen; no hubo otras aves domésticas en aquella mi tierra. Aves del aire, y del agua dulce y marina diremos las que se nos ofrecieren, aunque por la multitud y variedad de ellas no será posible decir la mitad ni la cuarta parte de ellas. Aguilas hay de todas suertes, reales y no reales, aunque no son tan grandes como las de España. Hay halcones de muchas raleas; algunos se asemejan a los de acá y otros no; en común les llaman los indios *huaman;* de los pequeños he visto por acá algunos, que los han traído y los estiman en mucho; los que en mi tierra llaman *ñeblíes* son bravísimos de vuelo y de garras; son casi prietos de color. En el Cuzco, el año de mil y quinientos y cincuenta y siete, un caballero de Sevilla que se preciaba de su cetrería hizo todas las que supo y pudo en un ñeblí. Venía a la mano y al señuelo de muy lejos; mas nunca pudo con él hacer que se cebase en prisión alguna, y así desesperó de su trabajo.

Hay otras aves que también se pueden poner con las de rapiña; son grandísimas; llámanles *cúntur* y los españoles *cóndor;* muchas han muerto los españoles y las han medido, por hablar con certificación del tamaño de ellas, y les han hallado quince y diez y seis pies de una punta a otra de las alas, que, reducidas a varas de medir, son cinco varas y tercia; no tienen garras como las águilas, que no se las dio naturaleza por templarles la ferocidad; tienen los pies como las gallinas, pero bástales el pico, que es tan fuerte que rompe el pellejo de una vaca; dos de ellos acometen a una vaca y a un toro y se lo comen; ha acaecido de uno solo acometer muchachos de diez, doce años, y comérselos; son blancos y negros, a remiendos, como las urracas; hay pocas, que si hubiera muchas destruyeran los ganados; en la frente tienen una cresta pareja, a manera de navaja, no con puntas, como la del gallo; cuando bajan cayendo de lo alto hacen gran zumbido que asombra.

El Padre Maestro Acosta, hablando de las aves del Nuevo Orbe, particularmente del cúntur, Libro cuatro, capítulo treinta y siete, donde remito al que quisiere leer cosas maravillosas, dice estas palabras: "Los que llaman *cóndorec* son de inmensa grandeza y de tanta fuerza que no sólo abren un carnero y se lo comen, sino a un ternero".

En contra del cúntur dice Su Paternidad de otras avecillas que hay en el Perú, que los españoles llaman *tominejos* y los indios *quenti,* que son

de color azul dorado, como lo más fino del cuello del pavo real; susténtanse como las abejas, chupando con un piquillo largo que tienen el jugo o miel que hallan en las flores; son tan pequeñitas que muy bien dice Su Paternidad de ellas lo que se sigue: "En el Perú hay los que llaman *tominejos,* tan pequeñitos, que muchas veces dudé, viéndolas volar, si eran abejas o mariposillas, mas son realmente pájaros", etc. Quien oyere estos dos extremos de aves que hay en aquella tierra, no se admirará de las que dijéramos que hay en medio. Hay otras aves grandes, negras, que los indios llaman *suyuntu* y los españoles *gallinaza;* son muy tragonas de carne y tan golosas, que si hallan alguna bestia muerta en el campo comen tanta de ella que, aunque son muy ligeras, no pueden levantarse al vuelo, por el peso de lo que han comido. Entonces, cuando sienten que va gente a ellas, van huyendo a vuela pie, vomitando la comida, por descargarse para tomar vuelo; es cosa donosa ver el ansia y la prisa con que echan lo que con la misma comieron. Si les dan prisa las alcanzan y matan; mas ellas no son de comer ni de otro provecho alguno, sino de limpiar las calles de las inmundicias que en ellas echan; por lo cual dejan de matarlas, aunque puedan; no son de rapiña. El Padre Acosta dice que tiene para sí que son de género de cuervos.

A semejanza de éstas hay otras aves marinas, que los españoles llaman *alcatraces;* son poco menores que las avutardas; mantiénense de pescado; es cosa de mucho gusto ver cómo pescan. A ciertas horas del día, por la mañana, y por la tarde —debe de ser a las horas que el pescado se levanta a sobreaguarse o cuando las aves tienen más hambre—, ellas se ponen muchas juntas, como dos torres en alto, y de allí, como halcones de altanería, las alas cerradas, se dejan caer a coger el pescado, y se zambullen y entran debajo del agua, que parece que se han ahogado; debe ser por huirles mucho el pescado; y cuando más se certifica la sospecha, las ven salir con el pez atravesado en la boca, y volando en el aire lo engullen. Es gusto ver caer unas y ír los golpazos que dan en el agua; y al mismo tiempo ver salir otras con la presa hecha, y ver otras que, a medio caer, se vuelven a levantar y subir en alto, por desconfiar del lance. En suma, es ver doscientos halcones juntos en altanería que bajan y suben a veces, como los martillos del herrero.

Sin estas aves andan muchas bandas de pájaros marinos, en tanta multitud que es increíble lo que de ellas se dijere a quien no las ha visto; son de todos tamaños, grandes, medianos y chicos; navegando por la Mar del Sur los miré muchas veces con atención; había bandas tan grandes que de los primeros pájaros a los postreros me parece que había más de dos leguas de largo; iban volando tantos y tan cerrados que no dejaban penetrar la vista de la otra parte. En su vuelo van cayendo unos en el agua a descansar y otros levantan de ellas, que han ya descansado; cierto es cosa maravillosa ver la multitud de ellas y que levantan el entendimiento a dar gracias a la Eterna Majestad, que crió tanta infinidad de aves y que las sustente con otra infinidad de peces; y esto baste de los pájaros marinos.

Volviendo a las aves de tierra, sin salir de las aguas, decimos que hay

otra infinidad de ellas en los ríos y lagos del Perú; garzas y garzotas, patos y fojas, y las que por acá llaman *flamencos*, sin otras muchas diferencias de que no sé dar cuenta, por no haberlas mirado con atención. Hay aves grandes, mayores que cigüeñas, que se mantienen de pescado; son muy blancas, sin mezcla de otro color, muy altas de piernas; andan apareadas de dos en dos; son muy hermosas a la vista; parecen pocas.

CAPITULO XX

DE LAS PERDICES, PALOMAS Y OTRAS AVES MENORES

Dos maneras de perdices se hallan en aquella mi tierra: las unas son como pollas ponedoras; críanse en los desiertos que los indios llaman *puna;* las otras son menores que las de España; son de buena carne, más sabrosa que la de las grandes. Las unas y las otras son de color pardo, los picos y pies blancos; las chicas propiamente parecen a las codornices en el color de la pluma, salvo las pecas blancas, que no las tienen; llámanles *yutu:* pusiéronles el nombre del sonido del canto que tienen, que dicen *yut-yut.* Y no solamente a las perdices, pero a otras muchas aves les ponen el nombre del canto de ellas, como diremos de algunas en este discurso; lo mismo hacen en muchas otras cosas, que declararemos donde se ofrecieren. De las perdices de España no sé que hayan llevado a mi tierra. Hay palomas torcazas como las de acá, en tamaño, pluma y carne; llámanles *urpi;* quiere decir paloma; a las palomas caseras que han llevado de España dicen los indios *Castilla urpi,* que es paloma de Castilla, por decir que fueron llevadas de acá. Hay tórtolas, ni más ni menos que las de España, si ya en el tamaño no son algo mayores; llámanles *cocóhuay,* tomadas las dos primeras sílabas del canto de ellas y pronunciadas en lo interior de la garganta, porque se asemeje más el nombre con el canto.

Hay otras tortolillas pequeñas, del tamaño de las calandrias o cogujadas y del color de ellas; crían por los tejados, como acá los gorriones, y también crían en el campo; hállanse pocas. Hay unos pajarillos pardos, que los españoles llaman gorriones por la semejanza del color y del tamaño, aunque diferentes en el canto, que aquéllos cantan muy suavemente; los indios les llaman *paria pichiu;* crían por los bardales de las casas, donde quiera que hay matas, en las paredes, y también crían en el campo. Otros pajarillos bermejuelos llaman *ruiseñor* los españoles, por la semejanza del color; pero en el canto difieren como lo prieto de lo blanco; porque aquellos cantan malísimamente, tanto que los indios, en su antigüedad, lo tenían por

mal aguero. Hay unos pajarillos prietos que los españoles llaman *golondrinas,* y más son aviones que golondrinas; vienen a sus tiempos, aposéntanse en los agujeros de los tejados, diez, doce juntos. Estas avecillas son las que andan por los pueblos, más cerca de la gente que otras; golondrinas ni vencejos no los vi por allá a lo menos en lo que es la serranía del Perú. Las aves de los llanos son las mismas, sin las marinas que son diferentes. Sisones, gangas ni ortegas ni zorzales, no las hay en aquella tierra, ni grullas ni avutardas; otras habrá en lugar de ellas de que yo no me acuerde. En el reino de Chili, que también fue del Imperio de los Incas del Cuzco, hay avestruces que los indios llaman *suri;* no son de pluma tan fina ni tan galana como las de Africa; tienen el color entre pardo y blanco; no vuelan por alto, mas a vuela pie son muy ligeras; corren más que un caballo; algunas tomaron los españoles, poniéndose en paradas en sus caballos, que el aliento de un caballo ni de dos solos no basta a cansar aquellas aves. En el Perú hay *sirgueros,* que los españoles llaman así porque son de dos colores, amarillo y negro; andan en bandas. Los indios les llaman *chaína,* tomando el nombre de su mismo canto.

Otras muchas maneras de pájaros hay, chicos y grandes, de que no acertaré a dar cuenta por la multitud de ellos y poquedad de la memoria; acuérdome que hay cernícalos, como los de acá, pero más animosos, que algunos se ceban en pajarillos. En el llano de Yúcay vi volar dos cernícalos a un pajarillo; traíanlo de lejos; encerróseles en un árbol grande y espeso que hay en aquel llano; yo lo dejé en pie, que los indios en su gentilidad tenían por sagrado, porque sus Reyes se ponían debajo de él a ver las fiestas que en aquel hermoso llano se hacían; el uno de los cernícalos, usando de su natural industria, entró por el árbol a echar fuera al pajarillo; el otro se subió en el aire, encima del árbol, para ver por dónde salía, y, en saliendo el pájaro, forzado del que lo perseguía, cayó a él como un ñeblí; el pajarillo volvió a socorrerse en el árbol; el cernícalo que cayó a él entró a echarle fuera, y el que le había sacado del árbol se subió en el aire, como hizo el primero, para ver por dónde salía; de esta manera los cernícalos, trocándose ya el uno, ya el otro, entraron y salieron del árbol cuatro veces, y otras tantas se les encerró el pajarillo con grande ánimo, defendiendo su vida, hasta que la quinta vez se les fue al río, y, en unos paredones de edificios antiguos que por aquella banda había, se les escapó con gran contento y gusto de cuatro o cinco españoles que habían estado mirando la volatería, admirados de lo que la naturaleza enseña a todas sus criaturas, hasta las aves tan pequeñas, para sustentar sus vidas, unas acometiendo y otras huyendo con tanta industria y maña, como se ve a cada paso.

Abejas silvestres hay de diversas maneras; de las domésticas, criadas en colmenas, ni los indios las tuvieron antes ni los españoles se han dado nada hasta ahora por criarlas; las silvestres crían en resquicios y concavidades de peñas y en huecos de árboles; las que son de tierras frías, por las malas yerbas de que sustentan, hacen poca miel, y ésta desabrida y amarga,

y la cera negra de ningún provecho; las de tierras templadas o calientes, por las buenas yerbas de que gozan, hacen muy linda miel, blanca, limpia, olorosa y muy dulce; llevada a tierras frías se cuaja y parece azúcar; tiénenla en mucha estima, no sólo para comer, mas también para el uso de diversas medicinas, que la hallan muy provechosa.

CAPITULO XXI

DIFERENCIAS DE PAPAGAYOS, Y SU MUCHO HABLAR

En los Antis se crían los papagayos. Son de muchas maneras: grandes, medianos, menores, chicos y chiquillos; los chiquillos son menores que calandrias y los mayores son como grandes ñeblís; unos son de solo un color, otros de dos colores, verde y amarillo o verde y colorado; otros son de muchas y diversas colores, particularmente los grandes, que los españoles llaman *guacamayas,* que son de todas colores y todas finísimas; las plumas de la cola, que son muy largas y muy galanas, las estiman en mucho los indios, para engalanarse en sus fiestas. De las cuales plumas, por ser tan hermosas, tomó el famoso Juan Bocacio el argumento para la graciosa novela de frate Cipolla. Los españoles llaman a los papagayos con diferentes nombres, por diferenciar los tamaños. A los muy chiquillos llaman *periquillos;* a otros algo mayores llaman *catalnillas;* a otros más mayores y que hablan más y mejor que los demás llaman *loro.* A los muy grandes llaman *guacamayas;* son torpísimas para hablar, mas nunca hablan; solamente son buenas para mirarlas, por la hermosura de sus colores y plumas. Estas diferencias de papagayos han traído a España para tener en jaulas y gozar de su parlería; y aunque hay otras más, no las han traído; debe de ser porque son más torpes.

En Potocsí, por los años de mil y quinientos y cincuenta y cuatro y cincuenta y cinco, hubo un papagayo de los que llaman *loro,* tan hablador, que a los indios e indias que pasaban por la calle les llamaba por sus provincias, a cada uno de la nación que era, sin errar alguna, diciendo Colla, Yunca, Huairu, Quechua, etc., como que tuviera noticia de las diferencias de tocados que los indios, en tiempo de los Incas, traían en las cabezas para ser conocidos. Un día de aquéllos pasó una india hermosa por la calle donde el papagayo estaba; iba con tres o cuatro criadas, haciendo mucho de la señora Palla, que son las de la sangre real. En viéndola el papagayo, dio grandes gritos de risa, diciendo "¡Huairu, Huairu, Huairu!", que es una nación de gente más vil y tenida en menos que otras. La india pasó avergonzada por los que estaban delante, que siempre había una gran cuadrilla

de indios escuchando el pájaro; y cuando llegó cerca, escupió hacia el papagayo y le llamó *zúpay,* que es diablo. Los indios dijeron lo mismo, porque conoció a la india, con ir disfrazada en hábito de Palla. En Sevilla, en Caldefrancos, pocos años ha, había otro papagayo que, en viendo pasar un cierto médico indigno del nombre, le decía tantas palabras afrentosas que le forzó a dar queja de él. La justicia mandó a su dueño que no lo tuviese en la calle, so pena que se lo entregarían al ofendido.

Los indios en común les llaman *uritu;* quiere decir papagayo, y por el grandísimo ruido enfadoso que hacen con sus gritos cuando van volando, porque andan en grandes bandas, tomaron por refrán llamar *uritu* a un parlador fastidioso, que, como el divino Ariosto dice en el canto veinte y cinco, sepa poco y hable mucho; a los cuales, con mucha propiedad, les dicen los indios: "¡Calla, papagayo!" Salen los papagayos de los Antis al tiempo que por todo lo raso del Perú está en sazón la zara, de la cual son amicísimos; hacen gran estrago en ella; vuelan muy recio y muy alto; las guacamayas, porque son torpes y pesadas, no salen de los Antis. Andan en bandas, como se ha dicho, mas no se mezclan los de una especie con los de otra, sino que cada diferencia anda por sí.

CAPITULO XXII

DE CŪATRO RIOS FAMOSOS Y DEL PESCADO QUE EN LOS DEL PERU SE CRIA

OLVIDADO se me había hacer relación del pescado que los indios del Perú tienen de agua dulce en los ríos que poseen, que, como es notorio, son muchos y muy grandes, de los cuales nombraremos cuatro, los mayores y no más, por no causar hastío al que lo oyere. El que llaman Río Grande, y por otro nombre el de la Magdalena, que entra en la mar entre Cartagena y Santa Marta, tiene de boca, según la carta de marear, ocho leguas; nace en las sierras y cordilleras del Perú. Por la furia con que corre, entra diez o doce leguas la mar adentro, rompiendo sus aguas, que no basta la inmensidad de ellas a resistir la ferocidad del río.

El de Orellana, que le llamamos así a diferencia del río Marañón, tiene, según la misma carta, cincuenta y cuatro leguas de boca, antes más que menos; y aunque algunos autores le dan treinta leguas de boca, y otros menos y otros cuarenta y otros setenta, me pareció poner la opinión de los mareantes, que no es opinión sino experiencia, porque a aquella república que anda sobre aguas de la mar le conviene no fiarse de opiniones, sino traer en las manos la verdad sacada en limpio; los que le dan las setenta

leguas de boca la miden al sesgo, de la una punta de tierra a la otra, que están desiguales; porque la punta de la mano izquierda del río entra en la mar mucho más que la punta de la mano derecha; y así, midiendo de punta a punta, porque están al sesgo, hay las setenta leguas que algunos dicen con verdad; mas por derecho de cuadrado no hay más de cincuenta y cuatro leguas, como lo saben los pilotos. Las primeras fuentes de aquel famoso río nacen en el distrito llamado Cuntisuyu, entre el mediodía del Cuzco, que los marineros llaman sudoeste; pasa once leguas al poniente de aquella ciudad. Desde muy cerca de su nacimiento no se deja vadear, porque lleva mucha agua y es muy raudo y va recogido entre altísimas sierras, que tienen, desde lo bajo hasta lo alto de sus nieves, trece, catorce y quince leguas y más de altura, casi a plomo. Es el mayor río que hay en el Perú; los indios le llaman Apurímac; quiere decir: el principal, o el capitán que habla, que el nombre *apu* tiene ambas significaciones, que comprende los principales de la paz y los de la guerra. También le dan otro nombre, por ensalzarle más, que es Cápac Mayu: *mayu* quiere decir río; *Cápac* es renombre que daban a sus Reyes; diéronselo a este río por decir que era el príncipe de todos los ríos del mundo. Retiene estos nombres hasta salir de los términos del Perú; si los sustenta hasta entrar en la mar, o si las naciones que viven en las montañas por do pasa le dan otro nombre, no lo sé. El año de mil y quinientos y cincuenta y cinco, por las muchas aguas del invierno, cayó sobre aquel río un pedazo de sierra tan grande, y con tanta cantidad de riscos, piedra y tierra, que le atravesó de una parte a otra y le atajó de manera que en tres días naturales no corrió gota de agua; hasta que la represa de ella sobrepujó la montaña que le cayó encima. Los que habitaban de allí abajo, viendo que un río tan caudaloso se había secado tan súbitamente, entendieron que se acababa el mundo. La represa subió catorce leguas el río arriba, hasta el puente que está en el camino real que va del Cuzco a la Ciudad de Los Reyes.

Este río Apurímac corre del mediodía al norte más de quinientas leguas que hay por tierra, desde su nacimiento hasta la equinocial; de allí revuelve al oriente y corre casi debajo de la equinoccial otras seiscientas y cincuenta leguas, medidas por derecho, hasta que entra en la mar, que con sus vueltas y revueltas más son de mil y quinientas leguas las que corre al oriente, según lo dijo Francisco de Orellana, que fue el que las navegó por aquel río abajo cuando fue con Gonzalo Pizarro al descubrimiento que llamaron de la Canela, como en su lugar diremos; las seiscientas y cincuenta leguas de poniente a oriente, sin las vueltas y revueltas del río, se las da la carta de marear, que, aunque no suelen los mareantes entremeterse en pintar las cosas de la tierra adentro, sino las del mar y sus riberas, quisieron salir de sus términos con este río, por ser el mayor que hay en el mundo y por decir que no sin causa entra en la mar con la grandeza de setenta leguas de boca, y hace que con más de cien leguas en contorno sea mar dulce aquel golfo donde va a parar; de manera que conforme a la relación de

Orellana (como lo atestigua Gómara, capítulo ochenta y seis), con las quinientas leguas que nosotros decimos, corre dos mil leguas con las vueltas que va haciendo a una mano y a otra; entra en la mar debajo de la equinoccial a plomo. Llámase Río de Orellana por este caballero que lo navegó, año de mil y quinientos y cuarenta y tres, aunque los que se llamaron Pinzones, naturales de Sevilla, lo descubrieron año de mil y quinientos.

El nombre que le pusieron, Río de las Amazonas, fue porque Orellana y los suyos vieron que las mujeres por aquellas riberas peleaban con ellos tan varonilmente como los hombres —que lo vimos en algunos pasos de nuestra historia de la *Florida*—, mas no porque haya amazonas en aquel río, que por la valentía de las mujeres dijeron que las había. Hay muchas islas en aquel río, grandes y chicas; la marea de la mar sube por él más de cien leguas, y esto baste de aquel famoso emperador de los ríos.

El que llaman Marañón entra en la mar poco más de setenta leguas al mediodía del río de Orellana; está en tres grados al sur; tiene más de veinte leguas de boca; nace de los grandes lagos que hay a las espaldas del Perú, que es el oriente, y los lagos se hacen de las muchas aguas que salen de la gran cordillera de sierra nevada que hay en el Perú. Pues como estos dos ríos tan caudalosos entren en la mar tan cerca el uno del otro, se juntan las aguas de ellos, que no las divide el mar, y hacen que sea mayor el Mar Dulce y el Río Orellana quede más famoso, porque se las atribuyen a él todas; por esta junta de aguas sospecho yo que llaman Marañón al de Orellana, aplicándole el nombre también como las aguas; y de ambos ríos hacen uno solo.

Resta decir del río que los españoles llaman el Río de la Plata y los indios Parahuay. En otra parte dijimos cómo se impuso el nombre castellano y lo que significa el nombre indiano; sus primeras aguas nacen, como las del Marañón, en la increíble cordillera de sierra nevada que corre todo el Perú a la larga; tiene grandísimas crecientes, con que aniega los campos y los pueblos y fuerza a sus moradores que por tres meses del año vivan en balsas y canoas atadas a los pimpollos de los árboles, hasta que las crecientes se hayan acabado; porque no hay dónde parar. Entra en la mar en treinta [y] cinco grados con más de treinta leguas de boca; aunque la tierra se la estrecha a la entrada de la mar, porque ochenta leguas arriba tiene el río cincuenta leguas de ancho. De manera que juntando el espacio y anchura de estos cuatro ríos, se puede decir que entran en la mar con ciento y treinta leguas de ancho, que no deja de ser una de las muchas grandezas que el Perú tiene. Sin estos cuatro ríos tan grandes, hay otra multitud de ellos, que por todas partes entran en la mar a cada paso, como se podrán ver en las cartas de marear, a que me remito, que, si juntasen, harían otros ríos mayores que los dichos.

Con haber tantas aguas en aquella tierra, que eran argumento de que hubiera mucho pescado, se cría muy poco, a lo menos en lo que es el Perú, de quien pretendo dar cuenta en todo lo que voy hablando, y no de otras

partes. Créese que se cría tan poco por la furia con que aquellos ríos corren y por los pocos charcos que hacen. Pues ahora es de saber que eso poco que se cría es muy diferente del pescado que se cría en los ríos de España; parece todo de una especie; no tiene escama, sino hollejo; la cabeza es ancha y llana como la del sapo, y por tanto tiene la boca muy ancha. Es muy sabroso de comer; cómenlo con su hollejo, que es tan delicado que no hay que quitarle. Llámanle *challua,* que quiere decir pescado. En los ríos que por la costa del Perú entran en la mar, entra muy poco pescado de ella, porque los más de ellos son medianos y muy raudos, aunque de invierno no se dejan vadear y corren con mayor furia.

En la gran laguna Titicaca se cría mucho pescado, que, aunque parece que es de la misma forma del pescado de los ríos, le llaman los indios *suchi,* por diferenciarle del otro. Es muy gordo, que para freírle no es menester otro graso que el suyo; también se cría en aquel lago otro pescadillo que los castellanos llaman *bogas;* el nombre de los indios se me ha olvidado; es muy chico y ruin, de mal gusto y peor talle y, si no me acuerdo mal, tiene escama; mejor se llamara *barribuelas,* según es menudo. Del un pescado y del otro se cría en abundancia en aquel gran lago, porque hay dónde extenderse y mucho que comer en las horruras que llevan cinco ríos caudalosos que entran en él, sin otros de menos cuenta y muchos arroyos. Y esto baste de los ríos y pescados que en aquella tierra se crían.

CAPITULO XXIII

DE LAS ESMERALDAS, TURQUESAS Y PERLAS

LAS PIEDRAS preciosas que en tiempo de los Reyes Incas había en el Perú eran turquesas y esmeraldas y mucho cristal muy lindo, aunque no supieron labrarlo. Las esmeraldas se crían en las montañas de la provincia llamada Manta, jurisdicción de Puerto Viejo. No ha sido posible a los españoles, por mucho que lo han procurado, haber dado con el mineral donde se crían; y así casi ya no se hallan esmeraldas de aquella provincia, y eran las mejores de todo aquel Imperio. Del Nuevo Reino han traído tantas a España, que se han hecho ya despreciables, y no sin causa, porque demás de la multitud (que en todas las cosas suele causar menosprecio), no tienen que ver, con muchos quilates, con las de Puerto Viejo. La esmeralda se perfecciona en su mineral, tomando poco a poco el color verde que después tiene, como toma la fruta su sazón en el árbol. Al principio es blanca pardusca, entre pardo y verde; empieza a tomar sazón o perfección por una de sus cuatro partes —debe de ser por la parte que mira al oriente, como

hace la fruta, que con ella la tengo comparada—, y de allí va aquel buen color que tiene por el un lado y por el otro de la piedra, hasta rodearla toda. De la manera que la sacan de su mina, perfecta o imperfecta, así se queda. Yo vi en el Cuzco dos esmeraldas, entre otras muchas que vi en aquella tierra; eran del tamaño de nueces medianas, redondas en toda perfección, horadadas por medio. La una de ellas era en extremo perfecta de todas partes. La otra tenía de todo: por la una cuarta parte estaba hermosísima, porque tenía toda la perfección posible; las otras dos cuartas partes de los lados no estaban tan perfectas, pero iban tomando su perfección y hermosura; estaban poco menos hermosas que la primera parte; la última, que estaba en opósito de la primera, estaba fea, porque había recibido muy poco del color verde, y las otras partes le afeaban más con su hermosura; parecía un pedazo de vidrio verde pegado a la esmeralda; por lo cual su dueño acordó quitar aquella parte, porque afeaba las otras, y así lo hizo, aunque después le culparon algunos curiosos, diciendo que para prueba y testimonio de que la esmeralda va madurando por sus partes en su mineral se había de guardar aquella joya, que era de mucha estima. A mí me dieron entonces la parte desechada, como a muchacho, y hoy la tengo en mi poder, que por no ser de precio ha durado tanto.

La piedra turquesa es azul; unas son de más lindo azul que otras; no las tuvieron los indios en tanta estima como a las esmeraldas. Las perlas no usaron los del Perú, aunque las conocieron, porque los Incas (que siempre atendieron y pretendieron más la salud de los vasallos que aumentar las que llamamos riquezas, porque nunca las tuvieron por tales), viendo el trabajo y peligro con que las perlas se sacan de la mar, lo prohibieron, y así no las tenían en uso. Después acá se han hallado tantas que se han hecho tan comunes, como lo dice el Padre Acosta, capítulo quince del Libro cuarto, que es lo que se sigue, sacado a la letra: "Ya que tratamos de la principal riqueza que se trae de Indias, no es justo olvidar las perlas, que los antiguos llamaban margaritas; cuya estima en los primeros fue tanta, que eran tenidas por cosa que sólo a personas reales pertenecían. Hoy día es tanta la copia de ellas, que hasta las negras traen sartas de perlas", etc. Al postrer tercio del capítulo, habiendo dicho antes cosas muy notables de historias antiguas acerca de perlas famosas que ha habido en el mundo, dice Su Paternidad: "Sácanse las perlas en diversas partes de Indias; donde con más abundancia es en el Mar de el Sur, cerca de Panamá, donde están las islas que por esta causa llaman de las Perlas. Pero en más cantidad y mejores se sacan en la Mar del Norte, cerca del río que llaman de la Hacha; allí supe cómo se hacía esta granjería, que es con harta costa y trabajo de los pobres buzos, los cuales bajan seis, nueve y aun doce brazas de hondo a buscar los ostiones, que de ordinario están asidos a las peñas y escollos de la mar. De allí los arrancan y se cargan de ellos, y se suben y los echan en las canoas, donde los abren y sacan aquel tesoro que tienen dentro. El frío del agua, allá dentro de el mar, es grande, y mucho mayor el trabajo de tener el aliento, estando un cuarto de hora a las veces, y aun media, en

hacer su pesca. Para que puedan tener el aliento, hácenles a los pobres buzos que coman poco y manjar muy seco, y que sean continentes. De manera que también la codicia tiene sus abstinentes, aunque sea a su pesar; lábranse (es yerro del molde por decir sácanse) de diversas maneras las perlas, y horádanlas para sartas. Hay ya gran demasía dondequiera. El año de ochenta y siete vi, en la memoria de lo que venía de Indias para el Rey, diez y ocho marcos de perlas, y otros tres cajones de ellas; y para particulares mil y doscientos y sesenta y cuatro marcos de perlas, y sin esto otras siete talegas por pesar, que en otro tiempo se tuviera por fabuloso". Hasta aquí es del Padre Acosta, con que acaba aquel capítulo.

A lo que Su Paternidad dice que se tuviera por fabuloso, añadiré dos cuentos que se me ofrecen acerca de las perlas. El uno es que cerca del año de mil y quinientos y setenta y cuatro, un año más o menos, trajeron tantas perlas para Su Majestad, que se vendieron en la Contratación de Sevilla puestas en un montón, como si fuera alguna semilla. Andando las perlas en pregón, cerca de rematarse, dijo uno de los ministros reales: "Al que las pusiere en tanto precio, se le darán seis mil ducados de prometido". Luego, en oyendo el prometido, las puso un mercader próspero, que sabía bien la mercancía, porque trataba en perlas. Pero por grande que fue el prometido, le sacaron de la puja, mas él se contentó por entonces con seis mil ducados de ganancia por sola una palabra que habló; y el que las compró quedó mucho más contento, porque esperaba mucha mayor ganancia, según la gran cantidad de las perlas, que por el prometido se puede imaginar cuán grande sería. El otro cuento es que yo conocí en España un mozo de gente humilde y que vivía con necesidad, que, aunque era buen platero de oro, no tenía caudal y trabajaba a jornal; este mozo estuvo en Madrid año de mil y quinientos y sesenta y dos y sesenta y tres; posaba en mi posada, y porque perdía al ajedrez (que era apasionado de él) lo que ganaba a su oficio, y yo se lo reñía muchas veces, amenazando que se había de ver en grandes miserias por su juego, me dijo un día: "No pueden ser mayores que las que he pasado, que a pie, y con solos catorce maravedís, entré en esta corte". Este mozo tan pobre, por ver si podía salir de miseria, dio en ir y venir a Indias y tratar en perlas, porque sabía algo de ellas; fuele tan bien en los viajes y en la granjería, que alcanzó a tener más de treinta mil ducados; para el día de su velación (que también conocí a su mujer) le hizo una saya grande de terciopelo negro, con una bordadura de perlas finas de una sesma en ancho, que corría por la delantera y por todo el ruedo, que fue una cosa soberbia y muy nueva. Apreciose la bordadura en más de cuatro mil ducados.

Hase dicho esto por que se vea la cantidad increíble de perlas que de Indias han traído, sin las que dijimos en nuestra historia de la *Florida,* Libro tercero, capítulo quince y diez y seis, que se hallaron en muchas partes de aquel gran reino, particularmente en el rico templo de la provincia llamada Cofachiqui. Los diez y ocho marcos de perlas que el Padre Acosta

dice que trajeron para Su Majestad (sin otros tres cajones de ellas) eran las escogidas por muy finas, que a sus tiempos se tiene cuenta en Indias de apartar las mejores de todas las perlas, que dan a Su Majestad de quinto, porque vienen a parar a su cámara real, y de allí salen para el culto divino, donde las emplea; como las vi en un manto y saya para la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, y en un terno entero, con capa, casulla, dalmáticas, frontal y frontaleras, estolas, manípulos y faldones de albas y bocamangas, todo bordado de perlas finísimas y grandes, y el manto y saya toda cubierta, hecha a manera de ajedrez; las casas que habían de ser blancas estaban cubiertas de perlas, de tal manera puestas en cuadrado que se iban relevando y saliendo afuera, que parecían montoncillos de perlas; las casas que habían de ser negras tenían rubíes y esmeraldas engastados en oro esmaltado, una casa de uno y de otra de otro, todo tan bien hecho, que bien mostraban los artífices para quién hacían la obra y el Rey Católico en quién empleaba aquel tesoro; que cierto es tan grande, que si no es el Emperador de las Indias, otro no podía hacer cosa tan magnífica, grandiosa y heroica.

Para ver la gran riqueza de este monarca, es bien leer aquel cuarto Libro y todos los demás del Padre Acosta, donde se verán tantas cosas y tan grandes como las que se han descubierto en el Nuevo Mundo. Entre las cuales, sin salir del propósito, contaré una que vi en Sevilla, año de mil y quinientos y setenta y nueve, que fue una perla que trajo de Panamá un caballero que se decía Don Diego de Témez, dedicada para el Rey Don Felipe Segundo. Era la perla del tamaño y talle y manera de una buena cermeña; tenía su cuello levantado hacia el pezón, como lo tiene la cermeña o la pera; también tenía el huequecito de debajo en el asiento. El redondo, por lo más grueso, sería como un huevo de paloma de los grandes. Venía de Indias apreciada en doce mil pesos, que son catorce mil y cuatrocientos ducados. Jácomo de Trezo, milanés, insigne artífice y lapidario de la Majestad Católica, dijo que valía catorce mil y treinta mil y cincuenta mil y cien mil ducados, y que no tenía precio, porque era una sola en el mundo, y así la llamaron la Peregrina. En Sevilla la iban a ver por cosa milagrosa. Un caballero italiano andaba entonces por aquella ciudad, comprando perlas escogidas, las mayores que se hallaran, para un gran señor de Italia. Traía una gran sarta de ellas; cotejadas con la Peregrina, y puestas cabe ella, parecían piedrecitas del río. Decían los que sabían de perlas y piedras preciosas, que hacía veinte y cuatro quilates de ventaja a todas cuantas se hallasen; no sé qué cuenta sea ésta, para poderla declarar. Sacóla un negrillo en la pesquería, que según decía su amo no valía cien reales, y que la concha era tan pequeña, que, por ser tan ruin, estuvieron por arrojarla en la mar; porque no prometía nada de sí. Al esclavo, por su buen lance, dieron libertad. La merced que a su amo hicieron por la joya fue la vara de alguacil mayor de Panamá.

La perla no se labra, porque no consiente que la toquen sino para horadarla; sírvense de ellas como las sacan de las conchas; unas salen muy re-

dondas y otras no tanto; otras salen prolongadas y otras abolladas, que de la una mitad son redondas y de la otra mitad llanas. Otras salen de forma de cermeñas, y éstas son las más estimadas, porque son muy raras. Cuando un mercader tiene una de estas acermeñadas o de las redondas, que sea grande y buena, y halla otra igual en poder ajeno, procura comprarla de cualquier manera que sea, porque hermanadas, siendo iguales en todo, cada una de ellas dobla el valor a la otra; que si cualquiera de ellas, cuando era sola, valía cien ducados, hermanada vale cada una de ellas doscientos, y ambas cuatrocientos, porque pueden servir de zarcillos, que es para lo que más se estima. No se consienten labrar, porque su naturaleza es ser hecha de cascos o hojas, como la cebolla, que no es maciza. La perla se envejece por tiempo, como cualquiera otra cosa corruptible, y pierde aquel color claro y hermoso que tiene en su mocedad, y cobra otro pardusco, ahumado. Entonces le quitan la hoja encima, y descubren la segunda con el mismo color que antes se tenía; pero es con gran daño de la joya, porque por lo menos le quitan la tercia parte de su grandor; las que llaman netas, por muy finas, salen de esta regla general.

CAPITULO XXIV

DEL ORO Y PLATA

De la riqueza de oro y plata que en el Perú se saca, es buen testigo España, pues de más de veinticinco años, sin los de atrás, le traen cada año doce, trece millones de plata y oro, sin otras cosas que no entran en esta cuenta; cada millón monta diez veces cien mil ducados. El oro se coge en todo el Perú; en unas provincias es en más abundancia que en otras, pero generalmente lo hay en todo el Reino. Hállase en la superficie de la tierra y en los arroyos y ríos, donde lo llevan las avenidas de las lluvias; de allí lo sacan, lavando la tierra o la arena, como lavan acá los plateros la escobilla de sus tiendas, que son las barreduras de ellas. Llaman los españoles lo que así sacan *oro en polvo,* porque sale como limalla; algunos granos se hallan gruesos, de dos, tres pesos y más; yo vi granos de a más de veinte pesos; llámanles *pepitas;* algunas son llanas, como pepitas de melón o calabaza; otras redondas, otras largas como huevos. Todo el oro del Perú es de diez y ocho a veinte quilates de ley, poco más, poco menos. Sólo el que se saca en las minas de Callauaya o Callahuaya es finísimo, de a veinticuatro quilates, y aun pretende pasar de ellos, según me lo han dicho algunos plateros de España.

El año de mil y quinientos y cincuenta y seis, se halló en un resquicio de una mina, de las de Callahuaya, una piedra de las que se crían con el me-

tal, del tamaño de la cabeza de un hombre; el color, propiamente, era color de bofes, y aun la hechura lo parecía, porque toda ella estaba agujereada de unos agujeros chicos y grandes, que la pasaban de un cabo a otro. Por todos ellos asomaban puntas de oro, como si le hubieran echado oro derretido por encima: unas puntas salían fuera de la piedra, otras emparejaban con ella, otras quedaban más adentro. Decían los que entendían de minas que si no la sacaran de donde estaba, que por tiempo viniera a convertirse toda la piedra en oro. En el Cuzco la miraban los españoles por cosa maravillosa; los indios la llamaban *huaca,* que, como en otra parte dijimos, entre otras muchas significaciones que este nombre tiene una es decir admirable cosa, digna de admiración por ser linda, como también significa cosa abominable por ser fea; yo la miraba con los unos y con los otros. El dueño de la piedra, que era hombre rico, determinó venirse a España y traerla como estaba para presentarla al Rey Don Felipe Segundo, que la joya por su extrañeza era mucho de estimar. De los que vinieron en el armada en que él vino, supe en España que la nao se había perdido, con otra mucha riqueza que traía.

La plata se saca con más trabajo que el oro, y se beneficia y purifica con más costa. En muchas partes del Perú se han hallado y hallan minas de plata, pero ningunas como las de Potocsi, las cuales se descubrieron y registraron año de mil y quinientos y cuarenta y cinco, catorce años después que los españoles entraron en aquella tierra. El cerro donde están se dice Potocsi, porque aquel sitio se llamaba así; no sé qué signifique en el lenguaje particular de aquella provincia, que en la general del Perú no significa nada. Está en un llano, es de forma de un pilón de azúcar; tiene de circuito, por lo más bajo, una legua, y de alto más de un cuarto de legua; lo alto del cerro es redondo; es hermoso a la vista, porque es solo; hermoseólo la naturaleza para que fuese tan famoso en el mundo como hoy lo es. Algunas mañanas amanece lo alto cubierto de nieve, porque aquel sitio es frío. Era entonces aquel sitio del repartimiento de Gonzalo Pizarro, que después fue de Pedro de Hinojosa; cómo lo hubo, diremos adelante, si es lícito ahondar y declarar tanto los hechos secretos que pasan en las guerras, sin caer en odio, que muchas cosas dejan de decir los historiadores por este miedo. El Padre Acosta, Libro cuatro, escribe largo del oro y plata y azogue que en aquel Imperio se ha hallado, sin lo que cada día va descubriendo el tiempo; por esto dejaré yo de escribirlo; diré brevemente algunas cosas notables de aquellos tiempos, y cómo beneficiaban y fundían los indios el metal antes que los españoles hallaran el azogue; en lo demás remito a aquella historia al que lo quisiere ver más largo, donde hallará cosas muy curiosas, particularmente del azogue.

Es de saber que las minas del cerro de Potocsi las descubrieron ciertos indios criados de españoles, que en su lenguaje llaman *yanacuna,* que en toda su significación quiere decir: hombre que tiene obligación de hacer oficio de criado; los cuales, debajo de secreto, en amistad y buena compañía, go-

zaron algunos días de la primera veta que hallaron; mas como era tanta la riqueza y ella sea mala de encubrir, no pudieron o no quisieron encubrirla de sus amos, y así las descubrieron a ellos y registraron la veta primera, por la cual se descubrieron las demás. Entre los españoles que se hallaron en aquel buen lance fue uno que se llamó Gonzalo Bernal, mayordomo que después fue de Pedro de Hinojosa; el cual, poco después del registro, hablando un día delante de Diego Centeno (famoso caballero) y de otra mucha gente noble, dijo: "Las minas prometen tanta riqueza, que, a pocos años que se labren, valdrá más el hierro que la plata". Este pronóstico vi yo cumplido los años de mil y quinientos y cincuenta y cuatro y cincuenta y cinco, que en la guerra de Francisco Hernández Girón valió una herradura de caballo cinco pesos, que son seis ducados, y una de mula cuatro pesos; dos clavos de herrar, un tomín, que son cincuenta y seis maravedís; vi comprar un par de borceguís en treinta y seis ducados; una mano de papel en cuatro ducados; la vara de grana fina de Valencia a sesenta ducados; y a este respecto los paños finos de Segovia y las sedas y lienzos y las demás mercaderías de España.

Causó esta carestía aquella guerra, porque en dos años que duró no pasaron armadas al Perú, que llevan las cosas de España. También la causó la mucha plata que daban las minas, que tres y cuatro años antes de los que hemos nombrado, llegó a valer un cesto de la yerba que llaman cuca treinta y seis ducados, y una hanega de trigo veinte y cuatro y veinte y cinco ducados; lo mismo valió el maíz, y al respecto el vestir y calzar, y el vino, que las primeras botijas, hasta que hubo abundancia, se vendían a doscientos y a más ducados. Y con ser la tierra tan rica y abundante de oro y plata y piedras preciosas, como todo el mundo sabe, los naturales de ella son la gente más pobre y mísera que hay en el universo.

CAPITULO XXV

DEL AZOGUE Y COMO FUNDIAN EL METAL ANTES DE EL

Como en otra parte apuntamos, los Reyes Incas alcanzaron el azogue y se admiraron de su viveza y movimiento, mas no supieron qué hacer de él ni con él; porque para el servicio de ellos no le hallaron de provecho para cosa alguna; antes sintieron que era dañoso para la vida de los que lo sacan y tratan, porque vieron que les causaba el temblar y perder los sentidos. Por lo cual, como Reyes que tanto cuidaban de la salud de sus vasallos, conforme al apellido Amador de Pobres, vedaron por ley que no lo sacasen ni

se acordasen de él; y así lo aborrecieron los indios de tal manera, que aun el nombre borraron de la memoria y de su lenguaje, que no lo tienen para nombrar el azogue, si no lo han inventado después que los españoles lo descubrieron, año de mil y quinientos y sesenta y siete, que, como aquellas gentes no tuvieron letras, olvidaban muy aína cualquier vocablo que no traían en uso; lo que usaron los Incas, y permitieron que usasen los vasallos, fue del color carmesí, finísimo sobre todo encarecimiento, que en los minerales del azogue se cría en polvo, que los indios llaman *ichma;* que el nombre *llimpi,* que el Padre Acosta dice, es de otro color purpúreo, menos fino, que sacan de otros mineros, que en aquella tierra los hay de todas las colores. Y porque los indios, aficionados de la hermosura del color *ichma* (que cierto es para aficionar apasionadamente), se desmandaban en sacarlo, temiendo los Incas no les dañase el andar por aquellas cavernas, vedaron a la gente común el uso de él, sino que fuese solamente para las mujeres de la sangre real, que los varones no se lo ponían, como yo lo vi; y las mujeres que usaban de él eran mozas y hermosas, y no las mayores de edad, que más era gala de gente moza que ornamento de gente madura, y aun las mozas no lo ponían por las mejillas, como acá el arrebol, sino desde las puntas de los ojos hasta las sienes, con un palillo, a semejanza del alcohol; la raya que hacían era del ancho de una paja de trigo, y estábales bien; no usaron de otro afeite las Pallas, sino del *ichma* en polvo, como se ha dicho; y aun no era cada día, sino de cuando en cuando, por vía de fiesta. Sus caras traían limpias, y lo mismo era de todo el mujeriego de la gente común. Verdad es que las que presumían de su hermosura y buena tez de rostro, porque no se les estragase, se ponían una lechecilla blanca, que hacían no sé de qué, en lugar de mudas, y la dejaban estar nueve días; al cabo de ellos se alzaba la leche y se despegaba del rostro y se dejaba quitar del un cabo al otro, como un hollejo, y dejaba la tez de la cara mejorada. Con la escasez que hemos dicho gastaban el color *ichma,* tan estimado entre los indios, por excusar a los vasallos el sacarlo. El pintarse o teñirse los rostros con diversos colores en la guerra o en las fiestas, que un autor dice, nunca lo hicieron los Incas ni todos los indios en común, sino algunas naciones particulares que se tenían por más feroces y eran más brutos.

Resta decir cómo fundían el metal de la plata antes que se hallara el azogue. Es así que cerca del cerro Potocchi hay otro cerro pequeño, de la misma forma que el grande, a quien los indios llaman Huayna Potocchi, que quiere decir Potocchi el Mozo, a diferencia del otro grande, al cual, después que hallaron el pequeño, llamaron Hatun Potocsi o Potocchi, que todo es uno, y dijeron que eran padre e hijo. El metal de la plata se saca del cerro grande, como atrás se ha dicho; en el cual hallaron a los principios mucha dificultad en fundirlo, porque no corría, sino que se quemaba y consumía en humo; y no sabían los indios la causa, aunque habían tratado otros metales. Mas como la necesidad o la codicia sea tan gran maestra, principalmente en lances de oro y plata, puso tanta diligencia, buscando y probando remedios, que dio en uno, y fue que en el cerro pequeño halló metal

bajo, que casi todo o del todo era de plomo, el cual, mezclado con el metal de plata, le hacía correr, por lo cual le llamaron *zurúchec,* que quiere decir: el que hace deslizar. Mezclaban estos dos metales por su cuenta y razón, que a tantas libras del metal de plata echaban tantas onzas del metal de plomo, más y menos, según que el uso y la experiencia les enseñaba de día en día; porque no todo metal de plata es de una misma suerte, que unos metales son de más plata que otros, aunque sean de una misma veta; porque unos días lo sacan de más plata que otros, y otros de menos, y conforme a la calidad y riqueza de cada metal le echaban el zurúchec. Templado así el metal, lo fundían en unos hornillos portátiles, a manera de anafes de barro; no fundían con fuelles ni a soplos, con los cañutos de cobre, como en otra parte dijimos que fundían la plata y el oro para labrarlo; que aunque lo probaron muchas veces, nunca corrió el metal ni pudieron los indios alcanzar la causa; por lo cual dieron en fundirlo al viento natural. Mas también era necesario templar el viento, como los metales, porque si el viento era muy recio gastaba el carbón y enfriaba el metal, y si era blando, no tenía fuerza para fundirlo. Por esto se iban de noche a los cerros y collados y se ponían en las laderas altas o bajas, conforme al viento que corría, poco o mucho, para templarlo con el sitio más o menos abrigado. Era cosa hermosa ver en aquellos tiempos ocho, diez, doce, quince mil hornillos arder por aquellos cerros y alturas. En ellas hacían sus primeras fundiciones; después, en sus casas, hacían las segundas y terceras, con los cañutos de cobre, para apurar la plata y gastar el plomo; porque no hallando los indios los ingenios que por acá tienen los españoles de agua fuerte y otras cosas, para apartar el oro de la plata y del cobre, y la plata del cobre y del plomo, la afinaban a poder de fundirla muchas veces. De la manera que se ha dicho habían los indios la fundición de la plata en Potocsi, antes que se hallara el azogue, y todavía hay algo de esto entre ellos, aunque no en la muchedumbre y grandeza pasada.

Los señores de las minas, viendo que por esta vía de fundir con viento natural se derramaban sus riquezas por muchas manos, y participaban de ellas otros muchos, quisieron remediarlo, por gozar de su metal a solas, sacándolo a jornal y haciendo ellos sus fundiciones y no los indios, porque hasta entonces lo sacaban los indios, con condición de acudir al señor de la mina con un tanto de plata por cada quintal de metal que sacase. Con esta avaricia hicieron fuelles muy grandes, que soplasen los hornillos desde lejos, como viento natural. Mas no aprovechando este artificio, hicieron máquinas y ruedas con velas, a semejanza de las que hacen para los molinos de viento, que las trujesen caballos. Empero, tampoco aprovechó cosa alguna; por lo cual, desconfiados de sus invenciones, se dejaron ir con lo que los indios habían inventado; y así pasaron veinte y dos años, hasta el año de mil y quinientos y sesenta y siete, que se halló el azogue por ingenio y sutileza de un lusitano, llamado Enrique Garcés, que lo descubrió en la provincia Huanca, que no sé por qué le añadieron el sobrenombre Uillca, que significa grandeza y eminencia, si no es por decir el abundancia del azogue que

allí se saca, que, sin lo que se desperdicia, son cada año ocho mil quintales para Su Majestad, que son treinta y dos mil arrobas. Mas con haberse hallado en tanta abundancia, no se usó del azogue para sacar la plata con él; porque en aquellos cuatro años no hubo quien supiese hacer el ensayo de aquel menester, hasta el año de mil y quinientos y setenta y uno, que fue al Perú un español que se decía Pedro Fernández de Velasco, que había estado en México y visto sacar la plata con azogue, como larga y curiosamente lo dice todo el Padre Maestro Acosta, a quien vuelvo a remitir al que quisiere ver y oír cosas galanas y dignas de ser sabidas.

FIN DEL LIBRO OCTAVO

LIBRO NONO

de los Comentarios Reales de los Incas

Contiene las grandezas y magnanimidades de Huaina Cápac; las conquistas que hizo; los castigos en diversos rebelados; el perdón de los Chachapuyas; el hacer Rey de Quitu a su hijo Atahualpa; la nueva que tuvo de los españoles; la declaración del pronóstico que de ellos tenían; las cosas que los castellanos han llevado al Perú, que no había antes de ellos; y las guerras de los hermanos Reyes, Huáscar y Atahualpa; las desdichas del uno y las crueldades del otro

Contiene cuarenta capítulos

CAPITULO I

HUAINA CAPAC MANDA HACER UNA MAROMA DE ORO; POR QUE Y PARA QUE

El poderoso Huaina Cápac, quedando absoluto señor de su Imperio, se ocupó el primer año en cumplir las exequias de su padre; luego salió a visitar sus reinos, con grandísimo aplauso de los vasallos, que por doquiera que pasaba salían los curacas e indios a cubrir los caminos de flores y juncia, con arcos triunfales que de las mismas cosas hacían. Recibíanle con grandes aclamaciones de los renombres reales, y el que más veces repetían era el nombre del mismo Inca, diciendo: "¡Huaina Cápac, Huaina Cápac!", como que era el nombre que más lo engrandecía, por haberlo merecido desde su niñez, con el cual le dieron también la adoración (como a Dios) en vida. El Padre Joseph de Acosta, hablando de este Príncipe, entre otras grandezas que en su loa escribe, dice estas palabras, Libro sexto, capítulo veintidós: "Este Huaina Cápac fue adorado de los suyos por dios en vida, cosa que afirman los viejos que con ninguno de sus antecesores se hizo", etc.

Andando en esta visita, a los principios de ella, tuvo el Inca Huaina Cápac nueva que era nacido el príncipe heredero, que después llamaron Huáscar Inca. Por haber sido este príncipe tan deseado, quiso su padre hallarse a las fiestas de su nacimiento, y así se volvió al Cuzco con toda la prisa que le fue posible, donde fue recibido con las ostentaciones de regocijo y placer que el caso requería. Pasada la solemnidad de la fiesta, que duró más de veinte días, quedando Huaina Cápac muy alegre con el nuevo hijo,

dio en imaginar cosas grandes y nunca vistas, que se inventasen para el día que le destetasen y trasquilasen el primer cabello y pusiesen el nombre propio, que, como en otra parte dijimos, era fiesta de las más solemnes que aquellos Reyes celebraban, y al respecto de allí abajo, hasta los más pobres, porque tuvieron en mucho los primogénitos. Entre otras grandezas que para aquella fiesta se inventaron, fue una la cadena de oro tan famosa en todo el mundo, y hasta ahora aún no vista por los extraños, aunque bien deseada. Para mandarla hacer tuvo el Inca la ocasión que diremos.

Es de saber que todas las provincias del Perú, cada una de por sí, tenía manera de bailar diferente de las otras, en la cual se conocía cada nación, también como en los diferentes tocados que traían en las cabezas. Y estos bailes eran perpetuos, que nunca los trocaban por otros. Los Incas tenían un bailar grave y honesto, sin brincos ni saltos ni otras mudanzas, como los demás hacían. Eran varones los que bailaban, sin consentir que bailasen mujeres entre ellos; asíanse de las manos, dando cada uno las suyas por delante, no a los primeros que tenía a sus lados, sino a los segundos, y así las iban dando de mano en mano, hasta los últimos, de manera que iban encadenados. Bailaban doscientos y trescientos hombres juntos, y más, según la solemnidad de la fiesta. Empezaban el baile apartados del Príncipe ante quien se hacía. Salían todos juntos; daban tres pasos en compás, el primero hacia atrás y los otros dos hacia adelante, que eran como los pasos que en las danzas españolas llaman *dobles* y *represas;* con estos pasos, yendo y viniendo, iban ganando tierra siempre para delante, hasta llegar en medio cerco adonde el Inca estaba. Iban cantando a veces, ya unos, ya otros, por no cansarse si cantasen todos juntos; decían cantares a compás del baile, compuestos en loor del Inca presente y de sus antepasados y de otros de la misma sangre que por sus hazañas, hechas en paz o en guerra, eran famosos. Los Incas circunstantes ayudaban al canto, por que la fiesta fuese de todos. El mismo Rey bailaba algunas veces en las fiestas solemnes, por solemnizarlas más.

Del tomarse las manos para ir encadenados, tomó el Inca Huaina Cápac ocasión para mandar hacer la cadena de oro; porque le pareció que era más decente, más solemne y de mayor majestad, que fuesen bailando asidos a ella y no a las manos. Este hecho en particular, sin la fama común, lo oí al Inca viejo, tío de mi madre, de quien al principio de esta historia hicimos mención que contaba las antiguallas de sus pasados. Preguntándole yo qué largo tenía la cadena, me dijo que tomaba los dos lienzos de la Plaza Mayor del Cuzco, que es el ancho y el largo de ella, donde se hacían las fiestas principales, y que (aunque para el bailar no era menester que fuera tan larga) mandó hacerla así el Inca para mayor grandeza suya y mayor ornato y solemnidad de la fiesta del hijo, cuyo nacimiento quiso solemnizar en extremo. Para los que han visto aquella plaza, que los indios llaman *Haucaipata,* no hay necesidad de decir el grandor de ella; para los que no la han visto, me parece que tendrá de largo, norte sur, doscientos pasos de los comunes, que son de a dos pies, y de ancho, este oeste, tendrá ciento y cincuenta pasos,

hasta el mismo arroyo, con lo que toman las casas que por el largo del arroyo hicieron los españoles, año de mil y quinientos y cincuenta y seis, siendo Garcilaso de la Vega, mi señor, Corregidor de aquella gran ciudad. De manera que a esta cuenta tenía la cadena trescientos y cincuenta pasos de largo, que son setecientos pies; preguntando yo al mismo indio por el grueso de ella, alzó la mano derecha, y, señalando la muñeca, dijo que cada eslabón era tan grueso como ella. El Contador general Agustín de Zárate, Libro primero, capítulo catorce, ya por mí otra vez alegado cuando hablamos de las increíbles riquezas de las casas reales de los Incas, dice cosas muy grandes de aquellos tesoros. Parecióme repetir aquí lo que dice en particular de aquella cadena, que es lo que se sigue, sacado a la letra: "Al tiempo que le nació un hijo, mandó hacer Guainacaba una maroma de oro, tan gruesa (según hay muchos indios vivos que lo dicen), que asidos a ella doscientos indios orejones no la levantaban muy fácilmente, y en memoria de esta tan señalada joya llamaron al hijo Guasca, que en su lengua quiere decir soga, con el sobrenombre de Inga, que era de todos los Reyes, como los Emperadores romanos se llamaban Augustos", etc. Hasta aquí es de aquel caballero, historiador del Perú.

Esta pieza, tan rica y soberbia, escondieron los indios con el demás tesoro que desaparecieron, luego que los españoles entraron en la tierra, y fue de tal suerte que no hay rastro de ella. Pues como aquella joya tan grande, rica y soberbia, se estrenase al trasquilar y poner el nombre al niño Príncipe heredero del Imperio, demás del nombre propio que le pusieron, que fue Inti Cusi Huallpa, le añadieron por renombre el nombre Huáscar, por dar más ser y calidad a la joya. *Huasca* quiere decir soga, y porque los indios del Perú no supieron decir cadena, la llamaban soga, añadiendo el nombre del metal de que era la soga, como acá decimos cadena de oro o de plata o de hierro; y porque en el príncipe no sonase mal el nombre Huasca, por su significación, para quitársela le disfrazaron con la *r*, añadida en la última sílaba, porque con ella no significa nada, y quisieron que retuviese la denominación de Huasca, pero no la significación de soga; de esta suerte fue impuesto el nombre Huáscar a aquel príncipe, y de tal manera se le apropió, que sus mismos vasallos le nombraban por el nombre impuesto y no por el propio, que era Inti Cusi Huallpa; quiere decir: Huallpa Sol de alegría; que ya como en aquellos tiempos se veían los Incas tan poderosos, y como la potencia, por la mayor parte, incite a los hombres a vanidad y soberbia, no se preciaron de poner a su príncipe algún nombre de los que hasta entonces tenían por nombres de grandeza y majestad, sino que se levantaron hasta el cielo y tomaron el nombre del que honraban y adoraban por Dios y se lo dieron a un hombre llamándole *Inti,* que en su lengua quiere decir Sol; *Cusi* quiere decir alegría, placer, contento y regocijo, y esto baste de los nombres y renombres del príncipe Huáscar Inca.

Y volviendo a su padre Huaina Cápac, es de saber que, habiendo dejado el orden y traza de la cadena y de las demás grandezas que para la solemnidad del trasquilar y poner nombre a su hijo se habían de hacer, volvió

a la visita de su Reino, que dejó empezada, y anduvo en ella más de dos años, hasta que fue tiempo de destetar el niño; entonces volvió al Cuzco, donde se hicieron las fiestas y regocijos que se puedan imaginar, poniéndole el nombre propio y el renombre Huáscar.

CAPITULO II

REDUCENSE DE SU GRADO DIEZ VALLES DE LA COSTA, Y TUMPIZ SE RINDE

Un año después de aquella solemnidad, mandó Huaina Cápac levantar cuarenta mil hombres de guerra, y con ellos fue al de Quitu, y de aquel viaje tomó por concubina la hija primogénita del Rey que perdió aquel reino, la cual estaba días había en la casa de las escogidas; hubo en ella [a] Atahualpa y a otros hermanos suyos que en la historia veremos. De Quitu bajó el Inca a los llanos, que es la costa de la mar, con deseo de hacer su conquista; llegó al valle llamado Chimu, que es ahora Trujillo, hasta donde su abuelo, el buen Inca Yapanqui, dejó ganado y conquistado a su Imperio, como queda dicho. De allí envió los requerimientos acostumbrados de paz o de guerra a los moradores del valle de Chacma y Pacasmayu, que está más adelante; los cuales, como había años que eran vecinos de los vasallos del Inca y sabían la suavidad del gobierno de aquellos Reyes, había muchos días que deseaban el señorío de ellos, y así respondieron que holgaban mucho ser vasallos del Inca y obedecer sus leyes y guardar su religión. Con el ejemplo de aquellos valles, hicieron lo mismo otros ocho que hay entre Pacasmayu y Túmpiz, que son Zaña, Collque, Cintu, Tucmi, Sayanca, Mutupi, Puchiu, Sullana; en la conquista de los cuales gastaron dos años, más en cultivarles las tierras y sacar acequias para el riego que no en sujetarlos, porque los más se dieron de muy buena gana. En este tiempo mandó el Inca renovar su ejército tres o cuatro veces, que como unos viniesen se fuesen otros, por el riesgo que de su salud los mediterráneos tienen andando en la costa, por ser esta tierra caliente y aquélla fría.

Acabada la conquista de aquellos valles, se volvió el Inca a Quitu, donde gastó dos años ennobleciendo aquel reino con suntuosos edificios, con grandes acequias para los riegos y con muchos beneficios que hizo a los naturales. Pasado aquel espacio de tiempo, mandó apercibir un ejército de cincuenta mil hombres de guerra, y con ellos bajó a la costa de la mar, hasta ponerse en el valle de Sullana, que es el más cercano a Túmpiz, de donde envió los requerimientos acostumbrados de paz o de guerra. Los de Túmpiz era gente más regalada y viciosa que toda la demás que por la

costa de la mar allí habían conquistado los Incas; traía esta nación por divisa, en la cabeza, un tocado como guirnalda, que llaman *pillu*. Los caciques tenían truhanes, chocarreros, cantores y bailadores, que les daban solaz y contento. Usaban el nefando, adoraban tigres y leones, sacrificábanles corazones de hombres y sangre humana; eran muy servidos de los suyos y temidos de los ajenos; mas con todo eso no osaron resistir al Inca, temiendo su gran poder. Respondieron que de buena gana le obedecían y recibían por señor. Lo mismo respondieron otros valles de la costa y otras naciones de la tierra adentro, que se llaman Chumana, Chíntuy, Collonche, Yácuall, y otras muchas que hay por aquella comarca.

CAPITULO III

EL CASTIGO DE LOS QUE MATARON A LOS MINISTROS DE TUPAC INCA YUPANQUI

El Inca entró en Túmpiz, y entre otras obras reales mandó hacer una hermosa fortaleza, donde puso guarnición de gente de guerra; hicieron templo para el Sol y casa de sus vírgenes escogidas; lo cual concluido, entró en la tierra adentro a las provincias que mataron los capitanes y los maestros de su ley y los ingeniosos y maestros que su padre, Túpac Inca Yupanqui, les había enviado para la doctrina y enseñanza de aquellas gentes, como atrás queda dicho; las cuales provincias estaban atemorizadas con la memoria de su delito. Huaina Cápac les envió mensajeros mandándoles viniesen luego a dar razón de su malhecho y a recibir el castigo merecido. No osaron resistir aquellas naciones porque su ingratitud y traición les acusaba y el gran poder del Inca les amedrentaba; y así vinieron, rendidos, a pedir misericordia de su delito.

El Inca mandó que se juntasen todos los curacas y los embajadores y consejeros, capitanes y hombres nobles, que se hallaron en consultar y llevar la embajada que a su padre hicieron cuando le pidieron los ministros que le mataron, porque quería hablar con todos ellos juntos. Y habiéndose juntado, un maese de campo, por orden del Inca, les hizo una plática vituperando su traición, alevosía y crueldad; que habiendo de adorar al Inca y a sus ministros por los beneficios que les hacían en sacarlos de ser brutos y hacerlos hombres, los hubiesen muerto tan cruelmente y con tanto desacato del Inca, hijo del Sol; por lo cual eran dignos de castigo digno de su maldad; y que habiendo de ser castigados como ellos lo merecían, no había de quedar de todas sus naciones sexo ni edad. Empero, el Inca Huaina Cápac, usando de su natural clemencia y preciándose del nombre Huacchacúyac, que es amador

de pobres, perdonaba toda la gente común, y que a los presentes, que habían sido autores y ejecutores de la traición, los cuales merecían la muerte por todos los suyos, también se la perdonaba, con que para memoria y castigo de su delito degollasen solamente la décima parte de ellos. Para lo cual, de diez en diez, echasen suertes entre ellos, y que muriesen los más desdichados porque no tuviesen ocasión de decir que con enojo y rencor habían elegido los más odiosos. Asimismo mandó el Inca que a los curacas y a la gente principal de la nación Huancauillca, que habían sido los principales autores de la embajada y de la traición, sacasen a cada uno de ellos y a sus descendientes, para siempre, dos dientes de los altos y otros dos de los bajos, en memoria y testimonio de que habían mentido en las promesas que al gran Túpac Inca Yupanqui, su padre, había hecho, de fidelidad y vasallaje.

La justicia y castigo se ejecutó, y con mucha humildad lo recibieron todas aquellas naciones, y se dieron por dichosos, porque habían temido los pasaran todos a cuchillo por la traición que habían hecho; porque ningún delito se castigaba con tanta severidad como la rebelión después de haberse sujetado al Imperio de los Incas; porque aquellos Reyes se daban por muy ofendidos de que en lugar de agradecer los muchos beneficios que les hacían, fuesen tan ingratos que, habiéndolos experimentado, se rebelasen y matasen los ministros del Inca. Toda la nación Huancauillca (de por sí) recibió con más humildad y sumisión el castigo que todos los demás, porque como autores de la rebelión pasada temían su total destrucción; mas cuando vieron el castigo tan piadoso y ejecutado en tan pocos, y que el sacar los dientes era en particular a los curacas y capitanes, lo tomó toda la nación por favor, y no por castigo, y así todos los de aquella provincia, hombres y mujeres, de común consentimiento, tomaron por blasón e insignia la pena que a sus capitanes dieron, sólo porque lo había mandado el Inca, y se sacaron los dientes, y de allí adelante los sacaban a sus hijos y hijas, luego que los habían mudado. De manera que, como gente bárbara y rústica, fueron más agradecidos a la falta del castigo que a la sobra de los beneficios.

Una india de esta nación conocí en el Cuzco en casa de mi padre, que contaba largamente esta historia. Los Huancauillcas, hombres y mujeres, se horadaban la ternilla de las narices para traer un joyelito de oro o de plata colgado de ella. Acuérdome haber conocido en mi niñez un caballo castaño, que fue de un vecino de mi pueblo que tuvo indios, llamado fulano de Coca; el caballo era muy bueno, y porque le faltaba aliento, le horadaron las narices por cima de las ventanas. Los indios se espantaron de ver la novedad, y por excelencia llamaban al caballo Huancauillca, por decir que tenía horadadas las narices.

CAPITULO IV

VISITA EL INCA SU IMPERIO, CONSULTA LOS ORACULOS, GANA LA ISLA PUNA

El inca Huaina Cápac, habiendo castigado y reducido a su servicio aquellas provincias y dejado en ellas la gente de guarnición necesaria, subió a visitar el reino de Quitu, y de allí revolvió al mediodía y fue visitando su Imperio hasta la ciudad de Cuzco, y pasó hasta las Charcas, que son más de setecientas leguas de largo. Envió a visitar el reino de Chile, de donde a él y a su padre trajeron mucho oro, en la cual visita gastó casi cuatro años; reposó otros dos en el Cuzco. Pasado este tiempo, mandó levantar cincuenta mil hombres de guerra de las provincias del distrito Chinchasuyu, que son al norte del Cuzco; mandó que se juntasen en los términos de Túmpiz, y él bajó a los llanos, visitando los templos del Sol que había en las provincias principales de aquel paraje. Visitó el rico templo de Pachacámac, que ellos adoraban por Dios no conocido; mandó a los sacerdotes consultasen al demonio, que allí hablaba, la conquista que pensaba hacer; fuele respondido que hiciese aquélla y más las que quisiese, que de todas saldría victorioso, porque lo había elegido para señor de las cuatro partes del mundo. Con esto pasó al valle de Rímac, do estaba el famoso ídolo hablador. Mandó consultarle su jornada, por cumplir lo que su bisabuelo capituló con los yuncas, que los Incas tendrían en veneración aquel ídolo; y habiendo percibido su respuesta, que fue de muchas bachillerías y grandes lisonjas, pasó adelante, visitando los valles que hay hasta Túmpiz; llegado allí envió los apercibimientos acostumbrados de paz o de guerra a los naturales de la isla llamada Puna, que está no lejos de tierra firme, fértil y abundante de toda cosa; tiene la isla de contorno doce leguas, cuyo señor había por nombre Tumpalla, el cual estaba soberbio porque nunca él ni sus pasados habían reconocido superior, antes lo presumían ser de todos sus comarcanos, los de tierra firme; y así tenían guerra unos con otros, la cual discordia fue causa que no pudiesen resistir al Inca, que, estando todos conformes, pudieran defenderse largo tiempo.

Tumpalla (que demás de su soberbia era vicioso, regalado, tenía muchas mujeres y bardajes, sacrificaba corazones y sangre humana a sus dioses, que eran tigres y leones, sin el dios común que los indios de la costa tenían, que era la mar y los peces que en más abundancia mataban para su comer) recibió con mucho pesar y sentimiento el recado del Inca, y para responder a él llamó los más principales de su isla, y con gran dolor les dijo: "La tiranía ajena tenemos a las puertas de nuestra casa, que ya nos amenaza quitárnolas y pasarnos a cuchillo si no le recibimos de grado; y si le admitimos por señor, nos ha de quitar nuestra antigua libertad, mando y señorío, que tan de atrás nuestros antepasados nos dejaron; y no fiando

de nuestra fidelidad, nos ha de mandar labrar torres y fortalezas en que tenga su presidio y gente de guarnición mantenida a nuestra costa, para que nunca aspiremos a la libertad. Hannos de quitar las mejores posesiones que tenemos, y las mujeres e hijas más hermosas que tuviéremos, y lo que es más de sentir, que nos han de quitar nuestras antiguas costumbres y darnos leyes nuevas, mandarnos adorar dioses ajenos y echar por tierra los nuestros propios y familiares; y, en suma, ha de hacernos vivir en perpetua servidumbre y vasallaje, lo cual no sé si es peor que morir de una vez; y pues esto va por todos, os encargo miréis lo que nos conviene, y me aconsejéis lo que os pareciere más acertado". Los indios platicaron gran espacio unos con otros entre sí; lloraron las pocas fuerzas que tenían para resistir las de un tirano tan poderoso, y que los comarcanos de la tierra firme antes estaban ofendidos que obligados a socorrerles, por las guerrillas que unos a otros se hacían. Viéndose desamparados de toda esperanza de poder sustentar su libertad, y que habían de perecer todos si pretendían defenderla por armas, acordaron elegir lo que les pareció menos malo, y sujetarse al Inca con obediencia y amor fingido y disimulado, aguardando tiempo y ocasión para librarse de su Imperio cuando pudiesen. Con este acuerdo el curaca Tumpalla no solamente respondió a los mensajeros del Inca con toda paz y sumisión, mas envió embajadores propios, con grandes presentes, que en su nombre y de todo su estado le diesen la obediencia y vasallaje que el Inca pedía, y le suplicasen tuviese por bien de favorecer sus nuevos vasallos y toda aquella isla con su real presencia, que para ellos sería toda la felicidad que podían desear.

El Inca se dio por bien servido del curaca Tumpalla; mandó tomar la posesión de su tierra y que aderezasen lo necesario para pasar el ejército a la isla. Todo lo cual proveído con la puntualidad que ser pudo, conforme a la brevedad del tiempo, mas no con el aparato y ostentación que Tumpalla y los suyos quisieren, pasó el Inca a la isla, donde fue recibido con mucha solemnidad de fiestas y bailes, cantares compuestos de nuevo, en loor de las grandezas de Huaina Cápac. Aposentáronlo en unos palacios nuevamente labrados, a lo menos lo que fue menester para la persona del Inca, porque no era decente a la persona real dormir en aposento en que otro hubiese dormido. Huaina Cápac estuvo algunos días en la isla, dando orden en el gobierno de ella conforme a sus leyes y ordenanzas. Mandó a los naturales de ella y a sus comarcanos, los que vivían en tierra firme, que era una gran behetría de varias naciones y diversas lenguas (que también se habían rendido y sujetado al Inca), que dejasen sus dioses, no sacrificasen sangre ni carne humana ni la comiesen, no usasen el nefando, adorasen al Sol por universal Dios, viviesen como hombres, en ley de razón y justicia. Todo lo cual les mandaba como Inca, hijo del Sol, legislador de aquel Imperio, que no lo quebrantasen en todo ni en parte, so pena de la vida. Tumpalla y sus vecinos dijeron que así lo cumplirían como el Inca lo mandaba.

Pasada la solemnidad y fiesta del dar la ley y preceptos del Inca, considerando los curacas más de espacio el rigor de las leyes y cuán en contra

eran de las suyas y de todos sus regalos y pasatiempos, haciéndoseles grave y riguroso el imperio ajeno, deseando volverse a sus torpezas, se conjuraron los de la isla con todos sus comarcanos, los de tierra firme, para matar al Inca y a todos los suyos, debajo de traición, a la primera ocasión que se les ofreciese. Lo cual consultaron con sus dioses desechados, volviéndolos de secreto a poner en lugares decentes para volver a la amistad de ellos y pedir su favor; hiciéronles muchos sacrificios y grandes promesas, pidiéndoles orden y consejo para emprender aquel hecho y la respuesta del suceso, si sería próspero o adverso. Fueles dicho por el demonio que lo acometiesen, que saldrían con su empresa porque tendrían el favor y amparo de sus dioses naturales; con lo cual quedaron aquellos bárbaros tan ensoberbecidos que estuvieron por acometer el hecho, sin más dilatarlo si los hechiceros y adivinos no lo estorbaran con decirles que se aguardase alguna ocasión para hacerlo con menos peligro y más seguridad, que esto era consejo y aviso de sus dioses.

CAPITULO V

MATAN LOS DE PUNA A LOS CAPITANES DE HUAINA CAPAC

ENTRE tanto que los curacas maquinaban su traición, el Inca Huaina Cápac y su Consejo entendía[n] en el gobierno y vida política de aquellas naciones, que por la mayor parte se gastaba más tiempo en esto que en sujetarlos. Para lo cual fue menester enviar ciertos capitanes de la sangre real a las naciones que vivían en tierra firme, para que, como a todas las demás de su Imperio, las doctrinasen en su religión, leyes y costumbres; mandóles llevasen gente de guarnición para presidios y para lo que se ofreciese en negocios de guerra. Mandó a los naturales llevasen aquellos capitanes por la mar en sus balsas, hasta la boca de un río, donde convenía se desembarcasen para lo que iban a hacer. Dada esta orden, el Inca se volvió a Túmpiz, a otras cosas importantes al mismo gobierno, que no era otro el estudio de aquellos Príncipes, sino cómo hacer bien a sus vasallos, que muy propiamente les llama el Padre Maestro Blas Valera padre de familias y tutor solícito de pupilos; quizá les puso estos nombres interpretando uno de los que nosotros hemos dicho que aquellos indios daban a sus Incas, que era llamarles amador y bienhechor de pobres.

Los capitanes, luego que el Rey salió de la isla, ordenaron ir donde les era mandado; mandaron traer balsas para pasar aquel brazo de mar; los curacas, que estaban confederados, viendo la ocasión que se les ofrecía para

ejecutar su traición, no quisieron traer todas las balsas que pudieran, para llevar los capitanes Incas en dos viajes, para hacer de ellos más a su salvo lo que habían acordado, que era matarlos en la mar. Embarcóse la mitad de la gente con parte de los capitanes; los unos y los otros eran escogidos en toda la milicia que entonces había; llevaban muchas galas y arreos, como gente que andaba más cerca de la persona real, y todos eran Incas, o por sangre o por el privilegio del primer Inca. Llegando a cierta parte de la mar, donde los naturales habían determinado ejecutar su traición, desataron y cortaron las sogas con que iban atados los palos de las balsas, y en un punto echaron en la mar a los capitanes y a toda su gente, que iba descuidada y confiada en los mareantes; los cuales, con los remos y con las msimas armas de los Incas, convirtiéndolas contra sus dueños, los mataron todos, sin tomar ninguno a vida, y aunque los Incas querían valerse de su nadar para salvar las vidas, porque los indios comúnmente saben nadar, no les aprovechaba, porque los de la costa, como tan ejercitados en la mar, hacen a los mediterráneos, encima del agua y debajo de ella, la misma ventaja que los animales marinos a los terrestres. Así quedaron con la victoria los de la isla, y gozaron de los despojos, que fueron muchos y muy buenos, y con gran fiesta y regocijo, saludándose de una balsas a otras, se daban el parabién de su hazaña, entendiendo, como gente rústica y bárbara, que no solamente estaban libres del poder del Inca, pero que eran poderosos para quitarle el Imperio.

Con esta vana presunción volvieron, con toda la disimulación posible, por los capitanes y soldados que habían quedado en la isla, y los llevaron donde habían de ir; y en el mismo puesto y de la misma forma que a los primeros, mataron a los segundos. Lo mismo hicieron en la isla y en las demás provincias confederadas a los que en ellas habían quedado por gobernadores y ministros de la justicia y de la hacienda del Sol y del Inca; matáronlos con gran crueldad y mucho menosprecio de la persona real; pusieron las cabezas a las puertas de sus templos; sacrificaron los corazones y la sangre a sus ídolos, cumpliendo en esto la promesa que al principio de su rebelión les habían hecho si los demonios les diesen su favor y ayuda para la traición.

CAPITULO VI

EL CASTIGO QUE SE HIZO EN LOS REBELADOS

SABIDO por el Inca Huaina Cápac todo el mal suceso, mostró mucho sentimiento de la muerte de tantos varones de su sangre real, tan experimentados en paz y en guerra, y que hubiesen quedado sin sepultura, para manjar de peces; cubr óse de luto por mostrar su dolor. El luto de aquellos Re-

yes era el color pardo que acá llaman vellorí. Pasado el llanto, mostró su ira; hizo llamamiento de gente, y teniendo la necesaria, fue con gran presteza a las provincias rebeladas que estaban en tierra firme; fuelas sujetando con mucha facilidad, porque ni tuvieron ánimo militar ni consejo ciudadano para defenderse, ni fuerzas para resistir las del Inca.

Sujetadas aquellas naciones, pasó a la isla; los naturales de ella hicieron alguna resistencia por la mar, mas fue tan poca que luego se dieron por vencidos. El Inca mandó prender todos los principales autores y consejeros de la rebelión, y a los capitanes y soldados de más nombre que se habían hallado en la ejecución y muerte de los gobernadores y ministros de la justicia y de la guerra, a los cuales hizo una plática un maese de campo de los del Inca, en que les afeó su maldad y traición y la crueldad que usaron con los que andaban estudiando en el beneficio de ellos y procurando sacarlos de su vida ferina y pasarlos a la humana; por lo cual, no pudiendo el Inca usar de su natural clemencia y piedad, porque su justicia no lo permitía ni la maldad del hecho era capaz de remisión alguna, mandaba el Inca fuesen castigados con pena de muerte, digna de su traición y alevosía. Hecha la notificación de la sentencia, la ejecutaron con diversas muertes (como ellos las dieron a los ministros del Inca), que a unos echaron en la mar con grandes pesgas; a otros pasaron por las picas, en castigo de haber puesto las cabezas de los Incas a las puertas de sus templos en lanzas y picas; a otros degollaron e hicieron cuartos; a otros mataron con sus propias armas, como ellos habían hecho a los capitanes y soldados; a otros ahorcaron. Pedro de Cieza de León, habiendo contado esta rebelión y su castigo más largamente que otro hecho alguno de los Incas, sumando lo que atrás a la larga ha dicho, dice estas palabras, que son del capítulo cincuenta y tres: "Y así fueron muertos, con diferentes especies de muertes, muchos millares de indios, y empalados y ahogados no pocos de los principales que fueron en el consejo. Después Cápac mandó que en sus cantares, en tiempos tristes y calamitosos, se refiriese la maldad que allí se cometió. Lo cual, con otras cosas, recitan ellos en sus lenguas como a manera de endechas; y luego intentó de mandar hacer por el río de Guayaquile, que es muy grande, una calzada que, cierto, según parece por algunos pedazos que de ella se ven, era cosa soberbia; mas no se acabó ni se hizo por entero lo que él quería, y llámase, esto que digo, el Paso de Guaina Capa; y hecho este castigo y mandado que todos obedeciesen a su gobernador, que estaba en la fortaleza de Túmbez, y ordenadas otras cosas, el Inca salió de aquella comarca". Hasta aquí es de Pedro de Cieza.

CAPITULO VII

MOTIN DE LOS CHACHAPUYAS Y LA MAGNANIMIDAD DE HUAINA CAPAC

ANDANDO el Rey Huaina Cápac dando orden en volverse al Cuzco y visitar sus reinos, vinieron muchos caciques de aquellas provincias de la costa que había reducido a su Imperio, con grandes presentes de todo lo mejor que en sus tierras tenían, y entre otras cosas le trujeron un león y un tigre fierísimos, los cuales el Inca estimó en mucho y mandó que se los guardasen y mantuviesen con mucho cuidado. Adelante contaremos una maravilla que Dios Nuestro Señor obró con aquellos animales en favor de los cristianos, por la cual los indios los adoraron, diciendo que eran hijos del Sol. El Inca Huaina Cápac salió de Túmpiz, dejando lo necesario para el gobierno de la paz y de la guerra; fue visitando a la ida la mitad de su Reino a la larga, hasta los Chichas, que es lo último del Perú, con intención de volver visitando la otra mitad, que está más al oriente; desde los Chichas envió visitadores al reino de Tucma, que los españoles llaman Tucumán; también los envió al reino de Chile; mandó que los unos y los otros llevasen mucha ropa de vestir de la del Inca, con otras muchas preseas de su persona, para los gobernadores, capitanes y ministros regios de aquellos reinos, y para los curacas naturales de ellos, para que en nombre del Inca les hiciesen merced de aquellas dádivas, que tan estimadas eran entre aquellos indios. En el Cuzco, a ida y vuelta, visitó la fortaleza, que ya el edificio de ella andaba en acabanzas; puso las manos en algunas cosas de la obra, por dar ánimo y favor a los maestros mayores y a los demás trabajadores que en ella andaban.

Hecha la visita, en que se ocupó más de cuatro años, mandó levantar gente para hacer la conquista adelante de Túmpiz, la costa de la mar hacia el norte; hallándose el Inca en la provincia de los Cañaris, que pensaba ir a Quitu para de allí bajar a la conquista de la costa, le trajeron nuevas que la provincia de los Chachapuyas, viéndole ocupado en guerras y conquistas de tanta importancia, se había rebelado, confiada en la aspereza de su sitio y en la mucha y muy belicosa gente que tenía; y que debajo de amistad habían muerto a los gobernadores y capitanes del Inca, y que de los soldados habían muerto a muchos y preso a otros muchos, con intención de servirse de ellos como de esclavos. De lo cual recibió Huaina Cápac grandísimo pesar y enojo, y mandó que la gente de guerra que por muchas partes caminaba a la costa revolviese hacia la provincia Chachapuya, donde pensaba hacer un riguroso castigo; y él se fue al paraje donde se habían de juntar los soldados. Entre tanto que la gente se recogía, envió el Inca mensajeros a los Chachapuyas que les requiriesen con el perdón si se reducían a su servicio. Los cuales, en lugar de dar buena respuesta, maltrataron a los mensajeros con palabras desacatadas y los amenazaron de muerte; con lo

cual se indignó el Inca del todo; dio más prisa a recoger la gente, caminó con ella hasta un río grande, donde tenían apercibidas muchas balsas de una madera muy ligera que en la lengua general del Perú llaman *chuchau*.

El Inca, pareciéndole que a su persona y ejército era indecente pasar el río en cuadrillas de seis en seis y de siete en siete en las balsas, mandó que de ellas hiciesen una puente, juntándolas todas como un zarzo echado sobre el agua. Los indios de guerra y los de servicio pusieron tanta diligencia que en un día natural hicieron la puente. El Inca pasó con su ejército en escuadrón formado, y a mucha prisa caminó hacia Casamarquilla, que es uno de los pueblos principales de aquella provincia; iba con propósito de los destruir y asolar, porque este Príncipe se preció siempre de ser tan severo y riguroso con los rebeldes y pertinaces como piadoso y manso con los humildes y sujetos.

Los amotinados, habiendo sabido el enojo del Inca y la pujanza de su ejército, conocieron tarde su delito y temieron el castigo, que estaba ya muy cerca. Y no sabiendo qué remedio tomar, porque les parecía que, demás del delito principal, la pertinacia y el término que en el responder a los requirimientos del Inca habían usado, tendrían cerradas las puertas de su misericordia y clemencia, acordaron desamparar sus pueblos y casas y huir a los montes, y así lo hicieron todos los que pudieron. Los viejos que quedaron con la demás gente inútil, como más experimentados, trayendo a la memoria la generosidad de Huaina Cápac, que no negaba petición que mujer alguna le hiciese, acudieron a una matrona Chachapuya, natural de aquel pueblo Casamarquilla, que había sido mujer del gran Túpac Inca Yupanqui, una de sus muchas concubinas, y con el encarecimiento y lágrimas que el peligro presente requería, le dijeron que no hallaban otro remedio ni esperanza para que ellos y sus mujeres y hijos y todos sus pueblos y provincia no fuesen asolados, sino que ella fuese a suplicar al Inca su hijo los perdonase.

La matrona, viendo que también ella y toda su parentela, sin excepción alguna, corrían el mismo riesgo, salió a toda diligencia, acompañada de otras muchas mujeres de todas edades, sin consentir que hombre alguno fuese con ellas, y fue al encuentro del Inca; al cual halló casi dos leguas de Casamarquilla. Y postrada a sus pies, con grande ánimo y valor le dijo: "Solo Señor ¿dónde vas? ¿No ves que vas con ira y enojo a destruir una provincia que tu padre ganó y redujo a tu Imperio? ¿No adviertes que vas contra tu misma clemencia y piedad? ¿No consideras que mañana te ha de pesar de haber ejecutado hoy tu ira y saña y quisieras no haberlo hecho? ¿Por qué no te acuerdas del renombre Huacchacúyac, que es amador de pobres, del cual te precias tanto? ¿Por qué no has lástima de estos pobres de juicio, pues sabes que es la mayor pobreza y miseria de todas las humanas? Y aunque ellos no lo merezcan, acuérdate de tu padre, que los conquistó para que fuesen tuyos. Acuérdate de ti mismo que eres hijo del Sol; no permitas que un accidente de la ira manche tus grandes loores pasados, presentes y por venir, por ejecutar un castigo inútil, derramando sangre de gente que ya se te ha

rendido. Mira que cuanto mayor hubiere sido el delito y la culpa de estos miserables, tanto más resplandecerá tu piedad y clemencia. Acuérdate de la que todos tus antecesores han tenido, y cuánto se preciaron de ella; mira que eres la suma de todos ellos. Suplícote, por quien eres, perdones estos pobres, y si no te dignas de concederme esta petición, a lo menos concédeme que, pues soy natural de esta provincia que te ha enojado, sea yo la primera en quien descargue la espada de tu justicia, por que no vea la total destrucción de los míos".

Dichas estas palabras, calló la matrona. Las demás indias que con ella habían venido levantaron un alarido y llanto lastimero, repitiendo muchas veces los renombres del Inca, diciéndole: "Solo Señor, hijo del Sol, amador de pobres, Huaina Cápac, ten misericordia de nosotras y de nuestros padres, maridos, hermanos y hijos".

El Inca estuvo mucho rato suspenso, considerando las razones de la mamacuna, y como a ellas se añadiese el clamor y lágrimas que con la misma petición las otras indias derramaban, doliéndose de ellas y apagando con su natural piedad y clemencia los fuegos de su justa ira, fue a la madrastra y levantándola del suelo le dijo: "Bien parece que eres Mamánchic" —que es madre común (quiso decir madre mía y de los tuyos)— "pues de tan lejos miras y previenes lo que a mi honra y a la memoria de la majestad de mi padre conviene; yo te lo agradezco muy mucho, que no hay duda sino que, como has dicho, mañana me pesará de haber ejecutado hoy mi saña. También hiciste oficio de madre con los tuyos, pues con tanta eficacia has redimido sus vidas y pueblos, y pues a todos nos has sido tan buena madre, hágase lo que mandas y mira si tienes más que mandarme. Vuélvete en hora buena a los tuyos y perdónales en mi nombre y hazles cuaquiera otra merced y gracia que a ti te parezca, y diles que sepan agradecértela, y para mayor certificación de que quedan perdonados llevarás contigo cuatro Incas, hermanos míos e hijos tuyos, que vayan sin gente de guerra, no más de con los ministros necesarios, para ponerlos en toda paz y buen gobierno". Dicho esto, se volvió el Inca con todo su ejército; mandó encaminarlo hacia la costa, que había sido su primer intento.

Los Chachapuyas quedaron tan convencidos de su delito y de la clemencia del Inca, que de allí adelante fueron muy leales vasallos, y en memoria y veneración de aquella magnanimidad que con ellos se usó, cercaron el sitio donde pasó el coloquio de la madrastra con su alnado Huaina Cápac, para que, como lugar sagrado (por haberse obrado en él una hazaña tan grande), quedase guardado, para que ni hombres ni animales, ni aun las aves si fuese posible, no pusiesen los pies en él. Echáronle tres cercas al derredor: la primera fue de cantería muy pulida, con su cornisa por lo alto; la segunda de una cantería tosca, para que fuese guarda de la primera cerca; la tercera cerca fue de adobes, para que guardase las otras dos. Todavía se ven hoy algunas reliquias de ellas; pudieran durar muchos siglos, según su labor, mas no lo consistió la codicia, que, buscando tesoros en semejantes puestos, las echó todas por tierra.

CAPITULO VIII

DIOSES Y COSTUMBRES DE LA NACION MANTA, Y SU REDUCCION Y LA DE OTRAS MUY BARBARAS

HUAINA CÁPAC enderezó su viaje a la costa de la mar para la conquista que allí deseaba hacer; llegó a los confines de la provincia que ha por nombre Manta, en cuyo distrito está el puerto que los españoles llaman Puerto Viejo; por qué lo llamaron así, dijimos al principio de esta historia. Los naturales de aquella comarca, en muchas leguas de la costa hacia el norte, tenían unas mismas costumbres y una misma idolatría; adoraban la mar y los peces que más en abundancia mataban para comer; adoraban tigres y leones, y las culebras grandes y otras sabandijas, como se les antojaba. Entre las cuales adoraban, en el valle de Manta, que era como metrópoli de toda aquella comarca, una gran esmeralda, que dicen era poco menor que un huevo de avestruz. En sus fiestas mayores la mostraban, poniéndola en público; los indios venían de muy lejos a la adorar y sacrificar y traer presentes de otras esmeraldas menores; porque los sacerdotes y el cacique de Manta les hacían entender que era sacrificio y ofrenda muy agradable para la diosa esmeralda mayor que le presentasen las otras menores, porque eran sus hijas; con esta avarienta doctrina juntaron en aquel pueblo mucha cantidad de esmeraldas, donde las hallaron Don Pedro de Alvarado y sus compañeros, que uno de ellos fue Garcilaso de la Vega, mi señor, cuando fueron a la conquista del Perú, y quebraron en una bigornia la mayor parte de ellas, diciendo (como no buenos lapidarios) que si eran piedras finas no se habían de quebrar por grandes golpes que les diesen, y si se quebraban eran vidrios y no piedras finas; la que adoraban por diosa desaparecieron los indios luego que los españoles entraron en aquel reino; y de tal manera la escondieron, que por muchas diligencias y amenazas que después acá por ella se han hecho, jamás ha parecido, como ha sido de otro infinito tesoro que en aquella tierra se ha perdido.

Los naturales de Manta y su comarca, en particular los de la costa (pero no los de la tierra adentro, que llaman serranos), usaban la sodomía más al descubierto y más desvergonzadamente que todas las demás naciones que hasta ahora hemos notado de este vicio. Casábanse debajo de condición que los parientes y amigos del novio gozaban primero de la novia que no el marido. Desollaban los que cautivaban en sus guerras y henchían de ceniza los pellejos, de manera que parecían lo que eran; y en señal de victoria los colgaban a las puertas de sus templos y en las plazas donde hacían sus fiestas y bailes.

El Inca les envió los requerimientos acostumbrados, que se apercibiesen para la guerra o se rindiesen a su Imperio. Los de Manta, de mucho atrás, tenían visto que no podían resistir al poder del Inca, y aunque habían

procurado aliarse a defensa común con las muchas naciones de su comarca, no habían podido reducirlas a unión y conformidad, porque las más eran behetrías sin ley ni gobierno; por lo cual los unos y los otros se rindieron con mucha facilidad a Huaina Cápac. El Inca los recibió con afabilidad, haciéndoles mercedes y regalos; y dejando gobernadores y ministros que les enseñasen su idolatría, leyes y costumbres, pasó adelante en su conquista a otra gran provincia llamada Caranque; en su comarca hay muchas naciones; todas eran behetrías, sin ley ni gobierno. Sujetáronse fácilmente, porque no aspiraron a defenderse ni pudieran aunque quisieran, porque ya no había resistencia para la pujanza del Inca, según era grande; con estos hicieron lo mismo que con los pasados, que, dejándoles maestros y gobernadores, prosiguieron en su conquista, y llegaron a otras provincias de gente más bárbara y bestial que toda la demás que por la costa hasta allí habían conquistado; hombres y mujeres se labraban las caras con puntas de pedernal; deformaban las cabezas a los niños en naciendo: poníanles una tablilla en la frente y otra en el colodrillo, y se las apretaban de día en día hasta que eran de cuatro o cinco años, para que la cabeza quedase ancha de un lado al otro y angosta de la frente al colodrillo, y no contentos de darles la anchura que habían podido, trasquilaban el cabello que hay en la mollera, corona, y colodrillo, y dejaban los de los lados; y aquellos cabellos tampoco habían de andar peinados ni asentados, sino crespos y levantados, por aumentar la monstruosidad de sus rostros. Manteníanse de su pesquería, que son grandísimos pescadores, de yerbas y raíces y fruta silvestre; andaban desnudos; adoraban por dioses las cosas que hemos dicho de sus comarcas. Estas naciones se llamaban Apichiqui, Pichunsi, Saua, Pecllansimiqui, Pampahuaci y otras que hay por aquella comarca.

Habiéndolas reducido el Inca a su Imperio, pasó adelante a otra llamada Saramisu, y de allí a otra que llaman Pasau, que está debajo de la línea equinoccial, perpendicularmente; los de aquella provincia son barbarísimos sobre cuantas naciones sujetaron los Incas; no tuvieron dioses ni supieron qué cosa era adorar; no tenían pueblo ni casa; vivían en huecos de árboles de las montañas, que las hay por allí bravísimas; no tenían mujeres conocidas ni conocían hijos; eran sodomitas muy al descubierto; no sabían labrar la tierra ni hacer otra cosa alguna en beneficio suyo; andaban desnudos; demás de traer labrados los labios por fuera y de dentro, traían las caras embijadas a cuarteles de diversos colores, un cuarto de amarillo, otro de azul, otro de colorado y otro de negro, variando cada uno las colores como más gusto le daban; jamás peinaron sus cabezas; traían los cabellos largos y crespos, llenos de paja y polvo y de cuanto sobre ellos caía, en suma, eran peores que bestias. Yo los vi por mis ojos cuando vine a España, el año de mil y quinientos y sesenta, que paró allí nuestro navío tres días a tomar agua y leña; entonces salieron muchos de ellos en sus balsas de enea a contratar con los del navío, y la contratación era venderles los peces grandes que delante de ellos mataban con sus fisgas, que para gente tan rústica lo hacían con destreza y sutileza tanta, que los españoles,

por el gusto de verlos matar, se los compraban antes que los matasen; y lo que pedían por el pescado era bizcocho y carne, y no querían plata; traían cubiertas sus vergüenzas con pañetes hechos de cortezas o hojas de árboles; y esto más por respeto de los españoles que no por honestidad propia; verdaderamente eran salvajes, de los más selváticos que se pueden imaginar.

Huaina Cápac Inca, después que vio y reconoció la mala disposición de la tierra, tan triste y montuosa, y la bestialidad de la gente, tan sucia y bruta, y que sería perdido el trabajo que en ellos se emplease para reducirlos a policía y urbanidad, dicen los suyos que dijo: "Volvámonos, que éstos no merecen tenernos por señor". Y que dicho esto mandó volver su ejército, dejando los naturales de Pasau tan torpes y brutos como antes se estaban.

CAPITULO IX

DE LOS GIGANTES QUE HUBO EN AQUELLA REGION Y LA MUERTE DE ELLOS

Antes que salgamos de esta región, será bien demos cuenta de una historia notable y de grande admiración, que los naturales de ella tienen por tradición de sus antepasados, de muchos siglos atrás, de unos gigantes que dicen fueron por la mar a aquella tierra y desembarcaron en la punta que llaman de Santa Elena: llamáronla así porque los primeros españoles la vieron en su día. Y porque de los historiadores españoles que hablan de los gigantes Pedro de Cieza de León es el que más largamente lo escribe, como hombre que tomó la relación en la misma provincia donde los gigantes estuvieron, me pareció decir aquí lo mismo que él dice, sacado a la letra; que aunque el Padre Maestro Joseph de Acosta y el Contador general Agustín de Zárate dicen lo mismo, lo dicen muy breve y sumariamente. Pedro de Cieza, alargándose más, dice lo que se sigue, capítulo cincuenta y dos:

"Porque en el Perú hay fama de los gigantes que vinieron a desembarcar a la costa, en la punta de Santa Elena, que es en los términos de esta ciudad de Puerto Viejo, me pareció dar noticia de lo que oí de ellos, según que yo lo entendí, sin mirar las opiniones del vulgo y sus dichos varios, que siempre engrandece las cosas más de lo que fueron. Cuentan los naturales, por relación que oyeron de sus padres, la cual ellos tuvieron y tenían de muy atrás, que vinieron por la mar en unas balsas de juncos, a manera de grandes barcas, unos hombres tan grandes, que tenía tanto uno

de ellos de la rodilla abajo como un hombre de los comunes en todo el cuerpo, aunque fuese de buena estatura, y que sus miembros conformaban con la grandeza de sus cuerpos tan disformes, que era cosa monstruosa ver las cabezas, según eran grandes, y los cabellos, que les allegaban a las espaldas. Los ojos señalaban que eran tan grandes como pequeños platos; afirman que no tenían barbas y que venían vestidos algunos de ellos con pieles de animales, y otros con la ropa que les dio natura, y que no trajeron mujeres consigo; los cuales, como llegasen a esta punta, después de haber en ella hecho su asiento a manera de pueblo (que aun en estos tiempos hay memoria de los sitios de estas cosas que tuvieron), como no hallasen agua, para remediar la falta que de ella sentían hicieron unos pozos hondísimos, obra por cierto digna de memoria, hecha por tan fortísimos hombres como se presume que serían aquéllos, pues era tanta su grandeza. Y cavaron estos pozos en peña viva, hasta que hallaron el agua, y después los labraron desde ella hasta arriba de piedra, de tal manera que durara muchos tiempos y edades; en los cuales hay muy buena y sabrosa agua, y siempre tan fría que es gran contento beberla.

"Habiendo, pues, hecho sus asientos estos crecidos hombres o gigantes, y teniendo estos pozos o cisternas de donde bebían, todo el mantenimiento que hallaban en la comarca de la tierra que ellos podían hollar lo destruían y comían, tanto que dicen que uno de ellos comía más vianda que cincuenta hombres de los naturales de aquella tierra; y como no bastase la comida que hallaban para sustentarse, mataban mucho pescado en la mar, con sus redes y aparejos, que según razón tenían. Vinieron en grande aborrecimiento de los naturales, porque por usar con sus mujeres las mataban, y a ellas hacían lo mismo por otras causas. Y los indios no se hallaban bastantes para matar a esta nueva gente que había venido a ocuparles su tierra y señorío; aunque se hicieron grandes juntas para platicar sobre ello, pero no lo osaron acometer. Pasados algunos años, estando todavía estos gigantes en esta parte, como les faltasen mujeres y las naturales no les cuadrasen por su grandeza, o por que sería vicio usado entre ellos por consejo e inducimiento del maldito demonio, usaban unos con otros el pecado nefando de la sodomía, tan grandísimo y horrendo, el cual usaban y cometían pública y descubiertamente, sin temor de Dios y poca vergüenza de sí mismos; y afirman todos los naturales que Dios Nuestro Señor, no siendo servido de disimular pecado tan malo, les envió el castigo conforme a la fealdad del pecado; y así dicen que, estando todos juntos envueltos en su maldita sodomía, vino fuego del cielo, temeroso y muy espantable, haciendo gran ruido, del medio del cual salió un ángel resplandeciente con una espada tajante y muy refulgente, con la cual de un solo golpe los mató a todos, y el fuego los consumió, que no quedó sino algunos huesos y calaveras, que por memoria del castigo quiso Dios que quedasen sin ser consumidos del fuego. Esto dicen de los gigantes, lo cual creemos que pasó porque, en esta parte que dicen, se han hallado y se hallan huesos grandísimos, y yo he oído a españoles que han visto pedazo de muela que juzgaban que, a estar entera, pesara más

de media libra carnicera; y también que habían visto otro pedazo de hueso de una canilla, que es cosa admirable contar cuán grande era, lo cual hace testigo haber pasado; porque sin esto se ve adónde tuvieron los sitios de los pueblos y los pozos o cisternas que hicieron. Querer afirmar o decir de qué parte o por qué camino vinieron éstos, no lo puedo afirmar porque no lo sé.

"Este año de mil y quinientos y cincuenta oí yo contar, estando en la Ciudad de los Reyes, que siendo el ilustrísimo Don Antonio de Mendoza visorrey y gobernador de la Nueva España, se hallaron ciertos huesos en ella de hombres tan grandes como los de estos gigantes, y aun mayores; y sin esto también he oído, antes de ahora, que en un antiquísimo sepulcro se hallaron en la ciudad de México, o en otra parte de aquel reino, ciertos huesos de gigantes. Por donde se puede tener, pues tantos lo vieron y lo afirman, que hubo estos gigantes, y aun podrían ser todos unos.

"En esta punta de Santa Elena (que como tengo dicho está en la costa del Perú, en los términos de la ciudad de Puerto Viejo) se ve una cosa muy de notar, y es que hay ciertos ojos y mineros de alquitrán tan perfecto, que podrían calafatear con ello a todos los navíos que quisiesen, porque mana. Y este alquitrán debe ser algún minero que pasa por aquel lugar, el cual sale muy caliente", etc. Hasta aquí es de Pedro de Cieza, que lo sacamos de su historia, porque se verá la tradición que aquellos indios tenían de los gigantes y la fuente manantial de alquitrán que hay en aquel mismo puesto, que también es cosa notable.

CAPITULO X

LO QUE HUAINA CAPAC DIJO ACERCA DEL SOL

El rey Huaina Cápac, como se ha dicho, mandó volver su ejército de la provincia llamada Pasau, la cual señaló por término y límite de su Imperio por aquella banda, que es al norte; y habiéndolo despedido, se volvió hacia el Cuzco, visitando sus reinos y provincias, haciendo mercedes y administrando justicia a cuantos se la pedían. De este viaje, en uno de los años que duró la visita, llegó al Cuzco a tiempo que pudo celebrar la fiesta principal del Sol, que llamaban Raimi. Cuentan los indios que un día, de los nueve que la fiesta duraba, con nueva libertad de la que solían tener de mirar al Sol (que les era prohibido, por parecerles desacato), puso los ojos en él o cerca, donde el Sol lo permite; y estuvo así algún espacio de tiempo mirándole. El Sumo Sacerdote, que era uno de sus tíos y estaba a su lado, le dijo: "¿Qué haces, Inca? ¿No sabes que no es lícito hacer eso?"

El Rey por entonces bajó los ojos, mas dende a poco volvió a alzarlos con la misma libertad y los puso en el Sol. El Sumo Sacerdote replicó diciendo: "Mira, Solo Señor, lo que haces, que demás de sernos prohibido el mirar con libertad a Nuestro Padre el Sol, por ser desacato, das mal ejemplo a toda tu corte y a todo tu Imperio, que está aquí cifrado para celebrar la veneración y adoración que a tu padre deben hacer, como a solo supremo señor". Huaina Cápac, volviéndose al sacerdote, le dijo: "Quiero hacerte dos preguntas para responder a lo que me has dicho. Yo soy vuestro Rey y señor universal, ¿habría alguno de vosotros tan atrevido que por su gusto me mandase levantar de mi asiento y hacer un largo camino?" Respondió el sacerdote: "¿Quién habría tan desatinado como eso?" Replicó el Inca: "¿Y habría algún curaca de mis vasallos, por más rico y poderoso que fuese, que no me obedeciese si yo le mandase ir por la posta de aquí a Chili?" Dijo el sacerdote: "No, Inca, no habría alguno que no lo obedeciese hasta la muerte todo lo que le mandases".

El Rey dijo entonces: "Pues yo te digo que este Nuestro Padre el Sol debe de tener otro mayor señor y más poderoso que no él. El cual le manda hacer este camino que cada día hace sin parar, porque si él fuera el Supremo Señor, una vez que otra dejara de caminar, y descansara por su gusto, aunque no tuviera necesidad alguna". Por este dicho y otros semejantes que los españoles oyeron contar a los indios de este Príncipe, decían que si alcanzara a oír la doctrina cristiana, recibiera con mucha facilidad la fe católica, por su buen entendimiento y delicado ingenio. Un capitán español, que entre otros muchos debió de oír este cuento de Huaina Cápac, que fue público en todo el Perú, lo ahijó para sí y lo contó por suyo al Padre Maestro Acosta, y pudo ser que también lo fuese. Su Paternidad lo escribe en el Libro quinto de la historia del *Nuevo Orbe,* capítulo quinto, y luego, en pos de este cuento, escribe el dicho de Huaina Cápac, sin nombrarle, que también llegó a su noticia, y dice estas palabras: "Refiérese de uno de los Reyes Ingas, hombre de muy delicado ingenio, que, viendo cómo todos sus antepasados adoraban al Sol, dijo que no le parecía a él que el Sol era Dios ni lo podía ser. Porque Dios es gran señor, y con gran sosiego y señorío hace sus cosas, y que el Sol nunca para de andar, y que cosa tan inquieta no le parecía ser Dios. Dijo muy bien, y si con razones suaves y que se dejen percibir les declaran a los indios sus engaños y cegueras, admirablemente se convencen y rinden a la verdad". Hasta aquí es del Padre Acosta, con que acaba aquel capítulo. Los indios, como tan agoreros y tímidos en su idolatría, tomaron por mal pronóstico la novedad que su Rey había hecho en mirar al Sol con aquella libertad. Huaina Cápac la tomó por lo que oyó decir del Sol a su padre Túpac Inca Yupanqui, que es casi lo mismo, según se refirió en su vida.

CAPITULO XI

REBELION DE LOS CARANQUES Y SU CASTIGO

ANDANDO EL Inca Huaina Cápac visitando sus reinos, que fue la última visita que hizo, le trajeron nuevas que la provincia de Caranque, que dijimos había conquistado a los últimos fines del reino de Quitu, de gente bárbara y cruel, que comía carne humana y ofrecía en sacrificio la sangre, cabezas y corazones de los que mataban, no pudiendo llevar el yugo del Inca, particularmente la ley que les prohibía el comer carne humana, se alzaron con otras provincias de su comarca, que eran de las mismas costumbres y temían el Imperio del Inca, que lo tenían ya a sus puertas, que les había de prohibir lo mismo que a sus vecinos, que era lo que ellos más estimaban para su regalo y vida bestial; por estas causas se conjuraron con facilidad, y en mucho secreto apercibieron gran número de gente para matar los gobernadores y ministros del Inca y la gente de guarnición que consigo tenían; y entretanto que llegaba el tiempo señalado para ejecutar su traición, les servían con la mayor sumisión y ostentación de amor que fingir podían, para cogerlos más descuidados y degollarlos más a su salvo. Llegado el día, los mataron con grandísima crueldad, y ofrecieron las cabezas, corazones y la sangre a sus dioses, en servicio y agradecimiento de que les hubiesen libertado del dominio de los Incas y restituídoles sus antiguas costumbres; comieron la carne de ellos con mucho gusto y gran voracidad, tragándosela sin mascar, en venganza de que se la hubiesen prohibido tanto tiempo había, y castigado a los que habían delinquido en comerla; hicieron todas las desvergüenzas y desacatos que pudieron; lo cual, sabido por Huaina Cápac, le causó mucha pena y enojo; mandó apercibir gente y capitanes que fuesen a castigar el delito y la maldad de aquellas fieras, y él fue en pos de ellos, para estar a la mira de lo que sucediese. Los capitanes fueron a los Caranques, y antes que empezasen a hacer la guerra enviaron mensajeros en nombre del Inca, ofreciéndoles el perdón de su delito si pedían misericordia y se rendían a la voluntad del Rey.

Los rebelados, como bárbaros, no solamente no quisieron rendirse, mas antes respondieron muy desvergozadamente y maltrataron los mensajeros, de manera que no faltó sino matarlos. Sabiendo Huaina Cápac el nuevo desacato de aquellos brutos, fue a su ejército por hacer la guerra por su persona. Mandó que la hiciesen a fuego y sangre, en la cual murieron muchos millares de hombres de ambas partes, porque los enemigos, como gente rebelada, peleaban obstinadamente y los del Inca, por castigar el desacato hecho a su Rey, se habían como buenos soldados; y como a la potencia del Inca no hubiese resistencia, enflaquecieron los enemigos en breve tiempo; dieron en pelear, no en batallas descubiertas, sino en rebatos y asechanzas, defendiendo los malos pasos, sierras y lugares fuertes; mas la pujanza del

Inca lo venció todo y rindió los enemigos; prendieron muchos millares de ellos; y de los más culpados, que fueron autores de la rebelión, hubieron dos mil personas; partes de ellos fueron los Caranques, que se rebelaron, y partes de los aliados que aún no eran conquistados por el Inca. En todos ellos se hizo un castigo riguroso y memorable; mandó que los degollasen dentro de una gran laguna que está entre los términos de los unos y de los otros; para que el nombre que entonces le pusieron guardase la memoria del delito y del castigo, llamáronla Yahuarcocha: quiere decir: lago o mar de sangre, porque la laguna quedó hecha sangre, con tanta como en ella se derramó. Pedro de Cieza, tocando brevemente este paso, capítulo treinta y siete, dice que fueron veinte mil los degollados; debiólo de decir por todos los que de una parte y de otra murieron en aquella guerra, que fue muy reñida y porfiada.

Hecho el castigo, el Inca Huaina Cápac se fue a Quitu, bien lastimado y quejoso de que en su reinado acaeciesen delitos tan atroces e inhumanos, que forzosamente requiriesen castigos severos y crueles contra su natural condición y la de todos sus antecesores, que se preciaron de piedad y clemencia: dolíase que los motines acaeciesen en sus tiempos para hacerlos infelices, y no en los pasados, porque no se acordaban que hubiese habido otro alguno, sino el de los Chancas en tiempo del Inca Viracocha. Mas, bien mirado, parece que eran agüeros y pronósticos que amenazaban habría muy aína otra rebelión mayor, que sería causa de la enajenación y pérdida de su Imperio y de la total destrucción de su real sangre, como veremos presto.

CAPITULO XII

HUAINA CAPAC HACE REY DE QUITU A SU HIJO ATAHUALLPA

El Inca Huaina Cápac, como atrás dejamos apuntado, hubo en la hija del Rey de Quitu (sucesora que había de ser de aquel reino) a su hijo Atahuallpa. El cual salió de buen entendimiento y de agudo ingenio, astuto, sagaz, mañoso y cauteloso, y para la guerra belicoso y animoso, gentilhombre de cuerpo y hermoso de rostro, como lo eran comúnmente todos los Incas y Pallas; por estos dotes del cuerpo y del ánimo lo amó su padre tiernamente, y siempre lo traía consigo; quisiera dejarle en herencia todo su imperio, mas no pudiendo quitar el derecho al primogénito y heredero legítimo, que era Huáscar Inca, procuró, contra el fuero y estatuto de todos sus antepasados, quitarle siquiera el reino de Quitu, con algunas colores y apariencias de justicia y destitución. Para lo cual envió a llamar al príncipe Huáscar Inca, que estaba en el Cuzco; venido que fue, hizo una

gran junta de los hijos y de muchos capitanes y curacas que consigo tenía, y en presencia de todos habló al hijo legítimo y le dijo: "Notorio es, príncipe, que conforme a la antigua costumbre que nuestro primer padre, el Inca Manco Cápac, nos dejó que guardásemos, este reino de Quitu es de vuestra corona, que así se ha hecho siempre hasta ahora, que todos los reinos y provincias que se han conquistado se han vinculado y anexado a vuestro imperio y sometido a la jurisdicción y dominio de nuestra imperial ciudad del Cuzco. Mas porque yo quiero mucho a vuestro hermano Atahuallpa y me pesa de verle pobre, holgaría tuviésedes por bien que, de todo lo que yo he ganado para vuestra corona, se le quedase en herencia y sucesión el reino de Quitu (que fue de sus abuelos maternos y lo fuera hoy de su madre), para que pueda vivir en estado real, como lo merecen sus virtudes, que, siendo tan buen hermano como lo es y teniendo con qué, podrá serviros mejor en todo lo que le mandáredes, que no siendo pobre; y para recompensa y satisfacción de esto poco que ahora os pido, os quedan otras muchas provincias y reinos muy largos y anchos, en contorno de los vuestros, que podréis ganar, en cuya conquista os servirá vuestro hermano de soldado y capitán, y yo iré contento de este mundo cuando vaya a descansar con Nuestro Padre el Sol".

El Príncipe Huáscar Inca respondió con mucha facilidad que holgaba en extremo de obedecer al Inca, su padre, en aquello y en cualquiera otra cosa que fuese servido mandarle, y que si para su mayor gusto era necesario hacer dejación de otras provincias, para que tuviese más que dar a su hijo Atahuallpa, también lo haría, a trueque de darle contento. Con esta respuesta quedó Huaina Cápac muy satisfecho; ordenó que Huáscar se volviese al Cuzco; trató de meter en la posesión del reino a su hijo Atahuallpa; añadióle otras provincias, sin las de Quitu; dióle capitanes experimentados y parte de su ejército, que le sirviesen y acompañasen; en suma, hizo en su favor todas las ventajas que pudo, aunque fuesen en perjuicio del príncipe heredero; húbose en todo como padre apasionado y rendido del amor de un hijo; quiso asistir en el reino de Quitu y en su comarca los años que le quedaban de vida; tomó este acuerdo, tanto por favorecer y dar calor al reinado de su hijo Atahuallpa como por sosegar y apaciguar aquellas provincias marítimas y mediterráneas nuevamente ganadas, que, como gente belicosa, aunque bárbara y bestial, no se aquietaban debajo del imperio y gobierno de los Incas; por lo cual tuvo necesidad de trasplantar muchas naciones de aquéllas en otras provincias, y en lugar de ellas traer otras de las quietas y pacíficas, que era el remedio que aquellos Reyes tenían para asegurarse de rebeliones, como largamente dijimos cuando hablamos de los trasplantados, que llaman *mítmac*.

CAPITULO XIII

DOS CAMINOS FAMOSOS QUE HUBO EN EL PERU

SERÁ justo que en la vida de Huaina Cápac hagamos mención de dos caminos reales que hubo en el Perú a la larga, norte sur, porque se los atribuyen a él: el uno que va por los llanos, que es la costa de la mar, y el otro por la sierra, que es la tierra adentro, de los cuales hablan los historiadores con todo buen encarecimiento, pero la obra fue tan grande que excede a toda pintura que de ella se pueda hacer; y porque yo no pueda pintarlos tan bien como ellos los pintaron, diré lo que cada uno de ellos dice, sacado a la letra. Agustín de Zárate, Libro primero, capítulo trece, hablando del origen de los Incas, dice lo que se sigue: "Por la sucesión de estos Ingas vino el señorío a uno de ellos, que se llamó Guainacaba (quiere decir Mancebo Rico), que fue el que más tierras ganó y acrecentó a su señorío y el que más justicia y razón tuvo en la tierra, y la redujo a policía y cultura, tanto que parecía cosa imposible una gente bárbara y sin letras regirse con tanto concierto y orden y tenerle tanta obediencia y amor sus vasallos, que en servicio suyo hicieron dos caminos en el Perú, tan señalados que no es justo que se queden en olvido; porque ninguna de aquellas que los autores antiguos contaron por las siete obras más señaladas del mundo, se hizo con tanta dificultad y trabajo y costa como éstas. Cuando este Guainacaba fue desde la ciudad del Cuzco con su ejército a conquistar la provincia de Quito, que hay cerca de quinientas leguas de distancia, como iba por la sierra tuvo grande dificultad en el pasaje, por causa de los malos caminos y grandes quebradas y despeñaderos que había en la sierra por do iba. Y así, pareciéndoles a los indios que era justo hacerle camino nuevo por donde volviese victorioso de la conquista, porque había sujetado la provincia, hicieron un camino por toda la cordillera, muy ancho y llano, rompiendo e igualando las peñas donde era menester, e igualando y subiendo las quebradas de mampostería; tanto, que algunas veces subían la labor desde quince y veinte estados de hondo, y así dura este camino por espacio de las quinientas leguas. Y dicen que era tan llano cuando se acabó que podía ir una carreta por él, aunque después acá, con las guerras de los indios y de los cristianos, en muchas partes se han quebrado las mamposterías de estos pasos, por detener a los que vienen por ellos, que no puedan pasar. Y verá la dificultad de esta obra quien considerare el trabajo y costa que se ha empleado en España en allanar dos leguas de sierra que hay entre el Espinar de Segovia y Guadarrama, y cómo nunca se ha acabado perfectamente, con ser paso ordinario por donde tan continuamente los Reyes de Castilla pasan con sus casas y corte todas las veces que van o vienen de Andalucía o del reino de Toledo a esta parte de los puertos. Y no contentos con haber hecho tan insigne obra, cuando otra vez el mismo Guainacaba quiso volver a visitar la provincia de Quitu, a que era muy aficionado por haberla él conquistado, tornó por los llanos, y los indios le hicie-

ron en ellos otros caminos, de tanta dificultad como el de la sierra, porque en todos los valles donde alcanza la frescura de los ríos y arboledas, que como arriba está dicho comúnmente ocupaba una legua, hicieron un camino que casi tiene cuarenta pies de ancho, con muy gruesas tapias del un cabo y del otro y cuatro o cinco tapias en alto; y en saliendo de los valles continuaban el mismo camino por los arenales, hincando palos y estacas por cordel, para que no se pudiese perder el camino ni torcer a un cabo ni a otro, el cual dura las mismas quinientas leguas que el de la sierra; y aunque los palos de los arenales están rompidos en muchas partes, porque los españoles, en tiempo de guerra y de paz, hacían con ellos lumbre, pero las paredes de los valles se están el día de hoy en las más partes enteras, por donde se puede juzgar la grandeza del edificio; y así fue por el uno y vino por el otro Guainacaba, teniéndole siempre, por donde había de pasar, cubierto y sembrado con ramos y flores de muy suave olor". Hasta aquí es de Agustín de Zárate.

Pedro de Cieza de León, hablando en el mismo propósito, dice del camino que va por la sierra lo que se sigue, capítulo treinta y siete: "De Ipiales se camina hasta llegar a una provincia pequeña, que ha por nombre Guaca, y antes de llegar a ella se ve el camino de los Ingas, tan famoso en estas partes como el que Aníbal hizo por los Alpes, cuando bajó a la Italia, y puede ser tenido éste en más estimación, así por los grandes aposentos y depósitos que había en todo él, como por ser hecho con mucha dificultad, por tan ásperas y fragosas sierras, que pone admiración verlo". No dice más Pedro de Cieza del camino de sierra. Pero adelante, en el capítulo sesenta, dice del camino de los llanos lo que se sigue: "Por llevar con toda orden mi escritura, quise, antes de volver a concluir con lo tocante a las provincias de las sierras, declarar lo que se me ofrece de los llanos, pues, como se ha dicho en otras partes, es cosa tan importante. Y en este lugar daré noticia del gran camino que los Ingas mandaron hacer por mitad de ellos, el cual, aunque por muchos lugares está ya desbaratado y deshecho, da muestra de la grande cosa que fue y del poder de los que lo mandaron a hacer. Guainacapa y Topainga Yupangue, su padre, fueron, a lo que los indios dicen, los que abajaron por toda la costa, visitando los valles y provincias de los yungas, aunque también cuentan algunos de ellos que el Inga Yupangue, abuelo de Guainacapa y padre de Topa Inca, fue el primero que vio la costa y anduvo por los llanos de ella. Y en estos valles y en la costa, los caciques y principales, por su mandato, hicieron un camino tan ancho como quince pies. Por una parte y por otra de él iba una pared mayor que un estado bien fuerte, y todo el espacio de este camino iba limpio y echado por debajo de arboledas, y de estos árboles, por muchas partes, caían sobre el camino ramos de ellos llenos de fruta. Y por todas las florestas andaban en las arboledas muchos géneros de pájaros y papagayos y otras aves". etc. Poco más abajo, habiendo dicho de los pósitos y de la provisión que en ellos había para la gente de guerra, que lo alegamos en otra parte, dice: "Por este camino duraban las paredes que iban por una y otra parte dél, hasta que los indios, con la mu-

chedumbre de arena, no podían armar cimiento. Desde donde, para que no se errase y se conociese la grandeza del que aquello mandaba, hincaban largos y cumplidos palos, a manera de vigas, de trecho en trecho. Y así como se tenía cuidado de limpiar por los valles el camino y renovar las paredes si se arruinaban y gastaban, lo tenían en mirar si algún horcón o palo largo, de los que estaban en las arenales, se caía con el viento, de tornarlo a poner. De manera que este camino, cierto fue gran cosa, aunque no tan trabajoso como el de la sierra. Algunas fortalezas y templos del Sol había en estos valles, como iré declarando en su lugar", etc. Hasta aquí es de Pedro de Cieza de León, sacado a la letra.

Juan Botero Benes también hace mención de estos caminos y los pone en sus *Relaciones* por cosa maravillosa, y aunque en breves palabras, los pinta muy bien, diciendo: "De esta la ciudad del Cuzco hay dos caminos o calzadas reales de dos mil millas de largo, que la una va guiada por los llanos y la otra por las cumbres de los montes, de manera que para hacerlas como están fue necesario alzar los valles, tajar las piedras y peñascos vivos y humillar la alteza de los montes. Tenían de ancho veinte y cinco pies. Obra que sin comparación hace ventaja a las fábricas de Egipto y a los romanos edificios", etc. Todo esto dicen estos tres autores de aquellos dos famosos caminos, que merecieron ser celebrados con los encarecimientos que a cada uno de los historiadores les pareció mayores; aunque todos ellos no igualan a la grandeza de la obra, porque basta la continuación de quinientas leguas, donde hay cuestas de dos, tres y cuatro leguas y más de subida, para que ningún encarecimiento le iguale.

Demás de lo que de ella dicen, es de saber que hicieron en el camino de la sierra, en las cumbres más altas, de donde más tierra se descubría, unas placetas altas, a un lado o a otro del camino, con sus gradas de cantería para subir a ellas, donde los que llevaban las andas descansasen y el Inca gozase de tender la vista a todas partes, por aquellas sierras altas y bajas, nevadas y por nevar, por cierto es una hermosísima vista, porque de algunas partes, según la altura de las sierras por do va el camino, se descubren cincuenta, sesenta, ochenta y cien leguas de tierra, donde se ven puntas de sierras tan largas que parece que llegan al cielo, y, por el contrario, valles y quebradas tan hondas, que parece que van a parar al centro de la tierra. De toda aquella gran fábrica no ha quedado sino lo que el tiempo y las guerras no han podido consumir. Solamente en el camino de los llanos, en los desiertos de los arenales, que los hay muy grandes, donde también hay cerros altos y bajos de arena, tienen hincados a trechos maderos altos, que del uno se vea el otro y sirvan de guías para que no se pierdan los caminantes, porque el rastro del camino se pierde con el movimiento que la arena hace con el viento, porque lo cubre y lo ciega; y no es seguro guiarse por los cerros de arena, porque también ellos se pasan y mudan de una parte a otra, si el viento es recio; de manera que son muy necesarias las vigas hincadas por el camino, para norte de los viandantes; y por esto se han sustentado, porque no podrían pasar sin ellas.

CAPITULO XIV

TUVO NUEVAS HUAINA CAPAC DE LOS ESPAÑOLES QUE ANDABAN EN LA COSTA

HUAINA Cápac, ocupado en las cosas dichas, estando en los reales palacios de Tumipampa, que fueron de los más soberbios que hubo en el Perú, le llegaron nuevas que gentes extrañas y nunca jamás vistas en aquella tierra andaban en un navío por la costa de su Imperio, procurando saber qué tierra era aquélla; la cual novedad despertó a Huaina Cápac a nuevos cuidados, para inquirir y saber qué gente era aquélla y de dónde podía venir. Es de saber que aquel navío era de Vasco Núñez de Balboa, primer descubridor de la Mar del Sur, y aquellos españoles fueron los que (como al principio dijimos) impusieron el nombre Perú a aquel Imperio, que fue el año mil y quinientos y quince, y el descubrimiento de la Mar del Sur fue dos años antes. Un historiador dice que aquel navío y aquellos españoles eran Don Francisco Pizarro y sus trece compañeros, que dice fueron los primeros descubridores del Perú. En lo cual se engañó, que por decir primeros ganadores dijo primeros descubridores; y también se engañó en el tiempo, porque de lo uno a lo otro pasaron diez y seis años, si no fueron más; porque el primer descubrimiento del Perú y la imposición de este nombre fue el año de mil y quinientos y quince, y Don Francisco Pizarro y sus cuatro hermanos y Don Diego de Almagro entraron en el Perú, para le ganar, año de mil y quinientos y treinta y uno, y Huaina Cápac murió ocho años antes, que fue el año de mil y quinientos y veinte y tres, habiendo reinado cuarenta y dos años, según lo testifica el Padre Blas Valera en sus rotos y destrozados papeles, donde escribía grandes antiguallas de aquellos Reyes, que fue muy gran inquiridor de ellas.

Aquellos ocho años que Huaina Cápac vivió después de la nueva de los primeros descubridores los gastó en gobernar su Imperio en toda paz y quietud; no quiso hacer nuevas conquistas, por estar a la mira de lo que por la mar viniese; porque la nueva de aquel navío le dio mucho cuidado, imaginando en un antiguo oráculo que aquellos Incas tenían que, pasados tantos Reyes, habían de ir gentes extrañas y nunca vistas y quitarles el reino y destruir su república y su idolatría; cumplíase el plazo en este Inca, como adelante veremos. Asimismo es de saber que tres años antes que aquel navío fuese a la costa del Perú, acaeció en el Cuzco un portento y mal agüero que escandalizó mucho a Huaina Cápac y atemorizó en extremo a todo su Imperio; y fue que, celebrándose la fiesta solemne que cada año hacían a su Dios el Sol, vieron venir por el aire un águila real, que ellos llaman *anca,* que la iban persiguiendo cinco o seis cernícalos y otros tantos halconcillos, de los que, por ser tan lindos, han traído muchos a España, y en ella les llaman *aletos* y en el Perú *huaman.* Los cuales, trocándose ya los unos, ya los otros,

caían sobre el águila, que no la dejaban volar, sino que la mataban a golpes. Ella, no pudiendo defenderse, se dejó caer en medio de la plaza mayor de aquella ciudad, entre los Incas, para que le socorriesen. Ellos la tomaron y vieron que estaba enferma, cubierta de caspa, como sarna, y casi pelada de las plumas menores. Diéronle de comer y procuraron regalarla, mas nada le aprovechó, que dentro de pocos días se murió, sin poderse levantar del suelo. El Inca y los suyos lo tomaron por mal agüero, en cuya interpretación dijeron muchas cosas los adivinos que para semejantes casos tenían elegidos; y todas eran amenazas de la pérdida de su Imperio, de la destrucción de su república y de su idolatría; sin esto, hubo grandes terremotos y temblores de tierra, que, aunque el Perú es apasionado de esta plaga, notaron que los temblores eran mayores que los ordinarios y que caían muchos cerros altos. De los indios de la costa supieron que la mar, con sus crecientes y menguantes, salía muchas veces de sus términos comunes; vieron que en el aire se aparecían muchas cometas muy espantosas y temerosas.

Entre estos miedos y asombros, vieron que una noche muy clara y serena tenía la Luna tres cercos muy grandes: el primero era de color de sangre; el segundo, que estaba más afuera, era de un color negro que tiraba a verde; el tercero parecía que era de humo. Un adivino o mágico, que los indios llaman *llaica,* habiendo visto y contemplado los cercos que la Luna tenía. entró donde Huaina Cápac estaba, y con un semblante muy triste y lloroso, que casi no podía hablar, le dijo: "Solo Señor, sabrás que tu madre la Luna, como madre piadosa, te avisa que el Pachacámac, criador y sustentador del mundo, amenaza a tu sangre real y a tu Imperio con grandes plagas que ha de enviar sobre los tuyos; porque aquel primer cerco que tu madre tiene, de color de sangre, significa que después que tú hayas ido a descansar con tu padre el Sol, habrá cruel guerra entre tus descendientes y mucho derramamiento de su real sangre, de manera que en pocos años se acabará toda, de lo cual quisiera reventar llorando; el segundo cerco negro nos amenaza que de las guerras y mortandad de los tuyos se causará la destrucción de nuestra religión y república y la enajenación de tu Imperio, y todo se convertirá en humo, como lo significa el cerco tercero, que parece de humo". El Inca recibió mucha alteración, mas, por no mostrar flaqueza, dijo al mágico: "Anda, que tú debes de haber soñado esta noche esas burlerías, y dices que son revelaciones de mi madre". Respondió el mágico: "Para que me creas, Inca, podrás salir a ver las señales de tu madre por tus propios ojos, y mandarás que vengan los demás adivinos y sabrás lo que dicen de estos agüeros".

El Inca salió de su aposento, y, habiendo visto las señales, mandó llamar a todos los mágicos que en su corte había, y uno de ellos, que era de la nación Yauyu, a quien los demás reconocían ventaja, que también había mirado y considerado los cercos, le dijo lo mismo que el primero. Huaina Cápac, porque los suyos no perdiesen el ánimo con tan tristes pronósticos, aunque conformaban con el que él tenía en su pecho, hizo muestra de no creerlos, y dijo a sus adivinos: "Si no me lo dice el mismo Pachacámac, yo

no pienso dar crédito a vuestros dichos, porque no es de imaginar que el Sol, mi padre, aborrezca tanto su propia sangre que permita la total destrucción de sus hijos". Con esto despidió a los adivinos; empero, considerando lo que le habían dicho, que era tan al propio del oráculo antiguo que de sus antecesores tenía, y juntando lo uno y lo otro con las novedades y prodigios que cada día aparecían en los cuatro elementos, y que sobre todo lo dicho se aumentaba la ida del navío con la gente nunca vista ni oída, vivía Huaina Cápac con recelo, temor y congoja; estaba apercibido siempre de un buen ejército escogido, de la gente más veterana y práctica que en las guarniciones de aquellas provincias había. Mandó hacer muchos sacrificios al Sol; y que los agoreros y hechiceros, cada cual en sus provincias, consultasen a sus familiares demonios, particularmente al gran Pachacámac y al diablo Rímac, que daba respuestas a lo que le preguntaban, que supiesen de él lo que de bien o de mal pronosticaban aquellas cosas tan nuevas que en la mar y en los demás elementos se habían visto. De Rímac y de las otras partes le trajeron respuestas oscuras y confusas, que ni dejaban de prometer algún bien ni dejaban de amenazar mucho mal; y los más de los hechiceros daban malos agüeros, con que todo el Imperio estaba temeroso de alguna grande adversidad; mas como en los primeros tres o cuatro años no hubiese alguna de las que temían, volvieron a su antigua quietud, y en ella vivieron algunos años, hasta la muerte de Huaina Cápac.

La relación de los pronósticos que hemos dicho, demás de la fama común que hay de ellos por todo aquel Imperio, la dieron en particular dos capitanes de la guarda de Huaina Cápac, que cada uno de ellos llegó a tener más de ochenta años; ambos se bautizaron; el más antiguo se llamó Don Juan Pechuta; tomó por sobrenombre el nombre que tenía antes del bautismo, como lo han hecho todos los indios generalmente; el otro se llamaba Chauca Rimachi; el nombre cristiano ha borrado de la memoria el olvido. Estos capitanes, cuando contaban estos pronósticos y los sucesos de aquellos tiempos, se derretían en lágrimas llorando, que era menester divertirles de la plática, para que dejasen de llorar; el testamento y la muerte de Huaina Cápac, y todo lo demás que después de ella sucedió, diremos de relación de aquel Inca viejo que había nombre Cusi Huallpa, y mucha parte de ello, particularmente las crueldades que Atahuallpa en los de la sangre real hizo, diré de relación de mi madre y de un hermano suyo, que se llamó Don Fernando Huallpa Túpac Inca Yupanqui, que entonces eran niños de menos de diez años y se hallaron en la furia de ellas dos años y medio que duraron, hasta que los españoles entraron en la tierra; y en su lugar diremos cómo se escaparon ellos y los pocos que de aquella sangre escaparon de la muerte que Atahuallpa les daba, que fue por beneficio de los mismos enemigos.

CAPITULO XV

TESTAMENTO Y MUERTE DE HUAINA CAPAC, Y EL PRONOSTICO DE LA IDA DE LOS ESPAÑOLES

ESTANDO Huaina Cápac en el reino de Quitu, un día de los últimos de su vida, se entró en un lago a bañar, por su recreación y deleite; de donde salió con frío, que los indios llaman *chucchu,* que es temblar, y como sobreviniese la calentura, la cual llaman *rupa* (*r* blanda), que es quemarse, y otro día y los siguientes se sintiese peor y peor, sintió que su mal era de muerte, porque de años atrás tenía pronósticos de ella, sacados de las hechicerías y agüeros y de las interpretaciones que largamente tuvieron aquellos gentiles; los cuales pronósticos, particularmente los que hablaban de la persona real, decían los Incas que eran revelaciones de su padre el Sol, por dar autoridad y crédito a su idolatría.

Sin los pronósticos que de sus hechicerías habían sacado y los demonios les habían dicho, aparecieron en el aire cometas temerosas, y entre ellas una muy grande, de color verde, muy espantosa, y el rayo que dijimos que cayó en casa de este mismo Inca, y otras señales prodigiosas que escandalizaron mucho a los amautas, que eran los sabios de aquella república, y a los hechiceros y sacerdotes de su gentilidad; los cuales, como tan familiares del demonio, pronosticaron, no solamente la muerte de su Inca Huaina Cápac, mas también la destrucción de su real sangre, la pérdida de su Reino, y otras grandes calamidades y desventuras que dijeron habían de padecer todos ellos en general y cada uno en particular; las cuales no osaron publicar por no escandalizar la tierra en tanto extremo que la gente se dejase morir de temor, según era tímida y facilísima a creer novedades y malos prodigios.

Huaina Cápac, sintiéndose mal, hizo llamamiento de los hijos y parientes que tenía cerca de sí y de los gobernadores y capitanes de la milicia de las provincias comarcanas que pudieron llegar a tiempo, y les dijo: "Yo me voy a descansar al cielo con Nuestro Padre el Sol, que días ha me reveló que de lago o de río me llamaría, y pues yo salí del agua con la indisposición que tengo, es cierta señal que Nuestro Padre me llama. Muerto yo, abriréis mi cuerpo, como se acostumbra hacer con los cuerpos reales; mi corazón y entrañas, con todo lo interior, mando se entierren en Quitu, en señal del amor que le tengo, y el cuerpo llevaréis al Cuzco, para ponerlo con mis padres y abuelos. Encomiéndoos a mi hijo Atahuallpa, que yo tanto quiero, el cual queda por Inca en mi lugar en este reino de Quitu y en todo lo demás que por su persona y armas ganare y aumentare a su Imperio, y a vosotros, los capitanes de mi ejército, os mando en particular le sirváis con la fidelidad y amor que a vuestro Rey debéis, que por tal os lo dejo, para que en todo y por todo le obedezcáis y hagáis lo que él os mandare, que será lo que yo le revelaré por orden de Nuestro Padre el Sol. También os encomiendo la justicia y clemencia para con los vasallos, por que no se pierda el renombre

que nos han puesto, de amador de pobres, y en todo os encargo hagáis como Incas, hijos del Sol". Hecha esta plática a sus hijos y parientes, mandó llamar a los demás capitanes y curacas que no eran de la sangre real, y les encomendó la fidelidad y buen servicio que debían hacer a su Rey, y a lo último les dijo: "Muchos años ha que por revelación de Nuestro Padre el Sol tenemos que, *pasados doce Reyes de sus hijos,* vendrá gente nueva y no conocida en estas partes, y ganará y sujetará a su imperio todos nuestros reinos y otros muchos; yo me sospecho que serán de los que sabemos que han andado por la costa de nuestro mar; será gente valerosa, que en todo os hará ventaja. También sabemos que se cumple en mí el número de los doce Incas. Certifícoos que pocos años después que yo me haya ido de vosotros, vendrá aquella gente nueva y cumplirá lo que Nuestro Padre el Sol nos ha dicho y ganará nuestro Imperio y serán señores de él. Yo os mando que les obedezcáis y sirváis como a hombres que en todo os harán ventaja; que su ley será mejor que la nuestra y sus armas poderosas e invencibles más que las vuestras. Quedaos en paz, que yo me voy a descansar con mi Padre el Sol, que me llama".

Pedro de Cieza de León, capítulo cuarenta y cuatro, toca este pronóstico que Huaina Cápac dijo de los españoles, que después de sus días había de mandar el Reino gente extraña y semejante a la que venía en el navío. Dice aquel autor que dijo esto el Inca a los suyos en Tumipampa, que es cerca de Quitu, donde dice que tuvo nueva de los primeros españoles descubridores del Perú.

Francisco López de Gómara, capítulo ciento y quince, contando la plática que Huáscar Inca tuvo con Hernando de Soto (gobernador que después fue de la Florida) y con Pedro del Barco, cuando fueron los dos solos desde Casamarca hasta el Cuzco, como se dirá en su lugar, entre otras palabras que refiere de Huáscar, que iba preso, dice éstas, que son sacadas a la letra: "Y finalmente le dijo cómo él era derecho señor de todos aquellos reinos, y Atabáliba tirano; que por tanto quería informar y ver al capitán de cristianos, que deshacía los agravios y le restituiría su libertad y reinos; ca su padre Guaina Cápac le mandara, al tiempo de su muerte, fuese amigo de las gentes blancas y barbudas que viniesen, porque habían de ser señores de la tierra", etc. De manera que este pronóstico de aquel Rey fue público en todo el Perú, y así lo escriben estos historiadores.

Todo lo que arriba se ha dicho dejó Huaina Cápac mandado en lugar de testamento, y así lo tuvieron los indios en suma veneración y lo cumplieron al pie de la letra. Acuérdome que un día, hablando aquel Inca viejo en presencia de mi madre, dando cuenta de estas cosas y de la entrada de los españoles y de cómo ganaron la tierra, le dije: "Inca ¿cómo siendo esta tierra de suyo tan áspera y fragosa, y siendo vosotros tantos y tan belicosos y poderosos para ganar y conquistar tantas provincias y reinos ajenos, dejásteis perder tan presto vuestro Imperio y os rendísteis a tan pocos españoles?". Para responderme volvió a repetir el pronóstico acerca de los es-

pañoles, que días antes lo había contado, y dijo cómo su Inca les había mandado que los obedeciesen y sirviesen, porque en todo se les aventajarían. Habiendo dicho esto, se volvió a mí con algún enojo de que les hubiese motejado de cobardes y pusilánimes, y respondió a mi pregunta diciendo: "Estas palabras que nuestro Inca nos dijo, que fueron las últimas que nos habló, fueron más poderosas para nos sujetar y quitar nuestro Imperio que no las armas que tu padre y sus compañeros trajeron a esta tierra". Dijo esto aquel Inca por dar a entender cuánto estimaban lo que sus Reyes les mandaban, cuánto más lo que Huaina Cápac les mandó a lo último de su vida, que fue más querido de todos ellos.

Huaina Cápac murió de aquella enfermedad; los suyos, en cumplimiento de lo que les dejó mandado, abrieron su cuerpo y lo embalsamaron y llevaron al Cuzco, y el corazón dejaron enterrado en Quitu. Por los caminos, dondequiera que llegaban, celebraban sus exequias con grandísimo sentimiento de llanto, clamor y alaridos, por el amor que le tenían; llegando a la imperial ciudad, hicieron las exequias por entero, que, según la costumbre de aquellos Reyes, duraron un año; dejó más de doscientos hijos y hijas, y más de trescientos, según afirmaban algunos Incas por encarecer la crueldad de Atahuallpa, que los mató casi todos. Y porque se propuso decir aquí las cosas que no había en el Perú, que después acá se han llevado, las diremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XVI

DE LAS YEGUAS Y CABALLOS, Y COMO LOS CRIABAN A LOS PRINCIPIOS Y LO MUCHO QUE VALIAN

PORQUE a los presentes y venideros será agradable saber las cosas que no había en el Perú antes que los españoles lo ganaran, me pareció hacer capítulo de ellas aparte, para que se vea y considere con cuántas cosas menos y, al parecer, cuán necesarias a la vida humana, se pasaban aquellas gentes y vivían muy contentos sin ellas. Primeramente es de saber que no tuvieron caballos ni yeguas para sus guerras o fiestas, ni vacas ni bueyes para romper la tierra y hacer sus sementeras, ni camellos ni asnos ni mulos para sus acarretos, ni ovejas de las de España burdas, ni merinas para lana y carne, ni cabras ni puercos para cecina y corambre, ni aun perros de los castizos para sus cacerías, como galgos, podencos, perdigueros, perros de agua ni de muestra, ni sabuesos de traílla o monteros, ni lebreles ni aun mastines para guardar sus ganados, ni gozquillos de los muy bonicos que llaman perrillos de falda; de los perros que en España llaman gozques había muchos, grandes y chicos.

Tampoco tuvieron trigo ni cebada ni vino ni aceite ni frutas ni legumbres de las de España. De cada cosa iremos haciendo distinción de cómo y cuánto pasaron a aquellas partes. Cuanto a lo primero, las yeguas y caballos llevaron consigo los españoles, y mediante ellos han hecho las conquistas del Nuevo Mundo; que para huir y alcanzar y subir y bajar y andar a pie por la aspereza de aquella tierra, más ágiles son los indios, como nacidos y criados en ella; la raza de los caballos y yeguas que hay en todos los reinos y provincias de las Indias que los españoles han descubierto y ganado, desde el año de mil cuatrocientos y noventa y dos hasta ahora, es de la raza de las yeguas y caballos de España, particularmente del Andalucía. Los primeros llevaron a la isla de Cuba y de Santo Domingo, y luego a las demás islas de Barlovento, como las iban descubriendo y ganando; criáronse en ellas en gran abundancia, y de allí los llevaron a la conquista de México y a la del Perú, etc. A los principios, parte por descuido de los dueños y parte por la mucha aspereza de las montañas de aquellas islas, que son increíbles, se quedaban algunas yeguas metidas por los montes, que no podían recogerlas y se perdían; de esta manera, de poco en poco se perdieron muchas; y aun sus dueños, viendo que se criaban bien en los montes y que no había animales fieros que les hiciesen daño, dejaban ir con las otras las que tenían recogidas; de esta manera se hicieron bravas y montaraces las yeguas y caballos en aquellas islas, que huían de la gente como venados; empero, por la fertilidad de la tierra, caliente y húmeda, que nunca falta en ella yerba verde, multiplicaron en gran número.

Pues como los españoles que en aquellas islas vivían viesen que para las conquistas que adelante se hacían eran menester caballos, y que los de allí eran muy buenos, dieron en criarlos por granjerías, porque se los pagaban muy bien. Había hombres que tenían en sus caballerizas a treinta, cuarenta, cincuenta caballos, como dijimos en nuestra historia de la Florida, hablando de ellas.[1] Para prender los potros hacían corrales de madera en los montes en algunos callejones, por donde entraban y salían a pacer en los navazos limpios de monte, que los hay en aquellas islas de dos, tres leguas, más y menos de largo y ancho, que llaman *zabanas,* donde el ganado sale a sus horas del monte a recrearse; las atalayas que tienen puestas por los árboles hacen señal; entonces salen quince o veinte de a caballo y corren el ganado y lo aprietan hacia donde tienen los corrales. En ellos se encierran yeguas y potros, como aciertan a caer; luego echan lazos a los potros de tres años y los atan a los árboles, y sueltan las yeguas; los potros quedan atados tres o cuatro días, dando saltos y brincos, hasta que, de cansados y de hambre, no pueden tenerse, y algunos se ahogan; viéndolos ya quebrantados, les echan las sillas y frenos y suben en ellos sendos mozos, y otros los llevan guiando por el cabestro; de esta manera los traen tarde y mañana quince o veinte días, hasta que los amansan; los potros, como animales que

1 Sobre la importancia de los caballos, véase en *La Florida del Inca* el Libro III, caps. 11 y 18, y sobre todo el Libro VI, cap. 5.

fueron criados para que sirviesen de tan cerca al hombre, acuden con mucha nobleza y lealtad a lo que quieren hacer de ellos; tanto, que a pocos días de domados, juegan cañas en ellos; salen muy buenos caballos.

Después acá, como han faltado las conquistas, faltó el criarlos como antes hacían; pasóse la granjería a los cueros de vacas, como adelante diremos. Muchas veces, imaginando lo mucho que valen los buenos caballos en España, y cuán buenos son los de aquellas islas, de talle, obra y colores, me admiro de que no los traigan de allí, siquiera en reconocimiento del beneficio que España les hizo en enviárselos; pues para traerlos de la isla de Cuba tienen lo más del camino andado, y los navíos, por la mayor parte, vienen vacíos; los caballos del Perú se hacen más temprano que los de España, que la primera vez que jugué cañas en el Cuzco fue en un caballo tan nuevo que aún no había cumplido tres años.

A los principios, cuando se hacía la conquista del Perú, no se vendían los caballos; y si alguno se vendía por muerte de su dueño o porque se venía a España, era por precio excesivo, de cuatro o cinco o seis mil pesos. El año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro, yendo el mariscal Don Alonso de Alvarado en busca de Francisco Hernández Girón, antes de la batalla que llamaron de Chuquinca, un negro llevaba de diestro un hermoso caballo, muy bien aderezado a la brida, para que su amo subiera en él; un caballero rico, aficionado al caballo, dijo al dueño, que estaba con él: "Por el caballo y por el esclavo, así como vienen, os doy diez mil pesos", que son doce mil ducados. No los quiso el dueño, diciendo que quería el caballo para entrar en él en la batalla que esperaban dar al enemigo, y así se lo mataron en ella, y él salió muy mal herido. Lo que más se debe notar es que el que lo compraba era rico; tenía en los Charcas un buen repartimiento de indios; mas el dueño del caballo no tenía indios; era un famoso soldado, y como tal por mostrarse el día de la batalla, no quiso vender su caballo, aunque se lo pagaban tan excesivamente; yo los conocí ambos; eran hombres nobles, hijosdalgo. Después acá se han moderado los precios en el Perú, porque han multiplicado mucho, que un buen caballo vale trescientos y cuatrocientos pesos y los rocines valen veinte y treinta pesos.

Comúnmente los indios tienen grandísimo miedo a los caballos; en viéndolos correr, se desatinan de tal manera que, por ancha que sea la calle, no saben arrimarse a una de las paredes y dejarle pasar, sino que les parece que dondequiera que estén (como sea en el suelo) los han de trompillar, y así, viendo venir el caballo corriendo, cruzan la calle dos y tres veces de una pared a otra, huyendo de él, y tan presto como llegan a la una pared, tan presto les parece que estaban más seguros a la otra y vuelven corriendo a ella. Andan tan ciegos y desatinados del temor, que muchas veces acaeció (como yo los vi) irse a encontrar con el caballo, por huir de él. En ninguna manera les parecía que estaban seguros, si no era teniendo algún español delante, y aun no se daban por asegurados del todo; cierto no se puede encarecer lo que en esto había en mis tiempos; ya ahora, por la mucha comunicación, es menos el miedo, pero no tanto que indio alguno se

haya atrevido a ser herrador, y aunque en los demás oficios que de los españoles han aprendido hay muy grandes oficiales, no han querido enseñarse a herrar, por no tratar los caballos de tan cerca; y aunque es verdad que en aquellos tiempos había muchos indios criados de españoles que almohazaban y curaban los caballos, mas no osaban subir en ellos; digo verdad, que yo no vi indio alguno a caballo; y aun el llevarlos de rienda no se atrevían, si no era algún caballo tan manso que fuese como una mula; y esto era por ir el caballo retozando, por no llevar anteojos, que tampoco se usaban entonces, que aún no habían llegado allá, ni el cabezón para domarlos y sujetarlos; todo se hacía a más costa y trabajo del domador y de sus dueños; mas también se puede decir que por allá son los caballos tan nobles que fácilmente, tratándolos con buena maña, sin hacerles violencia, acuden a lo que les quieren. Demás de lo dicho a los principios, de las conquistas en todo el Nuevo Mundo, tuvieron los indios que el caballo y el caballero era todo de una pieza, como los centauros de los poetas; dícenme que ya ahora hay algunos indios que se atreven a herrar caballos, mas que son muy pocos y con esto pasemos adelante a dar cuenta de otras cosas que no había en aquella mi tierra.

CAPITULO XVII

DE LAS VACAS Y BUEYES, Y SUS PRECIOS ALTOS Y BAJOS

LAS VACAS se cree que las llevaron luego después de la conquista, y que fueron muchos los que las llevaron, y así se derramaron presto por todo el reino. Lo mismo debía de ser de los puercos y cabras; porque muy niño me acuerdo yo haberlas visto en el Cuzco.

Las vacas tampoco se vendían a los principios, cuando había pocas, porque el español que las llevaba (por criar y ver el fruto de ellas) no las quería vender, y así no pongo el precio de aquel tiempo hasta más adelante, cuando hubieron ya multiplicados. El primero que tuvo vacas en el Cuzco fue Antonio de Altamirano, natural de Extremadura, padre de Pedro y Francisco Altamirano, mestizos condiscípulos míos; los cuales fallecieron temprano, con mucha lástima de toda aquella ciudad, por la buena expectación que de ellos se tenía de habilidad y virtud.

Los primeros bueyes que vi arar fue en el valle del Cuzco, año de mil y quinientos y cincuenta, uno más o menos, y eran de un caballero llamado Juan Rodríguez de Villalobos, natural de Cáceres; no eran más de tres yuntas; llamaban a uno de los bueyes Chaparro y a otro Naranjo y a otro Castillo; llevóme a verlos un ejército de indios que de todas partes iban a lo

mismo, atónitos y asombrados de una cosa tan monstruosa y nueva para ellos y para mí. Decían que los españoles, de haraganes, por no trabajar, forzaban a aquellos grandes animales a que hiciesen lo que ellos habían de hacer. Acuérdome bien de todo esto, porque la fiesta de los bueyes me costó docenas de azotes: los unos me dio mi padre, porque no fui a la escuela; los otros me dio el maestro, porque falté de ella. La tierra que araban era un andén hermosísimo, que está encima de otro donde ahora está fundado el convento del Señor San Francisco; la cual casa, digo lo que es el cuerpo de la iglesia, labró a su costa el dicho Juan Rodríguez de Villalobos, a devoción del Señor San Lázaro, cuyo devotísimo fue; los frailes franciscos compraron la iglesia y los dos andenes de tierra años después; que entonces, cuando los bueyes, no había casa ninguna en ellos, ni de españoles ni de indios. Ya en otra parte hablamos largo de la compra de aquel sitio; los gañanes que araban eran indios; los bueyes domaron fuera de la ciudad, en un cortijo, y cuando los tuvieron diestros, los trajeron al Cuzco, y creo que los más solemnes triunfos de la grandeza de Roma no fueron más mirados que los bueyes aquel día. Cuando las vacas empezaron a venderse, valían a doscientos pesos; fueron bajando poco a poco, como iban multiplicando, y después bajaron de golpe a lo que hoy valen. Al principio del año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro, un caballero que yo conocí, llamado Rodrigo de Esquivel, vecino de Cuzco, natural de Sevilla, compró en la Ciudad de Los Reyes diez vacas por mil pesos, que son mil y doscientos ducados. El año de mil y quinientos y cincuenta y nueve, las vi comprar en el Cuzco a diez y siete pesos, que son veinte ducados y medio, antes menos que más, y lo mismo acaeció en las cabras, ovejas y puercos, como luego diremos para que se vea la fertilidad de aquella tierra. Del año de mil quinientos y noventa acá, me escriben del Perú que valen las vacas en el Cuzco a seis y a siete ducados, compradas una o dos; pero compradas en junto valen a menos.

Las vacas se hicieron montaraces en las islas de Barlovento, también como las yeguas, y casi por el mismo término; aunque también tienen algunas recogidas en sus hatos, sólo por gozar de la leche, queso y manteca de ellas; que por lo demás, en los montes las tienen en más abundancia. Han multiplicado tanto que fuera increíble si los cueros que de ellas cada año traen a España no lo testificaran, que según el Padre Maestro Acosta dice, Libro cuarto, capítulo treinta y tres: "En la flota del año de mil y quinientos y ochenta y siete, trajeron de Santo Domingo treinta y cinco mil y cuatrocientos y cuarenta y cuatro cueros, y de la Nueva España trajeron aquel mismo año sesenta y cuatro mil y trescientos y cincuenta cueros vacunos, que por todos son noventa y nueve mil y setecientos y noventa y cuatro. En Santo Domingo y en Cuba y en las demás islas multiplicaran mucho más, si no recibieran tanto daño de los perros lebreles, alanos y mastines que a los principios llevaron, que también se han hecho montaraces y multiplicado tanto, que no osan caminar los hombres si no van diez, doce juntos; tiene premio el que los mata, como si fueran lobos.

Para matar las vacas aguardan a que salgan a las zabanas a pacer; córrenlas a caballo con lanzas, que en lugar de hierros llevan unas medias lunas que llaman desjaretaderas; tienen el filo adentro; con las cuales, alcanzando la res, le dan en el corvejón y la desjarretan. Tiene el jinete que las corre necesidad de ir con advertencia, que si la res que lleva por delante va a su mano derecha, le hiera en el corvejón derecho, y si va a su mano izquierda, le hiera en el corvejón izquierdo; porque la res vuelve la cabeza a la parte que le hieren; y si el de a caballo no va con la advertencia dicha, su mismo caballo se enclava en los cuernos de la vaca o del toro, porque no hay tiempo para huir de ellos. Hay hombres tan diestros en este oficio, que en una carrera de dos tiros de arcabuz derriban veinte, treinta, cuarenta reses. De tanta carne de vacas como en aquellas islas se desperdicia, pudieran traer carnaje para las armadas de España; mas temo que no se pueden hacer los tasajos por la mucha humanidad y calor de aquella región, que es causa de corrupción. Dícenme que en estos tiempos andan ya en el Perú algunas vacas desmandadas por los despoblados, y que los toros son tan bravos que salen a la gente a los caminos. A poco más habrá montaraces como en las islas; las cuales, en el particular de las vacas, parece que reconocen el beneficio que España les hizo en enviárselas, y que en trueque y cambio le sirven con la corambre que cada año le envían en tanta abundancia.

CAPITULO XVIII

DE LOS CAMELLOS, ASNOS Y CABRAS, Y SUS PRECIOS Y MUCHA CRIA

TAMPOCO HUBO camellos en el Perú, y ahora los hay, aunque pocos. El primero que los llevó (y creo que después acá no se han llevado) fue Juan de Reinaga, hombre noble, natural de Bilbao, que yo conocí, capitán de infantería contra Francisco Hernández Girón y sus secuaces; y sirvió bien a Su Majestad en aquella jornada. Por seis hembras y un macho que llevó, le dio Don Pedro Portocarrero, natural de Trujillo, siete mil pesos, que son ocho mil y cuatrocientos ducados; los camellos han multiplicado poco o nada.

El primer borrico que vi fue en la jurisdicción del Cuzco, año de mil y quinientos y cincuenta y siete; compróse en la ciudad de Huamanca; costó cuatrocientos y ochenta ducados de a trescientos y setenta y cinco maravedís; mandólo comprar Garcilaso de la Vega, mi señor, para criar muletos de sus yeguas. En España no valía seis ducados, porque era chiquillo y ruinejo; otro compró después Gaspar de Sotelo, hombre noble, natural de

Zamora, que yo conocí, en ochocientos y cuarenta ducados. Mulas y mulos se han criado después acá muchos para las recuas y gástanse mucho, por la aspereza de los caminos.

Las cabras, a los principios, cuando las llevaron, no supe a cómo valieron; años después las vi vender a ciento y a ciento y diez ducados; pocas se vendían, y era por mucha amistad y ruegos, una o dos a cual y cual; y entre diez o doce juntaban una manadita, para traerlas juntas. Esto que he dicho fue en el Cuzco, año de mil y quinientos y cuarenta y cuatro y cuarenta y cinco. Después acá han multiplicado tanto, que no hacen caso de ellas, sino para la corambre. El parir ordinario de las cabras era a tres y cuatro cabritos, como yo las vi. Un caballero me certificó que en Huánucu, donde él residía, vio parir muchas a cinco cabritos.

CAPITULO XIX

DE LAS PUERCAS, Y SU MUCHA FERTILIDAD

El precio de las puercas, a los principios, cuando las llevaron, fue mucho mayor que el de las cabras, aunque no supe certificadamente qué tan grande fue. El cronista Pedro de Cieza de León, natural de Sevilla, en la *Demarcación* que hace de las provincias del Perú capítulo veinte y seis, dice que el mariscal Don Jorge Robledo compró de los bienes de Cristóbal de Ayala, que los indios mataron, una puerca y un cochino en mil y seiscientos pesos, que son mil y novecientos y veinte ducados; y dice más, que aquella misma puerca se comió pocos días después en la ciudad de Cali, en un banquete en que él se halló; y que en los vientres de las madres compraban los lechones a cien pesos (que son ciento y veinte ducados) y a más. Quien quisiere ver precios excesivos de cosas que se vendían entre los españoles, lea aquel capítulo y verá en cuán poco tenían entonces el oro y la plata por las cosas de España. Estos excesos y otros semejantes han hecho los españoles con el amor de su patria en el Nuevo Mundo, en sus principios, que, como fuesen cosas llevadas de España, no paraban en el precio para las comprar y criar, que les parecía que no podían vivir sin ellas.

El año de mil y quinientos y sesenta valía un buen cebón en el Cuzco diez pesos; por este tiempo valen a seis y a siete, y valieran menos si no fuera por la manteca, que la estiman para curar la sarna del ganado natural de aquella tierra, y también porque los españoles, a falta de aceite (por no poderlo sacar), guisan de comer con ella los viernes y la cuaresma; las puercan han sido muy fecundas en el Perú. El año de mil y quinientos y cincuenta y ocho vi dos en la plaza menor del Cuzco, con treinta y dos

lechones, que habían parido a diez y seis cada una; los hijuelos serían de poco más de treinta días cuando los vi. Estaban tan gordos y lucios que causaban admiración cómo pudiesen las madres criar tantos juntos y tenerlos tan bien mantenidos. A los puercos llaman los indios *cuchi*, y han introducido esta palabra en su lenguaje para decir puerco, porque oyeron decir a los españoles *"¡coche, coche!"*, cuando les hablaban.

CAPITULO XX

DE LAS OVEJAS Y GATOS CASEROS

LAS OVEJAS de Castilla, que las llamamos así a diferencia de las del Perú, pues los españoles con tanta impropiedad las quisieron llamar ovejas, no asemejándoles en cosa alguna como dijimos en su lugar, no sé en qué tiempo pasaron las primeras, ni qué precio tuvieron, ni quién fue el primero que las llevó. Las primeras que vi fue en el término del Cuzco, el año de mil y quinientos y cincuenta y seis; vendíanse en junto a cuarenta pesos cada cabeza, y las escogidas a cincuenta; que son sesenta ducados. También las alcanzaban por ruegos, como las cabras. El año de mil y quinientos y sesenta, cuando yo salí del Cuzco, aún no se pesaban carneros de Castilla en la carnicería. Por cartas del año de mil y quinientos y noventa a esta parte, tengo relación que en aquella gran ciudad vale un carnero en el rastro ocho reales, y diez cuando mucho. Las ovejas, dentro de ocho años, bajaron a cuatro ducados y a menos. Ahora, por este tiempo, hay tantas, que valen muy poco. El parir ordinario de ellas ha sido a dos corderos, y muchas a tres. La lana también es tanta que casi no tiene precio, que vale a tres y cuatro reales la arroba; ovejas burdas no sé que hasta ahora hayan llegado allá. Lobos no los había, ni al presente los hay, que, como no son de venta ni provecho, no han pasado allá.

Tampoco había gatos de los caseros antes de los españoles; ahora los hay, y los indios los llaman *micitu* porque oyeron decir a los españoles *"¡miz, miz!"* cuando los llamaban. Y tienen ya los indios introducido en su lenguaje este nombre *micitu,* para decir gato. Digo esto porque no entienda el español que por darle los indios nombre diferente de *gato,* los tenían antes, como han querido imaginar de las gallinas, que porque los indios les llaman *atahuallpa,* piensan que las había antes de la conquista, como lo dice un historiador, haciendo argumento que los indios tuvieron puestos nombres en su lenguaje a todas las cosas que tenían antes de los españoles, y que a la gallina llaman *hualpa;* luego, habíalas antes que los españoles pasaran al Perú. El argumento parece que convence a quien no sabe la

deducción del nombre *hualpa,*[1] que no les llaman *hualpa,* sino *atahuallpa.* Es un cuento gracioso; decirlo hemos cuando tratemos de las aves domésticas que no había en el Perú antes de los españoles.

CAPITULO XXI

CONEJOS Y PERROS CASTIZOS

TAMPOCO HABÍA conejos de los campesinos que hay en España, ni de los que llaman caseros; después que yo salí del Perú los han llevado. El primero que los llevó a la jurisdicción del Cuzco fue un clérigo llamado Andrés López, natural de Extremadura; no pude saber de qué ciudad o villa. Este sacerdote llevaba en una jaula dos conejos, macho y hembra; al pasar de un arroyo que está a diez y seis leguas del Cuzco, que pasa por una heredad llamada Chinchapuc-yu, que fue de Garcilaso de la Vega, mi señor, el indio que llevaba la jaula se descargó para descansar y comer un bocado; cuando volvió a tomarla para caminar, halló menos uno de los conejos, que se había salido por una verguilla rota de la jaula y entrádose en un monte bravo que hay de alisos o álamos por todo aquel arroyo arriba; y acertó a ser la hembra, la cual iba preñada y parió en el monte; y con el cuidado que los indios tuvieron, después que vieron los primeros conejos, de que no los matasen, han multiplicado tanto que cubren la tierra; de allí los han llevado a otras muchas partes; críanse muy grandes, con el vicio de la tierra, como ha hecho todo lo demás que han llevado de España.

Acertó aquella coneja a caer en buena región, de tierra templada, ni fría ni caliente; subiendo el arroyo arriba, van participando de tierra más y más fría, hasta llegar donde hay nieve perpetua; y bajando el mismo arroyo, van sintiendo más y más calor, hasta llegar al río llamado Apurímac, que es la región más caliente del Perú. Este cuento de los conejos me contó un indiano de mi tierra, sabiendo que yo escribía estas cosas; cuya verdad remito al arroyo, que dirá si es así o no, si los tiene o le faltan. En el reino de Quitu hay conejos casi como los de España, salvo que son mucho menores de cuerpo y más oscuros de color, que todo el cerro del lomo es prieto, y en todo lo demás son semejantes a los de España. Liebres no las hubo, ni sé que hasta ahora las hayan llevado.

1 En este capítulo y en el 23 de este mismo Libro IX el Inca Garcilaso escribe *"gualpa"*, al parecer por citar a otros cronistas; ya que, como lo anota en las "Advertencias acerca de la lengua general de los indios del Perú" y en varios pasajes de los *Comentarios Reales,* en la pronunciación del idioma quechua falta el sonido *g*. Preferimos por eso la forma *"hualpa"*, para evitar una aparente contradicción con las ideas lingüísticas del Inca.

Perros castizos, de los que atrás quedan nombrados, no los había en el Perú; los españoles los han llevado. Los mastines fueron los postreros que llevaron, que en aquella tierra, por no haber lobos ni otras salvajinas dañosas, no eran menester; mas viéndolos allá, los estimaron mucho los señores de ganado, no por la necesidad, pues no la había, sino porque los rebaños de los ganados remedasen en todo a los de España; y era esta ansia y sus semejantes tan ansiosa en aquellos principios, que con no haber para qué, no más de por el bien parecer, trajo un español, desde el Cuzco hasta Los Reyes, que son ciento y veinte leguas de camino asperísimo, un cachorrillo mastín, que apenas tenía mes y medio; llevábalo metido en una alforja que iba colgada en el arzón delantero; y a cada jornada tenía nuevo trabajo, buscando leche que comiese el perrillo; todo esto vi, porque vinimos juntos aquel español y yo. Decía que lo llevaba para presentarlo por joya muy estimada a su suegro más acá de la Ciudad de Los Reyes. Estos trabajos y otros mayores costaron a los principios las cosas de España a los españoles, para aborrecerlas después, como han aborrecido muchas de ellas.

CAPITULO XXII

DE LAS RATAS Y LA MULTITUD DE ELLAS

RESTA DECIR de las ratas, que también pasaron con los españoles, que antes de ellos no las había. Francisco López de Gómara, en su *Historia General de las Indias,* entre otras cosas (que escribió con falta o sobra de relación verdadera que le dieron) dice que no había ratones en el Perú hasta en tiempo de Blasco Núñez Vela. Si dijera ratas (y quizá lo quiso decir), de las muy grandes que hay en España, había dicho bien, que no las hubo en el Perú. Ahora las hay por la costa en gran cantidad, y tan grandes que no hay gato que ose mirarlas, cuanto más acometerlas. No han subido a los pueblos de la sierra ni se teme que suban, por las nieves y mucho frío que hay en medio, si ya no hallan cómo ir abrigadas.

Ratones de los chicos hubo muchos; llámanles *ucucha.* En Nombre de Dios y Panamá y otras ciudades de la costa de Perú se valen del tósigo contra la infinidad de las ratas que en ella se crían. Apregonan a ciertos tiempos del año que cada uno en su casa eche rejalgar a las ratas. Para lo cual guardan muy bien todo lo que es comer y beber, principalmente el agua, porque las ratas no la atosiguen; y en una noche todos los vecinos a una echan rejalgar en las frutas y otras cosas que ellas apetecen a comer. Otro día hallan muertas tantas que son innumerables.

Cuando llegué a Panamá, viniendo a España, debía de haber poco que se había hecho el castigo, que, saliendo a pasearme una tarde por la ribera del mar, hallé a la lengua del agua tantas muertas, que en más de cien pasos de largo y tres o cuatro de ancho no había donde poner los pies; que con el fuego del tósigo van a buscar el agua, y la del mar les ayuda a morir más presto.

De la multitud de ellas se me ofrece un cuento extraño, por el cual se verá las que andan en los navíos, mayormente si son navíos viejos; atrévome a contarlo en la bondad y crédito de un hombre noble, llamado Hernán Bravo de Laguna, de quien se hace mención en las historias del Perú, que tuvo indios en el Cuzco, a quien yo se lo oí, que lo había visto; y fue que un navío que iba de Panamá a Los Reyes tomó un puerto de los de aquella costa, y fue el de Trujillo. La gente que en él venía saltó en tierra a tomar refresco y a holgarse aquel día y otro que el navío había de parar allí; en el cual no quedó hombre alguno, si no fue un enfermo, que, por no estar para caminar dos leguas que hay del puerto a la ciudad, se quiso quedar en el navío, el cual quedaba seguro, así de la tempestad de la mar, que es mansa en aquella costa, como de los corsarios, que aún no había pasado Francisco Drac, que enseñó a navegar por aquel mar y a que se recatasen de los corsarios. Pues como las ratas sintiesen el navío desembarazado de gente, salieron a campear, y hallando al enfermo sobre cubierta, le acometieron para comérselo; porque es así verdad, que muchas veces ha acaecido en aquella navegación dejar los enfermos vivos a prima noche y morirse sin que lo sientan, por no tener quien les duela, y hallarles por la mañana comidas las caras y parte del cuerpo, de brazos y piernas, que por todas partes los acometen. Así quisieron hacer con aquel enfermo, el cual, temiendo el ejército que contra él venía, se levantó como pudo, y tomando un asador de fogón, se volvió a su cama, no para dormir, que no le convenía, sino para velar y defenderse de los enemigos que le acometían; y así veló el resto de aquel día y la noche siguiente, y otro día hasta bien tarde, que vinieron los compañeros. Los cuales, al derredor de la cama y sobre la cubierta y por los rincones que pudieron buscar, hallaron trescientas y ochenta y tantas ratas que con el asador había muerto, sin otras muchas que se le fueron lastimadas.

El enfermo, o por el miedo que había pasado o con el regocijo de la victoria alcanzada, sanó de su mal, quedándole bien que contar de la gran batalla que con las ratas había tenido. Por la costa del Perú, en diversas partes y en diversos años, hasta el año de mil y quinientos y setenta y dos, por tres veces hubo grandes plagas, causadas por las ratas y ratones, que, criándose innumerables de ellos, corrían mucha tierra y destruían los campos, así las sementeras como las heredades, con todos los árboles frutales, que desde el suelo hasta los pimpollos les roían las cortezas; de manera que los árboles se secaron, que fue menester plantarlos de nuevo, y las gentes temieron desamparar sus pueblos; y sucediera el hecho según la plaga se encendía, sino que Dios, por su misericordia, la apagaba cuando más encendida

andaba la peste. Daños increíbles hicieron, que dejamos de contar en particular por huir de la prolijidad.

CAPITULO XXIII

DE LAS GALLINAS Y PALOMAS

SERÁ razón hagamos mención de las aves, aunque han sido pocas, que no se han llevado sino gallinas y palomas caseras, de las que llaman *duendas*. Palomas de palomar, que llaman *zuritas* o *zuranas*, no sé yo que hasta [a]hora las hayan llevado. De las gallinas escribe un autor que las había en el Perú antes de su conquista, y hácenle fuerza para certificarlo ciertos indicios que dice que hay para ello, como son que los indios, en su mismo lenguaje, llaman a la gallina *hualpa* y al huevo *ronto*, y que hay entre los indios el mismo refrán que los españoles tienen, de llamar a un hombre *gallina* para notarle de cobarde. A los cuales indicios, satisfaremos con la propiedad del hecho.

Dejando el nombre *hualpa* para el fin del cuento, y tomando el nombre *ronto*, que se ha de escribir *runtu*, pronunciando *ere* sencilla, porque en aquel lenguaje, como ya dijimos, ni en principio de parte ni en medio de ella no hay *rr* duplicada, decimos que es nombre común; significa huevo; no en particular de gallina, sino en general de cualquier ave brava o doméstica, y los indios en su lenguaje, cuando quieren decir de qué ave es el huevo, nombran juntamente el ave y el huevo, también como el español que dice huevo de gallina, de perdiz o paloma, etc.; y esto baste para deshacer el indicio del nombre *runtu*.

El refrán de llamar a un hombre *gallina*, por motejarle de cobarde, es que los indios lo han tomado de los españoles, por la ordinaria familiaridad y conversación que con ellos tienen; y también por remedarles en el lenguaje, como acaece de ordinario a los mismos españoles que pasando a Italia, Francia, Flandes y Alemania, vueltos a su tierra quieren luego entremeter en su lenguaje castellano las palabras o refranes que de los extranjeros traen aprendidos; y así lo han hecho los indios, porque los Incas, para decir cobarde, tienen un refran más apropiado que el de los españoles; dicen *huarmi*, que quiere decir mujer, y lo dicen por vía de refrán; que para decir cobarde, en propia significación de su lenguaje, dicen *campa*, y para decir pusilánime y flaco de corazón dicen *llanclla*. De manera que el refrán gallina para decir cobarde es hurtado del lenguaje español, que en el de los indios no lo hay, y yo como indio doy fe de esto.

El nombre *hualpa,* que dicen que los indios dan a las gallinas, está corrupto en las letras y sincopado o cercenado en las sílabas, que han de decir *atahuallpa,* y no es nombre de gallina, sino del postrer Inca que hubo en el Perú, que, como diremos en su vida, fue con los de su sangre crudelísimo sobre todas las fieras y basiliscos del mundo. El cual, siendo bastardo, con astucia y cautelas prendió y mató al hermano mayor, legítimo heredero, llamado Huáscar Inca, y tiranizó el Reino; y con tormentos y crueldades nunca jamás vistas ni oídas, destruyó toda la sangre real, así hombres como niños y mujeres, en las cuales, por ser más tiernas y flacas, ejecutó el tirano los tormentos más crueles que pudo imaginar; y no hartándose con su propia carne y sangre, pasó su rabia, inhumanidad y fiereza a destruir los criados más allegados de la casa real, que, como en su lugar dijimos, no eran personas particulares, sino pueblos enteros, que cada uno servía de su particular oficio como porteros, barrenderos, leñadores, aguadores, jardineros, cocineros de la mesa de estado, y otros oficios semejantes. A todos aquellos pueblos, que estaban al derredor del Cuzco, en espacio de cuatro, cinco, seis y siete leguas, los destruyó, y asoló por tierra los edificios, no contentándose con haberles muerto los moradores; y pasaran adelante sus crueldades si no las atajaran los españoles, que acertaron a entrar en la tierra en el mayor hervor de ellas.

Pues como los españoles, luego que entraron, prendieron al tirano Atahuallpa y lo mataron en breve tiempo con muerte tan afrentosa, como fue darle garrote en pública plaza, dijeron los indios que su Dios, el Sol, para vengarse del traidor y castigar al tirano, matador de sus hijos y destruidor de su sangre real, había enviado a los españoles para que hiciesen justicia de él. Por la cual muerte los indios obedecieron a los españoles como a hombres enviados de su Dios, el Sol, y se les rindieron de todo punto, y no les resistieron en la conquista como pudieran. Antes los adoraban por hijos y descendientes de aquel su Dios Viracocha, hijo del Sol, que se apareció en sueños a uno de sus Reyes, por quien llamaron al mismo Rey: Inca Viracocha; y así dieron su nombre a los españoles.

A esta falsa creencia que tuvieron de los españoles, se añadió otra burlería mayor, y fue que como los españoles llevaron gallos y gallinas que de las cosas de España fue la primera que entró en el Perú, y como oyeron cantar los gallos dijeron los indios que aquellas aves, para perpetua infamia del tirano y abominación de su nombre, lo pronunciaban en su canto diciendo "*¡Atahuallpa!*", y lo pronunciaban ellos, contrahaciendo el canto del gallo.

Y como los indios contasen a sus hijos estas ficciones, como hicieron [con] todas las que tuvieron, para conservarlas en su tradición, los indios muchachos de aquella edad, en oyendo cantar un gallo, respondían cantando al mismo tono y decían "¡Atahuallpa!". Confieso verdad que muchos condiscípulos míos, y yo con ellos, hijos de españoles y de indias, lo cantamos en nuestra niñez por las calles, juntamente con los indiezuelos.

Y para que se entienda mejor cuál era nuestro canto, se pueden imaginar cuatro figuras o puntos de canto de órgano en dos compases, por los cuales

se cantaba la letra *atahuallpa;* que quien las oyere verá que se remeda con ellos el canto ordinario del gallo; y son dos semínimas y una mínima y una semibreve, todas cuatro figuras en un signo. Y no sólo nombraban en el canto al tirano, mas también a sus capitanes más principales, como tuviesen cuatro sílabas en el nombre, como Challcuchima, Quillascacha y Rumiñaui, que quiere decir ojo de piedra, porque tuvo un berrueco de nube en un ojo. Esta fue la imposición del nombre *Atahuallpa* que los indios pusieron a los gallos y gallinas de España. El Padre Blas Valera, habiendo dicho en sus destrozados y no merecidos papeles la muerte tan repentina de Atahuallpa, y habiendo contado largamente sus excelencias, que para con sus vasallos las tuvo muy grandes, como cualquiera de los demás Incas, aunque para con sus parientes tuvo crueldades nunca oídas, y habiendo encarecido el amor que los suyos le tenían, dice en su elegante latín estas palabras: "De aquí nació que cuando su muerte fue divulgada entre sus indios, por que el nombre de tan gran varón no viniese en olvido, tomaron por remedio y consuelo decir, cuando cantaban los gallos que los españoles llevaron consigo, que aquellas aves lloraban la muerte de Atahuallpa, y que por su memoria nombraban su nombre en su canto; por lo cual llamaron al gallo y a su canto *atahuallpa;* y de tal manera ha sido recibido este nombre en todas naciones y lenguas de los indios, que no solamente ellos, mas también los españoles y los predicadores, usan siempre de él", etc.

Hasta aquí es del Padre Blas Valera, el cual recibió esta relación en el reino de Quitu de los mismos vasallos de Atahuallpa, que, como aficionados de su Rey natural, dijeron que por su honra y fama le nombraban los gallos en su canto; y yo la recibí en el Cuzco, donde hizo grandes crueldades y tiranías, y los que las padecieron, como lastimados y ofendidos, decían que para eterna infamia y abominación de su nombre lo pronunciaban los gallos cantando: cada uno dice de la feria como le va en ella. Con lo cual creo se anulan los tres indicios propuestos, y se prueba largamente cómo antes de la conquista de los españoles no había gallinas en el Perú. Y como se ha satisfecho esta parte, quisiera poder satisfacer otras muchas que en las historias de aquella tierra hay que quitar y que añadir, por flaca relación que dieron a los historiadores.

Con las gallinas y palomas que los españoles llevaron de España al Perú podemos decir que también llevaron los pavos de tierra de México, que antes de ellos tampoco los había en mi tierra. Y por ser cosa notable, es de saber que las gallinas no sacaban pollos en la ciudad del Cuzco ni en todo su valle, aunque les hacían todos los regalos posibles; porque el temple de aquella ciudad es frío. Decían los que hablaban de esto, que la causa era ser las gallinas extranjeras en aquella tierra, y no haberse connaturalizado con la región de aquel valle; porque en otras más calientes, como Yúcay y Muina, que están a cuatro leguas de la ciudad, sacaban muchos pollos. Duró la esterilidad del Cuzco más de treinta años, que el año de mil y quinientos y sesenta, cuando yo salí de aquella ciudad, aún no los sacaban. Algunos años

después, entre otras nuevas, me escribió un caballero, que se decía Garci Sánchez de Figueroa, que las gallinas sacaban ya pollos en el Cuzco, en gran abundancia.

El año de mil y quinientos y cincuenta y seis, un caballero natural de Salamanca, que se decía Don Martín de Guzmán, que había estado en el Perú, volvió allá; llevó muy lindos jaeces y otras cosas curiosas, entre las cuales llevó en una jaula un pajarillo de los que acá llaman canarios, porque se crían en las islas de Canarias; fue muy estimado, porque cantaba mucho y muy bien; causó admiración que una avecilla tan pequeña pasase dos mares tan grandes y tantas leguas por tierra como hay de España al Cuzco. Damos cuenta de cosas tan menudas por que a semejanza de ellas se esfuercen a llevar otras aves de más estima y provecho, como serían las perdices de España y otras caseras que no han pasado allá, que se darían como todas las demás cosas.

CAPITULO XXIV

DEL TRIGO

Ya que se ha dado relación de las aves, será justo la demos de las mieses, plantas y legumbres de que carecía el Perú. Es de saber que el primero que llevó trigo a mi patria (yo llamo así todo el Imperio que fue de los Incas) fue una señora noble, llamada María de Escobar, casada con un caballero que se decía Diego de Chaves, ambos naturales de Trujillo. A ella conocí en mi pueblo, que muchos años después que fue al Perú se fue a vivir a aquella ciudad; a él no conocí porque falleció en Los Reyes.

Esta señora, digna de un gran estado, llevó el trigo al Perú, a la ciudad de Rímac; por otro tanto adoraron los gentiles a Ceres por diosa y de esta matrona no hicieron cuenta los de mi tierra; qué año fuese no lo sé, mas de que la semilla fue tan poca que la anduvieron conservando y multiplicando tres años, sin hacer pan de trigo, porque no llegó a medio almud lo que llevó, y otros lo hacen de menor cantidad; es verdad que repartían la semilla aquellos primeros tres años a veinte y a treinta granos por vecino, y aun habían de ser los más amigos, para que gozasen todos de la nueva mies.

Por este beneficio que esta valerosa mujer hizo al Perú, y por los servicios de su marido, que fue de los primeros conquistadores, le dieron en la Ciudad de los Reyes un buen repartimiento de indios, que pereció con la muerte de ellos. El año de mil y quinientos y cuarenta y siete aún no había pan de trigo en el Cuzco (aunque ya había trigo), porque me acuerdo que el Obispo de aquella ciudad, Don Fray Juan Solano, dominico, natural de

Antequera, viniendo huyendo de la batalla de Huarina, se hospedó en casa de mi padre, con otros catorce o quince de su camarada, y mi madre los regaló con pan de maíz; y los españoles venían tan muertos de hambre que, mientras les aderezaron de cenar, tomaban puñados de maíz crudo que echaban a sus cabalgaduras y se lo comían como si fueran almendras confitadas.

La cebada no se sabe quién la llevó; créese que algún grano de ella fue entre el trigo, porque por mucho que aparten estas dos semillas nunca se apartan del todo.

CAPITULO XXV

DE LA VID, Y DEL PRIMERO QUE METIO UVAS EN EL CUZCO

De la planta de Noé dan la honra a Francisco de Caravantes, antiguo conquistador de los primeros del Perú, natural de Toledo, hombre noble. Este caballero, viendo la tierra con algún asiento y quietud, envió a España por planta, y el que vino por ella, por llevarla más fresca, la llevó de las islas Canarias, de uva prieta, y así salió casi toda la uva tinta, y el vino en todo aloque, no del todo tinto; y aunque han llevado ya otras muchas plantas, hasta la moscatel, mas con todo eso aún no hay vino blanco.

Por otro tanto como este caballero hizo en el Perú, adoraron los gentiles por dios al famoso Baco, y a él se lo han agradecido poco o nada; los indios, aunque ya por este tiempo vale barato el vino, lo apetecen poco, porque se contenían con su antiguo brebaje, hecho de zara y agua. Juntamente con lo dicho oí en el Perú, a un caballero fidedigno, que un español curioso había hecho almácigo de pasas llevadas de España, y que, prevaleciendo algunos granillos de las pasas, nacieron sarmientos; emperó tan delicados, que fue menester conservarlos en el almácigo tres o cuatro años, hasta que tuvieron vigor para ser plantados, y que las pasas acertaron a ser de uvas prietas, y que por eso salía todo el vino del Perú tinto o aloque, porque no es del todo prieto, como el tinto de España. Pudo ser que hubiese sido lo uno y lo otro; porque las ansias que los españoles tuvieron por ver cosas de su tierra en las Indias han sido tan boscosas y eficaces, que ningún trabajo ni peligro se les ha hecho grande para dejar de intentar el efecto de su deseo.

El primero que metió uvas de su cosecha en la ciudad del Cuzco fue el capitán Bartolomé de Terrazas, de los primeros conquistadores del Perú y uno de los que pasaron a Chili con el Adelantado Don Diego de Almagro. Este caballero conocí yo: fue nobilísimo de condición, magnífico, liberal, con las demás virtudes naturales de caballero. Plantó una viña en su repartimiento de indios, llamado Achanquillo, en la provincia de Contisuyu, de

donde año de mil y quinientos y cincuenta y cinco, por mostrar el fruto de sus manos y la liberalidad de su ánimo, envió treinta indios cargados de muy hermosas uvas a Garcilaso de la Vega, mi señor, su íntimo amigo, con orden que diese su parte a cada uno de los caballeros de aquella ciudad, para que todos gozasen del fruto de su trabajo. Fue gran regalo, por ser fruta nueva de España, y la magnificencia no menor, porque si se hubieran de vender las uvas, se hicieran de ellas más de cuatro o cinco mil ducados. Yo gocé buena parte de las uvas, porque mi padre me eligió por embajador del capitán Bartolomé de Terrazas, y con dos pajecillos indios llevé a cada casa principal dos fuentes de ellas.

CAPITULO XXVI

DEL VINO Y DEL PRIMERO QUE HIZO VINO EN EL CUZCO, Y DE SUS PRECIOS

El año de mil y quinientos y sesenta, viniéndome a España, pasé por una heredad de Pedro López de Cazalla, natural de Llerena, vecino del Cuzco, secretario que fue del Presidente Gasca, la cual se dice Marcahuaci, nueve leguas de la ciudad, y fue a veintiuno de enero, donde hallé un capataz portugués, llamado Alfonso Váez, que sabía mucho de agricultura y era muy buen hombre. El cual me paseó por toda la heredad, que estaba cargada de muy hermosas uvas, sin darme un gajo de ellas, que fuera gran regalo para un huésped caminante y tan amigo como yo lo era suyo y de ellas; mas no lo hizo; y viendo que yo habría notado su cortedad, me dijo que le perdonase, que su señor le había mandado que no tocase ni un grano de las uvas, porque quería hacer vino de ellas, aunque fuese pisándolas en una artesa, como se hizo (según me lo dijo después en España un condiscípulo mío, porque no había lagar ni los demás adherentes, y vio la artesa en que se pisaron), porque quería Pedro López de Cazalla ganar la joya que los Reyes Católicos y el Emperador Carlos Quinto había mandado se diese de su real hacienda al primero que en cualquiera pueblo de españoles sacase fruto nuevo de España, como trigo, cebada, vino y aceite en cierta cantidad. Y esto mandaron aquellos Príncipes de gloriosa memoria porque los españoles se diesen a cultivar aquella tierra y llevasen a ella las cosas de España que en ella no había.

La joya eran dos barras de plata de a trescientos ducados cada una, y la cantidad del trigo o cebada había de ser medio cahiz, y la del vino o aceite habían de ser cuatro arrobas. No quería Pedro López de Cazalla hacer vino por la codicia de los dineros de la joya, que mucho más pudiera

sacar de las uvas, sino por la honra y fama de haber sido el primero que en el Cuzco hubiese hecho vino de sus viñas. Esto es lo que pasa acerca del primer vino que se hizo en mi pueblo. Otras ciudades del Perú, como fue Huamanca y Arequepa, lo tuvieron mucho antes, y todo era aloquillo. Hablando en Córdoba con un canónigo de Quitu de estas cosas que vamos escribiendo, me dijo que conoció en aquel reino de Quitu un español curioso en cosas de agricultura, particularmente en viñas, que fue el primero que de Rímac llevó la planta a Quitu, que tenía una buena viña, riberas del río que llaman de Mira, que está debajo de la línea equinoccial y es tierra caliente; díjome que le mostró toda la viña, y porque viese la curiosidad que en ella tenía, le enseñó doce apartados que en un pedazo de ella había, que podaba cada mes el suyo, y así tenía uvas frescas todo el año; y que la demás viña la podaba una vez al año, como todos los demás españoles, sus comarcanos. Las viñas se riegan en todo el Perú, y en aquel río es la tierra caliente, siempre de un temple, como las hay en otras muchas partes de aquel Imperio; y así no es mucho que los temporales hagan por todos los meses del año sus efectos en las plantas y mieses, según que les fueren dando y quitando el riego; que casi lo mismo vi yo en algunos valles en el maíz, que en una haza lo sembraban y en otra estaba ya nacido a media pierna y en otra para espigar y en otra ya espigado. Y esto, no hecho por curiosidad, sino por necesidad, como tenían los indios el lugar y la posibilidad para beneficiar sus tierras.

Hasta el año de mil y quinientos y sesenta, que yo salí del Cuzco, y años después, no se usaba dar vino a la mesa de los vecinos (que son los que tienen indios) a los huéspedes ordinarios (si no era alguno que lo había menester para su salud), porque el beberlo entonces más parecía vicio que necesidad; que habiendo ganado los españoles aquel Imperio tan sin favor del vino ni de otros regalos semejantes, parece que querían sustentar aquellos buenos principios en no beberlo. También se comedían los huéspedes a no tomarlo, aunque se lo daban, por la carestía de él, porque cuando más barato, valía a treinta ducados la arroba: yo lo vi así después de la guerra de Francisco Hernández Girón. En los tiempos de Gonzalo Pizarro y antes, llegó a valer muchas veces trescientos y cuatrocientos y quinientos ducados una arroba de vino; los años de mil y quinientos y cincuenta y cuatro y cinco hubo mucha falta de él en todo el reino. En la Ciudad de Los Reyes llegó a tanto extremo, que no se hallaba para decir misa. El Arzobispo Don Jerónimo de Loaysa, natural de Trujillo, hizo cala y cata, y en una casa hallaron media botija de vino y se guardó para las misas. Con esta necesidad estuvieron algunos días y meses, hasta que entró en el puerto un navío de dos mercaderes que yo conocí, que por buenos respectos a la descendencia de ellos no los nombró, que llevaba dos mil botijas de vino, y hallando la falta de él, vendió las primeras a trescientos y sesenta ducados y las postreras no menos de a doscientos. Este cuento supe del piloto que llevó el

navío, porque en el mismo me trajo de Los Reyes a Panamá; por los cuales excesos no se permitía dar vino de ordinario.

Un día de aquellos tiempos convidó a comer un caballero que tenía indios a otro que no los tenía; comiendo media docena de españoles en buena conversación, el enviado pidió un jarro de agua para beber; el señor de la casa mandó le diesen vino, y como el otro le dijese que no lo bebía, le dijo: "Pues si no bebéis vino, veníos acá a comer y a cenar cada día". Dijo esto porque de toda la demás costa, sacado el vino, no se hacía cuenta; y aun del vino no se miraba tanto por la costa como por la total falta que muchas veces había de él, por llevarse de tan lejos como España y pasar dos mares tan grandes, por lo cual en aquellos principios se estimó en tanto como se ha dicho.

CAPITULO XXVII

DEL OLIVO Y QUIEN LO LLEVO AL PERU

EL MISMO año mil y quinientos y sesenta, Don Antonio de Ribera, vecino que fue de Los Reyes, habiendo años antes venido a España por Procurador General del Perú, volviéndose a él llevó plantas de olivos de los de Sevilla, y por mucho cuidado y diligencia que puso en la que llevó en dos tinajones en que iban más de cien posturas, no llegaron a la Ciudad de Los Reyes más de tres estacas vivas; las cuales puso en una muy hermosa heredad cercada que en aquel valle tenía, de cuyos frutos de uvas e higos, granadas, melones, naranjas y limas y otras frutas y legumbres de España, vendidas en la plaza de aquella ciudad por fruta nueva, hizo gran suma de dinero, que se cree por cosa cierta que pasó de doscientos mil pesos. En esta heredad plantó los olivos Don Antonio de Ribera y porque nadie pudiese haber ni tan sola una hoja de ellos para plantar en otra parte, puso un gran ejército que tenía de más de cien negros y treinta perros, que de día y de noche velasen en guarda de sus nuevas y preciadas posturas. Acaeció que otros, que velaban más que los perros, o por consentimiento de alguno de los negros, que estaría cohechado (según se sospechó), le hurtaron una noche una planta de las tres, la cual en pocos días amaneció en Chili, seiscientas leguas de la Ciudad de Los Reyes, donde estuvo tres años criando hijos con tan próspero suceso de aquel reino, que no ponían renuevo, por delgado que fuese, que no prendiese y que en muy breve tiempo no se hiciese muy hermoso olivo.

Al cabo de los tres años, por las muchas cartas de excomunión que contra los ladrones de su planta Don Antonio de Ribera había hecho leer,

le volvieron la misma que le habían llevado y la pusieron en el mismo lugar de donde la habían sacado, con tan buena maña y secreto, que ni el hurto ni la restitución supo su dueño jamás quién la hubiese hecho. En Chili se han dado mejor los olivos que en el Perú; debe ser por no haber extrañado tanto la constelación de la tierra, que está en treinta grados hasta los cuarenta, casi como la de España. En el Perú se dan mejor en la sierra que en los llanos. A los principios se daban por mucho regalo y magnificencia tres aceitunas a cualquier convidado, y no más. De Chili se ha traído ya por este tiempo aceite al Perú. Esto es lo que ha pasado acerca de los olivos que se han llevado a mi tierra, y con esto pasaremos a tratar de las demás plantas y legumbres que no había en el Perú.

CAPITULO XXVIII

DE LAS FRUTAS DE ESPAÑA Y CAÑAS DE AZUCAR

Es así que no había higos ni granadas, ni cidras, naranjas, ni limas dulces ni agrias, ni manzanas, peros ni camuesas, membrillos, duraznos, melocotón, albérchigo, albaricoque, ni suerte alguna de ciruelas de las muchas que hay en España; sola una manera de ciruelas había diferentes de las de acá, aunque los españoles la llaman *ciruelas* y los indios *ussun;* y esto digo porque no la metan entre las ciruelas de España. No hubo melones ni pepinos de los de España, ni calabazas de las que se comen guisadas. Todas estas frutas nombradas, y otras muchas que habrá, que no me vienen a la memoria, las hay por este tiempo en tanta abundancia, que ya son despreciables como los ganados, y en tanta grandeza, mayor que la de España, que pone admiración a los españoles que han visto la una y la otra.

En la Ciudad de Los Reyes, luego que se dieron las granadas, llevaron una en las andas del Santísimo Sacramento, en la procesión de su fiesta, tan grande que causó admiración a cuantos la vieron; yo no oso decir qué tamaña me la pintaron, por no escandalizar a los ignorantes, que no creen que haya mayores cosas en el mundo que las de su aldea; y por otra parte es lástima que por no temer a los simples se dejen de escribir las maravillas que en aquella tierra ha habido de las obras de naturaleza; y volviendo a ellas, decimos que han sido de extraña grandeza, principalmente las primeras; que la granada era mayor que una botija de las que hacen en Sevilla para llevar aceite a Indias, y muchos racimos de uvas se han visto de ocho y diez libras, y membrillos como la cabeza de un hombre, y cidras como medios cántaros; y baste esto acerca del grandor de las frutas de España, que adelante diremos de las legumbres, que no causarán menos admiración.

Quiénes fueron los curiosos que llevaron estas plantas y en qué tiempo y año, holgara mucho saber, para poner aquí sus nombres y tierras, porque a cada uno de ellos se les dieran los loores y bendiciones que tales beneficios merecen. El año de mil y quinientos y ochenta llevó al Perú planta de guindas y cerezas un español llamado Gaspar de Alcocer, caudaloso mercader de la Ciudad de Los Reyes, donde tenía una muy hermosa heredad; después acá me han dicho que se perdieron, por demasiadas diligencias que con ellos hicieron para que prevalecieran. Almendras han llevado; nogales no sé hasta ahora que los hayan llevado. Tampoco había cañas de azúcar en el Perú; ahora, en estos tiempos, por la buena diligencia de los españoles y por la mucha fertilidad de la tierra, hay tanta abundancia de todas estas cosas que ya dan hastío, y, donde a los principios fueron tan estimadas, son ahora menospreciadas y tenidas en poco o en nada.

El primer ingenio de azúcar que en el Perú se hizo fue en tierras de Huánucu; fue de un caballero que yo conocí. Un criado suyo, hombre prudente y astuto, viendo que llevaban al Perú mucho azúcar del reino de México y que el de su amo, por la multitud de lo que llevaban, no subía de precio, le aconsejó que cargase un navío de azúcar y lo enviase a la Nueva España, para que, viendo allá que lo enviaban del Perú, entendiesen que había sobra de él, y no lo llevasen más. Así se hizo, y el concierto salió cierto y provechoso; de cuya causa se han hecho después acá los ingenios que hay, que son muchos.

Ha habido españoles tan curiosos en agricultura (según me han dicho), que han hecho injertos de árboles frutales de España con los frutales del Perú, y que sacan frutas maravillosas con grandísima admiración de los indios, de ver que a un árbol hagan llevar al año dos, tres, cuatro frutas diferentes; admíranse de estas curiosidades y de cualquiera otra menor, porque ellos no trataron de cosas semejantes. Podrían también los agricultores (si no lo han hecho ya) injertar olivos en los árboles que los indios llaman *quishuar,* cuya madera y hoja es muy semejante al olivo, que yo me acuerdo que en mis niñeces me decían los españoles (viendo un quishuar): "El aceite y aceitunas que traen de España se cogen de unos árboles como éstos". Verdad es que aquel árbol no es fructuoso; llega a echar la flor como la del olivo, y luego se le cae; con sus renuevos jugábamos cañas en el Cuzco, por falta de ellas, porque no se crían en aquella región, por ser tierra fría.

CAPITULO XXIX

DE LA HORTALIZA Y YERBAS, DE LA GRANDEZA DE ELLAS

De las legumbres que en España se comen no había ninguna en el Perú, conviene a saber: lechugas, escarolas, rábanos, coles, nabos, ajos, cebollas, berenjenas, espinacas, acelgas, yerbabuena, culantro, perejil, ni cardos hortenses ni campestres, ni espárragos (verdolagas había y poleo); tampoco había biznagas ni otra yerba alguna de las que hay en España de provecho. De las semillas, tampoco había garbanzos ni habas, lentejas, anís, mostaza, oruga, alcaravea, ajonjolí, arroz, alhucema, cominos, orégano, ajenuz y avenate, ni adormideras, trébol, ni manzanilla hortense ni campestre. Tampoco había rosas ni clavellinas de todas las suertes que hay en España, ni jazmines ni azucenas ni mosquetes.

De todas estas flores y yerbas que hemos nombrado, y otras que no he podido traer a la memoria, hay ahora tanta abundancia que muchas de ellas son ya muy dañosas, como nabos, mostaza, yerbabuena y manzanilla, que han cundido tanto en algunos valles que han vencido las fuerzas y la diligencia humana toda cuanta se ha hecho para arrancarlas, y han prevalecido de tal manera que han borrado el nombre antiguo de los valles y forzádolos que se llamen de su nombre, como el Valle de la Yerbabuena, en la costa de la mar que solía llamarse Rucma, y otros semejantes. En la Ciudad de Los Reyes crecieron tanto las primeras escarolas y espinacas que sembraron, que apenas alcanzaba un hombre con la mano los pimpollos de ellas; y se cerraron tanto que no podía hender un caballo por ellas; la monstruosidad en grandeza y abundancia que algunas legumbres y mieses a los principios sacaron fue increíble. El trigo en muchas partes acudió a los principios a trescientas hanegas, y a más por hanega de sembradura.

En el valle del Huarcu, en un pueblo que nuevamente mandó poblar allí el Visorrey Don Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, pasando yo por el año de mil y quinientos y sesenta, viniéndome a España, me llevó a su casa un vecino de aquel pueblo, que se decía Garci Vázquez, que había sido criado de mi padre, y dándome de cenar me dijo: "Comed de ese pan, que acudió a más de trescientas hanegas, porque llevéis qué contar a España. Yo me hice admirado de la abundancia, porque la ordinaria, que yo antes había visto, no era tanta ni con mucho, y me dijo el Garci Vázquez: "No se os haga duro de creerlo, porque os digo verdad, como cristiano, que sembré dos hanegas y media de trigo y tengo encerradas seiscientas y ochenta, y se me perdieron otras tantas, por no tener con quién las coger".

Contando yo este mismo cuento a Gonzalo Silvestre, de quien hicimos larga mención en nuestra historia de la Florida, y la haremos en ésta si llegamos a sus tiempos, me dijo que no era mucho, porque en la provincia

de Chuquisaca, cerca del río Pillcumayu, en unas tierras que allí tuvo, los primeros años que las sembró le habían acudido a cuatrocientas y a quinientas hanegas por una. El año de mil y quinientos y cincuenta y seis, yendo por Gobernador a Chili Don García de Mendoza, hijo del Visorrey ya nombrado, habiendo tomado el puerto de Arica, le dijeron que cerca de allí, en un valle llamado Cuzapa, había un rábano de tan extraña grandeza, que a la sombra de sus hojas estaban atados cinco caballos; que lo querían traer para que lo viese. Respondió el Don García que no lo arrancasen, que lo quería ver por propios ojos para tener qué contar; y así fue, con otros muchos que le acompañaron, y vieron ser verdad lo que les habían dicho. El rábano era tan grueso que apenas lo ceñía un hombre con los brazos, y tan tierno, que después se llevó a la posada de Don García y comieron muchos de él. En el valle que llaman de la Yerbabuena han medido muchos tallos de ella de a dos varas y media en largo. Quien las ha medido tengo hoy en mi posada, de cuya relación escribo esto.

En la Santa Iglesia Catedral de Córdoba, el año de mil y quinientos y noventa y cinco, por el mes de mayo, hablando con un caballero que se dice Don Martín de Contreras, sobrino del famoso Gobernador de Nicaragua Francisco de Contreras, diciéndole yo cómo iba en este paso de nuestra historia, y que temía poner el grandor de las cosas nuevas de mieses y legumbres que se daban en mi tierra, porque eran increíbles para los que no habían salido de las suyas, me dijo: "No dejéis por eso de escribir lo que pasa; crean lo que quisieren, basta decirle verdad. Yo soy testigo de vista de la grandeza del rábano, del valle de Cuzapa, porque soy uno de los que hicieron aquella jornada con Don García de Mendoza, y doy fe, como caballero hijodalgo, que vi los cinco caballos atados a sus ramas, y después comí del rábano con los demás. Y podéis añadir que en esa misma jornada vi en el valle de Ica un melón que pesó cuatro arrobas y tres libras, y se tomó por fe y testimonio ante escribano, porque se diese crédito a cosa tan monstruosa. Y en el valle de Yúcay comí de una lechuga que pesó siete libras y media". Otras muchas cosas semejantes, de mieses, frutas y legumbres, me dijo este caballero, que las dejo de escribir por no hastiar con ellas a los que las leyeren.

El Padre Maestro Acosta, en el Libro cuarto, capítulo diez y nueve, donde trata de las verduras, legumbres y frutas del Perú, dice lo que sigue, sacado a la letra: "Yo no he hallado que los indios tuviesen huertos diversos de hortaliza, sino que cultivaban la tierra a pedazos, para legumbres que ellos usan, como los que llaman *frisoles* y *pallares,* que le[s] sirven como acá garbanzos y habas y lentejas; y no he alcanzado que estos ni otros géneros de legumbres de Europa los hubiese antes de entrar los españoles, los cuales han llevado hortalizas y legumbres de España, y se dan allá extremadamente; y aun en partes hay que excede mucho la fertilidad a la de acá, como si dijésemos de los melones que se dan en el valle de Ica, en el Perú; de suerte que se hace cepa la raíz y dura años, y da cada uno melones, y la podan como si fuese árbol, cosa que no sé que en parte ninguna de España

acaezca", etc. Hasta aquí es del Padre Acosta, cuya autoridad esfuerza mi ánimo para que sin temor diga la gran fertilidad que aquella tierra mostró a los principios con las frutas de España, que salieron espantables e increíbles; y no es la menor de sus maravillas ésta que el Padre Maestro escribe, a la cual se puede añadir que los melones tuvieron otra excelencia entonces, que ninguno salía malo, como lo dejasen madurar; en lo cual también mostraba la tierra su fertilidad, y lo mismo será ahora si se nota.

Y porque los primeros melones que en la comarca de Los Reyes se dieron causaron un cuento gracioso, será bien lo pongamos aquí, donde se verá la simplicidad que los indios en su antigüedad tenían; y es que un vecino de aquella ciudad, conquistador de los primeros, llamado Antonio Solar, hombre noble, tenía una heredad en Pachacámac, cuatro leguas de Los Reyes, con un capataz español que miraba por su hacienda, el cual envió a su amo diez melones, que llevaron dos indios a cuestas, según la costumbre de ellos, con una carta. A la partida les dijo el capataz: "No comáis ningún melón de éstos, porque si lo coméis lo ha de decir esta carta". Ellos fueron su camino, y a media jornada se descargaron para descansar. El uno de ellos, movido de la golosina, dijo al otro: "¿No sabríamos a qué sabe esta fruta de la tierra de nuestro amo?" El otro dijo: "No, porque si comemos alguno, lo dirá esta carta, que así nos lo dijo el capataz". Replicó el primero: "Buen remedio; echemos la carta detrás de aquel paredón, y como no nos vea comer, no podrá decir nada". El compañero se satisfizo del consejo, y, poniéndolo por obra, comieron un melón. Los indios, en aquellos principios, como no sabían qué eran letras, entendían que las cartas que los españoles se escribían unos a otros eran como mensajeros que decían de palabra lo que el español les mandaba, y que eran como espías que también decían lo que veían por el camino; y por esto dijo: "Echémosla tras el paredón, para que no nos vea comer". Queriendo los indios proseguir su camino, el que llevaba los cinco melones en su carga dijo al otro: "No vamos acertados; conviene que emparejemos las cargas, porque si vos lleváis cuatro y yo cinco, sospecharán que nos hemos comido el que falta". Dijo el compañero: "Muy bien decís". Y así, por encubrir un delito, hicieron otro mayor, que se comieron otro melón. Los ocho que llevaban presentaron a su amo; el cual, habiendo leído la carta, les dijo: "¿Qué son de dos melones que faltan aquí?" Ellos a una respondieron: "Señor, no nos dieron más de ocho". Dijo Antonio Solar: "¿Por qué mentís vosotros, que esta carta dice que os dieron diez y que os comisteis los dos?" Los indios se hallaron perdidos de ver que tan al descubierto les hubiese dicho su amo lo que ellos habían hecho en secreto; y así, confusos y convencidos, no supieron contradecir a la verdad. Salieron diciendo que con mucha razón llamaban dioses a los españoles con el nombre Viracocha, pues alcanzaban tan grandes secretos. Otro cuento semejante refiere Gómara que pasó en la isla de Cuba a los principios, cuando ella se ganó. Y no es maravilla que una misma ignorancia pasase en diversas partes y en diferentes naciones, porque la simplicidad de los indios del Nuevo Mundo, en lo que ellos no alcanzaron, toda fue una.

Por cualquiera ventaja que los españoles hacían a los indios, como correr caballos, domar novillos y romper la tierra con ellos, hacer molinos y arcos de puente en ríos grandes, tirar con un arcabuz y matar con él a ciento y doscientos pasos, y otras cosas semejantes, todas las atribuían a divinidad; y por ende les llamaron dioses, como lo causó la carta.

CAPITULO XXX

DEL LINO, ESPARRAGOS, BIZNAGAS Y ANIS

TAMPOCO HABÍA lino en el Perú. Doña Catalina de Retes, natural de la villa de San Lúcar de Barrameda, suegra que fue de Francisco de Villafuerte, conquistador de los primeros y vecino del Cuzco, mujer noble y muy religiosa, que fue de las primeras pobladoras del Convento de Santa Clara del Cuzco, el año de mil y quinientos y sesenta esperaba en aquella ciudad linaza, que la había enviado a pedir a España para sembrar, y un telar para tejer lienzos caseros; y como yo salí aquel año del Perú, no supe si se lo llevaron o no. Después acá he sabido que se coge mucho lino, mas no sé cuán grandes hilanderas hayan sido las españolas ni las mestizas, mis parientas, porque nunca las vi hilar, sino labrar y coser, que entonces no tenían lino, aunque tenían muy lindo algodón y lana riquísima, que las indias hilaban a las mil maravillas; la lana y el algodón carmenan con los dedos, que los indios no alcanzaron cardas ni las indias torno para hilar a él. De que no sean grandes hilanderas de lino, tienen descargo, pues no pueden labrarlo.

Volviendo a la mucha estima que en el Perú se ha hecho de las cosas de España, por viles que sean, no siempre sino a los principios, luego que allá se llevaron, me acuerdo que el año de mil y quinientos y cincuenta y cinco, o el de cincuenta y seis, García de Melo, natural de Trujillo, tesorero que entonces era en el Cuzco de la hacienda de Su Majestad, envió a Garcilaso de la Vega, mi señor, tres espárragos de los de España, que allá no los hubo —no supe dónde hubiesen nacido—, y le envió a decir que comiese de aquella fruta de España, nueva en el Cuzco, que, por ser la primera, se la enviaba; los espárragos eran hermosísimos; los dos eran gruesos como los dedos de la mano y largos de más de una tercia; el tercero era más grueso y más corto, y todos tres tan tiernos que se quebraban de suyo. Mi padre, para mayor solemnidad de la yerba de España, mandó que se cociesen dentro en su aposento, al brasero que en él había, delante de siete u ocho caballeros que a su mesa cenaban. Cocidos los espárragos, trajeron aceite y vinagre, y Garcilaso, mi señor, repartió por su mano los dos más largos, dando a cada uno de los de la mesa un bocado, y tomó para sí

el tercero, diciendo que le perdonasen, que, por ser cosa de España, quería ser aventajado por aquella vez. De esta manera se comieron los espárragos con más regocijo y fiesta que si fuera el ave fénix, y aunque yo serví a la mesa e hice traer todos los adherentes, no me cupo cosa alguna.

En aquellos mismos días envió el capitán Bartolomé de Terrazas a mi padre (por gran presente) tres biznagas llevadas de España; las cuales se sacaban a la mesa cuando había algún nuevo convidado, y por gran magnificencia se le daba una pajuela de ellas.

También salió por este tiempo el anís en el Cuzco, el cual se echaba en el pan por cosa de mucha estima, como si fuera el néctar o la ambrosía de los poetas. De esta manera se estimaron todas las cosas de España a los principios, cuando se empezaron a dar en el Perú, y escríbense, aunque son de poca importancia, porque en los tiempos venideros, que es cuando más sirven las historias, quizá holgarán saber estos principios. Los espárragos no sé que hayan prevalecido ni que las biznagas hayan nacido en aquella tierra. Empero, las demás plantas, mieses y legumbres y ganados, han multiplicado en la abundancia que se ha dicho. También han plantado morales y llevado semilla de gusanos de seda, que tampoco la había en el Perú; mas no se puede labrar la seda por un inconveniente muy grande que tiene.

CAPITULO XXXI

NOMBRES NUEVOS PARA NOMBRAR DIVERSAS GENERACIONES

LO MEJOR de lo que ha pasado a Indias se nos olvidaba, que son los españoles y los negros que después acá han llevado por esclavos para servirse de ellos, que tampoco los había antes en aquella mi tierra. De estas dos naciones se han hecho allá otras, mezcladas de todas maneras, y para las diferenciar les llaman por diversos nombres, para entenderse por ellos. Y aunque en nuestra historia de *La Florida* dijimos algo de esto, me pareció repetirlo aquí, por ser éste su propio lugar.[1] Es así que al español o española que va de acá llaman *español* o *castellano,* que ambos nombres se tienen allá por uno mismo, y así he usado yo de ellos en esta historia y en *La Florida.* A los hijos de español y de española nacidos allá dicen *criollo* o *criolla,* por decir que son nacidos en Indias. En nombre que lo inventaron los negros, y así lo muestra la obra. Quiere decir entre ellos negro nacido en Indias; inventáronlo para diferenciar los que van de acá, nacidos en

1 *La Florida,* Libro II, 1ª parte, cap. 13.

Guinea, de los que nacen allá, porque se tienen por más honrados y de más calidad por haber nacido en la patria, que no sus hijos porque nacieron en la ajena, y los padres se ofenden si les llaman criollos. Los españoles, por la semejanza, han introducido este nombre en su lenguaje para nombrar los nacidos allá. De manera que al español y al guineo nacidos allá les llaman *criollos* y *criollas*. Al negro que va de acá, llanamente le llaman *negro* o *guineo*. Al hijo de negro y de india, o de indio y de negra, dicen *mulato* y *mulata*. A los hijos de éstos llaman *cholo;* es vocablo de la isla de Barlovento; quiere decir perro, no de los castizos, sino de los muy bellacos gozcones; y los españoles usan de él por infamia y vituperio.

A los hijos de español y de india o de indio y española, nos llaman *mestizos,* por decir que somos mezclados de ambas naciones; fue impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos en indias, y por ser nombre impuesto por nuestros padres y por su significación me lo llamo yo a boca llena, y me honro con él. Aunque en Indias, si a uno de ellos le dicen "sois un mestizo" o "es un mestizo", lo toman por menosprecio. De donde nació que hayan abrazado con grandísimo gusto el nombre *montañés,* que, entre otras afrentas y menosprecios que de ellos hizo un poderoso, les impuso en lugar del nombre *mestizo.* Y no consideran que aunque en España el nombre *montañés* sea apellido honroso, por los privilegios que se dieron a los naturales de las montañas de Asturias y Vizcaya, llamándoselo a otro cualquiera, que no sea natural de aquellas provincias, es nombre vituperoso, porque en propia significación quiere decir: cosa de montaña, como lo dice en su *Vocabulario* el gran maestro Antonio Lebrija, acreedor de toda la buena latinidad que hoy tiene España; y en la lengua general del Perú, para decir montañés dicen *sacharuna,* que en propia significación quiere decir salvaje, y por llamarles aquel buen hombre disimuladamente salvajes, les llamó montañés; y mis parientes, no entendiendo la malicia del imponedor, se precian de su afrenta, habiéndola de huir y abominar, y llamarse como nuestros padres nos llamaban y no recibir nuevos nombres afrentosos, etc.

A los hijos de español y de mestiza, o de mestizo y española llaman *cuatralbos,* por decir que tienen cuarta parte de indio y tres de español. A los hijos de mestizo y de india o de indio y de mestiza llaman *tresalbos,* por decir que tienen tres partes de indio y una de español. Todos estos nombres y otros, que por excusar hastío dejamos de decir, se han inventado en mi tierra para nombrar las generaciones que ha habido después que los españoles fueron a ella; y podemos decir que ellos los llevaron con las demás cosas que no había antes. Y con esto volveremos a los Reyes Incas, hijos del gran Huaina Cápac, que nos están llamando, para darnos cosas muy grandes que decir.

CAPITULO XXXII

HUASCAR INCA PIDE RECONOCIMIENTO DE VASALLAJE A SU HERMANO ATAHUALLPA

Muerto Huaina Cápac, reinaron sus dos hijos cuatro o cinco años en pacífica posesión y quietud entre sí el uno con el otro, sin hacer nuevas conquistas ni aun pretenderlas, porque el Rey Huáscar quedó atajado por la parte septentrional con el reino de Quitu, que era de su hermano, por donde había nuevas tierras que conquistar; que las otras tres partes estaban ya todas ganadas, dende las bravas montañas de los Antis hasta la mar, que es de oriente a poniente, y al mediodía tenían sujetado hasta el reino de Chili. El Inca Atahuallpa tampoco procuró nuevas conquistas, por atender al beneficio de sus vasallos y al suyo propio. Habiendo vivido aquellos pocos años en esta paz y quietud, como el reinar no sepa sufrir igual ni segundo dio Huáscar Inca en imaginar que había hecho mal en consentir lo que su padre le mandó acerca del reino de Quitu, que fuese de su hermano Atahuallpa; porque demás de quitar y enajenar de su Imperio un reino tan principal, vio que con él quedaba atajado para no poder pasar adelante en sus conquistas; las cuales quedaban abiertas y dispuestas para que su hermano las hiciese y aumentase su reino, de manera que podía venir a ser mayor que el suyo, y que él, habiendo de ser monarca, como lo significa el nombre Zapa Inca, que es Solo Señor, vendría por tiempo a tener otro igual y quizá superior, y que, según su hermano era ambicioso e inquieto de ánimo, podría, viéndose poderoso, aspirar a quitarle el Imperio.

Estas imaginaciones fueron creciendo de día en día más y más, y causaron en el pecho de Huáscar Inca tanta congoja, que, no pudiéndola sufrir, envió un pariente suyo por mensajero a su hermano Atahuallpa, diciendo que bien sabía que por antigua constitución del primer Inca Manco Cápac, guardada por todos sus descendientes, el reino de Quitu y todas las demás provincias que con él poseía eran de la corona e Imperio del Cuzco; y que haber concedido lo que su padre le mandó, más había sido forzosa obediencia del padre que rectitud de justicia, porque era en daño de la corona y perjuicio de los sucesores de ella; por lo cual, ni su padre lo debía mandar ni él estaba obligado a lo cumplir. Empero, que ya que su padre lo había mandado y él lo había consentido, holgaba pasar por ello con dos condiciones: la una, que no había de aumentar un palmo de tierra a su reino, porque todo lo que estaba por ganar era del Imperio, y la otra que, antes todas cosas, le había de reconocer vasallaje y ser su feudatario.

Este recado recibió Atahuallpa con toda la sumisión y humildad que pudo fingir, y dende a tres días, habiendo mirado lo que le convenía, respondió con mucha sagacidad, astucia y cautela, diciendo que siempre en su corazón había reconocido y reconocía vasallaje al Zapa Inca, su señor, y que no solamente no aumentaría cosa alguna en el reino de Quitu, mas si Su

Majestad gustaba de ello, se desposeería de él y se lo renunciaría y viviría privadamente en su corte, como cualquiera de sus deudos, sirviéndole en paz y en guerra, como debía a su Príncipe y señor en todo lo que le mandase. La respuesta de Atahuallpa envió el mensajero del Inca por la posta, como le fue ordenado, por que no se detuviese tanto por el camino si lo llevase él propio, y él se quedó en la corte de Atahuallpa, para replicar y responder lo que el Inca enviase a mandar. El cual recibió con mucho contento la respuesta, y replicó diciendo que holgaba grandemente que su hermano poseyese lo que su padre le había dejado, y que de nuevo se lo confirmaba, con que dentro de tal término fuese al Cuzco a darle la obediencia y hacer el pleito homenaje que debía de fidelidad y lealtad. Atahuallpa respondió que era mucha felicidad para él saber la voluntad del Inca para cumplirla; que él iría dentro del plazo señalado a dar su obediencia, y que para que la jura se hiciese con más solemnidad y más cumplidamente, suplicaba a Su Majestad le diese licencia para que todas las provincias de su estado fuesen juntamente con él a celebrar en la ciudad del Cuzco las exequias del Inca Huaina Cápac, su padre, conforme a la usanza del reino de Quitu y de las otras provincias; y que cumplida aquella solemnidad harían la jura, y sus vasallos juntamente. Huáscar Inca concedió todo lo que su hermano le pidió, y dijo que a su voluntad ordenase todo lo que para las exequias de su padre quisiese, que él holgaba mucho se hiciese en su tierra, conforme a la costumbre ajena, y que fuese al Cuzco cuando bien le estuviese; con esto quedaron ambos hermanos muy contentos, el uno muy ajeno de imaginar la máquina y traición que contra él se armaba para quitarle la vida y el Imperio; y el otro muy diligente y cauteloso, metido en el mayor golfo de ella para no dejarle gozar de lo uno ni de lo otro.

CAPITULO XXXIII

ASTUCIAS DE ATAHUALLPA PARA DESCUIDAR AL HERMANO

El rey Atahuallpa mandó echar bando público por todo su reino y por las demás provincias que poseía, que toda la gente útil se apercibiese para ir al Cuzco, dentro de tantos días, a celebrar las exequias del gran Huaina Cápac, su padre, conforme a las costumbres antiguas de cada nación, y hacer la jura y homenaje que al monarca Huáscar Inca se había de hacer, y que para lo uno y para lo otro llevasen todos los arreos, galas y ornamentos que tuviesen, porque deseaba que la fiesta fuese solemnísima. Por otra parte mandó en secreto a sus capitanes que cada uno en su distrito es-

cogiese la gente más útil para la guerra, y les mandase que llevasen sus armas secretamente, porque más los quería para batallas que no para exequias. Mandó que caminasen en cuadrillas de a quinientos y a seiscientos indios, más y menos; que se disimulasen de manera que pareciese gente de servicio y no de guerra; que fuese cada cuadrilla dos, tres leguas una de otra. Mandó que los primeros capitanes, cuando llegasen diez o doce jornadas del Cuzco, las acortasen para que los que fuesen en pos de ellos los alcanzasen más aína y a los de las últimas cuadrillas mandó que, llegando a tal paraje, doblasen las jornadas, para juntarse en breve con los primeros. Con esta orden fue enviando el Rey Atahuallpa más de treinta mil hombres de guerra, que los más de ellos eran de la gente veterana y escogida que su padre le dejó, con capitanes experimentados y famosos que siempre traía consigo; fueron por caudillos y cabezas principales dos maeses de campo: el uno llamado Challcuchima y el otro Quízquiz, y el Inca echó fama que iría con los últimos.

Huáscar Inca, fiado en las palabras de su hermano, y mucho más en la experiencia tan larga que entre aquellos indios había del respeto y lealtad que al Inca tenían sus vasallos, cuanto más sus parientes y hermanos, como lo dice por estas palabras el Padre Maestro Acosta, Libro sexto, capítulo doce: "Sin duda era grande la reverencia y afición que esta gente tenía a sus Incas, sin que se halle jamás haberles hecho ninguno de los suyos traición", etc. Por lo cual, no solamente no sospechó Huáscar Inca cosa alguna de la traición, mas antes, con gran liberalidad, mandó que les diesen bastimentos y les hiciesen toda buena acogida, como a propios hermanos que iban a las exequias de su padre y a hacer la jura que le debían. Así se hubieron los unos con los otros: los de Huáscar, con toda la simplicidad y bondad que naturalmente tenían; y los de Atahuallpa, con toda la malicia y cautela que en su escuela habían aprendido.

Atahuallpa Inca usó de aquella astucia y cautela de ir disfrazado y disimulado contra su hermano porque no era poderoso para hacerle guerra al descubierto; pretendió y esperó más en el engaño que no en sus fuerzas, porque hallando descuidado al Rey Huáscar, como le halló, ganaba el juego; y dándole lugar que se apercibiese, lo perdía.

CAPITULO XXXIV

AVISAN A HUASCAR, EL CUAL HACE LLAMAMIENTO DE GENTE

Con la orden que se ha dicho, caminaron los de Quitu casi cuatrocientas leguas, hasta llegar cerca de cien leguas del Cuzco. Algunos Incas viejos, gobernadores de las provincias por do pasaban, que habían sido ca-

pitanes y eran hombres experimentados en paz y en guerra, viendo pasar tanta gente, no sintieron bien de ello; porque les parecía que para las solemnidades de las exequias bastaban cinco o seis mil hombres, y cuando mucho diez mil; y para la jura no era menester la gente común, que bastaban los curacas, que eran los señores de vasallos, y los gobernadores y capitanes de guerra y el Rey Atahuallpa, que era el principal, de cuyo ánimo inquieto, astuto y belicoso, no se podía esperar paz ni buena hermandad; con esta sospecha y temores enviaron avisos secretos a su Rey Huáscar Inca, suplicándole se recatase de su hermano Atahuallpa, que no les parecía bien que llevase tanta gente por delante.

Con estos recados despertó Huáscar Inca del sueño de la confianza y descuido en que dormía; envió a toda diligencia mensajeros a los gobernadores de las provincias de Antisuyu, Collasuyu y Contisuyu; mandóles que con la brevedad necesaria acudiesen al Cuzco con toda la más gente de guerra que pudiesen levantar. Al distrito Chinchasuyu, que era el mayor y de gente más belicosa, no envió mensajeros, porque estaba atajado con el ejército contrario que por él iba caminando; los de Atahuallpa, sintiendo el descuido de Huáscar y de los suyos, iban de día en día cobrando más ánimo y creciendo en su malicia, con la cual llegaron los primeros a cuarenta leguas del Cuzco, y de allí fueron acortando las jornadas, y los segundos y últimos las fueron alargando; de manera que en espacio de pocos días se hallaron más de veinte mil hombres de guerra al paso del río Apurímac, y lo pasaron sin contradicción alguna, y de allí fueron, como enemigos declarados, con las armas y banderas e insignias militares descubiertas; caminaron poco a poco, en dos tercios de escuadrón, que eran la vanguardia y la batalla, hasta que se les juntó la retaguardia, que era de más de otros diez mil hombres; llegaron a lo alto de la cuesta de Uillacunca, que está seis leguas de la ciudad. Atahuallpa se quedó en los confines de su reino, que no osó acercarse tanto hasta ver el suceso de la primera batalla, en la cual tenía puesta toda su esperanza, por la confianza y descuido de sus enemigos y por el ánimo y valor de sus capitanes y soldados veteranos.

El Rey Huáscar Inca, entretanto que sus enemigos se acercaban, hizo llamamiento de gente, con toda la prisa posible; mas los suyos, por la mucha distancia del distrito Collasuyu, que tiene más de doscientas leguas de largo, no pudieron venir a tiempo que fuesen de provecho; y los de Antisuyu fueron pocos, porque de suyo es la tierra mal poblada, por las grandes montañas que tiene; de Contisuyu, por ser el distrito más recogido y de mucha gente, acudieron todos los curacas, con más de treinta mil hombres; pero mal usados en las armas, porque con la paz tan larga que habían tenido no las habían ejercitado. Eran bisoños, gente descuidada de guerra. El Inca Huáscar, con todos sus patientes y la gente que tenía recogida, que eran casi diez mil hombres, salió a recibir los suyos al poniente de la ciudad, por donde venían, para juntarlos consigo y esperar allí la demás gente que venía.

CAPITULO XXXV

BATALLA DE LOS INCAS, VICTORIA DE ATAHUALLPA, Y SUS CRUELDADES

Los de Atahuallpa, como gente práctica, viendo que en la dilación arriesgaban la victoria y con la brevedad la aseguraban, fueron en busca de Huáscar Inca para darle la batalla antes que se juntase más gente en su servicio. Halláronle en unos campos grandes que están dos o tres leguas al poniente de la ciudad, donde hubo una bravísima pelea, sin que de una parte a otra hubiese precedido apercibimiento ni otro recaudo alguno; pelearon crudelísimamente, los unos por haber en su poder al Inca Huáscar, que era una presa inestimable, y los otros por no perderla, que era su Rey, y muy amado; duró la batalla todo el día, con gran mortandad de ambas partes. Mas al fin, por la falta de los Collas y porque los de Huáscar eran bisoños y nada prácticos en la guerra, vencieron los del Inca Atahuallpa que, como gente ejercitada y experimentada en la milicia, valía uno por diez de los contrarios. En el alcance prendieron a Huáscar Inca, por la mucha diligencia que sobre él pusieron, porque entendían no haber hecho nada si les escapaba; iba huyendo con cerca de mil hombres que se le habían recogido, los cuales murieron todos en su presencia, parte que mataron los enemigos y parte que ellos mismos se mataron, viendo su Rey preso; sin la persona real, prendieron muchos curacas, señores de vasallos, muchos capitanes y gran número de gente noble, que, como ovejas sin pastor, andaban perdidos sin saber huir ni a dónde acudir. Muchos de ellos, pudiendo escaparse de los enemigos, sabiendo que su Inca estaba preso, se vinieron a la prisión con él, por el amor y lealtad que le tenían.

Quedaron los de Atahuallpa muy contentos y satisfechos con tan gran victoria y tan rica presa como la persona imperial de Huáscar Inca y de todos los más principales de su ejército; pusiéronle a grandísimo recaudo; eligieron para su guarda cuatro capitanes y los soldados de mayor confianza que en su ejército había, que por horas le guardasen, sin perderle de vista de día ni de noche. Mandaron luego echar bando que publicase la prisión del Huáscar, para que se divulgase por todo su Imperio, porque si alguna gente hubiese hecho para venir en su socorro, se deshiciese sabiendo que ya estaba preso. Enviaron por la posta el aviso de la victoria y de la prisión de Huáscar a su Rey Atahuallpa.

Esta fue la suma y lo más esencial de la guerra que hubo entre aquellos dos hermanos, últimos Reyes del Perú. Otras batallas y recuentros que los historiadores españoles cuentan de ella son lances que pasaron en los confines del un reino y del otro, entre los capitanes y gente de guarnición que en ellos había, y la prisión que dicen de Atahuallpa fue novela que él mismo mandó echar para descuidar a Huáscar y a los suyos; y el fingir luego, después de

la prisión, y decir que su padre el Sol lo había convertido en culebra para que se saliese de ella por un agujero que había en el aposento, fue para con aquella fábula autorizar y abonar su tiranía, para que la gente común entendiese que su Dios, el Sol, favorecía su partido, pues lo libraba del poder de sus enemigos que, como aquellas gentes eran tan simples, creían muy de veras cualquier patraña que los Incas publicaban del Sol, porque eran tenidos por hijos suyos.

Atahuallpa usó crudelísimamente de la victoria, porque, disimulando y fingiendo que quería restituir a Huáscar en su reino, mandó hacer llamamiento de todos los Incas que por el Imperio había, así gobernadores y otros ministros en la paz, como maeses de campo, capitanes y soldados en la guerra; que dentro en cierto tiempo se juntasen en el Cuzco, porque dijo que quería capitular con todos ellos ciertos fueros y estatutos que de allí adelante se guardasen entre los dos Reyes, para que viviesen en toda paz y hermandad. Con esta nueva acudieron todos los Incas de la sangre real; que no faltaron sino los impedidos por enfermedad o por vejez, y algunos que estaban tan lejos que no pudieron o no osaron venir a tiempo ni fiar del victorioso. Cuando los tuvieron recogidos, envió Atahuallpa a mandar que los matasen a todos con diversas muertes, por asegurarse de ellos, porque no tramasen algún levantamiento.

CAPITULO XXXVI

CAUSAS DE LAS CRUELDADES DE ATAHUALLPA Y SUS EFECTOS CRUDELISIMOS

ANTES QUE pasemos adelante, será razón que digamos la causa que movió a Atahuallpa a hacer las crueldades que hizo en los de su linaje; para lo cual es de saber que por los estatutos y fueros de aquel reino, usados e inviolablemente guardados desde el primer Inca Manco Cápac hasta el gran Huaina Cápac, Atahuallpa, su hijo, no solamente no podía heredar el reino de Quitu, porque todo lo que se ganaba era de la corona imperial, mas antes era incapaz para poseer el reino del Cuzco, porque para lo heredar había de ser hijo de la legítima mujer, la cual, como se ha visto, había de ser hermana del Rey, porque le perteneciese la herencia del Reino tanto por la madre como por el padre; faltando lo cual, había de ser el Rey por lo menos legítimo en la sangre real, hijo de Palla que fuese limpia de sangre alienígena; los cuales hijos tenían por capaces de la herencia del reino, pero de los de sangre mezclada no hacían tanto caudal, a lo menos para suceder en el Imperio, ni aun para imaginarlo. Viendo, pues, Atahuallpa que le faltaban

todos los requisitos necesarios para ser Inca, porque ni era hijo de la Coya, que es la Reina, ni de Palla, que es mujer de la sangre real, porque su madre era natural de Quitu, ni aquel reino se podía desmembrar del Imperio, le pareció quitar los inconvenientes que el tiempo adelante podían suceder en su reinado tan violento, porque temió que, sosegadas las guerras presentes, había de reclamar todo el Imperio y de común consentimiento pedir un Inca que tuviese las partes dichas, y elegirlo y levantarlo ellos de suyo; lo cual no podía estorbar Atahuallpa, porque lo tenían fundado los indios en su idolatría y religión, por la predicación y enseñanza que les hizo el primer Inca Manco Cápac y por la observancia y ejemplo de todos sus descendientes. Por todo lo cual, no hallando mejor remedio, se acogió a la crueldad y destrucción de toda la sangre real, no solamente de la que podía tener derecho a la sucesión del Imperio, que eran los legítimos en sangre, mas también de toda la demás, que era incapaz a la herencia como la suya, porque no hiciese alguno de ellos lo que él hizo, pues con su mal ejemplo les abría la puerta a todos ellos. Remedio fue éste que por la mayor parte lo han usado todos los Reyes que con violencia entran a poseer los reinos ajenos, porque les parece que, no habiendo legítimo heredero del Reino, ni los vasallos tendrán a quién llamar ni ellos a quién restituir, y que queden seguros en conciencia y en justicia; de lo cual nos dan largo testimonio las historias antiguas y modernas, que por excusar prolijidad las dejaremos. Bástenos decir el mal uso de la casa otomana, que el sucesor del Imperio entierra con el padre todos los hermanos varones, por asegurarse de ellos.

Mayor y más sedienta de su propia sangre que la de los otomanos fue la crueldad de Atahuallpa, que, no hartándose con la de doscientos hermanos suyos, hijos del gran Huaina Cápac, pasó adelante a beber la de sus sobrinos, tíos y parientes, dentro y fuera del cuarto grado, que, como fuese de la sangre real, no escapó ninguno, legítimo ni bastardo. Todos los mandó matar con diversas muertes: a unos degollaron; a otros ahorcaron; a otros echaron en ríos y lagos, con grandes pesgas al cuello, porque se ahogasen, sin que el nadar les valiese; otros fueron despeñados de altos riscos y peñascos. Todo lo cual se hizo con la mayor brevedad que los ministros pudieron, porque el tirano no se aseguraba hasta verlos todos muertos o saber que lo estaban, porque con toda su victoria no osó pasar de Sausa, que los españoles llaman Xauxa, noventa leguas del Cuzco. Al pobre Huáscar Inca reservó por entonces de la muerte, porque lo quería para defensa de cualquier levantamiento que contra Atahuallpa se hiciese, porque sabía que, con enviarles Huáscar a mandar que se aquietasen, le habían de obedecer sus vasallos. Pero para mayor dolor del desdichado Inca le llevaban a ver la matanza de sus parientes, por matarle en cada uno de ellos, que tuviera él por menos pena ser él muerto que verlos matar tan cruelmente.

No pudo la crueldad permitir que los demás prisioneros quedasen sin castigo, porque en ellos escarmentasen todos los demás curacas y gente noble del Imperio, aficionada a Huáscar; para lo cual los sacaron maniatados a un llano, en el valle de Sacsahuana, donde estaban (donde fue después

la batalla del Presidente Gasca y Gonzalo Pizarro), e hicieron de ellos una calle larga; luego sacaron al pobre Huáscar Inca cubierto de luto, atadas las manos atrás y una soga al pescuezo, y lo pasearon por la calle que estaba hecha de los suyos; los cuales viendo a su Príncipe en tal caída, con grandes gritos y alaridos se postraban en el suelo a le adorar y reverenciar, ya que no podían librarle de tanta desventura. A todos los que hicieron esto mataron con unas hachas y porras pequeñas, de una mano, que llaman *champi;* otras hachas y porras tienen grandes, para pelear a dos manos. Así mataron delante de su Rey a casi todos curacas y capitanes y a la gente noble que habían preso, que apenas escapó hombre de ellos.

CAPITULO XXXVII

PASA LA CRUELDAD A LAS MUJERES Y NIÑOS DE LA CASA REAL

HABIENDO MUERTO Atahuallpa a los varones que tenía, así los de sangre real como de los vasallos y súbditos de Huáscar (como la crueldad no sepa hartarse, antes tenga tanta más hambre y más sed cuanta más sangre y carne humana coma y beba), pasó adelante a tragar y sorber la que quedaba por derramar de las mujeres y niños de la sangre real; la cual, debiendo merecer alguna misericordia por la ternura de la edad y flaqueza del sexo, movió a mayor rabia la crueldad del tirano, que envió a mandar que juntasen todas las mujeres y niños que de la sangre real pudiesen haber, de cualquier edad y condición que fuesen, reservando las que estaban en el convento del Cuzco dedicadas para mujeres del Sol, y que las matasen poco a poco fuera de la ciudad, con diversos y crueles tormentos, de manera que tardasen mucho en morir. Así lo hicieron los ministros de la crueldad, que dondequiera se hallan tales; juntaron todas las que pudieron haber por todo el Reino, con grandes pesquisas y diligencias que hicieron, porque no se escapase alguno; de los niños recogieron grandísimo número, de los legítimos y no legítimos, porque el linaje de los Incas, por la licencia que tenían de tener cuantas mujeres quisiesen, era el linaje más amplio y extendido que había en todo aquel Imperio. Pusiéronlos en el campo llamado Yahuarpampa, que es: campo de sangre. El cual nombre se le puso por la sangrienta batalla que en él hubo de los Chancas y Cuzcos, como largamente en su lugar dijimos. Está al norte de la ciudad, casi una legua de ella.

Allí los tuvieron, y, porque no se les fuese alguno, los cercaron con tres cercas. La primera fue de la gente de guerra que alojaron en derredor de ellos, para que a los suyos le[s] fuese guarda y presidio y guarnición

contra la ciudad, y a los contrarios temor y asombro. Las otras dos cercas fueron de centinelas, puestas una más lejos que otras, que velasen de día y de noche, porque no saliese ni entrase alguien sin que lo viesen. Ejecutaron su crueldad de muchas maneras; dábanles a comer no más de maíz crudo y yerbas crudas en poca cantidad: era el ayuno riguroso que aquella gentilidad guardaba en su religión. A las mujeres, hermanas, tías, sobrinas, primas hermanas y madrastras de Atahuallpa, colgaban de los árboles y de muchas horcas muy altas que hicieron; a unas colgaron de los cabellos, a otras por debajo de los brazos y a otras de otras maneras feas, que por la honestidad se callan; dábanles sus hijuelos, que los tuviesen en brazos; teníanlos hasta que se les caían y se aporreaban; a otras colgaban de un brazo, a otras de ambos brazos, a otras de la cintura, porque fuese más largo el tormento y tardasen más en morir, porque matarlas brevemente fuera hacerles merced, y así la pedían las tristes con grandes clamores y aullidos. A los muchachos y muchachas fueron matando poco a poco, tantas cada cuarto de luna, haciendo en ellos grandes crueldades, también como en sus padres y madres, aunque la edad de ellos pedía clemencia; muchos de ellos perecieron de hambre.

Diego Fernández, en la *Historia del Perú*, parte segunda, Libro tercero, capítulo quinto, toca brevemente la tiranía de Atahuallpa y parte de sus crueldades, por estas palabras, que son sacadas a la letra: "Entre Guáscar Inga y su hermano Atabálipa hubo muchas diferencias sobre mandar el reino y quién había de ser señor. Estando Guáscar Inga en el Cuzco y su hermano Atabálipa en Caxamalca, envió Atabálipa dos capitanes suyos muy principales, que se nombraban el uno Chalcuhiman y el otro Quízquiz, los cuales eran valientes y llevaron mucho número de gente, e iban de propósito de prender a Guáscar Inga, porque así se había concertado y se les había mandado, para efecto que, siendo Guáscar preso, quedase Atabálipa por señor e hiciese de Guáscar lo que por bien tuviese. Fueron por el camino conquistando caciques e indios, poniéndolo todo debajo el mando y servidumbre de Atabálipa, y como Guáscar tuvo noticia de esto y de lo que venían haciendo, aderezóse luego y salió del Cuzco y vínose para Quipaypan (que es una legua del Cuzco), donde se dio la batalla; y aunque Guáscar tenía mucha gente, al fin fue vencido y preso. Murió mucha gente de ambas partes, y fue tanta que se dice por cosa cierta serían más de ciento y cincuenta mil indios; después que entraron con la victoria en el Cuzco, mataron mucha gente, hombres y mujeres y niños; porque todos aquellos que se declaraban por servidores de Guáscar los mataban, y buscaron todos los hijos que Guáscar tenía y los mataron; y asimismo las mujeres que decían estar de él preñadas; y una mujer de Guáscar, que se llamaba Mama Uárcay, puso tan buena diligencia que se escapó con una hija de Guáscar, llamada Coya Cuxi Uárcay, que ahora es mujer de Xayre Topa Inga, que es de quien habemos hecho mención principalmente en esta historia", etc. Hasta aquí es de aquel autor; luego, sucesivamente, dice el mal tratamiento que hacían al pobre Huáscar Inca en la prisión; en su lugar pondremos sus

mismas palabras, que son muy lastimeras; la Coya Cuxi Uárcay, que dice fue mujer de Xayre Topa, se llamaba Cusi Huarque; adelante hablaremos de ella. El campo do fue la batalla que llaman Quipaypan está corrupto el nombre; ha de decir Quepaypa; es genitivo; quiere decir: de mi trompeta, como que allí hubiese sido el mayor sonido de la de Atahuallpa, según el frasis de la lengua. Yo estuve en aquel campo dos o tres veces, con otros muchachos condiscípulos míos de gramática, que nos íbamos a caza de los halconcillos de aquella tierra que nuestros indios cazadores nos criaban.

De la manera que se ha dicho extinguieron y apagaron toda la sangre real de los Incas en espacio de dos años y medio que tardaron en derramarla, y aunque pudieron acabarla en más breve tiempo no quisieron, por tener en quién ejercitar sus crueldad con mayor gusto. Decían los indios que por la sangre real que en aquel campo se derramó se le confirmó el nombre de Yahuarpampa, que es campo de sangre, porque fue mucha más en cantidad, y sin comparación alguna en calidad, la de los Incas que la de los Chancas, y que causó mayor lástima y compasión por la tierna edad de los niños y naturaleza flaca de sus madres.

CAPITULO XXXVIII

ALGUNOS DE LA SANGRE REAL ESCAPARON DE LA CRUELDAD DE ATAHUALLPA

Algunos se escaparon de aquella crueldad, unos que no vinieron a su poder y otros que la misma gente de tahuallpa, de lástima de ver perecer la sangre que ellos tenían por divina, cansados ya de ver tan fiera carnicería, dieron lugar a que se saliesen del cercado en que los tenían, y ellos mismos los echaban fuera, quitándoles los vestidos reales y poniéndoles otros de la gente común, porque no los conociesen; que, como queda dicho, en la estofa del vestido conocían la calidad del que lo traía. Todos los que así faltaron fueron niños y niñas, muchachos y muchachas de diez y once años abajo; una de ellas fue mi madre y un hermano suyo llamado Don Francisco Túpac Inca Yupanqui, que yo conocí, que después que estoy en España me ha escrito; y de la relación que muchas veces les oí es todo lo que de esta calamidad y plaga voy diciendo; sin ellos, conocí otros pocos que escaparon de aquella miseria. Conocí dos Auquis, que quiere decir infantes; eran hijos de Huaina Cápac; el uno llamado Paullu, que era ya hombre en aquella calamidad, de quien las historias de los españoles hacen mención; el otro se llamaba Titu; era de los legítimos en sangre; era muchacho entonces; del bautismo de ellos y de sus nombres cristianos dijimos en otra

parte. De Paullu quedó sucesión mezclada con sangre española, que su hijo Don Carlos Inca, mi condiscípulo de escuela y gramática, casó con una mujer noble nacida allá, hija de padres españoles, de la cual hubo a Don Melchor Carlos Inca, que el año pasado de seiscientos y dos vino a España, así a ver la corte de ella como a recibir las mercedes que allá le propusieron se le harían acá por los servicios que su abuelo hizo en la conquista y pacificación del Perú y después contra los tiranos, como se verá en las historias de aquel Imperio; mas principalmente se le deben por ser bisnieto de Huaina Cápac por línea de varón, y que de los pocos que hay de aquella sangre real es el más notorio y el más principal. El cual está al presente en Valladolid esperando las mercedes que se le han de hacer, que por grandes que sean se le deben mayores.

De Titu no sé que haya sucesión. De las ñustas, que son infantas, hijas de Huaina Cápac, legítimas en sangre, conocí dos, la una se llamaba Doña Beatriz Coya; casó con Martín Mustincia,[1] hombre noble, que fue contador o factor en el Perú de la hacienda del Emperador Carlos Quinto; tuvieron tres hijos varones, que se llamaron los Bustincias, y otro, sin ellos, que se llamó Juan Sierra de Leguizamo, que fue mi condiscípulo en la escuela y en el estudio. La otra ñusta se decía Doña Leonor Coya; casó primera vez con un español que se decía Juan Balsa, que yo no conocí, porque fue en mi niñez; tuvieron un hijo del mismo nombre, que fue mi condiscípulo en la escuela; segunda vez casó con Francisco de Villacastín, que fue conquistador del Perú, de los primeros, y también lo fue de Panamá y de otras tierras.

Un cuento historial digno de memoria se me ofrece de él, y es que Francisco López de Gómara dice en su *Historia,* capítulo sesenta y seis, estas palabras, que son sacadas a la letra: "Pobló Pedrarias el Nombre de Dios y a Panamá. Abrió el camino que va de un lugar a otro con gran fatiga y maña, por ser de montes muy espesos y peñas; había infinitos leones, tigres, osos y onzas, a lo que cuentan, y tanta multitud de monas, de diversa hechura y tamaño, que, enojadas, gritaban de tal manera que ensordecían los trabajadores; subían piedras a los árboles y tiraban al que llegaba". Hasta aquí es de Gómara. Un conquistador del Perú tenía marginado de su mano un libro que yo vi de los de este autor, y en este paso decía estas palabras: "Una hirió con una piedra a un ballestero que se decía Villacastín, y le derribó dos dientes; después fue conquistador del Perú y señor de un buen repartimiento que se dice Ayauiri; murió preso en el Cuzco, porque se halló de la parte de Pizarro en Xaquixaguana, donde le dio una cuchillada en la cara, después de rendido, uno que estaba mal con él; fue hombre de bien y que hizo mucho bien a muchos, aunque murió pobre y despojado de indios y hacienda. El Villacastín mató la mona que le hirió, porque a un

1 El nombre del esposo de Beatriz Coya era Pedro de Bustinza o Bustincia. La confusión del Inca Garcilaso puede deberse a que uno de los hijos de ambos, Martín de Bustinza, casó con una hermana materna del Inca historiador: Ana Ruiz, hija de Juan del Pedroche y de Chimpu Ocllo. Su nombre por eso lo tenía sin duda más presente.

tiempo acertaron a soltar él su ballesta y la mona la piedra". Hasta aquí es del conquistador, y yo añadiré que le vi los dientes quebrados y eran los delanteros altos, y era pública voz y fama en el Perú habérselos quebrado la mona; puse esto aquí con testigos, por ser cosa notable, y siempre que los hallare holgaré presentarlos en casos tales.[2]

Otros Incas y Pallas, que no pasarían de doscientos, conocí de la misma sangre real, de menos nombre que los dichos; de los cuales he dado cuenta porque fueron hijos de Huaina Cápac. Mi madre fue su sobrina, hija de un hermano suyo, legítimo de padre y madre, llamado Huallpa Túpac Inca Yupanqui.

Del Rey Atahuallpa conocí un hijo y dos hijas; la una de ellas se llamaba Doña Angelina, en la cual hubo el Marqués Don Francisco Pizarro un hijo que se llamó Don Francisco, gran émulo mío y suyo, porque de edad de ocho a nueve años, que éramos ambos, nos hacía competir en correr y saltar su tío Gonzalo Pizarro. Hubo asimismo el Marqués una hija que se llamó Doña Francisca Pizarro; salió una valerosa señora, casó con su tío Hernando Pizarro; su padre, el Marqués, la hubo en una hija de Huaina Cápac, que se llamaba Doña Inés Huayllas Ñusta; la cual casó después con Martín de Ampuero, vecino que fue de la ciudad de Los Reyes. Estos dos hijos del Marqués y otro de Gonzalo Pizarro, que se llamaba Don Fernando, trajeron a España, donde los varones fallecieron temprano, con gran lástima de los que les conocían, porque se mostraban hijos de tales padres. El nombre de la otra hija de Atahuallpa no se me acuerda bien si se decía Doña Beatriz o Doña Isabel; casó con un español extremeño que se decía Blas Gómez; segunda vez casó con un caballero mestizo que se decía Sancho de Rojas. El hijo se decía Don Francisco Atahuallpa; era lindo mozo de cuerpo y rostro, como lo eran todos los Incas y Pallas; murió mozo; adelante diremos un cuento que sobre su muerte me pasó con el Inca viejo, tío de mi madre, a propósito de las crueldades de Atahuallpa que vamos contando. Otro hijo varón quedó de Huaina Cápac, que yo no conocí; llamóse Manco Inca; era legítimo heredero del Imperio; porque Huáscar murió sin hijo varón; adelante se hará larga mención de él.

2 Efectivamente, la nota marginal aparece en el ejemplar de la *Historia* de Gómara que poseyó el Inca Garcilaso (véase el Prólogo de esta edición). Garcilaso anotó a su vez al "conquistador viejo" que fue el primitivo propietario de ese ejemplar, y escribió al lado: "Esta nota de Villacastín con la mona la puso un conquistador del Perú, y yo alcancé al Villacastín, tenía menos dos dientes los delanteros altos que la mona le derribó de la pedrada; dos hijos suyos fueron mis condiscípulos de leer y escribir - Garcilaso". (Anotación del folio xxx).

CAPITULO XXXIX

PASA LA CRUELDAD A LOS CRIADOS DE LA CASA REAL

VOLVIENDO A las crueldades de Atahualipa, decimos que, no contento con las que había mandado hacer en la sangre real y en los señores de vasallos, capitanes y gente noble, mandó que pasasen a cuchillo los criados de la casa real, los que servían en los oficios y ministerios de las puertas adentro; los cuales, como en su lugar dijimos cuando hablamos de los criados de ella, no eran personas particulares, sino pueblos que tenían cargo de enviar los tales criados y ministros, que remudándose por sus tiempos servían en sus oficios; a los cuales tenía odio Atahuallpa, así porque eran criados de la casa real como porque tenían el apellido de Inca, por el privilegio y merced que les hizo el primer Inca Manco Cápac. Entró el cuchillo de Atahuallpa en aquellos pueblos con más y menos crueldad, conforme como ellos servían más y menos cerca de la persona real; que los que tenían oficios más allegados a ella, como porteros, guardajoyas, botilleros, cocineros y otros tales, fueron los peor librados, porque no se contentó con degollar todos los moradores de ambos sexos y de todas edades, sino con quemar y derribar los pueblos y las casas y edificios reales que en ellos había; los que servían de más lejos, como leñadores, aguadores, jardineros y otros semejantes, padecieron menos, mas con todo eso a unos pueblos diezmaron, que mataron la décima parte de sus moradores, chicos y grandes, y a otros quintaron y a otros terciaron; de manera que ningún pueblo, de los que había cinco y seis y siete leguas en derredor de la ciudad del Cuzco, dejó de padecer particular persecución de aquella crueldad y tiranía, sin la general que todo el Imperio padecía, porque en todo él había derramamiento de sangre, incendio de pueblos, robos, fuerzas y estupros y otros males, según la libertad militar los suele hacer cuando toma la licencia de sí misma.

Tampoco escaparon de esta calamidad los pueblos y provincias alejadas de la ciudad del Cuzco, porque luego que Atahuallpa supo la prisión de Huáscar mandó hacer guerra a fuego y a sangre a las provincias comarcanas a su reino, particularmente a los Cañaris, porque a los principios de su levantamiento no quisieron obedecerle; después, cuando se vio poderoso, hizo crudelísima venganza en ellos, según lo dice también Agustín de Zárate, capítulo quince, por estas palabras: "Y llegando a la provincia de los Cañares, mató sesenta mil hombres de ellos, porque le habían sido contrarios, y metió a fuego y a sangre y asoló la población de Tumibamba, situada en un llano, ribera de tres grandes ríos, la cual era muy grande, de allí fue conquistando la tierra, y de los que se le defendían no dejaban hombre vivo", etc. Lo mismo dice Francisco López de Gómara, casi por las mismas palabras. Pedro de Cieza lo dice más largo y más encarecidamente, que ha-

biendo dicho, la falta de varones y sobra de mujeres que en su tiempo había en la provincia de los Cañaris, y que en las guerras de los españoles daban indias en lugar de indios, para que llevasen las cargas del ejército, diciendo por qué lo hacían, dice estas palabras, capítulo cuarenta y cuatro: "Algunos indios quieren decir que más hacen esto por la gran falta que tienen de hombres y abundancia de mujeres, por causa de la gran crueldad que hizo Atabálipa en los naturales de esta provincia al tiempo que entró en ella, después de haber, en el pueblo de Ambato, muerto y desbaratado al capitán general de Guáscar Inga, su hermano llamado Antoco, que afirman que no embargante que salieron los hombres y niños con ramos verdes y hojas de palma a pedir misericordia, con rostro airado, acompañado de gran severidad, mandó a sus gentes y capitanes de guerra que los matasen a todos, y así fueron muertos gran número de hombres y niños, según que yo trato en la tercera parte de la historia. Por lo cual los que agora son vivos dicen que hay quince veces más mujeres que hombres", etc. Hasta aquí es de Pedro de Cieza, con lo cual se ha dicho harto de las crueldades de Atahuallpa; dejaremos la mayor de ellas para su lugar.

De estas crueldades nació el cuento que ofrecí decir de Don Francisco, hijo de Atahuallpa, y fue que murió pocos meses antes que yo me viniese a España; el día siguiente a su muerte, bien de mañana, antes de su entierro, vinieron los pocos parientes Incas que había a visitar a mi madre, y entre ellos vino el Inca viejo de quien otras veces hemos hecho mención. El cual, en lugar de dar el pésame, porque el difunto era sobrino de mi madre, hijo de primo hermano, le dio el pláceme, diciéndole que el Pachacámac la guardase muchos años, para que viese la muerte y fin de todos sus enemigos, y con esto dijo otras muchas palabras semejantes con gran contento y regocijo. Yo, no advirtiendo por qué era la fiesta, le dije: "Inca ¿cómo nos hemos de holgar de la muerte de Don Francisco, siendo tan pariente nuestro?" El se volvió a mí con gran enojo, y tomando el cabo de la manta que en lugar de capa traía, lo mordió (que entre los indios es señal de grandísima ira) y me dijo: "¿Tú has de ser pariente de un *auca* (que es tirano traidor), de quien destruyó nuestro Imperio?, ¿de quien mató nuestro Inca?, ¿de quien consumió y apagó nuestra sangre y descendencia?, ¿de quien hizo tantas crueldades, tan ajenas de los Incas, nuestros padres? Dénmelo así muerto, como está, que yo me lo comeré crudo, sin pimiento; que aquel traidor de Atahuallpa, su padre, no era hijo de Huaina Cápac, nuestro Inca, sino de algún indio Quitu con quien su madre haría traición a nuestro Rey; que si él fuera Inca, no sólo no hiciera las crueldades y abominaciones que hizo, mas no las imaginara, que la doctrina de nuestros pasados nunca fue que hiciésemos mal a nadie, ni aun a los enemigos, cuanto más a los parientes, sino mucho bien a todos. Por tanto no digas que es nuestro pariente el que fue tan en contra de todos nuestros pasados; mira que a ellos y a nosotros y a ti mismo te haces mucha afrenta en llamarnos parientes de un tirano cruel, que de Reyes hizo siervos a esos pocos que escapamos

de su crueldad". Todo esto y mucho más me dijo aquel Inca, con la rabia que tenía de la destrucción de todos los suyos; y con la recordación de los males que las abominaciones de Atahuallpa les causaron trocaron en grandísimo llanto el regocijo que pensaban tener de la muerte de Don Francisco, el cual, mientras vivió, sintiendo este odio que los Incas y todos los indios en común le tenían, no trataba con ellos ni salía de su casa; lo mismo hacían sus dos hermanas, porque a cada paso oían el nombre *auca,* tan significativo de tiranías, crueldades y maldades, digno apellido y blasón de los que lo pretenden.

CAPITULO XL

LA DESCENDENCIA QUE HA QUEDADO DE LA SANGRE REAL DE LOS INCAS

MUCHOS DÍAS después de haber dado fin a este Libro nono, recibí ciertos recaudos del Perú, de los cuales saqué el capítulo que se sigue, porque me pareció que convenía a la historia y así lo añadí aquí.

De los pocos Incas de la sangre real que sobraron de las crueldades y tiranías de Atahuallpa y de otras que después acá ha habido, hay sucesión, más de la que yo pensaba, porque al fin del año de seiscientos y tres escribieron todos ellos a Don Melchor Carlos Inca y a Don Alonso de Mesa, hijo de Alonso de Mesa, vecino que fue del Cuzco, y a mí también, pidiéndonos que en nombre de todos ellos suplicásemos a Su Majestad se sirviese de mandarlos eximir de los tributos que pagan y otras vejaciones que como los demás indios comunes padecen. Enviaron poder *in solidum* para todos tres,[1] y probanza de su descendencia, quiénes y cuántos (nombrados por sus nombres) descendían de tal Rey, y cuántos de tal, hasta el último de los Reyes; y para mayor verificación y demostración enviaron pintado en vara y media de tafetán blanco de la China el árbol real, descendiendo desde Manco Cápac hasta Huaina Cápac y su hijo Paullu. Venían los Incas pintados en su traje antiguo. En las cabezas traían la borla colorada y en las orejas sus orejeras; y en las manos sendas partesanas en lugar de cetro real; venían pintados de los pechos arriba, y no más. Todo este recaudo vino diri-

1 El poder fue enviado en realidad no a "tres" sino a cuatro. El cuarto, que no menciona Garcilaso, fue su sobrino Alonso Márquez de Figueroa; hijo de su hermana materna Luisa de Herrera y de Pedro Márquez Galeote. Tampoco lo menciona (lo que revela que fue omisión voluntaria) cuando vuelve sobre el tema en la Segunda parte de los *Comentarios Reales,* o *Historia general del Perú,* Libro VIII, cap. 21.

gido a mí, y yo lo envié a Don Mechor Carlos Inca y a Don Alonso de Mesa, que residen en la corte en Valladolid, que yo, por estas ocupaciones, no pude solicitar esta causa, que holgara de emplear la vida en ella, pues no se podía emplear mejor.

La carta que me escribieron los Incas es de letra de uno de ellos y muy linda; el frasis o lenguaje en que hablan mucho de ello es conforme a su lengua y otro mucho a lo castellano, que ya están todos españolados; la fecha, de diez y seis de abril de mil seiscientos y tres. No la pongo aquí por no causar lástima con las miserias que cuentan de su vida. Escriben con gran confianza (y así lo creemos todos) que, sabiéndolas Su Majestad Católica, las mandará remediar y les hará otras muchas mercedes, porque son descendientes de Reyes. Habiendo pintado las figuras de los Reyes Incas, ponen al lado de cada uno de ellos su descendencia, con este título: *"Cápac Ayllu"*, que es generación augusta o real, que es lo msmo. Este título es a todos en común, dando a entender que todos descienden del primer Inca Manco Cápac. Luego ponen otro título en particular a la descendencia de cada Rey, con nombres diferentes, para que se entienda por ellos los que son de tal o tal Rey. A la descendencia de *Manco Cápac* llaman Chima Panaca: son cuarenta Incas los que hay de aquella sucesión. A la de *Sinchi Roca* llaman Raurava Panaca: son sesenta y cuatro Incas. A la de *Lloque Yupanqui,* tercero Inca, llaman Hahuanina Aillu: son sesenta y tres Incas. A los de *Cápac Yupanqui* llaman Apu Maita; son cincuenta y seis. A los de *Maita Cápac,* quinto Rey, llaman Usca Maita: son treinta y cinco. A los de *Inca Roca* dicen Uicaquirau: son cincuenta. A los de *Yáhuar Huácac,* séptimo Rey, llaman Ailli Panaca: son cincuenta y uno. A los de *Viracocha Inca* dicen Zoczo Panaca: son sesenta y nueve. A la descendencia del *Inca Pachacútec* y a la de su hijo, *Inca Yupanqui,* juntándolas ambas, llaman Inca Panaca, y así es doblado el número de los descendientes, porque son noventa y nueve. A la descendencia de *Túpac Inca Yupanqui* llaman Cápac Aillu, que es: descendencia imperial, por confirmar lo que arriba dije con el mismo nombre, y no son más de diez y ocho. A la descendencia de *Huaina Cápac* llaman Tumi Pampa, por una fiesta solemnísima que Huaina Cápac hizo al Sol en aquel campo, que está en la provincia de los Cañaris, donde había palacios reales y depósitos para la gente de guerra, y casa de escogidas y templo del Sol, todo tan principal y aventajado y tan lleno de riquezas y bastimento como donde más aventajado lo había, como lo refiere Pedro de Cieza, con todo el encarecimiento que puede, capítulo cuarenta y cuatro, y por parecerle que todavía se había acortado, acaba diciendo: "En fin, no puedo decir tanto que no quede corto en querer engrandecer las riquezas que los Ingas tenían en estos sus palacios reales", etc.

La memoria de aquella fiesta tan solemne quiso Huaina Cápac que se conserve en el nombre y apellido de su descendencia, que es Tumi Pampa, y no son más de veinte y dos; que como la de Huaina Cápac y la de su padre Túpac Inca Yupanqui eran las descendencias propincuas al árbol

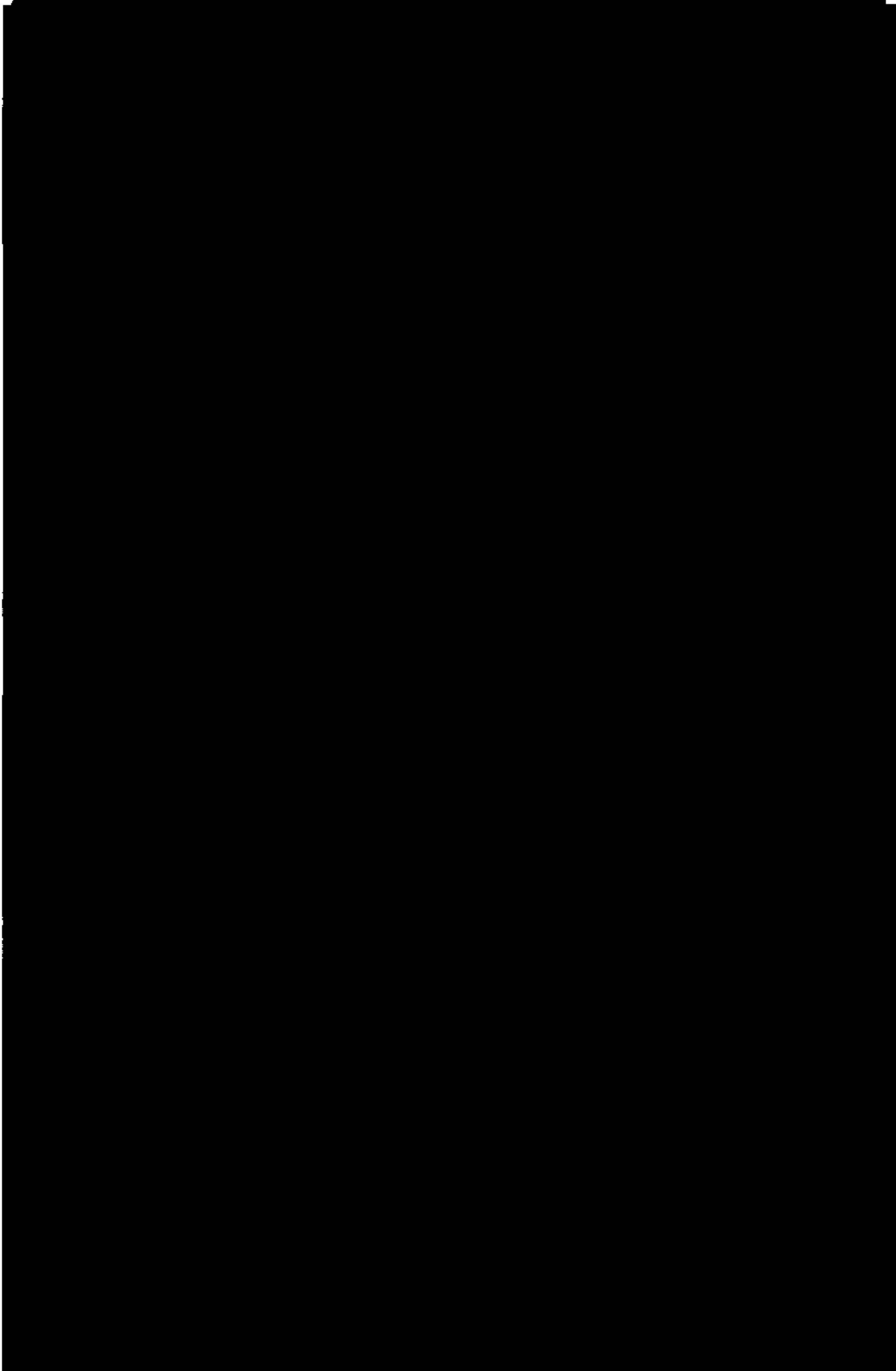
real, hizo Atahuallpa mayor diligencia para extirpar éstas que las demás, y así se escaparon muy pocos de su crueldad, como lo muestra la lista de todos ellos; la cual, sumada, hace número de quinientos y sesenta y siete personas; y es de advertir que todos son descendientes por línea masculina, que de la femenina, como atrás queda dicho, no hicieron caso los Incas, si no eran hijos de los españoles, conquistadores y ganadores de la tierra, porque a éstos también les llamaron Incas, creyendo que eran descendientes de su Dios, el Sol. La carta que me escribieron firmaron once Incas, conforme a las once descendencias, y cada uno firmó por todos los de la suya, con los nombres del bautismo, y por sobrenombres los de sus pasados. Los nombres de las demás descendencias, sacadas estas dos últimas, no sé qué signifiquen, porque son nombres de la lengua particular que los Incas tenían para hablar ellos entre sí, unos con otros, y no de la general que hablaban en la corte.

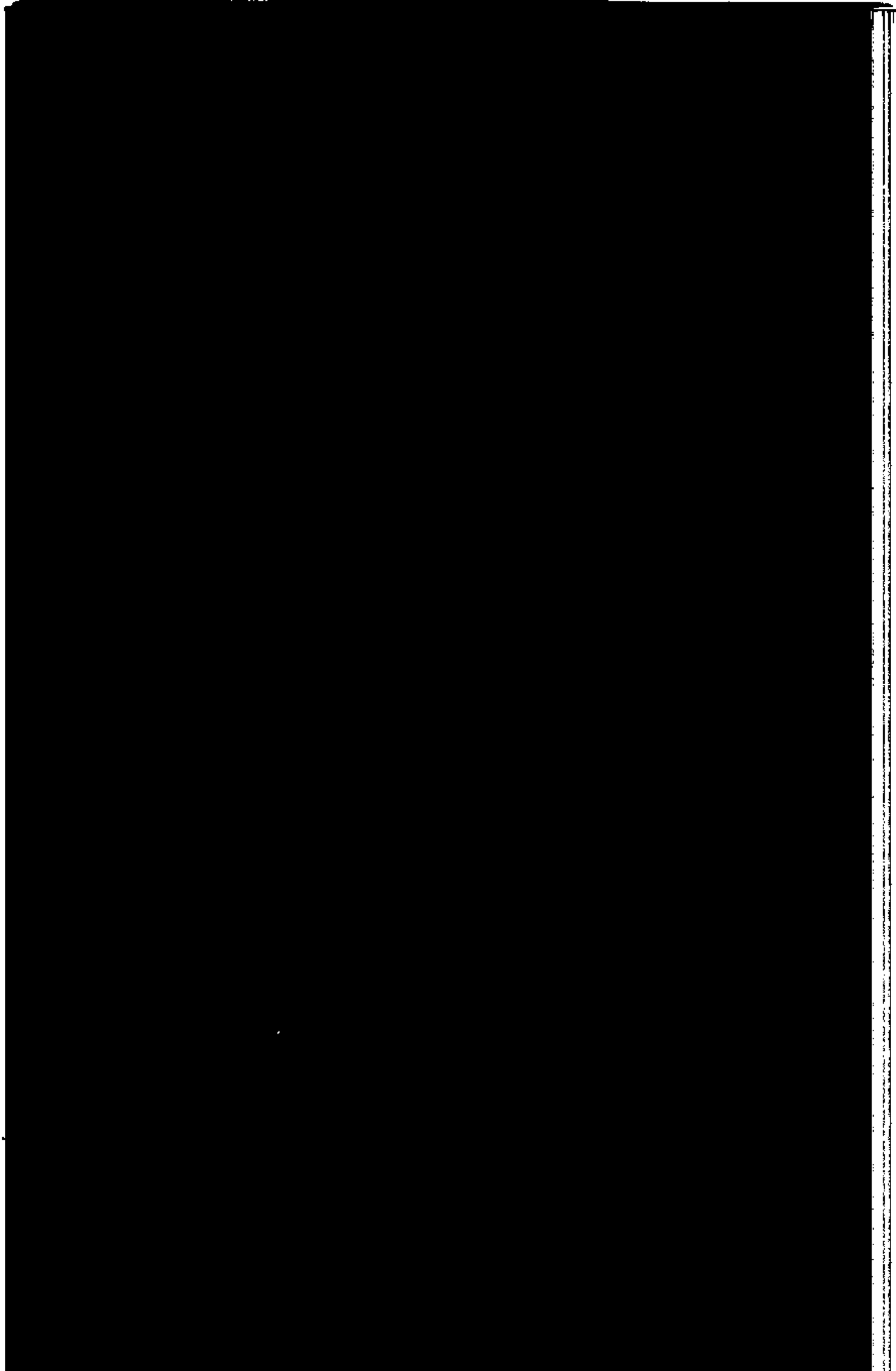
Resta decir de Don Melchor Carlos Inca, nieto de Paullu y bisnieto de Huaina Cápac, de quien dijimos que vino a España el año de seiscientos y dos a recibir mercedes. Es así que al principio de este año de seiscientos y cuatro salió la consulta en su negocio, de que se le hacía merced de siete mil y quinientos ducados de renta perpetuos, situados en la caja de Su Majestad en la Ciudad de Los Reyes, y que se le daría ayuda de costa para traer su mujer y casa a España, y un hábito de Santiago y esperanzas de plaza de asiento en la casa real, y que los indios que el Cuzco tenía, heredados de su padre y abuelo, se pusiesen en la Corona Real, y que él no pudiese pasar a Indias. Todo esto me escribieron de Valladolid que había salido de la consulta; no sé que hasta ahora (que es fin de marzo) se haya efectuado nada para poderlo escribir aquí. Y con esto entramos en el Libro décimo[2] a tratar de las heroicas e increíbles hazañas de los españoles que ganaron aquel Imperio.

FIN DEL LIBRO NONO

2 Lo que el Inca Garcilaso pensó que fuera el Libro X, se convirtió en el Libro I de la Segunda Parte de los *Comentarios Reales,* que apareció en Córdoba en 1617 con el título de *Historia General del Perú.*







CRONOLOGIA

EN ESTA CRONOLOGÍA, inevitablemente sumarísima, se ha dado especial interés a aquello relacionado de algún modo, en forma directa o indirecta, con la vida, la preocupación intelectual y la obra histórica del Inca Garcilaso. Así, en cuanto a América, las noticias mayores se refieren a fundación de ciudades y Audiencias, a disposiciones legales de la Corona española, a expediciones descubridoras, a vocabularios de lenguas indígenas, y a luchas que el Inca relató, como las de los araucanos. En cuanto a Europa occidental, se ha puesto acento particular en lo referente a las controversias religiosas, a los conflictos de España con Francia e Inglaterra, y sobre todo, en el campo cultural, a la fecha de las obras históricas que el Inca Garcilaso consultó, a las concepciones astronómicas que alcanzó y a las producciones literarias coetáneas que, para aclarar el tono de época, es necesario colocar junto a las suyas.

1539	12 de abril- Nace en el Cuzco Gómez Suárez de Figueroa (después Inca Garcilaso), hijo del Capitán español Garcilaso de la Vega y de la Palla incaica Chimpu Ocllo. Padrino de bautismo: Francisco de Almendras.
1540	El capitán Garcilaso en su encomienda de Tapacarí en los Charcas. Chimpu Ocllo en el Cuzco.
1541	El Capitán Garcilaso Alcalde de La Plata o Chuquisaca. Va al Cuzco y se alista con las tropas pizarristas después del asesinato de Francisco Pizarro.
1542	El Capitán Garcilaso recibe recomendación de Vaca de Castro. El Cabildo del Cuzco lo recibe por Teniente y Capitán General del Cuzco, Charcas y Arequipa.
1543	El Gobernador del Perú, Vaca de Castro, da nuevos repartimientos a Garcilaso en la provincia quechua (Cotanera y Huamampallpa). La casa de Pedro de Oñate, en el Cuzco, se entrega al Capitán Garcilaso, después de la muerte del almagrista Oñate tras de su derrota en Chupas.
1544	El Capitán Garcilaso apoya a Gonzalo Pizarro como Procurador para reclamar de las Nuevas Leyes; pero luego duda y escapa a Lima. El gonzalista Bachicao cañonea la casa de Garcilaso en el Cuzco.

Perú y América	*Mundo exterior*
Fundación de San Juan de la Frontera de Huamanga. Gonzalo Pizarro sale del Cuzco en su expedición a la Canela. *Breve y compendiosa Doctrina Christiana en lengua mexicana y castellana* del Obispo Zumárraga.	Relecciones *De indis* y *De jure belli* de Francisco de Vitoria. *Epístolas familiares* y *Menosprecio de corte y alabanza de aldea,* de Antonio de Guevara. *Súmulas* de Domingo de Soto. *Compendio de las historias del Reino de Nápoles,* de Pandolfo Collenuccio.
Fundación de Arequipa. Las diócesis de Los Reyes (Lima) y de Quito se separan en la del Cuzco.	El Papa Paulo III confirma la Compañía de Jesús. Muerte de Juan Luis Vives en Brujas.
Los seguidores de Almagro el Mozo asesinan a Francisco Pizarro. Llega al Perú, como Gobernador, Cristóbal Vaca de Castro. El Obispo Valverde muere a manos de los indios en la isla Puna.	Expedición frustrada a Argel de las fuerzar de Carlos V. Fundación de la iglesia calvinista. Muerte de Paracelso. *Silva de varia lección,* de Pero Mexía.
Batalla de Chupas: derrota de Almagro el Mozo. Francisco de Orellana descubre el río de las Amazonas. Sale de Nueva España (o México) la expedición de Ruy López de Villalobos al Pacífico; bautiza el archipiélago de las Filipinas. El 20 de noviembre se expiden en Barcelona las Nuevas Leyes u Ordenanzas a incitación de Bartolomé de Las Casas.	Paulo III reanima la Inquisición bajo el Tribunal del Santo Oficio. *Diálogo delle lingue,* de Sperone Speroni; *Della institutione della vita del uomo,* de A. Piccolomini.
Fundación de León de Huánuco de los Caballeros. Llega a Lima el Obispo Loaysa. Entrada de Diego de Rojas en Tucumán. Audiencia de Guatemala.	*Las revoluciones de los mundos celestes,* de Copérnico. Publicación de las Poesías de Boscán y Garcilaso; *Crónica general de España,* de Fernán Pérez de Oliva.
Alzamiento de Gonzalo Pizarro. Blasco Núñez de Vela llega al Perú como primer Virrey; instalación de la Audiencia de Lima. Tello de Sandoval lleva a México las Nuevas Leyes. Bartolomé de Las Casas Obispo de Chiapa. Descubrimiento de las minas de Zacatecas.	Paz de Crespy entre España y Francia.

	Vida y obra
1545	El Capitán Garcilaso acompaña a Gonzalo Pizarro, al parecer como "prendado".
1546	Gómez Suárez con su madre en el Cuzco; lo cuida su ayo Juan de Alcobaza.
1547	Gómez Suárez, niño, ve la entrada en el Cuzco del realista Diego Centeno después de su derrota en la batalla de Huarina; el Capitán Garcilaso, en esa batalla, da su caballo "Salinillas" a Gonzalo Pizarro.
1548	Gómez Suárez ve a Gonzalo Pizarro y a Francisco de Carvajal en el Cuzco; ve después los ajusticiamientos y castigos de los gonzalistas. Pedro de la Gasca celebra su victoria en el balcón de la casa de Garcilaso.
1549	El Capitán Garcilaso casa con Luisa Martel de los Ríos; poco después se casa a Chimpu Ocllo con Juan del Pedroche. Gómez Suárez sigue viviendo en la casa paterna. Poco antes, su padrino de confirmación es Diego de Silva.
1550	Gómez Suárez pasa por varios profesores en el Cuzco.
1551	El hijo del Virrey Mendoza ve las fiestas que se le hacen en el Cuzco, desde el balcón de Garcilaso. Gómez Suárez ve por primera vez labrar con bueyes.

Perú y América	Mundo exterior
El Virrey Núñez Vela, depuesto por la Audiencia, llega a Quito. El Rey nombra a Pedro de la Gasca como Pacificador del Perú. Descubrimiento del cerro de plata de Potosí. Revocación de las Nuevas Leyes para México.	Primera reunión del Concilio de Trento. *Historia imperial y cesárea*, de Pero Mexía. *Método de tratar las heridas producidas por arcabuces*, de A. Paré.
Batalla de Iñaquito; muerte del Virrey Núñez Vela. Llega al Perú el Pacificador Pedro de la Gasca.	Muerte de Lutero. Muerte de Francisco I.
Victoria de los gonzalistas sobre Diego Centeno en Huarina. Ultimo y definitivo regreso de Las Casas a España. Muere Hernán Cortés en Castilleja de la Cuesta (Sevilla).	Victoria de Carlos V en Muhlberg. Nace Miguel de Cervantes en Alcalá de Henares. Muerte de Enrique VIII de Inglaterra. Cesión de gran parte de Hungría a los otomanos.
Triunfo de La Gasca en Xaquizahuana; ajusticiamiento de Gonzalo Pizarro y de Carvajal. Fundación de La Paz. Muere en México el Obispo Zumárraga. Audiencia de Guadalajara.	Primer teatro público en París.
Llega al Perú Real Cédula aboliendo el servicio personal de los indios. Audiencia de Santa Fe de Bogotá.	*Common Prayer Book* en Inglaterra. *Défense et illustration de la langue francaise*, de Du Bellay. El español Francisco Xavier introduce el cristianismo en el Japón.
La Gasca se embarca de regreso a España. Rebelión y castigo de los Contreras en Panamá. Se agrega al Perú la provincia de Tierra Firme. Antonio de Mendoza, Virrey del Perú. Luis de Velasco sucede a Antonio de Mendoza como Virrey de México.	Polémica sobre las Indias en Salamanca. Ginés de Sepúlveda, opositor de Las Casas, publica en Roma su *Apología pro libro de justis belli causis*. Comienza la recopilación de *Navegaciones y viajes* de Ramusio.
El Virrey Mendoza en Lima. Reales Cédulas de fundación de las Universidades de Lima y de México.	Enrique II de Francia compromete su apoyo a los luteranos; tratado de Chambord.

1552	Gómez Suárez y otros condiscípulos mestizos toman clases de latinidad con Juan de Cuéllar.
1553	Gómez Suárez testigo del alzamiento de Girón en el Cuzco. El Capitán Garcilaso es nombrado Alcalde del Cuzco, pero queda sin efecto su nombramiento.
1554	El Capitán Garcilaso es nombrado por la Audiencia Corregidor y Justicia Mayor del Cuzco.
1555	Gómez Suárez, por encargo, reparte en el Cuzco las primeras uvas.
1556	El Virrey releva al Capitán Garcilaso como Corregidor. Garcilaso cede su chacra de coca en Havisca a su hijo Gómez Suárez y a Garcí Sánchez de Figueroa.
1557	Gómez Suárez juega cañas en el Cuzco por la jura de Felipe II. Sayri Túpac, hijo del Inca Manco, se concierta con el Virrey. Nace Blanca de Sotomayor, hija del Capitán Garcilaso y de Luisa Martel.
1558	Gómez Suárez visita al Inca Sayri Túpac en el Cuzco; adquiere de Garcí Sánchez la otra mitad de Havisca.

Perú y América	*Mundo exterior*
Muere en Lima el Virrey Mendoza; la Audiencia Gobernadora. Obispado de Charcas.	Se publican en Sevilla los 9 *Tratados* de Las Casas; entre ellos, la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias.* *Historia general de las Indias,* de Francisco López de Gómara.
Rebeliones de Vasco Godínez y Sebastián de Castilla en Charcas; rebelión de Francisco Hernández Girón en el Cuzco; rebelión de los araucanos en Chile. Fundación de Santiago del Estero.	Miguel Servet muere en la hoguera en Ginebra. Los ingleses llegan a Arkangel. Primera parte de la *Crónica del Perú,* de Pedro de Cieza de León.
Girón vence al ejército de los Oidores en Villacurí y en Chuquinga. Es derrotado en Pucara. Ajusticiamiento de Girón en Lima. Muerte de Pedro de Valdivia a manos de los araucanos. Muerte de Gutierre de Cetina en Puebla.	Publicación del *Lazarillo de Tormes.* Las Cortes españolas piden la prohibición de los libros de caballerías.
Andrés Hurtado de Mendoza, Márquez de Cañete, Virrey del Perú. *Vocabulario en la lengua castellana y mexicana,* de Alfonso de Molina. Posible fecha de transcripción del *Popol Vuh.* Expedición de Villegaignon al Brasil.	Paz de Augsburgo; libertad de los Príncipes de escoger su religión. Carlos V abdica los Estados de Flandes en su hijo Felipe. *Historia General de las Indias,* más la conquista del Perú, de Gómara; *Historia del descubrimiento y conquista del Perú,* de Agustín de Zárate.
Llegada del Marqués de Cañete a Lima; destierra a muchos Capitanes a España. Fundación de Santa y de Cañete (Huarcu).	Abdicación de Carlos V en Felipe II (España, Flandes e Indias) y en Fernando I (Alemania). Muerte de San Ignacio de Loyola.
Expedición contra los araucanos, encabezada por D. García Hurtado de Mendoza, hijo del Virrey del Perú. Fundación de Cuenca. Exploración del estrecho de Magallanes.	Triunfo de Felipe II en San Quintín. Muere Juan III de Portugal; le sucede Don Sebastián, con Regencia de Doña Catalina. *El Crotalón,* de Cristóbal de Villalón.
Sayri Túpac sale de su refugio de Vilcabamba en acuerdo con el Virrey; entra en Lima; se bautiza en el Cuzco. Fundación de Cañete, Concepción y Osorno en Chile.	Muerte de Carlos V en Yuste. Muerte de María Tudor; sube al trono Isabel de Inglaterra.

	Vida y obra
1559	El Capitán Garcilaso otorga testamento cerrado; deja 4.000 pesos a su hijo Gómez Suárez para que vaya a estudiar a España. Muere en Cuzco el 18 de mayo. Días antes nació Francisca de Mendoza, su segunda hija con Luisa Martel.
1560	El Corregidor Polo de Ondegardo muestra a Gómez Suárez las momias de los Emperadores Incas. El 20 de enero parte del Cuzco Gómez Suárez en viaje a España. Itinerario: Anta, río Apurímac, Andes, costa, Lima, puerto del Callao (4 de marzo), Océano Pacífico, Panamá, cruce del istmo, Cartagena, Azores, Lisboa, Sevilla, Extremadura, Montilla. Luisa Martel casa con Luis Jerónimo de Cabrera.
1561	Gómez Suárez en Montilla con su tío el Capitán Alonso de Vargas.
1562	Gómez Suárez en Madrid; pretensiones en la Corte.- Encuentra allí a Hernando Pizarro, a Vaca de Castro, al Padre Las Casas y a otras personas importantes para América.
1563	Fracasadas sus pretensiones en la Corte, el 27 de junio Gómez Suárez obtiene licencia para volver al Perú; va a Sevilla, pero se queda en España. El 22 de noviembre aparece por primera vez, en Montilla, como "Garcilaso de la Vega".
1564	En Montilla.
1565	En Montilla.

Perú y América	*Mundo exterior*
Se nombra al Conde de Nieva Virrey del Perú. Instalación de la Audiencia de Charcas. Fundación de Angol de los Infantes en Chile.	Paz de Cateau-Cambrésis. Muere Paulo IV y se elige a Pío IV. El Parlamento inglés vota el Acta de uniformidad para las parroquias (lengua vulgar). *Diana* de Jorge de Montemayor.
Muere en Lima el Virrey Marqués de Cañete. Expedición de Pedro de Orsúa a la selva. Domingo de Santo Tomás publica en Valladolid la primera Gramática y el primer *Lexicon* de lengua quechua.	Carlos IX de Francia. *Obras* de Ronsard; muerte de J. du Bellay. Gaspar de Coligny envía a J. Ribaut y a René de Laudonnière a colonizar la Florida.
Llega el Conde de Nieva a Lima. Asesinato de Orsúa; rebelión de Lope de Aguirre; sigue por el Amazonas; sale al Atlántico y es ajusticiado en Barquisimeto.	Felipe II traslada la Corte a Madrid. *Historia de Italia,* de Guicciardini. Se publica la *Poética* de Scaligero.
Fundación de la villa de Arnedo, o Chancay.	Nace Lope de Vega en Madrid.
Fundación de Santiago de Miraflores de Saña y de Valverde de Ica. Descubrimiento de la mina de azogüe de Huancavelica. Audiencia de Quito.	Los 39 artículos, credo de los anglicanos. Se firma la paz religiosa en Francia. Ribaut publica en Londres el relato de su expedición a la Florida. *Sobremesa y alivio de caminantes,* de Juan de Timoneda.
Muerte violenta del Virrey Conde de Nieva en Lima; el Licenciado Lope García de Castro, Gobernador Presidente de la Audiencia. Luis de Velasco, Virrey de México. Expedición de López de Legazpi al Poniente de México (Océano Pacífico).	Muerte de Miguel Angel. Muerte de Calvino. Nacimiento de Shakespeare. Nacimiento de Galileo. Muere Fernando I y le sucede Maximiliano II. *Diana enamorada,* de Gil Polo.
Muerte del Obispo Vasco de Quiroga en Uruapan, Michoacán, Nueva España. Primer tornaviaje de Cebú a Acapulco. Establecimiento de los Corregidores de indios. Casa de Moneda en Lima.	Muerte de Pío IV; le sucede Pío V. *Historia del Mundo Nuevo,* de Girolamo Benzoni.

	Vida y obra
1566	En Montilla.
1567	En Montilla.
1568	En Montilla.
1569	En Montilla; las comarcas andaluzas se aprestan a colaborar en la lucha contra los moriscos; se arman mesnadas señoriales, entre ellas la del Marqués de Priego.
1570	4 de marzo: primero de los cuatro despachos de Capitán a Garcilaso. Muere en Montilla su tío Alonso de Vargas; los bienes de éste pasan a su viuda Luisa Ponce de León por sus días; a la muerte de ésta pasarán a Isabel de Vargas y al sobrino Garcilaso.
1571	Termina la guera de Granada; Garcilaso vuelve a Montilla. Chimpu Ocllo muere en el Cuzco; su testamento, con el nombre cristiano de Isabel Suárez, es del 22 de noviembre.

Perú y América	Mundo exterior
Nueva Recopilación de leyes de Indias. Muere Bartolomé de las Casas en Madrid. Audiencia de Chile, en Concepción. Conspiración de los Cortés en México; Marqués de Falces, Virrey. Nace en Bogotá Juan Rodríguez Freile (autor del *Carnero*).	*Catecismo* del Concilio de Trento. Muerte de Solimán el Magnífico. Rebelión de los Países Bajos. Expedición de John Hawkins a Antillas. y Tierra Firme. *Carlo famoso,* de Luis de Zapata.
Expedición de Alvaro de Mendaña al Pacífico (descubre islas Salomón). Motín de mestizos en el Cuzco y en Lima. Manuscrito del *Gobierno del Perú* del Licenciado Matienzo. Fundación de Caracas.	El Duque de Alba en Flandes. Correrías de Hawkins y Drake. Pedro Menéndez de Avilés culmina la recuperación de la Florida para España. *Guía de pecadores,* de Fray Luis de Granada. Juan de Timoneda publica comedias y coloquios de Lope de Rueda.
Junta Magna en Madrid sobre materias de Indias. Martín Enríquez, Virrey de México; Francisco de Toledo, Virrey del Perú. Ajusticiamiento de Martín Cortés en México. Nace Fernando de Alva Ixtlilchótil. Muere Toribio de Benavente (Motolinía)	Mueren el Príncipe D. Carlos (hijo de Felipe II) y la Reina Isabel de Valois. Abdicación y prisión de María Estuardo. D. Sebastián asume el gobierno en Portugal. Vignolo: la iglesia del Gesú en Roma. Rebelión de los moriscos en las Alpujarras de Granada.
Llega al Perú el Virrey Toledo. Francis Drake toma Nombre de Dios, en Panamá.	Don Juan de Austria al mando de la guerra contra los moriscos. Cosme de Medicis, primer Gran Duque de Toscana. Primera parte de *La Araucana,* de Alonso de Ercilla.
El Virrey Toledo inicia su Visita general al Perú, y sus Informaciones y Ordenanzas. Se instala en Lima y en México la Inquisición, o Tribunal del Santo Oficio.	Excomunión de Isabel de Inglaterra. Libertad de cultos para los hugonotes en Francia. Fundación de la Bolsa de Londres. *Theatrus orbis terrarum,* de Ortelius (Amberes).
Incorporación a la Corona de las minas de Huancavelica. Toledo ordena reducciones a pueblos en el Perú. Paulo V concede rango de Pontificia a la Universidad de Lima.	Triunfo cristiano en la batalla de Lepanto, bajo el mando de Juan de Austria. Rebelión de los Países Bajos bajo Guillermo de Orange: República de las Provincias Unidas. López de Velasco primer Cronista Mayor de Indias. *Historia del Perú,* de Diego Fernández (el Palentino).

	Vida y obra
1572	En Montilla.
1573	En Montilla.
1574	Garcilaso da poder para vender su chacra de Havisca. Al parecer, sólo en este año se entera de la muerte de su madre.
1575	En Montilla.
1576	En Montilla.
1577	En Montilla.
1578	En Montilla.

Perú y América	*Mundo exterior*
Campaña contra los Incas de Vilcabamba: Titu Cusi y Túpac Amaru. Muere Fray Pedro de Gante, fundador del primer Colegio en México.	Muerte de John Knox. La noche de San Bartolomé, en París. Tycho Brahe: *Introducción a la nueva Astronomía.* *Os Lusíadas,* de Luis de Camoens. *Historia Indica,* de Sarmiento de Gamboa (manuscrito).
Toledo en el Alto Perú; Junta de Chuquisaca; beneficio de la plata por el azogue. Primer auto de fe en Lima. Casa de moneda en Potosí. Fundación de Córdoba.	Torcuato Tasso: *Aminta.* Colección de las poesías de Cristóbal de Castillejo.
Fundación de Cochabamba y de Tarija. Ejecución de Luis Jerónimo de Cabrera en Santiago del Estero. Expedición contra los chiriguanos. Viaja a México Juan de la Cueva.	Enrique III sucede a Carlos IX de Francia.
Terminada su Visita general, el Virrey Toledo vuelve a Lima. Muere Jerónimo de Loaysa, Arzobispo de Lima. Colegio de San Pablo, de Alonso de la Veracruz, en México.	Bula de la Congregación del Oratorio de Felipe Neri. *Examen de ingenios para las ciencias,* de Huarte de San Juan. *Antigüedades de las ciudades de España,* de Ambrosio de Morales.
Alfonso de Molina: *Arte de la lengua mexicana y castellana.*	Los Estados Generales de los Países Bajos proclaman la libertad de conciencia. Muerte de Ticiano; muerte de Hans Sachs. Teatro público en Londres. *Tratado de la República,* de Juan Bodin. *El Patrañuelo,* de Juan de Timoneda.
Drake sale de Plymouth hacia América. Juan de la Cueva regresa de México a España.	La Fórmula de la Concordia, luterana. Se retiran de Flandes los "tercios" españoles. *Las Moradas,* de Santa Teresa.
Drake pasa por Magallanes. Toribio de Mogrovejo nuevo Arzobispo de Lima. A. de Molina: *Doctrina christiana en lengua mexicana.*	Muerte de Don Juan de Austria en Flandes. Derrota de Alcazarquivir y muerte del Rey D. Sebastián de Portugal. *Sonetos para Elena,* de Pierre de Ronsard.

	Vida y obra
1579	En concurso anual, en Montilla, se escoge un caballo criado por Garcilaso. En uno de los viajes de Garcilaso a Sevilla ve una inmensa perla llevada de Panamá.
1580	En Montilla.
1581	En Montilla.
1582	En Montilla. Garcilaso reclama los tafetanes de colores que prestó a Juan Arias Maldonado, quien estaba por embarcarse para las Indias.
1583	En Montilla.
1584	En Montilla.

Perú y América	*Mundo exterior*
Drake asalta el puerto del Callao.	Confederación de Utrecht; independencia de las Provincias Unidas. Teatro público en Madrid. Spenser: *El calendario del pastor.* *Euphues,* de Lyly. *Defensa de la Poesía,* de Sydney.
Martín Enríquez pasa de Virrey de México a Virrey del Perú. Gobierno en México de Lorenzo Suárez de Mendoza.	Anexión de Portugal a España; como monarca, Felipe II. Vuelve Drake a Inglaterra después de su vuelta al mundo. *Jerusalén libertada,* de Tasso; *Ensayos,* de Miguel de Montaigne; *Arcadia,* de Sydney. *Discurso,* de B. Palissy.
Entran en Lima Martín Enríques y Toribio de Mogrovejo. Sale de España la expedición a Magallanes encabezada por Sarmiento de Gamboa. Nace en Taxco, México, Juan Ruiz de Alarcón (tal vez a fines de 1580).	Francis Drake es hecho Caballero. Se establece en Inglaterra la "Compañía del Levante".
III Concilio Provincial Limeño, convocado por el Arzobispo Mogrovejo. Colegio de San Martín, de los Padres Jesuitas, en Lima.	El Papa Gregorio XIII dispone la reforma del Calendario. Muere Santa Teresa. Siberia, provincia rusa. Se publican los *Viajes* de Richard Hakluyt *De jure belli ac pacis,* de Francisco de Vitoria. *El pastor de Fílida,* de Gálvez de Montalvo.
Muere en Lima el Virrey Enríquez; la Audiencia Gobernadora. Sarmiento de Gamboa llega al Estrecho de Magallanes y tiene que regresar. Audiencia de Manila.	Ocupación de Terranova por Inglaterra. Expedición a las Azores de Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz. *De los nombres de Cristo* y *La perfecta casada,* de Fray Luis de León.
El turinés Antonio Ricardo inicia la imprenta en Lima: *Pragmática sobre los diez días del año, Doctrina christiana* y *Catecismo* en quechua y aymara. Fundación de Virginia. Padre Anchieta: Historia brasileña de la Compañía de Jesús.	Asesinato de Guillermo de Orange. Muerte de Iván el Terrible. Giordano Bruno: *Del infinito universo y mundo.* Juan Rufo: *La Austriada.*

	Vida y obra
1585	En Montilla.
1586	Muere en Córdoba Luisa Ponce de León, viuda de Alonso de Vargas; corresponde a Garcilaso la mitad de la herencia del tío. Garcilaso termina su traducción de *Diálogos de Amor* de León Hebreo. Primera noticia de su historia de *La Florida* y de los *Comentarios*. Por primera vez aparece como "Inca".
1587	El Cabildo de Montilla nombra Procurador a Garcilaso para evitar que entre allí el Juez de Comisión; porque "de su persona, crédito, suficiencia se tiene la satisfacción que conviene".
1588	Licencia de impresión de la traducción de los *Diálogos de Amor*. Por esta época parece haber nacido Diego de Vargas, hijo de Garcilaso y de su criada Beatriz de Vega.
1589	Garcilaso va a Las Posadas a recoger informaciones de Gonzalo Silvestre sobre la expedición de Hernando de Soto a la Florida. Fecha allí su segunda dedicatoria a Felipe II de la traducción de los *Diálogos de Amor*.
1590	Se publican en Madrid los *Diálogos de Amor*, en casa de Pedro Madrigal. Por esta época, posiblemente, Garcilaso hace anotaciones a la *Historia* de Gómara. Nueva redacción de *La Florida*, con las relaciones de Carmona y de Coles. Le llega del Perú semilla de quinua.
1591	Luis de Góngora vende a Garcilaso su parte en unos censos del Marqués de Priego. Garcilaso vende su casa de la calle del Capitán en Montilla y se traslada a Córdoba.

Perú y América	*Mundo exterior*
Entra en el Perú el nuevo Virrey, Conde Villardopardo. Alvaro Manrique de Zúñiga, Virrey de México.	Muere Gregorio XIII; le sucede Sixto V. *La Galatea,* de Miguel de Cervantes. Muerte de Ronsard.
Terremoto en Lima y el Callao. Drake asalta Santo Domingo y destruye Cartagena. *Arte y vocabulario en la lengua general del Perú llamada quichua* (atribuido a Juan Martínez).	*Las lágrimas de Angélica,* de Barahona de Soto.
Correrías de Cavendish; se apodera en California del galeón de Manila; saqueo de Paita.	Decapitación de María Estuardo.
La población de Paita se traslada a San Miguel del Villar de Piura (Catacaos).	Desastre de la Armada Invencible. Asesinato del Duque de Guisa en Blois. Muerte de Pablo el Veronés y de Sánchez Coello. Muerte de Fray Luis de Granada. Marlowe: *El Doctor Fausto.*
Termina en el Perú el gobierno de Villardopardo; nuevo Virrey, García Hurtado de Mendoza. Primera parte de las *Elegías de varones ilustres de Indias,* de Juan de Castellanos.	Asesinato de Enrique III de Francia; Enrique de Navarra accede al trono como Enrique IV. Giovanni Botero: *Razón de Estado.* *De Natura Novi Orbi,* del Padre Joseph de Acosta.
Entra en Lima el nuevo Virrey, con su mujer Teresa de Castro. Luis de Velasco (hijo), Virrey de México. Muere en México Fray Bernardino de Sahagún.	Muerte de Sixto V; Urbano VII; Gregorio XIV. *Historia Natural y Moral de las Indias,* del Padre Acosta. *El pastor Fido,* de Guarino.
Fundación de Rioja y de Castrovirreina. Real Cédula que autoriza a la "composición" de tierras en el Perú. Juan de Cárdenas publica en México *Problemas y secretos maravillosos de las Indias.*	Papas Inocencio IX y Clemente VIII. Mueren Fray Luis de León y San Juan de la Cruz. 1ª parte de las *Relaciones universales del mundo,* de Giovanni Botero. Spenser: *La Reina de las Hadas.* Enrique Garcés publica sus traducciones de Petrarca y de Camoens.

1592	Muere en Las Posadas Gonzalo Silvestre; muere en Priego Alonso de Carmona. Carta autobiográfica al Licenciado Fernández Franco.
1593	En Córdoba. Proyecta una edición corregida de los *Diálogos,* con división en capítulos y "más suave y corriente el romance".
1594	Por entonces, o poco antes, y por incitación del Padre Pineda, Garcilaso proyecta volver a su sentido espiritual las *Lamentaciones de Job,* de Garcí Sánchez de Badajoz.
1595	En Córdoba.
1596	En Córdoba; firma el 5 de mayo la "Relación de la descendencia de Garcí Pérez", desglosada de *La Florida,* que está ya por terminar.
1597	11 de agosto: Garcilaso aparece por primera vez como "clérigo" en una escritura.

Perú y América	*Mundo exterior*
El Virrey del Perú promulga la Real Cédula del impuesto de alcabala; se produce fuerte reacción, sobre todo en Quito. Real Colegio de San Felipe y San Marcos en Lima.	Shakespeare: *Ricardo III.*
Descubrimiento de las minas de plata de Yauli.	Enrique IV de Francia abjura el protestantismo. Muerte de Marlowe. Shakespeare: *La fierecilla domada.* Tasso: *Jerusalén conquistada.*
Ordenanzas para Lima. Ricardo Hawkins atraviesa Magallanes; correrías por la costa peruana; Beltrán de Castro lo persigue y lo apresa.	Muerte de Tintoretto. Muerte de Palestrina. Shakespeare: *Romeo y Julieta.*
Nueva expedición de Mendaña al Pacífico, con su mujer Isabel Barreto; descubrimiento de las islas Marquesas; Mendaña muere y toma el mando su mujer, quien llega a Manila. Drake incendia Nombre de Dios y fracasa.	*El sueño de una noche de verano,* de Shakespeare.
Drake muere, enfermo, en Portobelo. Termina en el Perú el gobierno del Marqués de Cañete; nuevo Virrey D. Luis de Velasco (que lo era de México). Pedro de Oña edita en Lima su *Arauco domado.*	Saqueo de Cádiz por los ingleses. Nacimiento de Descartes. Kepler: *Misterio cosmográfico.* Shakespeare: *El mercader de Venecia.* Ben Jonson: *Cada hombre e su humor.* Antonio de Herrera, Cronista Mayor de Indias.
Casa de comedias de Francisco de León en México.	Muere Fernando de Herrera. Escuelas Pías de José de Calasanz, en Roma. Bacon: *Ensayos.* *Comentarios al libro de Job,* del Padre Juan de Pineda (2º tomo en 1601).

	Vida y obra
1598	En Córdoba. Muere en Málaga el chachapoyano Padre Blas Valera; los jesuitas entregan a Garcilaso sus "papeles rotos" en el saco de Cádiz de 1596.
1599	Garcilaso otorga poder a Juan de Morales para que obtenga licencia de impresión de *La Florida* y de los *Diálogos de Amor* enmendados.
1600	Garcilaso vuelve a escribir el capítulo sobre el nombre "Perú".
1601	Garcilaso arrienda la casa de la calle del Deán, su residencia más constante en Córdoba. El Padre Pineda, en el segundo tomo de sus *Comentarios a Job,* menciona a Garcilaso y su interpretación del nombre "Perú".
1602	Llega a España Melchor Carlos Inca, quen antes había presentado su reclamo ante la Audiencia de Lima.
1603	Los Incas de sangre real del Cuzco envían poder a Garcilaso, a Melchor Carlos Inca, a Alonso de Mesa y a Alonso Márquez de Figueroa (sobrino de Garcilaso). El Padre Alcobaza le envía el *Confesionario* impreso en Lima por Antonio Ricardo.

Perú y América	*Mundo exterior*
Sublevaciones en Arauco; muerte del Gobernador García de Loyola; asume el mando Pedro de Vizcarra. El huamanguino Fray Luis Jerónimo de Oré publica en Lima su *Symbolo Catholico Indiano.*	Empieza la vuelta al mundo del holandes van Noort. Muere Felipe II y lo sucede Felipe III; Clara Eugenia en los Países Bajos. Poco antes: paz de Vervins; fin de la guerra de España con Francia. Edicto de Nantes: derechos a los hugonotes. Shakespeare: *Las alegres comadres de Windsor.* Lope de Vega: *La Arcadia* y *La Dragotea.*
El Virrey del Perú envía a Chile a Francisco de Quiñones- Incendio de Valdivia y de Chillán por los araucanos.- Quiñones cruza el Bíobío y recupera Angol y la Imperial. El holandes van Noort cruza Magallanes. Primer teatro fijo en Lima.	Nacimiento de Velázquez. Privanza del Duque de Lerma (antes Marqués de Denia). Shakespeare: *Noche de Reyes.* *Odas civiles,* de Malherbe. *Guzmán de Alfarache,* de Mateo Alemán. Lope de Vega: *El Isidro.* *El peregrino indiano,* de Antonio de Saavedra.
Van Noort se aleja a Filipinas y vuelve a Holanda. Juan Ruiz de Alarcón sale de México para estudiar en España.	Fundación de la Compañía de las Indias en Londres. Nace Calderón de la Barca. Muere en Roma, en la hoguera, Giordano Bruno. La corte española se traslada a Valladolid hasta 1606.
Llega a América la Real Cédula de supresión del servicio personal de los indios.	Comienza el sitio de Ostende. Sully y el *Théatre d'Agriculture.* Se inicia la *Historia de España,* del Padre Juan de Mariana, en español.
Se edita en Lima la *Miscelanea Austral* de Dávalos y Figueroa.	Se funda en Holanda la Compañía de las Indias Orientales. Campanella: *La ciudad del Sol.*
Corral de comedias del Hospital de San Andrés, en Lima. Facultad Teológica de San Fulgencio en Quito. Dávalos y Figueroa: *Defensa de damas.* *Arte y gramática de la lengua aymara,* del Padre Bertonio; *Gramática y Vocabulario en lengua quechua, aymara y española,* del Padre Diego de Torres Rubio.	Muerte de Isabel de Inglaterra; Jacobo I, Rey de Escocia e Inglaterra. Shakespeare: *Hamlet.*

	Vida y obra
1604	Garcilaso cede a su sobrino los derechos que esperaba del Rey. Poder a Silva para imprimir *La Florida* en Lisboa. Termina los *Comentarios Reales*, les da nombre y los envía también a Lisboa.
1605	Garcilaso, Mayordomo del Hospital de la Limpia Concepción, en Córdoba. Aparece en Lisboa, en casa de Pedro Craasbec, *La Florida del Ynca*, primera obra histórica del Inca Garcilaso.
1606	Cita de los *Comentarios* en la obra de Bernardo de Aldrete *Del origen y principio de la lengua castellana o romance que hoy se habla en España.*
1607	En Córdoba.
1608	Fecha del colofón de los *Comentarios Reales*.

Perú y América	*Mundo exterior*
Termina el gobierno de Luis de Velasco, quien vuelve a México para actuar allí por segunda vez como Virrey. Nuevo Virrey del Perú el Conde Monterrey. Juan Martínez: *Vocabulario en la lengua quichua y la española.* *Grandeza mexicana,* de Bernardo de Balbuena.	Toma de Ostende. Fundación de la Compañía Francesa de las Indias Orientales. Paz de Londres, entre Inglaterra y España. Shakespeare: *Otelo.* Lope de Vega: *El peregrino en su patria.*
Pedro Fernández de Quiroz inicia en el Callao su nueva expedición por el Pacífico. García Ramón, Gobernador de Chile, en la guerra con los araucanos.	Muerte del Zar Boris Godunof. Se publica la primera parte del *Don Quijote* de Cervantes. Papas León IX y Paulo V. *La Pícara Justina,* de López de Ubeda.
Quiroz vuelve por el Pacífico en tornaviaje y llega a México. Fundación de Oruro y de Ibarra. Luis de Valdivia: *Arte y Gramática de la lengua de Chile.*	Shakespeare: *Macbeth; El Rey Lear.* Ben Jonson: *Volpone.* Juan de la Cueva: *Ejemplar poético.*
Muerte del Marqués de Monterrey en Lima y del Arzobispo Toribio de Mogrovejo en Saña. *Gramática y Arte nuevo de la lengua quichua,* de González Holguín; *Doctrina cristiana y catecismo en allentiac,* del Padre Valdivia. El Padre Oré publica en Nápoles su *Rituale seu Manuale Peruanum,* con catecismos en varias lenguas americanas.	*Origen de los indios del Nuevo Mundo,* de Fray Gregorio García. Urfé: *Astrea.*
El Marqués de Montesclaros termina su Virreinato en México y pasa de Virrey al Perú. *Vocabulario* quechua-español de González Holguín. Se establece en Santiago la Audiencia de Chile.	El Archiduque Matías quita la corona de Austria a Rodolfo II. Tregua de doce años entre España y Holanda. Diego Mexía publica en Sevilla su *Parnaso Antártico.*

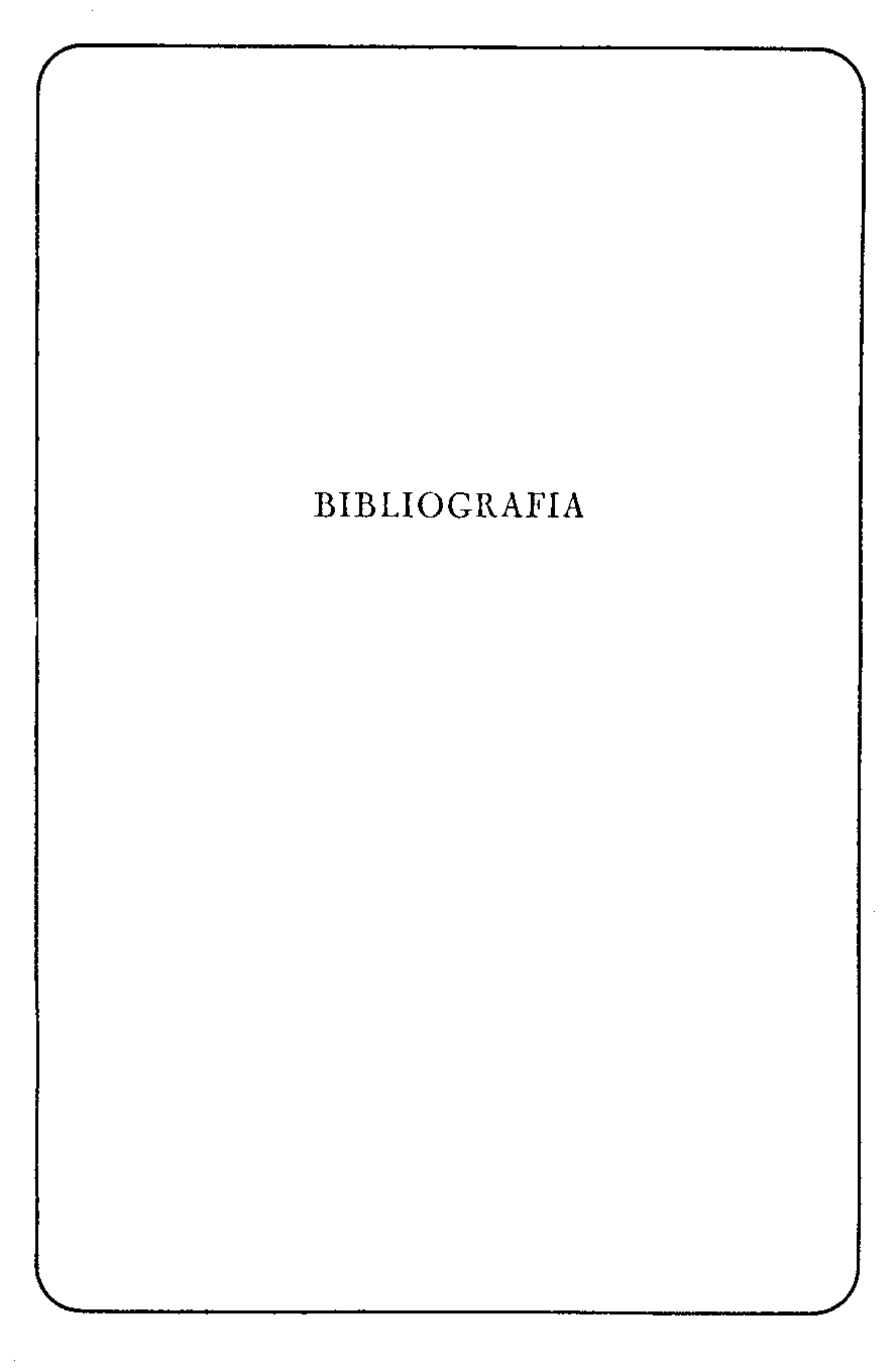
1609	Aparecen en Lisboa, en casa de Pedro Craasbeck, los *Comentarios Reales*. En los Preliminares figura por primera vez el escudo del Inca Garcilaso.
1610	En Córdoba.
1611	Francisco de Castro dedica a Garcilaso su "Arte Rethorica". El cuzqueño Feliciano Rodríguez de Villafuerte le envía desde Salamanca un relicario.
1612	Garcilaso publica en Córdoba un Sermón del Padre Alonso Bernardino. Compra una capilla para su enterramiento en la Mezquita-Catedral. Termina la Segunda parte de los *Comentarios*. El Padre Oré lo visita en Córdoba.
1613	Aprobación y licencia para la impresión de los *Comentarios* (Segunda parte).
1614	Referencia al Inca Garcilaso en la obra de Bernardo de Aldrete *Varias antigüedades...* Concierto con Francisco Romero para la impresión de la Segunda parte de los *Comentarios*. Nueva cesión de sus derechos a favor de su sobrino Alonso Márquez de Figueroa. Reja de hierro, Crucifijo y pintura en su capilla de la Catedral.

Perú y América	*Mundo exterior*
Ingresa en Lima como Arzobispo Bartolomé de Lobo Guerrero. Se crea el Arzobispado de Charcas, con Obispados en La Paz y en Santa Cruz de la Sierra. Fundación de Huaura. Ruiz de Alarcón vuelve a México. Luis de Belmonte Bermúdez imprime en México su *Vida del Padre Maestro Ignacio de Loyola.* Pedro de Oña: *El temblor de Lima.*	Se expulsa de España a los moriscos. Telescopio de Galileo. Kepler: *Astronomía nueva.* Grotius: *Mare liberum.* Lope de Vega: *Arte nuevo de hacer comedias.*
Muere García Ramón en Concepción; el Oidor Merlo de la Fuente asume el gobierno; Montesclaros nombra nuevo Gobernador a Juan de Jaraquemada. Muere en Lima San Francisco Solano. Puente de piedra sobre el Rímac. *Coloquios,* de González de Eslava.	Muere Enrique IV de Francia; le sucede Luis XIII. Canonización de San Carlos Borromeo. Kepler: *Disertaciones sobre el mundo sidéreo;* Galileo: *Sidereus Nuncius.* Matías gana la corona de Bohemia. Lope de Vega: *Peribáñez.*
Alameda en Lima. Gobierno del Arzobispo García Guerra en México. Padre Valdivia: "Razones para la guerra defensiva".	Shakespeare: *La Tempestad.* Diego de Hojeda: *La Cristiada.*
Ludovico Bertonio: *Vocabulario* y *Arte de la lengua aymara.*	Matías, Emperador de Alemania. Mira de Amescua: *El esclavo del demonio.* Góngora: *Polifemo y Galatea.*
Se instala en Lima el Tribunal del Consulado. Demarcación de los Obispados de Trujillo (Arzobispado de Lima) y Arequipa (desprendido del Cuzco). Viaje definitivo de Juan Ruiz de Alarcón a España.	Los Romanof en el trono de Rusia Cervantes: *Novelas ejemplares.* Góngora: *Soledades.* Lope de Vega: *La dama boba.*
Censo de Lima y del Virreinato del Perú. Se inicia el corral de comedias de San Agustín, en Lima.	Muerte de Domingo Theotocopuli, el Greco. *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España,* de Cabrera de Córdoba. Cervantes: *Viaje del Parnaso.* El *Quijote* apócrifo de Fernández de Avellaneda. Sale de Holanda el corsario Spilbergen.

1615	Citas de Garcilaso en la *Didascalia múltiple* de Fernández de Córdoba. El Inca Garcilaso, enfermo, no puede firmar una escritura por temblarle la mano.
1616	El 18 de abril el Inca Garcilaso otorga su testamento, que no puede firmar; codicilos el 19, el 20, el 21 y el 22 de abril; memorial, 22 de abril. El Inca Garcilaso muere en Córdoba entre el 22 y el 24 de abril (posiblemente el 23). Inventario de sus bienes: 26 y 29 de abril y 18 de mayo.
1617	Se publica en Córdoba, por la viuda de Andrés Barrera, la *Historia General del Perú*, 2º parte de los *Comentario Reales* del Inca Garcilaso (hay ejemplares con la fecha de 1616).

Perú y América	*Mundo exterior*
Termina el Virreinato de Montesclaros y lo sucede como Virrey del Perú el Príncipe de Esquilache, Francisco de Borja y Aragón. Correrías del corsario Spilbergen por la costa peruana. Termina Huaman Poma de Ayala su *Crónica del Perú.*	Cervantes: Segunda parte de *Don Quijote de la Mancha* y *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos.* Marino: *La lira.*
Alonso de Huerta: *Arte de la lengua quechua;* Torres Rubio: *Arte de la lengua aymara.* Expedición de Jacobo Lemaire y Guillermo Schouten; se nombra por éste el cabo Hoorn. Viaje de Fray Gabriel Téllez, "Tirso de Molina", a la isla de Santo Domingo o la Española.	Muere Cervantes en Madrid el 23 de abril. Muere Shakespeare en Stratford-on-Avon el 23 de abril, para Inglaterra (que era ya en España el 3 de mayo por la reforma del calendario). Campanella: *Apología de Galileo.*





BIBLIOGRAFIA

I. OBRAS DEL INCA GARCILASO

a) *Primeras ediciones*

1590 *La traduzion del Indio de los tres Diálogos de Amor de León Hebreo.* Madrid, Pedro Madrigal.
1605 *La Florida del Ynca,* Historia del Adelantado Hernando de Soto. Lisboa, Pedro Crasbeeck.
1609 *Primera parte de los Comentarios Reales.* Lisboa, Pedro Crasbeeck.
1612 Dedicatoria del Inca Garcilaso en *Sermón que predicó al Reverendo P. F. Alonso Bernardino... El cual Sermón se imprime a pedimento del Yndio Garcilaso de la Vega.* Córdoba, Francisco de Cea.
1617 *Historia General del Perú, o Segunda parte de los Comentarios Reales.* Córdoba, Viuda de Andrés Barrera.

b) *Manuscritos*

1596 *Relación de la descendencia del famoso Garcí Pérez de Vargas.* Madrid, Biblioteca Nacional, Ms. 18, 109.
—Anotaciones manuscritas en un ejemplar de la *Historia General de las Indias* de Francisco López de Gómara. Zaragoza, 1554 (ejemplar existente en la Biblioteca Nacional de Lima).
—Dos cartas con datos autobiográficos, dirigidas al Licenciado Juan Fernández Franco. Archivo de la Casa portuguesa de Cadaval, códice 909, K-VII-4, ffs. 128 a 131v. (publicadas por Eugenio Asencio en *Nueva Revista de Filología Hispánica.* México, año VII, nos. 3-4, julio-diciembre 1953).

II. OBRAS SOBRE EL INCA GARCILASO

Libros, folletos, prólogos

1916 Riva-Agüero, José de la. *Elogio del Inca Garcilaso.* Discurso pronunciado en la Universidad Mayor de San Marcos. Lima, *Revista Universitaria,* año XI, vol. I.

1921 Fitzmaurice-Kelly, Julia. *The Inca Garcilaso.* Oxford, University Press.

1935 De la Torre y del Cerro, José. *El Inca Garcilaso de la Vega. Nueva documentación.* Madrid. Imp. J. Murillo.

1939 Varios. *El cuatricentenario del Inca Garcilaso de la Vega.* Lima, *Revista Histórica,* tomo XII.

1939 Sánchez, Luis Alberto. *Garcilaso de la Vega, primer criollo.* Santiago de Chile, Ed. Ercilla.

1939 Valcárcel, Carlos Daniel, *Garcilazo-Inka.* Lima, Comp. de Impresiones y Publicidad E. Bustamante y Ballivián.

1939 Valcárcel, Luis E. *Garcilaso el Inca visto desde el ángulo indio.* Lima, Imp. del Museo Nacional.

1943 López, Castro Fulgencio. *Relación muy breve y elogiosa de la vida y la obra de Garcilaso Inca de la Vega, primer escritor criollo del Perú.* Caracas.

1943 Rojas, Ricardo. Prólogo (en la edición de los *Comentarios Reales* de Emecé Editores, Buenos Aires).

1945 Miró Quesada S., Aurelio. *El Inca Garcilaso.* Lima, Ed. E.E.A.A.

1946 Porras Barrenechea, Raúl. *El Inca Garcilaso de la Vega. 1539-1616.* Lima, Ed. Lumen.

1949 Arocena, Luis A. *El Inca Garcilaso y el humanismo renacentista.* Buenos Aires.

1955 Porras Barrenechea, Raúl. *Garcilaso en Montilla. 1561-1614.* Lima, Editorial San Marcos.

1956 Miró Quesada S., Aurelio. Prólogo (en la edición de *La Florida del Inca,* México, Fondo de Cultura Económica).

1957 Sánchez, Luis Alberto. *Garcilaso de la Vega* (en *Escritores representativos de América,* Tomo I. Madrid, Ed. Gredos).

1959 Durand, José. Prólogo (en edición de los *Comentarios Reales,* Lima, Patronato del Libro Universitario).

1959 Miró Quesada S., Aurelio. Prólogo (en edición de los *Comentarios Reales,* Lima, Librería Internacional).

1960 Menéndez Pidal, Ramón. *La moral en la Conquista del Perú y el Inca Garcilaso de la Vega* (en *Seis temas peruanos,* Madrid, Espasa-Calpe).

1962 Florit, Eugenio. *Garcilaso de la Vega, el Inca* (en *Retratos de Hispanoamérica,* Nueva York, Rinehart and Winston).

1962 Porras Barrenechea, Raúl. *El Inca Garcilaso de la Vega* (en *Cronistas del Perú,* Lima).

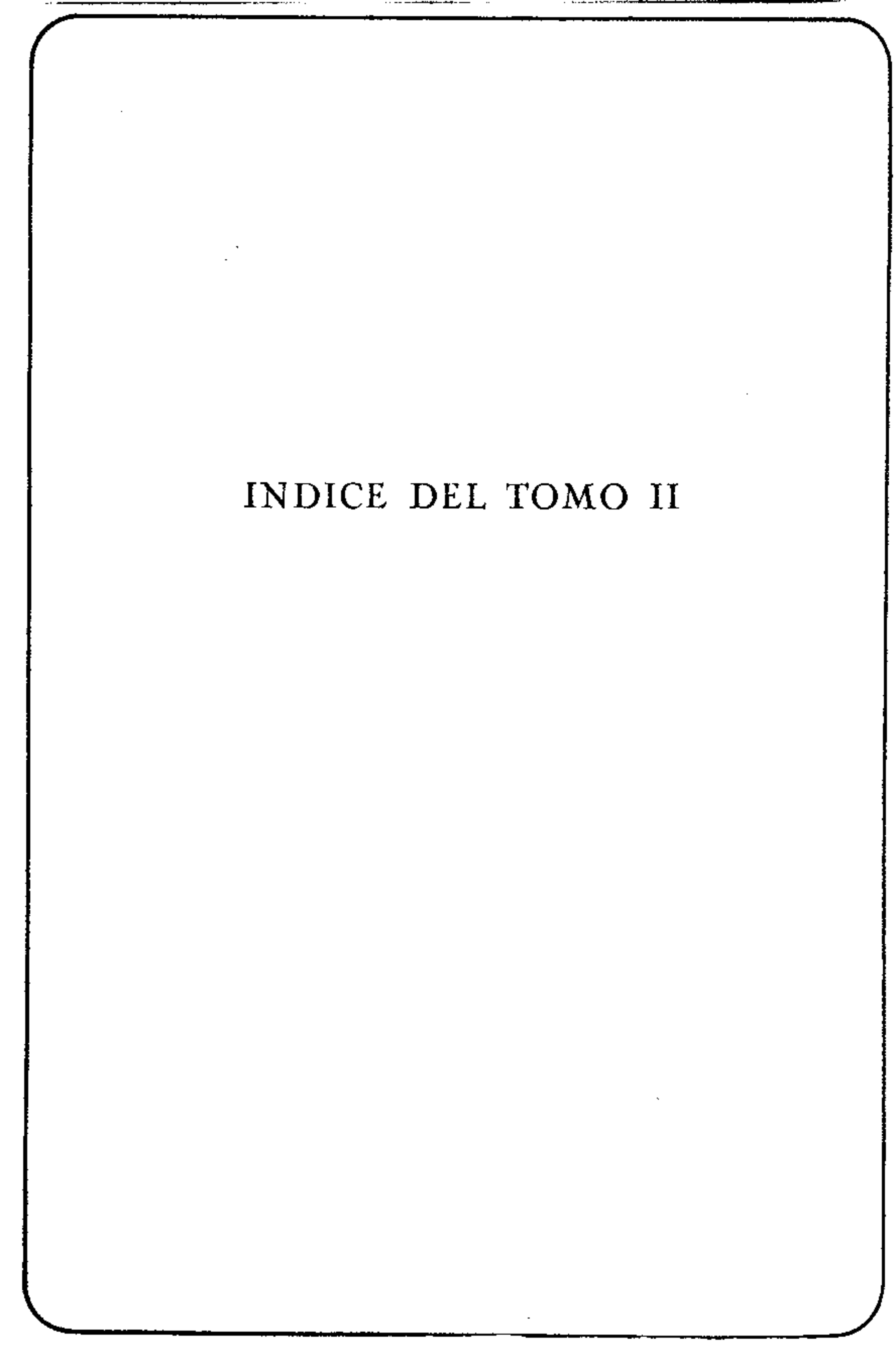
1964 Avalle-Arce, Juan Bautista. *El Inca Garcilaso en sus "Comentarios". Antología Vivida.* Madrid, Editorial Gredos.

1965 Tamayo Vargas, Augusto. *El Inca Garcilaso de la Vega* (en *Literatura Peruana,* Tomo I, Lima).

1967 De la Barra, Felipe. *Homenaje de Roma al Inca Garcilaso de la Vega,* Lima.

1968 Varner, Hohn Grier. *El Inca. The Life and Times of Garcilaso de la Vega.* Austin y Londres, University of Texas Press.

1971 Miró Quesada S., Aurelio. *El Inca Garcilaso y otros estudios garcilasistas.* Madrid, Ediciones Cultura Hispánica.



INDICE DEL TOMO II



LIBRO SEXTO
DE LOS COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS

LIBRO SEPTIMO
DE LOS COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS

LIBRO NONO
DE LOS COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS